



EL INFORME HITLER

Henrik Eberle y Matthias Uhl (C)

Lectulandia

En mayo de 1945, recién conquistado Berlín, unos agentes de los servicios secretos soviéticos —el temido NKVD— pululan entre las ruinas de la arrasada cancillería del Reich para cumplir una orden secreta de Stalin: averiguar qué ha sido realmente de Adolf Hitler. Ante todo, Stalin necesitaba cerciorarse de que uno de los cuerpos carbonizados hallados en el jardín de aquel edificio correspondía, en efecto, al Führer. Pero el dictador soviético también sentía curiosidad (quizás una secreta admiración) por los métodos que había empleado Hitler para hacerse con el poder y mantener un control tan feroz sobre la población alemana.

Los agentes del NKVD pronto descubrieron entre los millares de prisioneros alemanes a dos importantes cautivos, Otto Günsche y Heinz Linge, ayudantes personales del Führer que gozaron de la confianza de éste durante años y que cumplieron la orden final de quemar su cadáver tras el suicidio del dictador alemán. Desde 1946 hasta 1949, Günsche y Linge desgranaron, para el llamado Informe Hitler, los rasgos de la vida privada de Hitler que más podían llamar la atención de Stalin: su relación con las mujeres, la enfermiza dependencia de medicamentos, sus vulgares gustos musicales y cinematográficos o sus burlones comentarios acerca de Chamberlain o Franco. El Informe Hitler también relata, desde una perspectiva inédita, los acontecimientos que pautaron la historia de Alemania desde 1933 hasta el apocalipsis final de 1945: desde la salvaje represión de la disidencia interna, hasta la creación de un estado policiaco o el estallido de la guerra.

No obstante, casi la mitad de este documento excepcional, cuya publicación en Alemania suscitó un amplio debate, se consagra al épico relato de las últimas semanas en el búnker subterráneo de la cancillería y a la sobrecogedora descripción de aquella opresiva atmósfera.

Lectulandia

Henrik Eberle & Matthias Uhl

El informe Hitler

Informe secreto del NKVD para Stalin, extraído de los interrogatorios a Otto Günsche, ayudante personal de Hitler, y Heinz Linge, su ayuda de cámara

ePub r1.3

Banshee 12.06.14

Título original: *Das Buch Hitler*
Henrik Eberle & Matthias Uhl, 2004
Traducción: Víctor Farías Soto & Víctor Farías Zurita
Diseño de portada: rosmar71

Editor digital: Banshee
Corrección de erratas: el nota, eva22
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos el trabajo y el compromiso de todos los colaboradores de los archivos rusos y alemanes en los que hemos trabajado. En representación de todos ellos sean mencionados Natalia G. Tomilina, directora del Archivo Estatal de Historia Contemporánea de Rusia (RGANI), Mijaíl Ja. Prosumenschschikov, responsable de la sección de publicaciones del RGANI, y Berit Pistora, del Archivo Federal de Coblenza.

Un agradecimiento especial corresponde al profesor doctor Vladimir N. Zhaustov, que corroboró y confirmó la autenticidad del «Informe Hitler» con la ayuda de los documentos conservados en el Archivo de la Presidencia de la Federación Rusa, a los que no teníamos acceso.

También deseamos expresar nuestro agradecimiento a Helmut Ettinger por su lograda traducción al alemán del texto ruso; a nuestros agentes Thomas Karlauf por sus sabios consejos, así como a Elmar Klupsch, en nombre de los lectores de la editorial Gustav Lübbe.

Por último, aunque no menos importante, estamos en deuda con nuestros colegas del *Institut für Zeitgeschichte* de Múnich-Berlín y de la Universidad Martin Luther de Halle-Wittenberg. Ellos nos han brindado su apoyo en más de un sentido.

PRÓLOGO^[1]

A pesar de todo lo que se sabe ahora de Adolf Hitler y Josif Stalin, en su historia existe todavía una laguna intrigante. Sabemos muy poco de lo que cada uno de ellos pensaba del otro, ¿actuaban a impulsos de un odio y una desconfianza profundos? ¿De una admiración secreta, un respeto no expresado por el gigante histórico cuyo poder público estaban, sin embargo, decididos a denigrar? ¿Qué hubiese sucedido si Hitler hubiera capturado a Stalin cuando en octubre de 1941 las tropas alemanas penetraron en los barrios periféricos de Moscú? ¿O si Stalin hubiese logrado apresar a Hitler vivo dentro de su búnker en los últimos días de la contienda?

Sorprende ver que hay pocas pistas que permitan dar respuesta a estos interrogantes, aunque también son escasos los indicios de que entre ellos existiera un odio declarado. Stalin admiraba a los alemanes en general, no sólo por su competencia técnica y administrativa (de la que la Unión Soviética tomó mucho en préstamo durante el segundo decenio del pasado siglo en forma de tecnología e ingeniería avanzadas y consejos sobre planificación), sino también porque Alemania dio «al mundo hombres tales como Marx y Engels».^[2] Hay testimonio de la reacción de Stalin cuando recibió la noticia de que Hitler había ordenado asesinar a Ernst Röhm y a otros líderes de las SA en la infausta Noche de los Cuchillos Largos en junio de 1934: «Hitler, ¡qué gran hombre! Así es como hay que tratar a los adversarios políticos».^[3] Se supone que afirmó con un dejo de pesar dictatorial que, codo con codo con el *Reich* de Hitler, «hubiéramos sido invencibles»^[4] y brevemente, entre septiembre de 1939 y junio de 1941, las dos dictaduras estuvieron unidas por un pacto de amistad que el resto del mundo veía con evidente alarma. Los comentarios de Hitler sobre Stalin son menos abundantes y la hostilidad obsesiva que el comunismo despertaba en el dictador alemán es bien conocida. Hasta las últimas semanas de la guerra, cuando Martin Bormann, jefe de la cancillería, tomó servicialmente nota de sus reflexiones sobre los errores del pasado, no caviló Hitler sobre lo que los dos hombres pudieran haber hecho entre ellos si, «con espíritu de realismo implacable», se hubiesen propuesto construir un «entendimiento duradero».^[5] El historiador debería tratar estos comentarios con prudencia, porque el abismo ideológico que separaba el imperialismo racista del *Reich* hitleriano de las aspiraciones revolucionarias de la Unión Soviética de Stalin era enorme. Sin embargo, es difícil imaginar que los dos dictadores no se observasen mutuamente con atención, midiendo sus diferentes defectos y virtudes, preguntándose qué sustentaba la popularidad y la estima evidentes de las que cada uno de ellos gozaba públicamente en su propio sistema, o reflexionando quizá sobre lo que podían tener en común.

El presente libro debería juzgarse sobre este trasfondo. El «Informe Hitler» es un documento extraordinario que debe su origen a la idea de que tras la derrota de Hitler en 1945, Stalin debió de querer información real y detallada sobre el otro dictador. Los orígenes inmediatos se encuentran en la policía secreta soviética. En 1945 y 1946 la policía secreta recibió órdenes directas de Stalin de averiguar tan exacta y verazmente como fuera posible las circunstancias de la muerte de Hitler en el búnker el 30 de abril de 1945 y confirmar que realmente hubiera muerto. El informe llevaba el nombre cifrado de operación Mito y se basaba en el interrogatorio exhaustivo y a menudo brutal de los pocos testigos presenciales que los soviéticos habían capturado, entre ellos el asistente y ayuda de cámara personal de Hitler, Heinz Linge, y uno de sus ayudantes militares, Otto Günsche. La muerte de Hitler fue confirmada por un informe que se presentó finalmente en 1946 (de hecho, las autoridades soviéticas tenían en su poder las mandíbulas y algunas piezas dentales tanto de Hitler como de su amante, Eva Braun, con la que se casó poco antes de que los dos se suicidasen), pero varios años más tarde los servicios secretos del Ministerio de la Seguridad del Estado soviético decidieron utilizar este material como punto de partida de un estudio del Tercer *Reich* que pudiera presentarse al propio Stalin. En abril de 1948 se preparó una crónica breve de la batalla de las Ardenas que se entregó al dictador soviético y a los miembros del Politburó (el «gabinete» político interno del Partido Comunista de la Unión Soviética). Stalin guardó la crónica en su archivo personal y el comité decidió seguir adelante y autorizar un estudio completo de Hitler y el Tercer *Reich* basado en nuevos testimonios arrancados a los infelices Linge y Günsche. El documento final constaba de 413 páginas mecanografiadas, llevaba el inocuo título de «Informe» o «Dossier» (la palabra rusa *dyelo*) y se remitió a Stalin el 29 de diciembre de 1949, poco después de las grandes celebraciones de su septuagésimo cumpleaños. También fue archivado y finalmente, tras la muerte de Stalin, se depositó una copia en un archivo del departamento general, donde hace sólo dos años lo descubrió Matthias Uhl, coeditor de la edición ahora publicada.

El libro propiamente dicho lo escribieron dos funcionarios del servicio de seguridad, Fiódor Parparov e Igor Saleyev. No fue la primera crónica sobre Hitler basada en información de primera mano, pero sin duda fue la más completa. En 1945 los interrogadores británicos pidieron a Albert Speer, el arquitecto favorito de Hitler y más adelante ministro de Armamento, que escribiera algunos informes extensos sobre la personalidad de Hitler, la gente que le rodeaba y la política exterior y militar de Alemania. Speer accedió a ello, pero las crónicas prolijas que escribió también se guardaron en el archivo y no han salido a la luz hasta hace pocos años.^[6] En 1945 el psiquiatra norteamericano Walter C. Langer recibió del general Donovan, jefe de la Oficina de Servicios Estratégicos de Washington, la misión de elaborar un estudio de la personalidad de Hitler que ayudase a los líderes norteamericanos a prever lo que

quizá haría Hitler. El estudio de Langer, que se basaba en gran parte en el diagnóstico psicológico tradicional, acabó publicándose en 1972 con el título de *The Mind of Adolf Hitler*, aunque la documentación completa no ha sido desclasificada hasta hace poco por los Archivos Nacionales de Estados Unidos.^[7] Langer y los tres colegas que trabajaron con él pudieron basar el estudio en entrevistas con alemanes que habían conocido íntimamente a Hitler pero luego habían huido de Alemania. Ninguna parte de este material secreto se puso a disposición de los investigadores soviéticos. La fuente más rica de información sobre Hitler, que es muy posible que dichos investigadores consultasen en algún momento, fue la biografía que escribió el periodista exiliado Konrad Heiden con el título de *Der Führer*, publicada en 1944, pero esta crónica, a pesar de sus numerosos méritos, llegaba sólo hasta 1934.^[8] Lo esencial del informe sobre Hitler que se redactó para Stalin se encuentra en los años posteriores a 1935.

Tan sólo podemos hacer conjeturas respecto a lo que pensó Stalin al leer el documento preparado por su Ministerio de Seguridad. Matthias Uhl no encontró anotaciones al margen ni nada parecido en la versión que descubrió, lo cual resultaba extraño en Stalin. El dictador llenaba sus propios libros y documentos de comentarios, signos de admiración y subrayados.^[9] Viacheslav Molotov, ex presidente del Consejo del Comisariado del Pueblo con Stalin, recordó más tarde que si éste decidía leer algo, lo leía con plena y escrupulosa atención.^[10] Es posible que en este caso no se atreviera a escribir nada porque sus colegas podían leer luego sus comentarios sobre su principal adversario. O tal vez se limitara a leerlo por encima porque sabía que aquel informe no saldría a la luz mientras él viviera.

El expediente es importante no tanto por la posibilidad de que Stalin lo leyese, sino por lo que podía decirle sobre la personalidad y el comportamiento político de Hitler. Había algunas similitudes entre los dos personajes y Stalin debía de haber reconocido por lo menos algunas de ellas mucho antes de leer aquellas páginas. Ambos eran políticos populistas cuya suerte se vio transformada por una profunda crisis social y política que les ayudó a gravitar desde los márgenes hasta el centro de la política. Ambos eran intrusos en otro sentido: Stalin era natural de Georgia, que había sido anexionada al vasto imperio ruso en 1806, y Hitler había nacido en Austria, que estuvo unida a su vecina germánica mayor sólo brevemente, entre 1938 y 1945. Ambos hombres tenían una perspectiva revolucionaria, ambos estaban impacientes por cambiar el viejo orden, veían con ojos críticos la Europa burguesa convencional y ambicionaban rehacer la historia del mundo. Aunque fueron impulsados en gran medida por la buena suerte personal y por circunstancias históricas propicias, Stalin y Hitler alcanzaron la dictadura porque los dos tenían un desmesurado apetito de poder y porque su crueldad, su astucia política y la creencia ciega en su misión les permitieron transformar su ambición en realidad. Las técnicas

que los dos emplearon para sostener la dictadura, del uso sin escrúpulos del aparato de seguridad al culto exagerado de la personalidad, poseían la misma impronta. A pesar de la terrible destrucción que desencadenaron, ambos gozaban de la adulación general e ilimitada de las masas. Es cierto que los soldados musitaban el nombre de Stalin al entrar en combate, y también lo es que ningún otro hombre en la historia de Alemania hubiese conseguido jamás que sus compatriotas alzaran un brazo y pronunciasen su nombre a modo de saludo. De hecho, tan notables son estos logros aparentemente triviales que es forzoso extraer la conclusión de que, cada uno a su manera, Stalin y Hitler ejercían formas de autoridad personal directa como nunca se habían visto en la edad moderna.

El informe presentó a Stalin un panorama que concordaba con la caricatura popular de Hitler que se tenía en toda Europa en los años treinta. Permite hacerse cierta idea del carácter extraordinario del dictador alemán, pero su intención principal es tratar de mostrar a Hitler como un individuo anormal. Las alegaciones sobre su extraña sexualidad, o sus frecuentes e imprevisibles ataques de ira, o la afirmación de que mordisqueaba la alfombra en sus arrebatos de angustia histérica daban pie a toda suerte de habladurías y rumores, pero en el informe se reproducen para subrayar su inestabilidad mental. Sus autores también quisieron condenar a los líderes fascistas por sus costumbres licenciosas. Así, muestran a Hitler riendo con disimulo ante fotografías de bailarinas parisinas desnudas (posibilidad que no cuadra con nada de lo que sabemos sobre su mojigatería y su dominio de sí mismo); también afirman que Benito Mussolini, el dictador italiano, pasaba el tiempo en Salò, la capital de la república fascista residual instaurada con apoyo alemán en 1943, entregado a orgías con un grupo de bellas jóvenes italianas.

Los esfuerzos por mostrar una imagen morbosa de excesos dictatoriales fueron respaldados por la consabida suposición marxista de que Hitler debía de ser el instrumento del capitalismo alemán. Éste era el modelo predominante en los años treinta y cuarenta, el de una clase de grandes empresarios alemanes que entró en crisis debido a la depresión de 1929 y que se vio obligada a contratar a Hitler y a sus alborotadores callejeros para controlar a la clase obrera y más adelante conquistar mercados en la Europa oriental. En el libro se describen algunas de las espléndidas recepciones que Hitler ofreció a la élite empresarial alemana, repletas de lujo y alcohol. En una ocasión, fechada escuetamente «otoño de 1935» y que parece que Linge recordaba al cabo de más de una década, Hitler invitó a banqueros e industriales ricos para demostrar públicamente los vínculos estrechos que existían entre el régimen y el capitalismo. La crónica contiene un comentario portentoso de Hitler que Linge oyó por casualidad y que es claramente fruto de muchas dotes de persuasión por parte de sus persistentes interrogadores. Hitler asegura a Gustav von Krupp, el magnate de los armamentos, el hierro y el acero, que no debe preocuparse

por el futuro económico pues ante ellos se extendían las riquezas del «este». La idea de que, bajo el régimen hitleriano, Alemania planeaba guerras de imperialismo capitalista era fundamental en la cosmovisión soviética, cuyas raíces se hallaban en las interpretaciones de Lenin de la forma en que el mundo capitalista estaba condenado a evolucionar.

La tesis de que era posible interpretar a Hitler como instrumento del capitalismo alemán no se presenta de forma estridente, como es el caso de tanta propaganda, sino que se insinúa con habilidad a lo largo de las páginas de este documento. Lo mismo ocurre con respecto a muchas otras suposiciones y perspectivas cuyo origen es soviético y no alemán. El texto que sigue es en este sentido un documento tan político como histórico. Nos habla de los numerosos factores que influyeron en la visión del mundo y en la interpretación del pasado más reciente llevada a cabo por los soviéticos. Esto era inevitable, dado que el documento se escribió para Stalin y por fuerza tenía que respetar tanto la línea del partido como el legado histórico del dictador soviético. Ninguno de los autores soviéticos incluye deliberadamente falsedades en su crónica —aunque la costumbre de citar las palabras recordadas como si fueran diálogos da la impresión, por completo errónea, de que se trata exactamente de lo que dijo Hitler, en vez de ser un recuerdo vago al que los autores soviéticos dieron de manera premeditada una forma más sólida con el fin de transmitir la fiabilidad del testimonio—, pero el silencio intencionado sobre algunos asuntos, o los comentarios breves y desdeñosos sobre otros, revelan las prioridades del régimen y no las del historiador.

La más evidente de estas perspectivas soviéticas se encuentra en el tratamiento dado al curso de la segunda guerra mundial. La crónica que se presenta aquí es estimulante porque es distinta de las historias occidentales que dan al frente soviético un papel secundario y se centran en el triunfo de Occidente en la lucha contra las potencias del Eje. Un lector que se acercara a este relato desde el punto de vista soviético, y basándose únicamente en los interrogatorios de Linge y Günsche, podría acabar pensando que la Unión Soviética ganó la segunda guerra mundial ella sola, o poco más o menos. Aquí casi no se habla de la batalla de Inglaterra, pero Linge afirma que a finales de junio de 1940 Hitler pensaba que el problema de la Europa occidental estaba resuelto: «Lo único que nos queda por hacer ahora es ocuparnos de la Unión Soviética». La idea de que a ojos de Hitler la guerra real fue siempre la del este se siembra en el comienzo del informe y se cosecha en sus páginas posteriores. Una y otra vez los autores hacen hincapié no sólo en que la guerra contra la Unión Soviética era fundamental en la estrategia de Hitler, sino también en que el conflicto germano-soviético fue de gran importancia para decidir el resultado del conflicto general. Esta aseveración no es totalmente tendenciosa, por supuesto. El *Führer* tenía bien presente la guerra en el frente oriental cuando planificó la remodelación alemana

de Europa; la destrucción del bolchevismo era el elemento dominante en su visión del mundo; y el conflicto excepcional en el este, que costó más de veintinueve millones de bajas militares soviéticas (entre muertos, heridos o prisioneros) sin duda redujo el poderío militar alemán e hizo posible la derrota de Alemania a manos de los aliados en 1945. En noviembre de 1943, Stalin aseguró a su comandante en jefe adjunto, el mariscal Zhukov, que la Unión Soviética podía derrotar a Alemania ella sola, sin la ayuda de los estados occidentales.^[11] Seis años después, esta aseveración se había transformado en la opinión ortodoxa de los soviéticos.

La intención secreta de la crónica soviética de la guerra también explica el tratamiento de otros episodios clave. La fuga de Rudolf Hess a Escocia el 11 de mayo de 1941 se presenta aquí como el resultado de una colusión entre Hitler y Hess con el propósito de tratar de firmar la paz por separado con Gran Bretaña antes de invadir la Unión Soviética. En su momento la huida había despertado graves sospechas en el Kremlin, que pensó en la posibilidad de que Gran Bretaña y Alemania firmaran un acuerdo antisoviético. Pocos historiadores aceptan ahora esta versión.^[12] Era muy poco verosímil que los alemanes recurriesen a una jugada absurda y arriesgada para llegar a un acuerdo con los británicos cuando faltaban sólo unas semanas para invadir la Unión Soviética, toda vez que el episodio forzosamente aumentaría las suspicacias de los soviéticos en lugar de disminuirlas. No obstante, la sugerencia de que tal vez Hitler quería hacer precisamente esto —implícita en la manera en que el informe presenta la crisis— mantuvo vivas las conjeturas soviéticas durante la contienda. La política británica de apaciguamiento del fascismo, basada supuestamente en los intereses imperiales de Gran Bretaña, ocupa un lugar destacado en el análisis de la crisis de Múnich que hace el informe. Las suposiciones soviéticas de que Gran Bretaña quizás aspirase a llegar a un acuerdo con Hitler cuando le conviniese nacían de la arraigada opinión soviética de que, a fin de cuentas, todos los estados capitalistas tenían más en común unos con otros que con el comunismo soviético. Huelga decir que este documento guarda un silencio total en lo que se refiere al pacto germano-soviético que se firmó en Moscú en agosto de 1939, pocos días antes de que estallara la segunda guerra mundial.

El otro factor que pesó mucho en Moscú durante el conflicto fue que los estados occidentales no abrieran el «segundo frente» en Europa en 1942 ó 1943. A lo largo de estos años, críticos en el frente oriental, Stalin albergó la esperanza de que los estados occidentales acabarían emprendiendo alguna acción importante que distrajera a las fuerzas alemanas. Se mostró en gran parte insensible a las objeciones de los líderes occidentales en el sentido de que los riesgos eran demasiado grandes y en los círculos dirigentes soviéticos predominaba la opinión de que los ejércitos occidentales temían a los alemanes (y al elevado número de bajas que podían sufrir en una invasión). Existía también la impresión persistente de que a las potencias occidentales les

convenía que la Unión Soviética y Alemania agotasen su capacidad de combatir antes de intervenir ellas. El análisis de la lucha en el teatro occidental es en general superficial (aunque el texto recalca una supuesta afirmación de Hitler según la cual si Occidente hubiera atacado a comienzos de 1943, el resultado hubiese sido «una catástrofe para Alemania, justificando así la insistencia apremiante de Stalin en adelantar el Día D). La invasión de Normandía en junio de 1944 apenas se menciona y la capacidad combativa de las fuerzas occidentales se ve menospreciada de vez en cuando por comentarios irónicos sobre la lentitud de su avance contra el enemigo alemán. La derrota final de los ejércitos alemanes en Francia se presenta como una retirada deliberada y en orden hasta la frontera de Alemania con el fin de liberar fuerzas para la guerra de verdad en el este contra el Ejército Rojo. El relato de la batalla de las Ardenas, cuando Hitler concentró reservas para descargar un golpe final contra los ejércitos occidentales atravesando el bosque de las Ardenas en diciembre de 1944, se presenta como una campaña que podría haber resultado victoriosa de no haber sido por la necesidad de trasladar de nuevo fuerzas al este para detener la oleada soviética. De gran parte del resto de la contienda sencillamente se hace caso omiso: la guerra en el mar, en el teatro del Mediterráneo e Italia y en el extremo oriente contra Japón. También se pasan por alto las campañas de la Unión Soviética contra el este de Polonia en septiembre de 1939 y contra Finlandia en el invierno de 1939-1940. El “Informe Hitler” lo redujo todo a un duelo gigantesco entre el Ejército Rojo y los alemanes».

La omisión más desconcertante para el lector actual es la ausencia casi total de un análisis del Holocausto. Aunque las fuerzas soviéticas liberaron tanto Majdanek como Auschwitz, en cuyos almacenes se amontonaban los zapatos y el cabello humano de las víctimas, el informe sólo destaca las atrocidades ocasionales perpetradas contra civiles soviéticos. Hay una sola mención de los camiones que servían de cámaras de gas ambulantes, pero no se hace alusión alguna al sistema de campos y cámaras de gas permanentes que se instalaron en el este de Polonia para asesinar a los judíos de Europa. Camiones capaces de funcionar como pequeñas cámaras de gas (en las que se mataba a los ocupantes envenenándoles con monóxido de carbono) se utilizaron en el este para asesinar a enfermos mentales soviéticos así como a algunos judíos. La exclusión de todo comentario relativo al genocidio sistemático concordaba con la política soviética en la posguerra. Las víctimas de la invasión alemana eran consideradas ciudadanos soviéticos de diferentes orígenes étnicos y no grupos nacionales determinados. El régimen no quería dar a los judíos un lugar especial en el catálogo de víctimas debido a su creciente antisemitismo y a la dificultad de asimilar la identidad judía en la categoría más amplia de la ciudadanía soviética. Cuando se estaba elaborando el «Informe Hitler», el antisemitismo soviético se hallaba en su apogeo y centenares de destacados escritores, doctores y

catedráticos judíos fueron obligados a dejar de ejercer sus profesiones o detenidos o ejecutados tras ser acusados en falso.^[13] Los escritos soviéticos negaron el Holocausto como programa deliberado de exterminio de los judíos de Europa hasta los años ochenta del pasado siglo y ni siquiera después de la caída del comunismo ha sido aceptado de manera inequívoca.

En el centro del texto destaca la historia con la cual empezó el interrogatorio de Linge y Günsche en 1945: los últimos meses en el búnker y el suicidio de Hitler. Más del 35 por ciento de sus páginas se dedican a los cinco últimos meses de un régimen que duró doce años. Eran los acontecimientos que los dos prisioneros recordaban más vivamente en 1945; ambos hombres estuvieron más cerca de su líder, y de lo que sucedía a su alrededor, que en cualquier otro momento de los diez años en que trabajaron para él. Los historiadores alemanes Joachim Fest y Anton Joachimsthaler han publicado recientemente crónicas exhaustivas de los últimos días, basadas en gran parte en las declaraciones de testigos presenciales. La publicación de las memorias de la secretaria de Hitler, Traudl Junge, escritas poco después del final de la guerra, ha proporcionado más material.^[14] El expediente confirma gran parte de lo que se sabe ahora y añade muchos detalles interesantes, entre ellos el recuerdo de que en el búnker, en las últimas horas, se seguía saludando al estilo hitleriano siempre que aparecía el *Führer* y que incluso saludaron así los que estaban presentes cuando su cuerpo inerte fue sacado al exterior, rociado con gasolina e incinerado. Hay un irónico intercambio de palabras entre Linge y Hitler en abril de 1945 después de que se oyera una serie de explosiones sobre el búnker. «¿Qué calibre es ése?», pregunta Hitler, preocupado. Linge responde que es el «órgano de Stalin», un cohete que en el bando soviético llamaban *Katyusha*. «¿A qué se refiere usted con eso del órgano de Stalin?», pregunta Hitler, desconcertado, tal vez pensando en el cambio que había experimentado la suerte de los dos hombres, uno acurrucado en un búnker y el otro tomándose una venganza terrible en su enemigo caído.

El bando soviético siempre vio la decisión final de Hitler de quitarse la vida como prueba de su cobardía fundamental, «un suicidio indigno», lo llama el informe. Durante mucho tiempo los soviéticos insistieron en que Hitler se había envenenado junto con Eva Braun, con la que se había casado el día anterior. Pero el informe utiliza el testimonio de Linge y presenta la historia (que los servicios secretos británicos ya habían descubierto en 1945) de que Hitler se había pegado un tiro en la cabeza y que sólo Eva Braun había recurrido al cianuro. Hasta la década de los ochenta, los autores soviéticos insistieron en que Hitler eligió la salida fácil que le ofrecía el veneno. El expediente se arriesgó al denunciar el error, ya que, al parecer, Stalin compartía la opinión de que Hitler era un cobarde. Lo que hubiera hecho Stalin de haberse invertido los papeles no acaba de estar claro, pero el suicidio era infrecuente entre la élite soviética, mientras que estuvo muy extendido entre los

principales círculos militares y del partido nazi en Alemania desde el momento en que se vio que la derrota era segura. Stalin se sintió estafado por la muerte de Hitler («Lo ha hecho, el muy cabrón», se comenta que fue su reacción cuando le dieron la noticia. «Lástima que no hayamos podido atraparlo vivo».)^[15] Pero concordaba con el ambiente sofocante de condenación inevitable sazonada con momentos de euforia desenfrenada y desorientación que caracterizaba la vida en el búnker y que se refleja de forma dramática en el testimonio de Linge y Günsche.

La dictadura soviética superó la guerra y sobrevivió cuarenta y cinco años más. El «Informe Hitler» contribuye a explicar por qué fue así a pesar de las numerosas ventajas de que gozaban las fuerzas y la economía alemanas en comparación con su enemigo, menos desarrollado y más atrasado desde el punto de vista militar. La hostilidad desdeñosa que sentía Hitler por sus generales se hace evidente una y otra vez; y lo mismo ocurre con su orgullo desmedido. Günsche recordaba que cuando sobrevivió al atentado de que fue objeto en su cuartel general el 20 de julio de 1944 Hitler afirmó: «¡Qué suerte! Estoy vivo... Ha sido la mano de la providencia». Linge recordaba otras palabras del *Führer*: «Sólo yo estoy en condiciones de salvar al pueblo alemán». La obsesiva fe de Hitler en sí mismo arrollaba todo lo que encontraba en su camino, incluida la perspectiva de una estrategia más sensata. Hitler no sólo causó la derrota de Alemania, sino que también fue el responsable de que esa derrota fuera total y devastadora para la población alemana.

El «Informe Hitler» ofrece una perspectiva inesperada y original del Tercer *Reich* y de su líder. Como documento histórico debe usarse con prudencia. Es mucho lo que en él se ha omitido adrede y mucho lo que sus dos autores soviéticos desconocían. La reconstrucción de conversaciones y encuentros se basa en los datos obtenidos durante años de interrogatorios cuyos encargados manipularon y seleccionaron lo que querían oír, del mismo modo que los testigos se esforzaban por recordar acontecimientos lejanos que los habituales fallos de la memoria debieron de tergiversar y desordenar. El relato es una aproximación y no una réplica exacta de la realidad histórica. Pero, en lo referente a la verdad histórica general, no resulta ni más ni menos apropiado que las numerosas crónicas occidentales sobre Hitler y la guerra que pretenden que la Unión Soviética fue un complemento del esfuerzo bélico en vez de un elemento fundamental. El «Informe Hitler» es un recordatorio oportuno de que el centro de la terrible transformación que la crisis europea obró en el siglo xx fue la pugna entre dos tiranos extraordinarios y entre los dos sistemas que encabezaban.

Richard Overy

EL «INFORME HITLER»: UN INTENTO DE CLASIFICACIÓN

Dos dictadores: alianza y guerra

¿Por qué se interesa un dictador por otro dictador? ¿Por qué se interesaron mutuamente los dos dictadores que, al frente de dos ideologías fanáticas y con una brutalidad insuperable, precipitaron a Europa hacia el abismo? ¿Se debió a una compartida fascinación ante el fenómeno totalitario o al parentesco íntimo que unía sus respectivas formas de gobierno, a pesar de toda la hostilidad exterior? ¿Fue por la ansiedad de conocer la técnica con la que el enemigo ejercía el poder y aprender así de él? Comoquiera que sea, debemos agradecer el «Informe Hitler» —un documento surgido de una fuente poco habitual— a la curiosidad de Stalin respecto a Hitler; una curiosidad que no disminuyó un ápice cuando el 30 de abril de 1945 Hitler se suicidó en la cancillería del *Reich* en Berlín y eludía de este modo la responsabilidad ante la horrible catástrofe a la que él y su régimen nacionalsocialista habían conducido a Alemania y a sus vecinos.

Hay una razón que conviene excluir de entrada: el interés de Stalin no se basaba en la repugnancia ante los crímenes de Hitler, ya que en este aspecto él era más bien un eficiente competidor. Y en cuanto a su modo de proceder, cuidadoso y racional, era incluso superior, pues Stalin no improvisaba nada. Y tal vez es aquí donde radica la explicación de por qué le atrajo tanto la figura del *Führer*: hubo una ocasión en la que se equivocó absolutamente con respecto a él: fue en la primavera de 1941, cuando Stalin desestimó por completo las advertencias del mariscal Zhukov acerca de un posible ataque de la Alemania nazi, y con ello puso en peligro la supervivencia misma de la Unión Soviética. Probablemente supuso en Hitler una racionalidad con respecto al poder semejante a la que él mismo practicaba. Esta estimación excesiva de Hitler se vio acompañada de una subestimación de su fanática ideología racista.

Pero no sólo los dictadores han sentido curiosidades recíprocas, sino que también los historiadores se han planteado la cuestión de sus diferencias y semejanzas y se han preguntado por la naturaleza de su común y antagónica influencia en el siglo xx. Este interés historiográfico ha provocado una serie de biografías paralelas que reflejan los dos extremos ideológicos, contradictorios y al mismo tiempo análogos, que ambos dictadores personificaron. Por ejemplo, el gran historiador inglés Alan Bullock, autor en 1952 de la primera biografía académica de Hitler —una obra que ha mantenido su vigencia durante décadas—, en un libro posterior optó por presentar juntos a Hitler y Stalin.^[16]

Este paralelismo no se fundaba sólo en que ambos recurrieran a técnicas de poder similares, sino también en el hecho de que, desde 1939, en sus vidas predominan más los vínculos recíprocos a la hora de actuar que la oposición ideológica. La colaboración parcial entre Hitler y Stalin definió la primera fase de la segunda guerra mundial, tras el ataque alemán y soviético a Polonia; su fundamental hostilidad ideológica provocó la mutación total de la guerra con el ataque alemán a la Unión Soviética el 22 de junio de 1941. Esta guerra, como demostró en 1965 Andreas Hillgruber en una obra capital, titulada *Hitler Strategie. Politik und Kriegsführung* [La estrategia de Hitler. Política y conducción de la guerra], se planificó y se llevó a cabo como una «guerra de aniquilación ideológica».

Al acto «diplomático», el pacto germano-soviético de no agresión, con el protocolo adicional y secreto —el «pacto Hitler-Stalin del 23 de agosto de 1939»—, le siguió de inmediato el tratado militar: un acuerdo que sirvió para preparar la guerra^[17] y que dejó a Hitler el camino libre para poder realizar el planeado ataque a Polonia sin mayores riesgos. Stalin siguió a Hitler y favoreció la penetración alemana en el este mediante la correspondiente expansión de la Unión Soviética hacia el oeste. El reparto de Polonia entre los dos dictadores se selló definitivamente cuando el ataque alemán del 1 de septiembre de 1939 despejó las dudas de Stalin y éste ordenó el avance del Ejército Rojo contra la Polonia oriental el 17 de septiembre.

El trato que ambos agresores dieron a los prisioneros polacos y a la población civil fue en todo punto comparable, aunque las motivaciones de Stalin fueran ideológicas e imperialistas, y no racistas. Por otra parte, el dictador soviético no vaciló en absoluto en proceder de la misma manera que Hitler y apoderarse de los territorios de Europa a los que éste no aspiraba; por ejemplo, los estados bálticos y determinadas partes de Finlandia.

El régimen de terror que implantó la ocupación alemana al comienzo de la guerra halló su réplica en el soviético: símbolo de ello fue lo que sucedió en la región de Katyn, al este de Polonia, donde tras la invasión soviética, por órdenes de Stalin y con el acuerdo del Politburó del Partido Comunista de la Unión Soviética, según datos actuales, el NKVD, la policía política soviética, asesinó a 25.700 oficiales y civiles polacos. Cuando en febrero de 1943 los soldados alemanes descubrieron los miles de cadáveres, Stalin atribuyó los asesinatos a los invasores germanos. Nada de esto resulta extraño, pues ambos ejércitos de ocupación se atribuyeron mutuamente numerosos crímenes y los utilizaron en su guerra propagandista. Y ya entonces también la Unión Soviética vulneró la Convención de Ginebra de 1929 en lo relativo al trato de los prisioneros de guerra. Puesto que la Unión Soviética no había declarado la guerra a Polonia, el Ejército Rojo no tenía que comportarse con los soldados polacos prisioneros según las disposiciones del derecho de guerra, sino que los consideró delincuentes, y los deportó a campos de reclusión:

«Por lo pronto, el destino más cruel lo padecieron los internados en los campos del territorio ocupado por los soviéticos. La soviétización se organizó como lucha de clases, cuyas víctimas fueron las élites burguesas, ante todo las de nacionalidad polaca... Desde los años noventa, la historiografía polaca estudia la violencia desatada por la policía secreta soviética, a las órdenes de Lavrenti P. Beria. Hoy resulta absolutamente claro que sus efectos apenas pueden diferenciarse de los de la política criminal que, desde el lado contrario, puso en marcha Heinrich Himmler con su aparato de las SS^[18] y de la Policía». ^[19]

Con el doble ataque a Polonia y la división de Europa oriental en una zona de influencia alemana y otra soviética, ambos dictadores alcanzaron la máxima vecindad geográfica. La inimaginable barbarización de la guerra —que sólo conocía una meta: la aniquilación del enemigo— impidió desde un inicio cualquier equilibrio de intereses: el que no venciese tenía que sucumbir. La victoria militar decidió el destino de ambos dictadores y tras el ataque a la Unión Soviética —el mayor error militar de Hitler—, ésta se alió con los estados occidentales, en especial con Estados Unidos y Gran Bretaña, que tan antagónicos le eran ideológicamente.

¿Provocó este contexto el nacimiento de un odio personal? Aunque esta circunstancia parecía obligada, el odio no duró mucho tiempo. Las conversaciones de sobremesa recogidas en los *Hitlers Tischgespräche* [Conversaciones de sobremesa con Hitler], pero también los *Diarios* del ministro de Propaganda del *Reich*, Joseph Goebbels, ofrecen multitud de testimonios al respecto. Las manifestaciones que Hitler dedica a los comunistas, pocas semanas antes del ataque a la Unión Soviética, son características:

—El pacto con Rusia nunca ha condicionado mi actitud ante el peligro en el interior. Pero nuestros comunistas me resultan mil veces más simpáticos que, por ejemplo, un Starhemberg. ^[20] Eran naturalezas robustas, y si hubiesen permanecido más tiempo en Rusia, habrían regresado completamente curados. ^[21]

Y el 23 de marzo de 1942, Hitler declaró:

—Es admirable que Stalin no permita que los judíos se acerquen al arte. ^[22]

El 11 de abril alabó a su rival: la comunidad sólo puede crearse mediante la violencia y «si en los últimos años Stalin ha aplicado con el pueblo ruso métodos como los que habría empleado en su época Carlomagno con el pueblo alemán, no podemos escandalizarnos porque lo haga hoy en día, considerando el actual nivel

cultural de los rusos. También Stalin ha actuado a sabiendas de que se debe reunir a los rusos en una enérgica organización estatal si se quiere asegurar políticamente la lucha por la existencia de todos los pueblos reunidos en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas».^[23]

En realidad, Hitler pensaba que Stalin era un genio^[24] que, para conservar el poder se había visto obligado a eliminar al mariscal Tujachevski, pues había una abismal diferencia entre Stalin y los anteriores oficiales zaristas.^[25] A su manera, Stalin era un «tipo genial», que imponía un «respeto incondicional» y su política económica y social merecía reconocimiento.^[26]

«Carismático espíritu de caudillaje» ¿Un elevado respeto en plena guerra de aniquilación?

Tal vez resulte aún más reveladora la caracterización según la cual «si Churchill es un chacal, Stalin es un tigre».^[27] De hecho, en todas las apreciaciones de Hitler llama la atención el desprecio y odio respecto a los dirigentes de los estados democráticos de la época, como Churchill o Roosevelt, mientras que sólo excepcionalmente se permite juicios críticos sobre Stalin. Esta «afinidad espiritual» se basaba, ideológicamente, en la admiración ante un cesarismo carismático que trascendía las ideologías y que por ello mismo anulaba los contenidos de éstas cuando se trataba de glorificar a la figura del poderoso.

No es casual que, en los años que siguieron a la primera guerra mundial, Oswald Spengler promoviera un socialismo estatista fundado en la sumisión, que él contemplaba como herencia prusiana y al que también pertenecía la disposición a la guerra: en ello se expresaba la capacidad funcional del Estado.^[28] «Se necesita una figura rectora, que reúna y configure las características del pueblo en relación con su situación histórica...» Este caudillo (*Führer*) de un «Estado articulado según el mando y la obediencia» debe aunar las fuerzas de un pueblo y dar cuerpo a sus verdaderos valores y metas, opinaba Spengler. Los ejemplos históricos que aportaba muestran lo secundario que eran los contenidos ideológicos incluso para su valoración: «La Rusia soviética *era* Lenin, Sudáfrica *era* Rohdes, Mussolini *es* Italia».^[29] En este sentido, no se trata tan sólo de la cuestión de saber en qué medida el nacionalsocialismo estaba fascinado por la ideología enemiga del bolchevismo y si aquél debía por tanto ser entendido como reacción a la misión mundial de la Revolución rusa de octubre de 1917. Para Hitler, la función ejemplar que tuvieron Stalin y los excesos de la violencia bolchevique tampoco representan la cuestión decisiva,^[30] sino la coincidencia en el principio de ejercer el poder en una dictadura, uno de cuyos instrumentos era el empleo de la violencia. Sólo el líder podía estipular

los límites de este recurso a la fuerza: dicha violencia se manifestó en variadas formas en el tiempo de entreguerras, a partir del pensamiento antidemocrático que se alzó contra el Estado constitucional de Derecho y sus diversos avatares en Europa. Y en relación con esto existe un parentesco entre la autodesignación de los bolcheviques de Lenin en la Revolución de Octubre como la vanguardia social, política e intelectual —que como minoría poseía la conciencia social «correcta»— y la teoría elitista del economista y sociólogo italiano Vilfredo Pareto, que influyó en el fascismo italiano de Mussolini.

En la práctica, esta paradójica unión entre la semejanza de los principios de dominación y la rivalidad ideológica condujo tanto a brutales enfrentamientos callejeros entre comunistas y nacionalistas como a acciones conjuntas encaminadas a la destrucción de la República de Weimar, ya fuera mediante la instrumentalización de las mayorías obstructoras en los parlamentos o a través de manifestaciones organizadas o combates callejeros con la Policía.

La alta estima de Hitler hacia Stalin, que a primera vista resulta sorprendente, y que persistió incluso durante la guerra de aniquilación, puede designarse como «colegialidad de dictadores» (Percy Ernst Schramm), pero se funda en algo más profundo: en la fe en la omnipotencia del dictador y en la violencia como medio decisivo para el ejercicio del poder. Y para ambos, la lucha y la guerra eran las leyes de la dinámica histórica, lucha de clases para los comunistas y lucha de razas para los nacionalsocialistas, tal como ya reconoció Hannah Arendt.^[31]

Para las consecuencias prácticas de esta concepción de la soberanía también resulta característico de qué forma valoraban —Stalin por una parte, y por la otra Hitler y su portavoz Goebbels— un problema absolutamente paralelo a su ejercicio del poder: el papel del cuerpo tradicional de la oficialidad y el generalato. Además de la mencionada opinión de Hitler, se encuentran también en los *Diarios* de Goebbels numerosas caracterizaciones positivas referidas a Stalin y a su función ejemplar. Stalin sería «un calculador frío... que ante todo sabe valorar las posibilidades y repercusiones de un gran movimiento popular».^[32] En otro lugar, Goebbels afirma que Stalin actuó correctamente cuando mandó ejecutar a la banda de generales reaccionarios: en Alemania habría que haber hecho lo mismo. Tras el atentado del 20 de julio de 1944, Stalin reaccionó de forma característica, afirmando que no entendía por qué Hitler no había eliminado tiempo atrás a las élites militares tradicionales. No cabe duda de que Hitler y Goebbels siguieron con la mayor atención la técnica estalinista a la hora de poner en práctica el poder. Y Stalin estaba igualmente interesado en el sistema hitleriano de gobierno. Por esta razón, el NKVD reunió las notas que Otto Günsche y Heinz Linge, ayudantes personales de Hitler caídos prisioneros, dedicaron al *Führer*. Bajo la dirección del teniente coronel Fiódor Karpovich Parparov, el NKVD compuso el «Informe Hitler» en 1948 y 1949.

Analogía dictatorial y el modelo del totalitarismo

Si bien el análisis comparativo del poder dictatorial estuvo sujeto a los cambios en la coyuntura, ya en los años treinta los politólogos (según la temprana utilización del concepto en el fascismo italiano en los años veinte) elaboraron las semejanzas estructurales del gobierno totalitario y discutieron el concepto de totalitarismo, sobre todo en relación con las dictaduras bolchevique y nacionalsocialista. En aquel momento, es decir, antes de la segunda guerra mundial, ya se habían producido numerosos crímenes masivos en la Unión Soviética (el asesinato de clase, es decir, la muerte por inanición de varios millones de campesinos ricos rusos, los kulaks, las «purgas dentro del Partido» mediante encarcelamientos arbitrarios y procesos espectáculo, que sólo en 1937 y 1938 costaron la vida al menos a 681.692 funcionarios comunistas y otros miembros del aparato económico),^[33] mientras que los mayores crímenes masivos de la dictadura nacionalsocialista (el asesinato sistemático de millones de judíos europeos en los países ocupados, la aniquilación de zíngaros, gitanos y otras minorías, en definitiva, los crímenes de guerra) no comenzaron hasta 1939 y, en algunos casos, hasta 1941. Estos asesinatos, ante todo la singularidad del exterminio de los judíos, pero también el antagonismo de ambas ideologías, y por último el carácter estático del modelo del totalitarismo, constituyeron asimismo los fundamentos para la violenta crítica de este modelo.

Tras decenios de vigencia de este principio interpretativo, consolidado durante la guerra fría entre las democracias occidentales y las dictaduras comunistas, comenzaron a aparecer dudas ya desde los años sesenta acerca de si el concepto de totalitarismo correspondía a la realidad histórica de ambas dictaduras. Este escepticismo se fundaba en diversas razones, tanto historiográficas como político-sociales.

A diferencia de la investigación relativa a la dictadura comunista, el análisis de la dictadura nacionalsocialista pudo apoyarse en una inmensa masa de fuentes que, en gran medida, ya comenzaron a estar disponibles poco tiempo después del hundimiento nazi. Así, aumentó no sólo el conocimiento de las dimensiones de aquellos genocidios, sino que también se diferenció el análisis de la estructura social y de dominación. Muchos intérpretes cuestionaron que el término «totalitario» constituyera una caracterización adecuada de aquella realidad histórica.^[34]

Por una parte, el régimen nazi fue incapaz de realizar una articulación orgánica y completa de la población; por otra, la naturaleza «policrática» de la estructura de liderazgo se hizo evidente con los numerosos centros de poder, en parte, rivales entre sí, y en el carácter improvisado de muchas de las decisiones de Adolf Hitler; esta circunstancia de su liderazgo se hizo tan evidente que Hitler comenzó a ser calificado

como un «dictador débil» (Hans Mommsen). Pero Stalin no compartía esta idea, pues de otro modo su interés por el *Führer* habría sido menor y no habría iniciado tan intensas investigaciones acerca de su antípoda. Por último, sabía de sobra que un dictador débil en modo alguno habría podido convertirse en alguien tan peligroso y jamás habría exigido tantos sacrificios sangrientos.

La crítica político-moral supuso equivocadamente que caracterizar de «totalitarias» las dictaduras de Hitler y Stalin minimizaba los crímenes nacionalsocialistas. Pero las comparaciones son instrumentos normales de la politología y de la tipología sociológica de la ciencia histórica,^[35] y con ellas no se practica ninguna minimización.

Finalmente, criticar la explicación totalitarista por tratarse de un supuesto producto de la guerra fría no es tan sólo una falsedad historiográfica —pues dicho modelo ya había sido desarrollado en Estados Unidos mucho tiempo antes, en parte por inmigrantes provenientes de la Alemania nacionalsocialista—, sino que también está políticamente condicionada: en un contexto del creciente neomarxismo, había que presentar las dictaduras comunistas como moralmente superiores, máxime cuando numerosos intelectuales de izquierda persistían en venerar a Stalin, incluso tras el aplastamiento de la rebelión de Hungría por las tropas soviéticas en 1956 y el ajuste de cuentas con el estalinismo que Nikita Jruschov propició en el XX Congreso del Partido Comunista de 1956. Muchos continuaron siendo, más adelante, «comunistas reformistas». En realidad, la base de estas ilusiones desapareció gracias a los trabajos que elaboraron antiguos comunistas, una tendencia que había comenzado ya con algunos títulos de Arthur Koestler,^[36] y que alcanzó difusión con la obra del gran historiador francés François Furet, *El fin de una ilusión, El comunismo en el siglo xx*^[37] y también con el texto colectivo titulado *El libro negro del comunismo*, editado por Stéphane Courtois.^[38]

En estos libros no sólo se analizó el carácter totalitario de las dictaduras comunistas, sino también sus asesinatos colectivos, entre ellos los millones de muertos del periodo estalinista. En el otro lado, la historiografía referida a la dictadura nacionalsocialista incrementó el conocimiento de la perversa naturaleza de Hitler y de sus secuaces, y contribuyó a precisar la tesis del carácter «policrático» e improvisado de la dictadura hitleriana: aunque gran parte de las interpretaciones del poder nazi se acepten hoy mayoritariamente, ningún historiador serio comparte hoy la absurda suposición de que Hitler habría sido un «dictador débil». Estos rasgos policráticos de la dictadura nazi ya se habían revelado con anterioridad, pero habían sido entendidos como una técnica de dominación: «*divide et impera*».^[39]

El final de las dictaduras comunistas en Europa oriental y centro-oriental dio un nuevo impulso, a partir de 1991, a la comparación de ambos regímenes dictatoriales. A ello se suma un criterio diferente a la hora de aplicar la explicación basada en el

totalitarismo, pues la mayoría de historiadores rechaza convertirla en un dogma y apoya su aplicación sólo como un modelo de interpretación heurístico y flexible. Los análisis del poder que han desarrollado Hans Kohn, Carl J. Friedrich, Zbigniew Brzezinski y otros autores como Hannah Arendt especifican la analogía de la *técnica de poder* comunista, fascista y nacionalsocialista, pero poniendo de manifiesto que no todos los factores tienen la misma relevancia y que las ideologías eran diversas o antagónicas. En definitiva, la extensión del poder «total» era diferente: en este caso se trata ante todo de la intención de querer ejercer un poder totalitario, no de los vacíos que de hecho dejó la actuación de ese poder. No cabe postular una equivalencia de los crímenes, pues ni las formas ni los objetivos de los asesinatos en masa ni tampoco los contextos históricos o los caracteres específicos eran idénticos.

Aunque según los actuales conocimientos, las formas son modificables, el poder totalitario posee unos criterios coincidentes: agrupar y organizar sin contemplaciones a la población a través de un partido y de las organizaciones de masas a él supeditadas; un Estado dominado por un partido único con el monopolio de las decisiones y una élite (política); una policía secreta que aplique métodos de terror; el monopolio de la información; una ideología del poder y de la sociedad vinculante para todos; el culto a la personalidad, del que gozó Stalin al igual que Mussolini, Hitler, Mao o Fidel Castro; un pensamiento basado en la polaridad de amigo-enemigo, el confinamiento, la discriminación y el exterminio de las minorías; por último, el monopolio ilimitado, y por principio, de la violencia.^[40]

Sea como fuere, el interés de Stalin hacia Hitler iba más allá de lo relativo a la técnica del poder, y se extendía también a lo personal. Para satisfacerlo, los autores acumularon una multitud de informaciones acerca de su conducta habitual, además de chismes y cotilleos sin ninguna base documental: estos pasajes son más elocuentes sobre quien solicitó el informe —o sobre lo que los autores suponían acerca de su curiosidad— que sobre el propio Hitler. Y más allá de los deseos de saber de Stalin, el texto resulta fascinante por el momento histórico de que nos habla y por la correspondiente base documental; los editores se han encargado de poner esto de manifiesto y en detalle.^[41]

¿Qué podía saber Stalin acerca de Hitler? Las versiones de la época

Aunque ya en esa época temprana existían informaciones sobre Hitler, incluso biografías, había pocos datos auténticos procedentes de su entorno, y los que existían eran de naturaleza muy específica, por ejemplo las incontables alusiones en los *Diarios* de Joseph Goebbels, que siempre aparecen desde la perspectiva del narrador de aquellas notas. Antes de la elaboración del «Informe Hitler» para Stalin, no pudieron aparecer en Alemania informaciones del entorno más inmediato del

dictador. Entre las primeras que aparecieron se cuentan las conversaciones de sobremesa de Hitler, publicadas por Gerhard Ritter; a ellas les siguieron los *Hitler's Table Talks*, editados por Hugh Trevor-Roper en 1953.

Una de las primeras obras de esta naturaleza fue el libro *Gespräche mit Hitler* [*Conversaciones con Hitler*], de Hermann Rauschning, publicado inicialmente en 1940 por el antiguo presidente del Senado de Danzig.^[42] Rauschning, que había ingresado en el *Nationalsozialistische Deutsche Arbeitspartei*, NSDAP —Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores— en 1931 y que había sido originariamente antisemita y partidario del culto al *Führer*, tuvo problemas con el *Gauleiter* (jefe territorial del partido) de Danzig, Forster, y presionado por Hitler renunció al cargo el 24 de noviembre de 1934. En 1936 emigró a Suiza a través de Polonia y en 1948 a Estados Unidos. Sus dos libros sobre el nacionalsocialismo contienen un ajuste de cuentas con el régimen nazi, que hizo todo lo posible para impedir su publicación. El documento de Rauschning influyó en las investigaciones sobre Hitler y fue un éxito internacional, pero más tarde se reveló como una falsificación. No se trataba de la reproducción de conversaciones auténticas, sino de ficciones basadas en sus conocimientos personales; en gran parte, Rauschning se las había inventado para el servicio secreto norteamericano y resultaron útiles para la propaganda aliada.

La obra que había publicado con anterioridad, *Die Revolution des Nihilismus*,^[43] constituye una interpretación del nacionalsocialismo. Se basa en el análisis del Gobierno de Hitler en los primeros cinco años y en la experiencia del exilio, que transformó el punto de partida, nacionalrevolucionario, de Rauschning. El texto posee un gran interés historiográfico y es una interpretación sustancial y rica en ideas de la dictadura nacionalsocialista como producto de la crisis de entreguerras, en especial cuando su autor describe el sistema de poder. Pero en lo fundamental no es un escrito biográfico sobre Hitler, aunque analice su maquiavelismo autodestructivo como un proceso en continuo ascenso.^[44]

Otras publicaciones tempranas relativas a Hitler constituyen igualmente, más que revelaciones biográficas, interpretaciones. Se trata de documentos que aparecieron dentro y fuera de Alemania, como en el caso de Rauschning, a menudo escritos por emigrantes, es decir, por enemigos de Hitler más o menos ilustrados. Entre ellos se cuentan los estudios biográficos relativos a la primera época: por ejemplo, en Alemania, *Hitlers Weg* [*El camino de Hitler*] (1932), de Theodor Heuss, y en Gran Bretaña, *Hitler* (Londres, 1931), de Wyndham Lewis. A partir de 1933 comenzaron a acumularse relatos de tipo más periodístico.^[45]

Los autores de las más relevantes exposiciones dedicadas a Hitler y al nacionalsocialismo, entre ellas dos importantes biografías y análisis del sistema de poder nacionalsocialista que han acabado adquiriendo una gran significación para las

investigaciones posteriores, fueron emigrantes.

Rudolf Olden, escritor y jurista emigrado en 1933, antiguo redactor de política del *Berliner Tagesblatt* y defensor de Carl von Ossietzky en el proceso por alta traición, publicó en 1935, en la editorial *Querido* de Amsterdam —una editorial para exiliados—, después de varios estudios previos de menor entidad, la biografía titulada *Hitler*, que junto a capítulos dedicados a la infancia y la vida del dictador expone también las polémicas de Hitler con la *Reichswehr*. Olden considera a esta institución un sector de «la clase dominante», el único al que Hitler «respetaba», el «poder armado». Es la interpretación psicológica y política de un prototipo, aunque concentrada en la persona de Hitler.

Pronto se publicó la obra de otro emigrante, Konrad Heiden, una biografía en dos volúmenes, también titulada *Hitler* (1936-1937), y que sacó a la luz la editorial *Europa Verlag*, de Zúrich. Heiden, también jurista y escritor, fue el primero en estudiar con intensidad y sentido crítico el surgimiento del nacionalsocialismo, y como corresponsal en Múnich del *Frankfurter Zeitung* escribió desde 1923 hasta 1930, antes de continuar sus observaciones desde Berlín a partir de 1930. Organizó un servicio de prensa para informar sobre la propaganda nacionalsocialista y advirtió desde muy temprano el peligro de subestimar este movimiento. En 1933 huyó a la región del Sarre y de allí pasó a Francia.

En 1932 y 1934 ya había dedicado libros al nacionalsocialismo. Su biografía planteó cuestiones fundamentales también para estudios posteriores. Por ejemplo, la carencia de principios de Hitler o la relación de las metas formuladas en *Mi lucha* con el oportunismo de su política práctica. En sus páginas ya se vislumbra la futura controversia centrada en su falta de planificación o su improvisación, pese a que Heiden no proporcione una respuesta definitiva. Se acerca mucho, así, a las interpretaciones actuales, que defienden la existencia de ambos elementos en el modo de actuar de Hitler. Heiden previó también la catástrofe que el dictador iba a desencadenar, puso de manifiesto sus planes para sojuzgar el mundo, así como su intención de configurar una élite rectora definida por la raza.^[46] Heiden se ocupó extensamente de la «persona desgraciada», de sus compañías nocturnas, su insomnio, su ambiente más íntimo.^[47] Son los temas que luego aparecerán en el «Informe Hitler», aunque en este último sean tratados de una forma más positivista y —a diferencia de lo que podía ser el caso en Heiden— muy centrados en la época de la guerra.

Para terminar, me gustaría mencionar otras dos obras de primera magnitud, que aunque son de diferente categoría historiográfica, han hecho fructificar la investigación posterior, pese a no centrarse en Hitler sino en la estructura del poder. Se trata de dos análisis nacidos en la emigración estadounidense; el libro del jurista y politólogo Ernst Fraenkel, *Der Doppelstaat. Recht und Justiz im Dritten Reich* [El

doble Estado. Derecho y justicia en el Tercer Reich],^[48] y el de Franz Neumann, *Behemoth. Struktur und Praxis des Nationalsozialismus 1933-1944*.^[49]

Fraenkel aborda minuciosamente la estructura jurídica y estatal en la que el «Estado disciplinario» nacionalsocialista se impuso al Estado de derecho y basado en la ley que lo antecedió. A su vez, Neumann hace una interpretación marcadamente marxista, que incorpora numerosos factores, entre ellos los relacionados con el «capitalismo monopolista».

Estas obras se escribieron algunos años antes de que Stalin ordenara su propio informe. Pero ni el dictador soviético ni los miembros del NKVD que compilaron para él los datos acerca de Hitler llegaron a conocerlas. Estaban mucho más interesados en lo personal y en lo cotidiano, y la historia de la estructura del poder les atraía tan poco como las interpretaciones psicológicas del personaje en el contexto de las crisis de los años treinta del pasado siglo.

La extraordinaria biografía de Alan Bullock (publicada en 1952, completamente revisada en 1964, edición alemana de 1967); la obra de Joachim Fest (1973), aún no superada por lo que respecta a la calidad de la narración y a la interpretación; la biografía de Ian Kershaw (1998-2000), que a lo largo de sus dos volúmenes examina toda la literatura vigente y las fuentes relevantes, o las magistrales y agudas *Anmerkungen zu Hitler* [Anotaciones sobre Hitler] (1978), de Sebastian Haffner, relacionan con claridad el itinerario personal, los problemas estructurales, la interpretación de la época y la interpretación biográfica; algo que también cabe decir de *Hitlers Wien* [La Viena de Hitler], de Brigitte Hamman (1996). Estos textos incluyen fuentes de valor biográfico que hacia los años cincuenta afloraron con gran abundancia. Pero en muchos casos no se basaban en la autenticidad de testimonios realmente contemporáneos, como sí es el caso de las informaciones reunidas en el «Informe Hitler», procedentes de dos miembros de la corte más próxima a Hitler.

Además de contener incontables y reveladores detalles, el «Informe Hitler» es el único texto biográfico elaborado por un servicio secreto tras investigaciones e interrogatorios de muchos meses. En definitiva, estamos ante una vigorosa exposición de ambos personajes, también por lo que respecta a algo que seguramente fue obviado: el pacto Hitler-Stalin de agosto de 1939, que significó el comienzo del fin de las relaciones políticas entre los dos dictadores.

Horst Möller; director del *Institut für Zeitgeschichte*, Múnich-Berlín.

PREFACIO DE LOS EDITORES

Cuando el 30 de abril de 1945, poco antes de las tres y media de la tarde, Hitler se suicidó en el refugio subterráneo de la cancillería del *Reich*, las vanguardias del Ejército Rojo se encontraban a un par de centenares de metros de distancia. Hitler no quería, en modo alguno, caer en sus manos. Al final de su vida, la más horrenda obsesión que lo unía a los bolcheviques era verse metido en una jaula sobre la Plaza Roja y linchado cruelmente por un populacho enardecido.

Josif Visarionovich Stalin, por el contrario, no se había podido librar aún del trauma que le había provocado Hitler con el ataque alemán a la Unión Soviética el 22 de junio de 1941, y por ello dudó de la veracidad de la noticia del suicidio del dictador. Creía que Hitler podía haberse fugado y haber solicitado asilo en algún lugar secreto entre los aliados occidentales, a quienes él suponía la intención de continuar la guerra, ahora contra la Unión Soviética. Los informes acerca de la muerte de Hitler resultaban muy contradictorios, y cuantos más supuestos cadáveres de Hitler iban apareciendo, tanto más crecía la inseguridad de Stalin. Se sabía con certeza que una serie de altos funcionarios del régimen nazi habían logrado huir. Insatisfecho con las investigaciones soviéticas, a finales de 1945 Stalin ordenó al Comisariado del Pueblo de Asuntos Internos (NKVD) reconstruir los últimos días en los sótanos de la cancillería del *Reich* y establecer definitivamente la muerte de Hitler.

Para llevar a cabo la operación Mito (nombre en clave de la misión), se nombró un grupo de trabajo compuesto por oficiales de alta graduación comandados por el comisario del pueblo Sergéi Kruglov. Los funcionarios del NKVD reunieron todos los materiales disponibles acerca de Hitler y su régimen. Los oficiales del departamento de asuntos de prisioneros de guerra investigaron en los campamentos buscando colaboradores del dictador, a los que sometieron una y otra vez a interrogatorios. También el Ministerio del Interior (MVD), el sucesor del NKVD, estuvo involucrado en la operación Mito. Y en repetidas ocasiones Stalin recabó datos acerca de la marcha de las investigaciones mediante su representante en el Consejo de Ministros, el antiguo ministro del Interior y jefe de los servicios secretos, Lavrenti P. Beria.

El 29 de diciembre de 1949, el dictador recibió una especie de informe definitivo de 413 páginas, escrito a máquina, que relataba la vida de Hitler desde 1933 hasta 1945, titulado «Informe Hitler». Tras su lectura, Stalin lo depositó en su archivo personal, el Archivo del Secretario General. Este ejemplar se conserva hoy en día en el Archivo Personal del Presidente de Rusia, y no está en disposición de ser consultado por investigadores extranjeros.

En 1959, el sucesor de Stalin, Nikita S. Jruschov, consideró oportuno intervenir en el violento debate que se desarrollaba en la República Federal de Alemania acerca de Hitler y la segunda guerra mundial. Impartió órdenes que permitían a una serie de historiadores fieles al Partido acceder a determinados materiales de las actas de la operación Mito. De este modo, se hizo una copia del «Informe Hitler» para la Comisión Ideológica del Secretariado del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, que fue entregada el 20 de abril de 1959 al secretario del Comité Central Leonid Iljitschov. El documento no permitió alcanzar la meta que se pretendía conseguir, pues la versión de la historia de la segunda guerra mundial que proporcionaba el «Informe Hitler» no se correspondía con la propaganda del Partido. Además, muchos episodios relativos a la diplomacia de la Alemania nacionalsocialista, a las acciones bélicas en el frente germano-soviético y al hundimiento del Tercer *Reich* aparecían caracterizados de un modo inusual. Todo ello fue razón suficiente para que el acta permaneciera bajo cerrojo. El secretario Iljitschov la congeló y la incluyó en el inventario de actas del departamento general.

En 1991 se procedió a la apertura de los archivos del Partido, y los historiadores extranjeros obtuvieron la posibilidad de acceder a las actas del Partido Comunista de la Unión Soviética. Dado que el «Informe Hitler» había sido incluido en el departamento general y que lo habían clasificado con una nomenclatura que no revelaba su identidad en los catálogos del Archivo, el acta nº 462.^a permaneció largo tiempo oculta. Finalmente, la sistemática investigación de los materiales del departamento general, llevada a cabo por Matthias Uhl en el programa de un proyecto de investigación del *Institut für Zeitgeschichte* sacó el «Informe Hitler» a la luz del día. Un colega ruso que tenía acceso al Archivo del Presidente comparó la copia y el original y confirmó la autenticidad del acta. El acta nº 462.^a es una copia idéntica del Informe del NKVD de 1949.

La base más importante para el manuscrito del grupo de trabajo del MVD la constituyen las declaraciones y anotaciones de dos hombres que habían vivido día a día y a lo largo de los años en un entorno muy cercano a Hitler: Heinz Linge y Otto Günsche. Hitler les encomendó a ellos la incineración de su cadáver (y el de su esposa Eva). Desde 1935 Linge formaba parte de la escolta personal del *Führer* y en 1939 asumió el cargo de ayuda de cámara de Hitler. Por su parte, Günsche también se integró desde 1936 en la escolta personal y en 1943 Hitler lo promovió al cargo de ayudante personal. Tras una breve estancia en el frente, a partir de febrero de 1944 volvió a ejercer de ayudante personal de Hitler. En la noche del 3 de mayo de 1945, Heinz Linge y Otto Günsche cayeron en manos de los soviéticos.

Durante cuatro años, desde 1946 a 1949, Linge y Günsche informaron sobre Hitler. Los interrogadores preguntaban una y otra vez acerca de los hábitos cotidianos del dictador, sobre su relación con los dirigentes de la *Wehrmacht*^[50] o detalles acerca

de acontecimientos en el cuartel general del *Führer*. Las enormes dudas que aún suscitaba el suicidio de Hitler hicieron que, en 1946, se les trasladara a Berlín, donde Linge y Günsche tuvieron que reproducir nuevamente y con toda exactitud el transcurso de las últimas horas de la vida de Hitler y señalar el lugar preciso donde tuvo lugar la cremación. A su regreso, los oficiales del MVD los obligaron, a ellos y a otros antiguos colaboradores del *Führer*, a redactar un informe sobre lo que recordaban de aquellos acontecimientos. Al mismo tiempo se aumentó la presión sobre aquellos prominentes prisioneros, pues acababan de perder su estatus de prisioneros de guerra regulares. La Fiscalía estatal amenazó con acusarlos de criminales de guerra si se negaban a poner por escrito sus recuerdos.

Probablemente fue Linge el primero que se declaró dispuesto a escribir sus «memorias». Su celda individual estaba repleta de micrófonos, y él fue humillado y en varias ocasiones golpeado. Su interrogador lo escuchaba con una paciencia inagotable, y, según le confesó Linge más adelante, «estuvo a punto de llevarle a la desesperación». El tratamiento que recibió Günsche debió de ser parecido. En cualquier caso, a comienzos de 1948 se declaró dispuesto a escribir un texto sobre las conversaciones entre ingleses y alemanes acerca de la paz, que fue inmediatamente entregado a Stalin.

Los oficiales de aquella comisión extraordinaria integraron después esos escritos en las actas de la operación Mito, y pusieron a los autores a disposición de un tribunal especial que condenó a Linge y Günsche a veinticinco años de trabajos forzados. En 1955 fueron liberados con los últimos prisioneros de guerra de las cárceles soviéticas. Linge viajó a la República Federal de Alemania. Günsche fue llevado a la República Democrática Alemana y entregado al Ministerio de la Seguridad del Estado. Para él, como para muchos otros condenados por tribunales soviéticos, se abrieron en 1956 las puertas del presidio de Bautzen.

En la elaboración del «Informe Hitler» participaron varios oficiales, traductores y traductoras. El jefe de la comisión, el teniente coronel Fiódor Karpovich Parparov, controlaba regularmente el avance del trabajo y redactó el texto definitivo. Su cualificación para llevar a cabo la redacción del texto está fuera de cualquier duda. Había estudiado Derecho y trabajaba desde 1926 para el servicio soviético de información del extranjero. Adquirió experiencia en el frente bélico de Alemania, donde —camuflado como un comerciante de Costa Rica— logró obtener numerosas fuentes de información en el partido nazi y el Ministerio de Asuntos Exteriores. La más productiva fue para él la agente Elsa o Juna, que en la actualidad continúa sin haber sido identificada. Se trataba de la esposa de un alto diplomático alemán, perteneciente al círculo más próximo a Joachim von Ribbentrop, más tarde nombrado ministro de Exteriores.

Tras una corta estancia en Turquía y en Holanda, Parparov fue atrapado por el

molino de las purgas estalinistas. Ciertamente, sus informes sobre Alemania no armonizaban con las premisas políticas del pacto entre Hitler y Stalin. Poco después del ataque de la *Wehrmacht*, fue rehabilitado e interrogó desde fines de enero de 1941 a prisioneros de guerra alemanes en cuanto miembro de la 4.^a Administración del Comisariado del Pueblo de la Seguridad del Estado. Su prisionero más importante fue el mariscal de campo Friedrich Paulus, a quien, tras largas conversaciones a lo largo de semanas, lenta y tenazmente, logró ponerlo del lado de la Unión Soviética y prepararlo como testigo de cargo en el principal juicio de Núremberg por crímenes de guerra.

Pese a que el conocimiento de la lengua alemana que tenía Parparov puede calificarse de excelente, la transformación de las actas de los interrogatorios y las anotaciones de Linge y Günsche en el «Informe Hitler» fue una tarea ciertamente difícil. Ya en la traducción al ruso, Parparov tuvo que atender a dos exigencias contrarias: el texto tenía que parecer auténtico, es decir, tenía que dar cuenta de lo expresado hasta el detalle con exactitud y en lo posible con las palabras de Linge y Günsche, pero también debía adaptarse a los hábitos de lectura y las expectativas de la persona que lo había ordenado: Josif Stalin. En medio de estos dos polos, Parparov tejió un estilo propio de exposición, una curiosa mezcla de autenticidad y de acartonado ruso de oficina en el que se adivinan claramente la presión y las expectativas a las que estaba sometido.

Pero si el carácter de la letra y la arquitectura del texto denotan inequívocamente el origen del material, también resulta patente que los autores del NKVD a menudo no pueden evitar la tentación de decorar con colores abigarrados las situaciones dramáticas o de elevada emotividad. La más escandalosa contravención contra las reglas de una información sobria y objetiva se encuentra al comienzo mismo del documento. La referencia a una escena decisiva de 1933, elaborada según exigencias de pura dramaturgia, es obviamente falsa. Su función consistía tan sólo en presentar la figura de Hitler y destacar el papel esencial de su guardia personal, el *Leibstandarte* [regimiento] Adolf Hitler de las SS. Pero después de 1935, el texto adopta el carácter del relato de un testigo ocular. Para numerosas situaciones en años posteriores, sobre todo conversaciones a solas con Hitler, las revelaciones de Linge o Günsche constituyen la única fuente. Revelan deliberaciones sobre el estado de la situación, de las que ya no existe ninguna otra acta y relatan circunstancias que otros testigos contemporáneos callan a sabiendas ante los tribunales o en sus memorias. Registran asimismo con exactitud la decadencia física y espiritual del dictador, sin haber tenido conocimiento de los informes médicos.

Lo que diferencia el «Informe Hitler» de otros escritos semejantes es la situación existencial, de inmediato peligro vital, en que surgió. Por un lado, Linge y Günsche siempre debían andarse con cuidado, pues cualquier imprecisión podía reportarles

una acusación de falsedad. Por otra parte, puesto que estaban en celdas individuales separadas entre sí, tampoco podían coordinar su «estrategia de defensa» o sus declaraciones. A su vez, los interrogadores buscaban eliminar todas las inexactitudes memorizadas en interrogatorios realizados a lo largo de los años y preguntaban a Linge y Günsche una y otra vez acerca de los mismos hechos.

Lo que Linge y Günsche relataban se cotejaba con las declaraciones de otros prisioneros. Si se tiene en cuenta que ni los interrogadores ni los interrogados disponían de anotaciones, el resultado es tanto más impresionante. En el «Informe Hitler» se refieren los acontecimientos y las fechas con exactitud en la mayor parte de los casos, las escenas se describen correctamente e incluso los documentos se reproducen con precisión. Cuando se comparó un documento que Günsche había memorizado con el original publicado, se comprobó que en la reproducción, en lugar de la palabra *erfolgt* [«sucedío»], Günsche había empleado la palabra *erhalte* [«recibió»] y *übernehmen* [«asumir»] en lugar de *übernehmen muss* [«debe asumir»]. Linge y Günsche recordaban también con gran precisión las frases de Hitler. El cotejo con los discursos publicados y con sus escritos, o con informes de otros testigos de la época, mostró discrepancias, pero ninguna inexactitud grave.

La especialidad de Linge residía en la memorización de situaciones cotidianas, estados de ánimo y en la caracterización del entorno íntimo que rodeaba al dictador alemán. De él procede la mayor parte de aquellos pasajes que parecieron interesar más a Stalin y que se pueden calificar como los comadreo de la corte de Hitler. Günsche, como experimentado hombre del frente de batalla, disponía de un notable conocimiento y entendimiento militar. Los acontecimientos que él rememora aparecen de modo particularmente frío. Por ejemplo, describe el arresto y la ejecución del cuñado de Hitler, Hermann Fegelein, sin la menor emoción, pese a que había sido precisamente él quien había convencido a Hitler de la necesidad de presentarlo ante un consejo de guerra.

Aunque los miembros del NKVD cambiaron el texto y el contenido de las declaraciones sólo en casos excepcionales, su influencia se refleja a todas luces en la terminología empleada. El documento pone de manifiesto el angustiado esfuerzo de los autores por satisfacer desde un inicio e incondicionalmente las exigencias de Stalin ante un manuscrito semejante, incluso la voluntad de adaptarse en la mayor medida posible al estilo del secretario general y jefe supremo de las fuerzas armadas. Si Stalin hubiese desaprobado el texto, o sin tan sólo éste hubiese dejado preguntas sin responder, las consecuencias para sus autores habrían sido imprevisibles. Los pasajes que resultaban incompatibles con la doctrina de Stalin se eliminaron. Por ejemplo, en la redacción definitiva tan sólo figuran dos alusiones, disimuladas, al pacto entre Hitler y Stalin de 1939. El celo de los autores se muestra también en que el nombre de las personas que entran en acción, sus funciones y todos los datos

importantes para entender el conjunto a menudo se repiten (como se hacía cuando se citaban discursos o publicaciones de Stalin) y aparecen entre paréntesis o en notas a pie de página algunos —a menudo superfluos— detalles sobre Alemania o la política de aquel país. El esfuerzo por aclararle la lectura a Stalin obligó a redundancias insólitas para el lector de hoy.

Llama la atención el escaso empleo de las denominaciones oficiales para las instituciones nacionalsocialistas. Los conceptos que los interrogados debían de usar son reemplazados a menudo por circunloquios. Con frecuencia se habla de la guardia personal de Hitler, pero nunca se menciona por su nombre oficial el *Führer-Begleitkommando* (el cuerpo de escolta personal del *Führer*) y raramente se alude al *Leibstandarte* (su regimiento personal de las SS). El *Nationalsozialistische Deutsche Arbeitspartei* (Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores) no aparece nunca con su propio nombre ni con la correspondiente abreviatura (NSDAP), sino sólo como Partido nacionalsocialista (el adjetivo en minúscula). Cuando se usan términos oficiales, las más de las veces aparecen entre comillas: «Tercer *Reich*» «Casa Parda», «*Wolfsschanze*» («Guarida del Lobo»), «Juventudes Hitlerianas» o *Volkssturm* («asalto del pueblo»).

El uso de apellidos de personas sin sus respectivos nombres, rango o títulos nobiliarios sugiere distanciamiento. Lo mismo acontece con el uso de «castillo» (*Schloss*) para designar el Berghof de Hitler. El término es adecuado para aludir a la residencia dados su tamaño y la amplia infraestructura construida en el Salzberg, pero con toda seguridad ni Günsche ni Linge hicieron uso de ella. En lugar de la fórmula usual y habitual de «saludo alemán» o «saludo de Hitler» se usó «saludo fascista». También la caracterización de Ernst Kaltenbrunner, jefe del Servicio de Seguridad del Partido Nacionalsocialista (SD o *Sicherheitsdienst*), como «matarife» debió de haber sido agregada al texto por el equipo de redacción que dirigió Parparov.

Por último, sorprende igualmente un recurso estilístico empleado casi siempre con torpeza. A fin de hacer más liviano el informe y crear cierta tensión, los redactores cambian a veces abruptamente la forma temporal. Si el conjunto de la narración acontece en imperfecto, de pronto salta al presente cuando se quiere destacar de modo especial una escena. Ello puede suceder de modo disperso dentro de un mismo párrafo, y a veces no es fácil descubrir la lógica que subyace al relato.

La lista de intervenciones en la redacción y de peculiaridades estilísticas podría prolongarse. Pero estos pocos ejemplos deberían bastar para hacer plausible la convicción de los editores de que toda simplificación y alisamiento ulterior del texto habría adulterado el carácter del documento histórico de un modo inaceptable. La traducción de Helmut Ettinger del ruso al alemán respeta el original. La autenticidad del «Informe Hitler» no se funda tan sólo en lo que transmite, sino también en la forma y el modo en que se llevó a cabo. Los rasgos de estilo reflejan tanto la

complicada historia de su origen como el complejo entorno político, y hay que contemplarlos, y aceptarlos, como un componente esencial del documento.

El «Informe Hitler» contiene los relatos de dos oficiales de las SS que mantuvieron una relación cotidiana con Hitler, sin que por ello estuvieran humanamente cerca de él. Le admiraban y eran convencidos nacionalsocialistas, pero, como la mayoría de sus contemporáneos, no entendían las metas que perseguía el dictador. En sus recuerdos acentúan con mayor énfasis algunos juicios disidentes, pero nunca niegan su proximidad a Hitler. El «Informe Hitler» constituye un documento tan único como singular: durante más de cuatro años, y partiendo del material aportado por dos comandantes de las SS, un colectivo de autores de los servicios secretos del Ministerio del Interior soviético elaboró la biografía de Hitler, hasta adaptarla a los hábitos de lectura de Stalin.

El texto del acta nº 462.^a de los archivos del Partido Comunista de la Unión Soviética no sólo proporciona numerosos detalles de la política de Hitler, hasta ahora desconocidos, sino que también nos brinda un retrato auténtico de cómo acontecían las cosas realmente en el entorno del dictador alemán. Más allá de eso, en este documento se refleja del modo más expresivo la disputa entre el *Führer* del Gran Reich alemán y aquel otro personaje que, por un tiempo, creyó poder dividirse Europa con él, y al que más tarde Hitler obligó a un enfrentamiento en una guerra de exterminio que costó la vida a millones de seres humanos. El documento dibuja, por decirlo así, la quintaesencia del antagonismo entre Hitler y Stalin, una oposición en la cual numerosos historiadores, desde Alan Bullock hasta Richard Overy, han visto la clave para entender la historia del siglo pasado.

Matthias Uhl y Henrik Eberk, Berlín, Halle, 3 de enero de 2005

CAPÍTULO 1

VERANO DE 1933 - VERANO DE 1934

El sol brilla sobre la *Wilhelmplatz* de Berlín. Allí se alza la cancillería del *Reich*, el lugar donde ha comenzado la nueva era del «Tercer *Reich*» después de que Hitler haya accedido al poder el 30 de enero 1933. Tras las cortinas de una ventana se encuentra un hombre de estatura media; un mechón le cae sobre la frente. Es Hitler. Ligeramente inclinado hacia delante, observa el ceremonial militar que se desarrolla abajo, en el patio de honor. Allí los soldados de su escolta personal, el llamado *Leibstandarte*^[51] Adolf Hitler de las SS, protagonizan el cambio de guardia. Las piernas se elevan hacia lo alto y las botas remachadas golpean con dureza en el asfalto. Los hombres forman en posición de firmes, la mirada fija y dirigida al frente. El cambio de guardia ha concluido y Hitler se retira de la ventana. Ya son las dos del mediodía; es la hora de la comida para el *Führer*.

Hoy almuerzan con él los ayudantes Wilhelm Brückner y Julius Schaub, el comandante del *Leibstandarte*, Sepp Dietrich, y el jefe de prensa, Otto Dietrich. Linge está de servicio en la centralita telefónica instalada en el comedor de Hitler. Hasta él llegan las conversaciones que se mantienen en la mesa.

Los comentarios de los ayudantes permiten percibir fácilmente que quieren beneficiarse personalmente de sus ventajas antes de que sea demasiado tarde. Hitler explica en un tono irónico que no tiene la intención de renunciar tan pronto a su puesto de canciller del *Reich*. En un tono cortante añade:

—Han pronosticado sobre mí que no duraré más que unos meses. Van a llevarse una sorpresa, pues tengo la intención de quedarme.

Hitler anuncia su voluntad de quebrar cualquier resistencia con todos los medios:

—Yo no soy un canciller como Bismarck, que no era más que el canciller del emperador. Yo tengo mi partido. Yo soy el *Führer*. ¿Qué cualidades ha de tener un caudillo? Sobre todo, su nombre ha de estar en boca de todo el mundo. Por ello introduje el Heil Hitler como saludo, porque contiene mi nombre. Me alegro de que mi nombre no sea Oberhubinger o Unterkirchner.^[52] Las masas han de tener a su *Führer* siempre a la vista... Todas las cámaras han de estar enfocadas en mi persona: la muchedumbre ha de seguir cada uno de mis pasos. El *Führer* ha de arrastrar a las masas, como si fuera un actor; su vestimenta, su mímica y sus gestos, todo ello es importante...

La comida ha terminado. Hitler se levanta de la mesa de un humor excelente. Con las manos en los bolsillos de la chaqueta, canta uno de los éxitos de moda en los locales de diversión berlineses, una canción que le complace mucho:

—Marie Luise, qué bello es cada uno de los días que me regalas.

De repente se detiene y dice, dirigiéndose a sus ayudantes:

—Qué feliz soy de que la providencia me haya enviado como salvador de este desesperado pueblo alemán, en esta su hora fatídica.

En aquellos días, en los sótanos del hotel *Prinz Albrecht*, situado en la *Prinz-Albrecht-Straße* de Berlín, donde está instalada la *Gestapo*, los prisioneros allí encerrados nada sabían de esta misión «querida por Dios».^[53] En esta prisión de la *Gestapo* figuraban algunos detenidos especialmente relevantes.

Tras la aprobación de la Ley de Plenos Poderes (*Ermächtigungsgesetz*), se encerró a cientos de miles de alemanes honrados en campos de concentración (en Oranienburg, Buchenwald o Dachau).^[54] Las cárceles, clausuradas por hallarse en estado de ruina, volvieron a utilizarse por orden de Himmler, «con el fin de proteger al pueblo y a la patria».

En la cancillería del *Reich* se sabía que Hitler enviaba personal y continuamente nuevos prisioneros a las cárceles y a los campos de concentración.^[55] Respecto a este asunto declaraba:

—Tendríamos demasiado que hacer si perdiéramos el tiempo con juicios. No puedo confiar en los juristas. Resulta mucho más práctico detener [...] sin tener en cuenta a esos tipos obsesionados con las leyes [...]. Yo me arrogo ese derecho. ¡Yo soy mi propio ministro de Justicia!

Los sótanos del hotel *Prinz Albrecht* no podían dar cabida a todos los «criminales políticos» del «Tercer *Reich*». A éstos los encerraban además en la nefanda *Columbiahaus*, una fábrica en el barrio berlinés de Tempelhof, cerrada por amenaza de ruina, donde la *Gestapo* había erigido otro de sus centros de detención.^[56]

Los guardianes de estas cárceles de la *Gestapo* eran nazis escogidos, los cuales, antes de la subida al poder de Hitler, se habían «especializado» en asesinar a comunistas por la espalda y en disolver a porrazos las manifestaciones comunistas en las calles berlinesas. Los puestos de guardia estaban cubiertos de carteles en los que se podía leer: *FÜHRER, ORDENA; NOSOTROS TE SEGUIREMOS*.

Los presos eran torturados, recibían patadas y eran tratados de forma inhumana. Los carceleros mascullaban con una sonrisa maliciosa:

—Aquí sí que nos divertimos... Himmler ha dicho: «Los incorregibles deben quedarse ahí hasta que se vuelvan negros. Es la preparación del camino al renacimiento nacional».

23 de junio de 1934. En cumplimiento de una orden especial, se han cerrado los portales de los cuarteles de Lichterfelde (Berlín), donde tiene sus cuarteles el *Leibstandarte* Adolf Hitler de las SS. Se han cancelado los permisos para abandonar los cuarteles. Los hombres tienen la orden de acostarse con el equipo al completo. Los cinturones y el casco de acero están dispuestos sobre el taburete. Las ametralladoras reposan sobre la mesa. Desde hace ya una semana se ensaya el toque de alarma cada noche. Nadie sabe lo que está sucediendo en realidad. Los mandos guardan silencio.

Al atardecer del 29 de junio, por fin varias unidades del *Leibstandarte* suben a los vagones de tren en la estación de Lichterfelde-Ost y parten en dirección a Múnich. Ya en el momento de subirse al tren se filtra el rumor de que el jefe del estado mayor de las *Sturmabteilungen* (SA, o batallones de asalto), Ernst Röhm, uno de los colaboradores más estrechos de Hitler, prepara un levantamiento. Se decía que Röhm, un hombre que gozaba del apoyo de las SA, exigía de Hitler un puesto más relevante en el Estado, teniendo en cuenta los méritos contraídos durante la toma de poder.

El 30 de junio por la tarde, las unidades del *Leibstandarte* descendieron en la estación principal de Múnich. A continuación se dirigieron hacia la «Casa Parda».^[57] Hitler apareció en el balcón de este edificio.

Ante él desfilaron las tropas de las SS en filas de a cuatro y marcando el paso de la oca.

A esas alturas, con la detención de Röhm y de sus colaboradores, ya había sido aplastado el golpe de Röhm. Hitler en persona había dirigido la operación. En la madrugada del 30 de junio, acompañado de una escolta reforzada, se había dirigido en una columna de automóviles hacia Bad Wiessee (a una distancia de dos horas en coche desde Múnich), donde se encontraba Röhm junto a su estado mayor.

En Bad Wiessee Hitler había sorprendido a Röhm, a Heines, el teniente general de las SA de Silesia, y a otros jefes de las SA compartiendo el lecho con jóvenes homosexuales. Hitler ordenó detenerlos a todos. Röhm fue llevado a la prisión de la Policía en Múnich. Allí se le exigió que se quitara él mismo la vida, para lo cual le dejaron una pistola en la celda. Röhm se lanzó sollozando al suelo y suplicó por su vida. De las actitudes orgullosas y de las frases huecas que el pueblo alemán acostumbraba oír de este jerarca del Partido nacionalsocialista y del «Tercer Reich»,

sólo quedó un lloriqueo lastimero.^[58]

Röhm fue ejecutado.

De manera oficial se dijo que se le había dado muerte por su homosexualidad. Pero Hitler ocultó al pueblo alemán que la homosexualidad era algo difundido y tolerado en los cuadros dirigentes del Partido nacionalsocialista y de las «Juventudes Hitlerianas».

El verdadero motivo de la ejecución de su rival lo reveló Hitler a su entorno con las siguientes palabras:

—¡De mí no se ríe nadie! ¡Que esto sirva de advertencia a todos mis enemigos, ocultos y abiertos! Yo no soy un canciller a la antigua usanza. ¡Yo soy Hitler! ¡En el Partido y en el Estado sólo hay un amo, y soy yo!

En los días del «golpe de Röhm», que no fue otra cosa que una lucha por el poder entre Hitler y éste, se fusiló a numerosas personas inocentes, pero que por uno u otro motivo no eran del agrado del «Tercer Reich».^[59]

Los miembros del *Leibstandarte* que habían permanecido en Lichterfelde y que habían participado en los fusilamientos, informaron acerca de los detalles a sus camaradas que regresaban de Múnich. Camiones enteros, cargados con prisioneros, se dirigieron al cuartel de Lichterfelde. A los prisioneros, desnudos de cintura para arriba, los emplazaron a lo largo de la pared de la capilla del patio del cuartel y dispararon contra ellos.^[60]

Los integrantes de los pelotones de fusilamiento explicaban:

—No os podéis imaginar lo borrachos que llegamos a estar. Hemos bebido todo el aguardiente que hemos querido.

En aquellos días también fue «neutralizado» el general Von Schleicher, el antiguo canciller del *Reich* y ministro de la Guerra. En la *Reichswehr*^[61] era de dominio público que Schleicher, como opositor de Hitler, simpatizaba con la idea de una dictadura militar.

Cumpliendo una orden dada por Hitler, dos agentes de la *Gestapo* penetraron en la vivienda del general en Berlín. La hija de Von Schleicher, que les había abierto la puerta, fue asesinada a tiros en el acto. Los agentes de la *Gestapo* pasaron por encima de su cadáver y cuando Von Schleicher pretendió sacar su pistola, lo mataron a él y a su esposa.^[62]

CAPÍTULO 2

VERANO DE 1934 - FEBRERO DE 1936

Aunque Hitler había eliminado a sus enemigos y rivales en el Partido, continuaba sin poder ejercer como déspota. En su camino aún se interponía el mariscal de campo Paul von Hindenburg, el senil presidente del *Reich*. Para el ambicioso Hitler resultaba insoportable tener que permanecer a la sombra de esta personalidad.

El 9 de septiembre de 1934 moría por fin Hindenburg.^[63] Después de su muerte, Hitler se proclamó jefe de Estado y comandante en jefe de la *Reichswehr*. También se hizo con el cargo de presidente del *Reich*. Ahora reunía en sus manos todas las riendas del poder.

En su primer discurso ante el *Reichstag* tras la muerte de Hindenburg, Hitler dio a conocer que renunciaba al sueldo que le correspondía como presidente del *Reich*.^[64] Esta declaración era un truco demagógico de la misma naturaleza que las historietas propagandísticas de Goebbels, en las que se presentaba a Hitler ante Alemania como un hombre abnegado, que no pretendía sino servir a su pueblo.

Tras su llegada al poder, Hitler se convirtió en uno de los hombres más ricos de Alemania. Tenía unos ingresos millonarios y, por supuesto, no necesitaba su sueldo como presidente del *Reich*. Su libro *Mein Kampf*, convertido en lectura obligatoria, le proporcionaba unos beneficios enormes.^[65] Hitler era copropietario de la editorial *Eher*, que pertenecía al Partido. Esta empresa había absorbido una editorial tras otra, hasta convertirse finalmente en uno de los grupos de publicaciones más grandes del país.^[66] Gracias a su posición de monopolio, la editorial podía repartir unos dividendos colosales, la mayor parte de los cuales fueron a parar a Hitler.^[67] Éste, además, tenía acceso a la caja del Partido nacionalsocialista sin necesidad de someterse a control alguno.^[68]

El Partido era, en el fondo, una enorme empresa capitalista. Además de las cuotas que pagaban los afiliados y de las grandes donaciones de los industriales y banqueros alemanes, iban a parar a sus cuentas los ingresos procedentes de diversas empresas, entre ellas, varias haciendas en Mecklemburgo y Baviera.

Para incrementar los beneficios se creó incluso una cadena de hoteles repartidos por todo el país. La cadena se llamaba *Parteihotel-Konzern Färber*. Su director era Färber, un viejo nazi y amigo de Martin Bormann.

Pero ni siquiera estos enormes ingresos eran suficientes para Hitler. Contraviniendo las normas vigentes antes de la subida al poder, ordenó retirar «los gastos del Estado» y «los gastos de representación» del control del tribunal de cuentas, para de esta manera poder disponer libremente de estos recursos y

destinarlos a su uso personal.^[69] Respecto a este hecho declaraba:

—¡No voy a dejar que esos viejos esclerosados vengan a decirme el dinero que me puedo gastar!

Hitler compró en el Obersalzberg, cerca de Berchtesgaden, extensos terrenos y se hizo construir un lujoso palacete que sería conocido como el Berghof. Para edificar este palacete hubo que proceder a numerosos derribos. Se demolieron viviendas, pensiones e incluso un sanatorio para niños paralíticos, que llegaban allí desde toda Alemania para disfrutar de un clima beneficioso.^[70]

El palacete de Hitler, con sus cuidados parques y sus carreteras costó aproximadamente cien millones de marcos.^[71] Para su construcción no sólo se dilapidó el dinero del pueblo, sino que también se sacrificaron vidas humanas. Las obras se realizaron en acantilados casi inaccesibles y de gran altura. Las voladuras, llevadas a cabo sin tomar medidas de precaución, provocaron aludes y desprendimientos de rocas. Las condiciones de trabajo eran las propias de un campo de prisioneros y se dieron casos de accidentes mortales.^[72]

El palacete del Berghof se construyó a una altura de mil metros, en la pendiente del Obersalzberg, junto a la estación balnearia de Berchtesgaden, en los Alpes bávaros. Disponía de sesenta habitaciones y estaba equipado con muebles de lujo, tapices de gran valor, así como cuadros de maestros holandeses, italianos y alemanes.

Hitler había comprado los cuadros a una marchante de antigüedades de Múnich, la señora Almer, y a un comerciante de antigüedades de Berlín, de nombre Haberstock. También había comprado pinturas por mediación de su fotógrafo, Hoffmann, y del director de la Galería de Pinturas de Dresde.^[73]

En la planta baja del Berghof se hallaba el comedor del *Führer*. Estaba revestido enteramente de pino blanco. La vajilla se componía de cubiertos de plata y objetos de porcelana y cristal que valían millones de marcos. La cubertería era de propiedad estatal y antes de la toma de poder de Hitler había sido utilizada con ocasión de las recepciones de Estado. En los cubiertos aparecían grabadas, además del águila alemana y la cruz gamada, las iniciales *A. H.* (Adolf Hitler). La mesa estaba adornada con candelabros de oro que imitaban unos ángeles que sostenían con sus manos platillos donde colocar las velas.

A esa misma planta pertenecían el salón y la gran sala. El salón lo presidía una estufa, recubierta de azulejos decorados con relieves de muchachas portando banderas nazis y de jóvenes tambores. Allí mismo colgaba también una pintura italiana muy valiosa y antigua, que representaba el Coliseo de Roma.

El salón conducía, hacia un lado, al jardín de invierno con la terraza y, hacia el otro, a la inmensa sala de estar, de una superficie de más de doscientos metros

cuadrados, separada del salón por una cortina. Del salón se salía bajando unos escalones. Junto al último escalón, en el descansillo, podía contemplarse una cabeza de Zeus, procedente de unas excavaciones realizadas en Italia. La atracción de la estancia era un inmenso ventanal panorámico que medía 32 metros cuadrados, hecho de vidrieras que se podían abrir por completo. Hitler enseñaba a todos los huéspedes este ventanal, desde el cual se abría una vista preciosa hacia los Alpes y la ciudad de Salzburgo, en Austria. Con orgullo declaraba que en realidad había hecho construir su palacete para este ventanal. Ante éste se extendía una larga mesa de mármol donde Hitler mantenía sus reuniones informativas para analizar la situación militar cuando, durante los años de guerra, permanecía en el Obersalzberg. De las paredes de la gran sala colgaban tapices y cuadros, entre éstos, la *Venus* de Tiziano.^[74] El suelo estaba adornado de terciopelo rojo y cubierto de alfombras persas. Sobre el piano de cola, de la marca Bechstein, se alzaba un busto de Richard Wagner. Aquí, junto a la gran chimenea, Hitler acostumbraba pasar los atardeceres en compañía de sus más íntimos, tomando el té y escuchando la música de los discos que le ponían en el gramófono.

Desde la antesala del palacete subía una ancha escalera de mármol hacia la primera planta. En la antesala colgaba un retrato de Bismarck, que se iluminaba al anochecer.

En la primera planta se hallaban las habitaciones privadas de Hitler, a las cuales se añadían las estancias de su amante, Eva Braun. Una de las estancias privadas de Hitler era una galería de pinturas. Constaba de un armario de gran valor, que había pertenecido al rey Federico II de Prusia y que estaba revestido de maderas nobles. El despacho de Hitler tenía un artesonado de color marrón claro y sus muebles eran de arce pulido. Encima de la chimenea colgaba un retrato del general Moltke.

Las habitaciones de Eva Braun estaban decoradas con un lujo exquisito.

El palacete contaba con un terreno de aproximadamente dos kilómetros cuadrados, que abarcaba hasta la cima del Kehlstein, a unos 1.800 metros de altura.

En la cima de dicha montaña se construyó la *Kehlsteinhaus*, un pabellón de té cuyas dimensiones y arquitectura recordaban a las de un castillo medieval. La casa se había edificado enteramente con granito gris. En el pabellón de té había una sala de ceremonias de 15 metros de diámetro. Las altas ventanas estaban encajadas en profundos nichos. Entre una y otra ventana se habían colocado candelabros dorados que sostenían grandes cirios de cera. Además de esta sala, el pabellón contaba con un amplio comedor, una sala de estar y estancias destinadas a acoger a la guardia personal de Hitler y el personal de servicio, además de un edificio para las herramientas.

Al Kehlstein se accedía por una carretera que acababa en un túnel excavado en la roca. Desde allí se llegaba con un ascensor hasta el pabellón de té. La carretera hacia el Kehlstein había costado 13 millones de marcos.^[75]

En los terrenos adyacentes al palacete había prados y dehesas reservadas a los venados. Del palacete formaba parte una hacienda equipada con la tecnología más moderna, encargada de suministrar alimentos a Hitler y a su corte. En ocasiones Hitler comentaba:

—En esta hacienda las vacas viven mejor que los humanos. —Y proseguía el chiste—: Aquí lo que le apetece a uno es ser una vaca, ¿no le parece?

En el otoño de 1935, Hitler recibe por primera vez como jefe de Estado y oficialmente a los magnates de la industria y de la banca de Alemania.

En la cancillería del *Reich* se espera la llegada de los huéspedes. El lujo de la recepción ha de superar las embriagadoras fiestas del emperador. Las habitaciones de Hitler están decoradas con oro, bronce y tapices de un valor fabuloso. En una de aquellas salas, brillantemente iluminadas y adornadas de manera festiva, hace su entrada una señora de pelo gris, ataviada con un caro vestido de noche. De su cuello arrugado cuelgan unos venerables brillantes. Se trata de la esposa de Hjalmar Schacht, el presidente del Banco del *Reich* y ministro de Economía del *Reich*. En esta primera gran recepción de industriales y banqueros le corresponderá actuar como señora de la casa, porque su marido es el protagonista principal del banquete.

Schacht es la persona que ha ideado este encuentro con Hitler, gracias al cual ha de ponerse de manifiesto la coincidencia de intereses entre el capital y el régimen del *Führer*.

Hitler se pasea acompañado de su ayuda de cámara, Linge, por las salas perfumadas con el aroma de las flores cultivadas en invernaderos, a la espera de los huéspedes y vestido con un traje de etiqueta.

El antiguo cabo está nervioso, no está seguro de que vaya a poder desenvolverse de la manera que corresponde en tan elegante sociedad. Camina entre las mesas preparadas para los huéspedes y aquí y allá coloca un cubierto en su sitio. Justo antes de la llegada de los invitados, ha vuelto a ensayar delante del espejo la expresión del rostro con la que piensa presentarse ante los «distinguidos caballeros».

Los huéspedes llegan en sus automóviles. Sirvientes ataviados con libreas azules y con galones dorados les ayudan a descender de las lujosas limusinas. Doncellas con vestidos de seda marrón, adornadas con delantales y tocas de encaje, se encargan de los abrigos de los huéspedes.

Jungfer, el maestro de ceremonias, portando su espada y sujetando el sombrero de tres picos bajo el brazo, golpea con su bastón tres veces el suelo y, respondiendo a la señal de Meissner, el jefe de la cancillería presidencial, anuncia el nombre de los huéspedes a medida que éstos van llegando.

Hitler saluda a todos los invitados con una profunda reverencia. A continuación

pronuncia un discurso ante ellos. En él alude a la promesa expresada antes de su toma del poder, según la cual el capital no tenía nada que temer.

—Hoy en día se puede constatar —explica— que el Estado se ha convertido en el más importante cliente de la industria y que se preocupa por la buena marcha de ésta. Para mí el rearme ha pasado a ser la máxima prioridad. Yo daré a Alemania un poderío que no tendrá igual en todo el mundo. Cañones, en eso consiste mi política exterior.^[76]

Los industriales, los banqueros, los miembros del Gobierno y los *Reichsleiter*^[77] aplauden a Hitler al finalizar éste su discurso. A continuación, da comienzo el festín. Alrededor de las mesas se sientan los grandes capitalistas como Krupp, Röchling, Kirdorf, Vögler, Poensgen, Stinnes, Schroder y Pferdmenes. Hitler está sentado junto al rey de los cañones, Krupp von Bohlen und Halbach.

Linge, que ha tomado posición detrás de la silla de Hitler, oye cómo Krupp le susurra al *Führer*:

—Me he enterado por Schacht de que actualmente hay dificultades con las divisas extranjeras. Esto podría afectar a las importaciones de acero sueco...

Hitler respondió muy seguro de sí mismo:

—Tenga usted la seguridad, apreciado consejero, de que para remediarlo hallaremos divisas aunque tenga que sacarlas de debajo de las piedras. Además, pronto tendremos de dónde sacar hierro y carbón. Usted sabe a lo que me refiero. Piense usted en esa raza que ocupa el espacio que se extiende más allá de nuestra patria, hacia el este. Son seres humanos de segunda clase. Hay que quitarles a esos individuos ese inmenso espacio y asumir la explotación adecuada del mismo.

Krupp asiente y explica por su parte la teoría según la cual a Alemania le asiste un derecho histórico para tener posesiones coloniales en el este.

La fiesta concluye a altas horas de la noche. Hitler se retira de buen humor a sus estancias privadas. En la despensa, los sirvientes y los ordenanzas apuran los restos del vino.

En los primeros días de noviembre de 1935, Hitler, Hess y Goebbels examinan unas maquetas de barcos de guerra expuestas en el salón de congresos de la cancillería del *Reich*, contiguo a los aposentos de Hitler. Estas maquetas le habían

sido enviadas a Hitler por el alto mando de la Marina de Guerra alemana como parte del proyecto de construcciones que este cuerpo había iniciado después de la firma del tratado naval con Inglaterra.^[78]

El tratado naval entre Alemania e Inglaterra, que Ribbentrop había firmado el 18 de junio de 1935 en Londres, despertaba el entusiasmo de Hitler, que declaraba que dicho acuerdo con Inglaterra representaba su primer gran éxito en política exterior. Según la opinión del *Führer*, el tratado naval anglo-germano significaba, en primer lugar, que los ingleses aceptaban de manera oficial el rearme alemán, contra lo establecido en Versalles; y, en segundo lugar, que cuestiones como el desarme y los acuerdos de seguridad mutua habían dejado de tener importancia.

En el transcurso de la visita a las maquetas de barcos de guerra, Hitler declaró:

—Los engañaremos y construiremos una flota que se corresponda con nuestras necesidades. Cuando Ribbentrop partió para Londres le dije: «Los párrafos no nos han de importar. Los gobernantes de la República de Weimar eran tan estúpidos como para respetar cada uno de los pactos. Ya hallaremos la manera de disimular los tonelajes que nos hacen falta».^[79]

Hitler, Hess y Goebbels abandonaron el salón de congresos acompañados de Brückner, el ayudante, y Linge, el ayuda de cámara. Todos se dirigieron al salón de fumadores, donde, junto a la chimenea, ya habían tomado asiento Baur, el piloto de Hitler, y Hoffmann, su fotógrafo.

Al entrar, Hitler anunció dándose mucha importancia:

—Ribbentrop ha demostrado ser un diplomático de primera clase. Yo ya lo había advertido con ocasión de nuestro primer encuentro.

—Pero Hindenburg no lo quería —objetó Goebbels.

Hitler toma asiento y dice, imitando la voz grave del difunto Hindenburg:

—Mi canciller, me he enterado de que tiene usted un joven al que quiere convertir en ministro de Exteriores. No quiero verlo en ese cargo.

Todos a su alrededor ríen de manera estruendosa.

Hitler, que mientras Hindenburg vivía, había simulado ante el pueblo alemán mantener con éste una relación filial, se dirige a Goebbels y prosigue con tono burlesco:

—Doctor, ¿se acuerda usted de la historia con la bandera de la cruz gamada? —Y otra vez imitando la voz grave de Hindenburg—: Se dice que sobre el Ministerio de Goebbels ondea una nueva bandera. Eso no me gusta.

El ambiente es relajado. Goebbels cuenta un chiste tras otro. Este individuo insignificante, además de cojo, se ha vuelto a pelear con su mujer, en esta ocasión por culpa de una bella actriz. Por esta razón pasa las noches fuera de su domicilio.^[80]

Goebbels cuenta ahora la última anécdota sobre Göring, cuyo amor por los uniformes de fantasía y por las medallas es tan desmedido, que se ha puesto una condecoración en el pijama. El chisme divierte mucho a Hitler. En broma encarga a Hoffmann confeccionar una condecoración de papel de plata y oro y hacer entrega de la misma a Göring junto con un diploma redactado en un tono grandilocuente. Hoffmann se parte de risa. Este personaje contrahecho, que ha conseguido hacerse con el monopolio de todas las fotografías que se toman de Hitler y que gana inmensas sumas gracias a los contratos estatales, acaba borracho todas las noches.

Hitler, que no deja de ser el jefe del Estado nacionalsocialista, no halla nada censurable en este comportamiento y suele preguntar antes de recibir a Hoffmann:

—¿En qué estado se encuentra?

En esta ocasión, el *Führer* advierte al fotógrafo de la corte, envuelto en una nube de aguardiente, que no se acerque demasiado a la chimenea, pues de lo contrario podría acabar volando por los aires.

Hoffmann comienza a recitar versos satíricos sobre las detenciones masivas de personas inocentes realizadas por el «Tercer Reich», mientras se retuerce de risa. Algunos de aquellos versos tratan de diez hermanos que acaban uno tras otro en un campo de concentración.^[81] La gracia estaba en que cometían faltas tan comunes como interpretar una sonata de Mendelssohn o leer poemas de Heinrich Heine. Cuando Hoffmann recita, casi sin aliento: «El cuarto se rio de Ley,^[82] y más de tres no hay...», los reunidos lanzan alaridos de júbilo y Hitler se golpea con entusiasmo los muslos. Con un tono lleno de soberbia, el dictador declama:

—Los ingleses se creen que estoy recluido en la cancillería del *Reich* como un feroz bulldog al que no conviene provocar. Menos mal que no pueden vernos en este momento. Hoy la cancillería del *Reich* debería llamarse la taberna del Alegre Canciller.

El 9 de noviembre de 1923 Hitler había organizado un golpe de Estado en la

ciudad de Múnich. Con un puñado de nacionalsocialistas había querido tomar el poder en Baviera para extenderlo desde allí al resto de Alemania. La víspera, el 8 de noviembre, los implicados se habían reunido en la cervecería municipal de Múnich.

Hitler, que amaba las apariciones teatrales, se presentó en la sala de la cervecería empuñando una pistola, disparó al aire y declaró que la «revolución» había comenzado. Al día siguiente, el 9 de noviembre, los nacionalsocialistas de Múnich liderados por Hitler intentaron ocupar los edificios gubernamentales. Pero los golpistas fueron dispersados por las tropas gubernamentales frente a la *Feldherrnhalle*, un monumento que se levanta junto a la *Odeonsplatz*. En el curso de los acontecimientos perdieron la vida quince nacionalsocialistas.^[83]

Cuando Hitler tomó el poder, el aniversario del golpe de Múnich comenzó a celebrarse todos los años.

El 8 de noviembre de 1935 Hitler se desplazó desde Berlín a Múnich para la conmemoración del intento de golpe de Estado.

Como de costumbre, se instaló en su residencia de la *Prinzenregentenplatz*, 16. Era el lugar donde el *Führer* había vivido hasta que llegó al poder. Con el automóvil detenido delante de la casa, Hitler descendió vestido de civil y con un sombrero de terciopelo que le cubría buena parte de la cara. De una caja fijada al cuadro de mandos extrajo una fusta para perros que por aquellos años siempre llevaba consigo. Delante de la casa se había reunido una multitud de personas. Una figura afligida, aparentemente una mujer obrera, se precipitó desde la primera fila y quiso acercarse a Hitler. Los guardias personales de Hitler, las tropas de las SS, que entretanto habían descendido de los coches, la empujaron hacia atrás. Pero la mujer logró exclamar:

—¡*Führer*, tenga piedad! ¡Mi marido ya lleva dos años encerrado en un campo de concentración sin haber hecho nada malo!

Hitler, que había oído los gritos de la mujer, aceleró sus pasos y desapareció en la entrada del edificio. Mientras subía la escalera, manoteó con su fusta y espetó a sus guardias:

—No quiero que me vuelva a suceder algo así. De lo contrario, serán ustedes los que acabarán en un campo de concentración.

En la vivienda, Hitler fue saludado por su ama de llaves múniquesa, la señora Winter. El lugar en cuestión tiene su misterio. De las quince habitaciones, hay una que siempre está cerrada desde 1932, y cuyos muebles acolchados están cubiertos de una gruesa capa de polvo. En la habitación flota un olor a moho. Antes de 1932 había vivido aquí Nicki, la sobrina de Hitler, que también había sido su amante.^[84] La

relación entre el tío y la sobrina concluyó con el suicidio de la muchacha. Años después de la muerte de Nicki (antes de conocer a Eva Braun), Hitler abrió la habitación el día del aniversario de su muerte con una llave que llevaba consigo y permanecía en ella durante varias horas. Las razones que llevaron a Nicki a quitarse la vida se han guardado en secreto. Para ocultar el suicidio, el estado mayor de Hitler hizo difundir el rumor de que a la sobrina se le había disparado la pistola de éste mientras la limpiaba.

La tarde del 8 de noviembre Hitler acudió a la cervecería vestido con la camisa parda del Partido y con la medalla de la orden de la sangre^[85] en el pecho. Allí se habían reunido los antiguos implicados en el golpe de Estado. La medalla de la orden de la sangre había sido creada después de la toma de poder de Hitler. Esta condecoración se concedía a los que habían participado en el golpe de Estado. A la entrada de la cervecería, Hitler fue saludado, en nombre de todos los presentes, por Christian Weber, uno de los «viejos combatientes».^[86] Este nacionalsocialista, odiado en toda la ciudad de Múnich, era por entonces consejero de Estado en Baviera. Poseía caballos, cuadras e hipódromos, así como empresas de autobuses y gasolineras. Los reunidos dispensaron a Hitler una recepción tumultuosa. Todos levantaron sus jarras de cerveza en memoria de los golpistas caídos, siguiendo los tradicionales usos alemanes.

Hitler pronunció un discurso. Rodeado de los viejos miembros del Partido no se imponía límite alguno. Vociferando golpeaba la mesa con el puño. Con la cara desencajada, sacudía de manera brusca la cabeza de un lado a otro mientras los mechones le caían profusamente sobre la frente. Su perorata sonaba como en aquellos tiempos en los que no era más que un baladrón y un aventurero político. La arenga respondió exactamente al gusto de los asistentes. Se trataba de individuos con un pasado tenebroso que, tan pronto como adquirieron poder y riqueza, se arrojaron a una vida desenfadada y licenciosa.

Cuando Hitler rememora a los golpistas muertos en noviembre de 1923, declara en un tono místico que ha logrado tomar el poder gracias a los sacrificios de sangre que habían sido ofrecidos en el «altar de la lucha del pueblo». Habla del renacimiento del militarismo alemán, de la pureza de la raza alemana, de los campesinos, que crean bienestar y son los que perpetúan la sangre alemana, de su propia decisión de erradicar las ideas democráticas. También habla de los comunistas, a los que ha encerrado en las cárceles y en los campos de concentración.

Hitler concluye sus palabras exclamando «*Heil!*» de manera histórica y a continuación abandona la compañía de los «viejos combatientes», condecorados todos ellos con sus respectivas medallas de la orden de la sangre. Sobre su cara enrojecida caen las gotas de sudor. Está completamente ronco y apenas es capaz de articular sonido alguno. Con las manos temblorosas se arregla el cinturón, que se le

había corrido. Su camisa parda se le ha pegado a la espalda. Linge le ayuda a colocarse su abrigo de cuero y le acompaña hasta el coche.

En el vehículo, previamente caldeado por la calefacción, le cubren las piernas con una manta, le cierran el abrigo hasta la barbilla y le levantan el cuello del mismo. Con la mayor celeridad lo conducen a su residencia. Una vez allí, el personal rescata a un Hitler completamente agotado de su estado de trance con la ayuda de baños y tranquilizantes.

Al día siguiente, 9 de noviembre, culmina la celebración del mito del Partido nacionalsocialista, creado doce años atrás en los sótanos de la cervecería de Múnich. Aquellos veteranos que habían participado en el golpe de Hitler desfilaron por las calles de Múnich, bajo las banderas con la cruz gamada y acompañados por el seco redoblar de los tambores y las explosiones pirotécnicas. Encabezaban la marcha el *Gauleiter* de Franconia, Julius Streicher, un sujeto con diversas condenas por estupro. [87] La primera fila la formaban Hitler, Göring, Rosenberg y Himmler, vestidos con sus camisas pardas y luciendo la condecoración de la orden de la sangre. Sólo faltaba el «viejo combatiente» Röhm. Su lugar entre los golpistas lo ocupaba ahora Blomberg, el ministro de la Guerra. Aquel año, los ataúdes de los quince golpistas fallecidos se trasladaron sobre arzones de artillería desde el cementerio hasta la *Ehrenhalle*, un edificio que había sido construido por orden de Hitler en la *Königsplatz*. [88]

La ciudad de Múnich estaba engalanada con banderas rojas y pardas, que querían simbolizar la sangre derramada. Estas banderas habían sido adornadas con tres runas de oro ofrecidas a Wotan, una deidad de los antiguos germanos. Las llamas que se elevaban desde los numerosos pebeteros, llenos de aceite y puestos sobre conos, pretendían imitar los sacrificios realizados por los sacerdotes germanos, gracias a los cuales y según la tradición de las sagas nórdicas, los héroes ascendían al Walhalla, la Arcadia de los antiguos germanos.

De esta manera, el Partido nacionalsocialista hizo renacer los mitos de un culto desaparecido miles de años atrás. Todo ello en la muy católica ciudad de Múnich.

CAPÍTULO

MARZO DE 1936 - OCTUBRE DE 1937

A finales de febrero de 1936 Hitler mantuvo en la cancillería del *Reich* diversas entrevistas con Hess, Goebbels, Göring, Blomberg —el ministro de la Guerra— y Neurath, el ministro de Exteriores (este último fue reemplazado en 1938 por Ribbentrop). En estos encuentros se deliberó sobre la remilitarización de la región de Renania.^[89]

Blomberg indicó que la remilitarización representaba una empresa arriesgada. Alemania no disponía por aquel entonces de tropas suficientes para el caso de que las potencias occidentales optasen por una respuesta armada.

Un memorándum del estado mayor general alemán que presentó Blomberg contenía las siguientes consideraciones: el estatus de Renania que fijaba el pacto de Locarno^[90] representa, desde el punto de vista francés, una condición necesaria para la seguridad de Francia. Además, un territorio neutral en el margen izquierdo del Rin constituye, desde los tiempos de Richelieu, un elemento importante de la política francesa, que aspira a una posición hegemónica en la Europa central.^[91]

La remilitarización de Renania representaría por lo tanto un golpe contra los dos pilares de la política exterior francesa: el logro de una situación de seguridad —un objetivo que se había reforzado aún más después de la primera guerra mundial— y la aspiración a la hegemonía militar en la Europa central.

El estado mayor general alemán estimaba como negativa para su país la relación de fuerzas entre Alemania, por una parte, y las potencias occidentales, los aliados del pacto de Locarno, por otra. Tenía el convencimiento de que el Ejército francés por sí solo ya era evidentemente superior a las fuerzas militares de las que disponía en ese momento Alemania.

Neurath, el ministro de Exteriores, por el contrario, subrayaba que la coyuntura exterior era favorable a la remilitarización de Renania, y afirmó:

—Ahora o nunca.

Enfurecido ante la postura de Blomberg y del estado mayor general, el ministro vociferó:

—¡Qué situación más antinatural...! ¡En un Estado nacionalsocialista el Ejército debería ponerse al lado de los que están dispuestos a luchar!^[92]

A la hora de decidir la remilitarización de Renania, se partió de las siguientes premisas:

- 1.^a Francia no iba a tomar ninguna medida decisiva si no podía asegurarse el apoyo de Inglaterra.
- 2.^a Inglaterra no se embarcaría en un conflicto militar con Alemania, porque la cuestión de Renania afectaba sobre todo a los intereses franceses.
- 3.^a Inglaterra apoyaría incluso una solución pacífica de la cuestión de Renania, porque un conflicto con Alemania obligaría a Francia a activar el tratado de ayuda mutua franco-soviético pactado por el Gobierno del Frente Popular francés en 1935.^[93] Ello, sin embargo, abriría a la Rusia soviética todas las puertas para intervenir en el escenario europeo, lo que iba en contra de la política seguida por el gabinete inglés.

Goebbels exclamó con patetismo:

—*Mein Führer*, nosotros somos un pueblo joven, la hora de los franceses ha quedado atrás y los ingleses se han hecho viejos. El derecho de la juventud nos asiste, es el derecho del más fuerte, el único derecho que vale.

La remilitarización de Renania se inició el 7 de marzo de 1936, un domingo, a primera hora de la mañana.^[94] El estado mayor general hizo entrega a Hitler de una muestra de las reacciones de los agregados militares ante los acontecimientos. Se basaba en las conversaciones oficiales mantenidas por el jefe de sección en el estado mayor general, el antiguo agregado militar Rabe von Pappenheim.

De las notas tomadas en las conversaciones mantenidas el 7 de marzo, se deducía que el agregado militar francés, el general Renondeau, al igual que el embajador, François-Poncet, partidario de una política de compromisos frente a la Alemania nazi, estaban ambos sumamente irritados por la decisión alemana. La entrevista entre Renondeau y Pappenheim adquirió formas casi dramáticas.

A la pregunta de Pappenheim de cómo juzgaba él la situación creada, Renondeau respondió que en aquellas circunstancias de máxima tensión dejaban de tener importancia los juicios de los embajadores y de los agregados militares; ahora era el turno de palabra de los gobiernos. A la pregunta siguiente, cómo reaccionaría, en su opinión, el Gobierno francés a la situación creada o qué haría él en el lugar del jefe de Gobierno francés, Renondeau respondió poniéndose de pie y empleando un tono enfático típicamente francés:

—¡Yo, mi querido amigo, les declararé la guerra!

El agregado militar inglés, el coronel Hotblack, inició la conversación con un comentario sarcástico. Dirigiéndose a Pappenheim, afirmó que agradecía al Gobierno alemán «el agradable domingo» que le había deparado con su acción en Renania.^[95]

Hotblack reaccionó a los acontecimientos de una manera mucho más relajada. Especialmente destacable resultó su declaración según la cual había que hacer todo lo posible para evitar acciones precipitadas e irreflexivas que luego no podrían ser corregidas. De estas palabras pudo deducirse que en su embajada se estaba considerando la posibilidad de una mediación inglesa.

El agregado militar americano, el mayor Truman,^[96] y su ayudante, el mayor Crockett, que habían mostrado siempre una gran comprensión por la política interior, exterior y sobre todo militar de la Alemania de Hitler, expresaron su aprobación de las medidas tomadas en Renania y felicitaron a Pappenheim por ellas.

Al mismo tiempo, manifestaron su preocupación por las posibles respuestas de las otras potencias. Según ellos, los estados firmantes del pacto de Locarno no consentirían que Alemania rompiera de forma unilateral los compromisos que había adquirido, por una cuestión de principio y sin entrar a considerar las implicaciones político-militares de la decisión germana. Al igual que el agregado militar inglés, también Truman declaraba que para rebajar la tensión era necesaria la intervención de un mediador externo.

Pappenheim tuvo la impresión de que, en el asunto de la mediación, Truman transmitía la opinión de Dodd, el embajador americano en Berlín. De las palabras de Truman cabía inferir que la remilitarización de Renania era un asunto que no preocupaba excesivamente al embajador americano. Tan sólo le chocaba «que aquel acto de fuerza de los alemanes contraviniera el principio del carácter inviolable de los pactos».

Los agregados militares de los países más pequeños, que aún consideraban a Francia como una potencia vencedora, con uno de los ejércitos más poderosos, mantenían la opinión de que aquella nación no podía aceptar ni aceptaría sin luchar la ocupación de Renania.

El agregado belga, el general Schmit, se mostró muy irritado. Declaró con mucho énfasis que las potencias occidentales no iban a tolerar que Alemania rompiera de manera unilateral el pacto de Locarno. De manera especial destacó que la remilitarización de Renania era contraria a los intereses vitales belgas. Schmit concluyó la entrevista con Pappenheim con amenazas apenas disimuladas.

Al atardecer del 7 de marzo había concluido la remilitarización de Renania con el empleo de una fuerza militar ridículamente modesta. Desde el punto de vista militar el conjunto de la operación no fue más que una fanfarronada. A la frontera occidental (Aquisgrán, Tréveris, Saarbrücken) sólo se enviaron tres batallones. Seguidamente, como parte de las fuerzas de ocupación, varias unidades de Policía destacadas en el

margen izquierdo del Rin se pusieron a las órdenes de dichos batallones.^[97]

Unos días antes, y siguiendo instrucciones de Hitler, unos soldados de civil, originarios de Renania, habían sido enviados allí de vacaciones. Cada uno de estos soldados llevaba en su maleta el uniforme y el arma personal. Tenían la misión de desfilar el 7 de marzo por las ciudades y los pueblos, para enfrentar a los franceses con el hecho consumado de que «las tropas alemanas habían ocupado un país enemigo».

Al mismo tiempo, Goebbels anunciaba por la radio al pueblo alemán y al resto del mundo:

—Las tropas alemanas están cruzando los puentes del Rin en interminables columnas. Las escuadrillas de aviones, en sucesión inacabable, oscurecen los cielos...

Hitler y Göring escucharon el discurso de Goebbels a través de un receptor de la marca Siemens en el salón de música. Hitler dio unas palmadas en el hombro a Göring y le dijo:

—Göring, lo cierto es que nos gusta la aventura.

Inglaterra asumió el papel de mediadora. El estado mayor general alemán informó a Hitler de que el agregado militar, Hotblack, exigía de Alemania un «gesto conciliador» para que, de esta manera, Francia pudiera «guardar la cara» ante el resto del mundo. También el agregado militar americano, Truman, recomendó un «gesto» de esta índole con una insistencia impropia de él.

El informe del estado mayor general concluía que de las entrevistas mantenidas con Truman podía deducirse que su embajador, quizás incluso el estado mayor general norteamericano, le había encargado la misión de apoyar el papel mediador de Inglaterra, haciendo uso de sus contactos militares.

Hitler no hizo concesión alguna, aunque proporcionó a las potencias occidentales lo que él llamó unos «tranquilizantes». En un discurso pronunciado ante el *Reichstag* presentó a Francia y Bélgica la oferta hipócrita de cerrar con Alemania un pacto de no agresión de veinticinco años de vigencia.

La patraña de Renania resultó ser todo un éxito.

Cuando la remilitarización hubo culminado, Hitler viajó a Renania para mostrarse ante el pueblo como un sencillo ciudadano, vistiendo un desgastado abrigo de cuero. A continuación se desplazó a Múnich para encontrarse con su amante, Eva Braun.

Eva Braun era la hija de un maestro de escuela. Antes de conocer a Hitler, había trabajado en el taller fotográfico de Hoffmann. Después de que la sobrina de Hitler,

Nicki, se suicidara de manera tan misteriosa, Hoffmann presentó a Eva Braun a Hitler. Eva Braun, que entonces contaba veinte años de edad, se convirtió en su amante. Éste ordenó construirle una mansión en la *Wasserburger Straße*, no lejos de su propia residencia múniquesa,^[98] aunque raramente la visitaba allí, pues prefería recibirla en su casa de la *Prinzregentenplatz*, para que así el pueblo alemán no se enterara de su relación.

Llegado a Múnich, Hitler hizo llamar a Eva Braun. Mientras ésta acudía a la cita, conversó en dialecto bávaro con su ama de llaves, Anni Winter, la cual le contó los chismes más recientes de la ciudad. Hitler se deleitaba escuchándola. Esta persona taimada tenía una gran influencia sobre el dictador y ejercía un importante papel en el reparto de los cargos estatales de Baviera. Mediaba entre Hitler y los amigos que codiciaban puestos, títulos y distinciones. Anni Winter protegía sobre todo a los elementos criminales de su círculo de compañeros del Partido.

Eva Braun llega con una pequeña maleta. Es una persona de aspecto deportivo: figura esbelta, buen color de cara. Viste con gusto. Sube con agilidad las escaleras. Linge le abre la puerta. Cuando Hitler oye la voz de su amante se dirige apresuradamente a su encuentro. Hace una broma sobre el nuevo sombrero de Eva Braun. Hitler la lleva a su despacho, donde se ha servido chocolate caliente y té, coñac, bombones, fruta y champán. Durante horas, los dos caminaban por la habitación, cogidos de la mano. A continuación Hitler lee la prensa vespertina, mientras Eva se acomoda junto a la chimenea y come golosinas, picando un poco de aquí y de allá. De esta manera suelen pasar el tiempo cuando están juntos. Pasada la medianoche, Hitler se retira a su dormitorio, donde, como de costumbre, Linge ha preparado un poco de fruta, té y estimulantes, recetados por su nuevo médico personal, el doctor Morell. Eva, por su parte, se dirige a la habitación dispuesta para ella o bien Linge la acompaña a su domicilio.

Morell es un charlatán con bata blanca, que suministra preparados de hormonas a los personajes de la vida disipada de la *Kurfürstendamm*.^[99] Hoffmann, con quien había entablado amistad desde el día que Morell lo trató de una enfermedad venérea, lo había recomendado a Hitler, quien no tardó en concederle el título de profesor y le honró con la insignia de oro del Partido por sus «méritos destacados en la investigación de las hormonas sexuales».^[100] Morell proporcionaba a Hitler inyecciones estimulantes y éste llegó a considerarlo su salvador, sobre todo durante los años de la guerra, cuando ya no podía vivir un solo día sin aquellas inyecciones.

La relación que Hitler mantenía con Eva Braun era a todas luces anormal. En el Berghof era habitual ver a la muchacha con ojos llorosos y expresión torturada. Por las noches se retiraba a una hora temprana, mientras Hitler acostumbraba mantener conversaciones de poco alcance con sus colaboradores más estrechos hasta altas horas de la madrugada. La camarera se la encontraba muchas veces deshecha en

lágrimas. Y cuando Hitler se ausentaba, ella, literalmente, regresaba a la vida, se comportaba con soltura y alegría, incluso bailaba. En el entorno de Hitler se decía que Eva Braun vivía presa en una «jaula de oro» y que estaba condenada a una vida de renuncia en tanto que compañera de cama de Hitler.

En mayo de 1937, Hitler se desplazó a Múnich para visitar una feria agrícola.^[101] Durante la jornada se le acercó el capitán Albrecht, oficial de enlace con la Marina de Guerra,^[102] para transmitirle un informe. Hitler interrumpió el acto y volvió a su residencia de la *Prinzregentenplatz*. Una vez allí, desapareció con Albrecht en su estudio. Ambos esperaban la llegada del comandante en jefe de la Marina de Guerra, el almirante Raeder.

Hitler estaba muy nervioso. La aviación de la República española había atacado el acorazado de bolsillo *Deutschland*, que operaba en aguas españolas proporcionando apoyo a Franco.^[103] Hitler decidió vengarse. Después de una conversación con Raeder, de una media hora de duración, la guardia personal de Hitler recibió la orden de preparar el vuelo de regreso a Berlín.

Aquel cálido atardecer de mayo tres limusinas llevaron a Hitler desde el aeródromo de Tempelhof a la cancillería del *Reich*. Hitler no entró en el edificio por la entrada principal, como era su costumbre, sino pasando por el parque junto a la *Göringstraße*. Su vuelta a Berlín había de permanecer en secreto. Von Blomberg, Göring y Raeder, que también había volado a Berlín, y algo más tarde también Von Neurath, todos entraron por el jardín de invierno.

Allí celebraron una reunión.

Hitler maldice con furia al comandante del *Deutschland*^[104] y le reprocha su falta de energía, porque, a pesar de disponer de una defensa antiaérea de primera, no ha logrado derribar un solo avión enemigo. Antes de acabar la reunión se despachan mensajes radiotelegráficos cifrados a los barcos de guerra que navegan en el Mediterráneo. Estos buques llevaron la muerte a la población de Almería, la ciudad portuaria española.^[105] Hitler pide a Linge que extienda un gran mapa de la península ibérica sobre la mesa del jardín de invierno. Este mapa suele estar extendido en su despacho y Hitler sigue sobre el mismo el curso de la guerra civil española.

Hitler, convencido de ser todo un caudillo militar, explica a Blomberg, Göring y Raeder los pasos que según él son necesarios para culminar el cerco de Madrid. Hitler critica y censura a Franco:

—Es un completo inútil desde el punto de vista militar. Un sargento común y corriente, nada más. ¿Para qué le he enviado yo a Faupel? ¿Dónde tiene éste sus cinco sentidos? Ha sido completamente incapaz de imponerse a Franco.

Hitler había enviado a Faupel a Burgos en el otoño de 1936, pretendidamente como su embajador, pero en realidad como asesor militar en el estado mayor de Franco. En los años posteriores a la primera guerra mundial, el veterano general había trabajado como instructor en Perú, donde había acumulado experiencia en situaciones de guerra civil.

La intervención de Hitler en la guerra civil española se remontaba a julio de 1936, mientras asistía a los festivales Wagner de Bayreuth.

Las antiguas sagas germánicas, protagonistas de las obras de Richard Wagner, se adecuaban a la perversa idea de Hitler acerca de la pureza de la raza aria. Ésa era la razón por la que también mantenía relaciones cordiales con los parientes del músico. Winifred, la nuera de Wagner, llamaba a Hitler *Wolf*, lobo. Eso a él le gustaba mucho: las comparaciones con animales sedientos de sangre le impresionaban.

Durante una de las últimas jornadas del festival, Hitler recibió en secreto al conde Welczeck, el embajador alemán en España, que lo visitaba en compañía de representantes de la Falange Española.^[106]

A continuación, la aviación alemana, la «*Lufthansa*»,^[107] comenzó a bombardear las ciudades de la República española y a transportar las unidades marroquíes de Franco hacia España. Mientras esto sucedía, Hitler, admirador entusiasta de Wagner, disfrutaba escuchando *La valquiria*, en compañía de un selecto grupo de europeos y americanos, que también asistían al festival de Bayreuth.

Pero Franco no logró derrotar al Ejército de la República española, ni siquiera con la ayuda de las tropas procedentes de Marruecos. Sus fuerzas no fueron suficientes para conquistar Madrid, aunque pudo ocupar los suburbios de la capital.

En una reunión mantenida en la cancillería del *Reich* en julio de 1937, se adoptó la decisión de incrementar la ayuda militar a Franco. Se pusieron a su disposición numerosas unidades de aviones y carros de combate. La *Luftwaffe* operaba en los cielos de España con el nombre de Legión Cóndor y al mando del general de aviación Hugo Sperrle, quien más tarde, durante la segunda guerra mundial, fue ascendido a mariscal de campo.

Además del apoyo que prestaron la *Luftwaffe* y las unidades motorizadas, Alemania suministró a Franco de manera regular armas, municiones y otro material bélico. Las armas eran despachadas en barcos civiles en un muelle apartado del puerto de Hamburgo y cuyo acceso estaba vigilado por la Policía. De esta manera se camuflaban los suministros. Los buques navegaban hasta las costas españolas escoltados por navíos de guerra alemanes que se mantenían a cierta distancia.

Para organizar la ayuda militar y técnica prestada a Franco y para coordinar las diferentes ramas de las fuerzas armadas que operaban en España, se creó en el alto mando de la *Wehrmacht* alemana un estado mayor especial «W». Su jefe era el general Jaenecke.^[108]

Jaenecke daba cuenta personalmente a Hitler del desarrollo de la contienda española y de las experiencias que las tropas alemanas iban acumulando en su lucha contra la República. Durante la presentación de los informes, Hitler insistía en intensificar al máximo la lucha contra el Gobierno legítimo. Hitler prometía proporcionarle a Franco toda la ayuda necesaria para que pudiera ocupar el conjunto del territorio español lo antes posible.

Transcurrió el verano de 1937. Alemania impulsaba de manera febril su rearme. Para el otoño de aquel año se habían programado maniobras de todas las ramas de la *Wehrmacht*, dotada ahora con nuevo armamento. En el curso de aquéllas iban a probarse por primera vez y a gran escala los efectivos y las unidades que estaban prohibidas en virtud del tratado de Versalles: artillería pesada, blindados, cañones antitanques, unidades motorizadas, aviación y artillería antiaérea.^[109]

«El frente, al este»: con este lema se realizaron aquel año las maniobras de otoño en Mecklemburgo y Pomerania.^[110] La finalidad era simular el enfrentamiento de dos contendientes en el área del Báltico. Esta eventualidad desempeñaba un papel esencial en el plan elaborado por el alto mando alemán para un escenario de guerra en el este. Era evidente que se consideraba a la Rusia soviética como un futuro adversario. Aquellos ejercicios pretendían demostrar la potencia militar de Alemania, recobrada después de la ruptura del tratado de Versalles. Con la presencia de Mussolini en aquella exhibición se quería destacar de manera especial la importancia militar del Eje Berlín-Roma, pactado un año atrás.

El carácter hostil de las maniobras, tanto en términos políticos como militares, era tan evidente que Inglaterra no pudo minimizarlo.

A pesar de ello y poco antes del comienzo de las maniobras, el mayor Haig, el adjunto del agregado militar inglés en Berlín, comunicó al estado mayor general alemán que el jefe del estado mayor general británico había expresado su interés por ser invitado a las prácticas militares de otoño. El deseo del jefe del estado mayor general británico fue cumplido y éste recibió una invitación para asistir a los ejercicios de la *Wehrmacht* alemana. Ello dio lugar a una situación hilarante: en septiembre de 1937 se encontraron sobre un campo de maniobras militares alemán, uno junto al otro, Hitler, Mussolini y el representante autorizado del estado mayor general británico, el mariscal de campo Montgomery-Massingberd.^[111]

Hitler y Mussolini se mostraron radiantes y adoptaron una actitud triunfal.^[112] También Montgomery-Massingberd parecía satisfecho, probablemente porque todos tenían puesta la mirada en el este, hecho que dejaba a salvo los intereses británicos.

En el entorno de Hitler se constataba con agrado que la asistencia a las maniobras de un representante del estado mayor general británico en calidad de huésped de Hitler era una prueba irrefutable de que Inglaterra no sólo aceptaba sino que incluso veía con buenos ojos el rearme de la *Wehrmacht* alemana.

Con ello, Inglaterra le prestó un pésimo servicio al resto del mundo.

CAPÍTULO 4

NOVIEMBRE DE 1937 - FEBRERO DE 1939

Hitler pasó en su palacete del Berghof el mes de noviembre de 1937. Allí, Eva Braun había reunido a sus amigas, mujeres que se comportaban de manera despreocupada, en ocasiones frívola, como era propio de los ambientes bohemios de Múnich. En la mesa conversaban sin tapujos sobre los asuntos más íntimos. Cuando los ordenanzas de las SS les llevaban refrescos a las habitaciones, ellas iban a medio vestir, sin mostrar asomo de vergüenza. Y cuando por las noches se proyectaban las películas, comentaban en voz alta la apostura de los actores. «Qué tipo más maravillosamente masculino», podía oírse en aquellas ocasiones. Sin recato intercambiaban opiniones acerca de los soldados, de excepcional estatura, que componían la guardia personal de Hitler. Las damas disfrutaban sobre todo cuando Hoffmann, el fotógrafo de Hitler, soltaba uno de sus chistes cínicos, o cuando Morell, el médico personal de Hitler, contaba los chismes que llegaban a su consulta de la *Kurfürstendamm*.

En aquellos días, Hitler apenas tomaba nota de esta palabrería de las damas. Lo consideraba algo normal, porque para él las mujeres eran seres superficiales.

A Hitler le preocupaba sólo un asunto: Austria. Muchos nazis austríacos habían tenido que refugiarse en Baviera, debido a los enfrentamientos que se producían de manera continua entre los seguidores del Gobierno de Schuschnigg y los nacionalsocialistas, unos enfrentamientos que eran instigados desde Berlín.

Con estos refugiados se formó la llamada Legión Austríaca. Esta unidad recibía instrucción de oficiales y suboficiales austríacos del *Leibstandarte* Adolf Hitler de las SS, que realizaban con ella maniobras y la entrenaban para la lucha callejera. El estado mayor de las SA austríacas, que había sido trasladado a Múnich, infiltraba estos combatientes en Austria, donde tenían la misión de llevar a cabo actos de sabotaje. Por deseo de Hitler y en honor suyo se celebró en el Berghof un desfile de la Legión Austríaca. Hitler los exhortó a no cejar en su lucha por una Austria nacionalsocialista. Al fin y al cabo, se trataba de su patria y ésta acabaría por ser anexionada al *Reich* de una u otra manera.

El 14 de noviembre se esperaba en el Obersalzberg la visita de Halifax, el Lord del Sello Privado del gabinete de Chamberlain.^[113] El vizconde de Halifax era la persona designada para iniciar las negociaciones entre Inglaterra y Alemania por la anexión de Austria. Hacia las tres de la tarde Halifax se presentó en el Berghof. Era un hombre alto y delgado. El dueño de la casa lo esperaba personalmente en la puerta, le estrechó la mano y lo acompañó hasta el guardarropa.

Después de quitarse el abrigo y dos jerséis de lana, parecía aún más delgado. Halifax siguió a Hitler hasta su estudio. Allí se celebró la entrevista en presencia de

Neurath y del traductor Schmidt. Más o menos una hora después, Halifax y Hitler volvieron a salir. La expresión de sus caras ponía de manifiesto un entendimiento completo.

Hitler se mostró eufórico tras la partida de Halifax. Se frotaba las manos y se golpeaba los muslos, como si acabara de cerrar un buen trato.

Durante la cena, las amigas de Eva Braun se burlaron del atuendo de Halifax y de su figura larga y descarnada. Hitler lo defendió. Lo alabó como un político inteligente, que respaldaba por entero las pretensiones de Alemania. Recalcó que Halifax le había asegurado que Inglaterra no pondría obstáculos a Alemania en su política respecto a Austria. Más aún, Halifax había declarado que quería establecer con Alemania un pacto paralelo al del Eje Berlín-Roma. Dicho pacto, sin embargo, no debía afectar a las relaciones germano-italianas. Hitler exclamó con alegría:

—Siempre lo había dicho. Los ingleses y yo acabaríamos tirando de la misma cuerda, porque se guían en su política por los mismos principios que yo: lo primordial es la destrucción del bolchevismo.^[114]

Después de su encuentro con Halifax, Hitler exclamó ante los legionarios austríacos que desfilaban delante del palacete del Berghof:

—¡La hora en que se han de cumplir vuestros deseos está a punto de llegar!

Apenas había finalizado el año 1937, cuando los disturbios provocados en Viena por los partidarios de Hitler crearon una situación que favorecía los intereses de éste. Sin embargo, el buen humor que había predominado después de la entrevista con Halifax se había esfumado. El Gobierno en Viena se resistía de manera pertinaz al *Anschluss*.

Schuschnigg y los monopolistas austríacos se oponían a la anexión porque ésta les arrebatava su independencia económica y obstaculizaba sus propios planes de agresión. Actuaban según el principio de que Austria era el segundo estado alemán y, como tal, tenía que cumplir su propia misión en el sudeste de Europa. Para demostrar la capacidad de supervivencia de una Austria independiente de Alemania, los partidarios de Schuschnigg recordaban que durante la guerra de 1914-1918 Austria había llevado a los pueblos eslavos a luchar por la nación alemana.

Escandalizado por el comportamiento del Gobierno de Schuschnigg, Hitler convocó a éste en el Obersalzberg. El canciller austríaco llegó allí el 11 de febrero de 1938.^[115] Hitler lo recibió en su despacho sin ningún tipo de ceremonial. La expresión de su cara era lúgubre, la frente estaba arrugada. Con ello pretendía que

Schuschnigg supiera desde un principio que se le avecinaba una tormenta. La entrevista se llevó a cabo sin testigos.

Pronto, sin embargo, se pudo oír el tronar de la voz de Hitler en toda la planta:

—¡Por Dios! Pero ¿qué se ha creído usted? ¡Yo, un austríaco de nacimiento, he sido designado por la providencia para crear un gran *Reich* alemán! ¡Y usted se me cruza en el camino! ¡Voy a aplastarlo!

Hitler hizo sonar el timbre para llamar a Linge, que estaba prestando su servicio junto a la puerta del despacho. Cuando éste entró, pudo ver a Schuschnigg desplomado y a Hitler resoplado de ira. El *Führer*, con ojos centelleantes, espetó a Linge:

—Que se presente el general Keitel.

Keitel se hallaba en el palacete desde primera hora de la mañana con motivo de la visita de Schuschnigg. Calzado con botas y con sus espuelas y todo su atuendo militar parecía el dios de la guerra Marte en persona.

Keitel era el general más leal a Hitler. Había sustituido a Blomberg, caído en desgracia por la actitud indecisa que mantuvo durante la remilitarización de Renania. A Blomberg lo mencionará Hitler aún en muchas ocasiones:

—Para mí es una persona demasiado blanda. No lo necesito para mis proyectos futuros.^[116]

Cuando Hitler hizo llamar a Keitel, éste estaba sentado en el jardín de invierno. Keitel se ajustó su sable e, imitando a Hitler, dirigió una mirada inquisitiva al gran espejo para averiguar si su aspecto era lo suficientemente marcial. Luego subió las escaleras hacia el despacho de Hitler, produciendo un gran estrépito con sus armas.

Al poco rato, Keitel acompañó a Schuschnigg escaleras abajo. Los soldados de las SS, que andaban por todas partes, percibieron que Schuschnigg ofrecía un aspecto ciertamente lamentable. Se retiró completamente aturdido y saludó con un gesto errático que pretendía dar a entender un saludo nazi, tal como comentaban entre risas los soldados de las SS.

En el transcurso de la cena, Hitler explicó cómo había «arrastrado por los suelos» a Schuschnigg:

—Cuando entró Keitel, yo le pregunté: «¿Cuántas divisiones hay en la

frontera, Keitel?». Y luego: «¿Qué dice el servicio de información sobre el ejército del enemigo, Keitel?». Y Keitel respondió con desprecio: «No vale la pena el comentario, *mein Führer*». Sólo hubo una representación, la del «dios de la guerra» Wilhelm Keitel —exclamó Hitler con una risa estruendosa.

Hitler volvió a Berlín poco después de la entrevista que mantuvo con Schuschnigg. En la cancillería del *Reich* circulaban rumores según los cuales, y por lo que decían los informes de Von Papen, el embajador alemán en Austria, Schuschnigg no estaba dispuesto a ceder y había solicitado la ayuda de Inglaterra. La cancillería del *Reich* desplegó una actividad febril en aquellos días. Hitler recibió a Henderson, el embajador inglés en Alemania. Además celebró diversas reuniones con Göring, Keitel y Brauchitsch, el comandante en jefe del Ejército de Tierra. Las llamadas telefónicas a Viena iban y venían. Göring se presentó ante Hitler la tarde del 11 de marzo. Por la noche se recibió una llamada telefónica procedente de Viena. Hitler ordenó pasar la llamada al salón de música, que poseía un mayor aislamiento. Al teléfono se encontraba Seyss-Inquart, el líder de los nazis austríacos. La comunicación se interrumpió antes de que Hitler pudiera decir una sola palabra. Las llamadas de larga distancia siempre le sacaban de quicio, pero ahora estaba doblemente nervioso.

Hitler odiaba el teléfono. Con frecuencia, en su línea se interferían conversaciones ajenas, lo que llegaba a producir situaciones absurdas. Cuando una vez alguien le preguntó quién era y él respondió ateniéndose a la verdad, le respondieron desde el otro lado de la línea:

—¡Estás chiflado!

En Bayreuth recibió una llamada preguntando por la hora. En otras ocasiones, cuando Hitler hablaba con Eva Braun, se le advertía:

—En esta línea están prohibidas las conversaciones privadas.

Parecía evidente que la centralita de la cancillería del *Reich* no estaba a la altura de las circunstancias cuando se recibió la llamada de larga distancia el 11 de marzo. Por razones imposibles de determinar no hubo forma de trasladar la llamada a las habitaciones privadas del *Führer*. Finalmente, Hitler y Göring tuvieron que acudir a la centralita. Allí Hitler tomó el auricular y después de una larga espera alguien respondió. Pero sólo era un mecánico de la compañía telefónica. Hitler perdió definitivamente los nervios y traspasó a Göring el «difícil» asunto.

Göring, que por su corpulencia ocupaba casi todo el espacio de la habitación,

logró contactar con Seyss-Inquart. Habló al auricular:

—Hola, Seyss, ¿qué tal van las cosas por allí?

Göring escuchó durante medio minuto y luego, en voz baja, dirigió una pregunta a Hitler, que se hallaba junto al sofá con las rodillas apoyadas en él y jugaba nervioso con un cordón de la cortina. De repente tiró con tal fuerza del cordón que toda la cortina cayó sobre el sofá. Hitler chilló:

—¡Sí, sí, que actúe!

Göring acabó la conversación con las palabras:

—¡Todo en orden, estamos de acuerdo! ¡Hasta pronto!

Hitler estaba fuera de sí de ira por la decisión de Schuschnigg de convocar un plebiscito popular para decidir sobre la anexión de Austria a Alemania.

Al día siguiente, el 12 de marzo, a las nueve de la mañana, Hitler despegó del aeropuerto de Berlín, escoltado por aviones de caza, para volar al aeródromo de Oberwiesefeld, próximo a Múnich.

Desde allí se dirigió en coche al estado mayor del grupo de ejércitos de Bock, que se hallaba emplazado en Mühldorf, junto a la frontera austríaca.

Aquel mismo día las tropas alemanas hicieron su entrada en Austria.

Hacia última hora de la tarde, Hitler llegó a Linz con una unidad avanzada de su *Leibstandarte*. Una vez allí y desde el balcón del Ayuntamiento, anunció la anexión de Austria al *Reich* alemán. Junto a él se hallaba el nuevo canciller austríaco, su favorito Seyss-Inquart. Schuschnigg le había traspasado a toda prisa el cargo.

Hitler hizo su entrada en Viena el 14 de marzo. El *Leibstandarte* tenía la misión de garantizar la seguridad en la ciudad. Hitler se hospedó en el hotel Imperial, donde el cardenal Innitzer, de la Iglesia católica, dio la bienvenida al que llamó «su *Führer*». En Viena Hitler proclamó el Gran *Reich* alemán.

Al día siguiente, la guarnición de Viena ya portaba el águila alemana en sus uniformes.

Con la anexión de Austria, los aliados Hungría e Italia pasaron a tener fronteras comunes con Alemania. Checoslovaquia, por su parte, se veía cercada por el norte, el sur y el oeste.

A partir de aquel momento había que contar con la anexión de este pacífico país. En la prensa alemana se hablaba abiertamente de la anexión de Checoslovaquia como parte del plan de Hitler para expandirse hacia el este.

La anexión comenzó a prepararse cuando los alemanes de los Sudetes, que poblaban las tierras limítrofes de Checoslovaquia, fueron incitados por sus dirigentes nacionalsocialistas a provocar a los checos.^[117]

La campaña difamatoria contra aquel país tuvo su momento culminante durante la convención del Partido nacionalsocialista de Alemania, celebrada en la ciudad de Núremberg durante la primera quincena de septiembre de 1938.

La convención del Partido se celebró con el lema de la «Gran Alemania» y sirvió para proclamar la expansión alemana hacia el este. Hitler se presentó allí como el protector de los alemanes de los Sudetes, que, según él, estaban siendo esclavizados por los checos. Hitler declaró en su discurso del 12 de marzo:

—¡No toleraré que los checos tengan bajo su tutela a tres millones y medio de alemanes!^[118]

Su discurso, de tono histérico, estuvo lleno de injurias e insultos dirigidos contra los checoslovacos.

Al mismo tiempo, se realizaban los preparativos militares. Las tropas alemanas se concentraron en la frontera con Checoslovaquia, bajo el mando supremo del coronel general (*Generaloberst*) Von Leeb. El general List se encargó de proporcionar a toda prisa una instrucción prusiana al ejército austríaco, integrado desde aquellos días en la *Wehrmacht*.

A Hitler le preocupaban poco las obligaciones de Francia respecto a su aliado checoslovaco. Solía decir:

—Los franceses no cruzarán la línea Maginot.^[119]

El discurso que Hitler pronunció en el congreso del Partido en Núremberg y la concentración de tropas alemanas en la frontera checa llamaron la atención de Londres.

El 15 de septiembre, recién clausurada la convención del Partido, el primer ministro británico, Neville Chamberlain, aterrizó en el aeropuerto de Salzburgo, situado en las cercanías del palacete del Berghof. En el aeropuerto, el ministro de Exteriores, Ribbentrop, y el jefe de protocolo, el barón Von Dörnberg, dieron la bienvenida a Chamberlain y a sus colaboradores.^[120]

Hitler en persona, vestido con el uniforme nazi, esperaba a Chamberlain junto a la escalera que llevaba al palacete. Le acompañaban sus ayudantes Brückner y Schmundt, así como Hewel, el representante permanente de Ribbentrop ante Hitler.

Hitler saluda a Chamberlain alzando el brazo. Éste agita su sombrero con un gesto amable. Se dan la mano, se presentan mutuamente a sus colaboradores y

ascienden a continuación las anchas escaleras. A la entrada del palacete se ha emplazado una sección de las SS con tambores. Hitler y Chamberlain pasan revista a la guardia de honor. Chamberlain saluda con el sombrero. De su brazo izquierdo cuelga un paraguas.

Hitler conduce a Chamberlain al guardarropa y luego a su despacho, en la primera planta. Hacia allí le siguen Ribbentrop y el traductor Schmidt. Los colaboradores de Chamberlain son llevados al jardín de invierno, donde se les sirve un café.

Después de una entrevista de tres horas, Chamberlain se despide de Hitler. A la salida del palacete vuelven a redoblar los tambores. Hitler acompaña al primer ministro inglés hasta el automóvil, donde ambos intercambian un cordial apretón de manos.

En compañía de Ribbentrop, Chamberlain retorna a Salzburgo y pasa la noche en el hotel *Österreichischer Hof*. Al día siguiente vuela de regreso a Londres.

Hitler y Hewel caminan de un lado a otro de la habitación, una vez que se ha marchado Chamberlain. Una tras otra se abren las puertas de las habitaciones donde Eva Braun y sus amigas habían esperado la partida de los huéspedes ingleses. En el palacete desaparece poco a poco la atmósfera oficial.

Hewel informa de que el Gobierno británico se había sobresaltado con el tono militante del congreso nacionalsocialista. Por tal motivo, y para hacerse una idea de las exigencias de Hitler, Chamberlain había querido visitarlo en persona. De momento, dichas exigencias consisten en reclamar para Alemania la región de los Sudetes. Chamberlain ha dado a entender que Londres mantiene una actitud favorable en esta cuestión. Además, Chamberlain se muestra dispuesto a repetir la visita para discutir de qué manera se entregarían los Sudetes a Alemania.

Linge mira el reloj. Es la hora de la cena. Le comunica a Hitler que todo está preparado. En el comedor, Hitler saluda a las esposas del inspector general de la construcción, Albert Speer, y del *Reichsleiter* Martin Bormann, que se han presentado procedentes de sus respectivas mansiones. Hitler guía a la esposa de Speer a la mesa. Speer se hará más tarde famoso como supervisor de enormes ejércitos de prisioneros de guerra y pacíficos ciudadanos convertidos en mano de obra esclava. Les siguen Bormann y Eva Braun. El resto les acompaña y el comedor no tarda en inundarse con el rumor de las conversaciones que mantienen las personas sentadas a la mesa. Las mujeres, que habían observado a Chamberlain por las ventanas, se burlan del inglés anticuado, que en ningún momento se había separado de su paraguas. Hitler explica con un tono grandilocuente:

—El viejo ha tenido que subir a un avión por primera vez para venir a verme. —Y añadió con ironía—: Pronto volverá a ser blanco de vuestras burlas.

En efecto, Chamberlain regresó a Alemania apenas una semana más tarde, el 20 de octubre^[121] y esta vez le acompañó todo un estado mayor de colaboradores. Para las negociaciones se optó en esta ocasión por Bad Godesberg, a cien minutos de vuelo de Londres. Las entrevistas se celebraron en el hotel Dreesen.

Dreesen, el propietario, y su esposa eran viejos camaradas del Partido. Hitler ya se había alojado en su establecimiento antes de 1933. Después de la toma de poder de Hitler, Dreesen se convirtió en el presidente de la Asociación de Hoteles y Restaurantes (nacionalsocialista).^[122] El hotel Dreesen ha sido decorado con nuevos muebles y alfombras en honor de los británicos. En él se alojan Hitler y su séquito. Chamberlain se instala en la orilla opuesta del Rin, en el hotel Petersberg.

Un transbordador lleva a los huéspedes británicos a Bad Godesberg en el atardecer del 22 de septiembre. Ribbentrop y el barón Von Dörnberg acompañan a Chamberlain al cercano hotel. Allí los espera Hitler.

Ribbentrop viste un sencillo traje de calle y la camisa parda nazi, un gesto significativo que va contra todas las reglas de la etiqueta diplomática.

Pasan por delante de una formación de soldados de las SS, llegan al vestíbulo del hotel y suben al primer piso. La habitación más grande del apartamento de Hitler sirve de lugar de reunión. El dictador ya ha llegado.

Una hora más tarde, Chamberlain vuelve a aparecer en el vestíbulo. Por todas partes se dejaban ver los guardias de las SS. El británico ya no se muestra tan satisfecho como antes de la reunión. Chamberlain se sube al automóvil, que lo lleva hasta el transbordador.

Hewel se dirige a Brückner y Linge:

—El *Führer* y Ribbentrop saben cómo tratar a los ingleses. Exigen cada vez más y Chamberlain se ve obligado a realizar una concesión tras otra. Pero a la *City* no le interesa la moral, allí sólo saben de negocios. Los distinguidos *gentlemen* saben que son unos grandes usureros.

Al atardecer, Dörnberg, que se alojaba en el hotel de los ingleses, informó de que se había presentado allí Henderson, el embajador en Berlín. Al rato, Henderson acudió al hotel de Hitler, para negociar con éste en nombre de Chamberlain. Fue conducido al despacho de Hitler.

Ribbentrop, de pie junto a la puerta, preguntó a Henderson de manera grosera y sin rodeos:

—Bueno, *Mister* Henderson, ¿qué dice *Mister* Chamberlain? Henderson lo apartó y entró en la habitación. Hitler explicaba con frecuencia, después de sus entrevistas con Henderson, que éste actuaba a favor de Alemania y que

transmitía de manera muy servicial todos los deseos alemanes a Londres.

En cuanto Henderson abandona la sala, Hewel es llamado a presencia de Hitler y Ribbentrop. A continuación se manda venir a una secretaria para dictarle un texto. Desde la habitación de Ribbentrop se puede oír el repiqueteo de la máquina de escribir. Se formulan a toda prisa las exigencias que Hitler plantea a Checoslovaquia y que han de ser presentadas aquel mismo día a los ingleses. Los folios ya escritos los lleva Hewel a Hitler para la corrección. Luego son devueltos a Ribbentrop. En algunos momentos se puede ver que es el propio Ribbentrop el que corre con los folios en la mano hacia Hitler. En la formulación de las exigencias también participa Gaus, el director de la sección jurídica del Ministerio de Asuntos Exteriores. Finalmente, se ha fijado el enunciado de las reclamaciones. Pero Hitler no se da por satisfecho. Manda llamar a Linge y le ordena que Hewel le vuelva a traer la última parte del texto. De esta manera se llega hasta altas horas de la noche. Tampoco se apagan las luces en el hotel Petersberg, en la orilla opuesta del Rin, donde se hospeda Chamberlain, y el transbordador cruza repetidas veces el Rin de una orilla a la otra.

Veinte horas más tarde, al atardecer del 23 de septiembre, Chamberlain vuelve a presentarse en el hotel de Hitler. Ambos se entrevistan durante un largo rato en presencia de Ribbentrop y Schmidt. Durante la entrevista hicieron falta mapas de Checoslovaquia, que les fueron traídos por Hewel. Cuando éste salió del despacho de Hitler, constató, satisfecho, que el asunto iba de maravilla. De manera significativa añadió:

—El *Führer* no está siendo delicado con Chamberlain y le está presionando mucho. Chamberlain, en nombre de Inglaterra, ha hecho promesas muy inequívocas en cuanto a la entrega de los Sudetes a Alemania. También tendrá que cumplir con el resto de nuestras exigencias.

Al poco, las negociaciones llegaron a su término. Hitler y Chamberlain descendieron por la escalera. Junto a una palmera del vestíbulo se les interpuso Hoffmann, el fotógrafo de Hitler. El fogonazo de su cámara fijó una instantánea significativa: Hitler y el primer ministro Chamberlain bajo la «palmera de la paz».

Chamberlain voló de vuelta a Londres, mientras que Hitler regresaba a Berlín. Allí esperó la respuesta del Gobierno checoslovaco a sus demandas. Los ingleses se habían ocupado de transmitir las a los líderes checoslovacos. Pero Praga no se dobló.^[123] Hitler está furioso y asegura:

—Se han acabado las negociaciones. ¡Vamos a atacar!

A su asistente personal le da la orden de sustituir el uniforme negro de las SS por el gris de la *Wehrmacht*, para así poner de manifiesto su ánimo beligerante.

Por aquellos días Hitler recibía una y otra vez la visita de Attolico, el embajador italiano en Berlín, vestido con la camisa negra, el uniforme de los fascistas italianos. El 27 de septiembre de 1938, Attolico se presentó en cuatro ocasiones. Cuando abandonaba la cancillería del *Reich* por tercera vez, Hitler le dijo a Linge, que le traía los periódicos, utilizando un tono que mezclaba rabia y satisfacción:

—¡Está muerto de miedo! Si siguiéramos sus consejos, no acabaríamos nunca con este asunto.

A última hora de la tarde se supo en la cancillería del *Reich* que Hitler se había dejado convencer por Mussolini para convocar una conferencia de las cuatro potencias (Alemania, Inglaterra, Francia e Italia) para debatir la cuestión de los Sudetes.^[124] El 28 de septiembre, a primera hora de la mañana, Hitler se preparaba para su viaje a la ciudad de Múnich, donde se había de celebrar el encuentro.^[125] Al atardecer el tren de Hitler salió de la estación Anhalter y llegó a la mañana siguiente a Kufstein, en el Tirol. Quería encontrarse allí con el *Duce* camino de la capital de Baviera.

La vía estaba desierta; la estación, cerrada. En el andén opuesto hace su entrada el tren del *Duce*. Mussolini desciende de uno de los vagones. Hitler se apresura para acudir a su encuentro. Estrecha las dos manos a su aliado y le mira con los ojos muy abiertos y con una mirada afectuosa. Los dos suben al vagón-salón y continúan juntos el trayecto hasta Múnich. Una vez en la ciudad, Hitler y Mussolini se dirigen al *Prinz-Carl-Palais*, donde se hospedan el *Duce* y su yerno, el conde y ministro de Exteriores, Ciano.

En las calles de la capital nada sugería que se celebraba una conferencia de las cuatro potencias. En virtud de una orden de Hitler, se habían prohibido todas las muestras públicas de júbilo. Con ello se quería dar a entender a los hombres de Estado extranjeros que la Alemania nacionalsocialista no sentía aprecio por las conferencias internacionales. Hitler consideraba las reuniones y las sesiones del *Reichstag* como eventos a los que tan sólo se acudía para chismorrear.

Chamberlain fue recibido en el aeropuerto de Oberwiesefeld por Ribbentrop y el consejero de Estado de Baviera, Christian Weber, que se había presentado con el uniforme de un general de brigada de las SS. La presencia de este muniqués, especulador a gran escala y enemigo acérrimo del bolchevismo, se consideró idónea en la recepción del primer ministro de su majestad el rey británico.

Para Chamberlain y sus colaboradores se había reservado el hotel Regina. El primer ministro francés, Edouard Daladier, fue recibido en el aeropuerto por Göring.

Daladier se hospedó en el hotel *Vier Jahreszeiten*. La conferencia se inauguró el 29 de septiembre en la «Casa Parda», la sede del Partido nacionalsocialista.^[126]

Antes del inicio de las sesiones, Hitler pasó a recoger a Mussolini y juntos se dirigieron al edificio del *Führer*. Allí esperaron en el despacho de Hitler la llegada de Chamberlain y Daladier. Hacia la una del mediodía, el redoblar de los tambores de la guardia de honor de las SS anunció la llegada de Chamberlain, que se presentó acompañado de Ribbentrop.

Chamberlain entregó su abrigo y subió las escaleras, adornadas de flores, hasta el despacho de Hitler. En todos los pasillos había soldados de las SS de rostro rígido y acerado. Tenían la orden de dar a entender que estaban preparados para ponerse en marcha. A su saludo de «*Heil, Hitler!*», Chamberlain respondió con una amable inclinación de cabeza.

Al igual que sus soldados de las SS, también Hitler se las daba de guerrero vigoroso. Con su entrada en escena quería demostrar a Chamberlain que los checos lo habían irritado. Junto con Mussolini, estaba sentado en el centro de la habitación y esperaba, sin levantarse, a que Chamberlain se dirigiera hacia él. Bajo los focos del fotógrafo Hoffmann, Hitler, con una cara fría e impasible, alargó la mano a Chamberlain.

También Mussolini saludó a Chamberlain de manera distante.

Entonces se abrió la puerta e hizo su entrada Daladier. Hitler lo saludó de la misma manera que a Chamberlain.

Sin más ceremonias, el *Führer* pidió a los jefes de Gobierno de Inglaterra, Francia e Italia que tomaran asiento alrededor de la mesa redonda, situada junto a la chimenea.

Hitler se acomodó como siempre, de espaldas a la ventana, de manera que su cara quedara en penumbra. A su izquierda se sentaba Chamberlain, preocupado y confuso. Daladier y Mussolini tomaron asiento en el sofá, a la izquierda de Hitler; ambos manifestaban una expresión digna y decidida.

De esta manera dio inicio la fatídica conferencia de Múnich.

El intérprete Schmidt abandonó el despacho de Hitler después de la sobremesa del mediodía. Pide que se llame al general Keitel y al coronel Schmundt, que han de traer consigo un mapa del estado mayor general.

Los participantes en la conferencia están ahora de pie alrededor de una larga mesa sobre la que se han desplegado los mapas. La reunión se parece ahora a una comisión de fronteras.

Hacia el atardecer, Hitler logró el objetivo que se había propuesto para ese día. Los tratados internacionales que garantizaban la integridad territorial de Checoslovaquia ya eran tan sólo papel mojado. A la pregunta retórica de Hitler: «¿Y qué pasa si los checos no quieren?», respondió Daladier con tono cortante:

—¿Si no quieren, excelencia? ¡Tendrán que querer!

Y ello a pesar del pacto de alianza que habían firmado Francia y Checoslovaquia.

Hitler parece insólitamente fresco. Está eufórico. A Linge le ordena que traiga el libro de visitas de la «Casa Parda». Los jefes de Gobierno de las cuatro potencias (Hitler, Mussolini, Chamberlain y Daladier) estampan su firma en la página que lleva la fecha del 29 de septiembre de 1938, una jornada funesta para todos los pueblos amantes de la paz. A su firma añaden «en “feliz” memoria».^[127]

Así concluyó la conferencia de Múnich.

Hitler y Mussolini se dirigieron en coche a la estación. Una vez allí, el *Führer* se despidió del italiano. En el momento en el que el tren del *Duce* comenzaba a ponerse en marcha, éste se asomó por la ventana y volvió a apretar las dos manos de Hitler. El *Führer* partió desde la estación a su residencia de la *Prinzregentenplatz*.

Chamberlain y Daladier informaron a los representantes de Checoslovaquia que se encontraban en Múnich sobre los resultados de la conferencia: se separaban de Checoslovaquia los Sudetes y las tierras limítrofes con Austria. Los checos no habían sido admitidos a participar en la cumbre en la que se decidía el destino de su país. Aguardaron los resultados en el hotel *Regina*, donde también se hospedaba la delegación inglesa encabezada por Chamberlain. La decisión de instalar a los checos bajo el mismo techo que los ingleses había sido comentada por Keitel con malicia:

—Así no se les ocurrirá hacer tonterías.

Daladier voló a la mañana siguiente a París. El mismo día, el 30 de septiembre, Chamberlain pidió una nueva entrevista con Hitler. El enviado Hewel lo acompañó hasta la residencia privada de la *Prinzregentenplatz*. Con ello quedaba manifiesto el carácter no oficial del encuentro. Una hora más tarde, Hitler hizo venir a la secretaria Johanna Wolf. Al poco se oyó el repiqueteo de una máquina de escribir en la habitación de Eva Braun. Allí la secretaria escribía una declaración conjunta de Adolf Hitler y Neville Chamberlain. La versión en limpio fue presentada en varias copias a Hitler y Chamberlain. Ambos suscribieron el documento. En virtud del mismo se proclamaba al mundo que las relaciones germano-británicas eran de trascendencia decisiva para asegurar la paz en Europa y que consideraban el pacto de Múnich (sobre la partición de Checoslovaquia) un hecho que «simboliza el deseo de nuestros pueblos de no enfrentarse nunca más en una guerra».

Con una expresión de felicidad, Chamberlain guardó el documento en el bolsillo interior de su chaqueta y estrechó la mano de Hitler durante largo rato.

Una vez en la calle, Chamberlain se quita el sombrero de manera marcadamente amable para responder al saludo nazi de las tropas de las SS. Éstos no pueden ocultar

su asombro por la satisfacción de Chamberlain.

Aquel mismo día, Chamberlain vuelve a subirse al avión que lo ha trasladado ya tres veces a la Alemania de Hitler.

Un día más tarde, el 1 de octubre de 1938, tropas alemanas al mando del coronel general Von Leeb cruzaron la frontera de Checoslovaquia y pasaron sin impedimento la línea de fortificaciones que había diseñado el ingeniero militar francés Maginot, y que el primer ministro francés Daladier y el primer ministro inglés Chamberlain habían dejado expedita para Hitler.^[128]

Los Sudetes y algunos territorios adyacentes a la antigua frontera austríaca fueron anexionados al «Tercer Reich». Múnich, el fruto de los esfuerzos de Inglaterra y Francia por dirigir la agresión de Hitler del oeste hacia el este, se convirtió de esta manera en el prólogo de la segunda guerra mundial.

En Londres y París los resultados de la cumbre de Múnich se presentaron a la opinión pública como una acción que ha «salvado la paz».

Ribbentrop informó a Hitler de que a Daladier, de vuelta en París, se le había preparado un recibimiento triunfal en el aeropuerto de Le Bourget. Se habían presentado allí miembros del Gobierno francés, senadores, representantes de la industria y la banca, así como miembros del cuerpo diplomático. Se felicitó a Daladier por su triunfo diplomático. El embajador estadounidense, Bullit, que también estaba presente, insistía en fumar un cigarrillo con Bräuer, el secretario de Embajada alemán en París, que sustituía al embajador ausente, el conde Welczeck. Quería fumar, decía, una «pipa de la paz».

Daladier fue virtualmente llevado en volandas hasta el automóvil, en medio de vítores a su persona y a Chamberlain.

Comenzaba el fatídico año 1939.

De vuelta en la cancillería del Reich, después de haber visitado a Göring con motivo del cumpleaños de éste, Hitler se encontró con Hess, Goebbels y el general de división de las SS Wilhelm Keppler, instalados en el salón de fumadores, en penumbra y junto a la chimenea. Keppler ostentaba el cargo de «comisario de asuntos económicos». Era uno de los máximos responsables de la expansión económica del Reich hitleriano. Keppler se disculpó por tener que importunar brevemente al Führer y siguió a Hitler al salón de música. Una media hora más tarde, Keppler abandonó el recinto y dijo, despidiéndose de Hess y Goebbels:

—Tengo la cabeza como una olla de grillos. El Führer afirma que ahora es el turno de toda Checoslovaquia. Para mí lo más importante ahora es preparar la incorporación de las industrias de la cuenca de Bohemia y Moravia. Nos son indispensables.^[129]

Dicho esto, Keppler abandonó la cancillería del *Reich* a toda prisa y con una sonrisa dibujada en el rostro.

En sus delirios de grandeza sin límites, a Hitler ya no le bastaba la antigua cancillería del *Reich*. Por ello ordenó erigir un nuevo palacio en la *Vossstraße*: la nueva cancillería del *Reich*.

En el futuro, a la hora de presentarse en la nueva cancillería del *Reich*, los representantes de los estados extranjeros iban a sentirse abrumados por la majestad de Hitler y por el aura de su poderío colosal. Hitler explicó a sus ayudantes en el transcurso de la recepción de Nochevieja:

—Cuando esos señores entren en el salón de los mosaicos sentirán de inmediato toda la majestad del Gran *Reich* alemán. Los largos pasillos impondrán el respeto a mis visitantes.

Y efectivamente, en Nochevieja Hitler obligó a los diplomáticos extranjeros a recorrer todos los pasillos de la nueva cancillería del *Reich* antes de que pudieran presentarse ante su persona.^[130] Lo que se pretendía con ello era elevar al máximo la ansiedad por ponerse en presencia del «caudillo de Europa», como él mismo se consideraba. Al nuevo edificio, y siguiendo una orden expresa de Hitler, se había agregado, a modo de ala, el palacete de Borsig, el rey de la industria ferroviaria. Con ello, desde la *Wilhelmstraße* hasta la *Görlingstraße* se extendían unos edificios de enormes proporciones y de un lujo jamás visto hasta entonces.

Después de atravesar el gran patio de honor, los visitantes llegaban a la antesala, con sus columnas de mármol gris rosáceo y sus candelabros dorados. A ésta se añadía el salón de los mosaicos, decorado con una enorme águila alemana. Desde allí, unas escaleras de mármol llevaban al salón de granito, coronado por una cúpula y en el cual se podía respirar el aroma de las plantas exóticas. Aquí comenzaba una galería construida con mármol rojo, cuyo modelo era el palacio de Luis XIV en Versalles.^[131] También los nichos de las ventanas habían sido revestidos con un mármol que la iluminación indirecta hacía resplandecer. Profesionales italianos habían revestido y pulido las paredes con mármol pulverizado y mezclado con cemento. Todo brilla y resplandece. Los tapices proceden de los castillos de los Habsburgo y del palacete vienés de los Rothschild. La galería acaba junto al gran salón de recepciones, que una enorme araña de luces inunda con su luz cegadora. La alfombra que cubre el suelo es tan enorme que hubo que eliminar una parte de la pared para poder extenderla en el salón. Las salas están decoradas con muebles de marquetería; también las puertas se adornan con incrustaciones. El estudio, contiguo a este salón, tiene revestimiento de maderas nobles.

El nuevo despacho de Hitler tiene una longitud de 25 metros.^[132] Mármoles de

diferentes colores se han empleado en las paredes y la chimenea. En un nicho cuelgan valiosas pinturas; sobre la enorme chimenea destaca un retrato monumental del canciller Bismarck. Sobre la inmensa mesa de mármol se ha puesto una figura, del mismo material, que representa al rey Federico II montado en un caballo. Atraen la mirada también las pesadas cortinas que caen hasta el suelo en cada una de las ocho ventanas. De día pueden contemplarse las columnas y la fuente artificial del parque, así como un pequeño pabellón de té, decorado con bronce y pórvido.

La nueva cancillería del *Reich* se edificó sobre una especie de receptáculo de hormigón debido al subsuelo pantanoso. La construcción de todo el complejo tuvo un coste de 300 millones de marcos.^[133] Terminados los trabajos, a Hitler el resultado no le pareció suficientemente suntuoso y decidió que algún día cedería el edificio a Hess. Él se instalaría en un edificio aún más imponente, en el barrio del *Tiergarten* y junto al *Reichstag* (Parlamento). De este edificio tan sólo se habían realizado esbozos. El futuro palacio iba a ser tan gigantesco que podría albergar una hilera de 300 ó 400 lacayos, uno detrás de otro.^[134]

Al atardecer del 14 de marzo de 1939, la nueva cancillería del *Reich* aparecía completamente iluminada. Hitler había decidido que era hora de concluir la segunda parte de la política iniciada en Múnich.

En las semanas anteriores habían pululado en la antesala y en los salones los diplomáticos, los consejeros y los expertos. Entre ellos, se contaba Tiso, el líder de partido separatista eslovaco.^[135] Los diplomáticos de Budapest y de Varsovia visitaron a Hitler en aquellos días en varias ocasiones. Dichas capitales, a la vista de lo sucedido en Múnich, pugnaron por hacerse con una porción de Checoslovaquia, al igual que lo había hecho Hitler.^[136]

Hoy se asiste a una actividad inusualmente animada en la cancillería del *Reich*. Keitel, Schmundt y los oficiales del estado mayor general desaparecen en las habitaciones del *Führer* y presentan en el jardín de invierno los planes para la invasión de Checoslovaquia.

—Esta vez —dice Hitler—, no necesito ninguna conferencia. En Múnich dijeron blanco y ahora tendrán que decir negro.

En el tren de Hitler han empezado a funcionar las calderas. Su estado mayor se prepara para partir.

Sobre la mesa de Hitler hay una carpeta con una extensa biografía de Hácha, el presidente de la república de Checoslovaquia y sustituto de Beneš, que había renunciado al cargo después del pacto de Múnich y la separación de los Sudetes.

Hitler espera la llegada de Hácha de un momento a otro. A éste se le había ordenado presentarse en Berlín.^[137] En el patio de honor se prepara una compañía del

Leibstandarte Adolf Hitler para la recepción del jefe de estado checoslovaco. Dentro de una hora habrá dejado de serlo. Hácha llega acompañado de su ministro de Exteriores, Chvalkovsky. Después de un interminable recorrido por todo el edificio de la nueva cancillería del *Reich*, llegan ante Hitler. En esta ocasión, el dictador no ha necesitado de ningún espejo para ensayar la adecuada expresión de su cara. Cuando los checos hacen su entrada, hallan a un Hitler convencido de ser el gobernante más grande de todos los tiempos. Las puertas se cierran.

Después de un gélido saludo, Hitler pidió a Hácha y Chvalkovsky que tomaran asiento junto a la mesa, donde también se sentaron Ribbentrop, Göring y Stuckart, el secretario de Estado en el Ministerio del Interior. A este último se le ha confiado la administración de los países ocupados.

Hácha se ve ante la exigencia de suscribir un documento ya redactado, en virtud del cual Chequia pasa a ser un protectorado alemán y Eslovaquia es proclamada Estado independiente.

En esta ocasión, Hitler no quiso que Keitel representara el papel del dios de la guerra Marte, mostrando la concentración de las tropas alemanas en la frontera alemana, como lo había hecho en su día frente al canciller austriaco Schuschnigg. Le comunicó a Hácha sin más rodeos que la *Wehrmacht* había iniciado ya la invasión de Checoslovaquia.

Hácha se niega a suscribir el documento. El ambiente en el despacho de Hitler se tensa. Ribbentrop se levanta y se abalanza sobre Hácha, presentándole otra vez el folio que Hitler acaba de firmar. El *Führer* amenaza a Hácha:

—¡Si no firma este documento, los bombarderos alemanes reducirán Praga a un montón de cenizas!

Pasada la medianoche, se llamó al médico personal de Hitler para que acudiera al despacho, y también a Bornhold, Hansen y Köster, soldados de las SS de su guardia personal.^[138] Instantes más tarde aparecieron con el cuerpo inerte de Hácha, que fue llevado a una habitación adyacente. Morell administra una inyección al líder checoslovaco, que ha caído desmayado. Al cabo de unos cuantos minutos el médico logra que Hácha vuelva en sí.

Hácha fue llevado nuevamente ante la presencia de Hitler. Se le puso una pluma estilográfica en la mano y se le aseguró que nadie tenía la intención de germanizar su patria. Al pueblo checo se le aseguraba un autogobierno sin límites (el mismo del que gozaba por entonces). Finalmente, Hácha cedió y estampó su nombre en el documento.

Conseguida la firma de Hácha, Hitler cayó en la cuenta de que el documento necesitaba una justificación. Sobre la marcha se redactó una «petición» de la

República checoslovaca dirigida a Alemania. En virtud de ésta, Checoslovaquia solicitaba la protección militar alemana para verse libre de los «desórdenes internos» y las «amenazas que sufren sus fronteras». Hácha firmó también esta «petición».

Seguidamente, Schaub, el ayudante de Hitler, ordenó que la centralita estableciese comunicación telefónica con Praga.

Atragantándose y respirando con enorme dificultad, Hácha informó al gabinete de Praga de los documentos que acababa de firmar. Las fuerzas armadas de Checoslovaquia recibieron la orden de rendir las armas.

Llegó la mañana del 15 de marzo. Hácha abandonó la cancillería del *Reich*.

Una media hora más tarde, Hitler se desplazó en su coche y a toda velocidad hasta la estación Anhalter. Su tren ya lo estaba esperando. Pero Hitler quiso aguardar un poco. En compañía de Keitel quería leer los partes que informaban de la ocupación de Checoslovaquia. También se hallaba en el tren Himmler, pálido y con una mirada penetrante detrás de sus gafas redondas. Deseaba dirigir en persona la liquidación de los patriotas checoslovacos.

Hitler mandó dar salida al tren después de haberse convencido de que el desplazamiento a Checoslovaquia no entrañaba riesgo personal alguno. Más tarde descendió en una pequeña estación cerca de la localidad de Reichenberg (Liberec), en los Sudetes.

Allí le esperaba una caravana de coches. Hitler se dirigió directamente a Praga. A medianoche, las inmensas limusinas de la marca Mercedes se desplazaban por las calles de la capital checoslovaca, que dormía tranquila. En los escaparates había iluminación nocturna. Casi no se veían soldados. Tampoco policías. Los chóferes se equivocaron de camino. Todos se alegraron cuando por fin dieron con el castillo de Hradcany. Esta construcción histórica, que se eleva sobre un montículo de Praga, alberga la sede oficial del presidente de la República checoslovaca.

Hitler desciende del vehículo. Mientras lo iluminan los faros del coche, se detiene ante el portal del venerable castillo que se eleva por encima de los tejados de la ciudad de Praga. Ha logrado lo que quería. Camina sobre las huellas del emperador Fernando, que en aquel mismo lugar había iniciado la guerra de los Treinta Años. Los residentes del castillo son obligados a preparar una habitación para Hitler.

El *Führer* se instala en uno de los aposentos del castillo. A su alrededor se reúne un multitudinario séquito. A excepción de los generales, casi todos llevan el uniforme de las SS. También están presentes Himmler y su estado mayor, que va recibiendo partes concisos. El general de división de las SS^[139] Karl Frank se inclina una y otra vez hacia Himmler. Frank es uno de los comandantes de la «quinta columna» en Checoslovaquia y plenipotenciario de Himmler. Aquella noche está encargado de dirigir en Praga una operación que ha de eliminar sin contemplación alguna a todos los enemigos del Gran *Reich* alemán.

Hitler quiere invitar a los presentes. Pero el edificio no cuenta con los abastecimientos necesarios para que pueda pasar por un anfitrión hospitalario. Esto le causa una fulminante explosión de cólera. A toda prisa se manda buscar todo lo que se pueda comer y beber en el castillo y disponerlo encima de la mesa.

Hitler pasa casi toda la noche en conversaciones animadas. Se discute y decide cómo proceder al día siguiente. El general de división de las SS Stuckart, secretario de Estado en el Ministerio del Interior, anota, junto con Frank, las medidas decididas por Himmler para administrar el país ocupado.

La escasa luz de la araña de cristal no llega a disipar el claroscuro de la habitación. Las figuras, con sus cruces gamadas en el brazo, proyectan largas sombras. Entretanto, los hombres de Himmler y Frank recorren las calles y callejuelas de Praga, practicando detenciones masivas. Hitler vuelve a insistir en los principios que han de regir el trato de los eslavos y declara en este sentido:

—Quien no quiera aceptar a los germanos como una raza de amos, ya puede contar con expropiaciones, prisión y muerte. Las aldeas que ofrezcan resistencia al dominio alemán serán incendiadas y arrasadas.

Hitler también filosofa sobre el «espacio vital» alemán y explica la lucha que lleva a cabo para que Alemania tenga nuevas posibilidades de realizarse políticamente, adquiera fuentes de riqueza y logre una posición de hegemonía.

La plaza frente al castillo de Praga se llena de soldados alemanes cuando amanece. La *Gestapo* ya ha cumplido con lo esencial de su tarea. La ocupación es un hecho.

El ministro del *Reich*, Frick, se presenta acompañado de sus consejeros ministeriales. Neurath, diplomático de la vieja escuela, es nombrado de *Reichsprotector* de Checoslovaquia. También éste se presenta con su propio estado mayor, nombrado a toda prisa.

Hitler circula por las calles de Praga una vez terminada la comida. El dictador se ha puesto de pie en su vehículo, para que los checos puedan ver a su nuevo amo como si estuviera paseando por una ciudad alemana. Al día siguiente, su tren lo lleva otra vez a Berlín, pasando por Viena.

Hitler domina ahora dos imperios. Es el amo de las residencias de dos dinastías: los Hohenzollern y los Habsburgo. Durante el viaje a Berlín le comenta a sus acompañantes:

—La entrada en Praga me ha gustado más que ese ir y venir por Múnich.

CAPÍTULO 5

MARZO - NOVIEMBRE DE 1939

El 22 de marzo de 1939, tras la anexión de Checoslovaquia, el puerto báltico de Memel (Klaipeda) fue separado de Lituania e incorporado a Alemania. Todo ello con el consentimiento tácito de las potencias occidentales.^[140]

Hitler comentó a Linge, en alusión a la facilidad con la que se había logrado la segregación de Memel de Lituania:

—¡En efecto, Linge! Vive usted tiempos de grandeza. Asuntos como éste los resolvemos ahora como de pasada. ¿Conoce usted aquella fábula del elefante y del ratón, según la cual el elefante aplasta al ratón, así como de pasada? ¡Es una ley de la naturaleza: el más fuerte devora al más débil!

Con la anexión del territorio del Memel, Alemania daba un paso más hacia el este.^[141] El amo de este territorio pasó a ser Koch, el *Gauleiter* de Prusia Oriental, un hombre de pequeña estatura y cara de bulldog, enemigo acérrimo de Rusia. A Koch le gustaba compararse con los caballeros teutónicos medievales y declaraba lleno de orgullo que su *Gau* [provincia] de Prusia Oriental iba a desempeñar un papel destacado en la expansión alemana hacia el este.

A lo largo de la Edad Media, los caballeros teutónicos habían combatido contra los eslavos, que en aquellos siglos habitaban las riberas del Báltico, y los habían sometido a un régimen de esclavitud.

Ya en el siglo xx, en los tiempos de Hitler, Koch hizo colgar pancartas inspiradas en las gestas de los caballeros teutónicos: ¡Por un espacio vital en el este!^[142]

Después de la anexión del territorio del Memel, Polonia sería la próxima víctima de la agresividad germana. Para camuflar los preparativos bélicos contra Polonia, Hitler planteó las cuestiones de Danzig (Gdansk) y del corredor polaco.^[143]

El 18 de abril, dos días antes del 50 cumpleaños de Hitler, se presentó en la cancillería del *Reich* Albert Forster, el líder de los nacionalsocialistas de Danzig, un personaje que solía frecuentar la cancillería.

Forster tuvo que esperar, ya que Hitler no solía levantarse antes de las doce o la una del mediodía. Se dirigió a lo que se conocía como habitación de las escaleras, donde trabajaban las secretarias de Hitler. Allí se encontró a Linge y a las secretarias Daranowski y Schroeder.

Forster se extendió sobre las dificultades que tenía que superar como *Gauleiter* de Danzig.

—¡Si al menos ya estuviéramos en guerra! —exclamó—. Entonces no tendría que estar peleándome con esos malditos polacos. Claro que no quiero ser sólo *Gauleiter* de Danzig. ¡No! Una vez que hayamos expulsado a los polacos, seré *Gauleiter* de toda Prusia Occidental.

Al atardecer del 19 de abril se habían reunido en el salón de fumadores de la cancillería del *Reich* Hess y Forster. Esperaban a que dieran las doce de la noche para felicitar a Hitler, que aquel 20 de abril cumplía cincuenta años.

Hacia la medianoche Hitler apareció en el salón de fumadores. Hess lo felicitó en el nombre del Partido nacionalsocialista. A continuación lo hizo Forster, diciendo:

—En mi persona lo felicita toda la ciudad de Danzig. *Mein Führer!* Danzig dirige una mirada llena de ilusión hacia su figura y aguarda la hora de la redención.

Hitler agradeció aquellas palabras. Hinchido de orgullo declaró:

—Lamento no haber tomado el poder diez años antes. Ahora ya tengo cincuenta años. Ya no puedo postergar mis planes por más tiempo. He de asegurar para Alemania un nuevo espacio vital y nuevas riquezas. Un genio sólo nace una vez cada cien años. Por esta razón, no puedo confiar a mis sucesores el cumplimiento de mis deberes. Quienes me sucedan sólo tendrán una misión: retener en sus manos lo que yo he logrado conquistar. Mañana, con el desfile, demostraré al mundo entero que no temo la guerra.

Más tarde, departió con Hess y Forster hasta altas horas de la noche. La conversación giró en torno a las reacciones que había suscitado en Inglaterra la anexión de Checoslovaquia. Hitler comentó con tono irónico:

—No alcanzo a comprender por qué Londres se sorprende tanto. Tenían que haber previsto que algo así sucedería.

En cuanto a las negociaciones que los ingleses llevaban adelante en Moscú,^[144] Forster preguntó:

—¿Qué están negociando tanto? ¿Es que piensan seriamente aliarse con los rusos?

Hess contestó:

—Estas negociaciones son un nuevo truco del Gobierno de Londres para apaciguar a la opinión pública inglesa. Chamberlain y Halifax quieren neutralizar a la oposición de su país. Ni Inglaterra ni Francia se embarcarán en un pacto con los soviéticos.

—Ésta no es la cuestión —comentó Hitler—. Las negociaciones en Moscú son un doble juego. Los ingleses quieren asustarnos con Moscú. Sabemos muy bien cuál es su postura. Quisieran preservar en lo posible la integridad del tratado de Versalles y en el oeste llegar a un acuerdo con nosotros, al margen de Moscú. Francia no merece ni ser tomada en consideración. Hará lo mismo que Inglaterra.

—El mejor antídoto sería darle un buen susto a los británicos —añadió Forster.

Hess aseguró:

—La demostración del poderío bélico de Alemania, mañana durante el desfile, será una advertencia que impresionará a los ingleses.

—Los ingleses son malos actores —concluyó Hitler—. Sus trucos no me impresionan ni lo más mínimo. Con sus maniobras en Moscú quieren hacerme creer que también podrían actuar de otra manera.

Al día siguiente, 20 de abril, Linge despertó a Hitler a las ocho de la mañana. El *Führer* se puso el uniforme de color pardo del Partido, pero en lugar del cinturón habitual eligió el de gala, dorado, propio del generalato alemán.

Hitler estuvo un largo rato de pie delante del espejo de su dormitorio, deleitándose con su imagen como un pavo presumido. Una y otra vez estiraba su uniforme. Finalmente, adoptó un semblante ceremonioso y descendió las escaleras hacia la antesala.

La cancillería del *Reich* parece un mar de flores. La antesala está decorada con palmeras y plantas exóticas. Junto a las puertas hay criados ataviados con libreas espléndidas, engalanados con charreteras de plata y condecoraciones en el pecho. En el centro se han alineado los ayudantes y los oficiales de enlace, la guardia personal de Hitler y los pilotos de su escuadrilla de aviones. Además se han presentado los

integrantes de la guardia personal, vestidos con su uniforme negro de las SS y la correa recientemente incorporada, que imita a la de la guardia del emperador Guillermo II. Los oficiales del *Leibstandarte*, al igual que los de la *Wehrmacht*, lucen charreteras plateadas y el cinturón de su uniforme de gala.

En la antesala, Brückner, el ayudante de Hitler, felicita a éste en nombre de todos los integrantes de su estado mayor personal. En ese momento comienza a tocar una banda militar en el patio de honor.

Linge alcanza a Hitler la gorra con adornos de oro y los guantes. A una señal se interrumpe la música. En el patio de honor se ha presentado una compañía del venerable batallón de honor de la guarnición de Berlín. El comandante, vestido con el uniforme de gala del Ejército de Tierra da la orden:

—¡Presenten armas!

En la puerta aparece Hitler. El comandante del batallón de honor da parte alzando el brazo para el saludo nazi.

La banda interpreta el *Deutschland, Deutschland, über alles*, y a continuación la canción de Horst Wessel,^[145] el himno de los nacionalsocialistas, y también la marcha *Badenweiler*, la pieza favorita de Hitler. Seguidamente, llegan en dos limusinas Himmler con sus colaboradores más estrechos de la Policía y de las SS. Se presentan con el uniforme de gala de las SS y con casco negro. Hitler recibe sus felicitaciones y sale junto a ellos del patio de honor en dirección a la *Wilhelmstraße*. Aquí, de pie en su Mercedes, pasa revista a las unidades de las SS y de la Policía.

A continuación, vuelve a la cancillería del *Reich*. Allí hacen su aparición Göring, Hess, Goebbels, Ribbentrop, Neurath, Keitel y otros grandes de la Alemania de Hitler. Göring va cubierto de medallas de la cabeza a los pies. A las innumerables condecoraciones ha añadido hoy la más alta, otorgada por el rey de Suecia: una ancha cadena dorada que lleva sobre los hombros. De su cuello cuelga la orden del Toisón de Oro que le ha concedido Franco por la ayuda que la aviación alemana ha prestado en la lucha contra la República española.^[146] Todos felicitan a Hitler y le aseguran de manera solemne su lealtad.

A continuación llegó la hora de los regalos para el *Führer*. Los obsequios de los grandes empresarios, las maquetas de carros de combate, cañones, aviones y barcos de guerra, además de una maqueta de la línea *Siegfried*^[147] con iluminación eléctrica ocupan un lugar prominente. Éstos debían dar cuerpo al espíritu propio del «Tercer *Reich*». Hitler apreciaba mucho los presentes y se pasaba horas enteras entretenido con ellos. A continuación, Hitler abandona junto a toda su corte la cancillería del *Reich* y se dirige hacia la Puerta de Brandemburgo.

Su limusina blindada de color negro lleva el estandarte del *Führer* con la cruz

gamada y las cuatro águilas, una en cada esquina.

Las tropas han formado para el desfile detrás de la Puerta de Brandemburgo. Hitler, de pie en el coche, se estira todo lo que le permite su estatura y, con el brazo alzado, pasa revista a las fuerzas colocadas a lo largo del *Tiergarten*. Las tribunas se han levantado en la plaza que se extiende ante la Universidad Técnica. Allí Hitler desciende del coche. Los diplomáticos y agregados militares presentes se levantan de sus asientos.

Hitler, Göring, Hess, Goebbels, Ribbentrop, Neurath, Keitel y los ayudantes de Hitler ocupan sus puestos en la tribuna, debajo de un baldaquino de terciopelo rojo y guarnecido de franjas doradas.^[148]

El desfile comienza. Hitler da unos pasos hacia delante. El batallón de estandartes inaugura la parada. Llegados ante Hitler inclinan sus banderas. Todos los presentes se ponen de pie. La banda interpreta el *Deutschland, Deutschland, über alles* y la canción de Horst Wessel, el himno nacionalsocialista. Al batallón de estandartes le sigue la infantería. Los soldados marchan en filas rectas y vestidos con uniformes de camuflaje.^[149] A continuación siguen los regimientos de la *Luftwaffe* y las unidades de la infantería de Marina.^[150] Los paracaidistas, con su uniforme de campaña y casco de acero, causan una gran sensación; es la primera vez que se les puede contemplar en un desfile.

A continuación, una inmensa columna de la infantería motorizada ocupa el ancho entero de la calle. La artillería pesada produce un gran estruendo. El ruido de los motores se confunde con el sonido de una unidad de trompetistas. Tras una breve pausa, aparece la caballería. Seguidamente, los carros de combate. Por último, resuena por encima de las cabezas de los asistentes una escuadrilla de aviones de último modelo, nunca vistos en Europa.

Los ojos de Hitler brillan con un sentimiento de triunfo. Emocionado, regresa a la cancillería del *Reich*. Le sigue una larga columna de coches con los huéspedes invitados al banquete que se ha de celebrar en la cancillería del *Reich*. Han sido invitados ministros, los *Reichsleiter* y *Gauleiter*, los jefes de las SS y de las SA, los jefes de las escuadrillas de aviones y de las unidades motorizadas del Partido nacionalsocialista, así como los representantes del alto mando militar.

La víspera, Hitler había recibido las felicitaciones de los visitantes privados. Entre ellos las de una mujer, ya no muy joven, de estatura mediana y cabello teñido de castaño. Era la estrella cinematográfica Leni Riefenstahl, cuya fama comenzaba a declinar. Desde 1931, aquella mujer admiraba a Hitler con pasión. A cambio obtuvo importantes contratos para filmar los congresos del Partido nacionalsocialista y los Juegos Olímpicos celebrados en 1936 en Berlín.

Leni Riefenstahl se ha quedado de pie, a unos metros de distancia de Hitler, y lo mira fijamente con los ojos muy abiertos. De sus labios escapa un grito penetrante:

«¡Aaah!». Y a continuación, visiblemente conmovida, se tapa la cara con las manos. Cuando consigue tranquilizarse, balbucea con voz apenas audible:

—*Mein Führer!*

Se abalanza sobre su ídolo y le tiende un enorme ramo de claveles que sostiene con ambas manos. Hitler recibe las flores con un aire de autocomplacencia y se las entrega a Linge. Seguidamente le ofrece su brazo y la guía al salón de música.

Una vez que Leni Riefenstahl se hubo marchado, Hitler recibió a su hermana, Angela Hitler, casada con el profesor Hammitzch, de Dresde. A la muerte de su primer marido, un tal Raubal, Angela había trabajado en un primer momento como ama de llaves de Hitler en el Obersalzberg. Él la había despedido porque había abogado por una de las víctimas de la masacre que siguió al golpe de Röhm el 30 de junio de 1934.^[151] Desde entonces, Hitler recibía a su hermana sólo una vez al año, precisamente el día de su cumpleaños.

El 21 de abril Hitler partió de Berlín al Obersalzberg para encontrarse con Eva Braun.^[152]

Llegado allí, supo por boca de Bormann que, durante su viaje, Wibizek y Sander, los «leales» ordenanzas de las SS, habían robado algunas maquetas de las que le habían regalado a Hitler con ocasión de su cumpleaños. Hitler ordenó detener a ambos y gritó enfurecido:

—¡Quiero ver en un campo de concentración a estos sinvergüenzas! ¡A la cantera! ¡Eso, que piquen piedra! ¡Y que no vuelvan a salir de ahí!

Hitler permaneció en el Obersalzberg durante todo el verano. Las horas las pasaba, como de costumbre, en compañía de Eva Braun y de sus amigas. No obstante, se retiraba con frecuencia para leer novelas de serie negra o de aventuras. Esta literatura barata motivó que uno de los encargados de la calefacción, que trabajaba en el palacete de Hitler, fuera enviado a un campo de concentración durante el verano de 1939. Este operario estaba montando en el despacho de Hitler una estufa con azulejos que la artista muniquesa Stork, una amiga de Eva Braun, había decorado con escenas de la historia del Partido Nacionalsocialista. El hombre comentó con otros obreros que trabajaban en el Berghof lo «profundo» que era el contenido de los libros de la biblioteca de Hitler. Esto llegó a oídos del Servicio de Seguridad, y por orden de Hitler, el empleado acabó desapareciendo en el campo de concentración de Dachau.

Llegó el 29 de agosto de 1939. En la cancillería del *Reich* dominaba una atmósfera belicista. Los íntimos de Hitler saben que la guerra contra Polonia está

decidida y que el ataque de las tropas alemanas contra aquel país puede iniciarse en cualquier momento. A la guardia personal de Hitler se la arma con metralletas. La «columna del *Führer*», formada por pesados todoterrenos de la marca Krupp,^[153] que el estado mayor de Hitler utiliza usualmente para asistir a las maniobras, se ha enviado a la frontera de Alemania con Polonia. Hitler seguirá desde allí, dentro de unos pocos días, el desarrollo de las operaciones militares en Polonia.

Los embajadores de Inglaterra y Francia, Henderson y Coulondre, han solicitado en vano una entrevista con Hitler. Éste ha ordenado remitirlos a Ribbentrop.

—No deseo recibirlos —decía—. Que Ribbentrop se encargue de ellos. No tengo la intención de resolver la cuestión de Polonia negociando con polacos, ingleses y franceses.^[154]

El 31 de agosto Hitler ordenó de manera imprevista convocar el *Reichstag*. En la noche del 1 de septiembre dictó a las secretarías en su despacho el discurso que iba a dar en el *Reichstag* y con el que quería declarar la guerra a Polonia. A esa hora, en realidad, la guerra ya había comenzado, porque en la noche del 1 de septiembre, las tropas alemanas penetraron en Polonia.^[155]

El 1 de septiembre, hacia las diez de la mañana, después de que Morell le hubiera inyectado su estimulante, Hitler se dirigió a la sesión del *Reichstag*, que se celebraría en el edificio de la antigua ópera Kroll.^[156]

Aquella jornada, por primera vez Hitler llevaba, en lugar de su uniforme pardo del Partido, un traje gris, que Linge había encargado sólo unos días antes.

Dado que el *Reichstag* había sido convocado con tan poco margen de tiempo, muchos de los diputados que no residían en Berlín no pudieron acudir. Sus escaños fueron ocupados por miembros de las SS de las guardias personales de Hitler y Göring. Éstos desempeñaron el papel de diputados y «votaron» a favor de la guerra contra Polonia.

Los nacionalsocialistas reunidos en la ópera Kroll prepararon a Hitler una aparatosa bienvenida. Hitler pronunció su discurso una vez que Göring, que presidía la sesión, la hubo inaugurado.

Hitler se presentó como amante de la paz, culpó a los polacos de haber atacado a Alemania y declaró que ahora estaba obligado a conducir una lucha por la supervivencia del pueblo alemán.

Durante su discurso, Hitler miró en varias ocasiones y como por casualidad hacia el palco donde habían tomado asiento los diplomáticos extranjeros. En el viaje de regreso a la cancillería del *Reich*, Hitler comentó a sus ayudantes que había disfrutado observando cómo se alargaban las caras de los ingleses y franceses durante su discurso.

Las palabras de Hitler y la declaración de guerra de Alemania a Polonia desataron tumultuosas ovaciones en el *Reichstag*. En el palco de los diplomáticos los embajadores de Japón e Italia aplaudieron con fuerza. Para manifestar su consentimiento, los diputados, junto a la guardia personal de Göring y Hitler, se levantaron de sus asientos. Göring constató «unanimidad».

En el camino de la ópera Kroll a la cancillería del *Reich*, un gran número de personas a lo largo de *Unter den Linden* y la *Wilhelmstraße* expresaron a Hitler su entusiasmo por la declaración de guerra a Polonia.

Hitler regresó agotado y completamente sudado a la cancillería del *Reich*, como siempre que pronunciaba un largo discurso. Se dio un baño caliente y tomó una dosis de *Ultraseptyl*, el narcótico que le había recetado Morell.^[157]

Al atardecer del mismo día Ribbentrop le leyó a Hitler las notas de los embajadores de Inglaterra y Francia. En éstas se exigía el cese inmediato de las hostilidades contra Polonia y la retirada de las tropas alemanas. Hitler comentó al respecto:

—Ya veremos si acuden en auxilio de Polonia o si vuelven a escurrir el bulto.

La mañana del 3 de septiembre Henderson y Coulondre hicieron entrega a Ribbentrop de sendas notas en las que se declaraba que Inglaterra y Francia se hallaban en estado de guerra con Alemania.^[158] Hitler tuvo un ataque de ira. Con espuma en la boca corrió de un lado a otro del jardín de invierno y vociferó en presencia de Ribbentrop, Hess, Goebbels, Himmler y otros que se habían reunido allí:

—Los polacos son una pandilla lastimera de bocazas incapaces de hacer nada. Eso lo saben los ingleses tan bien como nosotros. Estos caballeros británicos saben bien lo que es el derecho del más fuerte. En lo que concierne a las razas inferiores, ellos han sido nuestros maestros. Resulta un insulto que quieran presentarnos a los checos y a los polacos como comunidades soberanas, esa gentuza que no está ni un ápice por encima de los sudaneses o los hindúes. Y ello sólo porque en esta ocasión no se trata de los intereses de Inglaterra sino de los de Alemania. Toda mi política frente a Inglaterra partía de la base de que ambas partes reconocían lo que está dado por naturaleza, y ahora quieren ponerme en la picota. Esto es una canallada inaudita.

Hacia las ocho de la tarde la columna de coches de Hitler se dirigía a toda velocidad a la estación. Hitler se subió a su tren, convertido ahora en cuartel general del *Führer*, y se dirigió al teatro de guerra polaco.^[159]

Hitler y su estado mayor se instalaron en el campo de maniobras de Gross Born, en Pomerania, junto a la frontera con Polonia.^[160]

Las operaciones bélicas contra el país vecino se llevaron a cabo siguiendo el plan que había elaborado Halder, el jefe del estado mayor general alemán.^[161] A las tres semanas de iniciarse guerra en Polonia, sólo quedaban las ruinas de Varsovia, aldeas y ciudades calcinadas, campos arrasados, prisioneros de guerra y una población que sufría hambre y miseria.^[162] El Gobierno polaco había dejado a la población en la estacada y se había trasladado a Londres.^[163]

Los soldados de las SS de la escolta personal de Hitler se creían los amos de la situación, al igual que el resto de fuerzas alemanas. Sin embargo, debían estar alerta ante los actos desesperados que los patriotas polacos podían llevar a cabo de manera individual.

A pesar de las medidas represivas tomadas por las fuerzas de castigo germanas, el pueblo polaco no se rindió y luchó por su independencia. Un día, cuando Hitler volvía de una inspección en Polonia a su cuartel general de campaña, un grupo de patriotas polacos tiroteó los vehículos de la columna del *Führer* en la que circulaban los soldados de las SS pertenecientes a la guardia personal de Hitler. A raíz de este incidente, Högl, el jefe de la sección policial en el estado mayor de Hitler, celebró una reunión en la que se trató de la necesidad de reforzar la protección de Hitler. A la reunión asistió también el barón Von Alvensleben, el jefe del estado mayor de Himmler. Tras el encuentro, Von Alvensleben invitó a Högl, Linge y otros miembros de las SS del estado mayor de Hitler a visitar un campo de concentración cerca de Gross Born, para echar una ojeada a las «bestias polacas».

El comandante del campo, un mayor, los guió por las barracas donde los polacos yacían amontonados en medio de la suciedad.

Los presos cuya cara no gustaba a Von Alvensleben eran azotados en el acto por los soldados de guardia. En esto participaba también Von Alvensleben en persona. El aristócrata y latifundista daba patadas a los prisioneros medio desmayados a causa de los golpes, al tiempo que gritaba que «a estas bestias hay que tratarlas así, para que se enteren de quién es su amo». A la hora de la despedida, el comandante les rogó que volvieran a visitarlo. Él se encargaría de organizar nuevos «espectáculos entretenidos».

En la Polonia ocupada por los alemanes se levantó una administración colonial dirigida por el gobernador general Hans Frank. Frank era un viejo cómplice de Hitler de los años de la fundación del Partido nacionalsocialista. Abogado de profesión, había defendido a Hitler cuando éste fue acusado en noviembre de 1923 de organizar el golpe nacionalsocialista en Múnich. Antes de 1933, Frank había defendido a miembros de las SA procesados por asesinar a comunistas y otros alemanes de izquierda. Después del acceso al poder de Hitler, Frank fue nombrado por sus

«méritos» presidente de la Academia de Derecho Alemán (*Akademie für Deutsches Recht*). La actividad de Frank en Polonia consistió sobre todo en celebrar orgías en el castillo real de Cracovia y en organizar el asesinato en masa de seres humanos en los campos de concentración de Auschwitz y Majdanek.

Volviendo de la campaña de Polonia, el tren especial de Hitler se detuvo en una estación. Había en ésta un tren hospital estacionado en una vía muerta. Hitler expresó el deseo de visitar a los heridos. Recorrió los vagones que ocupaban los soldados heridos y puso una cara de fingido pesar. Hitler no volvió a visitar durante toda la guerra un hospital de campaña o un tren enfermería. Lo justificaba diciendo que un jefe de tropas no podía darse el lujo de sentimentalismos.

El aniversario del golpe nacionalsocialista que Hitler había organizado en Múnich en 1923 se celebró el año 1939 en medio de un ambiente belicista. No obstante, ni los ingleses ni los franceses, que se hallaban en estado de guerra con Alemania, habían emprendido nada que pudiera interpretarse como una acción bélica contra Alemania. [164]

Para su encuentro con los «viejos combatientes» en la cervecería de Múnich, Hitler no escogió la camisa parda que siempre llevaba en esa ocasión, sino su traje militar de color gris, sobre el cual se colocó la medalla de la orden de la sangre. El evento comenzó esta vez con una hora de antelación, ya que Hitler tenía que volver de inmediato a Berlín. [165]

Hitler pronunció un breve discurso ante los reunidos en la taberna. Explicó lo feliz que se sentía liderando la lucha del pueblo alemán. En medio de atronadores gritos de *Heil!*, Hitler abandonó la reunión y se dirigió a la estación, donde su tren ya estaba preparado.

Por el camino, poco antes de llegar a Núremberg, se recibió una comunicación radiofónica que decía que tras la partida de Hitler se había producido una explosión en la cervecería. No se anunciaron más detalles.

En la estación de Núremberg el alcalde Liebel y el prefecto de la Policía de la ciudad, Martin, aguardaron con angustia la llegada del tren de Hitler. Ambos subieron a su vagón. Allí los recibió Linge. Martin pidió a Linge que informara de inmediato al *Führer* de que le traía una noticia urgente. Hitler, que acababa de enterarse de la comunicación radiofónica recibida, salió al pasillo y preguntó a Liebel y Martin sin demora:

—¿Qué ha sucedido?

—*Mein Führer* —respondió Martin—, acabo de recibir de Múnich la noticia de que se ha cometido un atentado contra su persona. Más o menos una hora después de que usted abandonara la reunión de la cervecería, se ha

producido allí una fuerte explosión. Las personas que aún se encontraban en la sala han quedado sepultadas bajo el techo, que se ha desplomado.^[166]

Hitler empalideció. Tratando de tomar aire preguntó:

—¿Dónde está Himmler?

Martin respondió que Himmler se había quedado en Múnich y que estaba dirigiendo personalmente las investigaciones. Hitler se alteró todavía más y ordenó que Himmler permaneciera en Múnich hasta que se hubiera capturado a todos los criminales implicados en el asunto. A continuación, ya más calmado, añadió:

—Dígale que proceda sin miramientos y que erradique hasta el último integrante de la banda.

Liebel y Martin volvieron a bajar del tren. La noticia del atentado fallido contra Hitler se difundió rápidamente por todos los vagones. El *Führer* fue felicitado por su milagrosa salvación y él respondió diciendo que estaba bajo la especial protección de la providencia.

Las investigaciones permitieron descubrir que junto a una columna delante del estrado de la cervecería desde el cual Hitler pronunció su discurso se había colocado un artefacto criminal. Los camareros declararon que en los días previos al atentado, en varias ocasiones se había visto en la cervecería a un hombre que les resultaba desconocido. La descripción de su persona fue enviada sin demora a todos los pasos fronterizos, lo que llevó finalmente a la detención de un tal Elser, en el momento en que éste pretendía cruzar la frontera con Suiza. En el curso de los interrogatorios, Elser confesó que había colocado la bomba en la cervecería. Lo había hecho sin cómplices y lo que pretendía era matar a Hitler para cambiar el régimen político en Alemania. Hitler no llegó a creerse que Elser hubiera actuado solo, a pesar de no haber indicios de lo contrario, y dio la orden para que se procediera a detenciones masivas.^[167]

El Servicio de Seguridad opinaba que el atentado contra Hitler tenía que ser obra de los servicios secretos ingleses. Por ello, los colaboradores de este organismo idearon un intercambio de mensajes con una emisora de los servicios secretos ingleses, emplazada en Holanda, en los que se presentaron como un grupo de resistencia antifascista en Alemania.

En el curso de esta operación, el Servicio de Seguridad logró atraer al capitán Best, un agente del espionaje inglés, a la frontera germano-holandesa. Allí los hombres de la seguridad alemana asesinaron a los desprevenidos guardas de frontera

holandeses, secuestraron a Best y lo trasladaron a territorio alemán.^[168] Los interrogatorios de Best no permitieron probar la participación de los servicios secretos ingleses en el atentado de Elser contra Hitler. Best desapareció en un campo de concentración. Elser, sin embargo, fue empleado para la construcción de artefactos explosivos en la sección de sabotajes del Servicio de Seguridad.^[169]

CAPÍTULO 6

DICIEMBRE DE 1939 - MAYO DE 1941

En diciembre de 1939 Hitler se trasladó otra vez a su palacete del Berghof.^[170] Una tarde, convocó para una reunión en el Berghof a Göring, Hess, Keitel, Funk y a Fritz Todt, el ministro del *Reich* de Armamento y Munición. En la puerta de la gran sala donde se celebraba la reunión, Linge colgó un letrero que decía «NO MOLESTAR», para que Eva Braun y sus amigas se mantuvieran alejadas de aquella estancia, a la que sólo una cortina separaba del salón contiguo.

Los guardarropas se abalanzaron sobre Göring en el momento en que éste hizo su aparición. Göring nunca acudía a la guardarropía para dejar sus cosas. Como quería dar la impresión de ser un hombre muy atareado, les lanzaba el abrigo, la gorra y el bastón de mariscal a los ordenanzas, mientras pasaba por delante de ellos. Göring se precipitó en la gran sala con grandes y enérgicos pasos de sus piernas, que parecían rodillos, metidas en botas con espuelas. Unos minutos más tarde se presentaron Hess, Funk, Todt y Keitel. Linge comunicó a Hitler que las personas convocadas estaban dispuestas.

Hitler, inmerso en sus pensamientos, bajó los pocos peldaños, seguido de Linge. Delante de la gran sala, Hitler se estiró y entró con paso firme y acelerado. Los asistentes alzaron el brazo para el saludo. Hitler dio la mano de manera afable a Göring, Hess, Funk, Keitel y Todt. Todos se acercaron luego a la enorme mesa de mármol. Hitler inició la reunión explicando que la dirección del conjunto de la industria de guerra sería encargada a Göring. Éste recibiría plenos poderes para asegurar las necesidades económicas de la guerra. Cuando Hitler hubo concluido, se oyó la chirriante voz de Göring. Éste habló sobre el estado del rearme y dibujó la brillante perspectiva de una industria de armamento gigantesca y en continuo crecimiento. Su exposición manifestaba un optimismo sin reparos.

Hitler se apoya con todo el peso de su cuerpo sobre la mesa, de tal manera que los dedos se le doblan. Declara que la situación militar favorable de Alemania y el estado de ánimo triunfalista de las tropas alemanas han de ser aprovechados a fondo. El destino ya dictaría cómo proceder más adelante. La maquinaria militar alemana funciona a todo ritmo y no debe detenerse. Los franceses han de presentarse al combate.

—Al final los sacaremos de su línea Maginot. ¿Cuál es su opinión, Keitel?

Keitel rio, pagado de sí mismo y respondió:

—Esto va a ser como hacer una limpieza a fondo.

—Alemania está totalmente decidida —asintió Göring—. Estamos en condiciones de recoger el guante. Las potencias occidentales han de pagar por habernos declarado la guerra.

El 23 de diciembre de 1939, Hitler abandonó el Obersalzberg para pasar las navidades en Renania e inspeccionar las tropas destacadas en el Rin y en la frontera con Bélgica. El 24 de diciembre, el tren del *Führer* hizo parada en el andén de mercancías de una pequeña estación en las cercanías de Aquisgrán. Hitler se desplazó con un automóvil hasta el emplazamiento de una unidad militar. Del interior de las casas de la pequeña ciudad llegaba el canto de los niños: se celebraba la más importante de las fiestas religiosas del año. Pero las familias están separadas. Muchos padres y hermanos están sirviendo en el Ejército de Tierra. Están movilizados en Polonia, permanecen en los refugios de la línea *Siegfried* o se hallan en Renania preparados para entrar en combate.

Una patrulla de las SS recorre con paso lento los catorce vagones del tren de Hitler. También se ha presentado la Policía ferroviaria. Detrás de la locomotora y al final del tren se hallan, respectivamente, dos vagones dotados cada uno con dos piezas de artillería antiaérea de cuatro cañones, que han de servir para repeler un posible ataque desde el aire. Estos vagones continuaron integrados en el tren de Hitler durante toda la guerra. Los soldados de la artillería, cubiertos con gruesos abrigos, miran hacia la oscura y helada noche, al tiempo que se apoyan sucesivamente en uno y otro pie, para entrar en calor.

En la carretera de acceso al tren de Hitler se oyen los potentes motores de los todoterrenos de tres ejes, que se acercan con sus focos atenuados. Linge desciende del vagón. El coche de Hitler sube al andén. De repente, Linge oye un grito. Sobre el guardabarros del segundo coche, que sigue al de Hitler, está sentado Bormann, con la cabeza vuelta hacia atrás, borracho y vociferando una canción que ha hecho furor en los carnavales renanos. Linge abrió la portezuela para ayudar a Hitler a descender del automóvil. Bormann se baja del guardabarros del segundo coche y se dirige tambaleándose hacia donde está el tren. Bormann se cruza en el camino de Hitler.

—*Mein Führer*, éste no es su vagón —balbucea—, no, *mein Führer*, éste evidentemente no es su vagón. E-e-e-este está más atrás.

Linge explica que están delante del vagón de Hitler.

—Por lo tanto —dice Hitler—, yo estaba en lo cierto, evidentemente, es

mi vagón.

Bormann se endereza la gorra, que se le había ladeado, y con mucho esfuerzo logra subir al vagón vecino.

Instantes más tarde, Bormann aparece en el pasillo del vagón de Hitler. Se acerca al compartimento del *Führer* luciendo una sonrisa estúpida. Lleva consigo un pequeño árbol de Navidad. Eva Braun lo había decorado en el Obersalzberg y había pedido a Bormann que se lo entregara a Hitler el día de Navidad. Bormann da a entender a Linge, mediante muecas, que se trata de una sorpresa para Hitler. De repente el árbol se le cae de las manos. Las nueces y las bolitas de cristal se sueltan de las ramas y se desparraman por el suelo. Bormann se queda aturdido y con los ojos muy abiertos. El miedo lo atenaza.

—Rápido, rápido —murmura a Linge, que acude de inmediato para recoger el arbolito.

A continuación, Bormann se acerca con prudencia al compartimento de Hitler y le entrega a éste una carta de Eva Braun y el arbolito de Navidad. El *Reichsleiter* nacionalsocialista,^[171] que, de lo borracho que está, apenas logra mantenerse de pie, le desea al *Führer* en el nombre del Partido una feliz Navidad.

El tren de Hitler se dirige a la localidad de Bad Erns. En este balneario está emplazado el regimiento de infantería motorizada del *Leibstandarte* Adolf Hitler.

Una vez llegado a Bad Erns, Hitler partió en su coche al balneario donde los hombres del *Leibstandarte* celebraban la Navidad. Le recibió Sepp Dietrich, el comandante de aquella unidad. En el momento en que Hitler entró en la sala, Dietrich ordenó en un tono más bien familiar:

—¡Silencio, compañeros!

Hitler adoptó el mismo aire para demostrar que él y su *Leibstandarte* conformaban una sólida unión. Hitler, acompañado por Sepp Dietrich, pasó revista a los soldados de las SS, que habían adoptado posición de firmes, y los saludó con el brazo alzado. Luego tomó asiento en una de las mesas. Éstas habían sido cubiertas con un mantel blanco y distribuidas en la sala en un semicírculo. También los oficiales y los soldados del *Leibstandarte* volvieron a ocupar sus asientos. A los soldados de las SS se les ofrecían golosinas y coñac. Además Hitler les había traído regalos navideños. La sección musical actuaba sobre un escenario levantado delante de las mesas. A la derecha del escenario se alzaba un gran árbol de Navidad, que, festivamente adornado, brillaba con la luz de las velas. Delante del escenario se había

colocado una tribuna para los oradores.

Sepp Dietrich tomó la palabra para la salutación después de que la banda hubiese atacado algunas marchas. Su triple viva a Hitler lo contestaron los soldados de las SS con un atronador *Heil!*

A continuación, fue Hitler el que se dirigió a la tribuna de oradores y dijo a los presentes:

—Vosotros, soldados del *Leibstandarte*, que os halláis en la Muralla del Oeste^[172] con el objetivo de conquistar espacio vital para Alemania. Es nuestro derecho vital ir más allá de nuestros estrechos límites. Inglaterra quiere cruzarse en nuestro camino y nos declara la guerra. La verdadera razón no es la campaña de Polonia. La verdadera razón son los plutócratas, que llenos de envidia ven cómo prospera nuestra economía. El pueblo inglés ya ha conquistado un gigantesco espacio vital. ¡Yo acabaré con el dominio inglés! El futuro pertenece a los alemanes, no a los ingleses, que ya manifiestan síntomas de demencia senil. ¡Vosotros, los soldados de mi *Leibstandarte*, sois los elegidos por el destino, la garantía para la victoria de Alemania!

El discurso de Hitler fue respondido por un aplauso ensordecedor. Una y otra vez se oyeron los gritos de *Sieg, Heil! Sieg Heil!*

Seguidamente, Hitler volvió a tomar asiento entre la audiencia. La banda de música tocaba alegres marchas mientras a los soldados de las SS se les servía ponche.

Siguieron diversos números humorísticos en los que se ridiculizaba a los miembros del Gobierno inglés. Chamberlain aparecía con una cara estulta y huraña, siempre con el paraguas colgado del brazo.

Hitler se despidió muy emocionado de sus tropas. Desde Bad Erns se dirigió de vuelta al Obersalzberg, donde, junto a Eva Braun, celebró la llegada del año 1940.^[173]

A finales de marzo, Hitler dio la orden para que comparecieran en la cancillería del *Reich* los comandantes en jefe del Ejército de Tierra, de la *Luftwaffe* y de la *Kriegsmarine*. En el oeste la situación no había cambiado. Las tropas inglesas y francesas continuaban manteniendo una actitud pasiva. Las «acciones de combate» se limitaban a entonar antes de tiempo el himno de la victoria. «En la línea *Siegfried* ponemos nuestra ropa a secar», cantaban.

En la reunión con Hitler participaron Göring, Keitel, Halder, Jodl, Brauchitsch, Raeder y el general Falkenhorst. En ella se discutió el plan para la ocupación de Noruega y Dinamarca.^[174] Falkenhorst estaba presente porque se le había encomendado el mando de las tropas de ocupación en Escandinavia.

Después de la reunión, Hitler invitó a Göring y Raeder a comer. Los tres

almorzaron en el comedor del *Führer*. De las conversaciones que se mantuvieron en la mesa podía deducirse que Raeder veía con ojos críticos la ocupación de Noruega, porque temía la respuesta de la flota inglesa y preveía importantes pérdidas alemanas. A ello respondió Hitler:

—Si alguna vez la Marina de Guerra alemana ha tenido una razón de ser, es ésta. No permitiré que la flota se oxide en los puertos como en los tiempos de Guillermo II.^[175] Prefiero arriesgarme a perderla. Aunque nuestros cruceros sean hundidos, habrán cumplido una importante misión. Escribirán una página gloriosa en la historia de la Marina de Guerra alemana.

Göring apoyó a Hitler y subrayó la necesidad de conquistar Noruega. Este país debía convertirse, según sus palabras, en el portaaviones de Alemania en su lucha contra Inglaterra.

Al final de la comida, Hitler estaba de excelente humor. En un tono relajado contó un episodio de los años anteriores a la toma del poder. Una vez, en 1925, le había llamado la atención un gentío aglomerado alrededor de su coche, que lo esperaba en la estación de Múnich. La gente se reía de un caballo que se comía con toda tranquilidad la paja que asomaba de un asiento roto del automóvil de Hitler. Éste sintió tanto bochorno que prefirió ir caminando a su casa. Todos se echaron a reír con aquella historia.

En los días que siguieron, en abril de 1940, comenzaron las operaciones terrestres de las tropas alemanas en Noruega y Dinamarca. Hitler comía bombones por decenas.

—Esto es alimento para los nervios —explicó a Linge.

El meteorólogo del Ministerio del Aire, un recomendado de Göring, enviaba todos los días a la cancillería del *Reich* un informe sobre las condiciones atmosféricas. El inicio de la operación en Noruega se había fijado en consonancia con sus pronósticos. Aquel pobre hombre, que no tenía ni la más remota idea de para qué se necesitaban sus informaciones, falleció poco después de la ocupación de Noruega.^[176] Hitler bromeaba sobre el asunto:

—Cuando se enteró de para qué servían sus pronósticos, le dio un ataque.

El plan de Hitler resultó un éxito. Noruega y Dinamarca fueron ocupadas.^[177] La flota inglesa se presentó ante la costa noruega. A pesar de toparse con una fuerza naval alemana ridículamente débil, formada en su mayoría por buques minadores y

torpederos, no entró en combate y regresó a Inglaterra. Cuando más adelante la flota inglesa volvió a presentarse ante las costas de Noruega, tuvo que enfrentarse a unos hechos consumados. Los alemanes pudieron desembarcar sus tropas en Noruega sin que los ingleses les pusieran el menor obstáculo.

Más tarde, los propios ingleses intentaron desembarcar en Noruega.^[178] En Trondheim llegó a tierra un número irrelevante de fuerzas, que pronto fueron aniquiladas por los alemanes. Entre las pertenencias de los oficiales ingleses se hallaron instrucciones secretas para la realización de la operación de desembarco. Éstas contenían indicaciones muy precisas, por ejemplo, acerca de la dirección en la que debían marchar los soldados ingleses después del desembarco (hacia la izquierda o hacia la derecha), cómo debían sostener sus armas y otras instrucciones por el estilo. En las órdenes también se describía, y de manera exacta, la impedimenta que las tropas inglesas llevaban consigo. Ésta se componía principalmente de víveres y de aparatos de gimnasia. Cuando Hitler tuvo noticia de todo esto, se echó a reír y comentó con ironía que los ingleses habían desembarcado en Noruega para hacer gimnasia, no para combatir.

La *Wehrmacht* atacó a Francia en mayo de 1940, una vez culminada la ocupación de Dinamarca y Noruega. El 10 de mayo, el primer día de la ofensiva, Hitler partió de Berlín hacia su cuartel general, bautizado con el nombre de Nido en las Rocas (*Felsennest*), levantado en un monte junto a la localidad de Euskirchen, en Renania.^[179] El búnker de Hitler estaba completamente bajo tierra, sin que pudiera verse en la superficie ningún tipo de elevación. Una red de camuflaje se había extendido sobre el acceso. Las habitaciones de Hitler (su dormitorio y su despacho) se habían amueblado al estilo de un puesto de campaña. En el mismo refugio se instalaron también Keitel, los ayudantes Schmundt y Schaub, así como Linge. A 30 ó 40 metros había un comedor de oficiales construido con paredes de hormigón y 200 metros más allá, detrás de un bosque, se alzaba un barracón para las reuniones, hecho de madera y también cubierto por redes de camuflaje. Aquí se hospedaba Jodl. El terreno, con sus tres edificaciones emplazadas sobre el monte, se rodeaba de una alambrada de espino. El conjunto fue bautizado como Zona Restringida I.

El resto del cuartel general de Hitler se situaba en la aldea junto al pie del monte.

Las tropas alemanas penetraron a marchas forzadas en el norte de Francia, después de atravesar Bélgica y Holanda. Las unidades atacantes aislaron un número considerable de fuerzas enemigas, entre éstas, el cuerpo expedicionario inglés, y lograron envolverlas en un movimiento de tenaza en Dunkerque.^[180] Los ingleses retrocedieron a toda prisa, mientras las tropas francesas cubrían su retirada. El cerco en torno a Dunkerque se hizo cada vez más estrecho. Como si se tratara de una batida de caza, la artillería y los carros de combate alemanes disparaban contra los ingleses, que huían en dirección a la costa sin orden y presa del pánico.

En la playa, poco profunda, de Dunkerque los ingleses construyeron puentes auxiliares colocando camiones en el agua. De esta manera pretendían alcanzar sus barcos. Para escapar al infierno de Dunkerque, muchos arrojaron su impedimenta y sus armas, saltaron al agua e intentaron alcanzar los barcos a nado.

El infierno de Dunkerque llegó a su punto álgido con los ataques incesantes de la *Luftwaffe*, que dominaba sin obstáculos el espacio aéreo. Los pilotos alemanes atacaban a los ingleses no sólo en tierra sino también en el mar. Buques repletos de soldados ingleses se hundieron bajo una lluvia de bombas alemanas.^[181]

Todo el armamento y los equipos que el cuerpo expedicionario inglés dejó atrás cayeron en manos de los alemanes. Los británicos abandonaron a sus aliados franceses a su destino para salvar el pellejo. Los franceses lucharon y cayeron por los británicos.^[182]

El comandante del cuerpo expedicionario inglés volvió a las islas británicas con los lamentables restos de sus tropas. Allí, Churchill lo condecoró con la orden de Bath, la orden del baño, por la «brillante» victoria que habían obtenido las armas inglesas. En el entorno del alto mando alemán se hicieron muchos chistes acerca de lo adecuada que era la condecoración de Wavell,^[183] teniendo en cuenta el baño frío que se había dado en las aguas del canal de la Mancha.^[184]

La huida de los ingleses de Francia dio al alto mando alemán la posibilidad de transferir de inmediato importantes contingentes desde el área de Dunkerque al frente del Somme y del Oise. Este envío permitió romper, el 5 de junio, las defensas francesas en la ribera sur de ambos ríos y ocupar París el 14 de junio.

Los prisioneros de guerra se expresaban de manera muy drástica sobre el comportamiento de los ingleses en Dunkerque. Cuando en los campos de prisioneros se encontraban con soldados ingleses los franceses les daban palizas y los insultaban como cobardes, egoístas y traidores. Por este motivo los alemanes se vieron obligados a instalar a los prisioneros de guerra franceses e ingleses en barracas diferentes.

Hitler, que de la euforia estaba fuera de sí, viajó a Dunkerque.^[185] A su vuelta contó que en las estancias de los estados mayores que los ingleses habían abandonado a toda prisa había podido encontrar teléfonos de campaña intactos. Lleno de desprecio, explicó a Göring que los ingleses habían abandonado todo su equipo en Dunkerque.

—Sólo pensaron en salvar sus vidas —comentó—. Desde luego, saben tratar a la gente a latigazos, pero en el campo de batalla son unos miserables cobardes.

También Göring estaba muy animado. Mientras ambos esperaban el automóvil en

el refugio, explicó a Hitler su última «aventura».

Días atrás había acudido a una taberna en Renania. Toda la clientela se había puesto de pie, excepto dos sacerdotes católicos.

—A esos dos les he dado una buena lección. Los he mandado a un campo de concentración —explicó Göring entre risas—. Además he ordenado poner allí una estaca con una vieja gorra mía. Ahora han de desfilar todos los días por delante de ella y ensayar el saludo nacionalsocialista.

Hitler se rio y dio unas palmadas al hombro de Göring con un gesto benevolente. Al final del encuentro, Göring estrechó la mano de Hitler, levantó su bastón de mariscal, se sentó en el coche y se dirigió al cuartel de su estado mayor.

Antes de que acabara el mes de mayo ya era previsible la derrota total de Francia. En aquellos días Hitler recibió una carta de Mussolini, su aliado del Eje.^[186] La misiva scandalizó a Hitler, sobre todo porque Italia, después de haberse mantenido al margen durante meses, ahora quería entrar en guerra a toda costa. Para no tener que repartir el botín con Mussolini, Hitler respondió que de momento no necesitaba a Italia, dado que Francia ya se había rendido a sus pies.

Hitler respondió a la petición de Mussolini diciendo que había que postergar la entrada de Italia en guerra hasta que la *Luftwaffe* hubiera destruido los aeródromos del sur de Francia, lo que facilitaría las operaciones militares de las tropas italianas.^[187] Al poco tiempo, no obstante, y sin tener en cuenta los argumentos «convincientes» de Hitler, Italia declaró la guerra a Francia.^[188] Tal era el consenso con el que actuaban los socios del Eje Berlín-Roma.

A Hitler le preocupaba la cuestión de los objetivos ocultos que perseguía Mussolini, dejando de lado el de querer asegurarse su parte en el botín francés.

¿Gibraltar? ¿Malta? ¿O quizá quería la Marina italiana atacar Suez? A finales de mayo, Hitler encargó a Ribbentrop que convocara al embajador italiano, Alfieri, y que lo hiciera ir desde Berlín a Bad Godesberg, al hotel Dreesen. Hitler ordenó que Alfieri fuera recibido como si se tratara de un parlamentario enemigo. El día del encuentro se retiraron incluso los postes de señales en la ruta de Alfieri, para que éste no pudiera averiguar que estaba en Euskirchen, a una hora y media en coche de Bad Godesberg.

En el camino a la entrevista con Alfieri, Hitler parecía irritado. Quería enterarse a cualquier precio de lo que estaban tramando los italianos, porque desde la declaración de guerra, el alto mando italiano no había hecho el menor gesto para intervenir activamente en las acciones bélicas.

La entrevista de Hitler con Alfieri en el hotel Dreesen duró aproximadamente una hora. Desde la estancia donde se celebraba, pudo oírse al poco rato la voz irritada de

Hitler, que cubrió a Alfieri con reproches airados. Descargó toda su cólera en él y vociferó que no podía entender por qué Italia actuaba de una manera tan pasiva.

—¿Puede usted explicármelo? ¿Puede usted darme por fin una respuesta clara? ¡Esto no puede continuar así! —gritó.

En su estado mayor se sabía que Hitler no estaba irritado por la pasividad italiana, sino porque Mussolini había declarado la guerra a Francia contraviniendo su voluntad. Alfieri abandonó el hotel consternado y deprimido. Poco después, también Hitler abandonó el lugar.

El *Führer* mantuvo un silencio enfurruñado durante la cena en el cuartel general. Keitel, Jodl, Bormann, Dietrich, Hewel, Hoffmann, Morell y los ayudantes intercambiaban miradas furtivas. Hoffmann, aquel bufón de la corte, logró poco a poco espantar por fin la tristeza de Hitler.

Keitel, Jodl, Bormann y Hewel se quedaron después de la cena. En su presencia Hitler volvió a airear su enfado y explicó:

—La declaración de guerra, que tanto habíamos necesitado el otoño pasado, la condiciona Víctor Manuel^[189] a que Mussolini otorgue al príncipe heredero el mando de las fuerzas armadas. El *Duce*, evidentemente, se ha negado a esto.

Los presentes eran conscientes de lo que Hitler quería decir. Humberto, el príncipe heredero, era un notorio anglófilo.

Jodl asintió con fervor:

—Por descontado, *mein Führer*. Usted siempre ha dicho: «¿Por qué el *Duce* no barre sin más a toda esa dinastía de los Saboya?».

—Mussolini no tiene una tarea fácil con ellos —respondió Hitler—. Las fuerzas armadas apoyan al rey, la Iglesia está de su lado, la corte sólo está preocupada por las intrigas y en el Partido Fascista hay demasiados arribistas.

Jodl opinó que los italianos al menos deberían ponerle difíciles las cosas a la flota inglesa en el Mediterráneo.

—Le he preguntado a Alfieri —continuó Hitler— acerca de los planes de Italia. Hemos estado esperando todo este tiempo un ataque del Ejército

italiano. El embajador se quedó sin habla. Estaba claro que no tenían ningún plan serio. A mi pregunta categórica de por qué los italianos permanecían tan pasivos, Alfieri respondió con insolencia que en el frente estaba lloviendo.

Keitel intervino escandalizado:

—Pero ¿qué está tramando Mussolini?

También Bormann se hizo oír con exclamaciones asombradas y despreciativas.

Al final de la conversación, Hitler comentó que la pasividad de los italianos también tenía su lado bueno, pues permitía refrenar las ambiciones respecto a Francia.

A principios de junio, el cuartel general de Hitler fue trasladado de Euskirchen a Brüly-de-Pesche, al norte de Rocroy y cerca de la frontera franco-belga.^[190] Por indicación de Hitler, este cuartel general se conoció como «Desfiladero del Lobo» (*Wolfsschlucht*). De esta manera, la palabra *Wolf* (lobo), el apodo de Hitler, se utilizó por primera vez como nombre de uno de sus cuarteles generales.

El «Desfiladero del Lobo» se hallaba en medio de un pequeño bosque. Este cuartel general se había edificado a toda prisa y tenía un carácter provisional. Hitler vivía en una barraca de madera aislada, donde también estaban instalados Brückner, Schmundt y Linge. Al lado se encontraba un refugio de hormigón de un solo compartimento. El comedor estaba a unos ochenta o cien metros de la estancia de Hitler. Keitel, Jodl y Bormann, así como el resto del estado mayor, se habían instalado en la escuela y en las viviendas previamente evacuadas de aquella aldea francesa. Las reuniones de análisis militar se celebraban en el edificio de la escuela. Allí tenían también sus cuarteles los estados mayores de Brauchitsch y Göring.

Por aquellos días, el chófer de Himmler se mató de forma accidental mientras manipulaba sin precaución una metralleta en el interior del vehículo.^[191] Este miembro de las SS fue sepultado en la aldea belga de Brüly-de-Pesche. Durante el funeral, Himmler proclamó:

—Ahora descansa en tierra alemana. Esta tierra será nuestra para siempre.

En la primera quincena de junio de 1940 se presentó en el cuartel general el *Reichsleiter* Amann, respondiendo a una invitación de Hitler. El antiguo sargento había sido durante la primera guerra mundial el superior de Hitler en el regimiento List.^[192]

Wiedemann, otro antiguo camarada del regimiento List, llegó al cuartel general

después de Amann. Wiedemann había emigrado a América y en 1933 Hitler lo había llamado para que volviese a Alemania. Como testigo ocular de los «hechos heroicos» de Hitler durante la primera guerra mundial, se le encomendaba cantar las glorias de éste por todo el país.

Junto a Amann y Wiedemann, Hitler quería visitar lo que habían sido las posiciones del regimiento List.^[193] En un todoterreno de la marca Krupp y acompañados por un convoy de escolta salieron del cuartel general. La columna de automóviles de Hitler recorrió a toda velocidad las carreteras francesas, cruzó ciudades y aldeas, pasando por delante de ruinas, sepulturas recién cavadas y campos surcados por las granadas. Los refugiados que retornaban se apartaban cuando veían aparecer la columna de Hitler y sus sirenas ululantes. También se encontraron con grupos de agotados prisioneros de guerra franceses.

Con la ayuda de mapas, Hitler intentó hallar los lugares donde el regimiento List había combatido o donde había estado acuartelado. En las cercanías del Chemin-des-Dames, dio la señal de parar. Todo el grupo descendió de los vehículos. El *Führer* atravesó con rapidez los campos y se detuvo junto a unas trincheras medio derruidas. Señaló unos fosos llenos de basura y alambre de espino oxidado, manifestando algo parecido a una alegría por el reencuentro. Recordó lleno de orgullo que en aquel lugar él había servido como correo. Hitler revivió literalmente. Hacía tiempo que no se le veía así.

Al atardecer del 15 de junio de 1940, se recibió en el cuartel general de Hitler la noticia de que se esperaba que el Gobierno francés hiciera una propuesta de armisticio. La noticia procedía del embajador alemán en Madrid, Von Stohrer, con el cual había contactado el encargado de negocios francés en la capital española. La noticia corrió como un reguero de pólvora por todo el cuartel general. Todos se felicitaron mutuamente y citaban a Hitler, que había asegurado que el vagón estacionado en el bosque de Compiégne, en el que los alemanes habían solicitado el armisticio en 1918, sería ahora el lugar del triunfo alemán. Hitler dio la consigna de celebrar este acontecimiento por todo lo alto. Al poco rato, todo su estado mayor estaba ebrio.

En virtud de la información procedente de Madrid, el alto mando de la *Wehrmacht* comenzó a elaborar sin demora un proyecto de pacto de armisticio. La exigencia central era la capitulación incondicional de Francia. El acuerdo que había que firmar preveía la ocupación de todo el país y el desarme de sus ejércitos. Los soldados y los oficiales serían hechos prisioneros y la totalidad del armamento debía ser entregado a Alemania como botín de guerra. Hitler no aprobó este proyecto.

El 17 de junio, el dictador expuso a Keitel y Jodl las líneas maestras de un nuevo proyecto para las condiciones de la rendición francesa. En esta ocasión expresó las siguientes reflexiones: Inglaterra intentará impedir que el Gobierno francés firme un

acuerdo de paz y tratará de convencerlo para que continúe las hostilidades. Esto encaja con la propuesta de Churchill de formar una alianza anglo-francesa sobre la base de una unificación jurídica de amplio alcance de los dos países. Por esta razón resulta importante para la política germana abrir una brecha entre Francia e Inglaterra. Esto no es posible lograrlo con la capitulación sin condiciones de Francia y la ocupación de todo su territorio. Con ello corremos el peligro de que el Gobierno francés rechace el armisticio, huya al norte de África y continúe desde allí la guerra al lado de Inglaterra. Por tanto, hay que construirle al Gobierno galo un puente de plata, para que los franceses puedan aceptar las condiciones de la paz. El objetivo de todo ello es sacar a Francia de la guerra (junto con sus colonias, si es posible) y aislar a Inglaterra.

Las negociaciones entre los gobiernos alemán e italiano dieron comienzo el 16 de junio en Roma, una vez que se hubo recibido la petición oficial de un alto el fuego por parte del Gobierno francés. En Roma se acordó que Hitler y Mussolini se entrevistarían el 18 de junio en Múnich para pactar las condiciones del armisticio francés.

La tarde del 17 de junio, Hitler voló junto con Keitel, Ribbentrop y su séquito personal a Frankfurt am Main, donde lo esperaba su tren particular. Después de haber llegado a Múnich el 18 de junio por la mañana, Hitler y sus acompañantes se desplazaron al edificio del *Führer* de la *Königsplatz* en medio del júbilo de la población.

En el transcurso de aquella misma mañana, Mussolini fue recibido por Hitler en la estación central de Múnich. Hitler y Mussolini conversaron en el despacho del primero después del almuerzo. En esta misma estancia se había celebrado, apenas dos años antes, el 29 de septiembre de 1938, la «histórica» conferencia entre Hitler, Mussolini, Chamberlain y Daladier. Las consecuencias de la conferencia de Múnich son ahora conocidas: Hitler ha ocupado Checoslovaquia, el territorio del Memel, Polonia, Holanda, Bélgica, Dinamarca, Noruega y ha aplastado a Francia. El resultado: decenas de miles de caídos en los campos de batalla, ruinas, hambre y miseria.

A la primera parte de la entrevista entre Hitler y Mussolini asistió un pequeño séquito de colaboradores; por parte alemana: Keitel y Ribbentrop, y por parte italiana, Ciano. La segunda parte de la entrevista la celebraron Hitler y Mussolini a solas. Acabada la reunión, el *Führer* acompañó al *Duce* a la estación y éste abandonó Múnich. Aquella misma tarde Hitler volvió a su cuartel general.

En el tren, después de la cena, Hitler informó de los resultados de su entrevista con Mussolini. Expuso las exageradas pretensiones de los italianos. Italia pedía que Francia le cediera Saboya, el territorio alrededor de Niza, la isla de Córcega y Túnez. Con ello los italianos querían asegurarse su hegemonía en el Mediterráneo. Hitler dijo

al respecto que había logrado calmar el fervor de Mussolini. También se mostraba satisfecho por el hecho de que Mussolini hubiera transigido.

Hitler se hallaba otra vez en Frankfurt am Main al mediodía del 19 de junio. Desde esta ciudad voló a su cuartel general en Brúly-de-Pesche. Una vez allí, Hitler y Keitel dieron inmediatamente la orden de preparar el «lugar del armisticio», en el bosque de Compiégne, para las negociaciones con Francia. A comienzos de junio de 1940, cuando comenzaba a vislumbrarse la derrota militar francesa, Hitler ya había anunciado el propósito de firmar el nuevo armisticio en el mismo lugar donde Alemania había tenido que aceptar su capitulación el 7 de noviembre de 1918.^[194] Con ello se pretendía anular de manera pública la humillación de 1918.

El 20 de junio se acabó de redactar el pacto con Francia. Hitler en persona dictó el preámbulo del documento. Dicho texto tenía, a su entender, un objetivo doble: por una parte, debía preparar psicológicamente a los franceses para que aceptasen las condiciones alemanas, puesto que en él se rendía tributo a la valentía y la «heroica lucha» de las fuerzas armadas francesas. En segundo lugar, Hitler justificaba en el preámbulo las exigencias alemanas con la necesidad de continuar la guerra contra Inglaterra, razón por la cual lo esencial del tratado no se dirigía contra Francia sino contra las islas británicas.

Al atardecer del mismo día, Günsche recibió de Hitler la orden de estar presente en las negociaciones en el bosque de Compiégne y de encargarse de su seguridad personal. Günsche debía estar de pie junto a la pared de cristal que dividía en dos el vagón. Era una forma de poder hacer bien visibles desde todos los rincones los casi dos metros de estatura del oficial alemán. Además, Günsche tenía la orden de disparar contra cualquier miembro de la delegación francesa que se dirigiera a Hitler en un tono inconveniente.

El inicio de las negociaciones en el bosque de Compiégne se fijó para la mañana del 21 de junio. Sin embargo, tuvo que ser retrasado ya que la delegación francesa no había podido llegar a tiempo a París, pues las carreteras se hallaban atascadas por las tropas y los refugiados.

Keitel y Jodl se dirigieron la mañana del 21 de junio desde el cuartel general de Hitler al que ya se conocía como «lugar del armisticio».

Aquel lugar histórico había sido guarnecido expresamente para las negociaciones. El vagón en el que después de la derrota alemana se había firmado el acuerdo de paz con Francia procedía de una sala del museo que los franceses habían construido expresamente para albergarlo. Se le puso en el mismo lugar donde estuvo estacionado en noviembre de 1918, sobre unos raíles que aún se conservaban en el centro de la estación. La vía donde había estado el vagón de la delegación alemana estaba ahora vacía.

En el interior del vagón no se cambió nada. Se trataba de un coche comedor

común y corriente de la Sociedad Internacional de Coches Cama. Uno de los compartimentos había sido convertido en una sala de reuniones, habilitada con una gran mesa y sillas dispuestas a su alrededor.

Delante de la alameda que llevaba al «lugar del armisticio» se veía un monumento triunfal erigido por los franceses y que representaba un águila alemana caída. Este monumento se ocultó con banderas adornadas con la cruz gamada. En la alameda se había apostado una guardia de honor. La cancillería, la centralita telefónica y la estación de radio se instalaron en tiendas de campaña en medio del bosque.

Al mediodía hicieron acto de presencia Göring, Brauchitsch, Raeder, Ribbentrop y Hess, a los que Hitler había convocado para asistir a la ceremonia de la entrega de las condiciones del armisticio. Finalmente, apareció el propio Hitler. Adoptando una pose de estadista pasó revista a la guardia de honor, visitó el monumento que ocultaban las banderas con la cruz gamada y se detuvo ante la placa conmemorativa que relataba la victoria de los franceses sobre los alemanes en 1918.

Cuando se anunció que la delegación francesa ya estaba en camino procedente de París, Hitler, Göring, Brauchitsch, Raeder, Ribbentrop, Keitel, Hess y Jodl subieron al vagón. Todos ocuparon sus asientos junto a la mesa.

Un sector de la mesa para la delegación francesa. Günsche, con casco de acero, la pistola cargada y enfundada, tomó posición junto a la puerta que daba acceso al compartimento vecino. A su derecha, de pie, estaba el intérprete Schmidt.

Hacia las dos del mediodía llegó la delegación francesa, en compañía del general alemán Von Tippelskirch. La integraban el general Huntziger (como jefe de la delegación); el general Parisot, del Ejército de Tierra; el general Bergeret, de la Aviación; el vicealmirante Le-Luc, de la Marina y el embajador Noel.

La delegación francesa descendió de los coches a la entrada de la alameda y fue conducida al vagón, pasando por delante del monumento disimulado y la guardia de honor. Cuando los militares franceses entraron en el furgón, Hitler y sus acompañantes se levantaron en silencio de sus asientos. Los franceses se detuvieron con espanto. No habían esperado encontrarse con un desfile de toda la cúpula alemana. Sin decir una sola palabra y con semblante severo, Hitler les indicó que tomaran asiento con un breve gesto de la mano.

Keitel se puso en pie en cuanto todos se hubieron sentado. Con calma se colocó su monóculo y dio comienzo a la lectura del preámbulo. El intérprete Schmidt traducía al francés.

A continuación, Keitel entregó al jefe de la delegación francesa, el general Huntziger, el texto del tratado y también un mapa de Francia donde se habían dibujado las líneas de demarcación entre la zona ocupada y la zona no ocupada del territorio francés. Con ello concluía la entrega formal de las condiciones del

armisticio. Hitler, Göring, Brauchitsch, Raeder, Ribbentrop y Hess se levantaron de sus asientos y abandonaron el vagón. Sólo se quedaron Keitel y Jodl, para llevar las negociaciones con la representación francesa, además de algunos colaboradores y el traductor Schmidt.

La banda entonó el himno alemán en el momento en que Hitler descendió del coche. Keitel y los otros alemanes que se habían quedado en el furgón saltaron de sus asientos y alzaron el brazo para el saludo fascista. Keitel cantó el himno y los otros alemanes del vagón lo imitaron. También los franceses se levantaron de sus asientos. Un miembro de la misión francesa tenía lágrimas en los ojos. Hitler no esperó los resultados de las negociaciones, sino que aquel mismo día se trasladó en avión a su cuartel general.

Cuando Hitler hubo partido, Keitel instó a los franceses a que tomaran nota del texto del pacto de cese de las hostilidades. El jefe de la delegación, Huntziger, pidió a Keitel poder comunicarse por teléfono con el Gobierno francés en Burdeos. Al principio, Keitel reaccionó con evasivas, porque temía que las negociaciones fueran a retrasarse. Declaró que los representantes franceses debían tener los poderes para negociar con autonomía. Huntziger confirmó que ellos tenían esos poderes, pero recalcó que las condiciones del armisticio decidían sobre el destino del pueblo francés, razón por la cual consideraba necesario informar de ellas al Gobierno de su país. Al mismo tiempo, señaló que en 1918 a la delegación alemana se le había concedido la autorización para consultar con su Gobierno.

Keitel cedió.

Huntziger entró en comunicación con el comandante en jefe francés, el general Weygand, en Burdeos. El intérprete Schmidt estuvo presente en la conversación. Lo primero que Weygand preguntó a Huntziger fue dónde se encontraba. Éste replicó:

—Ya te lo puedes imaginar.

A lo que Weygand respondió:

—Pobre amigo mío.

A continuación Weygand se hizo informar acerca de las condiciones de paz. Huntziger le comentó que eran duras, para luego pasar a enumerarlas punto por punto. Weygand prometió que daría una respuesta clara inmediatamente después de informar a Pétain. Las negociaciones en el vagón continuaron.

En el curso de éstas, Huntziger preguntó a Keitel qué condiciones pensaba plantear Italia. Expresó su temor de que las pretensiones italianas fueran duras e injustas.

Keitel contestó con evasivas y explicó que no conocía las demandas italianas. Las negociaciones entre italianos y franceses se iniciarían en cuanto se firmara el tratado franco-alemán. Visiblemente agitado, Huntziger respondió que Francia en realidad no necesitaba un alto el fuego con Italia, pues, de hecho, éste se había mantenido en vigor desde la declaración de guerra italiana. En el caso de que las exigencias italianas lesionaran el honor de Francia, su Gobierno haría caso omiso de éstas. El tono del general Huntziger se hizo especialmente severo, subrayando cada una de sus palabras:

—No lo vamos a consentir.

Se produjo entonces una situación embarazosa. En el «lugar del armisticio» del bosque de Compiégne hizo su aparición inopinadamente el agregado militar italiano en Berlín. Éste comenzó a interrogar a un oficial alemán sobre la marcha de las negociaciones. Hubo que hacer más de un esfuerzo para evitar que el general italiano fuera visto por la delegación francesa.

Al atardecer del 22 de junio, Keitel dio un ultimátum a los franceses. En un escueto escrito exigió a Huntziger que le comunicase en el plazo de una hora si la delegación francesa estaba dispuesta a aceptar las condiciones del armisticio. De lo contrario, los alemanes darían por finalizadas las negociaciones y reanudarían las hostilidades con toda su intensidad. De inmediato, Huntziger transmitió el contenido de la carta a Pétain, en Burdeos. No había pasado ni media hora cuando Huntziger declaró que la delegación francesa estaba dispuesta a firmar el tratado de paz.

El 24 de junio, Hitler invitó a Keitel, Jodl, Bormann, Hewel, así como a sus ayudantes y a otras personas del cuartel general, a una velada en el comedor de oficiales. El *Führer* estaba de un humor excelente. Se declaró satisfecho del curso que había tomado la guerra y se mostró optimista en cuanto al futuro comportamiento de Inglaterra:

—Los problemas de la Europa occidental se están solucionando y a nosotros sólo nos queda acabar con la Rusia soviética —declaró frotándose las manos.

A medianoche, los invitados de Hitler escucharon por radio el discurso de Goebbels, el cual se mezcló, al principio y al final, con un estrépito propio de los campos de batalla. La audiencia creía que se trataba de una transmisión directa desde el frente, pero aquellos ruidos de fondo procedían en realidad de los estudios radiofónicos de Berlín.

En octubre de 1940, Hitler decidió entrevistarse con Franco para negociar una

participación de la España franquista en la guerra. El encuentro con Franco se celebró en el tren de Hitler en la estación ferroviaria de Hendaya, en las cercanías de Biarritz.^[195] La entrevista duró unas cuatro horas y en ella tomaron parte Hitler, Keitel, Franco, Serrano Súñer —ministro de Exteriores español— y el intérprete Schmidt.

En esta reunión se trató de la conquista de Gibraltar, el enclave británico, según un plan elaborado por el estado mayor general alemán con el nombre cifrado *Isabella/Félix*.^[196] A continuación se tomaron las decisiones siguientes:

La creación de dos estados mayores: un estado mayor táctico, que estaría bajo el mando del general alemán Lanz, y un estado mayor encargado de los abastecimientos, dirigido por el general alemán Jaenecke.

El envío al Marruecos español de cincuenta oficiales alemanes, vestidos de civil y provistos con pasaportes falsos y visados españoles. El estado mayor general alemán les había encargado la misión de comprobar si la red de carreteras del área de Gibraltar era apta para las unidades motorizadas y la artillería alemanas.

Una división española comandada por el general Asensio ensayó en las cercanías de Algeciras el asalto a Gibraltar.

Unidades de artillería alemanas en Francia ensayaron al noroeste de la ciudad de Besançon el bombardeo de enclaves similares a la roca de Gibraltar. El estado mayor general español envió al estado mayor general alemán fragmentos de rocas del peñón de Gibraltar para que fueran analizadas en la oficina de armamento (*Heereswaffenamt*) del alto mando del Ejército de Tierra.

Lleno de entusiasmo, Keitel describió una inmensa pieza de artillería fabricada por la empresa Krupp y que tenía un alcance de casi doscientos kilómetros.^[197] Hitler había decidido ponerla a disposición de Franco para el bombardeo de Gibraltar.

El plan *Isabella/Félix* debía ejecutarse en enero o febrero de 1941. Pero Hitler rechazó la operación poco tiempo después y renunció también a la participación abierta de España en la guerra, porque había decidido atacar a la Rusia soviética en el plazo más breve posible.^[198]

Hitler explicó que la entrada de España en la guerra hubiera hecho necesario defender la larga línea de costa de la península ibérica contra las maniobras de desembarco de los angloamericanos, lo que habría involucrado a un importante número de fuerzas alemanas. Además, Alemania se habría tenido que comprometer a asumir el suministro a España de material bélico, combustible y alimentos. Una vez tomada la decisión de atacar la Unión Soviética según la operación *Barbarroja*, parecía evidente que Hitler no quería crear un nuevo teatro de operaciones en la península ibérica.^[199] Le parecía más oportuna una «neutralidad benévola» por parte de España.

La España de Franco, fingiendo ser neutral, autorizó la reparación y el suministro de los submarinos y de los demás navíos de guerra alemanes en los puertos españoles.

España apoyó a la *Luftwaffe*, que tenía la misión de atacar a los barcos angloamericanos en el Atlántico, poniendo a su disposición aeródromos y estaciones de radio.

En cuanto a la economía bélica, los suministros de wolframio y molibdeno procedentes de la península desempeñaron un importante papel para la industria de guerra alemana. Además, España ayudó a eludir el bloqueo económico impuesto a Alemania, importando desde América materias primas deficitarias que, luego, enviaba al *Reich*. De los informes del almirante Canaris, el jefe del servicio de contraespionaje en el alto mando de la *Wehrmacht*, sobre la ayuda que las autoridades españolas proporcionaron a los servicios de información alemanes, se desprende que el contraespionaje había levantado bases de apoyo en varios lugares de España con el consentimiento del Gobierno de Franco.

El espionaje alemán transmitía desde España hacia Berlín información valiosa sobre la distribución de las tropas del Ejército de Tierra y la Marina ingleses, sobre las actividades de los servicios secretos británicos y americanos en España y en el Marruecos español, sobre las relaciones existentes entre círculos ingleses y americanos con las más altas autoridades de la Francia de Vichy y sobre el clima político que reinaba entre las tribus árabes en el Marruecos francés.

En cuanto Francia hubo capitulado, el alto mando alemán dio la orden de preparar el desembarco en Inglaterra, siguiendo lo previsto en la operación León Marino.

La Marina de Guerra recibió la orden de procurarse y mantener preparados los medios necesarios para el desembarco. Con este fin, se ordenó a los comandantes de todos los ejércitos reunir la totalidad de navíos disponibles.^[200] Las tropas realizaban maniobras de desembarco. Al alto mando del Ejército de Tierra le fueron adscritos oficiales de la Marina en calidad de asesores. En aquellos días se mantenían concentradas en el oeste las dos flotas aéreas: las de los mariscales de campo Sperrle y Kesselring. En el momento de elaborar la operación León Marino, el alto mando alemán defendía el punto de vista de que el factor principal de un desembarco exitoso era la superioridad de la aviación alemana sobre la inglesa. Hitler y sus generales compartían la idea de que la superioridad de la flota naval inglesa era compensada por la superioridad de la *Luftwaffe*. Se consideró una gran ventaja que la aviación alemana pudiera operar contra la flota inglesa en el canal de la Mancha, cuya extensión entre Calais y Dover apenas alcanzaba los treinta kilómetros.^[201]

Hitler retrasó la fecha del inicio del desembarco una y otra vez, porque tenía la esperanza de forzar a Inglaterra a un tratado de paz con la mera amenaza de una invasión. En su opinión, después de la derrota de Francia y del golpe que los ingleses habían recibido en Dunkerque, bastaría la amenaza de un asalto a las islas, junto con los ataques de los submarinos y los bombardeos de la aviación, para obligar a los ingleses a pedir la paz.

A este respecto, Hitler dijo que si Churchill se ponía testarudo, él forzaría a Inglaterra a arrodillarse. Pero antes, tenía que acabar con la Rusia soviética. Cuando en el otoño de 1940 se reforzaron los preparativos para el ataque contra Rusia, se utilizó la operación León Marino para disimular el cercano ataque a Rusia y el reagrupamiento de la *Wehrmacht* en dirección este. Hitler dio la orden de continuar durante todo el invierno los preparativos para la operación León Marino, y dar así la impresión de que la invasión de Inglaterra se llevaría a cabo en la primavera de 1941.

Al día siguiente de su entrevista con Franco, el tren de Hitler se detuvo en una pequeña estación ferroviaria, a 50 kilómetros al norte de Tours, en el sur de Francia. [202] Aquí estaba previsto celebrar un encuentro con el jefe del Gobierno de Vichy, Pétain, y con su primer ministro, Laval. Hitler renunció a la arrogancia con la que se había enfrentado a los franceses en Compiègne, porque quería demostrar su deseo de colaborar con el Gobierno de Vichy en clave política. Se dirigió al encuentro de Pétain y Laval en su automóvil.

Después de haber recorrido un trecho del camino, Hitler descendió del coche y los esperó. Al poco rato, aparecieron Pétain y Laval, este último con su inevitable corbata blanca.

Hitler trató al anciano Pétain de la misma manera que había tratado en su día a Hindenburg. A Laval, por su parte, lo trató como a un aliado. Con amabilidad, el *Führer* le ofreció a Pétain subirse con él a su automóvil. Pétain, un hombre ya frágil, pero que hacía esfuerzos por mantenerse erguido y actuar con energía, aceptó la oferta. Hitler subió a continuación. Laval y Keitel les siguieron en un segundo vehículo. Todos se dirigieron a la estación donde estaba detenido el tren de Hitler. Una compañía alemana rindió honores ante Pétain y Laval. Hitler, acompañado de sus huéspedes franceses, pasó revista a la guardia. A continuación subieron al tren. En el vagón salón de Hitler se celebró una entrevista en la que, además de Pétain y Laval, estuvieron presentes Keitel y el traductor Schmidt. El asunto del que se trató fue la inclusión de la totalidad de la industria francesa en la economía de guerra alemana. También se discutió la cuestión del apoyo que el Gobierno de Pétain podía dar a Alemania en la guerra que ésta libraba contra Inglaterra. La entrevista se prolongó unas dos horas.

A continuación, Pétain, Laval y Hitler volvieron a pasar revista a la guardia de honor. A la hora de despedirse, Hitler estrechó la mano del militar francés durante un largo rato. En la cara de Laval se dibujó una sonrisa amable. Después de la despedida, Hitler volvió a su vagón. Estaba de un humor espléndido. Durante la cena, se mostró especialmente orgulloso de que durante la entrevista Laval lo hubiera comparado con Napoleón. En lo que se refería a la guerra contra Inglaterra, Laval aseguró a Alemania todo el apoyo de Francia. Pero asimismo declaró que no había que olvidar al que era el enemigo común (la Unión Soviética), y que era preciso

dirigir a tiempo los cañones contra ese enemigo. Con ello quería aludir a la campaña rusa de Napoleón en 1812 y dio a entender a Hitler que éste lograría lo que Napoleón en su momento no había sabido culminar. Hitler describió a Laval como un político hábil y un leal amigo de los alemanes. En tono de broma, añadió que era mejor que no se le hiciera un examen de su pureza racial: como europeo meridional típico, no era probable que superase un examen de ese tipo.

Según Hitler, Pétain se había comportado como un «héroe caído», algo que le había agradado sobremanera.

El tren del *Führer* partió a medianoche y llegó a Múnich después de atravesar toda Francia.

En marzo de 1941 Hitler se entrevistó con Göring en su residencia de la *Prinzregentenstraße* de Múnich. A continuación, el dictador expresó su intención de dirigirse al edificio del *Führer*, y ofreció a Göring la posibilidad de acompañarlo. No se habían desplazado juntos en coche desde el atentado contra Hitler en la cervecería de Múnich en noviembre de 1939. Ambos habían tomado de manera conjunta esta medida preventiva con el fin de evitar que se pudiera eliminar al mismo tiempo al *Führer I* y al *Führer II*.

De camino al edificio del *Führer* los acompañaba Linge. En el coche la conversación entre Hitler y Göring giró en torno a la guerra contra la Rusia soviética. Por lo visto, continuaban un debate que ya habían iniciado anteriormente en la residencia de Hitler. Éste decía que aquella guerra no podía demorarse más. Göring, en cambio, opinaba que primero había que asegurar la retaguardia frente a los ingleses. Hitler declaró de manera categórica que la guerra contra los soviéticos ya estaba decidida y que con Inglaterra «se arreglarían las cuentas más adelante, en el caso de que el terco de Churchill no recapacitara».

A lo largo de marzo y abril se llevaron a cabo a marchas forzadas los preparativos para el asalto contra la URSS. Importantes contingentes de tropas emplazadas en Francia, Bélgica, Holanda, Dinamarca y Noruega, preparadas para la invasión de Inglaterra según lo previsto por la operación *León Marino*, fueron transferidas al este, hacia las proximidades de la frontera soviética. Divisiones acorazadas de élite que habían participado en la ocupación de Yugoslavia y Grecia fueron reagrupadas a toda prisa y se dirigieron hacia el este, donde debían encabezar el ataque por sorpresa contra el enemigo ruso.^[203]

En mayo de 1941 Hitler volvió al palacete del Berghof procedente de Mönichkirchen, una localidad situada al sur de Viena, donde había estado supervisando las operaciones de las tropas alemanas en Yugoslavia y Grecia.^[204]

El 11 de mayo, hacia las diez de la mañana, se presentaron en el vestíbulo del despacho de Hitler su ayudante, Albert Bormann, hermano de Martin, junto al ayudante de Hess, el alto oficial de las SA Pintsch, que sostenía en sus manos un

sobre blanco sellado. Albert Bormann pidió a Linge que despertara a Hitler y que le informara de que Pintsch traía una carta urgente de Hess. Linge llamó a la puerta del dormitorio.

Se oyó cómo Hitler preguntaba con voz somnolienta:

—¿Qué sucede?

Linge se lo comunicó, a lo que el *Führer* respondió:

—Ahora mismo salgo.

Unos minutos más tarde, Hitler salió sin afeitarse de su despacho, que colindaba con su dormitorio. Se dirigió a Pintsch, lo saludó y le exigió la carta de Hess. Con la misiva en la mano descendió deprisa las escaleras a la gran sala. Linge, Pintsch y Bormann aún estaban bajando la escalera cuando Hitler hizo sonar el timbre. En el momento en que Linge llegó a la gran sala, se encontró con el *Führer* junto a la puerta y con la carta abierta en la mano.

—¿Dónde está ese hombre? —gruñó.

Linge fue a buscarlo y cuando lo tuvo delante, Hitler le preguntó:

—¿Está usted informado acerca del contenido de esta carta?

Pintsch asintió. Al salir de la estancia, Linge pudo ver cómo Pintsch y Hitler se acercaban a la gran mesa de mármol. Unos minutos más tarde volvió a sonar el timbre. Linge entró en la estancia. Hitler continuaba de pie al lado de la mesa. Junto a él estaba Pintsch. Hitler dijo:

—Que se presente Högl.

Högl, el jefe de la sección policial en el estado mayor de Hitler, no tardó en presentarse. Hitler le ordenó detener a Pintsch. Högl, que conocía bien a Pintsch, obedeció. Como se pudo saber más tarde, Pintsch, consternado, informó a Högl de que estaba convencido de que Hess volaba a Inglaterra con el conocimiento y el consentimiento de Hitler. Por esta razón no comprendía en absoluto la razón por la que se le detenía. Ya a finales de enero de 1941 Hess había dicho confidencialmente a Pintsch que, por decisión de Hitler, tenía la intención de volar a Inglaterra para cerrar

las negociaciones iniciadas en agosto de 1940. Hess había informado a Pintsch de que en aquel mes y por iniciativa del duque de Bedford y otros influyentes políticos ingleses, se había celebrado en Ginebra un encuentro de plenipotenciarios británicos con el profesor Albrecht Haushofer, que había sido enviado por Hess para mantener unas entrevistas previas con los ingleses.

Los ingleses habían declarado en el transcurso de estas conversaciones que su país estaba dispuesto a iniciar negociaciones de paz con Alemania. Como condición previa exigían la ruptura del pacto de no agresión que Alemania había firmado con la Unión Soviética en 1939. Hess había explicado a Pintsch que Hitler y él mismo estaban dispuestos a aceptar estas condiciones, pero que Hitler había querido retrasar las negociaciones hasta después de la ocupación de los Balcanes.

Tras la detención de Pintsch, Hitler ordenó llamar a Martin Bormann, que por aquel entonces era el jefe del estado mayor de Hess. Al poco tiempo se supo que Hitler lo había nombrado su representante en el Partido, en sustitución de Hess. Las personas que conocían bien a Bormann sentían que detrás de esa cara afligida que mostraba a todo el mundo, se ocultaba la profunda satisfacción por ver llegado su momento. «¡Qué hipócrita!», murmuraban los soldados de las SS de puertas adentro. «Un vegetariano que se alimenta de jamón ahumado», así calificaban al recién nombrado sucesor de Hess. Bormann imponía a Hitler su régimen vegetariano, pero luego, en su casa, devoraba grandes cantidades de grasientos embutidos.

Hitler mandó a Göring y Ribbentrop presentarse en el Berghof después de la conversación con Bormann. Entretanto, se hizo comparecer al jefe de prensa, Dietrich. El *Führer* le ordenó que le informara de todo cuanto en Inglaterra se escribiera sobre el vuelo de Hess. Al mismo tiempo, le prohibió realizar ante la prensa comentario alguno acerca de aquel asunto.

La tarde del 11 de mayo, Hitler se reunió en el Berghof con Göring, Ribbentrop y Bormann. Estuvieron deliberando largo tiempo. En varias ocasiones hicieron venir a Dietrich para preguntarle si había llegado alguna novedad de Inglaterra.

Pero nada se decía de Hess.

A última hora de la tarde, Dietrich anunció que, según una noticia de la radio inglesa, Hess había saltado en paracaídas en un remoto lugar del norte de Inglaterra. Al policía que lo detuvo le explicó que había venido para visitar a su amigo, el duque de Hamilton.

De manera atropellada Hitler preguntó si los ingleses habían comunicado algo acerca de las intenciones de Hess. Dietrich respondió que nada se había dicho de eso. En vista de ello, Hitler ordenó a Dietrich que el vuelo de Hess se presentara en la prensa alemana como la acción de un «demente». Desde el entorno de Hitler se filtró el rumor de que la decisión de declarar a Hess perturbado mental se había tomado en la reunión que Hitler acababa de mantener con Göring, Ribbentrop y Bormann.

Cuando desde Londres llegó la noticia de que el duque de Hamilton negaba conocer a Hess, Hitler dijo sin pensárselo:

—¡Qué hipócritas! ¡Ahora ni tan sólo quiere admitir que lo conocía!

En los comentarios sobre el vuelo de Hess que se hacían a escondidas en el estado mayor de Hitler, se aventuraba que aquél había llevado consigo un memorándum con las condiciones para un acuerdo de paz con Inglaterra. Hess lo había formulado y Hitler lo había confirmado.

El punto principal era que Inglaterra dejaba las manos libres a Alemania frente a la Rusia soviética, mientras que Alemania garantizaba a Inglaterra la conservación de sus posesiones coloniales y la hegemonía en el Mediterráneo.

Además en el texto se recalcaba que la alianza entre «Alemania, la gran potencia continental» e «Inglaterra, la gran potencia marítima», les aseguraría a ambas el dominio sobre el resto del mundo.

Se supo asimismo que Hess había estado ocupado desde febrero de 1941 en la elaboración de las propuestas políticas y económicas que debían ser la base de las negociaciones con los ingleses. En esta tarea también habían participado: Bohle, el jefe de la sección de asuntos exteriores del Partido nacionalsocialista; Jagwitz, el consejero en el Ministerio de Economía del *Reich*; el general Karl Haushofer, y Alfred, el hermano de Hess, que ejercía como delegado de Bohle.

El ayudante Pintsch, que había sido detenido por orden de Hitler, fue entregado a la *Gestapo* en Berlín. Allí se le exigió que declarara que en los días que precedieron al vuelo había detectado en Hess síntomas de perturbación mental.

Pintsch fue puesto en libertad después de haber prometido a la *Gestapo* que guardaría silencio sobre todo lo relacionado con el vuelo de Hess a Inglaterra. Eran órdenes de Hitler, según le aseguró la *Gestapo*.

Una vez en libertad, Pintsch, que tenía el rango de general, fue degradado al rango de soldado y enviado al frente a servir en una compañía de castigo. Al parecer, se pretendía de esta manera quitar de en medio a un testigo de un asunto tan delicado. Pero Pintsch logró sobrevivir y en 1944 Hitler tuvo a bien ascenderlo al grado de teniente.

La esposa de Hess no fue detenida y continuó residiendo en su hacienda. Hitler ordenó pagarle una notable suma de dinero. La mujer siguió manteniendo una correspondencia epistolar con su esposo. Martin Bormann revisaba estas cartas.

CAPÍTULO 7

JUNIO DE 1941 - ENERO DE 1942

A comienzos de 1941 Hitler había puesto la totalidad de la industria pesada de Francia, Bélgica, Holanda, Checoslovaquia, Italia, Hungría, Rumanía y los estados balcánicos al servicio de la guerra contra la URSS. La producción de aquellos países fue subordinada a los planes bélicos de Alemania. Después de haber movilizado los enormes recursos industriales y humanos de la Europa conquistada, en la noche del 22 de junio de 1941, Hitler dictó en la cancillería del *Reich* su discurso ante el *Reichstag*, que había sido convocado para dar a conocer el ataque a la Rusia soviética. En el despacho de Hitler se turnaban las secretarías Daranowski y Schroeder. Hitler estuvo dictando hasta las cinco de la madrugada. En el despacho del ayudante se realizaron las copias del discurso destinadas a la prensa. Linge traía cada quince minutos las páginas desde el despacho de Hitler.

A las cinco Hitler se acostó. A las ocho y media volvió a levantarse.

Antes de su entrada oficial en escena, Hitler, ronco y con los ojos enrojecidos, ensayó en voz alta los fragmentos más significativos del discurso, aquellos destinados a la psique de los alemanes, buscando perfeccionar su entonación, gesticulación y mímica.

Con este discurso Hitler declaró la guerra a la Rusia soviética.

El 22 de junio, hacia las diez de la mañana, vestido con su uniforme gris, acudió a la sesión del *Reichstag* en la ópera Kroll. Antes de partir de la cancillería del *Reich*, Morell le inyectó su estimulante.

Hacia las once de la mañana, hora de Berlín, el mundo se enteró del asalto alemán contra la URSS, país con el cual había firmado hacía algunos años un pacto de no agresión. Con hipocresía, Hitler declaró ante el *Reichstag* que, después de haber reflexionado mucho, había tomado la decisión de adelantarse a la amenaza que sobre Alemania se cernía desde el este.

Aquel mismo día, Hitler partió en ferrocarril desde la estación Stettin en Berlín en dirección a Prusia Oriental, hacia su cuartel general, edificado en un bosque cercano a Rastenburg (Ketrzyn) y que por orden suya se había bautizado como la «Guarida del Lobo» (*Wolfsschanze*), un nombre que de nuevo recordaba al depredador.

Hitler, que de manera tan repentina decía sentirse expuesto a «un asalto desde el este», halló en Rastenburg, sobre una extensión de dos kilómetros cuadrados, numerosos búnkeres y barracas de madera, que ya habían sido edificados un año y medio atrás.

La construcción del cuartel general de Rastenburg se había iniciado con anterioridad a la campaña de Francia, como parte de los preparativos para un ataque

contra los soviéticos.^[205]

El estado mayor de Hitler, que por el camino había recibido continuamente informes sobre el desarrollo del ataque al país vecino, completamente desprevenido, recibió el nuevo cuartel general con muestras de alegría.^[206]

Todos esperaban una guerra relámpago. Hitler y sus dirigentes intentaban inculcar a todos los alemanes que la campaña contra la Rusia soviética sería una guerra relámpago. Para los colaboradores del estado mayor de Hitler se prepararon conferencias especiales en las que se presentaba al Ejército Rojo como débil, insuficientemente equipado y difícil de movilizar. Los estados mayores soviéticos eran calificados de inexpertos.

Tras haber recibido durante sus reuniones informativas los memorandos de los movimientos de las tropas alemanas en la Rusia soviética, el *Führer* se apresuraba ahora a ir al comedor de oficiales en actitud triunfal para dibujar personalmente, con un grueso lápiz rojo y sobre un mapa de Rusia colgado de la pared, las nuevas posiciones de la *Wehrmacht*. A continuación solía permanecer durante largo rato en compañía de los generales y oficiales de su cuartel general.

A finales de agosto de 1941 Mussolini visitó, invitado por Hitler, la «Guarida del Lobo».^[207] El *Duce* fue recibido con gran pompa y el *Führer* estaba a punto de reventar de orgullo y satisfacción consigo mismo. Mussolini lo felicitó de manera efusiva. Por aquel entonces las tropas enviadas por Mussolini al frente oriental se hallaban a la altura de Uman. Hitler y Mussolini volaron hasta ese lugar.^[208]

El aparato, del tipo Focke-Wulf 200,^[209] que utilizaron Hitler, Mussolini y su comitiva, aterrizó cerca de Uman, donde se había preparado una larga mesa para una comida al aire libre.

Allí, en un hangar, y de pie ante unos grandes mapas de operaciones, Von Kleist, comandante en jefe del ejército acorazado, y Löhr, comandante de las fuerzas aéreas en Ucrania, expusieron ante Hitler y Mussolini la situación en el frente.

Una vez recibido el informe, Hitler y Mussolini quisieron pasar revista a los camisas negras italianos. Se pusieron en marcha en una columna de diez todoterrenos de la marca Krupp.

En el primer coche iba el adjunto de Hitler en el Ejército de Tierra, el mayor Engel, guiando al resto de la columna. La acompañaba un reportero fotográfico, enviado por Hoffmann. En el segundo vehículo, adornado con los estandartes del *Führer* y del *Duce*, viajaban Hitler y Mussolini. Les acompañaban Schmundt, Linge y Dollmann. El empleo de este último era el de traductor de Mussolini y estaba siempre en Italia. Su destino había sido decidido por el Ministerio de Asuntos Exteriores. Por el camino, Hitler mostró a Mussolini sus «nuevas posesiones».

—Fíjese, *Duce* —explicaba Hitler mientras le señalaba los campos de

tierra negra—, aquí tenemos el suelo más fértil del planeta. Sus italianos tienen que esforzarse para labrar un suelo repleto de piedras, mientras que aquí hay enormes extensiones de suelo riquísimo. Éste será el granero de la nueva Europa.

La columna de coches llegó a un cruce de dos anchas carreteras. Aquí estaba previsto que ambos dictadores pasasen revista a una división,^[210] pero como ésta se retrasaba, decidieron ir a su encuentro. Pronto aparecieron las primeras filas de camisas negras. Hitler y Mussolini se prepararon para el pase de revista. Sus vehículos se detuvieron en un margen de la carretera. Pero el comandante de la división italiana, que circulaba en cabeza, y también los primeros camiones con soldados italianos, que creían que Hitler y Mussolini los esperaban en el cruce de carreteras acordado, pasaron de largo. Instantes después, sin embargo, los soldados italianos descubrieron a Mussolini y lo saludaron con ruidosas exclamaciones. El comandante de la división saltó de su coche y corrió hacia Hitler y Mussolini, mientras sujetaba con las manos su casco de acero que le bailaba sobre la cabeza. Casi sin aliento se puso firme ante el automóvil de Hitler. Se percibía que, dado su estado nervioso, ignoraba a quién había de rendir parte, si a Hitler o a Mussolini. Hitler indicó con un conciso gesto de su mano en dirección del *Duce*. Éste recibió con semblante serio el balbuciente parte, mientras los soldados de la guardia personal de Hitler, desde un segundo plano, sonreían de manera maliciosa ante la confusión que experimentaba el «arrojado» italiano.

La división reanudó la marcha. Los soldados italianos cantaron sobre sus camiones algo parecido a una tarantela. Los soldados de la guardia personal de Hitler se miraban unos a otros y murmuraban:

—Fíjate, el *Duce* está plantado allí como si fuera el César en persona.

Mussolini, visiblemente emocionado después de la inspección de sus tropas, prometió durante el regreso, con gestos ampulosos, que enviaría nuevas divisiones italianas al frente oriental, por descontado, sólo las mejores.

El *Leibstandarte* Adolf Hitler estaba acantonado en el frente oriental desde el inicio de la guerra germano-soviética. Con anterioridad, en mayo de 1941, lo habían trasladado apresuradamente desde Grecia hacia Brno, en Checoslovaquia, donde fue reorganizado y preparado para participar en la guerra contra la URSS. A finales de junio de 1941, el *Leibstandarte* cruzó la frontera germano-soviética al este de la ciudad de Lublin. En calidad de división motorizada de infantería, se incorporó al ejército acorazado del general Von Kleist, con la misión de avanzar con un cuerpo de carros blindados hacia Kiev, siguiendo la ruta de Rovno a Jitomir.^[211]

Para la guerra contra la Rusia soviética se emitieron órdenes especiales, que los jefes de compañía leyeron a sus soldados de las SS durante la instrucción, antes de cruzar la frontera rusa.

En estas órdenes se decía que aquella guerra se debía desarrollar siguiendo los siguientes principios:

—¡Reviéntale el cráneo al ruso, así te protegerás de él para siempre!

—¡Tú eres el amo absoluto de esta tierra. La vida y la muerte de sus habitantes están en tus manos!

—¡Necesitamos las vastas extensiones de Rusia, pero libres de rusos!

Las tropas del *Leibstandarte* recibieron el mandato de arrasar las ciudades y las aldeas rusas. El *Leibstandarte* debía forjarse una fama tan terrorífica que la sola mención de su nombre tenía que provocar el horror entre los rusos.

A los soldados de las SS se les inculcó que a su paso por Rusia, sólo podía quedar tierra quemada. En caso de que el *Führer* se desplazara a uno de estos lugares, debía quedarle claro de inmediato que su *Leibstandarte* había actuado en la zona.

En su marcha sobre Kiev, aquella división de las SS tropezó, en un lugar cercano a Rovno, con una fuerte resistencia por parte de una unidad de la guardia rusa.^[212] El lugar sólo pudo ser tomado después de haber recurrido a toda la artillería y todos los carros de combate de la división. Como represalia por la resistencia de los soldados rusos, unos veinte civiles, entre mujeres, niños y ancianos que habían quedado rezagados, fueron ejecutados. Los concentraron a todos en una plaza y les dispararon desde los tanques de los batallones de reconocimiento. El lugar fue incendiado hasta que tan sólo quedaron los cimientos de las casas.

En su posterior avance, el *Leibstandarte* tuvo que hacer frente, a mediados de julio, a una contraofensiva de los rusos, que amenazaba su flanco izquierdo. Los enfrentamientos duraron una semana y fueron llevados de manera muy encarnizada por ambos contendientes. Ya desde el primer día el comandante Sepp Dietrich había dado la orden de no hacer prisioneros y de realizar ejecuciones sumarias. En todas partes se formaron comandos especiales a los que se encomendó la tarea de incendiar cada una de las casas en todos los lugares ocupados y «ahumar» con granadas a quienes se hubieran ocultado en los sótanos y refugios.

A principios de agosto, la unidad desvió su avance hacia Uman. Aunque el ataque contra la Rusia soviética se había iniciado hacía tan sólo seis semanas, ya había registrado un importante número de bajas, que superaban las registradas durante las campañas de Polonia, Francia y Grecia. En las compañías llegaron a faltar los

portadores de munición. Por ello se recurrió, con amenazas de muerte, a prisioneros de guerra y a civiles rusos. Siguiendo instrucciones de Sepp Dietrich, el comandante del *Leibstandarte*, se seleccionaron los portadores rusos siguiendo criterios raciales, ya que éstos tenían que convivir entre los miembros de las SS. Debían ser rubios y tener ojos azules. En pleno combate, estaban obligados a acarrear la munición para las ametralladoras. Muchos de ellos cayeron bajo el fuego enemigo. Alegrándose de la desgracia ajena, los soldados de las SS comentaban:

—Este Iván ha caído por la Gran Alemania.

En los combates cerca de Jersón, la metralla mató al perro del comandante del batallón de reconocimiento, el comandante de las SS Meyer. Para vengar la muerte del animal, Meyer hizo reunir a más de treinta civiles inocentes y los ejecutó él mismo disparando con su pistola.

Mientras a principios de septiembre las tropas alemanas avanzaban a lo largo de todo el frente en dirección al Dniéper, la unidad se dirigió al área al sur de Dniepropetrovsk para ser reconstituida. En todas las aldeas donde entraban, encerraban en pajares a los habitantes que habían sobrevivido al asedio, como si fueran animales de ganado. Todos los días se les obligaba a realizar las labores más denigrantes, en medio de horribles palizas. Después, los soldados de las SS se llevaban todas sus pertenencias.

Günsche, que había estado prestando servicio en el *Leibstandarte* en el frente oriental, se desplazó a mediados de septiembre desde los alrededores de Dniepropetrovsk hacia la Academia de Oficiales de las SS de Bad Tölz, en Baviera.

En su trayecto, hizo un alto en el cuartel general de Hitler, instalado en la «Guarida del Lobo». Quería visitar a sus amigos de la guardia personal de Hitler, en la cual había servido de 1936 a 1941, antes de ser transferido a las unidades del *Leibstandarte*.

En presencia de Schaub y de otros camaradas, Günsche expresó su sorpresa ante lo grandioso y recio que era el cuartel general en comparación con los cuarteles emplazados en el oeste. Günsche preguntó si el *Führer* estaba acaso considerando la posibilidad de pasar allí el invierno. Todos se echaron a reír. Schaub respondió con aire de suficiencia:

—¿Pasar el invierno aquí? ¡En absoluto! Esto es una «guerra relámpago». Las navidades las celebraremos en el Obersalzberg, como de costumbre.

Hitler hizo comparecer a Günsche en su búnker cuando supo que había llegado del frente oriental. Lo recibió en la sala de entrevistas. En el momento de entrar

Günsche, Hitler caminaba de un lado a otro, dando grandes pasos y silbando para sí. Tenía un humor espléndido; tendió la mano a Günsche y le preguntó:

—¿Qué tal, Günsche, cómo está usted? ¿Qué hay de Dietrich y de mi *Leibstandarte*?

Günsche comentó que el estado de ánimo de las tropas era excelente, que les entusiasmaba la guerra en la Rusia soviética, pero que los rusos estaban ofreciendo una resistencia acérrima.

—La quebraremos muy pronto, sólo es cuestión de tiempo —respondió Hitler—. He ordenado reunir ante Moscú unos ejércitos blindados que cuentan con más de dos mil carros de combate. Asaltaremos Moscú, la ciudad caerá y entonces habremos ganado la guerra.

Hitler explicó a Günsche que no tenía el propósito de conquistar la totalidad del territorio ruso. Se trataba de destruir la resistencia activa y ocupar las áreas vitales. Una vez alcanzados los Urales, daría la señal de detenerse. El resto de Rusia moriría de hambre. Si los rusos intentaban reordenar sus fuerzas más allá de los Urales, disponía de una poderosa fuerza aérea.

—Como responsable de la remodelación de Europa, me comprometo a imponer en este país un nuevo orden que obedezca a mis leyes —comentó a modo de conclusión.

Su cara había enrojecido mientras pronunciaba las últimas palabras. Hitler despidió a Günsche con el saludo fascista.

En noviembre de 1941, la situación de las tropas alemanas, atascadas ante Moscú y víctimas de las embestidas de los rusos, se hacía más crítica cada día que pasaba. En los informes del frente oriental que Linge leía a Hitler, se hablaba cada vez más de la oposición tenaz que presentaba el enemigo. Linge, que sabía de los estados de ánimo de Hitler, constató que éste se había tornado muy irritable. Sobre todo durante las reuniones de análisis militar, comenzó a criticar una y otra vez a Halder, Brauchitsch y Keitel. Las sesiones se convocaban todos los días a las doce del mediodía en el búnker de Keitel en la «Guarida del Lobo».

En los primeros días de diciembre se pudo oír desde la sala de reuniones la voz de Hitler, que hablaba por teléfono con Guderian, que comandaba el ejército acorazado ante Moscú.^[213]

Hitler gritaba al auricular:

—¡Guderian! ¡Resista cueste lo que cueste! ¡Le enviaré refuerzos!
¡Movilizaré todo lo que tenga! ¡Puede contar ciegamente con ello! ¡Mantenga
las posiciones, resista como sea!

Al poco tiempo se recibieron informes que afirmaban que Guderian estaba retrocediendo. Entre los oficiales de la guardia personal se comentaba que Hitler no estaba satisfecho con su estado mayor general.

Las sesiones dedicadas a la situación en el frente oriental se volvieron cada vez más tormentosas. Hitler gritaba, golpeaba la mesa con el puño y reprochaba a sus generales su incapacidad para la lucha. Muchas veces, éstos se precipitaban desde la sala de conferencias hasta el pasillo del búnker, para poder recuperarse después de aquellas andanadas de insultos. En una ocasión, mientras se celebraba una reunión, apareció en el pasillo el comandante en jefe del grupo de ejércitos del norte, el mariscal de campo Leeb. Muy excitado, corría de un lado a otro. En la habitación contigua, que daba al pasillo, se hallaban Gabriel, el ayudante de Keitel, y Linge, que, como siempre, estaba a disposición de Hitler. Leeb se detuvo en la puerta y se dirigió a Gabriel:

—¿Qué puedo hacer si el *Führer* ya no cree en mí?

La derrota de Moscú y el fracaso del asedio de Leningrado tensaron las relaciones entre las *Waffen-SS* y la *Wehrmacht*. Los soldados de las SS reprochaban a la *Wehrmacht* la falta de un verdadero espíritu bélico y el continuar apegados a métodos de manual. Los oficiales de la *Wehrmacht*, por su parte, se quejaban de que las unidades de las SS estaban mejor equipadas y armadas. Además, les recriminaban el hecho de gozar de una posición de privilegio en el conjunto de las fuerzas armadas. Unos a otros se acusaban de altanería.

La defensa firme de Leningrado, una ciudad que Hitler había pensado rendir con una táctica de desgaste, provocó en él un acceso de furia. Resoplando de rabia gritó:

—¡Arrasaré esa ciudad y exterminaré a su población! ¡Leningrado no se volverá a levantar! ¡Lo juro solemnemente!

En los momentos en que se tranquilizaba un poco, Hitler repetía en aquellos días una y otra vez:

—Una victoria la puede soportar cualquiera. Pero sólo los fuertes resisten la derrota.

El comandante en jefe del Ejército de Tierra, Von Brauchitsch, ya no se dejó ver más por el cuartel general del *Führer* tras el fracaso ante Moscú. Se decía que estaba enfermo, pero nadie se lo creía. Con ocasión del parte dado a los colaboradores del cuartel general acerca de la situación en el frente oriental, Schmundt explicó de manera ambigua que Brauchitsch estaba de baja por razones de salud y que el *Führer* había asumido en persona el mando del ejército.^[214]

Hitler sustituyó por aquel entonces, además de a Brauchitsch, a los jefes de los ejércitos acorazados Guderian y Hoepner, al comandante en jefe del grupo de ejércitos del norte (Leeb) y a otros generales.^[215]

En el cuartel general de Hitler se recuperaron los ánimos cuando el 7 de diciembre de 1941 los japoneses atacaron la flota de guerra americana anclada en Pearl Harbor. Las derrotas de la *Wehrmacht* alemana ante Moscú y Leningrado cayeron en el olvido. Alemania declaró la guerra a los Estados Unidos de América.^[216] Aquel día, las conversaciones durante el almuerzo giraron en torno a la capacidad bélica de los norteamericanos. Halder concluía con burla que, según sus experiencias durante la primera guerra mundial, los oficiales de aquel país no resistían la comparación con los prusianos. Los oficiales americanos eran empresarios de uniforme, que temblaban por su vida. Su arte de la guerra no era nada del otro mundo.

Algunos días más tarde, Schmundt se presentó en la habitación de Linge para, como era habitual, tomar con éste una copita de licor. Al poco rato también apareció Hitler, que a veces visitaba a Linge para escuchar música ligera en la radio de éste. Hitler recibió de Linge el último informe del frente, se sentó al escritorio y pidió sus gafas. En el informe se podía leer que navíos americanos habían sido hundidos por submarinos alemanes.

—Lea usted, Schmundt —dijo Hitler a su ayudante personal militar—. ¿Ve usted en qué nos favorece la guerra abierta con América? Ahora sí podemos golpear con todas nuestras fuerzas.

Hitler indicó que los americanos estaban atados al teatro de operaciones del Pacífico. Esto permitía albergar la esperanza de que los submarinos alemanes pudieran interferir con mayor efectividad los suministros enviados por Estados Unidos a Inglaterra.

Hitler se reclinó y cargó lleno de desprecio contra Estados Unidos. Llamó la atención sobre el hecho de que los automóviles americanos jamás hubieran ganado

una competición internacional. Sus aviones sólo eran bonitos, pero sus motores no valían nada. Esto era para él una prueba de que se sobrevaloraba la tan encumbrada industria norteamericana, que en realidad no podía aportar ningún mérito destacado, sino tan sólo mediocridad y mucha publicidad.

Linge recibió la visita de Schädle, el jefe de la seguridad personal de Hitler, después de que éste y Schmudt se hubieran marchado. Schädle inició una conversación sobre la desastrosa situación en el frente oriental. Comentó que hacía ya mucho tiempo que el *Führer* no viajaba al frente. Las tropas tienen que ver a su *Führer*.

—¡Por todos los diablos!, ¿con qué se entretiene el jefe todo el tiempo? — preguntó Schädle.

Linge sabía muy bien con qué se entretenía Hitler, pero no dijo nada.

Hitler pasaba su tiempo en conferencias con sus generales; se dedicaba a chismorrear con el fotógrafo Hoffmann y sus compinches; leía novelas de aventuras; dibujaba abstrusos esbozos arquitectónicos, pues se consideraba un gran artista; se retiraba por las noches con Schaub, que le mostraba con su proyector de diapositivas imágenes de bailarinas parisinas desnudas; o sacaba a pasear su perro, un terrier escocés, *Burli*, que Bormann le había procurado. En el cuartel general, el animalito, dado su pequeño tamaño, fue bautizado como el «imperial perro de la gran Alemania».

A comienzos de diciembre de 1941, se cumplió por fin el deseo de la guardia personal de Hitler: Schmudt dio la orden de preparar un vuelo al frente de Taganrog, situado a una distancia de casi doscientos kilómetros. Hacía un tiempo frío y nebuloso. Baur, el piloto de Hitler, no lo consideraba propicio para un vuelo de esas características. Keitel se dirigió al búnker de Hitler y le pidió que suspendiera el viaje al frente a causa del mal tiempo, empleando el tono sumiso que solía emplear en sus conversaciones con Hitler.

—¡No! ¡No! —le interrumpió éste—. Resulta ahora muy importante que resistan allí, en el sur. Incluso mi *Leibstandarte* está retrocediendo. Tengo que volar al frente sin falta.

En un tono servil hasta el extremo, Keitel intentó explicar que temía que algo le pudiera suceder a Hitler:

—*Mein Führer*, sobre su persona descansa todo.

Hitler, halagado, respondió:

—De acuerdo, veremos qué tiempo hace mañana.

Al día siguiente Hitler decidió volar a Taganrog.^[217] Hacia el mediodía su avión aterrizó en Poltava. Hitler, Schmundt, Morell y Linge subieron a un bombardero *Heinkel*^[218] y volaron, escoltados por aviones de caza, hasta Mariupol. El aparato se tambaleaba con fuerza. Hitler tenía un aspecto pálido y terrible.

En el aeródromo de Mariupol, el dictador fue recibido por Von Reichenau y Von Kleist. Desde allí, y en compañía de éstos, se dirigió al cuartel donde estaba instalado el estado mayor del ejército.

En el pasillo mal iluminado del estado mayor, Linge se tropezó con un hombre que llevaba puesta una vestimenta de piel de oveja y un gorro de cuero que ostentaba la calavera de las SS:

—¡Por fin habéis llegado, camaradas! —exclamó.

Era Sepp Dietrich, el comandante del *Leibstandarte* Adolf Hitler. Preguntó dónde estaba el *Führer* y lo condujeron a su presencia. Las tropas que habían acompañado a Dietrich le explicaron a Linge que los rusos no les daban ni un instante de tregua. Sin ningún tipo de reparo criticaban al mando de la *Wehrmacht* y expresaban su esperanza de que el *Führer* se presentara ante las tropas para levantarles el ánimo.

Hitler, sin embargo, se contentó con la visita al estado mayor. Dio la orden de conservar la cuenca del Donetz a toda costa y voló a la mañana siguiente de vuelta a Poltava. Allí, el mal tiempo provocó un retraso involuntario. Reichenau, que había despegado de Mariupol al mismo tiempo que Hitler y cuyo estado mayor estaba instalado en Poltava, no aparecía. No hubo posibilidad de comunicar telefónicamente con la «Guarida del Lobo» en Rastenburg. Hitler se puso visiblemente nervioso. En un estado de gran excitación esperó más de una hora en el despacho del comandante del aeródromo, en medio de un calor sofocante. Finalmente apareció Reichenau. Su piloto no había sido capaz de localizar el lugar de aterrizaje. El tiempo era horrible, no había visibilidad y hacía frío. Hitler aceptó de inmediato cuando Reichenau lo invitó a su residencia.

A la mañana siguiente volvió a su cómodo cuartel general, donde Keitel lo recibió con muestras de alegría. Hitler estaba muy satisfecho con su «proeza».

CAPÍTULO 8

FEBRERO DE 1942 - FEBRERO DE 1943

A comienzos de 1942, el ministro del *Reich* de Armamento y Munición, Fritz Todt, perdió la vida en circunstancias misteriosas tras haber mantenido una reunión con Hitler en la «Guarida del Lobo».^[219] El avión del ministro explotó al poco de despegar del aeródromo de Rastenburg, a una altura de unos treinta metros. Todt y la tripulación perecieron calcinados. La causa de la explosión quedó sin aclarar. En el cuartel general del *Führer* circulaban rumores vagos que sostenían la intervención de algún servicio secreto enemigo.

Hitler nombró como sucesor de Todt al arquitecto Albert Speer, que servía de enlace entre los grandes industriales y el alto mando militar.

Speer aparecía frecuentemente en el cuartel general del *Führer*. Cuando llegaba, después de haber tomado el tren correo que unía la capital con el cuartel general, solía esperar en la habitación de Linge hasta que Hitler se despertaba. Desde allí, Speer mantenía conversaciones telefónicas. Hablaba con su lugarteniente Saur o con la oficina de armamento del Ejército de Tierra. En ocasiones empleaba un tono cortante en los diálogos sostenidos entre su ministerio, el mando militar y las empresas industriales, a causa del reparto del botín del este.

En cierta ocasión, Speer se quejó ante Straub, que se hallaba en ese momento en la habitación de Linge, acerca de las dificultades que habían surgido a raíz del reparto de las industrias y los recursos naturales incautados en los territorios ocupados de la Rusia soviética. Speer decía que aquellos señores de la gran industria se preocupaban ante todo de sus propios intereses. Los representantes de las grandes empresas seguían a las tropas a un paso de distancia y exigían la entrega de las fábricas y las materias brutas requisadas.

Krupp, Röchling y otros magnates de la industria pesada exigían la parte del león, por los méritos que habían hecho por la patria. Speer opinaba que había que convocar de manera urgente una reunión de los empresarios con Hitler, para así poner algo de orden en la economía de guerra. Ello resultaba tanto más urgente por cuanto el alto mando alemán planeaba atacar el Cáucaso y conquistar los campos de petróleo de Bakú. En mayo de 1942, y a propuesta de Speer, Hitler invitó a los máximos empresarios a su cuartel general.^[220]

Asistieron a la reunión, entre otros: el doctor Hermann Röchling, jefe de la Confederación del Hierro del *Reich*; el doctor Albert Vogler, presidente del consejo de administración del Consorcio del Acero; el doctor Walter Rohland, director del comité ejecutivo de construcción de tanques; Erich Müller, el director general de las

fábricas Krupp y mano derecha del rey de los cañones, Krupp; Paul Pleiger, presidente del consejo de administración de las fábricas Hermann-Göring y de la Confederación del Carbón del *Reich*.

Antes de iniciar la reunión, Hitler invitó a sus huéspedes a un almuerzo. La mesa se doblaba bajo el peso de los selectos platos que el comisario del *Reich* Koch, el antiguo *Gauleiter* de Prusia Oriental, había procurado para el cuartel general en Ucrania. Durante el banquete, cuando la conversación fue a parar a las capacidades de producción de armamento, los industriales comenzaron a expresar sus quejas acerca de la escasez de mano de obra. Hitler se interesó por la impresión que producían los obreros franceses que el Gobierno de Pétain había enviado a Alemania. Los industriales replicaron que los franceses trabajaban bien, pero que su número era demasiado pequeño. De ahí, la conversación pasó al empleo de prisioneros de guerra rusos como fuerza de trabajo. Hitler preguntó cómo trabajaban estos últimos. Los empresarios respondieron que los rusos intentaban eludir el trabajo, que había que vigilarlos de manera estricta y aplicar medidas punitivas.

Uno de ellos intervino para comentar que debería repartirse tabaco a los rusos, que eran grandes fumadores. Hitler respondió que daría instrucciones inmediatas para que se fabricara «tabaco» a partir de hierbas silvestres. Este «tabaco» se repartiría entre aquella mano de obra forzada como premio por el trabajo bien hecho. Los magnates de la industria exigieron un incremento del número de prisioneros de guerra rusos destinados a las fábricas. Hitler les aseguró que se preocuparía personalmente de que las empresas recibiesen suficientes cautivos militares y civiles reclutados por la fuerza. Con aire complaciente declaró que en las operaciones militares venideras esperaba tal número de prisioneros de guerra, que la industria bélica no daría abasto para ocuparlos a todos.

Acabado el almuerzo, Hitler se dirigió con sus invitados a un pabellón de té, donde se había dispuesto una amplia sala de conferencias. Los congregados dispusieron de vino, champán, coñac y habanos.

La sesión se celebró a puerta cerrada y en un estricto secreto.

Aquel mismo mes acudió al cuartel general Antonescu, respondiendo a una invitación de Hitler.^[221] Se le instaló en el búnker construido expresamente para los huéspedes y Hitler se entrevistó allí con él. Como traductor, ejerció Schmidt. Antonescu hablaba en francés. Junto a la puerta de la habitación donde se celebraba la entrevista estaban Schmudt y Linge, a la espera del *Führer*. La entrevista entre los dos dirigentes se desarrolló en un tono muy vivo.

Se trataba de la participación de Rumanía en el ataque a Stalingrado. Antonescu prometió a Hitler proporcionarle un gran contingente de tropas, pero indicó que las unidades rumanas estaban mal equipadas.^[222] Hitler pidió a Antonescu información más detallada acerca de la cantidad de armas que necesitaban los rumanos. Aquél

respondió que no tenía consigo todos los datos, pero que se los haría enviar inmediatamente después de su regreso a Bucarest. Terminada la entrevista, Antonescu participó en la reunión informativa de Hitler. Al día siguiente, Hitler acompañó al rumano hasta el aeródromo, donde le despidió con gran cordialidad.

En el cuartel general se recibieron las peticiones de armamento por parte rumana al poco tiempo de la partida de Antonescu. Durante la comida, Hitler explicó a Keitel y Jodl que los rumanos habían planteado exigencias desmesuradas. No pensaba cumplirlas.

—Las armas las necesito yo mismo —comentó—. A cambio de su petróleo les doy coches, motos, bicicletas, incluso cochecitos para bebés, pero no armas. Además, no saben usar el armamento alemán.

Keitel repitió las palabras del *Führer*. Los rumanos habían pedido más armas de las que necesitaban. Hitler opinaba que al parecer los rumanos querían hacer sus negocios o quizás acumular reservas, para atacar a Hungría cuando acabara la guerra. Al mismo tiempo Hitler se burlaba del Arbitrio de Viena,^[223] en virtud del cual Rumanía, presionada por Hitler, se había visto obligada a renunciar a Transilvania a favor de Hungría. Hitler no ocultaba que el enfrentamiento entre aquellos países a causa de Transilvania beneficiaba sus propios intereses. Esto le daba la oportunidad de aparecer como árbitro y empujar tanto a Rumanía como a Hungría a la guerra contra la Rusia soviética: los húngaros, a cambio de haber recibido Transilvania, y los rumanos, con la esperanza de una posible revisión del Arbitrio de Viena.

Hitler, imitando el dialecto vienés de Horthy, dio cuenta de su conversación con el regente húngaro antes del inicio de la guerra contra la URSS. Cuando Hitler exigió a Horthy sumarse a la guerra contra Rusia, éste había contestado:

—Espiritualmente estamos armados, pero no materialmente —todos los presentes se echaron a reír.

El cuartel general de Hitler se trasladó a finales de junio de 1942 a Ucrania, cuando el centro de gravedad de la guerra se desplazó al sector meridional del frente oriental.^[224] Este cuartel general se emplazaba en un área boscosa, a varios kilómetros de la ciudad de Vinnitsa. Por indicación de Hitler, recibió el nombre de «Lobo Armado» (*Wehrwolf*).^[225] En la cercanía del cuartel general se hallaba el estado mayor del comandante en jefe del ejército y el estado mayor de Göring. El estado mayor de Himmler se había instalado junto a la ciudad de Jitomir.

El *Führer* llegó al «Lobo Armado», donde le esperaba el comandante del cuartel general, el coronel Thomas. Hitler, Thomas, Schmudt y Linge entraron en la

antesala de la casa. Allí colgaba un mapa pintado sobre madera que representaba la parte europea de la Rusia bolchevique. Las posiciones alcanzadas por los alemanes estaban marcadas con flechas. A Hitler le gustaba cómo se había confeccionado aquella tabla. Se acercó para observarlo con más detenimiento. Indicando con su dedo las ciudades de Rostov y Stalingrado, declaró a Thomas:

—Pronto habrá que introducir correcciones en este mapa. ¡Vamos a dar un golpe que obligará a los rusos a ponerse de rodillas! ¡Todo el mundo quedará maravillado!

Thomas enseñó a Hitler las instalaciones del cuartel general y las medidas de seguridad especiales que se habían tomado. El emplazamiento estaba asegurado por una amplia zona defensiva compuesta de búnker, cañones antiaéreos, y se rodeaba de fosos antitanques y campos de minas.

Rattenhuber, el jefe de la seguridad personal de Hitler, había formado una unidad especial del Servicio de Seguridad del *Reich*, que tenía la responsabilidad de supervisar los accesos al cuartel general y vigilar a la población de los alrededores.

Thomas continuó informando de que la víspera de la llegada de Hitler, y para mantener la alerta, se había difundido el rumor de que un ruso vestido con un uniforme de mayor alemán había intentado penetrar en el cuartel general con el fin de asesinar a Hitler.

Hitler asintió con la cabeza y preguntó:

—¿Quién ha construido esta instalación?

Thomas respondió:

—En su mayoría rusos, prisioneros en los campos.

Hitler se ofuscó. Dirigiéndose a Thomas, le exigió:

—Hay que ejecutarlos de inmediato; no hay un segundo que perder. Saben demasiado acerca de mi cuartel general.^[226]

Thomas dio un taconazo y respondió:

—¡A sus órdenes, *mein Führer*! —giró sobre sus talones y se marchó.

Al margen de estas medidas de seguridad para proteger el cuartel general, Himmler había creado en su estado mayor de Jitomir una unidad especial bautizada *Reichsführer SS*, que se dedicaba a peinar regularmente la zona a la búsqueda de partisanos.^[227]

En el otoño de 1942 el coche del piloto de Himmler, el comandante de las SS Schnäbele, cayó en una emboscada tendida por la resistencia. En el coche viajaban Schnäbele, otro oficial de las SS y dos mujeres rusas, a las que querían llevar a su cuartel. El piloto de Himmler y el oficial de las SS murieron a manos de los partisanos. Cuando se descubrieron sus cadáveres, Himmler ordenó registrar toda la zona. Los partisanos no fueron hallados.

Himmler informó a Hitler y éste ordenó masacrar a los habitantes de las aldeas vecinas al lugar de los hechos, todos inocentes. Una unidad de Himmler se encargó de llevar a cabo las ejecuciones de los civiles rusos. En el curso de éstas se desarrollaron escenas dramáticas. A las mujeres que pedían clemencia las golpeaban con las culatas de los rifles y luego las mataban de un balazo. A los niños que se aferraban a sus madres los separaron por la fuerza y los asesinaron delante de ellas. Los cadáveres de aquellos hombres, mujeres y niños fueron arrojados a fosas previamente excavadas. Los soldados de las SS de la guardia personal de Hitler se desplazaron expresamente desde Vinnitsa para presenciar esta orgía de venganza.

Al día siguiente de su llegada al cuartel general de Vinnitsa, Hitler recuperó su triunfalismo. A Linge le ordenó traer un juego de escritorio, un estuche de dibujo, un atlas, una lupa y un mapa de los recursos naturales de Rusia.

Estaba muy excitado. Señaló la ciudad de Rostov y se dirigió a Schmundt, su ayudante personal:

—En efecto, Schmundt, una vez que hayamos hecho nuestras estas tierras, ya no tendremos que preocuparnos más acerca del destino de la guerra.

El dedo de Hitler se desplazó hasta indicar el Cáucaso:

—Y de aquí nos llevaremos el petróleo que tanto necesitamos.

Con el mismo dedo dibujó un círculo alrededor de la ciudad de Astrakán, situada a orillas del mar Caspio:

—Aquí cortaré el nervio vital de Rusia, eso será el final —dijo Hitler recalcando de manera especial la palabra «final».

En los últimos días de junio de 1942 comenzó el avance de las tropas alemanas hacia el Cáucaso, en dirección a la ciudad de Stalingrado. En el cuartel general de Hitler reinaba una sensación de euforia. Se bebía mucho aguardiente. También se comía mucho. Ello gracias a los esfuerzos de Koch, el comisario del *Reich* en Ucrania. Éste llenaba las despensas del cuartel general de Hitler con los alimentos que saqueaba a los ucranianos.

A lo largo de las carreteras que llevaban a Vinnitsa se desplazaban continuamente camiones cargados de alimentos. Los campesinos ucranianos llevaban, bajo vigilancia alemana, harina, mantequilla, grasa, huevos y aves de corral al cuartel general, además de cabezas de ganado.

Schaub, el ayudante de Hitler, administraba una partida especial de alimentos que eran enviados, por orden del *Führer*, a sus amigos y a los veteranos nacionalsocialistas alemanes.

Hitler había encargado a Linge el suministro de alimentos para Eva Braun en Múnich. Linge hacía los envíos mediante un mensajero especial. Eva Braun le pedía sobre todo tocino ucraniano, que le gustaba especialmente.

Los envíos de Koch aprovisionaban no sólo al cuartel general del *Führer* sino también a la cancillería del *Reich* en Berlín y al palacete del Berghof que Hitler poseía en el Obersalzberg. Hacia estos destinos se enviaron enormes cantidades de harina, azúcar, mantequilla, tocino, carne, huevos y aves de corral.

En julio de 1942 hizo su aparición, en el cuartel general de Hitler en Vinnitsa, Alfred Rosenberg, el recién designado ministro del *Reich* de los Territorios Ocupados del este. Rosenberg vestía un uniforme de opereta con muchos ribetes de oro. Alemán del Báltico, como «ideólogo» del Partido nacionalsocialista era un todopoderoso en el terreno del pensamiento fascista, pero como hombre práctico y organizador no disfrutaba de un gran reconocimiento entre las personas de su entorno.

Después de Rosenberg, se presentaron en el cuartel general los «amos» de los territorios rusos ocupados, todos ellos henchidos de orgullo, llenos de envidia mutua: Erich Koch, al que llamaban el «emperador de Ucrania»; Wilhelm Kube, un borracho depravado, antiguo *Gauleiter* de la marca electoral (*Kurmark*) de Brandemburgo, ahora comisario general de Bielorrusia, y Heinrich Lohse, el orondo antiguo *Gauleiter* de Schleswig-Holstein, ahora comisario del *Reich* en el este. A ellos siguieron el ministro del *Reich* de Alimentación y Agricultura, Backe, y el secretario de Estado en el Ministerio de Comunicaciones, Ganzenmüller. Por último hizo su aparición Göring, dándose importancia como siempre. Vestía su uniforme de mariscal de color azul gris, del cual colgaba un sinfín de condecoraciones, al tiempo que blandía el bastón de mariscal fabricado en oro y marfil.

Hitler los había mandado llamar para discutir con ellos la situación alimentaria en Alemania. Quería que se detuvieran los transportes de víveres desde Alemania hacia

las tropas del frente oriental y que los suministros de éstas se procuraran recurriendo a las reservas de alimento de los territorios soviéticos ocupados.

Los reunidos esperaban para ser recibidos por Hitler. Bormann se sumó a ellos. Hablaban sobre el mercado negro en Alemania, que se había extendido notablemente en los últimos tiempos.

Göring comentó a Backe:

—Todos hacen algún tipo de trampa. Si hubiera pena de prisión por hacer trampa, habría que meter a todo el pueblo alemán entre rejas. El problema no es ése. El problema es sacar de Rusia todo lo que hay allí. Entonces se acabarían las dificultades con el mercado negro.

Pasado un rato, Linge, que estaba junto a ellos, fue llamado por Hitler. Volvió poco después y exclamó:

—El *Führer* les invita a pasar.

Göring se lanzó hacia el blocao de Hitler para ser el primero en entrar. Rosenberg le seguía los pasos, pero Koch le adelantó y llegó antes que su ministro. En último lugar entró Bormann y de manera ostensible tomó asiento junto al *Führer*, para dejar claro a todos los reunidos el poder que su persona había pasado a asumir desde el vuelo de Hess a Inglaterra.

Se planteó la cuestión del abastecimiento. Luego Hitler pidió reforzar el flujo de trabajadores desde los territorios ocupados hacia las industrias alemanas. Declaró que había prometido a los empresarios que les proporcionaría mano de obra.

Hitler indicó a Bormann que llamase a Sauckel, que había llegado ese mismo día al cuartel general y que esperaba en la casa de Bormann las instrucciones de Hitler. Fritz Sauckel, el *Gauleiter* de Turingia, se había encargado de construir el campo de concentración de Buchenwald y poseía ya suficiente experiencia en el empleo de seres humanos para el trabajo forzado. Hitler le confió la responsabilidad de las deportaciones en masa de la población desde la Rusia soviética y desde los países europeos ocupados hacia Alemania.

Cuando Sauckel se presentó, Bormann se retiró para redactar el nombramiento de éste por parte de Hitler. El dictador corrigió el texto dos veces antes de firmarlo. Desde aquel momento, el destino de millones de seres humanos (rusos, ucranianos, bielorrusos, letones, lituanos, estonios, polacos, checos, franceses, belgas, holandeses, serbios y griegos) pasó a estar en manos del amo de Buchenwald.^[228]

Al recibir el nombramiento de Sauckel firmado por Hitler, Bormann declaró:

—Este acontecimiento representa un triunfo del Partido nacionalsocialista.

En el otoño de 1942 el sentimiento de victoria se había atenuado en el cuartel general. El avance de las tropas dirigidas por el general Paulus se había estancado ante Stalingrado a causa de la feroz resistencia que los rusos habían presentado. La ofensiva de las unidades de List en el Cáucaso no avanzaba. Después de los éxitos iniciales, List quedó inmovilizado en las montañas. No pudo cumplir la orden de Hitler de avanzar a lo largo de la costa del mar Negro hacia la ciudad de Tíblisi para así conquistar los campos de petróleo de Bakú.

Durante una reunión informativa se le explicó a Hitler que las tropas alemanas habían escalado la cima del monte Elbruz y que habían izado allí la bandera con la cruz gamada. Hitler comentó con una burla ácida:

—Parece que éstos quieren imitar las proezas deportivas de los ingleses.

[229]

Hitler destituyó a List como general sin concederle la habitual entrevista previa.

[230]

A continuación, Hitler hizo llamar a Halder, el jefe del estado mayor general. Linge llevó a éste ante Hitler. Halder fue recibido con una actitud fría. El *Führer* inquirió si no quería tomarse unas vacaciones prolongadas por motivos de salud. El encuentro no duró ni diez minutos. A continuación, Halder se fue «de vacaciones».

[231]

A partir de aquel momento, el dictador alemán comenzó a distanciarse de sus generales. Ya no iba con ellos al comedor de oficiales y al mediodía almorzaba a solas en su despacho. Por la noche pedía a Linge que le pusiera discos con música fúnebre. Recurrió a libros como *Yo, Claudio, o Claudio el Dios*, que relatan las crueles luchas de los emperadores romanos por el trono, o a la narración de las campañas del emperador Federico II, de la dinastía de los Hohenstaufen, durante el siglo XIII. Además, se hallaba en un estado de extrema irritación. Una mosca en la pared podía provocarle un ataque de ira. Una simple mariposa le hacía perder el control. Se procuró hacer todo lo posible para alejar de él cualquier mosca, mosquito o mariposa. Hubo que cubrir con gasas las ventanas del cuartel general de Hitler. Los ordenanzas recorrían todos los días hasta el último rincón para eliminar cualquier insecto. Sobre las mesas había recipientes con miel, y del techo colgaban mosqueros. En el pasillo, y también delante de la casa, se instalaron lámparas de alta tensión azules, rodeadas de una malla de alambre, para acabar con esos insectos.

Bormann recibió de Hitler el encargo de conseguir un perro pastor alemán, pues le había regalado su terrier escocés a la madre de Eva Braun, en Múnich. A su perra pastor alemán Hitler la bautizó con el nombre de *Blondi*, en memoria de su

predecesora, que había sido sacrificada con un disparo en el palacete del Berghof a causa de su avanzada edad.

Hitler instruyó a Bormann para que se realizaran actas taquígrafadas de las reuniones informativas, pues ya no confiaba en sus generales y quería que cada palabra que allí se dijera quedara registrada. Para este fin se hicieron venir taquígrafos y mecanógrafos que habían llevado en su día las actas durante las sesiones del *Reichstag* y en el gabinete ministerial o en la cancillería del Partido nacionalsocialista. En presencia de Bormann, Hitler en persona les tomó el juramento de guardar un estricto secreto sobre los textos que tenían que redactar.^[232]

Para este trabajo siempre había de servicio dos taquígrafos que anotaban cada una de las palabras de Hitler y de todos los participantes. Los taquígrafos y mecanógrafos estaban instalados en una casa particular en el recinto del cuartel general, fuertemente vigilada. Allí se codificaban y guardaban las actas. Los únicos que tenían acceso a ellas eran Bormann, los ayudantes de Hitler y Scherff, el coronel del estado mayor general, comprometido ante el *Führer* a escribir una historia de la guerra. El dictador temía que aquellos escritos pudieran ser robados o alterados.

Hitler ascendió a general de división a su ayudante personal, Schmudt, y lo nombró jefe de la oficina de personal del Ejército de Tierra. Una tarde de septiembre Schmudt se presentó radiante en la habitación de Linge:

—Vamos a brindar —dijo—. Tengo algo que celebrar. Hace un momento el *Führer* me ha concedido la insignia de oro del Partido nacionalsocialista.

Para un independiente como Schmudt, ese gesto representaba en efecto una gran muestra de confianza, porque aquella insignia sólo la recibían los viejos nazis, los que pertenecían al Partido desde su fundación, el 24 de febrero de 1920. A la hora de brindar, Schmudt dijo:

—De hecho, no es una tarea fácil ser el jefe de la oficina de personal del Ejército de Tierra. El *Führer* quiere que los máximos puestos de mando estén ocupados por personas que, en primer lugar, sean leales a su oficina; en segundo lugar, que sean lo suficientemente flexibles como para seguir sus ideas y planes geniales; y, en tercer lugar, que no muestren compasión alguna en el campo de batalla. Me encargaré de imponer estas condiciones. Para Halder ya hemos hallado un buen sustituto. El *Führer* siempre había dicho que Halder no era más que un imbécil maestro de pueblo. Antes de que llegue a pronunciar una sola palabra, ya ha cambiado la situación en el frente. El general Zeitzler, que hasta ahora ha sido el jefe del estado mayor con los mariscales de campo Von Kleist y Von Rundstedt, estará aquí dentro de pocos

días. Ésa es la clase de persona que le gusta al *Führer*. Es tremendamente vivaz. Además conoce bien a vuestro Sepp Dietrich. Estoy seguro de que el *Führer* se llevará bien con él. Los generales han traicionado al *Führer*. No estuvieron en condiciones de poner en práctica sus planes en el frente oriental. El *Führer* dice que sólo ahora ha llegado a entender realmente a Federico el Grande. Cuando éste, durante la guerra de los Siete Años, se sintió traicionado, se distanció de sus generales y de su hermano, el príncipe Enrique, y quiso vivir solo, en compañía de sus perros.

Schmundt había bebido mucho. Hacía rato que la medianoche había quedado atrás. Comenzó a cantar *Es reiten die blauen Dragoner*, una canción de soldados. Linge cerró bien la puerta de su habitación, para que no despertara a Hitler. Una canción sucedió a otra. Durante la madrugada, Schmundt hizo la broma de cerrar con clavos la puerta de la habitación de Schaub, situada al lado de la de Linge. Aquél aún se hallaba a esa hora en el comedor de oficiales emborrachándose en compañía del fotógrafo Hoffmann.

A comienzos de octubre de 1942, Günsche se presentó en el cuartel general, procedente de Francia. Después de graduarse en mayo de 1942 en la escuela de oficiales de las SS de Bad Tölz, volvió al *Leibstandarte* y fue empleado en el estado mayor como oficial para tareas especiales. La unidad estaba emplazada en aquellos días en Normandía, adonde había sido trasladada en junio de 1942 procedente del frente oriental. Estaba allí para reponerse después de las numerosas pérdidas sufridas en los combates en el río Mius y del mar de Azov.

Günsche llegó al cuartel general del *Führer* con la misión de Sepp Dietrich de averiguar qué ambiente se respiraba allí y de indagar lo que Hitler tenía previsto hacer con su *Leibstandarte* en un futuro próximo.

Günsche fue recibido por Hitler, que con el semblante muy pálido y profundas ojeras le hizo señas para que se acercase, le estrechó la mano con gesto fugaz y le preguntó acerca del estado del *Leibstandarte*. Günsche informó de que la atmósfera pacífica le sentaba bien. La llegada de los reclutas recientemente formados no planteaba problemas. La unidad estaba en condiciones de entrar nuevamente en combate.

Hitler sonrió.

En la costa atlántica sólo se disponía de un reducido número de fuerzas. La Muralla del Atlántico,^[233] cuya fama de inexpugnabilidad había sido muy exagerada por la propaganda alemana, no podía proporcionar una defensa real. Se componía de ligeras trincheras de campaña, unas cuantas unidades de artillería costera y de un número limitado de refugios para los submarinos, emplazados junto a Saint-Nazaire y Lorient. Para dar la impresión de que en el oeste de Francia, ocupada por los

alemanes, había concentrado un gran número de tropas, los estandartes de los estados mayores figuraban en lugares bien visibles. Se quería dar la impresión de que allí se contaba con un gran número de unidades militares, que en realidad no existían.

Con idéntica finalidad, el *Leibstandarte* desfilaba cada cierto tiempo por París mostrando los nuevos carros de combate y haciendo ostentación de todos sus equipos y pertrechos. En esas ocasiones, las columnas se estiraban al máximo para dar la impresión de que se trataba de una inmensa fuerza bélica. Los tanques avanzaban a toda velocidad a lo largo de los Campos Elíseos, hasta el Arco de Triunfo, donde el mariscal de campo Von Rundstedt, comandante en jefe del grupo de ejércitos del oeste, presidía el desfile del *Leibstandarte*. Los fotógrafos y los reporteros llevaban estas maniobras de propaganda a los cines y a la prensa, como demostración del poderío de las tropas alemanas en la Europa occidental.

Hitler explicó durante su conversación con Günsche que había corrido el riesgo de desproteger el frente occidental con el fin de golpear con mayor fuerza en el este. El otoño ya ha llegado. El mar se embravece. Los ingleses han dejado pasar el momento idóneo y ya no podrán realizar una operación de desembarco hasta la primavera del año siguiente. Hitler no vacilaría en enviar todas sus fuerzas, incluido el *Leibstandarte*, desde el oeste hacia el este. Stalingrado tenía que caer e iba a caer. El desenlace de la guerra se decidiría en Rusia. La guerra acabaría con el triunfo de Alemania.

A la hora de despedirse, Hitler ordenó a Günsche que transmitiese al comandante Sepp Dietrich la orden de comenzar de inmediato los preparativos para el traslado al frente oriental. Durante el encuentro, Hitler trató a Günsche con gran frialdad y éste tuvo la impresión de que estaba profundamente amargado.

En el entorno de Hitler se procuraba no cruzarse en su camino. «¿Cómo está hoy?», se preguntaban mutuamente los guardias de las SS de su residencia en el momento del cambio de guardia.

En noviembre de 1942 se multiplicaron los ataques de las tropas rusas. Hitler ya no se sintió seguro en Vinnitsa, por lo que hizo trasladar su cuartel general otra vez a Rastenburg.^[234]

El 8 de noviembre Hitler se dirigió en avión a Múnich para celebrar el aniversario del golpe de Estado nacionalsocialista. En la cervecería donde solían reunirse los hombres que habían participado en el golpe, Hitler anunció de una manera ceremoniosa:

—Nunca devolveré ni un ápice de suelo que haya sido pisado por un soldado alemán.^[235]

Desde Múnich, Hitler volvió a la «Guarida del Lobo».

Normandía, a principios de enero de 1943. Las unidades del *Leibstandarte* avanzan junto con otras divisiones alemanas desde Francia al frente oriental. Hitler ha llevado rápidamente a la práctica la intención que había comunicado a Günsche en octubre de 1942. El *Leibstandarte* se ha reorganizado durante su estancia en Francia y se ha convertido en una poderosa división acorazada que dispone de 20.000 hombres y 200 carros de combate. La mayor parte de la división ha sido enviada con transportes de urgencia hacia el frente oriental. A principios de enero sólo algunos estados mayores y unidades menores estaban aún a la espera de su traslado. En aquellos días el comandante de la división, Sepp Dietrich, ordenó presentarse a Günsche. Dietrich, que tuteaba a todos sus soldados de las SS, espetó a Günsche:

—Günsche, debes partir. Tienes la orden de presentarte ante el *Führer*.

Günsche no esperaba esta orden y se mostró sorprendido. Sepp Dietrich le dio unas palmadas en la espalda y le aconsejó:

—Procura hacer bien tu cometido. Protege al *Führer*.

El 12 de enero de 1943 Günsche llegó al cuartel general de Hitler, en la «Guarida del Lobo». Schaub lo llevó de inmediato ante Hitler. En el camino le dijo con semblante agrio:

—Malos tiempos, compañero. Hace ya mucho que nos hemos despedido de la idea de una «guerra relámpago» contra Rusia. Todos miran con gran preocupación hacia Stalingrado.

Hitler recibió a Günsche en el barracón de las conferencias con sus generales, que tenía una superficie de unos 105 metros cuadrados. Una de las paredes tenía grandes ventanas. También podía verse una larga mesa para los mapas. Entre los ventanales había teléfonos extraíbles con auriculares adicionales. La estancia se completaba además con un escritorio para Hitler, una mesa redonda junto a la chimenea y dos cajas fuertes, una empotrada en la pared y la otra en medio de la estancia.

De la pared colgaban grandes mapas topográficos.

Hitler estaba de pie con Bormann, junto a la mesa baja y redonda, delante de la chimenea. *Blondi*, la perra pastor alemán, gruñó ligeramente cuando vio aparecer a Günsche.

Hitler inspeccionó de arriba abajo a Günsche, que permanecía en la puerta.

El aspecto del *Führer* había cambiado mucho en los últimos tres meses, desde la última vez que Günsche lo viera en Vinnitsa. Daba la impresión de ser un hombre gravemente enfermo. Su cara tenía un color terroso, las mejillas estaban hundidas y debajo de los ojos tenía marcadas ojeras. Hitler, con un semblante oscuro, pidió a Günsche que se acercara. Le extendió la mano y le dijo con una voz inusualmente baja:

—Günsche, desde el día de hoy será mi ayudante personal. Lo he elegido a usted porque no quiero tener a gente desconocida a mi alrededor. Sobre sus tareas hablaremos mañana. De lo demás se encargarán Bormann y Schaub.

Günsche respondió:

—*Mein Führer!* Me mostraré digno de su confianza.

Günsche tropezó en la antesala con Schaub, que ya lo esperaba y que le felicitó con un semblante preocupado. En el cuartel general se decía desde hacía tiempo que por el rostro de Schaub se podía adivinar el estado de ánimo del *Führer*. Era el motivo por el que le llamaban el «barómetro de Hitler». A la pregunta de Günsche de si Hitler estaba enfermo, Schaub negó con un movimiento de la cabeza. Sencillamente, había decaído desde el empeoramiento de la situación en Stalingrado.

Schaub guió a Günsche por el cuartel general y le presentó a los colaboradores. Junto al búnker del *Führer*, en la Zona Restringida I, se emplazaba el refugio de Bormann, donde residían además de éste, su consejero y sus cuatro secretarías. Allí mismo se hallaban también los teléfonos. Gracias a éstos, según explicó Schaub, Bormann mantenía la comunicación directa con todos los *Gauleiter* en Alemania y con las cancillerías del Partido en Berlín y Múnich. Junto al búnker de Bormann se levantaba la casa del servicio estenográfico secreto. Schaub, con un semblante conspirativo, explicó que cada palabra dicha en las conferencias informativas era transcrita por los estenógrafos.

—El *Führer* —explicó Schaub— ya no confía en los generales. Quiere tenerlo todo por escrito. Las actas de sus reuniones militares van a darle mucho trabajo, porque una de sus funciones va a consistir en revisarlas.

En los búnkeres vecinos estaban instalados, además de Morell, Hoffmann y Scherff, Keitel y Jodl con sus estados mayores, el jefe de prensa, Dietrich, el general Bodenschatz —enlace de Göring en el cuartel general—, Hewel —representante de Ribbentrop—, el almirante Krancke —oficial de enlace del alto mando de la Marina

de Guerra, y sargento mayor de las SS— y Wolff, que era el enlace de Himmler. Brandt, el médico de Hitler desde años atrás,^[236] residía en un búnker junto a los ayudantes. Las secretarías Schroeder, Wolf y Junge se habían instalado en la residencia de invitados.

En la Zona Restringida I se había habilitado, además del búnker de la guardia personal de Hitler y del Servicio de Seguridad, dos comedores de oficiales, el salón de té, el cine, los baños y los garajes.

En la Zona Restringida II se instalaron el comandante, el batallón de escolta del *Führer*, la administración y la nueva estación ferroviaria, en la que estaban estacionados tres trenes: uno para Hitler, otro para Keitel y el tercero para Warlimont y su estado mayor operativo de la *Wehrmacht*.

El cuartel del estado mayor del alto mando del Ejército de Tierra y del jefe del estado mayor general, el capitán general Zeitzler, se hallaba a unos veinte kilómetros al sudeste de la «Guarida del Lobo», en el bosque de Gizycko (Lötzen).

Göring había instalado el cuartel de su estado mayor en un antiguo castillo de caza de Guillermo II, en Rominten, junto a la frontera germano-soviética, a dos horas en coche de la «Guarida del Lobo». En las pocas ocasiones en que acudió allí, Göring pasó la noche en un gran búnker de la Zona Restringida I, especialmente edificado para su uso personal.

El cuartel del estado mayor de Himmler se hallaba junto a la ciudad de Angerburg (Wegorzewo). Desde allí hasta la «Guarida del Lobo» se tardaba cuarenta y cinco minutos en coche. Bautizó su cuartel de estado mayor como «Puesto de Mando de Campaña del *Reichsführer* de las SS».

Ribbentrop estaba instalado junto a su reducido estado mayor en una hacienda al este de Rastenburg, a una y hora y media en coche desde la «Guarida del Lobo».

El gran almirante Dönitz permanecía en Berlín.

El 13 de enero de 1943, hacia la una del mediodía, pocos minutos antes de comenzar la junta informativa, Hitler hizo su entrada en la sala de reuniones, procedente de sus habitaciones. Le acompañaban Günsche, su ayudante de las *Waffen-SS*, y su pastor alemán, *Blondi*. Ya dentro de la sala, Hitler dijo:

—Bien, Günsche, por lo que respecta a sus tareas: durante la reunión usted se pone a mi izquierda. Preste mucha atención a lo que se dice. Tengo mis razones para mostrarme desconfiado. No se deje distraer por nadie. Usted ha de enterarse exactamente de la situación de las divisiones de las SS. Pero sólo haga caso de los partes procedentes de los estados mayores de esas divisiones.

En ese momento entró Linge y anunció:

—*Mein Führer!* Los oficiales están dispuestos.

Hitler asintió con la cabeza. Unos segundos más tarde entraron los representantes del alto mando militar, Keitel, Jodl, Zeitzler, Warlimont, Buhle, Jeschonnek, Bodenschatz, Krancke, Christian, el delegado Hewel, el historiador militar Scherff, así como los ayudantes militares de Hitler, Schmundt, Von Below, Engel y Von Puttkamer.

En las últimas semanas de los combates en Stalingrado, Göring había dejado de asistir a aquellas conferencias celebradas en el cuartel general de Hitler. No aparecía ante Hitler, después de haberle prometido solemnemente que la *Luftwaffe* garantizaba el aprovisionamiento del asediado ejército de Paulus.^[237] Göring optó por esperar a que la tormenta amainara y, mientras tanto, prefería ir de caza en sus posesiones de Rominten.^[238]

Hitler sólo estrechó la mano de Zeitzler. A los restantes, incluido Keitel, ni siquiera les dirigió una mirada. Los ayudantes de Hitler extendieron rápidamente sobre la mesa tres mapas que había traído Zeitzler, el jefe del estado mayor general. En los mapas figuraban señaladas las posiciones de los grupos de ejércitos del sur, centro y norte en el frente oriental. Entre los mapas había uno particular que señalaba las posiciones del 6.º ejército, cercado en Stalingrado. Hitler se puso las gafas y se inclinó sobre los planos.

Zeitzler comenzó a presentar la situación ante Stalingrado, con los gestos rápidos que le eran tan propios. Explicó que la situación del 6.º ejército se había agravado, mientras señalaba en el mapa las profundas brechas que las tropas rusas habían abierto a través de las posiciones alemanas. Paulus se había visto obligado a retroceder. Los rusos atacaban con insistencia. El 6.º ejército ya tenía 40.000 heridos. Las municiones y los alimentos se estaban agotando. Paulus reclamaba con urgencia el aprovisionamiento desde el aire que le había sido prometido, pero a los aviones les costaba mucho esfuerzo atravesar la cortina de fuego de la defensa antiaérea rusa.^[239] El jefe del estado mayor de la *Luftwaffe*, el coronel Christian, vio que el semblante de Hitler adquiría un aire sombrío, y quiso corregir a Zeitzler. Christian comentó que el aprovisionamiento desde el aire estaba siendo obstaculizado por las malas condiciones meteorológicas.

Zeitzler continuó con sus explicaciones. Comunicó que Paulus pedía al *Führer* que le permitiera romper el cerco ruso con las unidades de su ejército que aún estaban en condiciones de entrar en combate. Al escuchar estas palabras, Hitler se puso rojo de furia. Keitel hizo señas a Zeitzler para que guardara silencio. Pero ya era demasiado tarde. Hitler lanzó sus gafas sobre la mesa, lo que en él anunciaba siempre una explosión de cólera. Dijo a gritos:

—¡Que no se atreva Paulus a venirme con estos argumentos! ¡En cualquier caso, no hay manera de salir de allí! ¡Rechazo su petición!

Hitler estaba ahora muy irritado y continuó diciendo, mientras respiraba pesadamente:

—Aunque Manstein tampoco haya logrado romper el cerco... Eso no excluye que todavía podamos conquistar Stalingrado. Las divisiones procedentes del oeste están a punto de presentarse. ¡Con ellas llevaré a cabo el ataque a Stalingrado!

En la sala reina ahora un silencio sepulcral. Todos los presentes temen provocar todavía más al iracundo *Führer* con cualquier palabra no meditada. Al final, Keitel se decide a romper el silencio. Pone la mano sobre el mapa y explica, adoptando el tono de Hitler y con voz alta:

—¡Evidentemente, *mein Führer*! ¡Hay que mantenerse en Stalingrado cueste lo que cueste! También durante la primera guerra mundial nos enfrentamos a un sinnúmero de contratiempos.

La cólera de Hitler comienza a apacarse de manera paulatina. Hitler ordena a Zeitzler que comunique a Paulus su decisión inamovible. Hay que mantener Stalingrado, cueste lo que cueste. Milch y Hube serán enviados a Rostov, desde donde se encargarán de asegurar el aprovisionamiento del Ejército de Tierra desde el aire. Paulus ha de conservar la moral. Hitler y con él todo el pueblo alemán siguen con orgullo la lucha heroica del ejército de Paulus.

Zeitzler había presentado su informe. Ahora era el turno de Jodl, el jefe del estado mayor operativo de la *Wehrmacht*.

En un tono marcadamente tranquilo desplegó sobre la mesa algunos mapas del frente occidental. Jodl tenía muy poco que informar del teatro de operaciones en Occidente. Los angloamericanos se mantenían pasivos en su lucha contra los alemanes. Por ello el frente occidental se había convertido en el lugar donde las divisiones alemanas, extenuadas en Rusia, podían recuperarse y reorganizarse.

Jodl habló muy lentamente y en voz baja sobre la situación en Francia, Noruega y los Balcanes. Se podía percibir que sopesaba con cautela cada una de sus palabras. No quería irritar de nuevo a Hitler.

En el transcurso de la siguiente reunión informativa, Zeitzler anunció que la situación del 6.º ejército había empeorado aún más. En las comunicaciones radiofónicas de Paulus siempre se hablaba de lo mismo: la situación desesperada de

las unidades sitiadas, las decenas de miles de heridos, la ausencia completa de todo tipo de aprovisionamiento y los ataques insistentes de los rusos. Milch y Hube comunicaban desde Rostov que los cazas y la defensa antiaérea rusos hacían imposible lanzar municiones y alimentos sobre el área de Stalingrado. En los informes que enviaban se explicaba:

—La defensa antiaérea ha creado sobre Stalingrado una impenetrable cortina de fuego. Todos nuestros aviones son derribados. No podemos traspasarla.

Hitler, sin embargo, se mantuvo firme en su decisión.

Junto a las comunicaciones radiofónicas de Paulus se recibió una del comandante del LI cuerpo de ejército adscrito al 6.º ejército, general Von Seydlitz. Éste explicaba que, dada la situación, ya no podía hacerse responsable de sus unidades. Hitler deliraba:

—¡Eludir la responsabilidad, eso es un acto de cobardía! ¡No renunciaré a Stalingrado voluntariamente! ¡Aunque tenga que hundirse todo el sexto ejército!^[240]

El 30 de enero de 1943 se cumplían diez años de la toma de poder de Hitler. Aquel día Hitler estaba más pálido que de costumbre. No había pegado ojo en toda la noche. Como era habitual en los últimos tiempos, antes de comenzar la reunión informativa, Morell inyectó a Hitler una dosis incrementada de su estimulante. En la estancia se encontraban presentes los asistentes habituales a estas reuniones. Keitel pronunció un breve discurso en el que proclamó:

—Hoy, en el décimo aniversario de su toma de poder, *mein Führer*, estamos nosotros y todo el ejército reunidos en torno a su persona y recordamos las grandes victorias a las que usted nos ha llevado y a las que aún nos ha de llevar. En estas horas difíciles, *mein Führer*, queremos continuar la lucha con entereza bajo su genial liderazgo y hasta la victoria final.

Hitler estrechó la mano de Keitel con gesto conmovido. Desde el otoño del año anterior, tras la partida de Halder, no había sucedido algo parecido.

El 1 de febrero, hacia las diez, Hitler recibió una llamada de Zeitzler. El *Führer* se dirigió a la sala de reuniones para atenderla, acompañado de Schmudt y Günsche.

Arrastraba los pies al caminar y se dejó caer agotado en el sillón situado a un costado de la mesa. Sobre ésta se había extendido un plano de la ciudad de Stalingrado. Hitler le dedicó una mirada iracunda y lo arrojó al suelo con un gesto brusco de la mano. Günse le alcanzó el teléfono y se puso los auriculares para seguir la conversación con Zeitzler. Éste informaba de manera escueta que los rusos estrechaban cada vez más y en todos los frentes el sitio sobre la ciudad. Parece poco probable que Paulus vaya a poder resistir más allá de esta noche.^[241]

Hitler preguntó en qué lugar se hallaba Paulus. Zeitzler respondió que no lo sabía con seguridad, pero creía que en su puesto de mando. Zeitzler, además, anunció a Hitler que había recibido una comunicación radiofónica de Strecker, el comandante del XI cuerpo de ejército, en la que le aseguraba que los alemanes volarían sus posiciones en cuanto aparecieran los rusos.^[242]

«Gracias», respondió Hitler. Colgó el auricular y ordenó a Schmudt que se comunicara a Paulus de inmediato su ascenso a mariscal de campo.^[243]

Hoffmann llegó al búnker y lo primero que hizo fue ir a ver a Linge. Estaba bebido, a pesar de que Hitler, en vista de los trágicos sucesos de Stalingrado, había prohibido para los siguientes catorce días que se sirviera alcohol en el cuartel general. Hoffmann tenía su propia reserva de champán, por lo que no le resultaba difícil burlar dicha prohibición. Dirigiéndose a Linge, dijo que quería prepararle una broma a Hitler y pidió que se le sirviera, en presencia de éste, una copa de champán con agua y algo de zumo de manzana. Linge ordenó al ordenanza que le sirviera a Hoffmann la copa de «champán» cuando le trajo el té a Hitler. Hitler miró fijamente la copa y dirigió una mirada llena de ira hacia Linge. Hoffmann aclaró enseguida a Hitler que se trataba tan sólo de una broma. El semblante de Hitler se serenó. Junto a Hoffmann, rio la ocurrencia. Hoffmann aprovechó este instante de distensión para solicitarle a Hitler que le proporcionara trabajadores para su hacienda. ¡Qué personaje más calculador!, pensó Linge mientras abandonaba la habitación.

El 2 de febrero, a las cuatro de la madrugada, sonaba el timbre de la habitación de Hitler. Linge se puso rápidamente su bata y llamó a la puerta. Desde el interior se oyó la voz grave del *Führer*:

—Linge, infórmese en la sección de prensa de si el ascenso de Paulus a mariscal de campo ya ha sido comunicado a los medios. Si no es así, que se retenga el comunicado.

Linge llamó a Lorenz, el jefe de prensa adjunto. Éste respondió que la noticia había sido enviada a los periódicos y que ya no había manera de evitar su publicación.^[244] Linge informó de ello a Hitler, que comentó en tono quejoso:

—Gracias —y añadió—: Si llegan noticias, tráigamelas enseguida. De todas maneras, no puedo dormir.

Hacia las seis de la mañana, el sargento primero Dänicke, el secretario de Jodl, entregó a Linge dos comunicaciones radiofónicas no cifradas procedentes de Stalingrado y dirigidas a Hitler. La primera decía: «El enemigo está delante de nuestras posiciones. Ponemos fin a las acciones bélicas». En la segunda podía leerse: «Los rusos han penetrado en nuestras líneas. Procedemos a destruirlo todo».^[245]

Linge depositó ambas comunicaciones radiofónicas, las últimas señales de vida del ejército de Paulus, delante de la puerta de Hitler y dio parte. Un cuarto de hora más tarde el *Führer* salió al pasillo vestido con un abrigo militar y el cuello subido, pálido, aturdido y con los ojos hinchados. Completamente abatido, se dirigió a Linge:

—Quiero sacar a pasear a *Blondi*. Luego me volveré a acostar. Averigüe si es posible adelantar la hora de la reunión informativa de hoy. Despiérteme una hora antes de que comience.

La reunión se fijó para las once y media. Hitler entró en la sala y los participantes lo saludaron en silencio, levantando sus brazos.

En la sala hay un silencio sepulcral. Hitler se acerca a la mesa, dirige una mirada pasajera a los mapas y se deja caer en su asiento. Pide a los presentes que le dejen a solas con Keitel, Jodl y Zeitzler.

—¿Se sabe algo de Paulus, Zeitzler? —pregunta.

—No, nada —responde Zeitzler.

Hitler balbucea con voz débil:

—Esta noche he tenido el presentimiento de que los rusos habían capturado a Paulus. Por esta razón quise detener el comunicado de prensa de su ascenso a mariscal de campo. El pueblo alemán no ha de enterarse de que un mariscal de campo alemán ha caído prisionero de los rusos. La lucha y la agonía del 6.º ejército se han de presentar al pueblo alemán de la siguiente manera: los generales han caído en la batalla, luchando en las trincheras con las armas en la mano y hombro a hombro con sus soldados. Necesito un millón de nuevos reclutas.

Con estas palabras, Hitler se levantó. Lentamente recorrió de un lado a otro la habitación. Entonces se volvió a dirigir a la mesa y preguntó:

—¿Hay alguna otra noticia de Stalingrado, además de las dos comunicaciones radiofónicas de esta mañana? ¿Qué dicen los rusos?

—No, *mein Führer*, nada —respondió Zeitzler—, pero junto a Jarkov y en el bajo Don la situación de nuestras tropas ha pasado a ser muy crítica. Hitler abandonó la sala arrastrando los pies, acompañado de Günche.

CAPÍTULO 9

FEBRERO - VERANO DE 1943

La aniquilación del 6.º ejército en Stalingrado tuvo sobre Hitler unos efectos terribles. Ya no podía subsistir sin las inyecciones estimulantes que le proporcionaba Morell, su médico personal, que se las inyectaba cada dos días después del desayuno. Ello le provocó espasmos estomacales de origen nervioso. Hitler tuvo que guardar cama durante varias jornadas a causa de los fuertes dolores que sufría. Linge, que le suministraba el opio recetado por Morell, tenía que presenciar cómo Hitler se retorció de dolor.^[246]

Los ataques de irritación nerviosa se hicieron más frecuentes. Hitler a veces creía que el cuello de su camisa era demasiado estrecho y que le obstaculizaba la circulación de la sangre. Otras veces, pensaba que los pantalones le iban demasiado largos. Se quejaba de picores. En todas partes (en el agua del excusado, en el jabón, en la crema de afeitar o en el dentífrico) sospechaba la presencia de veneno y ordenaba hacer análisis detallados. También había que examinar el agua con la que se cocinaban sus alimentos. Hitler se mordía las uñas y se rascaba las orejas y la nuca hasta hacerse sangre.

Para remediar su insomnio, tomaba toda clase de somníferos. Le calentaban la cama con mantas y almohadillas eléctricas. A Hitler le costaba respirar. Por esta razón exigió instalar en su dormitorio una bombona de oxígeno, de la que inhalaba con frecuencia.

También ordenó mantener la temperatura de sus habitaciones a doce grados. Creía que las temperaturas bajas tenían sobre él un efecto refrescante. Los asistentes a las conferencias informativas solían abandonar la habitación a causa del frío e iban a calentarse a otros lugares del búnker.

Hitler ya casi no abandonó su refugio. Sólo por las mañanas, antes de tomar el desayuno, sacaba a pasear durante diez minutos a *Blondi*, su perra pastor alemán, que no se apartaba nunca de su lado. El animal, enorme y adiestrado, sólo le obedecía a él, mientras que gruñía a todos los demás. *Blondi* vigilaba a Hitler día y noche e incluso en las reuniones permanecía tumbada a sus pies.

Tras el almuerzo del mediodía, Hitler se estiraba vestido en la cama y permanecía allí hasta la llegada de la noche. Entonces acudía a la sesión informativa nocturna que se celebraba diariamente a las nueve de la noche. Después de la sesión, solía quedarse otro rato en la estancia jugando con *Blondi* y una pelota. Le divertía que el animal se sentara sobre sus patas traseras y, como un conejo, devolviera la pelota con las patas delanteras estiradas. Hitler le ordenaba:

—¡Venga, *Blondi*, haz el conejo!

A medianoche Hitler pedía a Linge que le pusiera discos con música relajante, como ya había hecho en su cuartel general del «Lobo Armado», cuando comenzó a distanciarse de sus generales.

Göring no tenía escrúpulos para aprovecharse del estado de ánimo de Hitler en beneficio propio. Con esta táctica quería lograr un lugar destacado entre los que rodeaban al *Führer*. Éste, por su parte, que detestaba a los generales, buscó la cercanía de Göring.

A la hora del desayuno Hitler comentó a Linge:

—Hoy voy a almorzar con el mariscal del *Reich*. Habría que cocinar algo especial para él. Por ejemplo, su plato favorito, pollo asado y, de postre, bizcocho de manzana.

En aquellos días, Hitler también volvió a acercarse a Eva Braun, que vivía en Múnich o en el palacete del Berghof que Hitler tenía en el Obersalzberg. En los meses precedentes tan sólo se habían escrito en contadas ocasiones. Ahora, sin embargo, empezó a llamarla por teléfono casi todos los días.

Tuvieron que pasar algunas semanas desde el desastre de Stalingrado para que Hitler volviera a compartir su tiempo con las secretarías, Bormann, Hoffmann, Morell y los ayudantes. A Linge le comentó que aquella compañía le distraía de los fracasos en el frente ruso y le calmaba los nervios.

La situación en el bajo Don se hacía cada vez más difícil. Kursk, Jarkov y Rostov estaban directamente amenazadas. La situación junto al Kuban se presentaba extremadamente crítica. Zeitzler explicó en las sesiones celebradas durante la primera mitad de febrero de 1943 que las tropas alemanas del Cáucaso corrían el riesgo de quedar aisladas. En los mapas de las operaciones que había traído consigo se señalaban con flechas rojas las áreas donde las tropas rusas atacaban con mayor intensidad.^[247]

Keitel, Jodl, Warlimont, Buhle, Scherff, Schmudt y Günsche, que rodeaban la mesa durante las explicaciones de Zeitzler, se inclinaban sobre los mapas para ver mejor. Ya apenas podía reconocerse la línea del frente alemán. Las posiciones germanas estaban cercadas o metidas con cuña en las del enemigo. En algunos puntos los rusos ya habían logrado abrir brechas.

Hitler estaba sentado a la mesa, de cara a la ventana, y daba la impresión de estar muy agotado. Antes de Stalingrado siempre permanecía de pie durante las reuniones. Ahora, estar de pie le causaba dolores en la espalda y las piernas. Hitler interrumpió a Zeitzler y dijo con voz cansada:

—Esto no puede continuar así. El carbón del Donetz es vital para nuestra industria. ¡No! Aquí hemos de resistir. Mis generales han de entender eso de una vez.

Con su mano derecha se desplazó por encima del mapa e indicó un punto al sur de Jarkov, donde estaban señaladas las unidades de avanzadilla de los blindados rusos. Hitler se maravilló de lo rápido que avanzaba el Ejército soviético.

—De Stalingrado hasta este punto —dijo Hitler—, hay casi quinientos kilómetros. ¿De dónde sacan los rusos sus fuerzas? Según mis cálculos hace mucho tiempo que tenían que haberse rendido. No lo entiendo.

Hitler meneó la cabeza y enmudeció. De repente su cara enrojeció. Comenzó a gritar:

—¡Esos generales! Si al menos hicieran volar todo mientras se retiran. Tengo la impresión de que salen corriendo sin mirar atrás, y que dejan a los rusos mucho sin destruir. ¡Exijo que se destruya todo, que se quemé todo! ¡Hasta la última casa!^[248]

Zeitler intentó tranquilizarlo, dándole a entender que se habían dado órdenes de arrasarlo todo en el curso de la retirada, y estas instrucciones se estaban ejecutando de manera puntual. El *Führer* volvió a mirar al frente con expresión embotada después de su ataque de ira. Al final de la reunión, declaró que consideraba necesario volar personalmente al frente, para encontrarse con el comandante en jefe del grupo de ejércitos del sur, el mariscal de campo Weichs.^[249] Aquella misma noche Hitler ordenó a su piloto Baur preparar un avión para trasladarse a Zaporozhie, donde se emplazaba el estado mayor de Weichs.

El 10 de febrero Hitler voló en un avión hacia Zaporozhie, escoltado por una escuadrilla de cazas.^[250] Hitler se hizo acompañar por Jodl, Buhle, sus ayudantes, así como Morell y Linge. Además, llevó consigo a la secretaria Schroeder y dos taquígrafas, encargadas de redactar las actas de las reuniones en Zaporozhie.

En aquella ciudad, Hitler se instaló con su estado mayor en una antigua residencia para aviadores rusos, donde se hallaba el estado mayor de Weichs. Sin embargo, al día siguiente de su llegada tuvo que abandonar precipitadamente la ciudad.

Hacia las once de la mañana, recibió al ingeniero Brugmann, que había venido expresamente desde Dniepropetrovsk, donde dirigía los trabajos para poner otra vez en marcha la central hidráulica del Dniéper. Brugmann era conocido en Alemania

porque había construido en Núremberg los edificios para las convenciones del Partido nacionalsocialista. En Dniepropetrovsk le llamaban Jefe OT, es decir, el encargado de dirigir la Organización Todt.^[251] Hitler ordenó a Brugmann destruir la central hidráulica en el caso de que los alemanes tuvieran que evacuarla.

A continuación, se dirigió a la reunión con Weichs.^[252] Poco después, Below, su ayudante, irrumpió visiblemente nervioso en el despacho de Hitler, donde ya se encontraba Linge.

—Hay que salir de aquí de inmediato —exclamó en voz alta—. En el aeródromo de Zaporozhie han aparecido tanques rusos. Hemos de darnos prisa.^[253]

Linge, en un estado febril, recogió todo lo necesario. Entonces también apareció Hitler. Estaba muy alterado y dejó que Linge decidiera lo que había que llevarse. Las maletas ya estaban siendo transportadas al coche cuando Below informó a Hitler de que los carros de combate rusos no habían llegado al aeródromo donde se hallaba el avión del *Führer*, sino a otro situado más al este de Zaporozhie y que se les había hecho retroceder. Hitler suspiró con alivio. Hizo llamar al mariscal de campo Weichs y al capitán general Von Richthofen, que dirigía la aviación militar en aquel sector del frente. A toda velocidad y casi con un pie dentro del vehículo concedió a Weichs la cruz de caballero con hojas de roble,^[254] ascendió a Von Richthofen a mariscal de campo^[255] y... se marchó. No se celebró reunión alguna.

De camino al aeropuerto, Hitler pasó por delante de columnas de pacíficos ciudadanos rusos que realizaban trabajos en las carreteras mientras los vigilaban guardias alemanes. Hitler comentó, empleando un tono despectivo:

—Es precisamente para esto para lo que sirven estos esclavos, estos robots. Es por lo único que merecen vivir en este mundo.

El dictador alemán voló desde Zaporozhie a su cuartel general del «Lobo Armado», cerca de Vinnitsa. Obligó a dirigirse allí al general de división Stahel. Éste había hecho sus méritos en la defensa de «sectores difíciles del frente» en los que, según las órdenes de Hitler, tenían que resistir hasta el último soldado. Además, era conocido por el trato despiadado que dispensaba a la población rusa.

Below y Günsche estuvieron presentes en el encuentro con Stahel. Hitler lo nombró comandante de la plaza fuerte. Le ordenó:

—¡Vuele de inmediato hacia allí! ¡Zaporozhie tiene que resistir! ¡Envíe a

todos los soldados a la línea de fuego! ¡Reúna a toda la población rusa y oblíguela a construir fortificaciones hasta que les sangren los dedos!

—¿De qué poderes dispongo? —preguntó Stahel.

—De todos —contestó Hitler—. Haga lo que crea que tiene que hacer. Y nada de sentimentalismos estúpidos.

En la segunda quincena de febrero de 1943, se presentó en el cuartel general del «Lobo Armado» el mariscal de campo Rommel, procedente del frente de África. Durante la campaña polaca de 1939, Rommel había sido el comandante del cuartel general de Hitler y en la campaña de Francia de 1940 había dirigido la división de blindados, la primera que llegó a la costa atlántica francesa. A continuación, había sido nombrado comandante del *Afrika-Korps* alemán. Era el más popular de los generales alemanes y Hitler lo tenía en gran estima.^[256]

En aquellos días, su misión en África ya había concluido. Su cuerpo de ejército había tenido que retirarse porque los refuerzos prometidos por Hitler no habían llegado, al haberlos tenido que destinar al frente oriental. En África tan sólo permanecía bajo control alemán una plaza fortificada en un suburbio de Túnez, que ahora defendía el sucesor de Rommel, el capitán general Mackensen.

Hitler recibió a Rommel con mucha cordialidad y le concedió la más alta de las condecoraciones, la cruz de caballero con hojas de roble. Rommel estaba muy deprimido. Le explicó a Hitler que si le hubiera proporcionado la ayuda prometida, él habría podido avanzar hasta la ciudad de Alejandría. Además, añadió que no se podía confiar en las tropas italianas. Según sus palabras, los soldados italianos habían huido como conejos.

Hitler respondió a Rommel que no había tenido otra elección. Rommel debía entender que no se podía avanzar en un escenario secundario, como el frente africano, cuando se estaba corriendo el riesgo de perder la guerra en Rusia.

—Estaba obligado a concentrar todas las fuerzas —explicó— para cerrar la brecha abierta en Stalingrado.

Luego añadió que le preocupaba mucho la situación en el oeste. Las consecuencias para el frente oriental serían catastróficas si se llegaba a abrir allí un segundo frente.

—Un desembarco en Francia sería una catástrofe para Alemania —

recalcó.

Hitler explicó a Rommel que la Muralla del Atlántico, que estaba muy mal protegida, debía ser reforzada con urgencia. Tan sólo en el área del Pas-de-Calais y del cabo de Gris-Nez se disponía de momento de concentraciones de baterías pesadas y de piezas de artillería de gran potencia. Por lo demás, la Muralla del Atlántico se componía de trincheras de campaña corrientes, que en algunos sectores se reforzaban con campos de minas. La artillería hacía uso sobre todo de armas incautadas, anticuados cañones franceses, polacos, checos y belgas, con reservas de munición muy limitadas. La costa sólo estaba ligeramente fortificada. No se disponía prácticamente de reservas, pues tiempo atrás se habían enviado al frente oriental todas las divisiones que estaban en condiciones de combatir. Hitler le anunció a Rommel que le encomendaría la dirección de los trabajos necesarios para fortalecer la Muralla del Atlántico, así como el mando de las tropas alemanas en Francia.

La importancia real que se le concedía a la Muralla del Atlántico la ilustra el hecho de que, tras ser recibido por Hitler, lo primero que hizo Rommel fue tomarse unas vacaciones.

La situación en el frente oriental empeoraba día tras día. Las embestidas de los rusos eran cada vez más destructivas. Sólo pagando el precio de enormes pérdidas humanas y materiales lograron los alemanes, en el área de Jarkov-Poltava, resistir la presión de las tropas soviéticas y estabilizar en cierta medida el frente alemán.

Göring reapareció en el cuartel general de Hitler en Vinnitsa cuando la situación en el frente oriental parecía mejorar. Abrazó a Zeitzler con teatralidad y exclamó:

—¡Zeitzler, resulta realmente un milagro que haya usted logrado estabilizar el frente!^[257]

Zeitzler, al que sus subordinados llamaban el «general relámpago esférico», por su apariencia oronda, su forma de moverse y su calva brillante, rebosaba de entusiasmo con las alabanzas del mariscal del *Reich*. También Hitler revivió un poco y declaró:

—Hasta hace poco estaba convencido de que el día que me trajeran una buena noticia, me daría una apoplejía.

Hitler decidió aprovechar la tranquilidad momentánea en el frente para desplazarse al Obersalzberg. Ello provocó una gran alegría en su estado mayor, porque se esperaba que su ánimo mejoraría un tanto en compañía de Eva Braun.

A comienzos de marzo, Hitler voló desde Vinnitsa hasta la «Guarida del Lobo»,

en Rastenburg, donde permaneció algunos días antes de partir otra vez hacia el Obersalzberg.

Una vez allí, recibió un informe de Von Braun, el inventor de un misil teledirigido. A este proyectil se le conoció más tarde con el nombre de V-2. El informe de Braun era altamente secreto. A la conferencia que dio, celebrada en la sala de proyecciones de la «Guarida del Lobo», sólo fueron admitidos Keitel, Jodl, Buhle, Schmudt, Günsche y los demás ayudantes. El edificio fue rodeado por los soldados de las SS de la guardia personal de Hitler. Braun ilustró su conferencia con diapositivas.^[258] En ellas aparecía un enorme cohete, que podía alcanzar una altura de 80 kilómetros. El proyectil, cargado con una tonelada de explosivos, descendía a una velocidad colosal sobre un objetivo situado a una distancia de 200 ó 300 kilómetros de su punto de lanzamiento. La explosión era tan tremenda que podía destruir el barrio entero de una ciudad y aniquilar en él cualquier forma de vida.

Hitler aplaudió con fervor durante la charla y pintó con devoción las escenas de horror entre la población después del impacto de tal proyectil. Estaba tan entusiasmado con las explicaciones de Von Braun que le concedió el título de catedrático en el acto y le prometió visitar los laboratorios de Peenemünde, donde éste llevaba a cabo sus experimentos.

En aquellos días Hitler convocó a Keitel y a Himmler y les conminó a que velaran por la ejecución de la orden en virtud de la cual las tropas alemanas en la Rusia soviética debían destruirlo todo antes de retirarse. Hitler recalca que a los rusos sólo debía dejárseles una tierra calcinada y despoblada. Opinaba que era la forma de detener un ataque enemigo. El *Führer* propuso reforzar los actos de represalia en los territorios rusos aún ocupados por los alemanes. Exigió a Himmler utilizar un mayor número de camiones con cámaras de gas para no malgastar, en las ejecuciones de rusos, la munición que necesitaban tan urgentemente las tropas.^[259]

Himmler, aludiendo a un informe de Hennicke, el general de división de las SS y jefe de la Policía de Rostov, explicó que el uso de cámaras de gas móviles había demostrado su efectividad. Con una risa cínica, comentó que esta modalidad de asesinato resultaba más «considerada» y más «silenciosa» que las ejecuciones.

En su día, Hitler se había interesado personalmente por el desarrollo de las cámaras de gas. Estudiaba con detenimiento los proyectos que Himmler le presentaba. El *Führer* ordenó que al constructor de las cámaras de gas, un ingeniero de Eisenach, le fuera proporcionado todo el apoyo necesario y que fueran puestos a su disposición los medios técnicos requeridos. Las primeras cámaras de gas se emplearon en Jarkov, siguiendo instrucciones personales del dictador alemán.^[260]

Poco tiempo antes de que Hitler partiera hacia el Obersalzberg, apareció Göring con cara triste. Venía del cuartel de su estado mayor en Rominten y comunicó a Hitler que el capitán general Jeschonnek, el jefe del estado mayor general de la *Luftwaffe*,

había fallecido inesperadamente como consecuencia de una perforación del intestino. En el entorno de Hitler nadie se creyó esta versión de la historia.^[261] Era sabido que entre ambos existía desde hacía tiempo una relación tensa. La razón era que Jeschonnek no estaba de acuerdo con las informaciones grandilocuentes que Göring hacía llegar a Hitler acerca del desarrollo y el poder combativo de la aviación alemana. Jeschonnek argumentaba que la preferencia por fabricar bombarderos en lugar de cazas no daría a los alemanes el dominio del aire. Además, indicó la existencia de deficiencias en la construcción de los aviones fabricados en serie. Las desavenencias entre Göring y el alto oficial comenzaron cuando el primero anunció públicamente:

—Si algún día sobrevuela las fronteras de Alemania un avión enemigo yo me llamo Meier.^[262]

Y, de hecho, los alemanes acabaron por llamarle Hermann Meier. Hitler prefería los informes del estilo de Göring a los de Jeschonnek. La ampulosidad de Göring concordaba mejor con la visión de las cosas que tenía el *Führer*, tan alejada de la realidad desde hacía tiempo. Con su arrogancia enfermiza, Hitler no podía soportar que se le dijera una verdad que no coincidiera con sus ideas. Por ello le sacaba de quicio la postura de Jeschonnek. El hombre le resultaba cada vez más desagradable. La razón de la muerte del militar se hizo pronto evidente. Below, el ayudante de la *Luftwaffe* de Hitler, comunicó a sus colegas, previa promesa de que guardarán el secreto, que Jeschonnek se había pegado un tiro en el cuartel de su estado mayor. Para encubrir el suicidio se había enterrado al general con todos los honores militares. En la prensa se publicaron necrológicas elogiosas.

La jefatura del estado mayor general de la *Luftwaffe* fue asumida, en sustitución de Jeschonnek, por el general de las fuerzas aéreas Korten.

Poco antes de Jeschonnek, también se había suicidado el capitán general Udet, un célebre piloto que había sido jefe de la oficina técnica del Ministerio del Aire. El puesto se lo debía a Göring, con el cual mantenía una amistad personal. Udet bebía mucho y siempre estaba endeudado. Göring le pagaba todas sus deudas.

Udet se disparó un tiro durante un vuelo que él mismo tripulaba.^[263] El aparato se estrelló contra el suelo. La versión oficial decía que Udet había perdido la vida en un accidente de aviación. Hitler comentó a sus ayudantes que el suicidio de Udet se debía a unos errores en el ejercicio de su cargo. En palabras de Hitler, había sido responsable de unos fallos cometidos en la planificación de la producción aeronáutica. Udet había impuesto la fabricación de los bombarderos en picado en detrimento de otro tipo de aparatos, porque estaba convencido de que el futuro pertenecía a los primeros.

Los habituales en el cuartel general de Hitler, no obstante, sabían que estos errores eran, en primer lugar, responsabilidad de Göring. La planificación había sido realizada siguiendo sus ideas e instrucciones, sin tener en cuenta las concepciones de Udet. Göring necesitó una cabeza de turco cuando las equivocaciones se hicieron manifiestas. Según algunos rumores, Göring aprovechó el asunto de las deudas y la vida frívola de Udet para recomendarle extraer las «consecuencias pertinentes». Después, no fue difícil atribuir al Udet muerto los errores que en realidad correspondían a Göring.

Después del 10 de marzo de 1943, Hitler volvió a mudarse a su palacete del Berghof en el Obersalzberg, donde lo esperaba Eva Braun en compañía de sus amigas.^[264]

Con Hitler se trasladaron al área de Berchtesgaden-Salzburgo-Bad Reichenhall, vecina al Obersalzberg, el cuartel general de Hitler, además de los cuarteles de los estados mayores de Göring, Himmler y Ribbentrop. Keitel y Jodl fueron instalados junto a sus estados mayores en la casa de Lammers, el jefe de la cancillería del *Reich*, situada entre Berchtesgaden y Bischofswiesen. Warlimont ocupó con el estado mayor operativo de la *Wehrmacht* el cuartel de Strub, junto a Berchtesgaden. Göring residía de forma alternativa en su mansión del Obersalzberg y en el castillo que poseía en las cercanías de Núremberg. Su nuevo jefe del estado mayor general, Korten, que relevaba al suicida Jeschonnek, se instaló junto a su estado mayor en un hotel de Berchtesgaden.

El «puesto de mando de campaña» de Himmler fue trasladado a una gran mansión en las cercanías de la ciudad de Salzburgo. En sus alrededores también se establecieron Dönitz, Ribbentrop y sus respectivos estados mayores: Dönitz en una mansión y Ribbentrop en el castillo de Fuschl, que era de su propiedad.

La guerra fue dirigida a partir de entonces desde el palacete del Berghof, en el Obersalzberg.

Eva Braun asumió en el palacete el papel de ama de casa. Pero eso sólo lo sabían los más íntimos de Hitler. En cuanto aparecían nuevas caras en el Berghof, Eva debía retirarse a sus habitaciones siguiendo órdenes de Hitler. Tras un incidente acaecido en Múnich durante la guerra, corrió un velo aún más tupido en torno a su relación con ella. Una tarde, delante de su mansión, unas desconocidas habían insultado a Eva Braun llamándola «fulana del *Führer*». Hitler ordenó reforzar la protección policial de su residencia cuando supo de este incidente. Al mismo tiempo, y desde entonces, tuvo mucho cuidado de que Eva Braun y sus amigas no fueran vistas en el Berghof por oficiales que no pertenecieran a su estado mayor personal.

El *Führer* no quería perder ante su pueblo la fama de «ermitaño».

Los horrores de la guerra afectaban poco a Eva Braun. Ella tenía sus propias preocupaciones.

Por aquel entonces, había treinta personas trabajando en la cocina del palacete del Berghof. Eva quería disponer de otras diez mujeres que, sin embargo, debido a la movilización general, no pudieron entrar a su servicio de manera inmediata. Ella se quejó de esto ante Hitler que, escandalizado, se dirigió airadamente a Bormann:

—Si yo saco divisiones enteras de la nada, debería ser un juego de niños conseguir unas cuantas muchachas para mi Berghof. ¡Solucióneme este problema!

En el Obersalzberg, el dictador acostumbraba levantarse hacia las doce del mediodía. A continuación, Morell le inyectaba su estimulante. Hitler desayunaba a solas en su despacho, sentado en su escritorio. Allí solía permanecer hasta el comienzo de la reunión informativa militar.

Ésta se convocaba dos veces al día, hacia la una o la una y media del mediodía, y hacia las diez de la noche. Poco antes de su comienzo llegaban desde Berchtesgaden los coches de Keitel, Jodl, Warlimont, Korten y los otros participantes, que se reunían en la gran sala. A Hitler se le anunciaba que todos estaban dispuestos. Entonces descendía las escaleras y se dirigía a la gran sala, donde, tras el saludo fascista, estrechaba la mano de todos. A continuación tomaba asiento en un sillón preparado para él junto a la mesa. En los extremos de la mesa tomaban asiento los estenógrafos. Los restantes asistentes permanecían de pie en torno a la mesa. La reunión informativa duraba unas dos horas. En las ocasiones en que Zeitzler no estaba presente, correspondía al coronel Brandt, el director de la unidad de operaciones en el estado mayor del Ejército de Tierra, presentar la situación en el frente oriental. Zeitzler permanecía habitualmente en el cuartel de su estado mayor en Gizyckp, en Prusia Oriental, y acudía tan sólo una vez por semana al Obersalzberg.

La comida se servía una vez que los participantes en la reunión informativa del mediodía habían abandonado el palacete. Hitler se quedaba en la gran sala, donde conversaba con sus ayudantes o leía las últimas informaciones proporcionadas por la Oficina Alemana de Noticias (*Deutscher Nachrichtenbüro*).

Para el almuerzo se reunían los residentes en el palacete: el doctor Morell con su esposa; Brandt, el cirujano de Hitler, con su esposa; Hoffmann, Dietrich, Hewel, Lorenz, Frentz, el responsable de las filmaciones del cuartel general, las secretarías de Hitler y sus ayudantes junto a sus esposas. También acudían al almuerzo del mediodía Bormann y su cónyuge, así como las esposas de Dietrich y de Speer.

Cuando los comensales estaban reunidos, se anunciaba a Hitler que todo estaba dispuesto para la comida. Entonces se sumaba al resto. A la hora de saludar, besaba la mano de las damas. A continuación, guiaba a una de las señoras hasta la mesa. En ello se respetaba cierto orden de distribución. Sus compañeras de mesa solían ser las

esposas de Bormann, Brandt, Speer o Dietrich, así como la señora Schönmann, una amiga de Eva Braun. No le agradaba tener como comensal a la esposa de Dietrich. No la apreciaba, porque se vestía de una manera anticuada y además se mostraba demasiado reservada en la mesa. A la izquierda de Hitler siempre tomaba asiento Eva Braun. Ésta tenía a su lado a Bormann.

Durante la comida se hablaba de las cosas más triviales. La guerra y sus horrores no se mencionaban ni por asomo. Se comentaban los vestidos de las damas; las dificultades que éstas soportaban porque, a causa de la movilización general, las peluquerías ya no podían ofrecer la permanente fría o la manicura; o el comportamiento desconsiderado de los oficiales frente a las mujeres en los trenes. Presionado por Eva Braun, Hitler mandó que a los peluqueros se les autorizara otra vez a ofrecer la permanente fría y la manicura. Al comentar la ostentación de las damas, Hitler bromeó sobre el pintalabios de Eva Braun, que dejaba huellas en su servilleta. Entre risas explicó que ahora, en tiempos de guerra, se fabricaba un sucedáneo de pintalabios hecho de cadáveres de animales. También eran temas populares el teatro y el cine, sobre todo las películas en color americanas.

A la señora Schönmann, una vienesa casada con un empresario de obras públicas de Múnich, y que tenía un notable temperamento, le gustaba mantener en la mesa disputas dialécticas con Hitler. Su encanto vienés tenía su efecto sobre el dictador. Ambos debatían sobre actores y directores vieneses, comentaban los dichos de Federico el Grande y discutían la preparación de determinados platos o sobre cuánto pesaba un huevo de gallina. Hitler quedó tan cautivado, que se hizo traer la enciclopedia Brockhaus y otros libros referidos a Federico el Grande para poder consultarlos.

En medio de estas conversaciones de contenido tan «elevado» transcurrían las comidas del mediodía en el Berghof de Hitler.

Terminado el almuerzo, las damas se retiraban a sus habitaciones con el fin de vestirse para el paseo. Entretanto, Hitler daba de comer a *Blondi*. A continuación, se le traía su gorro de visera y su bastón de excursionista. Todo el grupo salía seguidamente al parque y caminaba en dirección al pabellón de té, situado cerca del Mooslahner Kopf. Los colaboradores del Servicio de Seguridad solían inspeccionar regularmente toda la zona antes de la salida del grupo. Los guardias se distribuían de tal manera que Hitler no los pudiera ver. Durante estos paseos conversaba, la mayoría de las veces con Schmudt o Below. Detrás de él caminaban Högl, el jefe de su sección policial, o el jefe del Servicio de Seguridad, Rattenhuber,^[265] y Linge. A ellos les seguía el resto del grupo.

Desde el palacete al pabellón de té había unos veinte minutos de camino. Se trataba de un recinto circular, que se levantaba sobre una gran roca saliente. Delante del edificio se extendía un prado, limitado hacia la pendiente por una baranda. Allí se

había construido un banco en el que Hitler descansaba después de la caminata. Eva Braun, Hoffmann y Frenz lo fotografiaron allí en muchas ocasiones. Al *Führer* le gustaba posar para ellos junto a su perra *Blondi*. A continuación, todos se dirigían al pabellón, donde los ordenanzas les servían el café. Allí proseguían las conversaciones iniciadas durante la comida del mediodía o se hablaba de *Blondi* y los perros de Eva Braun. Ésta tenía dos pequeños terrier, *Negus* y *Stasi*. Hitler, que solía ponerse cómodo junto a la chimenea, a veces se dormía durante estas conversaciones. Entonces los demás seguían hablando entre susurros. Hacia las siete de la tarde, todo el grupo volvía en coche al palacete. A continuación Hitler desaparecía en su despacho hasta la hora de la cena y se dedicaba a leer los periódicos y los despachos de la Oficina Alemana de Noticias.

En las ocasiones en las que el tiempo no acompañaba, Hitler se quedaba en el palacete y dormía una siesta en el sofá que había en su despacho.

La cena se servía hacia las ocho o las ocho y media de la tarde. Se desarrollaba de manera parecida al almuerzo, es decir, en medio de conversaciones banales. La reunión informativa nocturna estaba fijada a las diez. A continuación, Hitler se dedicaba a firmar documentos que concernían a las condecoraciones de oficiales y empresarios, a la autorización para matrimonios entre miembros del cuerpo militar y mujeres extranjeras o las sentencias de muerte impuestas a oficiales que habían sido acusados de derrotismo.

En aquellos días, Eva Braun acostumbraba ver junto a sus amigas películas en color americanas en la bolera. Cuando retornaban al salón, junto a la gran sala en la que se hallaba Hitler, llamaban su atención con sus risas y conversaciones en voz alta. Con ello querían darle a entender que «ya estaba bien de guerras», que ya era hora de que les dedicara su atención. Junto a ellas llegaban también *Negus* y *Stasi*, los cachorros de Eva Braun, y se revolcaban por el suelo.

Hitler se presentaba ante las damas. Su faz tenebrosa se aclaraba por momentos. En la vecina gran sala los ordenanzas encendían el fuego de la chimenea. El dictador, Eva Braun, la hermana de ésta, Gretl, la dama de compañía de Eva, la señorita Kastrup, las amigas de Eva, Morell, Hoffmann, Dietrich, Brandt, Bormann, los ayudantes y las secretarias volvían a reunirse allí. Hitler se sentaba junto a la chimenea, al lado de Eva Braun. Las mujeres formaban grupos, sentadas o recostadas en los sofás y los pesados sillones de felpa que formaban un semicírculo en torno al fuego.

De esta manera discurrían lo que se conocía como las tardes del té. Los ordenanzas servían champán, licor, té, café y un refrigerio. Eva Braun estaba sentada con las piernas encogidas y tocada con una gorra de piel. En presencia de Hitler guardaba silencio y prefería escuchar mientras sus amigas charlaban sobre la película que acababan de ver. Hitler pidió a Günsche que le alcanzara el catálogo de los

discos.

En el gran armario de la pared había miles de discos. En el Obersalzberg Hitler prefería música ligera. Siempre escuchaba las mismas operetas de Lehár y Suppé. La conclusión de la velada era invariablemente la obertura de *La viuda alegre*. Hitler podía escuchar discos hasta las dos o las dos y media de la madrugada. Sólo entonces se retiraba a sus habitaciones privadas. Eva Braun, por lo general, se acostaba más temprano.

Bormann se tornaba irreconocible cuando Hitler abandonaba la estancia. En su presencia, Bormann aparentaba estar sobrecargado de trabajo. Pero en cuanto Hitler se retiraba, el otro se quitaba la máscara y se llevaba a todo el grupo a celebrar un festín en su mansión. Los coches los esperaban en la entrada lateral del Berghof. Las amigas de Eva Braun, Hoffmann, Morell, Lorenz, los ayudantes y las secretarias de Hitler subían rápidamente en ellos y se dirigían a la residencia de Bormann.

Su casa resplandece de luz. Los ordenanzas de las SS sirven champán, coñac, licor y dulces. En una enorme radiogramola atruena una salvaje música de baile americana. Bormann toma en sus brazos a su amante, una actriz de Dresde que reside en su mansión, y vuela con ella por todo el salón.^[266] La esposa de Bormann atiende a los huéspedes. Bormann la ha sacado expresamente de la cama para este cometido.

La mujer le ha dado once hijos a Bormann y le es servilmente sumisa. Él la ha obligado a aceptar el hecho de convivir con la amante de su esposo bajo el mismo techo.

Las «noches de baile» de Martin Bormann, el lugarteniente de Hitler en el Partido nacionalsocialista, eran famosas por su desenfreno. Durante el año 1943, en plena guerra, se celebraron con frecuencia banquetes nocturnos de esta índole en el Obersalzberg.

Las sentencias de muerte firmadas por Hitler en aquellos días en el Obersalzberg afectaban a oficiales acusados de derrotismo. En vista de los fracasos de las tropas alemanas en el frente oriental, Hitler había dado la orden de encausar a los oficiales sospechosos de actitudes pesimistas. Esta circunstancia también se atribuía a oficiales que ante una situación desesperada habían optado por la retirada. Hitler ordenó que se les ejecutara sin piedad alguna.

Las sentencias de los tribunales de guerra se enviaban en primer lugar a Keitel, quien las entregaba con anotaciones puramente formales al ayudante militar de Hitler. Este último las había de confirmar, en su calidad de comandante en jefe de la *Wehrmacht*. Las sentencias eran leídas a Hitler por el contraalmirante Von Puttkammer, su oficial adjunto de la Marina de Guerra. El *Führer* las confirmaba, sin ocuparse de los detalles particulares. Hitler no ejerció su derecho a indultar. Sólo en una ocasión, en 1944, anuló una sentencia de muerte. Ésta afectaba al teniente general Feuchtinger, el comandante de una división de blindados en Francia, al cual

el tribunal militar había condenado a muerte por malversación a gran escala. Hitler anuló la sentencia y la conmutó por una breve pena de prisión.^[267]

Aunque Hitler decía siempre que la culpa de todas sus derrotas era de sus generales, no llamó a ninguno a responder por ello. A Brauchitsch, Halder y otros, los pasó a la reserva o incluso los licenció con condecoraciones. Éstos se retiraron con toda tranquilidad a sus haciendas. En cambio, el *Führer* confirmó sin ninguna conmiseración las penas de muerte de los oficiales.

En los días que pasó en el Obersalzberg, Hitler también se dedicó a poner su firma en las solicitudes de matrimonios entre alemanes y mujeres extranjeras. Estas solicitudes eran presentadas por soldados alemanes emplazados en los países conquistados por Alemania (Francia, Bélgica, Holanda, Dinamarca o Noruega) y que deseaban casarse con alguna mujer autóctona. En su mayoría, procedían de marinos alemanes. Von Puttkammer presentaba estas peticiones cada dos o tres semanas. Hitler se ocupaba con detalle de ellas. Sobre todo, observaba detenidamente las fotos de las mujeres que acompañaban aquellas demandas.

Según la normativa del alto mando militar, había que presentar una foto de perfil, una foto de frente y una foto de cuerpo entero. Hitler gustaba de hacer comparaciones con mujeres que conocía. Una candidata tenía una nariz como la hija de Winifred Wagner, Verena; otra guardaba semejanza con la esposa de Hess. La mayoría de los rostros de aquellas fotografías no eran muy agraciados. Hitler decía riendo que los soldados que se habían enamorado de esas mujeres, algún día lo maldecirían por haberles autorizado a casarse con ellas. También estudiaba los papeles que acompañaban las solicitudes: los *curricula vitae*, los informes policiales sobre el comportamiento de las extranjeras y de sus padres, así como las notificaciones del Servicio de Seguridad acerca de las tendencias políticas de la familia. Hitler casi nunca firmaba las solicitudes de inmediato. En la mayoría de los casos pedía a Linge que se encargara de presentarle aquellas solicitudes por segunda vez. Recalcaba que era importante evitar que estos matrimonios aportasen a Alemania sangre de valor racial inferior. Ésta era la razón por la que se reservaba el derecho de autorizar personalmente aquellas uniones.

Hitler y el alto mando alemán hicieron todo lo posible para evitar que la opinión pública alemana llegara a saber de las derrotas sufridas en el frente oriental. Sin descanso, la prensa escrita y la radio inculcaban al pueblo alemán que la guerra se ganaría. En el diario *Das Reich*, Goebbels escribía todas las semanas editoriales sobre las grandes victorias logradas por las tropas alemanas en el este y en el curso de la «retirada planificada». Hans Fritsche, del Ministerio de Propaganda, en discursos emitidos a través del *Berliner Rundfunk*, falsificaba la situación real en el frente y pedía al pueblo alemán una y otra vez nuevos sacrificios en aras de la victoria. Siguiendo esta misma línea se redactaron también los informes del frente que se

publicaban en la prensa. Keitel y Jodl habían de presentarlos siempre previamente a Hitler. Éste los corregía de tal manera que los lectores no podían hacerse una idea clara de la verdadera situación en el frente.

En el Obersalzberg, Hitler también alteraba personalmente los noticiarios rodados en las líneas de batalla. Sin sus correcciones, no se podía exhibir ninguno de estos filmes. Hitler mandaba cambiar las imágenes y modificaba el texto que había escrito Goebbels. La película le era enviada sin acompañamiento sonoro. En la gran sala del Berghof la visionaba en compañía de Keitel, Bormann, Jodl, Dietrich y sus ayudantes. Hitler hacía cortar las imágenes que mostraban a tropas alemanas en retirada, carros de combate destruidos o soldados heridos, en suma, todo cuanto pudiera sugerir una derrota. Estas imágenes eran sustituidas por otras procedentes de los noticiarios semanales del «glorioso» año 1941, en las que sólo aparecían los agotados prisioneros de guerra soviéticos, el fuego de la artillería alemana, los ataques de los *Stuka* alemanes o las alegres escenas junto a la cocina de campaña, todo ello destinado a sugerir el paseo triunfal de la «guerra relámpago» prometida por Hitler. Durante la proyección, Günsche leía el guión preparado por Goebbels, incorporando las correcciones que le dictaba Hitler. Éste estudiaba con especial detenimiento las escenas que habían sido grabadas en su cuartel general. Sólo autorizaba aquellas imágenes en las que se le podía ver con la pose triunfal propia de los primeros años de la guerra. Las filmaciones más recientes, que le mostraban encorvado y quebrado, habían de ser cortadas y destruidas siguiendo órdenes estrictas. El dictador opinaba que el pueblo alemán quedaría horrorizado si lo viese en ese estado.

Mientras Hitler permaneció en el Obersalzberg, entre marzo y junio de 1944, se recibieron por parte de Zeitzler y Himmler un número cada vez mayor de informes que daban cuenta de las actividades antifascistas de los soldados y oficiales alemanes. En el cautiverio ruso éstos habían fundado el Comité Nacional de la Alemania Libre (*National-komitee Freies Deutschland*) y La Unión de Oficiales Alemanes (*Bund deutscher Offiziere*).^[268]

Cuando llegaron las primeras noticias en este sentido, Hitler afirmó que tan sólo podía tratarse de prisioneros individuales que los rusos habían logrado doblegar gracias al empleo de drogas. Pero nuevos informes de Zeitzler y Himmler demostraron con toda claridad que el Comité Nacional de la Alemania Libre se apoyaba en un amplio movimiento en los campos de prisioneros, dirigido contra el régimen de Hitler y contra la guerra. A su pesar, Hitler tuvo que despedirse de la idea de que sólo unos pocos prisioneros se oponían a su persona.

Las actividades del Comité Nacional tuvieron un importante impacto en los soldados alemanes que luchaban en el frente. En primer lugar, se refutó la afirmación de la propaganda alemana, según la cual los rusos no hacían prisioneros. Los

llamamientos, lanzados sobre las posiciones alemanas, estaban firmados por miles de prisioneros de guerra. En segundo lugar, los soldados alemanes comprobaron que los prisioneros de guerra en la Rusia soviética podían incluso desarrollar algunas actividades políticas. Por último, obtuvieron una idea verídica de lo que la guerra les había traído hasta ahora y de lo que aún estaba por venir.

Todo ello provocó la ciega furia de Hitler, que ordenó a la *Wehrmacht* destruir en el acto las octavillas del Comité Nacional. Los soldados y los oficiales a los que se les encontrara una de éstas deberían ser ejecutados en aplicación de la ley marcial. Además, se encerró o se envió a campos de concentración a las familias de los prisioneros de guerra alemanes que luchaban con los rusos contra Hitler.^[269]

En los últimos años de la guerra, Hitler temía sobre todo que los rusos pudieran dar a prisioneros alemanes de talante antifascista la posibilidad de luchar contra él con las armas en la mano. Fue el propio Hitler el que habló por primera vez del «ejército de Seydlitz»,^[270] un ejército que los rusos supuestamente habían formado con prisioneros de guerra antifascistas y que estaba a las órdenes del general alemán Seydlitz, un prisionero de guerra. Resulta sorprendente que el parloteo de Hitler acerca del «ejército de Seydlitz» fuera recuperado después de la guerra por los políticos ingleses y americanos.

Se había hablado muchas veces de que los aliados de Alemania estaban muy preocupados por las graves derrotas de este país en el frente oriental ya antes de que Hitler se trasladase desde Rastenburg al Obersalzberg. Los aliados exigían hablar con el *Führer*. El primero en querer acudir fue Antonescu. Hitler retrasó esta visita una y otra vez. «Si recibo a uno, querrán venir todos», decía. Sólo cuando las demandas de los aliados se hicieron cada vez más insistentes, Hitler indicó a Ribbentrop que organizase las visitas de Antonescu, Mussolini y Horthy.

Para estos encuentros escogió la antigua sede episcopal de Klessheim, una localidad junto a Salzburgo, a una distancia de aproximadamente una hora en coche desde el Obersalzberg. El castillo de Klessheim había sido reformado en 1944 y estaba decorado con muebles de lujo procedentes de Francia. Esta construcción servía exclusivamente para la recepción de los jefes de estado extranjeros.

Los encuentros con los aliados en Klessheim se iniciaron a finales de marzo. El dictador había acordado con Keitel y Jodl que se presentaría la situación en el frente oriental como favorable a los alemanes. Jodl, siguiendo una orden dada por Hitler, había mandado elaborar mapas de escala 1:1.000.000, que daban una idea distorsionada de la situación en las líneas de batalla. El *Führer* trabajó con estos mapas durante las conversaciones que mantuvo con Antonescu, Mussolini y Horthy. En estos planos la línea del frente no estaba ni mucho menos trazada con exactitud. Algunos sectores se reflejaban de manera incompleta. No se podían reconocer ni las fuerzas del enemigo ni las fuerzas propias ni la dirección de las operaciones. Por todo

ello, la situación en el campo de batalla parecía mucho más positiva de lo que en realidad era. En el estado mayor de Hitler se referían con burlas a estas entrevistas con Antonescu, Mussolini y Horthy, y se referían a ellas como las «reuniones sobre la supuesta situación».

El primero en hacer su aparición fue Antonescu.^[271] Antes de su llegada, Hitler había declarado:

—Le prepararé la recepción que se merece.

Hitler lo recibió junto a Ribbentrop en la estación ferroviaria de Liefering, en Salzburgo, que había sido adecuada para los huéspedes de Klessheim. La visita de Antonescu obligó al dictador a pasar toda la jornada en el castillo. La reunión informativa habitual también se celebró allí y no en el Obersalzberg, aunque Antonescu no fue invitado a participar en ella y tuvo que permanecer en su suite mientras se desarrollaba el consejo. Cuando éste acabó, se preparó la entrevista con Antonescu. Los mapas de escala 1:300.000, que reflejaban exactamente la situación del frente, fueron guardados. En su lugar, se extendieron los mapas de la supuesta situación.

Linge comunicó a Hitler, con un guiño del ojo, que estaba preparando para la «supuesta reunión informativa». Hitler se dirigió a la suite de Antonescu y llegó acompañado de éste a la sala de la reunión, que ahora ofrecía un aspecto completamente diferente al de media hora antes. En la habitación se apretujaban los oficiales rumanos y los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores. Estaban presentes Ribbentrop, Meissner, Keitel, Jodl y otros. Bajo la tormenta de relámpagos de las cámaras fotográficas, Hitler ofreció con gestos teatrales y en un tono triunfalista una visión de conjunto de la situación en el frente oriental. El *Führer* desechó los contados y tímidos comentarios de Antonescu con referencias a los recursos inagotables de los alemanes y a los planes de grandiosas ofensivas que prometían una victoria segura. Keitel, Jodl y Zeitzler entonaron la misma cantinela. Antonescu regresó a Rumanía y Hitler se dirigió de buen humor al Obersalzberg.

Unos días más tarde, el *Führer* recibió a Mussolini,^[272] que quedó muy impresionado con la supuesta situación. Al término de la reunión, el *Duce* exclamó:

—¡*Führer*! ¡El Eje Berlín-Roma triunfará!

A continuación, fue el turno de Horthy. A éste le interesaba poco la exposición de Hitler acerca de la situación en el frente oriental. En lugar de ello, se quejó de la conducta provocadora de los alemanes en Hungría y del comportamiento escandaloso de los soldados alemanes ante la población húngara. Hitler se esforzó mucho para

tranquilizar a Horthy con un trato amable y la promesa de poner fin a esa situación.
[273]

En aquellos días fue recibido asimismo Tiso, el presidente de Eslovaquia.^[274] A éste ni tan sólo se le ofreció una reunión sobre la supuesta situación. Hitler opinaba que una buena comida era suficiente.

—Éste dirá sí y amén a todo lo que yo le explique —comentó riendo.

El *Führer* no tardó en expresar terribles maldiciones contra sus aliados después de haberlos recibido de manera tan amable. El pretexto era la propuesta de Keitel de honrar con la cruz de caballero al general italiano Garibaldi, que había comandado el 3.^{er} ejército italiano ante Stalingrado.^[275] Entonces explotó toda la ira que Hitler acumulaba por la derrota en aquella ciudad. Maldijo el día en que pidió a Mussolini enviar tropas italianas al frente oriental. A los rumanos, y sobre todo a los italianos, los calificó de banda de cobardes. Según su punto de vista, eran los principales culpables de la derrota de Stalingrado. Keitel se desdijo de inmediato. Como no podía ser de otra manera, confirmó, asintiendo fervorosamente con la cabeza, que compartía por completo la opinión del *Führer*. Explicó que su propuesta no pretendía honrar a los generales italianos por la valentía que habían mostrado, sino que tan sólo quería ser un gesto de consideración por la reciente visita de Mussolini. Después de un largo tira y afloja, Hitler acabó por ceder y propuso condecorar al general Garibaldi con la orden del Águila Negra, que se otorgaba a extranjeros en tiempos de paz. Pero pronto descubrieron que el general ya poseía dicha condecoración. Finalmente, Hitler consintió en que se le honrara con la cruz de caballero.

El general italiano fue llamado al Berghof, porque aquella condecoración sólo podía otorgarla Hitler en persona. Garibaldi se presentó en compañía del general Marras, el agregado militar en Berlín. Ambos fueron conducidos a la gran sala donde les aguardaba Hitler. Los ayudantes, que sabían de la aversión con la que éste había decidido otorgar la medalla, se reunieron en el salón contiguo con el fin de seguir la ceremonia observando a través de la cortina.

Los italianos entraron con mucha timidez. Hitler estaba ostensiblemente de pie, mirando a la pared. Garibaldi y Marras se quedaron indecisos junto a la puerta. Hitler dio media vuelta e indicó a Garibaldi con un gesto de la cabeza que se acercara. Sin dirigirle una mirada, Hitler le tendió el estuche cerrado que contenía la condecoración. Al mismo tiempo murmuró entre dientes que estaba muy ocupado y abandonó rápidamente la estancia. Garibaldi, sosteniendo la condecoración entre sus manos, parecía fulminado por un rayo. Al atravesar el salón donde se hallaban sus ayudantes, Hitler les espetó que aquéllos habían sido los minutos más desagradables de su vida.

Heusinger, el jefe de la sección de operaciones en el alto mando del Ejército de Tierra, y Zeitzler se presentaban una vez por semana en el Obersalzberg, procedentes de Prusia Oriental, para transmitir sus informes. A principios de abril, Hitler llamó a Zeitzler para un informe al margen del día asignado. Estaban presentes todos los asistentes habituales a las reuniones de análisis de la situación. Tras recibir las noticias de Zeitzler sobre el frente oriental, Hitler, aludiendo a una conversación que había mantenido la víspera con Keitel y Jodl, declaró más o menos lo siguiente:

—La situación en el frente oriental no permite que llevemos operaciones de ataque de cierta envergadura en más de una dirección. Hemos de retirar ciertas partes importantes del frente ruso y recuperar la iniciativa. Hemos de poder presentar por fin unos éxitos. Tendremos que cumplir las promesas que les hice a mis aliados en Klessheim. Los países neutrales también reaccionan con enfado. Estamos esforzándonos para que Turquía no se aparte de nuestro lado.^[276]

Hitler se puso sus gafas, observó el mapa y continuó con un tono más cortante:

—Aquí, en Kursk, tenemos la posibilidad de dar un golpe a los rusos y volver a amenazar a Moscú.

Günsche alcanzó a Hitler rápidamente los lápices de color que éste había pedido extendiendo la mano. El dictador dibujó dos flechas verdes sobre el mapa: una partía de Orel, y la otra, de Belgorod. Ambas penetraban profundamente en las posiciones rusas y convergían mucho más allá de la ciudad de Kursk. Hitler continuó:

—En mi opinión, Zeitzler, deberíamos llevar el golpe principal hacia los centros del arco de Kursk, avanzando desde Belgorod y Orel. Confío en un gran éxito. ¡Elabore usted un plan! Envíe hacia allí de inmediato a los mejores oficiales de su estado mayor. Que observen muy bien la zona. Para esta operación emplearemos por primera vez el *Ferdinand*.^[277] Este monstruo será el espolón que nos permitirá quebrar las defensas rusas. A éste no lo detiene ningún T-34.^[278]

El Ferdinand, una pieza artillera gigantesca, que se desplazaba sobre raíles, había sido fabricado en gran número para su empleo en el frente oriental.

Los preparativos para la operación de Kursk reclamaron toda la atención de Hitler. Al poco tiempo, Zeitzler le presentó el plan de operaciones elaborado por el

estado mayor general. En su exposición, indicó la circunstancia de que los rusos habían concentrado un gran número de fuerzas en el área prevista para el ataque alemán. Los servicios de espionaje aéreo y terrestre habían puesto en evidencia que los rusos reforzaban notablemente sus posiciones en los centros del arco de Kursk. Además, dos ejércitos blindados rusos habían desaparecido repentinamente del área del arco de Kursk, sin que hubieran reaparecido en otros sectores del frente. Zeitzler suponía que se les había retirado del frente para pasarlos a la reserva. De todo ello concluía que los preparativos de la operación de Kursk no eran un secreto para los rusos y que el efecto sorpresa no llegaría a producirse.^[279]

Zeitzler propuso otra variante para el ataque. El golpe principal no debería dirigirse contra los centros del arco de Kursk sino contra puntos situados mucho más hacia el oeste. Pero Hitler insistió en ejecutar su propio plan. En su opinión, se debía llevar el ataque con un golpe concentrado en un sector del frente de una anchura máxima de cuatro o cinco kilómetros. Las unidades de ingeniería militar e infantería se encargarían de destruir el sistema de fortificaciones ruso. El ataque debía estar precedido por una lluvia de fuego artillero. No quería emplear los carros de combate hasta que se hubiera logrado abrir una brecha, se hubieran limpiado los campos de minas y se hubiera neutralizado el fuego antitanque de los rusos.

En el curso de las reuniones que siguieron, Hitler se obstinó cada vez más en que la operación en el arco de Kursk podía llegar a ser decisiva para la suerte de Alemania. Ordenó entregar el conjunto de la producción de tanques de mayo y junio a los ejércitos de Model y Hoth, ambos involucrados en la operación de Kursk. Con ello, el número de carros de combate de los que estos ejércitos podían disponer al comienzo de la ofensiva se elevó a cerca de tres mil.^[280] En Kursk se concentraron las divisiones acorazadas de élite de los *Leibstandarte Adolf Hitler*, *Das Reich*, *Totenkopf* y *Grossdeutschland*. Cada una de éstas contaba con los modernos carros de combate *Tiger*^[281] y con los cañones *Ferdinand*. Además, Hitler ordenó a Göring que concentrara la casi totalidad de la *Luftwaffe* en el área de las operaciones de Kursk para proporcionar a la ofensiva un amplio apoyo aéreo.

Durante una reunión informativa dedicada a los preparativos de la batalla, se mostraron unas fotografías aéreas con el rótulo: LAS POSICIONES RUSAS AL NORESTE DE BELGOROD. ESTRINGIDO SECRETO. En ellas podía reconocerse un sistema de trincheras escalonado en profundidad, posiciones de artillería y puntos de observación. Tras contemplarlas, Hitler dijo:

—Nada de esto los va a salvar.

Hitler y su cuartel general volvieron a trasladarse a mediados de junio de 1943 desde el Obersalzberg a la «Guarida del Lobo», en Prusia Oriental, con el fin de

preparar la ofensiva de Kursk. En aquellos días llegó desde Turquía una delegación de generales y oficiales de estado mayor.^[282] La visita respondía a una invitación cursada por el alto mando del Ejército de Tierra. A los turcos se les quería mostrar el poderío alemán en el frente oriental, presentándoles unas maniobras de las divisiones acorazadas concentradas en el área de Jarkov y Belgorod, que se estaban preparando para la ofensiva de Kursk. Terminadas las maniobras, los turcos se presentaron en el cuartel general con la intención de entrevistarse con el *Führer*. Primero tuvieron un encuentro prolongado con Keitel y Jodl y luego Hitler los invitó a tomar el té. Después de entrevistarse con Hitler, viajaron a Francia, invitados por el alto mando de la *Wehrmacht*. Hitler estaba muy satisfecho de haber hablado con los turcos. A Günsche le explicó:

—Podemos confiar en ellos. La demostración de nuestras divisiones de blindados en Jarkov les ha impresionado mucho.

La delegación turca fue recibida en Francia por el comandante en jefe del grupo de ejércitos del oeste, el mariscal de campo Von Rundstedt. Éste había recibido órdenes del cuartel general del *Führer* de no estropear la impresión que habían causado las maniobras de las divisiones de blindados en el frente oriental y de mostrar a los huéspedes tan sólo aquellos puntos de la Muralla del Atlántico que estuvieran bien fortificados. De esta manera, los turcos se limitaron a visitar la batería pesada Fritz Todt,^[283] emplazada en el cabo de Gris-Nez. Ni que decir tiene que a los turcos no les mostraron los anticuados cañones que componían las piezas artilleras.

La ofensiva en el área de Belgorod-Kursk-Orjol se inició el 5 de julio de 1943. Hitler apremiaba desde antes del mediodía y de manera continua a su ayudante para que recabara de Zeitzler noticias de los avances de la ofensiva. Hacia las doce y media, éste se presentó en persona ante Hitler, que se abalanzó sobre él y le preguntó alterado:

—Zeitzler, ¿cómo van las cosas en Kursk?

De manera vaga y con evasivas, el general respondió que las noticias procedentes del frente aún eran escasas y que los rusos estaban ofreciendo una resistencia muy dura. Además, añadió de manera cautelosa:

—El efecto sorpresa no parece haberse producido.

Hitler perdió el control:

—¡El Ferdinand! ¡Hay que trasladar de inmediato al Ferdinand hacia las líneas del frente! ¡Hay que romper el frente, cueste lo que cueste!

El 6 de julio, Zeitzler informó de que ni la infantería ni los destacamentos de ingenieros estaban en condiciones de abrir una brecha en las posiciones defensivas de los rusos, y que estaban sufriendo un gran número de bajas. Por este motivo se habían tenido que lanzar al combate las fuerzas principales de las unidades acorazadas. Hitler estaba enfurecido. Ordenó que se retuvieran los carros de combate en la retaguardia. Había que superar las posiciones rusas con las fuerzas de la infantería y los zapadores, por elevadas que fueran las bajas que ello pudiera ocasionar. Había que lanzar al combate a nuevas reservas. Hitler repitió además su orden de realizar ataques concentrados.

Por aquellas fechas, el dictador parecía cada vez más acalorado. A cada hora ordenaba preguntar a Zeitzler si las posiciones rusas se habían derrumbado por fin y cuánto terreno había logrado ganar su *Leibstandarte* de las SS.

Pasados algunos días, Zeitzler comunicó que el ataque se había estancado. Las divisiones alemanas estaban siendo obligadas a pasar a la defensiva. Los rusos realizaban en algunos sectores rápidos contraataques, los Ferdinand y los *Tiger* quedaban fuera de combate uno tras otro por el fuego de la artillería antitanque y los T-34 enterrados en el suelo. Hitler, sencillamente, no daba crédito. Echaba chispas, golpeaba la mesa con los puños mientras gritaba:

—¡Todo esto nos pasa porque no se ejecutan mis órdenes!

Hitler ordenó a Günsche que volara de inmediato al emplazamiento de su *Leibstandarte*, para informarse sobre el terreno de la situación y luego rendirle cuentas en persona. Günsche se dirigió en avión hacia el área al norte de Belgorod, donde Sepp Dietrich, el comandante del *Leibstandarte*, había instalado su puesto de mando. Momentos antes del aterrizaje de su avión, Günsche tuvo la oportunidad de observar las posiciones rusas escalonadas en profundidad. Por todas partes se veían los restos calcinados de los carros de combate y los cañones alemanes. Sepp Dietrich explicó a Günsche:

—Hay diez kilómetros de posiciones rusas que yo hubiera podido tomar. Pero ¡a qué precio! De los ciento cincuenta blindados con los que llegué aquí, apenas me quedan veinte en condiciones de poder entrar en combate. La infantería ha sufrido un número muy importante de bajas. En las divisiones vecinas la situación no pinta mejor. No sabemos con qué profundidad están escalonadas las posiciones de los rusos. Resulta fácil hablar cuando uno está

sentado allí, en Prusia Oriental. Aquí las cosas pintan de manera diferente. Nos va a ser imposible pasar.

Al atardecer del día siguiente, Günsche volvió a presentarse ante Hitler. Cuando quiso comenzar a explicar lo que había visto, el *Führer* lo interrumpió con un gesto cansado y desamparado, diciéndole:

—Déjelo estar. Ya lo sé... Dietrich también ha tenido que retroceder. Con la ofensiva de Kursk yo pretendía cambiar el destino. Nunca pensé que los rusos tuvieran tanta fuerza...^[284]

CAPÍTULO 10

VERANO DE 1943 - FEBRERO DE 1944

A finales de junio de 1943, antes de que se iniciara la ofensiva de Kursk, se presentó en la «Guarida del Lobo» para transmitir un informe a Hitler, el comandante en jefe de las tropas alemanas en Italia, el mariscal de campo Kesselring. En ese momento se encontraban allí Göring, Keitel, Warlimont, Below y Günse. Jodl estaba ausente por enfermedad.

En la reunión se abordó el peligro de un desembarco de fuerzas angloamericanas en Italia, tras la capitulación, aquel año, de las tropas alemanas e italianas en Túnez.

Kesselring explicó que el alto mando italiano, después de la caída de Túnez, se dedicaba a sabotear las medidas tomadas para la defensa de Italia. La flota italiana era retenida en los puertos de manera deliberada, con la excusa de la falta de petróleo. Kesselring propuso transferir a su persona el mando supremo de las unidades italianas y evitar de este modo las intrigas del alto mando de aquel país.

Hitler reaccionó de manera relajada al informe de Kesselring. Explicó que prefería que las tropas angloamericanas desembarcaran en Italia a que lo hicieran en Francia. Por lo que respectaba el comportamiento del alto mando italiano, Hitler propuso retirar las unidades italianas de las áreas donde se podían esperar los combates con las tropas angloamericanas y emplearlas tan sólo en la defensa de las costas. Después de la entrevista, Kesselring voló de vuelta a Italia.

Aquel mismo día, a altas horas de la madrugada, Hitler ordenó a Günse preguntar si Göring ya dormía. Éste se encontraba en aquel momento en su búnker de la «Guarida del Lobo», a una distancia de apenas cien metros del búnker de Hitler.

A Günse le dijeron por teléfono que Göring se disponía a acostarse justo en aquel momento. En compañía de Günse y de Linge, Hitler se dirigió apresuradamente al búnker de Göring. El mariscal del *Reich* recibió a Hitler en ropa de dormir. Llevaba una bata de colores, atada con un cinturón azul, y alrededor del cuello un chal de seda. Sus pies calzaban unas zapatillas de charol, cerradas con hebillas de plata. Ofrecía la apariencia de un marajá y olía a perfume caro.

Hitler permaneció allí una media hora. Ambos discutieron la situación en Italia, tal como la había presentado Kesselring, y el plan de Hitler de encontrarse con Mussolini.

A la mañana siguiente, Hitler encargó a Ribbentrop organizar un encuentro con Mussolini. Todavía antes del mediodía, Hitler voló de Rastenburg a Salzburgo, en compañía de Keitel, Warlimont, Bormann, Hewel, así como de sus ayudantes y guardaespaldas personales.^[285] Warlimont sustituía a Jodl, que continuaba enfermo.

El *Führer* se desplazó de Salzburgo al Obersalzberg en una columna de coches y

con todo su séquito. Tenía la intención de verse con Eva Braun. Una vez allí, se encontró con los padres de ella, los cuales no solían dejarse ver en el Berghof cuando Hitler estaba presente. El dictador cenó en su compañía. El padre de Eva vestía el uniforme de capitán del servicio administrativo.

Al día siguiente, hacia las siete de la mañana, Hitler y su estado mayor se dirigieron otra vez al aeródromo de Salzburgo. Desde allí despegaron una hora más tarde y, escoltados por una escuadrilla de aviones de caza, se dirigieron hacia Italia. La aeronave de Hitler aterrizó en el aeródromo militar de Belluno, al norte de Venecia. Allí fueron recibidos por Mussolini, Cavalero —el jefe del estado mayor general italiano— y Kesselring. Desde el aeropuerto tuvieron que recorrer un largo trayecto en tren y luego en coche para llegar al lugar donde estaba previsto celebrar la reunión.^[286] Se trataba de una mansión en una aldea aislada y perdida en las montañas. Hitler estaba fuera de sí a causa del largo viaje y porque su deseo había sido estar ese mismo día de vuelta en Alemania.

El automóvil en el que viajaba Warlimont se quedó rezagado, perdió el contacto con la columna y el conductor se extravió. Los oficiales italianos que acompañaban a Warlimont aseguraban desconocer el itinerario. El coche se detuvo en un cruce de caminos. Warlimont, Waizenegger —su mano derecha, y oficial de estado mayor general— y Günsche bajaron del vehículo con la intención de averiguar la dirección que había tomado la columna de coches de Hitler y Mussolini. Para ello se ayudaban de las huellas que los neumáticos habían dejado en el polvo de la carretera.

Warlimont ocultaba a duras penas su enfado. Dijo que era una desconsideración de los italianos tratarlo a él como si fuese un don nadie. Él tenía que estar inexcusablemente presente al comienzo de la reunión, ya que los documentos necesarios los llevaba en su maletín. Además, Keitel no estaba en condiciones de negociar con los italianos.

En el cruce, los oficiales italianos seguían gesticulando de un lado a otro, mientras Warlimont se mostraba cada vez más furioso. Consideraba todo el asunto una maniobra alevosa de los militares italianos con el fin de obstaculizar las negociaciones.

—No quieren ir a combatir y tampoco quieren que Kesselring sea su comandante en jefe —dijo.

Finalmente, apareció un coche que Keitel había enviado en búsqueda de Warlimont, que se presentó en la reunión con más de una hora de retraso.

A la guardia personal de Hitler le pareció sospechoso ese desplazamiento interminable desde el aeropuerto hasta las montañas y esa ausencia tan prolongada de Warlimont. En las visitas anteriores de Hitler a Mussolini sólo se habían alineado

centinelas italianos. En esta ocasión, la escolta de Hitler distribuyó guardias propios, armados con ametralladoras, alrededor de la mansión y de las salas de conferencias. La atmósfera de las conversaciones era todo menos cordial, muy diferente de la que había reinado en el pasado. Esto lo evidenciaba el hecho de que, durante el bufete que se había dispuesto en el jardín de la residencia, los alemanes y los italianos se mantuvieron en grupos separados de forma ostensible.

La reunión duró más de tres horas. A su término, Hitler y Mussolini se retiraron para almorzar a solas. Ambos se dirigieron a continuación, con sus respectivas comitivas, hacia el aeródromo de Belluno, desde donde Hitler partió de vuelta a Alemania. En cuanto hubo tomado asiento en la nave, explicó a Bormann que durante el día había experimentado una sensación muy desagradable.

—Mussolini es un amigo leal —comentó—. De todos los italianos, él es el único romano de verdad. A la hora de despedirnos me ha dicho: «*Führer*, si algún día yo faltó, el fascismo en Italia se vendrá abajo como un castillo de naipes».

Hitler pasó la noche en el palacete del Obersalzberg. A la mañana siguiente se trasladó en avión a su cuartel general de Rastenburg.

En los días posteriores, se mostró cada vez más preocupado por la lealtad de la familia real italiana. El Servicio de Seguridad informó desde Roma de que la monarquía italiana estaba negociando en secreto con Inglaterra. A comienzos de julio, Hitler convocó en su cuartel general al príncipe Felipe de Hesse, casado con la princesa Mafalda, una hija del rey Víctor Manuel. El príncipe de Hesse era por entonces teniente general de las SA, llevaba la insignia de oro del Partido nacionalsocialista y ostentaba el cargo de gobernador del estado de Hesse. El mismo tenía su residencia en la ciudad de Kassel.

Hitler explicó que pretendía sonsacarle al príncipe lo que tramaban sus reales parientes de Roma. Suponía que Felipe debía de estar enterado de los planes de la corte real italiana, ya que acudía frecuentemente a Roma. Según la opinión del *Führer*, la familia real italiana, y sobre todo el príncipe heredero, Humberto, era capaz de cualquier acto infamante contra Alemania.

—Humberto —comentó Hitler— es un enemigo personal del *Duce*, pues éste pretende imponer en Italia un régimen autocrático.

A su llegada al cuartel general, el príncipe de Hesse fue alojado en el búnker de los huéspedes. Hitler almorzaba todos los días con él al mediodía y le invitaba a sus tardes del té. Juntos contemplaron álbumes y fotografías de las excavaciones

arqueológicas realizadas en Roma. En sus conversaciones con el príncipe, Hitler intentaba averiguar las intenciones que tenía la casa real italiana. Asimismo, había ordenado vigilar la correspondencia de su invitado.

El 10 de julio de 1943, las tropas angloamericanas desembarcaron en la isla de Sicilia. El 25 de julio se presentaron en el búnker de Hitler Keitel y Jodl, junto al teniente general de las SS Karl Wolff, el enlace de Himmler en el cuartel general. Todos estaban muy alterados y exigían ser anunciados al *Führer* de inmediato. Se les hizo pasar al salón. Unos minutos más tarde se presentó Hitler, acompañado de Günse. Hitler miraba de una manera perturbada. Desde el fracaso de la ofensiva de Kursk, vivía con el miedo permanente de recibir malas noticias.

Keitel se acercó a Hitler y balbuceó:

—*Mein Führer*, el *Duce*...

—¿Qué pasa con el *Duce*? —le interrumpió Hitler.

—... el *Duce* ha sido derrocado.

Keitel hizo entrega a Hitler de una carta procedente del alto mando italiano. Éste se la arrancó de la mano, se puso las gafas y la leyó en voz baja: «El Gobierno de Mussolini ha dimitido. Su majestad el rey ha encargado al mariscal Badoglio la formación de un nuevo gabinete. Italia, que cumple lealmente su deber de aliado, continuará la lucha al lado de Alemania y hasta la victoria final».

Hitler se había puesto pálido. Intentaba tomar aire.

—¿Dónde está el *Duce* en estos momentos? ¿Qué se sabe de él? —preguntó finalmente.

—Nada —respondieron todos al mismo tiempo.

Hitler arrugó el papel y gritó, lleno de rabia:

—¡Lo van a matar! ¡Esos italianos! ¡Esa pandilla de traidores! ¡Roatta, ese canalla, ha sido nombrado jefe del estado mayor general!^[287]

Hacía mucho tiempo que el *Führer* profesaba un odio intenso contra el general Roatta, que había dirigido las tropas italianas en los Balcanes con la misión de combatir a los partisanos griegos, albaneses y yugoslavos. A Hitler le constaba que

Roatta, llevado por la codicia, había vendido armas a los guerrilleros, lo que le había permitido amasar una fortuna.

—¡Todos éstos andan compinchados con los ingleses! —continuó gritando Hitler—. ¡Esa maldita casa real! ¡Y ese príncipe Felipe, el yerno del rey, está aquí sentado conmigo haciendo ver que es un tonto que no sabe nada! ¡Y estaba enterado de todo! ¡Me las pagará!

(El príncipe Felipe de Hesse fue entregado a la *Gestapo* de Königsberg para responder de sus actos. Su esposa Mafalda, la princesa italiana, acabó en un campo de concentración.)

Hitler golpeó la mesa con sus puños, incapaz de aplacarse.

—¡Se van a enterar! ¡Desarmaremos al Ejército italiano! Jodl, ¿qué unidades pueden encargarse de esa tarea?

Jodl respondió en voz baja:

—*Mein Führer*, podemos emplear los regimientos de reserva de los regimientos de montaña del Tirol y de Estiria. Ambos están destacados cerca de la frontera italiana. Aunque se trate de reclutas recién formados, nos bastan y sobran para hacer frente a los cobardes italianos.

Después de una breve pausa, Hitler respondió que las unidades que proponía Jodl no estaban en condiciones de desarmar a los italianos.

—De esto tiene que ocuparse mi *Leibstandarte* —afirmó—. Hay que reorganizarlo de todos modos.

Sin esperar, Hitler dio la orden de transferir el *Leibstandarte* Adolf Hitler desde el frente oriental hacia el área de Innsbruck, junto a la frontera que separaba Alemania de Italia. A continuación, Jodl informó a Hitler sobre los combates que se estaban librando con los angloamericanos en Sicilia. Con un movimiento brusco, Hitler se quitó las gafas, las revolvió una y otra vez entre las manos cruzadas a su espalda, hasta que finalmente se quebró uno de los cristales. Esto le solía pasar cuando estaba irritado y nervioso. Hitler lanzó los cristales y la montura sobre la mesa y espetó con un tono despectivo:

—¡Vaya par de cobardes, ese Churchill y ese Eisenhower! Si yo estuviera en su lugar, desembarcaría en Génova, incluso en Hamburgo, pero no en Sicilia, donde su amenaza es menor. El beodo de Churchill se alegra de que nos desangremos en Rusia, y se dedica a esperar...

Hitler sabía, por los informes del estado mayor general, que los ingleses estaban postergando deliberadamente la apertura de un segundo frente. Estas informaciones se basaban en su mayor parte en noticias que el estado mayor general alemán recababa de manera regular de fuentes inglesas oficiales y gracias a los diplomáticos españoles en Londres. El embajador español en Londres, el duque de Alba, y su agregado militar, el coronel Alfonso Barra, las transmitían al estado mayor general español en Madrid, que a su vez las remitía al agregado militar alemán. Los documentos contenían datos sobre la evaluación de la situación militar por parte del alto mando inglés y la distribución de las tropas inglesas. El estado mayor general alemán dedujo de ellos que Inglaterra continuaba manteniendo una actitud fundamentalmente defensiva. Pero Londres proporcionaba esta información de manera deliberada, para que Alemania continuase concentrando todas sus fuerzas en el frente oriental. En el estado mayor general alemán estos expedientes procedentes de los canales españoles llevaban el nombre cifrado de «informes Alba».

Himmler entró en la sala de reuniones. Hitler estaba tan alterado que no percibió su presencia. Al llamarle la atención Günse, se dio rápidamente la vuelta, saludó a Himmler de manera breve y le preguntó:

—Himmler, ¿cómo ha podido pasar esto? No es posible que el *Duce* haya renunciado voluntariamente, es ridículo. Se habrá visto forzado a ello.

Himmler les dijo que hasta el momento sólo disponía de informaciones incompletas sobre los acontecimientos de Italia. Pero que de éstas podía deducirse que la mayoría de los líderes fascistas italianos estaban contra el *Duce*, incluso Ciano, su yerno. Éstos daban su apoyo a la decisión de la casa real de retirar a Italia de la guerra.

Hitler se sentó en el borde de la mesa y confesó a Keitel, Himmler, Wolff y Günse, que lo rodeaban, que desde siempre había considerado a Ciano un charlatán. Hitler sabía que Ciano se había apropiado de las acciones de grandes minas durante la conquista de Albania. Como ministro de Exteriores, había dirigido un trust que mantenía burdeles por toda Italia. También calificó de fulana a la esposa de Ciano, Edda, la hija de Mussolini. Con ocasión de sus visitas a Alemania, siempre se había tenido que «destacar» para «entretenerla» a oficiales de las SS particularmente corpulentos. Hitler suspiró:

—Himmler, el *Duce* me da lástima. Si aún está con vida, descubra dónde se le retiene. ¡Tenemos que salvarle!

A los pocos días se presentó en el cuartel general del *Führer* el agregado militar italiano en Berlín, el general Marras, que había sido nombrado, tras la caída de Mussolini, representante diplomático del Gobierno Badoglio en Alemania. Se presentaba ante Hitler para hacer entrega de sus credenciales. Keitel y Dörnberg, el jefe de protocolo del Ministerio de Asuntos Exteriores, llevaron a Marras y a sus colaboradores de la embajada italiana al búnker de Hitler. Tuvieron que esperar en el corredor, delante del salón de reuniones donde Hitler se hallaba en aquel momento. Los ordenanzas recibieron sus abrigos. Linge comunicó a Hitler que Marras había llegado. El *Führer* se levantó de la mesa y puso la cara lóbrega que requería la situación. Linge abrió la puerta e invitó a entrar a Marras, que vaciló y quiso ceder el paso a Keitel. Pero éste le respondió que estaba en su casa y dejó que Marras entrara primero. En cuanto vio a Hitler, y presa del miedo, se volvió hacia sus acompañantes. Con las credenciales en la mano, entrechocó los talones ante Hitler, que le gritó, antes de que Marras pudiera decir una sola palabra:

—¡General! ¡No me costaría nada hacerle detener en el acto! ¡Su comportamiento raya en la traición!

Marras empalideció. La mano que sostenía las credenciales le temblaba. Linge abandonó el salón. Veinte minutos más tarde, Hitler pulsó el timbre para llamarlo y cuando Linge volvió a entrar, el rostro del *Führer* continuaba rojo de ira. Sobre la mesa se hallaban las credenciales, arrojadas con dejadez. Con un gesto de la mano, Hitler indicó a Marras que se marchara. Éste realizó una media vuelta militar y abandonó el salón a toda prisa. En el corredor cogió bruscamente el abrigo que le tendía el ordenanza y salió del búnker. Keitel, Dörnberg y los acompañantes de Marras apenas eran capaces de seguirle. Se introdujo en el coche y abandonó el cuartel general.

Hitler buscó entre los fascistas italianos a algún candidato que pudiera reemplazar al derrocado Mussolini. Con este fin, recibió en el cuartel general a representantes del fascismo italiano que se habían refugiado en Alemania tras la caída de Mussolini. Bormann era el encargado de presentar a Hitler los posibles sucesores de Mussolini. Hitler quería entrevistarse con ellos personalmente. Pero ninguno de los candidatos dio la impresión de tener una actitud combativa. Todos echaban de menos los placeres de la vida de los que habían gozado en Italia. Pavolini, el antiguo secretario del Partido Fascista italiano, se quejaba sobre todo de la pérdida de su fortuna personal. No dedicó ni una palabra al destino de Italia:

—Todos éstos son corruptos hasta la médula. No podemos confiar en que vayan a continuar la guerra.^[288]

A principios de agosto de 1943, Himmler se presentó sin previo aviso en la «Guarida del Lobo». Pidió a Günse que avisara de inmediato a Hitler, que lo recibió sin dilaciones. Con una cara radiante, Himmler declaró:

—¡*Mein Führer*, el *Duce* está vivo!

Hitler no podía creerlo. Estaba convencido de que si el *Duce* seguía con vida, debía de estar en Inglaterra en manos de los servicios secretos británicos. Himmler llevaba consigo un mapa de los Abruzos. Inclinado sobre éste, comenzó a explicar:

—*Mein Führer*, hemos averiguado con toda seguridad que el *Duce* está retenido en una casa aislada en estas montañas.^[289]

Hitler iba nervioso de un extremo a otro de la habitación, mientras se rascaba la herida que tenía en el cuello. Convocó a Günse, Keitel y Jodl. Junto a ellos y Himmler, deliberó sobre las posibilidades de sacar al *Duce* de allí. Decidieron liberar a Mussolini con un comando especial que se lanzaría en paracaídas cerca de la casa donde lo mantenían detenido. Himmler le explicó a Hitler que disponía para ello del hombre ideal, un esgrimidor. Hitler quiso que se lo presentaran.

Al atardecer, Himmler había hecho el viaje de ida y vuelta al cuartel de su estado mayor de Angerburg, a unos cuarenta y cinco minutos en coche de la «Guarida del Lobo». Le acompañaba un oficial de las SS, alto y de anchos hombros, una de cuyas mejillas estaba adornada con una cicatriz. En la manga izquierda de su chaqueta estaban cosidas con galones de plata las letras «SD» [*Sicherheitsdienst*]. Se trataba de Skorzeny, un austríaco que antes de la anexión de Austria había actuado como agente de los nazis y había cometido diversos asesinatos políticos. Skorzeny causó una buena impresión en Hitler, que ordenó a Jodl que le apoyara en la ejecución del plan para liberar a Mussolini. Jodl se encargó de indicar al comandante en jefe de las tropas de paracaidistas de Italia, el general Student, que pusiera a disposición de Skorzeny los paracaidistas necesarios. En el momento de despedirse, Hitler le pidió a Skorzeny:

—¡Diríjase de inmediato en avión a Italia! Estudie la situación sobre el terreno. Actúe de la manera que usted considere oportuna.^[290]

El Ejército italiano, entretanto, había sido desarmado por las tropas alemanas. Esta acción la había llevado a cabo el *Leibstandarte* Adolf Hitler, que a mediados de 1943 había sido transferido desde sus posiciones cerca de Jarkov hacia la frontera de Alemania con Italia. Ahora no lo dirigía Sepp Dietrich sino Theodor Wisch.

Sepp Dietrich, después de la batalla de Kursk, había sido nombrado comandante del I cuerpo acorazado de las SS, compuesto por el *Leibstandarte* y por una división blindada bautizada con el nombre de «Juventudes Hitlerianas». Ésta se había organizado recientemente en Bélgica con jóvenes de las SS con edades comprendidas entre los 16 y los 17 años.

A comienzos de agosto el *Leibstandarte* llegó al Tirol y se trasladó al área de Milán, cruzando el paso del Brennero. Tenía la misión de desarmar a las unidades italianas emplazadas entre Milán, Turín y Como, que por su número equivalían casi a un ejército. Los soldados de las SS tenían la orden de tratar a los italianos como si fueran adversarios y traidores, y de reprimir con mano de hierro cualquier tipo de resistencia. Günse, que por deseo expreso de Hitler había sido enviado a Italia como jefe de compañía, se presentó en el *Leibstandarte* antes de iniciarse la operación. En el momento de la despedida, Hitler le había dicho entre risas:

—No me asuste usted a los italianos con su estatura.

La mayor parte de los soldados italianos se habían atrincherado en sus cuarteles. Los oficiales, sin embargo, en su mayoría cambiaron sus uniformes militares por ropa civil. El desarme se desarrolló de la siguiente manera: un oficial de las SS se presentaba ante uno de los cuarteles y exigía a los italianos que depusieran las armas y que se rindieran. La respuesta era una y otra vez la misma:

—Jamás. Resistiremos hasta la última gota de sangre.

Sin embargo, bastaba el estruendo de una granada de mano para que los soldados izaran la bandera blanca y se dejaran desarmar sin ofrecer resistencia alguna. A continuación, los «aliados» marchaban en largas columnas a los campos de trabajo situados en Italia y Alemania. Allí se les trató según había mandado Hitler: si los italianos no tienen voluntad de luchar, entonces tendrán que trabajar para nosotros, hasta caer exhaustos.^[291]

Así «luchó» el *Leibstandarte* en Italia. Los soldados de las SS comentaban con frecuencia la diferencia entre el horror de los combates en Rusia y esta «agradable guerra» en Italia. Cumplida la misión y después de haber enviado el botín requisado a Alemania (una enorme cantidad de material bélico), las unidades del *Leibstandarte* se instalaron en los numerosos balnearios situados junto a los lagos Mayor, Garda y

Como. Allí se repusieron de los duros combates en Rusia y curaron las heridas que recientemente les habían infligido en Kursk.

El *Leibstandarte* volvió a rearmarse. Recibió sobre todo nuevos vehículos, fabricados por *Fiat* y *Alfa Romeo*. Además, se le agregó una nueva sección acorazada dotada de carros de combate *Panther*.^[292] Con ello la unidad disponía ahora de casi trescientos blindados del tipo *Tiger*, *Panther* y *Panzer IV*.^[293]

A finales de octubre de 1943, la buena vida del *Leibstandarte* en Italia tocó a su fin. Junto a otras unidades alemanas, se trasladó a toda prisa al sector meridional del frente oriental, donde la situación era preocupante. Con los ánimos abatidos, los soldados de las SS se dirigieron de nuevo a Rusia, a la guerra de verdad, con todos sus horrores.

En la segunda mitad de agosto de 1943, Wolff, el antiguo enlace de Himmler en el cuartel general, que había sido nombrado jefe superior de la Policía y las SS de Italia después de la caída de Mussolini, informó de que la operación de Skorzeny había sido un éxito.^[294] Mussolini había sido liberado por paracaidistas del general Student, que se habían lanzado con planeadores cerca de la casa donde estaba retenido el *Duce*. Skorzeny rescató a Mussolini con un pequeño avión del tipo *Fieseler-Storch*.^[295] Hitler envió de inmediato a su piloto personal, Baur, con el del *Führer* hacia el lugar de Italia adonde habían llevado a Mussolini. Baur lo trasladó sano y salvo al cuartel general de Hitler, que lo esperaba en el aeródromo de Rastenburg. Tras el aterrizaje, el *Führer* se acercó al avión. Detrás de la ventanilla delantera podía reconocerse a Mussolini. Vestía civil y el sombrero le cubría buena parte de la frente. El avión se detuvo. El personal del aeródromo acercó apresuradamente una escalerilla, junto a la cual tomó posición Hitler. Mussolini apareció en la puerta de la nave sosteniendo el sombrero en la mano. Estaba pálido y encogido. El *Duce* descendió por la escalerilla con dificultad. Hitler tomó sus manos entre las suyas y las apretó durante largo rato. El dictador italiano estaba completamente apático. Hitler le puso las manos en los hombros, lo sacudió y le dirigió algunas palabras. Ambos rieron. Keitel, Bormann, Dietrich y otros, que se habían mantenido aparte, se acercaron. Todos felicitaron a Mussolini por su rescate. Entretanto, también habían descendido Skorzeny y el hijo de Mussolini. Todo el grupo se dirigió al cuartel general. Una vez allí, Mussolini y su hijo se instalaron en el lujoso refugio de Göring. Skorzeny obtuvo por el rescate de Mussolini la más alta condecoración alemana, la cruz de caballero. Desde la «Guarida del Lobo», Mussolini se desplazó a Múnich. Allí, junto con su hijo y su esposa, también llegada de Italia, se trasladó a un castillo patrimonio los Wittelsbach, la dinastía real de Baviera.

A comienzos de 1943, Mussolini formó un nuevo Gobierno con el grupo de fascistas que habían huido de Italia y que le seguían siendo leales.^[296] En Italia los

alemanes se enfrentaban a las tropas angloamericanas que habían desembarcado el 10 de julio en Sicilia. A finales de agosto las unidades alemanas de Sicilia se vieron forzadas a retirarse a la Italia meridional cruzando el estrecho de Mesina.^[297]

El 8 de septiembre el rey italiano y el Gobierno de Badoglio se refugiaron con los angloamericanos de Sicilia e hicieron pública la capitulación de Italia. En realidad, esto sólo representaba su propia capitulación, porque casi la totalidad de Italia continuaba ocupada por las tropas alemanas y porque el Ejército italiano había sido desarmado por los alemanes. Los angloamericanos sólo habían ocupado Sicilia y una porción minúscula de la Italia meridional.^[298]

A la hora de capitular, Badoglio sólo pudo entregar al alto mando angloamericano el grueso de las fuerzas de la Marina italiana. Sin embargo, el alto mando alemán no le concedió importancia a este hecho, pues ya conocía el notorio «espíritu combativo» de la Marina italiana.^[299]

Mussolini volvió con su Gobierno al norte de Italia, donde se estableció junto al lago de Garda, después de la huida del rey italiano Víctor Manuel y de su primer ministro Badoglio. Pero el de Mussolini no era más que un gobierno en la sombra. Los que mandaban en realidad eran las autoridades de la ocupación alemana. El gabinete de Mussolini se limitaba a ocuparse de la administración civil y del reclutamiento de fuerza de trabajo destinada a Alemania.

La peculiar relación que mantenía Hitler con los italianos explicaba estas limitaciones. El *Führer* había proclamado que de ninguna manera entregaría a los italianos el poder político, porque le habían traicionado. Había creado el Gobierno de Mussolini sólo para demostrar al mundo que el fascismo continuaba vivo en Italia. Por esta misma razón, Hitler autorizó a Mussolini a formar un ejército de cuatro o cinco divisiones, compuesto por soldados del Ejército italiano desarmado por los alemanes y que estaban en los campos de trabajo alemanes. El mariscal Graziani, una persona lealmente entregada a Mussolini, obtuvo el mando de las tropas. Éste no estaba destinado a luchar en el frente y sólo ejercía tareas de índole policial. Debía reprimir sobre todo los levantamientos antifascistas y perseguir a los patriotas italianos que atacaban a las tropas de ocupación alemanas. El Ejército de Graziani tan sólo recibió carabinas y metralletas ligeras para encargarse de estas tareas.

Hitler ya no depositaba esperanza alguna en Mussolini, al que tiempo atrás había calificado como «el único romano de verdad». A Mussolini no le interesaba el destino de Italia, después de lo que le había tocado vivir tras su detención. El teniente general Wolff, el jefe superior de la Policía y de las SS de Italia, cuyos agentes vigilaban a Mussolini, informó de que al *Duce* le eran completamente indiferentes los acontecimientos militares y políticos del país. El Servicio de Seguridad aseguraba desde Italia que Mussolini llevaba una vida disoluta, rodeado de mujeres con las que celebraba orgías nocturnas.

Hitler comentó a sus ayudantes al respecto:

—Al *Duce* ya tan sólo le interesa su harén de jóvenes y guapas italianas. Es lo único que llena su vida.

El contraataque de los rusos en Kursk acabó por convertirse en una ofensiva en toda regla. En los informes del frente emitidos por el alto mando alemán se hablaba siempre de un retroceso «planificado» de las tropas alemanas, realizado con la finalidad de «enderezar» el frente. Sobre estas fórmulas se hacían chistes amargos en el estado mayor de Hitler, porque todo el mundo sabía que el retroceso «planificado» le costaba al bando alemán decenas de miles de muertos y heridos.

Pero Hitler repetía de manera imperturbable después de cada una de las sesiones dedicadas al frente oriental:

—Todo acabará con el triunfo de Alemania.

Las tropas alemanas del frente oriental, mientras tanto, retrocedían todos los días un poco más ante la presión de los rusos. Los sueños del trigo, del carbón y de los minerales de Ucrania, del petróleo del Cáucaso eran cosa del pasado.

En el cuartel general se presentaron empresarios que mantuvieron largas entrevistas con Hitler. Los colaboradores del *Führer* comentaban que los amos de Alemania estaban preocupados. El primero en aparecer fue el doctor Röchling, el jefe de la Confederación del Hierro del *Reich*. Vino a continuación el rey de los cañones, Krupp, que llegó en su tren particular.^[300] También Göring se presentó en aquellos días en el cuartel general. No obstante, ajeno a cualquier preocupación, dedicaba su tiempo a la caza en su hacienda de Rominten.

A Göring le preocupaban poco los sufrimientos y las horribles pérdidas de las tropas alemanas en el frente oriental. Trajo consigo piezas de caza y cerveza fabricada expresamente para él. Durante el almuerzo con Hitler, Göring le leyó una carta que había recibido de Schacht, quien escribía que en los círculos empresariales se consideraba la situación del frente oriental como una grave amenaza para el destino de Alemania. La opinión general era que en una situación de esta índole debería trabajarse por un tratado de paz con las potencias occidentales. Schacht daba a entender que gracias a sus contactos privados había llegado a enterarse de que unas negociaciones en este sentido podrían muy bien tener el éxito deseado.

La misiva de Schacht enfureció a Hitler. Sin ningún freno, comenzó a lanzar improperios rabiosos contra Schacht. Exclamó que quería engatusarlo y hacer política a sus espaldas. Consideraría un crimen de alta traición cualquier entrevista mantenida con los angloamericanos sin su conocimiento. Hitler amenazó con encerrar a Schacht

en un campo de concentración.^[301]

Göring conservó la calma mientras Hitler deliraba. Intentó distraerlo y logró cambiar de tema, explicándole al dictador que el anciano Schacht se había divorciado de su esposa y que había contraído matrimonio con una joven secretaria.

Cuando las tropas alemanas tuvieron que retirarse más allá del Dniéper, Hitler llamó a su cuartel general a los generales en jefe de los grupos de ejércitos y de los ejércitos del frente oriental. La reunión se celebró en el comedor de oficiales, emplazado a 500 metros del refugio de Hitler, que se dirigió en automóvil al lugar del encuentro, acompañado de Bormann, Schaub, Schmundt y Linge. Cuando hizo su entrada, los mariscales de campo y los generales reunidos lo recibieron con el saludo fascista. Hitler pronunció un discurso en el que exigía mantener el frente costara lo que costase.^[302]

En su arenga indicó que las condiciones para la continuación de la guerra en el este eran favorables, ya que la apertura de un segundo frente en Francia se retrasaba a todas luces. Hitler leyó a los presentes dos informaciones de la Oficina Alemana de Noticias, en las que se indicaba la existencia de diferencias entre los angloamericanos y los rusos.

Al final de su discurso, Hitler declaró en un tono lleno de patetismo:

—¡Señores míos! ¡Cuando llegue la hora en que Alemania esté amenazada, espero verles a ustedes, mis generales, de pie junto a mí en la trinchera! ¡Y a ustedes, mis mariscales de campo, a mi lado, con la espada desenvainada!

Mientras pronunciaba estas palabras, el mariscal de campo Von Manstein, al mando por entonces del grupo de ejércitos del sur, dio un paso al frente y exclamó:

—¡*Führer*, ordena, nosotros te seguimos!

Hitler enmudeció y dirigió a Manstein una mirada de extrañeza. No acababa de creerse que fuera sincero. Manstein, un típico general de la escuela del emperador Guillermo II, era conocido como un monárquico de pura cepa, que sólo se había amoldado al régimen nazi. Pero, en ese momento Keitel exclamó:

—A nuestro admirado *Führer* un triple *Heil!*, *Heil!*, *Heil!*

Los mariscales de campo y los generales se levantaron de golpe y alargaron el brazo derecho. Keitel vociferó tres veces:

—*Sieg Heil! Sieg Heil! Sieg Heil!*

Todos los asistentes le corearon. Seguidamente entonó el himno nacional: *Deutschland, Deutschland, über alles*, y también la canción de Horst Wessel. Los presentes cantaron con él. El coro, que había sonado compacto con el himno nacional, se descompuso de manera manifiesta cuando se pasó a entonar la canción de Horst Wessel, porque los mariscales de campo y los generales a duras penas se sabían el texto y la melodía del himno nacionalsocialista. Cuando Hitler abandonó la sala, aún seguían cantando.

Un silencio gélido reinaba en el coche de Hitler durante el regreso al búnker.

—Indignante —masculló Bormann entre dientes.

Una vez llegados al búnker, Hitler se dirigió de inmediato a la sala de juntas. Schmundt, Schaub y Linge desaparecieron en la habitación de los ayudantes. Schaub puso una cara triste y se mostró cabizbajo, lo que indicaba que se preparaba una tormenta. Entonces entró Bormann en la habitación y se dirigió a Schmundt:

—¡Manstein ha de presentarse enseguida ante el *Führer*!

Schmundt fue a buscar a Manstein y lo llevó ante Hitler. De inmediato se oyó a éste vociferar en el interior de la estancia. Hitler le exigió a Manstein a gritos que no se atreviera a interrumpirle otra vez. Eso lo consideraba una falta de disciplina. Hitler abroncó a Manstein durante diez minutos. Seguidamente, éste abandonó la habitación como un colegial que hubiera cometido una infracción y recibido su castigo.

En los primeros días de diciembre, Günsche, que se hallaba en el frente oriental, fue convocado en el cuartel general de Hitler. Había llegado al frente cuando el *Leibstandarte* Adolf Hitler fue trasladado otra vez desde Italia a Rusia. Hitler invitó a comer a Günsche inmediatamente después de su llegada. Sentados frente a frente, el *Führer* le dijo:

—Günsche, he tomado la decisión de sacarlo de Rusia. Se me ha informado de que los rusos inyectan algo especial a sus prisioneros, con el fin de volverlos dóciles. No quiero correr riesgos con su persona. Usted ha estado mucho tiempo en mi estado mayor y sabe demasiadas cosas.

Hitler añadió que había dado instrucciones para llamar del frente oriental a todos aquéllos que habían estado en su estado mayor personal o que habían prestado servicio en su guardia personal.

Günsche tuvo la impresión de que, después de su breve ausencia, el dictador

caminaba aún más encorvado y que el temblor de su mano izquierda se había incrementado. Hitler lo explicaba diciendo que siempre tenía frío. Los temblores habían comenzado después de la derrota de Stalingrado, aunque por aquel entonces apenas había sido perceptible. Hitler encaneció de manera paulatina. Sus movimientos parecían entrecortados y nerviosos. Durante la comida, bebió todo un vaso de *slivovitz* (aguardiente de ciruela), algo completamente inusual en él. En otros tiempos bebía en ocasiones un poco de licor digestivo. Al beberlo, hacía muecas y se sacudía, incluso se tapaba la nariz, porque no le gustaba el aroma del alcohol. Ahora, sin embargo, en todas sus comidas ingería una notable cantidad de licor o coñac.

Terminado el almuerzo, Hitler pidió a Günsche que le relatara sus vivencias en el frente. El oficial sabía que Hitler quería oír buenas noticias, por ello comenzó a comentar con palabras cautelosas que el espíritu bélico de los soldados alemanes en Rusia había decaído. No mencionó la tremenda dimensión de la contraofensiva rusa y se limitó a constatar la firmeza de los rusos durante el contraataque alemán. Pero incluso esto era demasiado para Hitler. Con enfado lo negó y aseguró:

—Se trata de casos aislados. Las informaciones que yo tengo dicen algo muy diferente.

Luego añadió, alterado, que pronto volvería a pasar al ataque, que avanzaría hasta el río Dniéper y que conquistaría Kiev. A continuación estrechó la mano de Günsche y dijo que tenía que dar de comer a *Blondi*. Tomó el cuenco con la comida que le había traído su ordenanza y abandonó pausadamente el comedor.

A mediados de febrero de 1944, Zeitzler informó a Hitler sobre la situación en el frente oriental. Hacía ya tiempo que había dejado de ser el hombre enérgico de antaño, aunque todavía hablaba con vivacidad. En esta ocasión daba la impresión de que quería acabar con su informe lo antes posible. El alto oficial comenzó presentando la situación del grupo de ejércitos del sur, como había sido habitual en los últimos tiempos. Aseguró que la situación de las tropas alemanas se había agravado de tal manera en el curso inferior del río Dniéper, que éstas se habían visto obligadas a evacuar la zona industrial de Nikopol. En vista de la situación, el alto mando del grupo de ejércitos, proseguía el general, pretendía retirar las tropas unos kilómetros hacia el oeste para enderezar el frente. Cuando escuchó estas palabras, Hitler se levantó de un salto y se lanzó sobre la mesa, agarró con su mano izquierda el mapa y exclamó:

—¡Si los generales comprendieran de una vez por qué me aferré a estos territorios! ¡Necesitamos a cualquier precio el manganeso de Nikopol! Insisten en no querer entenderlo. Y apenas echan a faltar unos cuantos carros

de combate ya comienzan a enviar mensajes radiofónicos: «Sin tanques no podemos resistir. ¡Solicitamos autorización para retroceder!». [303]

Hitler había indicado en numerosas ocasiones que el manganeso de Nikopol era muy importante para la fabricación del acero fino. Había que defender por todos los medios la posesión de las materias primas. Nikopol tenía que convertirse en una plaza fuerte inexpugnable para los rusos.

El *Führer* se sentó pesadamente. Miró a Zeitzler con los ojos abiertos de par en par, como si esperara de él algún tipo de apoyo. Pero Zeitzler guardó silencio. Sabía que, de momento, eso era lo más adecuado.

El militar continuó sus explicaciones cuando la ira de Hitler se hubo calmado. Informó acerca de la difícil situación del 8.º ejército en el cerco de Korsun-Sevchenkivsky. [304] La operación iniciada días atrás con el objetivo de rescatar a aquellas tropas avanzaba con muchas dificultades debido a la encarnizada oposición que presentaban los rusos.

El general dedicó pocas palabras al sector medio del frente, que seguía la línea Babrujsk-Maguilov-Orsha-Vitebsk. Aquí se producían por entonces sólo combates de alcance local.

Luego informó de que en el sector norte del frente los ejércitos alemanes habían sido empujados hacia tierras estonias como consecuencia de la ofensiva rusa comenzada a mediados de enero en Leningrado y Voljov.

Cuando el general hubo terminado, Hitler mandó desplegar otra vez el mapa del sector meridional del frente. En un estado de gran excitación lo observó con detenimiento. Esforzándose ahora por mantener un tono tranquilo explicó que la guerra contra Rusia había entrado en una fase en la que iba a decidirse su resultado final: victoria o derrota. Todo ejército podía ser derrotado y obligado a retroceder, pero de manera inevitable llegaba el momento en el que todos estos golpes desembocaban en una catástrofe. En esta fase se hallaba ahora mismo el frente oriental alemán. Por ello era absolutamente indispensable mostrar una voluntad férrea. Un nuevo retroceso significaría la derrota definitiva de Alemania. A partir de ahora, Hitler castigaría rigurosamente o fusilaría a todo aquel oficial o general que le propusiera una nueva retirada. Lo que importaba en este momento no era la experiencia operativa, sino la firmeza y perseverancia de los comandantes. Por ello había decidido designar para los máximos puestos de mando a jóvenes oficiales y generales que poseían estas cualidades. A estos militares los quería ascender de inmediato en dos y tres grados. Las últimas palabras las pronunció Hitler con una voz completamente ronca. Había agotado sus fuerzas por completo. Se puso de pie y abandonó la habitación por una puerta lateral para retirarse a sus estancias privadas.

—Que venga Morell —le espetó a Linge, que había corrido tras el dictador.

Unos minutos más tarde se presentó el médico y Linge, como era habitual, le ayudó a preparar las inyecciones. Hitler se quitó la chaqueta y presentó el brazo para la inyección que Morell le dio de inmediato.

CAPÍTULO 11

FEBRERO - JUNIO DE 1944

En la segunda mitad de febrero de 1944 Hitler ordenó que varias edificaciones del cuartel general de la «Guarida del Lobo» se cubrieran con una capa adicional de hormigón armado de siete metros de espesor. Entre estas edificaciones se incluían su propio refugio, el llamado búnker de los huéspedes, reservado a los dirigentes del Partido y los ministros, cuando éstos venían a rendir cuentas, el búnker que acogía la centralita telefónica y las estaciones telegráficas y radiofónicas, así como otros refugios. El grosor de los techos, de dos metros de hormigón armado, ya no le parecía suficiente, pues temía bombardeos rusos desde el aire. Los trabajos duraron varios meses. Mientras tanto, Hitler y su cuartel general se trasladaron al Obersalzberg. En Gizyckp, en Prusia Oriental, sólo quedó Zeitzler, el jefe del estado mayor general del ejército, y sus colaboradores.

El 23 de febrero, Hitler partió en un tren especial desde la «Guarida del Lobo» al Obersalzberg. En Múnich hizo un breve alto en el camino. Desde allí acompañaron a Hitler hasta el Obersalzberg Eva Braun, su hermana Gretl, y la amiga de Eva, la señora Schneider. Esta vez, Eva Braun decidió no invitar a la señora Schönemann al Obersalzberg. Se sentía celosa de ella, porque Hitler le había dedicado demasiada atención durante la primera estancia en 1943. Unos días más tarde también se presentó en el Obersalzberg la madre de Eva Braun. Eva había aprovechado su creciente ascendiente sobre Hitler para que la autorizaran a invitarla.

En el Berghof se instalaron, además de las amigas de Eva Braun, la esposa de Morell, el médico personal de Hitler, la del cirujano Brandt, la del ayudante Below, así como las secretarias de Hitler.

Al igual que en 1943, Keitel, Jodl y Scherff residían en el negociado de la cancillería del *Reich*, que se hallaba junto al Obersalzberg, entre Berchtesgaden y Bischofswiesen, a una media hora en coche del Berghof. Allí se alojaba ahora también el almirante Voss, que había relevado a Krancke como oficial de enlace de Dönitz en el cuartel general. Krancke había sido nombrado general en jefe del grupo naval de la costa atlántica; Göring ocupó junto a su mujer y su hija de siete años su mansión del Obersalzberg. Himmler y Dönitz se instalaron en las proximidades de Salzburgo. Cerca de allí residía Ribbentrop, en su castillo de Fuschl. El coronel Streve, comandante del cuartel general de Hitler, junto a su estado mayor, así como Warlimont y el estado mayor operativo de la *Wehrmacht* se instalaron en el cuartel de Strub. Streve había sido designado comandante en el otoño de 1942 en sustitución de Thomas. A éste lo habían enviado al frente del norte de África, donde halló la muerte.

El transcurso del día en el Berghof era similar a como había sido entre mayo y

junio de 1943. Hitler se levantaba hacia las doce del mediodía. Después del desayuno, hacia la una o la una y media, se celebraba en la gran sala la reunión informativa del mediodía. Tras la reunión en el salón, aparecían Eva Braun, su madre y su hermana Gretl, la señora Schneider, la señorita Kastrup, dama de compañía de Eva Braun, Bormann, Morell, Below y Brandt con sus respectivas esposas, Otto Dietrich, Hewel, Lorenz así como las secretarias y los ayudantes de Hitler. Pasaban el tiempo en aquel salón hasta que llegaba la hora del almuerzo. Hacia las tres y media, Hitler ofrecía su brazo a una de las damas y guiaba a todo el grupo a ocupar su sitio en la mesa. La dama en cuestión se sentaba a su lado. Como ya había sucedido el año anterior, las conversaciones en la mesa eran absolutamente triviales. No se mencionaba ni una palabra sobre la guerra. Cuando terminaba la comida, si hacía buen tiempo, Hitler y el resto de comensales daban un paseo hasta el pabellón de té situado en el Mooslahner Kopf.

Hitler se quedaba en el palacete y pasaba el tiempo en las habitaciones de Eva Braun cuando la meteorología no acompañaba. Juntos miraban revistas ilustradas alemanas de los años 1933 hasta 1939, y se deleitaban con las fotos de los «años felices» de Hitler. El *Führer* cenaba hacia las ocho de la tarde, acompañado por el mismo grupo. A continuación, seguía la sesión informativa vespertina, durante la cual sus ayudantes militares Von Below, Von Puttkammer y Borgmann daban parte de la situación en los frentes. A continuación, llegaba la hora del té vespertino, que se tomaba en la gran sala y era acompañado por el inevitable champán y por la música del gramófono.

Los cócteles, preparados según recetas de Eva Braun, introdujeron aquel año algo de variedad. Ella y los ordenanzas de las SS los bautizaban con nombres chistosos. Cuando una vez se le sirvió a Hitler un nuevo cóctel, éste preguntó su nombre. La respuesta fue: «Autobús». Hitler quiso saber cómo se les había ocurrido semejante apelativo. Se le explicó que probablemente por los muchos ingredientes que llevaba el cóctel y por la rapidez con la que hacía efecto, similar a la velocidad de un autobús. Cuando escuchó la explicación, Hitler estalló en una risa ruidosa y felicitó a Eva Braun por sus ocurrencias. Pasada la medianoche, Eva Braun mandaba ofrecer un tentempié compuesto de sopa de tortuga, panecillos untados y salchichas.

Hacia las tres y media de la madrugada Hitler solía retirarse a dormir.

A diferencia de lo que había sucedido en 1943, el transcurso del día era interrumpido ahora por las alarmas antiaéreas que sonaban cuando se acercaban los aviones angloamericanos. Esto acostumbraba suceder entre las nueve y las diez de la mañana, cuando los residentes en el palacete aún dormían. Se daba la alarma previa cuando los aparatos enemigos alcanzaban la frontera meridional de Alemania. El aviso de que se aproximaban los aviones era recibido bajo la clave «Robinson» por Below, el ayudante de la *Luftwaffe* de Hitler, procedente del centro de operaciones del

estado mayor del arma aérea.^[305] Below informaba seguidamente a Linge, que despertaba de inmediato a Hitler y transmitía la alarma previa a todos los residentes en el palacete. Entonces comenzaba un gran ajeteo. Las criadas arrastraban hasta los refugios antiaéreos un sinnúmero de cestos con vestidos de Eva Braun y de las otras damas del palacete, que salían de sus habitaciones somnolientas y sin maquillar, vestidas a toda prisa y con pañuelos en la cabeza.

Tan pronto como los aviones enemigos entraban en el espacio aéreo del sur de Alemania, las sirenas daban la alarma propiamente dicha. Entonces todo el mundo se precipitaba a los refugios antiaéreos.

Cuando se producía la alarma previa, Hitler se vestía a toda prisa y se dirigía, sin haber desayunado y acompañado por sus ayudantes, a la terraza del palacete. Allí, a cada instante Below le informaba sobre la posición momentánea de los aviones, para poder, en caso de peligro inminente, acudir a tiempo al refugio antiaéreo.

La construcción del refugio antiaéreo de Hitler duró un año y medio. Los trabajos estaban a punto de terminar cuando volvió a trasladarse al Berghof. La instalación consistía en un sistema de galerías que penetraban profundamente en el macizo de roca del Obersalzberg. Estas galerías estaban unidas unas con otras por pasillos estrechos, por lo que todo el Obersalzberg estaba socavado, como si se tratara de la gigantesca madriguera de un topo. La entrada que llevaba a los aposentos de Hitler estaba protegida por una puerta acorazada. Una escalera de unos cien peldaños descendía hacia un pasillo subterráneo. Al final de la escalera se había montado un nido de ametralladoras. Desde dicho pasillo partía un laberinto de corredores hacia las estancias privadas de Hitler, todas ellas amuebladas de manera confortable. A un nivel inferior se habían instalado grandes almacenes de víveres, para el caso de que el cuartel general tuviese que trasladarse por un tiempo prolongado a este conjunto de refugios. Para esta misma eventualidad, se amplió considerablemente el complejo de refugios a comienzos de 1945. Se añadieron asimismo nuevos dormitorios.

Cuando se producía una alarma antiaérea, se inundaba toda el área del Obersalzberg con una niebla artificial. Con esta finalidad se habían distribuido en las montañas que rodeaban el palacete pequeños grupos de hombres pertenecientes a una unidad especial, que se encargaban de hacer ascender un gas de color lechoso desde unas bombonas. Las numerosas baterías antiaéreas que rodeaban el Obersalzberg estaban preparadas para repeler un ataque. El batallón de las SS del cuartel situado a poco menos de quinientos metros del palacete reforzaba las guardias tanto alrededor como en el interior del recinto.

Mientras duraba la amenaza aérea, Hitler permanecía en la terraza, rodeado por sus ayudantes, y observaba si el Obersalzberg quedaba bien inundado por la niebla. En las ocasiones en que el viento se llevaba la niebla de alguna zona del palacete, Hitler se encolerizaba y ordenaba abrir nuevas bombonas de gas.

La alarma antiaérea solía durar una hora y media o dos. En el área que rodeaba el palacete del Berghof no cayó ni una sola bomba.^[306] La aviación inglesa y la norteamericana se dedicaron a bombardear principalmente Múnich. La población de la ciudad sufrió mucho con estos ataques. Pero Hitler sólo se preocupó por la mansión que había hecho construir para Eva Braun, por los palacetes del Partido nacionalsocialista de la *Königsplatz* y por el restaurante *Osteria Bavaria*, que había frecuentado en sus primeros años en Múnich. Cuando, durante un bombardeo, la residencia de Hitler en la *Prinzregentenplatz* fue levemente dañada por la onda expansiva de una explosión, el *Führer* declaró con aire orgulloso que las bombas también caían en su casa.

Eva Braun se escandalizaba con aquellos ataques aéreos, porque no la dejaban dormir. Además se quejaba del aburrimiento, porque los días se prolongaban infinitamente. Pudo convencer a Hitler para mirar durante horas los catálogos de juegos de porcelana y de cristal y para ayudarla a escoger los más bellos para el Berghof. En su calidad de ama de casa del Berghof, recibía estos catálogos por indicación de Himmler, a través de sus oficiales. Himmler, por su parte, obtenía los catálogos porque los juegos eran fabricados por los prisioneros del campo de concentración de Dachau en la fábrica de porcelana de Allach y por otras empresas en Checoslovaquia que dependían de la oficina central de economía y administración de las SS.^[307]

En respuesta a una petición especial de Hitler y Eva Braun, los prisioneros del campo de concentración de Dachau fabricaron candelabros de porcelana y una serie de figuras del mismo material que representaban a Federico II montando a caballo, así como sus generales y los soldados de todas las armas en los uniformes propios de la guerra de los Siete Años.

Eva Braun quiso introducir algo de variedad en la vida del palacete. Por ello insistió en invitar al Obersalzberg al famoso mago berlinés Schreiber. El ilusionista se presentó con su esposa, que le ayudaba en sus actuaciones. Ambos se hospedaron en la mansión de Bormann. Se les invitó al palacete a las comidas del mediodía y de la noche con Hitler, a las que se presentaron en compañía de Bormann y de su esposa. A partir de entonces y durante dos semanas, Schreiber exhibió ante Hitler y los habitantes de su casa sus trucos de magia. Las sesiones se celebraban en la misma gran sala de las reuniones informativas. Las actuaciones comenzaban por lo general después del té vespertino. El público lo formaban Hitler, Eva Braun, su madre, su hermana Gretl, la señora Schneider —amiga de Eva Braun—, la señorita Kastrup —dama de compañía—, Bormann, Morell y Brandt, con sus respectivas esposas, Hewel, Otto Dietrich, Lorenz, y las secretarias y los ayudantes de Hitler. El *Führer* tomaba asiento en la primera fila. A derecha e izquierda se sentaban Eva Braun y su madre. En la misma fila, también se sentaban Bormann y Otto Dietrich. Los restantes

invitados se distribuían detrás de ellos.

Aquellos números de magia se acompañaban de música de baile (Eva Braun y Martin Bormann solían escoger los discos) y en ellos Schreiber hacía desaparecer palomas amaestradas. También hacía desaparecer cualquier cosa que llevaran los presentes. Una estruendosa risotada retumbaba en la gran sala cuando de repente se esfumaba el reloj de bolsillo de oro de Bormann o el reloj de platino, adornado de brillantes, de Eva Braun, que le había regalado Hitler. Éste se animaba visiblemente con los trucos de Schreiber, reía y aplaudía mucho. En un tono jocoso le comentó a Schreiber que le gustaría hacer «desaparecer» de la misma manera a los ejércitos soviéticos.

A comienzos de 1944 las pérdidas de las tropas alemanas que luchaban en el frente oriental alcanzaron unas magnitudes inesperadas. La tierra rusa estaba empapada con la sangre de los soldados alemanes, cuyas tumbas ya eran incalculables. Los trenes transportaban un día sí y otro también a decenas de miles de heridos de vuelta a Alemania. Los hospitales estaban atestados. En las ciudades y las aldeas alemanas aparecieron cada vez más soldados ciegos, con miembros amputados o que caminaban con la ayuda de muletas.

No obstante, la magnitud de las bajas se ocultó al pueblo alemán.

En los informes del frente del alto mando se decía que los alemanes se retiraban de manera planificada del frente oriental, mientras que los rusos sufrían unas pérdidas colosales. Las pérdidas propias se presentaban como irrelevantes. La opinión pública alemana tampoco sabía que cientos de miles de soldados y oficiales alemanes habían caído prisioneros de los rusos. Se reclutó a centenares de miles de personas que habían sido consideradas indispensables para la marcha de la economía, y también adolescentes de 16 y 17 años, para compensar las enormes pérdidas humanas sufridas en los combates con los rusos. Todo ello en el marco de la movilización total proclamada después de la derrota de Stalingrado.^[308] Con estos reclutas se formaron nuevas divisiones que fueron enviadas al frente oriental. Los restos de las divisiones que allí habían sido pulverizadas se trasladaban desde Rusia a Francia, Bélgica o los Países Bajos, para completarlas y reconstituirlas nuevamente. En los países occidentales ocupados por Alemania había por lo tanto siempre un determinado número de unidades alemanas, aunque en realidad no eran sino los lamentables restos de las divisiones derrotadas en Rusia.

Pero ni siquiera con estas reservas era ya posible cerrar las brechas cada vez más amplias del frente oriental. Por ello se recurrió incluso al personal de tierra del arma aérea. Con este contingente se formó la llamada división de campaña de la *Luftwaffe*, que fue puesta bajo el mando del Ejército de Tierra.^[309] También las unidades de las *Waffen-SS*, que se componían hasta entonces de voluntarios, pasaron a completarse con tropas de la *Luftwaffe* y de la Marina de Guerra, en vista de las bajas padecidas

en el frente oriental y la escasez de reclutas. Sin embargo, a pesar de todas las medidas tomadas, el Ejército ruso empujaba a las tropas alemanas cada vez más hacia el oeste.

Después de las severas derrotas sufridas por los alemanes en el otoño y el invierno de 1943-1944 en Ucrania, Hitler puso todas sus esperanzas en la primavera. Según declaraba, las malas condiciones de los caminos detendrían la ofensiva de los rusos y concederían a los alemanes un respiro para reagrupar las fuerzas y organizar su defensa. Pero Hitler y el alto mando alemán erraron en sus cálculos. A principios de marzo de 1944, cuando el deshielo de la primavera apenas estaba en sus inicios, las tropas rusas emplazadas al sur de Shepetivka y junto al río Inhul lanzaron una nueva y poderosa ofensiva. En el plazo de unos pocos días rompieron amplia y profundamente las líneas alemanas.^[310] Dada la situación, Zeitzler se presentó a mediados de marzo ante Hitler para un informe especial. Zeitzler permanecía con su estado mayor en Gizycko (Lötzen), en Prusia Oriental, y solía acudir sólo una vez por semana al Berghof, después de que el cuartel general hubiera abandonado la «Guarida del Lobo». El resto de días lo sustituía en las conferencias de análisis militar con Hitler el coronel en el estado mayor general Brandt, de la sección de operaciones del alto mando del Ejército de Tierra. A la reunión, convocada de manera extraordinaria para recibir el informe de Zeitzler, acudieron Keitel, Jodl, Korten, Brandt, Schmundt, Hewl y Günsche. Hitler se retrasó. Con semblante ofuscado, saludó a los presentes y tomó asiento junto a la mesa, sobre la que se habían extendido los mapas de las operaciones en el frente oriental. Los demás estaban de pie a uno y otro lado de la mesa.

Zeitzler inició la sesión. Explicó que los alemanes habían perdido en el curso de la ofensiva rusa en Ucrania meridional las ciudades de Jersón, Uman y Berislav, entre otras. La velocidad del avance ruso hacia el oeste y los caminos enfangados, advirtió, hacían del todo imposible mantener la línea del frente en cada uno de sus sectores. Zeitzler indicó varios puntos en el mapa y nombró a las divisiones alemanas que allí se hallaban cercadas o que ya habían sido arrolladas por las tropas soviéticas. En esto también mencionó al 6.º ejército, que había sido formado de nuevo con la intención de reemplazar al ejército de Paulus, aplastado en su día en Stalingrado.^[311]

Hitler desplazó su mano temblorosa sobre el mapa. Con un dedo midió la magnitud de la ruptura del frente y dijo:

—El sexto ejército es nuestra perdición. No debería haber otorgado al nuevo ejército el número del que fue derrotado en Stalingrado. Ese número nos trae mala suerte.

Cada vez más alterado, afirmó a continuación que no comprendía por qué los

rusos podían avanzar por los caminos enfangados, mientras que los alemanes se hundían en el barro. Lleno de ira gritó:

—¡Mis generales han olvidado cómo se dan las órdenes, ésa es la razón!
¡Deberían aprender de los rusos cómo hay que impartirlas!

Zeitzler quiso responder alguna cosa, pero se contuvo a tiempo. Sólo respiró hondo un par de veces. Por primera vez durante la guerra, Hitler expresaba la idea de que los generales alemanes debían aprender de los rusos cómo dar órdenes. En sucesivas sesiones repetiría lo mucho que los generales debían aprender de los rusos.

El militar continuó con su informe y expresó su temor de que, dada la situación, el grupo de ejércitos del sur podía quedar aislado del grupo de ejércitos del centro. Por esta razón, el alto mando del grupo de ejércitos del sur había propuesto sacrificar Crimea. Esto haría posible liberar las fuerzas necesarias, retrasar el frente al otro lado del río Bug y tomar allí nuevas posiciones.

En ese momento Hitler se levantó de un salto y vociferó:

—¡Estoy harto de escuchar las propuestas de estos señores acerca de una retirada operativa! ¡Siempre están hablando de rectificar el frente, y lo único que saben hacer es retroceder continuamente! ¡Han olvidado por completo lo que es mirar hacia delante!

Dirigiéndose a Schmundt prosiguió:

—¡Encuéntreme de una vez unos generales que sepan rectificar el frente mientras avanzan!

Hitler enmudeció. Se rascaba con gesto nervioso la nuca, se mordía las uñas y se arrancaba con los dientes los uñeros.

Günsche, entretanto, había sido llamado al teléfono. En el jardín de invierno tropezó con Eva Braun, que jugaba con su perrito. Ella preguntó:

—Dígame, por favor, ¿qué nos toca hoy, «re-co» o «re-la»?

Günsche sonrió. Sabía el significado de aquellas abreviaturas: querían decir «reunión informativa corta o larga». Dado que a ella y a sus amigas les aburrían los debates militares en el palacete, habían ideado estas abreviaturas para expresar que esperaban con impaciencia el final de las reuniones. A Hitler las abreviaturas le

parecían muy apropiadas.

El *Führer* se había calmado un poco y se había vuelto a sentar cuando Günsche regresó a la reunión. En ese momento explicaba con un tono categórico que la península de Crimea no podía ser abandonada bajo ninguna circunstancia. Mientras oía estas palabras, Keitel asentía de manera vehemente con su cabeza y decía:

—¡Así es, *mein Führer*! Tiene usted toda la razón. Si nos retiramos de Crimea, los turcos nos darían la espalda al instante.

Los mapas del frente oriental fueron retirados de la mesa y Jodl extendió sus planos y comenzó a explicar la situación en el «escenario bélico secundario», como se llamaba al frente occidental en el cuartel general de Hitler. Incluía Francia, Italia, Holanda, Bélgica, Dinamarca, Noruega y los países balcánicos. Jodl estaba en una posición incomparablemente más fácil que Zeitzler y con una sonrisa informó de las hostilidades con las tropas angloamericanas en Italia.

Desplazando la mano sobre el mapa, Jodl explicó:

—En este punto, *mein Führer*, se ha destruido un puesto avanzado de los americanos. Y aquí los americanos han avanzado quinientos metros.

Hitler sonreía. Aquello era de su gusto. Las tropas angloamericanas, que habían desembarcado en Sicilia el 10 de julio de 1943 (hacia más de ocho meses) no habían logrado hasta el momento ningún éxito decisivo, a pesar de que se enfrentaban a fuerzas alemanas débiles. Las tropas americanas avanzaban con lentitud y teniendo que hacer grandes esfuerzos, metro a metro, y a cada paso que daban se atascaban. Tampoco las unidades que habían desembarcado en la costa occidental de Italia, al sur de Roma, en la retaguardia del frente alemán, habían logrado los éxitos que se habían esperado. Por ejemplo, el frente del Montalbano, junto al monasterio de Monte Cassino, no pudo ser roto.^[312]

Como es sabido, el frente alemán pudo mantenerse en los Apeninos, al norte de Florencia, durante los meses de invierno de 1944-1945. Hasta que Alemania capituló, en mayo de 1945, los angloamericanos no pudieron ocupar el conjunto de Italia, algo que no habían logrado durante los dos años precedentes.

Con las tropas americanas que habían desembarcado en Italia se hallaba también el ejército del general polaco Anders.^[313] Según Hitler, estos mercenarios estaban pagados por Inglaterra. Si se les ofrecía más dinero, se pasarían al lado alemán. Pero era mejor no hacerlo, se burlaba Hitler, porque si entonces los ingleses aumentaban su oferta, estos sujetos venales volverían a cambiar de bando.

Jodl expuso a continuación las acciones que las tropas alemanas estaban llevando

a cabo contra los partisanos serbios, griegos, eslovenos, macedonios y albaneses en los Balcanes. Informó de que diariamente se estaba dando muerte a unos trescientos partisanos. Hitler quedó muy satisfecho con esta noticia.

En lo que tocaba a Francia, Jodl explicó que estaban en camino hacia el frente oriental nuevos transportes con divisiones alemanas que se habían recuperado y reorganizado en Francia después de los duros combates en Rusia.

Hitler, para levantar la sesión, presentó un breve resumen de la situación política, aunque tan sólo se extendió en las diferencias que mantenían angloamericanos y rusos. Este tema obsesionaba a Hitler desde hacía algún tiempo y volvía a él al final de cada una de las conferencias. Leía informes secretos de los embajadores de Madrid, Lisboa, Ankara y Estocolmo, que le habían sido enviados por Ribbentrop. Estaban señalados con la letra erre (Ribbentrop) y contenían en los márgenes las anotaciones hechas por el ministro de Exteriores. Estas notas aludían a un estado de ánimo cada vez más antisoviético en los círculos gobernantes de Inglaterra y América.

Después de presentar estos informes, Hitler leía extractos de informaciones de la Oficina Alemana de Noticias y de organismos de información extranjeros que hacían referencia a la relación existente entre los angloamericanos y los rusos. De ellas se desprendía que en los círculos gobernantes de Inglaterra, en vista del rápido avance del Ejército Rojo, se hablaba cada vez con más frecuencia del peligro que representaba Rusia. Estos círculos exigían una pronta intervención de las tropas angloamericanas en el oeste. Hitler concedió una importancia extraordinaria a este tipo de noticias. En sus juntas con los generales recalca que, dada la situación, el peligro de una intervención en el oeste representaba un mal menor, porque la actitud hostil del bando angloamericano hacia la Rusia soviética podía llevar a una ruptura entre ambos aliados, lo que inclinaría el curso y el desenlace de la guerra a favor de Alemania.

En el mes abril de 1944 las tropas alemanas desalojaron Odessa después de intensos combates. A continuación los rusos ocuparon Crimea y a mediados de mayo también conquistaron Sebastopol, el último baluarte de los alemanes en la península. Esto le provocó a Hitler tal ataque de furia que tuvo que guardar cama varios días. Destituyó a Kleist y a Manstein como comandantes en jefe del sector meridional del frente, a pesar de que apreciaba a Manstein por la crueldad de la que había hecho gala en el frente oriental.^[314] Las tropas rusas, tras haber conquistado Crimea, avanzaron hasta el Dniéster, lo cruzaron y establecieron en su margen occidental varias cabezas de puente.

En una reunión informativa celebrada a finales de mayo, Hitler volvió a protagonizar un grave incidente cuando Zeitzler transmitía su informe. El episodio lo provocó la noticia de que los rusos habían reanudado sus ataques en el área de

Chisinau-Iasi y habían hecho retroceder aún más el frente alemán hacia el oeste, un hecho que puso a Hitler completamente fuera de sí. Le gritó a Zeitzler que en este sector no se podía permitir ningún tipo de retirada ni se podía retroceder un solo metro. Agotado por la rabia, continuó hablando con voz débil:

—Desde allí se va directamente a Ploiesti. Si perdemos el petróleo rumano, habremos perdido definitivamente la guerra. Todo habrá acabado.

La intranquilidad de Hitler creció en los días siguientes. Finalmente ordenó a Zeitzler, que había permanecido todo aquel tiempo en el cuartel general, que volara hacia aquel sector del frente y que supervisara en persona la situación. También le exigió:

—Esfuércese, por el amor de Dios, para estabilizar la situación y que no vuelva a haber ya más sorpresas.

En los primeros días de junio, temprano por la mañana, Zeitzler se trasladó hacia el estado mayor del grupo de ejércitos del sur. Aquella misma jornada, después de la comida, llamó a Hitler desde su destino. La comunicación era muy deficiente ya que la distancia hasta el Obersalzberg era de 1.500 kilómetros. Hitler no lograba enterarse de casi nada. Por último farfulló al auricular, casi sin fuerzas y con una voz ronca:

—¡Resistir a toda costa! ¡Resistir a toda costa!

Günsche le quitó el auricular de la mano temblorosa. La excitación le produjo a Hitler un desvanecimiento; luego, abandonó la sala tambaleándose. Se llamó de inmediato a Morell. Linge le ayudó a preparar las inyecciones. Hitler salió de su dormitorio sin chaqueta, agotado y encorvado, con los lagrimales hinchados.

—Profesor —se dirigió a Morell con voz apagada—, creo que no soporto el clima de montaña. A mi corazón no le gusta.

Agotado, Hitler se dejó caer en la camilla y prosiguió:

—Auscúlteme usted sobre todo el corazón.

Morell respondió que mandaría traer inmediatamente el aparato para el cardiograma. Sobre la mesa tenía preparadas cuatro inyecciones y Hitler se subió la

manga de la camisa para la punción.

Al día siguiente, Zeitzler regresó del frente. Desde el aeródromo de Salzburgo se dirigió, agotado y sin afeitarse, al Obersalzberg. Zeitzler comenzó el informe sobre los resultados de su visita en el sector sur del frente tras haber extendido el mapa de las operaciones sobre la mesa de la sala de conferencias. A modo de preámbulo aseguró que el alto mando del grupo de ejércitos del sur se esforzaba al máximo para mantener las posiciones. A renglón seguido, Zeitzler pasó a relatar sus impresiones personales del frente y declaró que consideraba conveniente retrasar y «rectificar» la línea del frente en aquellos sectores en los que los rusos habían abierto brechas.

Hitler se incorporó y vociferó que Zeitzler se había dejado engatusar por los generales y que ya hacía tiempo que tenía que la impresión de que hacía causa común con ellos. Zeitzler quiso responderle algo, pero Hitler continuó abrumándolo con reproches en voz alta:

—¡Zeitzler, usted no ha sabido afrontar el asunto de la manera adecuada!

El jefe de estado mayor se puso rojo como un cangrejo, tomó aire y se desplomó repentinamente con su torso sobre la mesa de los mapas. Günsche y Smend, el ayudante de Zeitzler y coronel en el estado mayor general, le desabrocharon la chaqueta del uniforme y lo recostaron en un sillón. Entretanto, se presentó Morell, que diagnosticó una apoplejía, por lo que Zeitzler fue llevado de inmediato al hospital de Berchtesgaden.

Smend, conmovido por lo sucedido, dijo a Günsche que el *Führer* había tratado a Zeitzler de manera injusta. Éste no se había dado un respiro y había hecho todo lo posible para estabilizar el frente.

El puesto de jefe del estado mayor general lo asumió, en sustitución de Zeitzler, el general Heusinger, jefe de la sección de operaciones del estado mayor general.^[315]

En aquellos días se produjo en el Berghof un acontecimiento que no concordaba en absoluto con la guerra y sus horrores. En mayo de 1944 se celebró en el palacete, con toda pompa, la boda de Gretl, la hermana de Eva Braun, con el general de división de las SS Hermann Fegelein, el oficial de enlace de Himmler en el cuartel general del *Führer*.^[316] En 1943 Fegelein había sucedido en este puesto a Wolff, enviado por Hitler a Italia como jefe superior de la Policía y de las SS. Entre las tareas de Fegelein se contaba la de presentar personalmente a Hitler los partes de Himmler. Los temas tratados eran las actuaciones de la Policía, las SS y la *Gestapo*, las operaciones de castigo de la Policía contra los partisanos en la Unión Soviética, el estado de las divisiones de las SS y los memorandos especiales enviados por las unidades de este cuerpo desde el frente oriental, con los que Hitler verificaba los informes del estado mayor general. Fegelein tenía por entonces 38 años. Antes de la

guerra había sido el jefe de la Academia Superior de Equitación de las SS en Múnich. Y durante la guerra, había comandado la 8.^a división de caballería de las SS, destinada en el área de Pripiat, con la misión de luchar contra los partisanos.

Fegelein era un hombre dado a las maquinaciones y después de la ocupación de Polonia, con los bienes saqueados a los polacos creó en Varsovia talleres de confección de trajes de hombre y mujer, abrigos de piel, zapatos, bolsos de mujer y carteras. Para sus talleres recurrió al trabajo forzado de la población autóctona. Fegelein puso en marcha un próspero comercio clandestino, que proporcionaba también artículos al estado mayor de Hitler y Eva Braun.

En el Berghof, el oficial no tardó en trabar amistad con Eva Braun. A petición de ésta, Hitler lo acogió en el entorno más cercano y lo invitaba también a las tardes de té junto a la chimenea. No tardó en entrar y salir con libertad del apartamento de Eva Braun. A nadie del estado mayor de Hitler se le había permitido hacer algo así. Eva Braun se había rendido a Fegelein y se sentía cada vez más bajo su ascendiente. En sus conversaciones con Hitler, celebraba sin límites su porte masculino y su elegancia. Para ella, se trata de un «hombre de verdad».^[317] Tampoco Hitler podía sustraerse a su encanto. A Himmler le confesaba:

—Himmler, con Fegelein nos ha enviado usted a un hombre que está a nuestra altura.

Al cabo de sólo un mes de haber conocido a Gretl, la hermana de Eva Braun, Fegelein pasó a ser su novio, con lo que se consolidó su posición en el entorno de Hitler. Eva Braun impuso que la boda se celebrase con una fiesta espléndida en el palacete del Berghof.

El día de la ceremonia, Hitler suspendió la reunión informativa del mediodía. Justificó su decisión arguyendo que no quería estropear la celebración del enlace con las malas noticias procedentes del campo de batalla. Allí, en aquellos mismos momentos, se desataban los sangrientos combates por la ciudad de Sebastopol.

La boda se celebró en Salzburgo. Como padrinos actuaron Himmler y Bormann. Desde allí, los recién casados se dirigieron al Berghof. A la entrada del palacete les recibió Hitler con gesto ceremonioso y vestido con el uniforme gris de comandante en jefe de la *Wehrmacht*. Su pecho aparecía adornado con la insignia de oro del Partido, la cruz de hierro de primera clase y la insignia de los heridos de la primera guerra mundial. Hitler entró en la gran sala junto a la pareja de recién casados. Allí regaló a Gretl un bolso de mano de platino. A continuación entró con ellos en el salón donde se habían reunido, a la espera del banquete de bodas, Eva Braun, sus padres, la hermana mayor, Ilse, con su segundo marido, los padres de Fegelein, su hermano menor, el oficial de las SS Waldemar Fegelein, las amigas de Eva Braun, además de

Himmler, Morell, Hoffmann, la esposa de Brandt, cirujano de Hitler, Below y su mujer, así como Günsche.

Hitler condujo a todo el grupo al comedor, donde ya se había preparado la mesa. Los trajes de etiqueta de los caballeros y los lujosos vestidos de noche de las damas otorgaban al palacete del Berghof un ambiente especialmente festivo. Sobre las mesas, adornadas con inmensas canastillas de flores y con velas sostenidas por candelabros dorados, resplandecía un caro juego de mesa procedente de los fondos del Estado y que sólo podía verse en los banquetes oficiales.

Hitler hizo tintinear su copa en el momento en que los ordenanzas de las SS, trajeados para la ocasión con chaquetas blancas, sirvieron la sopa de sesos de ternera. De inmediato se interrumpieron todas las conversaciones. El *Führer* expresó su alegría porque la boda de Fegelein con Gretl se celebrase en su palacete. En su calidad de jefe de Estado quiso expresar sobre todo el deseo de que la pareja de jóvenes fuera bendecida, Dios mediante, por una descendencia numerosa. A continuación levantó su copa y brindó con la pareja de novios. Una vez concluido el brindis de Hitler, los ordenanzas trajeron los platos más selectos y llenaron una y otra vez las copas con el champán y vino francés que se almacenaba en grandes cantidades en los sótanos del Berghof.

En las mesas, mientras tanto, reinaba una gran animación. La alegría de los invitados llegó a un punto culminante cuando los ordenanzas trajeron, en bandejas de plata, unos helados en forma de figuras femeninas, elaborados con azúcar y con trajes del siglo XVIII.

Finalizada la cena, pasaron a la gran sala. Allí los fotógrafos de Hoffmann retrataron a Hitler en diversas poses junto a la joven pareja y a otros huéspedes. A continuación, todo el grupo de invitados se dirigió, sin Hitler y en una columna de coches, a la mansión de Bormann, donde continuó la fiesta en compañía de artistas de Múnich invitados por Fegelein. Hitler no los había querido recibir en su palacete. Más tarde, los invitados subieron hasta el pabellón de té en el Kehlstein, donde todo estaba preparado para la continuación del festín. La celebración continuó de manera desenfadada en todas las habitaciones, mientras una banda tocaba de manera ininterrumpida música de baile. Los ordenanzas servían champán, licores y los más delicados dulces. Eva Braun resplandecía, aprovechando la circunstancia de que Hitler no estaba presente. Bailaba, coqueteaba y saboreaba la fiesta más que nadie. Un observador no avisado podría haber pensado que la novia era ella. Himmler y Bormann aguantaban el ritmo. Nada recordaba aquí al sufrimiento y a los terribles sacrificios, a los millones de muertos y a la destrucción que la guerra había llevado a tantos pueblos del planeta.

Al atardecer, los invitados a la boda volvieron del Kehlstein a la mansión de Bormann. Todo el mundo se mostraba alegre y Hoffmann estaba borracho como una

cuba. La residencia de Bormann había sido transformada con ocasión del enlace en un local de diversión: había habitaciones para el baile, para comer o para relajarse. Uno de los aposentos se había dispuesto como bar de cócteles, otro como estudio fotográfico. Los músicos tocaban sin interrupción melodías de tango y de *fox-trot*. En el bar de cócteles un cuarteto de jazz, integrado por soldados, interpretaba temas escabrosos de los bajos fondos de Viena.

Von Puttkammer, Von Below y Günsche, los ayudantes de Hitler, partieron hacia las once de la noche en dirección al Berghof, para asistir a la sesión informativa de la noche. En esta ocasión, y por disposición de Hitler, correspondió al coronel Brandt rendir el informe, porque todos los ayudantes seguían de fiesta en la mansión de Bormann. Brandt informó de los enfrentamientos más recientes en Sebastopol y de las numerosas bajas que habían sufrido las tropas que allí combatían. Aquella noche, en la batalla de Sebastopol, perecieron miles de soldados alemanes, mientras en el Obersalzberg la boda se celebraba por todo lo alto.

Después del informe de Brandt, Von Puttkammer, Von Below y Günsche regresaron a la mansión de Bormann. Allí, la diversión estaba en su apogeo, y prosiguió hasta muy entrada la madrugada.

Al día siguiente, Linge se enteró por los ordenanzas que habían servido en el banquete, de que a las doce de la noche Bormann había enviado a su mujer a dormir, para que no ensombreciera la fiesta con su presencia. Pero cuando de madrugada ya había sudado su tercera camisa de tanto bailar, la hizo llamar para que le trajera camisas limpias.

—Lo creas o no —aseguraban los ordenanzas—, Bormann sacó a su mujer de la cama a las cuatro de la madrugada y le ordenó que le trajera camisas limpias que tenía en otra mansión, en Pullach, cerca de Múnich. Para ir y volver de allí hay que hacer unos buenos doscientos kilómetros.

Speer, el ministro del *Reich* de Armamento y Producción Bélica, que con frecuencia realizaba viajes de inspección en las empresas de fabricación de armas, mantenía contactos estrechos con los círculos empresariales. Cuando la *Wehrmacht* comenzó a sufrir pérdidas cada vez más cuantiosas, Speer informó a Hitler una y otra vez de que los empresarios estaban muy insatisfechos con la dirección militar. Las informaciones de Speer acerca del estado de ánimo negativo de los empresarios coincidían con los informes de Himmler, cuyo Servicio de Seguridad había cubierto todo el país con una densa red de agentes y delatores, que prestaban atención al más mínimo asomo de crítica a Hitler. Speer recomendó al *Führer* que invitara con urgencia a los representantes de la gran industria para volver a levantarles la moral.

Hitler le hizo caso y convocó a mediados de junio de 1944 a unos doscientos

empresarios en el Obersalzberg.^[318] Éstos se reunieron en el hotel Platterhof, propiedad del consorcio hostelero del Partido nacionalsocialista. En esta reunión Hitler habló durante más de una hora. En su discurso se esforzó por ser lo más convincente posible. Se percibía con claridad que el estado de ánimo de los empresarios era un asunto que le preocupaba mucho.

Hitler reclamó sobre todo que se mantuvieran a su lado, porque un enemigo encarnizado sólo podía ser vencido gracias a una firmeza inquebrantable.

Recalcó que los generales que luchaban en el frente oriental no llegaban a comprender toda la importancia que para la industria alemana poseían la cuenca del Donetz, Ucrania o los minerales de manganeso de Nikopol, porque sólo prestaban atención al aspecto estratégico y militar del asunto.

Hitler indicó a continuación que a pesar de la pérdida de las materias primas de los territorios rusos, no se habían detectado problemas relevantes en la producción armamentística. Se continuaba disponiendo de grandes reservas de materias primas, que permitían superar momentos de escasez e incluso incrementar la producción de armas. Cuando la guerra hubiera terminado, la *Wehrmacht* estaría equipada espléndidamente con todo tipo de armamento. La industria armamentística podría cosechar enormes beneficios cuando acabara el conflicto armado. Todo el mundo apostaría por la calidad de las armas alemanas, que habían traído la victoria. Entonces, las empresas alemanas suministrarían armas al mundo entero. A esta guerra seguirían otras. Hungría lucharía contra Rumanía y Grecia se enfrentaría a Italia. Iba a depender de Alemania el que entre estos países hubiese guerra o paz. La reconstrucción y la producción de artículos de consumo diario marcharían a toda máquina. Los empresarios podrían pedir precios elevados por sus productos.

Empleó un tono patético a la hora de poner término a su alocución. Reclamó la confianza de los grandes empresarios y los llamó a darlo todo por la victoria. No estaba lejos la hora en que se produciría el gran giro.

Hitler abandonó la gran sala entre aplausos y gritos de «*Heil!*».

El 6 de junio de 1944, Linge despertó al *Führer* muy temprano por la mañana. Jodl lo reclamaba al teléfono para comunicarle que a primera hora de la mañana los angloamericanos habían desembarcado en Francia. Apenas media hora más tarde ya se presentaban en el Berghof Keitel y Jodl. Hitler los recibió en la gran sala. Aquel día tenía mejor aspecto de lo habitual.

—Las cosas han comenzado en el Atlántico, ¿no es así, Jodl? — preguntó enseguida—. ¿Dónde exactamente? ¿Tiene usted datos precisos?

Jodl extendió un mapa de la costa atlántica sobre la mesa de mármol y señaló los puntos donde habían desembarcado las fuerzas angloamericanas.

—Las tropas han desembarcado aquí, *mein Führer*, al sur de Le Havre. En muchos puntos ya han podido ser rechazadas. En la retaguardia de las tropas alemanas han saltado paracaidistas. De momento resulta difícil determinar el lugar donde se concentran. Podemos afirmar, sin embargo, que el enemigo no ha logrado un ataque por sorpresa. Estábamos esperando a los paracaidistas.

Hitler se incorporó. Sus ojos brillaban.

—Señores míos —dijo excitado—, estoy feliz de que los angloamericanos se hayan decidido por fin a desembarcar en Francia y justamente en el lugar donde los esperábamos. Ahora ya sabemos lo que nos espera. Ya veremos cómo continúan las cosas.

El dictador alemán había esperado en las últimas semanas el desembarco en Francia, dados los partes de Ribbentrop, Himmler y Jodl. Pero la inseguridad acerca del dónde y el cuándo se produciría el desembarco le habían angustiado mucho. En diversas ocasiones Hitler había deliberado con Jodl acerca de cómo distribuir el escaso número de reservas móviles (las divisiones acorazadas) de las que disponía en Francia. Explicaba que en los combates que se avecinaban todo dependería de la correcta utilización de estas divisiones acorazadas, que fueron reagrupadas en varias ocasiones hasta que acabaron concentradas en Normandía.

Mientras Hitler aún conversaba con Keitel y Jodl, se le informó de que se había presentado Göring. El *Führer* salió rápidamente a su encuentro. Göring ya había entrado en la antesala. Radiante, Hitler agarró con sus dos manos la diestra de Göring y exclamó con alborozo:

—Göring, ¿ya se ha enterado usted? Esta mañana, por fin, los angloamericanos han desembarcado en Francia. Por cierto, ¡justo en el punto donde los esperábamos! ¡Vamos a expulsarlos de allí!

Keitel y Jodl se acercaron a ellos. Hitler le arrancó a Jodl el mapa de la mano y lo extendió sobre una mesita. Hitler y Göring se inclinaron sobre el plano y buscaron los puntos de desembarco. A continuación, los cuatro deliberaron acerca de las medidas que debían tomarse para capturar a los paracaidistas enemigos.

Pero sólo unos días más tarde, los acontecimientos en Francia pasaron a desempeñar para Hitler un papel secundario. Los combates que se libraban en el frente oriental, en el área del grupo de ejércitos del centro, absorbían toda su atención.

En una reunión celebrada a mediados de junio de 1944, Heusinger informó acerca

del sector del frente correspondiente al grupo de ejércitos del centro. Le explicó a Hitler que las noticias de los servicios de información alemanes y la creciente actividad de los partisanos rusos, sobre todo la voladura de las líneas ferroviarias en la retaguardia del grupo de ejércitos, daban a entender que los rusos estaban preparando una gran operación en la zona central del frente. Hitler murmuró con rabia que ya hacía tiempo que había ordenado arrasar las áreas en las que actuaban los partisanos.

—¡No son más que bandidos! ¡Enemigos de los alemanes y bandidos, lo uno equivale a lo otro! ¡Hay que exterminarlos a todos!

Con aire preocupado miró durante largos instantes el mapa y acabó por decir:

—Comuníqueme al mariscal de campo Busch que se mantenga especialmente vigilante. ¡El camino a Alemania pasa directamente por donde está su grupo de ejércitos! ¡En este punto no podemos retroceder ni un solo paso!

El 23 de junio, pocos días después de esta reunión, dio comienzo en Bielorrusia la gran ofensiva de la URSS contra las posiciones del grupo de ejércitos del centro.^[319] Hacía muchos meses que los rusos no habían realizado unos ataques a gran escala en este sector del frente. En el área de Vitebsk-Orsha-Maguilov los alemanes habían levantado entretanto un sistema defensivo de notable profundidad, que bautizaron con el nombre de *Línea de la Patria*.^[320]

Durante la reunión informativa del 25 de junio, Heusinger dio la noticia de que las tropas soviéticas habían logrado romper el frente con gran profundidad al sudoeste y al sur de Vitebsk, y que también atacaban con fuerza a lo largo de todo el frente, que ya estaba roto en diversos puntos. Heusinger resaltó los efectos devastadores de la tormenta de fuego provocada por la artillería enemiga.

Hitler estuvo a punto de caer encima de la mesa y gimió:

—Pero ¿cómo ha podido suceder esto? ¡Si allí están emplazadas nuestras mejores divisiones! ¿Dónde está la división *Feldherrnhalle*? ¿Dónde está la duodécima división de infantería?

Heusinger respondió afligido que no se sabía nada cierto acerca de la situación de la división *Feldherrnhalle* y de las otras unidades. Todos los puestos de mando del grupo de ejércitos del centro habían cambiado su emplazamiento. Las

comunicaciones de los ejércitos con los cuerpos y de los cuerpos con las divisiones eran muy deficientes.

La situación del grupo de ejércitos del centro era catastrófica, como quedó de manifiesto en los días siguientes. Heusinger informó de que Vitebsk y Orsha, y también Maguilov y Babrujsk, habían sido abandonadas. En la zona del grupo de ejércitos del centro, el frente estaba roto a lo largo de unos trescientos kilómetros aproximadamente. Unidades de notable tamaño habían sido aisladas y cercadas por los rusos.

Hitler ordenó que se mantuvieran las posiciones del frente hasta el final. Siguiendo directrices suyas, se enviaron al campo de batalla a las divisiones procedentes de los sectores más tranquilos del frente, así como todas las unidades del ejército de reserva que estuvieran en condiciones de entrar en combate. No obstante, estos refuerzos fueron aplastados por los poderosos embates de los soviéticos. El grupo de ejércitos del centro sufrió enormes pérdidas. Decenas de miles de soldados y oficiales fueron hechos prisioneros. Las avanzadillas blindadas de los rusos se acercaban a una velocidad amenazadora a las fronteras de Prusia Oriental. De todo ello informaba en aquellos días Heusinger en las conferencias dedicadas a la situación del frente oriental.

Hitler estaba sentado a la mesa con gesto apático y contemplaba el mapa del frente oriental con una mirada vacía. La agitación de los últimos días, en los que había tenido que asistir a la destrucción de la zona central del frente, volvió a provocarle espasmos estomacales. De vez en cuando, mientras estaba sentado, se doblaba con el rostro desencajado por el dolor. A continuación, se levantaba y medía con manos temblorosas la distancia que les quedaba por recorrer a los destacamentos de las avanzadillas del Ejército Rojo antes de alcanzar la frontera de Prusia Oriental. Con un lápiz azul dibujaba flechas sobre el mapa. Éstas penetraban en los flancos de las unidades rusas que en ese momento avanzaban a toda velocidad. De improviso dirigía miradas iracundas a su alrededor, se levantaba de un salto del sillón, lanzaba el lápiz sobre la mesa y vociferaba:

—¡Traición! ¡Traición!

CAPÍTULO 12

JULIO DE 1944 - ENERO DE 1945

Dada la crítica situación en el frente oriental, Heusinger y Schmundt pidieron a Hitler en repetidas ocasiones que volviera a trasladar su cuartel general a Prusia Oriental, para poder así dirigir las operaciones sobre el terreno. Pero Hitler se resistió. Explicó que no volvería a la «Guarida del Lobo» hasta que hubieran acabado las reformas de su refugio. Hitler sólo aceptó trasladarse nuevamente del Obersalzberg a Rastenburg cuando se le mostraron las fotografías de un búnker ya reformado, bautizado como «búnker de los huéspedes», en el que podía hospedarse de manera temporal. A principios de julio de 1944, dio la orden para el traslado de su cuartel general.^[321]

Eva Braun había intentado convencer a Hitler de que permaneciera en el Berghof. Temía que algo le pudiera suceder. Él intentó tranquilizarla:

—No será por mucho tiempo, mi pequeña. Pronto estaré de vuelta.

Hitler y todo el cuartel general despegaron a bordo de diversos aviones del aeródromo de Salzburgo en dirección a Prusia Oriental.

Durante los cinco meses de su ausencia, de febrero a junio de 1944, la «Guarida del Lobo» había cambiado mucho su aspecto. Los búnkeres antiguos, que habían sido cubiertos por una capa de hormigón armado de un grosor de siete metros, y los de nueva construcción sobresalían del bosque como si se tratara de pirámides egipcias. Hitler se instaló en un primer momento en el que se había reservado para los huéspedes, muy bien camuflado. Una vez allí, lo primero que hizo fue visitar el búnker del *Führer*. Los trabajos en el exterior para reforzar la construcción ya habían concluido. Por aquel entonces la Organización Todt se ocupaba del acondicionamiento de los interiores.

En su interior, el búnker era un verdadero laberinto. Después de acceder a través de la puerta de entrada, había que atravesar dos compuertas para llegar al primero de los dos pasillos transversales que llevaban a las estancias. Las compuertas formaban dos habitaciones separadas con dos puertas acorazadas. En estas estancias prestaban su servicio los soldados de las SS de la guardia personal de Hitler. En el primer pasillo transversal estaban los dormitorios de las secretarias: las señoritas Wolf y Schroeder y las señoras Junge y Christian.

La señora Christian, de soltera Daranowski, se había casado a finales de 1942 con el coronel Christian, del alto mando de la *Wehrmacht*. Era una persona apasionada y satisfecha con la vida. A Hitler le gustaba mucho su ímpetu independiente y le

concedía cualquier deseo. La influencia que ella tenía sobre el *Führer* quedó de manifiesto, por ejemplo, cuando éste ascendió a su marido a general de división y lo nombró jefe del estado mayor operativo de la *Luftwaffe*.

Desde el primer pasillo transversal, un corredor tortuoso llevaba al segundo de los pasillos, a lo largo del cual estaban las habitaciones de los ayudantes y de los ordenanzas, además de las de Morell y Linge. Desde aquí, unos corredores conducían en zigzag al despacho y al dormitorio de Hitler. En el búnker se hallaban asimismo el comedor de Hitler y el salón de reuniones. Su dormitorio estaba dotado de tuberías para el suministro de oxígeno. Este oxígeno procedía de dos bombonas, ubicadas en el exterior del búnker porque Hitler temía que estallaran. El contenido de las bombonas de oxígeno era examinado por un laboratorio en Gizyckp. Hitler quería evitar que alguien pudiese mezclar algún gas venenoso en el oxígeno.

Durante la inspección del búnker, el *Führer* dio la orden de asegurar la entrada con un grueso muro de hormigón y de apostar ametralladoras entre el muro y la entrada para el caso de que los rusos atacasen con paracaidistas. Asimismo, ordenó instalar en el techo nidos de ametralladoras para proteger los accesos. Era evidente que se había convertido en un hombre temeroso. Por esta misma razón, hizo cavar zanjas e instalar ametralladoras delante del búnker de los huéspedes, donde él mismo había estado hospedado por algún tiempo.

A Linge le exigió:

—Pídale a Speer que nos proporcione las nuevas metralletas con las que se está equipando a las tropas. Yo también quiero disponer de un arma.

Linge le dirigió a Hitler una mirada de extrañeza, como si quisiera decirle que él no necesitaba una metralleta, porque los soldados de las SS estaban allí para proteger a su *Führer*. Cuando Hitler percibió la mirada de Linge, le explicó con ese tono teatral que le era tan propio:

—No vaya a pensar que esperaré sentado en el búnker hasta que me eliminen. Si lo requiere la situación, también yo empuñaré un arma y combatiré. Encárguese usted de que los ordenanzas no olviden hacer prácticas de tiro.

El mismo día que Hitler llegó a la «Guarida del Lobo» se celebró una reunión informativa en la que participaron los integrantes habituales. Heusinger presentó la situación en la zona central del frente oriental.

Hitler estaba sentado junto a la mesa, inclinado sobre ésta. Su mano izquierda, temblorosa, le colgaba sin fuerza. Su mano derecha se desplazaba nerviosamente

sobre el mapa. Heusinger anunció que, a pesar de haber concentrado importantes fuerzas procedentes de las divisiones de otros sectores del frente y a pesar de haber realizado contraataques con tenacidad, no se había logrado detener el avance de las tropas enemigas en el área del grupo de ejércitos del centro. Minsk había caído. Los rusos habían cruzado el río Berezina a lo ancho del frente. Sus unidades de reconocimiento avanzaban hacia Vilna y Goradnia y, más al sur, en dirección a Baranovichi y Brets-Litovsk. En un tono apagado, Heusinger añadió que no parecía posible detener a los rusos más allá de las fronteras de Prusia Oriental. Las gruesas flechas rojas dibujadas en el mapa de operaciones mostraban efectivamente que las avanzadillas de los rusos se estaban acercando a la frontera prusiana. El cuartel del estado mayor del grupo de ejércitos del centro se hallaba emplazado en Prusia Oriental, en suelo alemán. Quien fuera hasta entonces comandante en jefe del grupo de ejércitos, el mariscal de campo Busch, había sido destituido por Hitler a causa de su «inmovilismo». Lo había reemplazado por el capitán general Reinhardt, que hasta ese momento había estado al frente del 3.º ejército de aquel grupo de ejércitos.^[322]

A pesar de la situación catastrófica en el sector central del frente, y de manera inesperada, Hitler y todo su estado mayor abandonaron Prusia Oriental y volvieron al Obersalzberg. El *Führer* explicó que se sentía agotado, que en Prusia Oriental hacía demasiado calor y que no toleraba aquel clima. Poco antes, en el Berghof, había afirmado que no soportaba el clima alpino del Obersalzberg. Ahora parecía que otro tanto le sucedía con el ambiente de Prusia Oriental.

Heusinger permaneció en la «Guarida del Lobo» por orden de Hitler. Pero apenas pasados unos días, se presentó en el Berghof e instó a Hitler a que retornara a Prusia. La situación crítica en la frontera requería su presencia, había que tomar las decisiones con rapidez.

Hitler cedió al apremio de Heusinger y regresó allí el 10 de julio.^[323] Las reuniones para evaluar la situación se desarrollaron en un barracón situado a una distancia de 50 metros del búnker de los huéspedes, donde residía Hitler, ya que las obras en el búnker del *Führer* todavía no habían terminado. El barracón tan sólo estaba protegido por una delgada capa de hormigón, de un grosor de sesenta centímetros. A los pocos días del retorno de Hitler a la «Guarida del Lobo», el 20 de julio, durante una reunión, se produjo un atentado contra su persona.

Aquel día Hitler había abandonado el búnker de los huéspedes hacia la una del mediodía para dirigirse a la conferencia habitual. Hacía mucho calor. Se habían abierto todas las ventanas del salón de reuniones, situado a la izquierda de la entrada. Al comenzar la sesión se hallaban allí presentes, además de Hitler, Jodl, Korten, Heusinger, Warlimont, Fegelein, Scherff, Bodenschatz, Voss, Brandt, Schmundt, Günse, Von Puttkamer, Borgmann, Von Below, John von Freyend —el ayudante de Keitel—, Waizenegger —colaborador de Jodl—, Büchs, Assmann, así como

Sonnleithner, el enviado del estado mayor de Ribbentrop, que aquel día sustituía a Hewel.^[324]

Heusinger inició la reunión explicando la situación en el frente oriental. Ésta era más o menos la siguiente en su tramo central: Vitebsk, Orsha, Maguilov, Babrujsk y Minsk estaban ya muy por detrás del avance de las tropas rusas. Vilna, la capital de Lituania, había caído en manos rusas tan sólo unos días antes. Las avanzadillas blindadas de los rusos se acercaban a Siauliai y Jelgava. Resultaba imposible restablecer el frente alemán. En todas partes se abrían brechas. Las tropas enemigas estaban junto a las fronteras de Prusia Oriental. Pocos días antes de esta reunión se había iniciado además una potente ofensiva soviética contra el grupo de ejércitos del norte de Ucrania.

Heusinger explicó que la nueva ofensiva se estaba llevando a cabo en un frente de unos doscientos kilómetros de anchura. Las tropas rusas habían logrado abrir profundas brechas en las líneas defensivas alemanas. Además, habían roto en toda su profundidad la plaza fuerte *Prinz-Eugen*, al este de Lvov.^[325]

—Los combates se han desatado en las vías de acceso a Lvov —informó Heusinger.

En ese momento entraron en la estancia Keitel, acompañado de Buhle y del coronel del estado mayor general Von Stauffenberg.

Stauffenberg servía como jefe del estado mayor general del comandante en jefe del ejército de reserva, el general Fromm. Estaba destinado en la *Bendlerstraße*, en Berlín, donde se había instalado el estado mayor de Fromm. Stauffenberg sólo se presentaba en el cuartel general en las ocasiones en que había que dar parte sobre la situación del ejército de reserva. Stauffenberg había luchado en su día con las fuerzas de Rommel en África. Allí había sido herido en el brazo izquierdo y había perdido un ojo y tres dedos de la mano derecha.

Heusinger continuó con su informe. Hitler estaba de pie, con la parte superior de su cuerpo muy inclinada sobre la mesa, estudiando el mapa del frente oriental. Tal y como se llegó a saber más tarde, Stauffenberg llevaba una cartera que contenía una bomba de relojería. Al entrar, la colocó debajo de la mesa donde se desplegaban los mapas de las operaciones. A continuación, volvió a abandonar la estancia, con el pretexto de hacer una llamada telefónica. Por aquel entonces, los participantes en las reuniones evaluativas podían presentarse en la sala sin que sus carteras fueran revisadas y podían entrar en las estancias vecinas si así lo deseaban.

Heusinger continuaba exponiendo su informe cuando se produjo una potente explosión en el salón de reuniones. Günsche y John von Freyend, que estaban apoyados en el marco de una ventana abierta, fueron alcanzados por la onda

expansiva y lanzados al exterior. Cuando Günsche recuperó la conciencia, vio salir gruesas nubes de humo de las ventanas de aquella estancia y oyó los gemidos de las víctimas que se hallaban en el interior. Corrió hacia la entrada. Algunos soldados de las SS de la escolta personal de Hitler, que habían estado haciendo la guardia, también corrieron en dirección al barracón. Llegado a la puerta, Günsche se topó con dos individuos ennegrecidos que se tambaleaban y que, apoyándose uno en el otro, intentaban salir del barracón. Eran Hitler y Keitel. Sus ropas colgaban hechas jirones. Hitler apareció con el cabello revuelto y chamuscado. Su cara, sucia de hollín, estaba llena de manchas rojas. Günsche puso su brazo bajo la axila izquierda de Hitler y exclamó:

—¡Gracias a Dios, *mein Führer*, está usted vivo!

Keitel y Günsche sostuvieron a Hitler y lo llevaron a su búnker. Hitler había perdido la voz casi por completo. Luchando por respirar, graznaba una y otra vez:

—¿Qué...?, ¿qué ha sido eso?

Keitel y Günsche sentaron a Hitler en un sillón en el comedor del búnker. Éste exclamó entre resuellos:

—Un atentado..., una bomba... ¿Qué ha sido esto? ¡Qué suerte! Estoy vivo... Ha sido la mano de la providencia.

Llevado por la alegría, apretó una y otra vez las manos de Keitel y de Günsche. Su segundo cirujano, Hasselbach, que sustituía a Brandt, se precipitó en la estancia. Le seguían Bormann, Morell y Linge.

Hasselbach y Morell examinaron a Hitler. Comprobaron que tenía una contusión en el brazo derecho y daños en los tímpanos. Además, descubrieron heridas en ambas piernas provocadas por las astillas de madera que habían saltado cuando reventaron las planchas del suelo.

Poco a poco, el *Führer* volvió en sí. Recuperada el habla, expresó la sospecha de que se trataba de una bomba de relojería. Seguramente la habían colocado allí los operarios encargados de las obras del cuartel general, con el fin de eliminarlo. Hitler ordenó levantar de inmediato los suelos de su búnker, porque temía que también allí pudieran haberse colocado artefactos explosivos.

La bomba había herido además a otros miembros de la reunión: al teniente general Schmundt, ayudante personal de Hitler y jefe de la oficina de personal del Ejército de Tierra; al jefe del estado mayor general de la *Luftwaffe*; al coronel del

estado mayor general Brandt, colaborador de la sección de operaciones del estado mayor general del ejército; al general de división Scherff, encargado especial del *Führer* de la historiografía militar; al general del aire Bodenschatz, el oficial de enlace de Göring con Hitler; al vicealmirante Voss, representante permanente de Dönitz; al teniente coronel del estado mayor general, Borgmann, ayudante de Hitler en el Ejército de Tierra; y a Berger, el taquígrafo. A todos ellos los llevaron al hospital militar de Karlshof, cerca de Rastenburg. Schmudt, Korten, Brandt y Berger murieron a consecuencia de las heridas. Heusinger, Warlimont, Jodl, Buhle, Fegelein, Von Puttkamer y Von Below no sufrieron más que leves magulladuras.

Himmler hizo acto de presencia en la «Guarida del Lobo» una media hora después del atentado e inició las investigaciones. El telefonista en el cuartel general, el sargento primero Adam, al que los participantes en las reuniones solicitaban las llamadas telefónicas, abordó a Linge más o menos una hora después de la explosión. Adam explicó que había visto cómo Stauffenberg había abandonado el salón de reuniones pocos minutos antes de producirse la explosión. También informó de que a continuación se había dirigido hacia su automóvil. Linge transmitió todo ello a Hitler de inmediato. Éste hizo llamar a Adam. Después de que éste repitiera su declaración, Hitler preguntó:

—¿Quién es ese Stauffenberg? ¿De dónde viene?

Linge respondió que Stauffenberg servía en el estado mayor general del ejército de reserva de Fromm. Al oír esto, Hitler exclamó:

—¡Stauffenberg es el autor del atentado! ¡Que se le detenga de inmediato!

Resultó que Stauffenberg ya había abandonado el recinto del cuartel general, a pesar de que se había mandado cerrar la salida después de la explosión. Había logrado salir y conducir su coche de vuelta a Berlín con el pretexto de que llevaba un cometido urgente de Hitler para Fromm. Dos horas después del atentado, Hitler llamó a Goebbels a Berlín.

Por éste supo que el distrito gubernamental estaba rodeado de soldados y que no podía abandonar su ministerio. Mientras Hitler hablaba con Goebbels, entró en el despacho de éste el comandante del regimiento de guardia de Berlín, el mayor Remer, cuyos soldados habían acordonado el distrito gubernamental. Remer se presentaba para informar de que había recibido esta orden del comandante de la ciudad de Berlín, el teniente general Hase. Hitler hizo que Remer se pusiera al teléfono y le dijo:

—¡Remer, escúcheme usted! ¡He sobrevivido! ¡Cumpla usted tan sólo mis órdenes!

Hitler ordenó a Remer que marchara con su regimiento a la *Bendlerstraße*, donde se ubicaba el estado mayor del general Fromm, y que aplastara la sedición. Después de haber hablado con Goebbels y Remer, Hitler nombró a Himmler comandante en jefe del ejército de reserva en sustitución de Fromm. Himmler acató la orden y se desplazó de inmediato a Berlín, con la intención de eliminar el foco de conspiradores.

Antes de que Himmler llegara a Berlín, se habían producido en la *Bendlerstraße* los siguientes sucesos: Stauffenberg había oído la explosión mientras abandonaba el cuartel general y al volver a la *Bendlerstraße* había anunciado a los otros conjurados que Hitler había muerto. El grupo de conspiradores que allí se había reunido lo formaban: el general Beck, que había sido el predecesor de Halder en el cargo de jefe del estado mayor general del Ejército de Tierra; el general Hoepner, al que Hitler había expulsado de la *Wehrmacht* después de la derrota ante Moscú en el invierno de 1941-1942; el general Olbricht, que también había pasado a la reserva después de la derrota ante Moscú; Mertz von Quirnheim, el coronel del estado mayor general y colaborador del estado mayor general del ejército de reserva; y, finalmente, el general Fromm.

La noticia de la muerte de Hitler fue comunicada por Fromm a todos los distritos militares.^[326] Al mismo tiempo, se emitió el santo y seña de *Valquiria*, que era la palabra en clave del ejército de reserva para decretar el estado de excepción en toda Alemania. El estado mayor de Fromm, además, envió a todos los distritos militares la noticia de que tras la muerte de Hitler se había formado un nuevo Gobierno que presidía el mariscal de campo Von Witzleben.

Witzleben había estado al frente hasta 1941 del grupo de ejércitos de Francia. Hitler lo había estimado mucho en su día. Pero con el paso del tiempo había caído en desgracia y Hitler lo había relevado de su cargo. Cuando Hitler supo de las órdenes que el estado mayor de Fromm había transmitido a los distritos militares, dio instrucciones a Keitel para que comunicara a los distritos militares que él había sobrevivido y que sólo debían seguirse las órdenes impartidas por él. En vista de los comunicados y las órdenes contradictorias que emitían los conspiradores y Keitel, la situación en los diferentes distritos militares se hizo del todo confusa.

No le resultó fácil a Hitler recuperar el mando sobre las tropas que se encontraban en territorio alemán. Aquellos días también halló un gran apoyo en el capitán general Guderian, que era entonces inspector general de las tropas acorazadas. Éste se pasó de inmediato al bando de Hitler. En una orden que dirigió a las tropas acorazadas del ejército de reserva y a las academias de blindados, Guderian condenó la conspiración contra Hitler y ordenó que se reprimiese por la fuerza cualquier acción que unidades

del ejército de reserva pudieran emprender contra Hitler.

También en el estado mayor de Fromm, en la *Bendlerstraße*, pronto se supo que el atentado contra Hitler había fracasado. Fromm, que quería salvar el pellejo y ocultar su participación en la conspiración, ordenó a los oficiales de su estado mayor que habían permanecido leales a Hitler que ejecutaran a Stauffenberg, Olbricht y a los demás. En el momento de su muerte, el capitán general Beck se hallaba en el despacho de Fromm.

Más tarde se descubrió que Beck, cuando constató que Fromm se pasaba al otro bando, se dirigió a él:

—¿Me permite? —le dijo al tiempo que tomaba la pistola de aquél, que estaba encima de la mesa.

Acto seguido se apuntó con ella a la cabeza y apretó el gatillo. Pero la pistola no se disparó. En vista de ello, fue el propio Fromm el que se encargó de dispararle un tiro a Beck.^[327] A continuación, Fromm mandó sepultar los cadáveres en el patio del edificio de la *Bendlerstraße*, donde estaba instalado su estado mayor.

Cuando Himmler se presentó en la *Bendlerstraße*, ya había vuelto la calma. Himmler hizo detener a Fromm y mandó que se exhumaran y fotografiaran los cadáveres de todos los ejecutados. Los cuerpos habían sido sepultados juntos en una fosa común. Las fotografías se las envió a Hitler.

A continuación comenzaron las detenciones masivas. Hitler envió un grupo de agentes del Servicio de Seguridad, al mando del capitán de las SS Hans Bergmüller, a Gizyckp, sede del estado mayor general del alto mando del Ejército de Tierra, para practicar las detenciones. Fueron arrestados todos los jefes de secciones, generales y oficiales del alto mando de los que se sospechaba que pudieran haber estado involucrados en la conjura. Los trasladaron a la «Guarida del Lobo» para interrogarlos. Algunos generales y oficiales evitaron la detención quitándose la vida, como por ejemplo Wagner, segundo en el escalafón del estado mayor general. Fue el propio Hitler el que dirigió las investigaciones en el cuartel general. Los interrogatorios los llevó a cabo Högl, el jefe de la sección policial de Hitler, junto a colaboradores del Servicio de Seguridad. Högl daba parte de los interrogatorios a Hitler en persona y recibía de éste instrucciones sobre cómo proseguir las investigaciones y sobre las detenciones que aún se debían llevar a cabo.

Las investigaciones pusieron de manifiesto que todos los jefes de sección del estado mayor general y sus más estrechos colaboradores estaban al tanto del complot contra Hitler, excepción hecha del director de la sección de transporte, el general Gercke, y el jefe del estado mayor general, Heusinger,^[328] que también había resultado herido en el atentado. Los detenidos declararon que habían organizado la

sedición contra Hitler porque habían llegado a la conclusión de que no podían ganar la guerra no podía ser ganada bajo su mando. Un chiste cruel que se contaba en las más altas esferas militares daba cuenta de la capacidad de Hitler como caudillo militar. El chiste decía que en los monumentos dedicados a Hindenburg se había colocado un letrero que rezaba así: «Desciende, noble guerrero, junto a tu Ejército, tu cabo ya no da más de sí».

Terminados los interrogatorios, llevaron a los detenidos a la prisión berlinesa de Moabit. Allí, los principales implicados en la conspiración fueron puestos a disposición de un tribunal que presidía Freisler, el secretario de Estado en el Ministerio de Justicia.^[329] Todos fueron condenados a morir en la horca. Previamente, un tribunal de honor los había expulsado de la *Wehrmacht*. Este tribunal lo componían Keitel en calidad de presidente, así como el mariscal de campo Rundstedt y el general de infantería Reinhardt, que era, en el alto mando de la *Wehrmacht*, el responsable de la formación nacionalsocialista en la *Wehrmacht*.^[330]

Antes de morir, a los condenados se les permitió escribir cartas de despedida, que fueron examinadas y fotografiadas por la *Gestapo* y luego enviadas a Hitler. Entre ellas estaba la carta de despedida que el general Stieff, el jefe de la sección de organización del estado mayor general, escribió a su esposa. En ella le comunicaba que, con el fin de salvar su alma, había ingresado en la Iglesia católica. A Hitler esta circunstancia le hizo mucha gracia y explicó que con mucho gusto le dejaba al Papa el alma tenebrosa de este «diablo», pero no antes de haberlo colgado en la horca. Hitler llamaba «diablo» a Stieff por sus grandes ojos negros, algo saltones.

Smend, el teniente coronel en el estado mayor general y ayudante de Zeitzler, que también había sido condenado a muerte, solicitó a Hitler que se le fusilara en lugar de llevarlo a la horca. Hitler denegó la solicitud.

Todos los condenados fueron ahorcados. Entre éstos se contaban, al margen de Stieff y Smend: el mariscal de campo Von Witzleben; el comandante de la ciudad de Berlín, general Von Hase; el general de transmisiones Fellgiebel; el jefe de la unidad de organización en el estado mayor operativo de la *Wehrmacht*, el coronel del estado mayor general Meichssner; el prefecto de la Policía de Berlín, el teniente general de las SS conde Helldorf; el antiguo alcalde titular (*Oberbürgermeister*) de Leipzig, Goerdeler; diversos diplomáticos, entre ellos los embajadores Von der Schulenburg y Von Hassell; por último, varios religiosos así como diversos generales y oficiales del estado mayor general.

Todos fueron ahorcados en los sótanos de la prisión de Moabit.^[331] Hitler ordenó que se fotografiasen las ejecuciones y que se le enviaran las imágenes. Los fotógrafos de Hoffmann se trasladaron desde la «Guarida del Lobo» a Berlín exclusivamente para este fin. Se hicieron fotos de cada uno de los condenados en el momento en que estaban bajo la horca; luego, cuando les apretaban la soga al cuello y, finalmente,

cuando colgaban de la soga.

Como horca se utilizó una larga viga de hierro de la cual se habían colgado ganchos. En las imágenes enviadas a Hitler podía verse esta viga de hierro, con los ejecutados colgando de ella, vestidos de presidiario y separados unos de otros por largos cortinajes.

Al margen de estas ejecuciones, la *Gestapo* realizó fusilamientos en masa sin juicio previo alguno. Se fusilaron no sólo a aquellos de quien se sospechaba que habían participado en la conspiración, sino también a los considerados derrotistas. [332]

El capitán general Fromm no fue ejecutado en este primer grupo. Permaneció en prisión hasta comienzos de 1945, cuando fue fusilado por orden de Hitler. [333]

Hitler llegó a saber por medio de Himmler y Bormann que el mariscal de campo Rommel se había solidarizado con los conjurados. Le presentaron a Hitler informes del Servicio de Seguridad y Notificaciones del *Kreisleiter* [334] de Würzburg, según los cuales Rommel hacía proclamas derrotistas, declarando abiertamente que la guerra estaba perdida. Rommel se hallaba por entonces en su ciudad natal de Würzburg, donde se recuperaba de una leve herida en la cabeza que había sufrido en un accidente automovilístico. [335] Era un general muy popular, por ello Hitler ordenó matarlo sin juicio previo y de manera secreta. Esta orden fue ejecutada por el general Krebs, que sería nombrado en marzo de 1945 jefe del estado mayor general del Ejército de Tierra. Krebs relató a Günsche que, estando en octubre de 1944 en la residencia de Rommel, en Würzburg, había obligado a éste a envenenarse con cianuro, en cumplimiento de una orden dictada por Hitler. [336]

A la opinión pública alemana se le comunicó de manera oficial que Rommel había fallecido a consecuencia de las heridas sufridas en un accidente de tráfico. Para encubrir el asesinato, se le concedió a Rommel un funeral de Estado con todos los honores militares.

En las ocasiones en las que Hitler hablaba sobre el complot, afirmaba que los instigadores se habían dejado llevar por enemistad personal hacia su persona, y no por motivos patrióticos relacionados con el curso de la guerra. Explicaba en este sentido:

—Stauffenberg fue un instrumento en manos de unos personajes a los que yo había dado todo: los más altos puestos, riquezas y honores. Me apoyaron en todo y estaban satisfechos mientras gozaban de mi favor. Y ahora pretendían quitarme de en medio.

Hitler también intentó aprovechar el atentado para presentarse con el aura del caudillo «elegido por el destino». Declaraba:

—Sólo yo estoy en condiciones de salvar al pueblo alemán. Tan sólo yo podré conducir esta guerra hasta la victoria final.

A Linge le explicó:

—Sí, Linge, me ha salvado un milagro. La providencia me ha preservado para el pueblo alemán.

En el curso de los encuentros que mantuvo con los *Gauleiter* del Partido nacionalsocialista y con los oficiales del frente responsables de la instrucción nacionalsocialista, a los que se había convocado expresamente para ello en la «Guarida del Lobo», Hitler insistió en que la providencia lo había protegido para que pudiera llevar al pueblo alemán a la victoria.^[337]

Para otorgar al atentado una dimensión histórica, Hitler mandó confeccionar una insignia especial, con la cual pensaba honrar a todos los participantes de la reunión informativa que habían resultado heridos en la explosión de la bomba. El distintivo se diseñó siguiendo el modelo de la insignia de los heridos de la primera guerra mundial. La diferencia estaba en que la nueva llevaba grabada la fecha del 20 de julio de 1944 y la rúbrica Adolf Hitler. Hitler también se la concedió a sí mismo. Hizo exponer algunas de estas medallas en su búnker en lugares bien visibles. No obstante, lo cierto era que sus heridas habían sido ciertamente insignificantes: una contusión en el brazo derecho, algunas astillas de madera en las piernas y pequeñas lesiones en los tímpanos. El *Führer* salió casi ileso, porque en el momento de la explosión estaba inclinado con todo el torso sobre la mesa estudiando el mapa del frente oriental. El tablero de la mesa, fabricado de madera maciza había amortiguado el ímpetu del estallido.

Schaub, el ayudante de Hitler, quería a cualquier precio ser «honrado» con una de las insignias para los heridos, a pesar de no tener lesión alguna. En el momento en que la bomba explotó, se encontraba en su despacho, separado por dos o tres habitaciones de la sala de juntas. Sin embargo, Schaub intentó sugerir a Hitler y a su estado mayor que sus tímpanos habían resultado lesionados. Durante varios días hizo como si no oyera bien y se llevaba continuamente la mano a la oreja. Le contaba a todo el mundo lo que había vivido durante el atentado.

Al principio pensó que unos aviones rusos habían lanzado un proyectil. La onda expansiva lo lanzó de la silla y de los armarios cayeron las botellas de champán. Schaub saltó por la ventana y se agachó para evitar una segunda onda expansiva. Hitler estaba dispuesto a concederle la condecoración por estas «experiencias». Pero se lo pensó mejor, pues los ayudantes y también los médicos insistían en que Schaub sólo fingía.

Hitler premió con 30.000 marcos y una gran casa cerca de Berlín al telefonista, el sargento primero Adam, que había dado la pista de Stauffenberg.

Högl recibió la insignia de oro del Partido por los interrogatorios a los que había sometido a los conspiradores en la «Guarida del Lobo». El mayor Remer, que había informado a Goebbels acerca del acordonamiento del distrito gubernamental, fue ascendido a coronel al instante y nombrado comandante de batalla (*Kampfkommandant*) del cuartel general de Hitler. El *Führer* creó este puesto porque los rusos ya estaban en las fronteras de Prusia Oriental, con lo que el cuartel general pasaba a estar en las proximidades del frente. Para el coronel Streve, que hasta entonces había sido el comandante del cuartel general, quedaron reservadas las tareas puramente administrativas.

Tras el atentado, en el cuartel general se introdujeron unas medidas de seguridad especialmente severas. Hitler mismo confeccionó la lista de los asistentes fijos a las reuniones informativas. Esta lista fue entregada a Schädle, el jefe de la guardia personal de Hitler, y a Högl, el jefe de su sección policial, para que uno y otro pudieran controlar el acceso a las sesiones. Los generales y los oficiales que no estaban en la lista sólo entraban después de que Hitler hubiera autorizado su acceso en cada caso y de manera individual.

Quien quisiera entrar en el salón de reuniones tenía que permitir que se inspeccionara su cartera y esto valía también para Göring, Dönitz, Keitel, Jodl o Warlimont. Las armas personales debían ser entregadas a los guardias. Warlimont, que era especialmente quisquilloso en todo lo que afectaba a su persona, se presentó desde entonces sin su cartera, llevando en la mano los papeles que necesitaba para la reunión.

Incluso las personas que venían al cuartel general para recibir un informe especial o para ser investidas con la orden de la cruz de hierro (que Hitler otorgaba en persona), estaban obligadas a dejarse registrar por los guardias del Servicio de Seguridad antes de que pudieran presentarse ante el *Führer*.

A comienzos de agosto de 1944, el estado de salud de Hitler empeoró. Los mareos se agravaron. Se le recomendó guardar cama durante dos semanas. Keitel lo sustituyó en las conferencias evaluativas. El «estratega», como lo llamaban en broma los jóvenes oficiales del estado mayor, vio llegada su oportunidad. Intentó imitar a Hitler en todos los detalles. Con un movimiento ampuloso de sus brazos dibujaba gruesas flechas azules sobre el mapa, que representaban los contraataques para hacer frente a las brechas que los rusos habían logrado abrir en el frente. Keitel golpeaba con el puño la mesa, se estiraba de manera artificiosa y lanzaba miradas amenazadoras a aquellos que se hallaban a su alrededor.

Se produjeron importantes cambios en el alto mando militar después del complot del 20 de julio. También hubo modificaciones en cuanto a los asistentes a las

reuniones informativas. El jefe del estado mayor general del Ejército de Tierra era ahora Guderian, que, en el momento del atentado, se había mostrado como un leal seguidor de Hitler. Su delegado y jefe de la recompuesta sección de operaciones del alto mando del Ejército de Tierra era ahora el teniente general Wenck. El ayudante personal de Hitler y jefe de la oficina de personal del Ejército de Tierra pasó a ser el general Burgdorf, en sustitución de Schmundt, que había perdido la vida en la explosión. El cargo de jefe del estado mayor general de la *Luftwaffe* lo ocupó, en lugar del difunto Korten, el general de aviación Koller.^[338]

Pero tampoco el «estratega» Keitel logró estabilizar el frente oriental. La ofensiva que habían iniciado los rusos a mediados de julio de 1944 en la zona del frente correspondiente al grupo de ejércitos del norte de Ucrania, llevó a la pérdida de las grandes ciudades de Lvov, Przemysl y Jaroslav.^[339] Las tropas rusas alcanzaron el río Vístula, al sudeste de Varsovia, y lograron establecer una gran cabeza de puente junto a Sandomierz, al margen de otras varias más modestas a lo largo del margen occidental del río.^[340]

Hitler recibía los partes de guerra postrado en su lecho. Pasaba las tardes en compañía de sus secretarias, que se reunían en torno a la cama del enfermo.

En aquellos días se desató una «lucha por el poder» entre los facultativos del *Führer*. Brandt y Hasselbach, los médicos y cirujanos que lo estaban tratando, rechazaban los métodos empleados por Morell. Le reprochaban haber saturado de estricnina el organismo de Hitler, lo que, en su opinión, había propiciado el creciente deterioro del paciente.^[341]

El doctor Giesing, otorrinolaringólogo de Gizyckp que había tratado los tímpanos de Hitler a raíz de la explosión, se puso abiertamente del lado de Brandt y Hasselbach. La disputa llegó a oídos de Hitler. Morell, evidentemente, se impuso, porque con sus estimulantes y sus sedantes se había hecho imprescindible para el *Führer*. Hitler despidió a Giesing. Brandt y Hasselbach fueron sustituidos. En su lugar, Himmler le envió a su propio médico personal, el teniente coronel de las SS Stumpfegger.

Hitler, por entonces, necesitaba con urgencia un tratamiento dental. Su dentista, Hugo Blaschke, que lo había visitado durante años, fue requerido en el cuartel general. Blaschke tenía una consulta privada en la *Kurfürstendamm* de Berlín y militaba en el Partido nacionalsocialista. Antes de 1939, Hitler lo había convertido en catedrático. Durante la guerra había sido ascendido a general de brigada de las SS. De manera regular acudió a la cancillería del *Reich*, al palacete del Berghof y a la «Guarida del Lobo» para ocuparse de la dentadura de Hitler, Eva Braun y los colaboradores del estado mayor personal. El oro que Blaschke usaba para los empastes lo obtenía de las existencias de la dirección nacional de las SS. La *Gestapo* los había extraído de los prisioneros. Ese mismo organismo, además, recibía coronas

y dientes de oro y puentes extraídos a los prisioneros de guerra rusos en los campos de concentración. Esta práctica había comenzado en 1944, siguiendo una instrucción secreta de Himmler, que cumplía de esta manera con una petición urgente de Hitler. [342]

A mediados de agosto, después de dos semanas de guardar cama, los médicos habían logrado recuperar a Hitler hasta el punto de que éste estaba en condiciones de participar otra vez en las conferencias diarias. Sin embargo, todavía estaba muy pálido y le costaba esfuerzo mantenerse de pie. Bajo los ojos se le dibujaban sombras oscuras. La mano izquierda le temblaba con fuerza. Aún llevaba vendado el brazo contusionado a raíz de la explosión. Además, caminaba más encorvado que nunca.

En la primera reunión después de la enfermedad de Hitler estaban presentes, además de los asistentes habituales, Bormann, el mariscal de campo Model, al que Hitler había ascendido a comandante en jefe del grupo de ejércitos del centro en sustitución del capitán general Reinhardt, y el *Gauleiter* Koch. [343] Desde el día en que los rusos habían expulsado al «emperador de Ucrania», como se le llamaba burlonamente en el estado mayor de Hitler, aquél había retornado a Prusia Oriental, donde había asumido el cargo de comisario de defensa del *Reich*.

Guderian, el nuevo jefe del estado mayor general, vestido con el uniforme negro de las tropas acorazadas, presentó su informe sobre la situación en el frente oriental: en la zona del frente del grupo de ejércitos del sur de Ucrania se podía esperar una ofensiva general en el área de Iasi-Chisinau. Las divisiones rumanas del flanco derecho no tenían un gran valor militar, por lo que había ordenado colocar entre ellas divisiones alemanas, como si se tratara de las varillas de un corsé. En la zona del grupo de ejércitos del norte de Ucrania, que había sido rechazado hacia el oeste más allá del río Vístula, no se esperaban más embestidas por parte de los rusos. El ataque de los alemanes contra la cabeza de puente que las tropas soviéticas habían establecido en el margen occidental del Vístula, junto a Sandomierz, no había dado resultados hasta ese momento.

Hitler, hablando en voz baja, interrumpió a Guderian:

—Si los nuestros no logran eliminar esa cabeza de puente, entonces no podremos mantener el Vístula cuando los rusos vuelvan a iniciar sus ataques.

Ordenó a Guderian concentrar todas las fuerzas para acabar con la cabeza de puente de los rusos y convertir el margen occidental del Vístula en una zona bien fortificada del frente.

Guderian continuó con su exposición. Describió la situación en la frontera de Prusia Oriental, hacia donde los rusos habían avanzado a lo largo de todo el frente. En ese momento Koch y Model intercambiaron miradas envenenadas. Koch enrojeció

súbitamente y exclamó:

—La *Wehrmacht* no me apoya en la construcción de posiciones fortificadas a lo largo de la frontera. ¡Al señor Model esto parece interesarle muy poco!

Model no quiso quedarse atrás y le respondió, levantando asimismo la voz. Aseguró que Koch hacía lo que le venía en gana y que prestaba atención a los ingenieros militares en el asunto de la construcción de los dispositivos defensivos. Ambos se enfurecieron, gritaron cada vez más y se lanzaron mutuamente a la cara toda clase de improperios. Hitler tuvo que esforzarse para calmarlos.

Koch se había dedicado a reclutar a cientos de miles de civiles y de prisioneros de guerra rusos para la construcción de fortificaciones con el fin de hacer frente a las tropas soviéticas que se acercaban a la frontera prusiana. Aquí ya existía un dispositivo defensivo conocido como Triángulo de Heilsberg.^[344] Ahora además se había levantado una densa red de instalaciones de apoyo en la tierra de los lagos de Masuria, que por sus características naturales ya era de por sí fácil de defender. En todas las carreteras y en los puentes se trabajaba febrilmente para levantar barreras antitanques y cavar trincheras.

Cuanto más se acercaba el frente a la frontera de Prusia Oriental, tanto más crecía la riada de refugiados que huían de los territorios fronterizos hacia la retaguardia. Esto representaba para Alemania una situación enteramente novedosa. Por primera vez la guerra se acercaba a sus propios territorios.^[345]

Al final de la conferencia se abordó la cuestión de cómo se podía evacuar a tiempo a las mujeres y a los niños de Prusia Oriental sin provocar el pánico. Hitler dijo acalorado:

—Más vale que los rusos no se atrevan a entrar en Prusia Oriental. De lo contrario, se enterarán de lo que es el pueblo alemán. Este pueblo se aferrará con toda la fuerza a su tierra y la defenderá hasta la última gota de sangre. Van a descubrir cómo se alza este pueblo.

Con estas palabras se acabó la reunión. Los participantes ya abandonaban la estancia, cuando apareció inesperadamente Göring. Vestía un nuevo uniforme de paracaidista y botas altas de cazador. Se abalanzó sobre la mesa en la que aún estaba sentado Hitler y exclamó entre jadeos que sería ciertamente terrible que los rusos invadiesen Prusia Oriental. En Rominten ya había dado la alarma y había ordenado que sus cazas se dispusieran a entrar en combate. Con un suspiro Göring añadió:

—Mis pobres ciervos. ¡Esto es espantoso!

En aquellos días de agosto se hallaba en la «Guarida del Lobo», como invitada personal de Hitler, la propietaria del taller artístico Troost, la viuda Troost de Múnich. Hitler mantenía con ella una amistad desde los primeros años del Partido. La señora Troost tenía unos cuarenta años de edad y era ya una antigua militante del Partido nacionalsocialista que estaba en posesión de la insignia de oro del partido. Su marido, el difunto profesor Paul Troost, también había sido militante nacionalsocialista durante muchos años. Se había suicidado poco después de la llegada al poder de los nazis. Hitler había mantenido con ambos una relación muy estrecha durante mucho tiempo. Juntos habían trabajado en los planes para los grandiosos palacetes que Hitler quería construir para el Partido después de su ascenso al poder. A requerimiento de Hitler, Troost se encargaba de los diseños, que se convertirían en una obsesión para Hitler. Nunca se habían podido aclarar los motivos por los que el profesor Troost puso fin a su vida. En el entorno de Hitler se especulaba que después del triunfo nazi y en vista de la posibilidad de poder realizar todos sus proyectos, Troost había perdido el juicio y se había matado. Tras su muerte, Hitler le concedió el título de catedrático. Al mismo tiempo, le encargó a la viuda la decoración interior de su palacete del Berghof, la de la cancillería del *Reich* y la de diversos palacetes pertenecientes al Partido nacionalsocialista. De este modo, se mantuvo el contacto personal a lo largo de los años. Cuando Hitler se desplazaba a Múnich, solía verla casi a diario. La señora Troost, por su parte, lo visitaba con frecuencia en la cancillería del *Reich* y en el palacete del Berghof.

En esta ocasión, Hitler la había invitado al Berghof porque quería aparear a *Blondi* con el perro de la señora Troost. El apareamiento se produjo mientras Hitler estaba en la reunión informativa en la que Guderian había informado sobre la situación en el frente oriental y donde se había deliberado acerca de la evacuación de las mujeres y de los niños de Prusia Oriental.

Cuando la reunión llegó a su término, Hitler, acompañado de Linge, volvió al búnker y le preguntó a éste si se había producido el apareamiento.

—Sí, *mein Führer*, se ha cumplido con el acto de Estado —respondió Linge con buen humor.

—¿Qué tal se ha portado *Blondi*?

—Ambos se han comportado como novatos.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Los dos han acabado por los suelos.

Hitler se echó a reír. El apareamiento de *Blondi* con el perro de la señora Troost fue todo un acontecimiento en el estado mayor de Hitler. *Blondi* era para Hitler algo especial. Nadie se atrevía a tocarla. Nadie estaba autorizado a darle de comer. *Blondi* sólo comía en compañía de Hitler. Cuando en 1943 el animal contrajo una enfermedad contagiosa, fue llevada a la clínica veterinaria privada del doctor Dopfer en Múnich, *Rottmannstraße*, 1. Hitler hizo enviar a la clínica huevos, carne y manteca para el perro.

De Múnich llegaba cada mañana por vía telefónica un boletín médico con el estado de salud del animal, que Linge tenía que leer a Hitler en primer lugar. El *Führer* se mostraba muy preocupado cuando el boletín no era muy halagüeño. Le resultaba más fácil confirmar una sentencia de muerte para un oficial del frente condenado por derrotista, que recibir malas noticias sobre el estado de salud de su *Blondi*.

El 20 de agosto de 1944 las tropas rusas iniciaron la ofensiva contra el grupo de ejércitos del sur de Ucrania en el área de Iasi y Chisinau. A los pocos días ya habían arrollado las posiciones alemanas y rumanas. Muy pronto, el 24 de agosto, los alemanes abandonaron Chisinau. Algunas jornadas más tarde las tropas rusas se abrieron camino en dirección al río Prut.

Rumanía, dada la magnitud de la ofensiva rusa, se vio obligada a retirarse de la guerra.^[346] En el cuartel general de Hitler, esto dio pie a la siguiente reacción.

Hitler explicó que los rusos intentarían aprovecharse de las posiciones logradas para avanzar hacia los Balcanes y hacerse con el control de los Dardanelos. De ello dedujo que posiblemente detuvieran por un tiempo su avance hacia el oeste. En términos políticos, esto significaba que el avance de los rusos en los Balcanes, considerados por los ingleses como su propia área de influencia, y, más aún, la amenaza sobre los Dardanelos, agravaría aún más las tensiones entre los angloamericanos y la Unión Soviética. Para argumentar su punto de vista, Hitler leyó en casi todas las reuniones los despachos de las agencias de prensa inglesas, entre ellos los de la agencia Exchange, de Londres, que contenían agrias diatribas contra la Rusia soviética.

Las posturas hostiles contra los soviéticos se acentuaron todavía más cuando las tropas rusas invadieron Bulgaria.^[347] Hitler le concedió gran importancia a este hecho. Con gran atención leía los informes que la Oficina Alemana de Noticias enviaba desde el extranjero y subrayaba las partes importantes con un lápiz rojo. Antes de las reuniones informativas le entregaba las hojas a Günsche con las palabras:

—No se olvide usted de entregarme estos telegramas al final de la reunión.

Cuando hablaba sobre las relaciones cada vez más tensas entre las potencias occidentales y la Rusia soviética, Hitler resaltaba que lo importante, en aquel momento, era ganar tiempo. En septiembre de 1944, Hitler sabía que los angloamericanos estaban dispuestos a firmar una paz por separado con Alemania. Pero antes debía quitarse de en medio a Hitler. La exigencia de apartar al dictador había sido planteada por los ingleses en las conversaciones que mantuvieron con representantes del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán en la ciudad de Estocolmo. Estas conversaciones se habían celebrado por iniciativa inglesa. Cuando Hitler fue informado de dicha exigencia, ordenó cancelar las negociaciones. El delegado permanente de Ribbentrop ante Hitler, el embajador Hewel, se mostró muy contrariado por la decisión de suspender el encuentro de Estocolmo, pues opinaba que la guerra en el frente oriental había entrado en una fase que hacía inevitable un acuerdo de paz con las potencias occidentales.^[348]

Hewel comentó:

—¿A qué está esperando el *Führer*? Tiene que tomar una decisión y hallar una salida a esta situación.

Hitler buscó esta salida en el conflicto entre las potencias occidentales y la Rusia soviética. Al finalizar las sesiones solía decir:

—Ya verán ustedes, señores míos. Acabaré teniendo razón.

En el momento en el que Rumanía se salió de la guerra, se hallaba en Alemania un gran número de miembros de la Guardia de Hierro de aquel país. En su día habían huido de la persecución a que los había sometido el régimen de Antonescu. Estaban internados en condiciones de privilegio en el campo de concentración de Buchenwald.

Entre ellos se contaba el líder de la Guardia de Hierro, Horia Sima. Después de la caída del Gobierno de Antonescu, Hitler ordenó liberar a los miembros de aquella organización. Bajo la presidencia de Horia Sima se formó un gobierno títere, que debía actuar siguiendo las directrices de Hitler en aquellos territorios de Rumanía que aún no habían sido ocupados por las tropas rusas.^[349] Pero, como los rusos avanzaban a gran velocidad, el «gobierno» ni tan sólo tuvo tiempo de llegar a Rumanía. En vista de ello, Sima obtuvo la misión de organizar desde Viena las actividades de espionaje y sabotaje en Rumanía y en la retaguardia de las tropas

rusas. Asimismo obtuvo la misión de difundir propaganda antisoviética entre la población rumana. Los agentes de Sima, que éste reclutó entre los miembros de la Guardia de Hierro que habían sido puestos en libertad, estaban equipados con aparatos de radio y habían saltado en paracaídas sobre Rumanía desde aviones alemanes.

Para su antiguo aliado Antonescu, Hitler no tuvo ni tan sólo un pensamiento. Y ello a pesar de que sólo dos años antes había montado especialmente para Antonescu aquella reunión en la que le presentó la «supuesta situación» en el frente oriental para mantenerlo a su lado. Ahora Hitler denigraba a Antonescu, porque no había sido capaz de acabar con ese zoquete campesino que era el rey Miguel y porque no había sabido doblegar al pueblo rumano.

—No es más que un sifilítico —exclamó Hitler refiriéndose a Antonescu.

[350]

La situación en el frente oriental se presentaba en octubre y noviembre de 1944 de la manera que sigue.

En la parte septentrional, los rusos habían logrado llegar hasta la costa báltica junto a la ciudad de Memel. Con ello consiguieron aislar a treinta divisiones alemanas en Curlandia, a las que envolvieron en un movimiento de tenaza entre las ciudades de Tukums y Liepaja.^[351] Las tropas rusas desbarataron los bastiones fronterizos alemanes al este de las ciudades de Gusev y Goldap. Esta última fue conquistada. Además, las unidades rusas que estaban emplazadas junto a los ríos Niemen, al norte, y Narew, al sur, amenazaban a Prusia Oriental desde ambas direcciones. Al sur de Varsovia los rusos habían avanzado a lo largo y ancho del frente, dirigiéndose hacia las zonas industriales de la Alta Silesia. En el sector meridional del frente habían atravesado los Cárpatos y penetraban en Checoslovaquia y Hungría. Desde el área de Budapest ya amenazaban Austria y el sur de Alemania. Soldados rusos habían hecho su entrada en Belgrado, la capital yugoslava.

Las bajas que, entre heridos y muertos, sufrieron las tropas alemanas en el frente oriental eran enormes. En todas partes se reclutaban las últimas reservas para enviarlas a combatir contra el Ejército Rojo. En ese momento, se formó a toda prisa la milicia del *Volkssturm*. Estos batallones se componían de muchachos de 15 y 16 años y varones mayores de 60. El mando lo asumían activistas del Partido nacionalsocialista, miembros de las SA y cargos de las «Juventudes Hitlerianas».^[352]

También se dirigieron al frente oriental el regimiento de artillería antiaérea del *Führer* y la división de escolta del *Führer*, que hasta ese momento habían prestado servicio en la «Guarida del Lobo».^[353] La división de escolta la mandaba Remer, que había sido el comandante de batalla del cuartel general y que había sido ascendido,

entretanto, a general de división por sus méritos en la represión de la conspiración del 20 de julio de 1944. En el cuartel general permanecieron sólo algunas compañías de protección.

Columnas interminables de refugiados, aterrados y confusos, recorrían los caminos desde Prusia Oriental hasta el interior de Alemania. La guerra, con todos sus horrores, había llegado a tierras germanas.^[354] La esperanza de Hitler de que la hostilidad entre anglosajones y rusos pudiera dar un giro a la guerra, aún no se había cumplido. El intento de ganar tiempo, tan importante para el *Führer*, dejó de tener sentido dada la velocidad con la que se llevaban adelante las operaciones ofensivas en el frente oriental.

La soga rusa atenazaba el cuello de Hitler y éste ya no podía vacilar más. Por esta razón decidió dar lo más rápidamente posible un golpe contra las tropas angloamericanas en el oeste. Quería forzar así las negociaciones para una paz por separado. Surgió de esta manera la idea de una contraofensiva en las Ardenas.

Tras el desembarco de las tropas angloamericanas en Normandía el 6 de junio de 1944, la situación del frente occidental había evolucionado de la siguiente manera. Las unidades angloamericanas ampliaron poco a poco sus cabezas de puente en la costa de Normandía y lograron atravesar a finales de julio, junto a Avranches, las líneas alemanas.^[355] La brecha que pudieron abrir tenía al principio sólo unos pocos kilómetros de extensión. El alto mando alemán encargó al mariscal de campo Von Kluge, que mandaba el grupo de ejércitos del oeste en lugar de Rundstedt, cerrar la brecha y restablecer el frente. Pero el contraataque previsto no se produjo, y ello por culpa de un acontecimiento totalmente imprevisto. Poco antes del inicio del ataque, el comandante en jefe del grupo de ejércitos del oeste, Von Kluge, abandonó el cuartel de su estado mayor con destino desconocido y no volvió a ser visto.

Cuando Hitler fue informado de la desaparición de Kluge, expresó la sospecha de que éste había estado involucrado con los conspiradores del 20 de julio y que por eso se había pasado a los norteamericanos. Hitler ordenó a Rundstedt, que ya estaba de permiso, dirigirse de inmediato al frente occidental y asumir de nuevo el mando del grupo de ejércitos.

Después de dos días de ausencia, Kluge volvió a presentarse en su puesto de mando. En vista de ello, Hitler lo convocó a su cuartel general, con el fin de aclarar el asunto. De camino hacia allí, Kluge puso fin a su vida ingiriendo veneno en el interior de su automóvil.^[356]

El oficial de tareas especiales que había estado junto a Kluge durante los dos días de ausencia del cuartel de su estado mayor y también su chófer declararon en los interrogatorios. Ambos explicaron que en el transcurso de aquellas jornadas el mariscal de campo había errado, muy agitado, a lo largo de las líneas del frente. Había justificado su desplazamiento hasta las posiciones más adelantadas diciendo

que quería ver a su hijo, que prestaba servicio en una de las divisiones allí destacadas. Las ulteriores investigaciones de Himmler y de su Servicio de Seguridad, sin embargo, pusieron al descubierto que Kluge había tenido la intención de abrir el frente a los americanos y ofrecerles la capitulación, pero que por problemas técnicos no había logrado establecer contacto con el alto mando norteamericano.^[357] Además, se demostró que Kluge había participado en la conspiración del 20 de julio de 1944.

La desaparición de Kluge sumió a las unidades del grupo de ejércitos en la confusión. Durante días, se vieron obligadas a hacer frente a las tropas norteamericanas sin recibir órdenes ni tener plan de combate.

El fracaso del contraataque previsto lo originaron la pérdida de tiempo que la traición de Kluge había provocado y la confusión de las tropas alemanas, que tuvieron que retirarse en parte a posiciones nuevas antes de ser reagrupadas otra vez. Se le hizo evidente entonces al alto mando alemán que sus tropas corrían el peligro de quedar cercadas y aisladas si las unidades norteamericanas continuaban con su avance en dirección a Granville y Saint-Ló, junto a Falaise.^[358] Rundstedt recibió la orden de retrasar las tropas en Francia y Bélgica por detrás de la línea *Siegfried* y hacia los Países Bajos, en lugar de iniciar el contraataque.

La *Wehrmacht*, por lo tanto, retrasó sus posiciones hasta la línea *Siegfried* en medio de leves combates de retirada.^[359] Las tropas angloamericanas ocuparon Francia y Bélgica casi sin resistencia por parte de los alemanes. No obstante, los norteamericanos y, sobre todo, el 3.^{er} ejército del general Patton no aprovecharon la difícil situación en la que habían quedado los alemanes después del incidente de Kluge. El alto mando alemán pudo rescatar sus fuerzas y retirarse sin bajas significativas a la línea *Siegfried*, por las dudas de la jefatura militar norteamericana y su incapacidad de calibrar la situación.

Hitler comentó con ironía, ante la retirada alemana de Francia y Bélgica, que Eisenhower y Patton estarían maravillándose ante aquel éxito inesperado.

—Estos blandengues deben de imaginarse que son unos grandes estrategas, ahora que el alto mando alemán ha retirado las tropas.

En el área de Aquisgrán se produjeron en la segunda mitad de octubre algunos enfrentamientos de importancia local, después de que las unidades germanas hubiesen alcanzado la línea *Siegfried*. En los restantes sectores de aquella la situación se presentaba tranquila.^[360]

A finales de octubre, Hitler convocó en la «Guarida del Lobo» una reunión extraordinaria, en la que debía participar un grupo limitado de personas: Keitel, Jodl, Guderian, Christian, Burgdorf, Günsche, Fegelein y el teniente general Winter, que sólo recientemente había sido nombrado delegado de Jodl en sustitución de

Warlimont. Éste, por su parte, había sido designado a mediados de octubre delegado de Keitel en el alto mando de la *Wehrmacht*, que ahora estaba instalado en la ciudad de Berlín. La reunión se celebró en el búnker de Hitler, cuyas obras de reforma ya habían acabado. La cita comenzó con el informe de Guderian sobre la situación en el frente oriental. Guderian informó de que los combates habían remitido en casi todos los sectores del frente. Reinaba la calma, al margen de algunas escaramuzas dispersas. Explicó asimismo que, de momento, el enemigo estaba ocupado en trasladar las reservas desde la retaguardia. Les llevaría aún mucho tiempo poder iniciar una nueva ofensiva en Prusia Oriental y a lo largo del río Vístula. En vista de ello, Hitler decidió que había llegado el momento para el golpe previsto en el oeste. Encargó a Jodl desarrollar de manera inmediata el plan para un ataque por sorpresa contra las tropas angloamericanas en el norte de Francia, Alsacia y Bélgica.^[361]

El ataque principal tenía que llevarse a cabo desde el Eifel, al sur de Aquisgrán, y había que dirigirlo contra el sector donde entraban en contacto las tropas inglesas y norteamericanas. Éste era el plan que había concebido Hitler. Quería separar las tropas inglesas y norteamericanas y avanzar con rapidez hasta el río Mosa. A continuación, se forzaría el cruce del río y se conquistaría el puerto de Amberes, por el que entraba la mayor parte de los suministros destinados a las tropas angloamericanas.

Para llevar a cabo esta operación en la reunión se decidió formar dos ejércitos acorazados: el 5.º, al mando del general de blindados Manteuffel, y el 6.º, de las SS, a las órdenes del antiguo comandante del *Leibstandarte* Adolf Hitler, Sepp Dietrich, al que Hitler había ascendido a capitán general. Los dos ejércitos estarían bajo la dirección del mariscal de campo Model y se incorporarían al grupo de ejércitos del oeste. Acabada la reunión, Hitler volvió a insistir en que los preparativos de esta operación y el despliegue estratégico de las fuerzas habían de mantenerse en estricto secreto. Exigió de los asistentes a la reunión que se comprometieran por escrito a guardar el secreto. Las firmas fueron recogidas por Burgdorf, el ayudante personal del *Führer*.

Hitler trasladó su cuartel general al área de Bad Nauheim, una zona boscosa cerca de la aldea de Butzbach, a 50 kilómetros al noreste de Frankfurt am Main, porque quería dirigir en persona la operación.^[362] En el mismo lugar estaba también el cuartel del estado mayor de Rundstedt, el comandante en jefe del grupo de ejércitos del oeste.

El cuartel general de Hitler en Bad Nauheim se componía de seis fortines bien camuflados así como de algunos refugios escasamente protegidos. A diferencia de la «Guarida del Lobo», el cuartel general de Bad Nauheim sólo disponía de unas débiles defensas. La «Guarida del Lobo», entretanto, había sido totalmente evacuada, ya que Hitler no quería volver allí, pues estaba demasiado cerca del frente. Sólo Guderian

permaneció con su estado mayor en Gizyckp, en Prusia Oriental.

De camino a Bad Nauheim, Hitler se detuvo durante dos semanas en Berlín. Allí habló con Sepp Dietrich y Manteuffel sobre la operación prevista en las Ardenas.

Hitler también recibió al «liberador» de Mussolini, el teniente coronel de las SS Skorzeny, que por aquel entonces ocupaba el puesto de jefe de la sección de sabotajes en la Oficina Central de Seguridad del *Reich*.^[363] Skorzeny se comprometió a dirigir una unidad que se camuflaría con uniformes ingleses y americanos, y dotada de blindados ingleses y americanos capturados al enemigo. El grupo tenía la misión de penetrar, al inicio de la contraofensiva, en la retaguardia de los angloamericanos y crear allí un estado de pánico.^[364]

Además, Skorzeny tenía que ocupar los puentes más importantes que cruzaban el Mosa, para evitar que el enemigo los volara antes de la llegada de las principales fuerzas germanas.

Hitler celebró una reunión con los comandantes unos días después de la llegada a Bad Nauheim e inmediatamente antes del comienzo de la contraofensiva en las Ardenas. Asistieron los comandantes de las divisiones y de los ejércitos de blindados, así como el comandante en jefe del grupo de ejércitos del oeste, Model. Hitler les quería dejar muy claro el significado que tenía la actuación que se estaba preparando.^[365] En su discurso, que duró unos cuarenta y cinco minutos, explicó que la operación en las Ardenas tenía la misma trascendencia que la de Dunkerque, donde se había dado un golpe destructivo a los ingleses. El éxito, explicó Hitler, significaba la liquidación del frente occidental y un giro radical en el curso de la guerra. Sin embargo, se guardó de revelar a sus mandos militares que con esta operación pretendía lograr una paz por separado con Inglaterra y Estados Unidos.

Cuando los comandantes abandonaron el cuartel general, Hitler expresó a sus ayudantes la esperanza de que la ofensiva triunfara. Si Sepp Dietrich lograba avanzar hasta Amberes con su ejército, lo condecoraría con la gran cruz de la cruz de hierro. Esta victoria tendría un significado decisivo para el desenlace de la guerra. La gran cruz de la cruz de hierro era la máxima condecoración militar alemana, y tan sólo se concedía por victorias destacadas en el frente. Hasta el momento, sólo la poseía Göring, a pesar de que su actividad principal durante la guerra había sido la caza.^[366] Hitler estaba convencido de que la conquista de Amberes, el principal punto de entrada de suministros, abocaría a los angloamericanos a una situación desesperada que les obligaría a plantearle una propuesta de paz.

Y respecto a la condición de los ingleses de no negociar con Alemania una paz por separado mientras él siguiera en el poder, declaró:

—Les voy a mostrar a estos caballeros ingleses que la paz con Alemania sólo puede ser firmada conmigo, no sin mí.

La ofensiva de las Ardenas se inició el 16 de diciembre de 1944, según el plan previsto con el ataque de las tropas alemanas procedentes del área del Eifel. Los ejércitos de Dietrich y Manteuffel no tuvieron dificultades para romper las líneas angloamericanas entre Lieja y Dinant y avanzaron seguidamente hasta el río Mosa, [367] donde se vieron envueltos en combates encarnizados.

Por aquel entonces, en los últimos días de diciembre, Guderian se presentó en el cuartel general de Bad Nauheim de manera inesperada, procedente de Prusia Oriental. Quería transmitir a Hitler un informe urgente. Guderian explicó al dictador que las observaciones aéreas y terrestres, exactas y contrastadas, de los servicios de información indicaban que los rusos estaban concentrando fuerzas para un nuevo asalto a Prusia Oriental y a lo largo del Vístula. También expuso que, en su opinión, cabía esperar una gran ofensiva en un plazo muy breve. Guderian recalcó que era absolutamente necesario reforzar estos sectores del frente. Hitler escuchó a Guderian de muy mal humor y expresó sus dudas respecto a la veracidad de sus suposiciones.

Uno de los argumentos del *Führer* era el parte meteorológico que había emitido Schuster, el meteorólogo del cuartel general. Este parte predecía para el este unas condiciones atmosféricas desfavorables para la aviación, un mal tiempo que incluso iba a empeorar. No obstante, el informe de Guderian dejó a Hitler visiblemente preocupado. Aquel mismo día convocó una reunión informativa extraordinaria a la que asistieron su entorno más cercano y también Bormann. Hitler informó en ella de que la contraofensiva en las Ardenas se estaba desarrollando con éxito. Seguidamente dibujó a grandes rasgos la situación en el frente oriental e hizo alusión a las conclusiones de Guderian, según las cuales los soviéticos estaban preparando una gran ofensiva.

Se hizo patente que el informe de Guderian había desequilibrado a Hitler, que recalcó que un refuerzo del frente oriental llevaría necesariamente a un fracaso inmediato del ataque de las Ardenas. Bormann tomó la palabra después de Hitler. Para no encolerizarlo aún más, recomendó con mucha cautela tomar medidas urgentes para reforzar el frente oriental al máximo. Explicó que un nuevo ataque victorioso del Ejército ruso tendría para Alemania unas consecuencias políticas desastrosas. Resultaba insensato negar que los triunfos de los soviéticos en el frente del este anularían cada una de las victorias obtenidas por los alemanes en el oeste.

Hitler se reservó la decisión. Con ello se puso fin a la reunión. Al día siguiente volvió a convocar a las mismas personas. En esta ocasión explicó que los preparativos de la ofensiva de los rusos en las fronteras de Prusia Oriental y a lo largo del Vístula representaban en efecto una amenaza formidable. Hitler expuso en tono abatido:

—Por esta razón, bien a pesar mío, he decidido detener los combates en

las Ardenas y trasladar al sexto ejército acorazado de Dietrich y a las fuerzas principales del quinto ejército acorazado al frente oriental.^[368]

El alto mando de la *Wehrmacht* aún no había emitido la orden, cuando Hitler, en enero de 1945, dio a Günsche las instrucciones para que partiera hacia el frente occidental donde se encontraba Sepp Dietrich. Con respecto a este viaje, Hitler le inculcó a Günsche:

—Dígale usted a Dietrich que retire de manera paulatina dos divisiones de la línea del frente. Hágale saber que he decidido enviar a todo su ejército al frente oriental.

La mañana del 7 de enero Günsche ya estaba en el estado mayor de Dietrich, junto a Saint-Vith, en Luxemburgo,^[369] adonde había acudido para entregar la orden emitida por Hitler. Dietrich se quedó sin habla. Explicó que todo estaba preparado para cruzar el río Mosa. Las unidades de Skorzeny, por cuya cabeza los americanos ofrecían una elevada recompensa, habían provocado el pánico en la retaguardia norteamericana y se estaban acercando a los puentes que atravesaban el Mosa.

—El *Führer* ha de tener clara una cosa —prosiguió Dietrich—. Si mis ejércitos son retirados, entonces se les deja a los ingleses y americanos el camino libre para que puedan llegar hasta el Rin.

Günsche permaneció durante varios días con Sepp Dietrich. El 12 de enero, unas pocas horas antes de su partida, se recibió en el estado mayor de Dietrich un telegrama cifrado. Contenía la orden de retirar de manera inmediata el 6.º ejército del frente y trasladarlo al frente oriental. A la noche siguiente, Günsche volvió al cuartel general de Hitler en Bad Nauheim. Para su sorpresa, se lo encontró completamente vacío. Tan sólo había allí unos ordenanzas ocupados con las labores de limpieza y explicaron a Günsche que Hitler había partido con su estado mayor hacia una estación ferroviaria en las cercanías de Giessen, desde donde pensaban dirigirse en un tren especial a Berlín. Cuando Günsche llegó a Berlín al día siguiente, el 13 de enero, se enteró de que el cuartel general de Hitler se había instalado en la cancillería del *Reich*, a causa del inicio, el 12 de enero, de la ofensiva rusa en Prusia Oriental y a lo largo del Vístula.

La «Guarida del Lobo», el lugar donde un Hitler ebrio de triunfalismo se había instalado al comienzo de la guerra contra la Rusia soviética, había sido volado por orden suya.

El último cuartel general de Hitler iba a ser Berlín.

CAPÍTULO 13

ENERO - MARZO DE 1945

El cuartel general de Hitler en Berlín cambió varias veces de emplazamiento. Primero, Hitler lo instaló en la antigua cancillería del *Reich*, en la *Wilhelmplatz*. Sobre el edificio no ondeaba su estandarte ya que su presencia allí se quería mantener en secreto. En los años previos, cuando Hitler llegaba a Berlín, siempre se había izado su bandera sobre la cancillería del *Reich*. Este acto se acompañaba de un redoblar de los tambores de la guardia de honor, que se presentaba para la ocasión en el patio de honor.

El estandarte de Hitler se había confeccionado siguiendo su propio diseño: el centro del paño cuadrado y de color rojo lucía un círculo blanco enmarcado en oro y con una cruz gamada negra; en las cuatro esquinas aparecían unas águilas alemanas bordadas en oro, cada una con su cruz gamada.^[370] Hitler había decidido que sólo su *Leibstandarte* podía llevar esta bandera como estandarte de combate.

En la cancillería del *Reich* se habían instalado, junto a Hitler, los ayudantes, las secretarias y los médicos, además de Bormann, Fegelein, Otto Dietrich, Hewel y la guardia personal del *Führer*. Keitel y Jodl se mudaron junto con sus estados mayores al distrito berlinés de Dahlem. Guderian ocupó el cuartel del estado mayor que había sido instalado ya antes del inicio de la guerra, en 1939, cerca de Zossen, a unos treinta kilómetros al sur de Berlín. Dönitz y su estado mayor se encontraban en las cercanías de Oranienburg. Ribbentrop vivía en su propia mansión del barrio de Dahlem. Göring se había refugiado en su pabellón de caza de *Karinhall*, en medio de un coto, la Schorfheide, a 60 kilómetros al noreste de la capital del *Reich*. El nombre de ese pabellón, que Göring había mandado construir poco después del acceso al poder de Hitler, pretendía ser un homenaje a su difunta esposa, una sueca de nombre Karin. Con Göring vivían ahora su segunda esposa, de apellido Sonnemann, una antigua actriz, y su hija de siete años, Edda. El estado mayor personal de Göring también estaba instalado en *Karinhall*.

En Berlín, Hitler convocaba dos reuniones diarias para analizar la situación militar, a las tres de la tarde y a las doce de la noche. Se desarrollaban en el jardín de invierno de la cancillería del *Reich*. En la sesión informativa del mediodía participaban: Keitel, Jodl, Guderian, Wenck, Buhle, Koller, Winter, Fegelein, el almirante Wagner, del estado mayor de Dönitz, Voss, Bodenschatz, Scherff, Hewel, Otto Dietrich, Christian, Burgdorf, así como los ayudantes de Hitler, Von Below, Von Puttkammer, Borgmann, Johanmeyer y Günsche. También asistían los oficiales del estado mayor operativo de la *Wehrmacht*, el coronel Waizenegger, el mayor Büchs y el capitán de navío Assmann, además de los ayudantes de Keitel, John von Freyend,

el ayudante de Fegelein, comandante de las SS Göhler, el ayudante de Guderian, el mayor Von Freytag-Loringhoven, y en ocasiones también el oficial de Guderian para asuntos especiales, el capitán de caballería Boldt, Bormann y su consejero, el coronel de las SS, Zander.

A petición de Hitler, Bormann y Zander participaron de manera permanente en las sesiones informativas. Ello se debía a que Bormann había recibido la misión de formar la milicia del *Volkssturm* y de evacuar a la población de los territorios alemanes del este. También Göring y Dönitz acabaron asistiendo a casi todas las reuniones. La situación en el frente oriental era referida por Guderian o Wenck; la del frente occidental, por Jodl o Winter. En las cuestiones relativas a la *Luftwaffe* informaban Christian o el mayor Büchs, del estado mayor de la *Luftwaffe*, que ejercía como colaborador de Jodl en el estado mayor operativo de la *Wehrmacht*. Sobre las operaciones de la Marina de Guerra rendían cuentas el almirante Wagner o el capitán de navío Assmann.

En las conferencias de la noche participaban Fegelein, Hewel y los ayudantes de Hitler. Sobre la situación en los frentes informaban los ayudantes de Hitler, Von Puttkammer, Von Below y Borgmann, por este orden. Las reuniones eran meramente informativas y habitualmente no duraban más de 20 ó 30 minutos. Hitler recibía todos los días del alto mando de la *Wehrmacht* un breve informe procedente del frente. Este informe llegaba hacia las once de la mañana, mientras el *Führer* aún dormía. Linge lo colocaba junto a las informaciones de la Oficina Alemana de Noticias, sobre una silla puesta ante la puerta que daba al dormitorio de Hitler. Éste lo recogía de allí.

Fegelein y Günsche recibían, además de los informes del alto mando de la *Wehrmacht*, noticias diarias de las divisiones de las SS acerca de la situación en el frente oriental. También éstas eran transmitidas a Hitler, pero tomaban un camino diferente al de los canales oficiales: eran transmitidas por los mandos de las divisiones SS directamente a Himmler, quien las revisaba y enviaba a Hitler. Este sistema de comunicación directa con las divisiones de las SS había sido introducido por Hitler en otoño de 1942, con el objetivo de poder verificar los informes que llegaban del alto mando de la *Wehrmacht* y del alto mando del Ejército de Tierra acerca de los combates que se libraban en cada uno de los sectores del frente. Este procedimiento permitía que Hitler estuviese informado sobre el desarrollo de los combates y la situación en aquellos sectores del frente donde combatían divisiones de las SS antes de que comenzaran los encuentros con los generales.

Hitler recibía además todos los días, después del desayuno, despachos acerca de las destrucciones causadas por la aviación angloamericana en las ciudades alemanas. Estos datos los recogía por toda Alemania la cancillería del Partido, que dirigía Bormann, y Schaub los presentaba al *Führer*. Esto le comportó el mote de «Julius,

alfombra de bombas».

Cuando Hitler llegó a Berlín procedente de Bad Nauheim, también se desplazó a la capital Eva Braun, que había sido llamada desde Múnich.^[371] Se instaló en unas habitaciones de la cancillería del *Reich* contiguas al alojamiento de Hitler. Excepción hecha de una estancia de dos semanas en Múnich, en febrero de 1945, Eva Braun permaneció en Berlín, junto a Hitler, hasta el final.

La ofensiva rusa, que había comenzado el 12 de enero del 1945 a lo largo del río Vístula, se amplió en los días siguientes hacia todo el frente, desde el mar Báltico hasta los Cárpatos. Pocos días más tarde se conquistó Varsovia, la capital de Polonia, considerada uno de los bastiones clave de la defensa alemana.^[372]

Poco tiempo después de la caída de Varsovia, los soviéticos rompieron el sistema defensivo escalonado en profundidad, que los alemanes habían levantado en el sur de Prusia Oriental. Después de intensos combates, se produjo la ocupación de ciudades como Olstyn (Allenstein), Majevo (Tannenberg) e Ilawa (Deutsch-Eylau). Al mismo tiempo, las tropas rusas arrollaron las defensas alemanas en el margen occidental del Vístula, a la altura de Sandomierz, y avanzaron en dirección a las zonas industriales de la Alta Silesia.

En estas circunstancias, Guderian anunció a Hitler en una reunión que el Ejército Rojo había alcanzado la bahía de Danzig, y que los ejércitos que allí combatían, el 3.^{er} y el 4.^o del grupo de ejércitos del norte, habían quedado cercados. La mayor parte de las fuerzas del grupo de ejércitos del norte se hallaban en este cerco de Prusia Oriental, uniendo su destino a los ejércitos 16.^o y 18.^o del grupo de ejércitos de Curlandia, que desde el otoño de 1944 estaban inmovilizados en el Báltico. Guderian indicó que el aprovisionamiento del grupo de ejércitos sólo era posible por vía marítima y superando grandes dificultades, de modo que propuso evacuar las unidades del grupo de ejércitos de Curlandia por mar y emplearlas en Pomerania contra los rusos.

Según el plan de Guderian, el ataque debía iniciarse desde Pomerania en dirección sur. Para ello había previsto emplear al grupo de ejércitos de Curlandia, a la 6.^a división acorazada de las SS de Sepp Dietrich, que, como era sabido, estaba siendo trasladada desde el frente occidental, y al 3.^{er} ejército, destacado en Pomerania. Mediante esta operación, Guderian pretendía aislar a las tropas rusas que avanzaban hacia el bajo Oder y levantar a lo largo de la antigua frontera germanopolaca una poderosa línea de defensa. Guderian opinaba que las unidades mencionadas (en total se trataba de unas cuarenta o cuarenta y cinco divisiones, con unos mil seiscientos tanques) eran suficientes para llevar a cabo esta operación. No había tiempo que perder. Según Guderian, había que volver a expulsar a los rusos de Alemania lo más rápidamente posible. Hitler, que había escuchado la exposición de Guderian con creciente impaciencia, respondió empleando un tono cortante:

—Guderian, yo ya sé que hay que expulsar a los rusos lo antes posible. No es necesario que usted me lo recuerde.

A pesar de ello, Hitler rechazó de manera categórica la propuesta de Guderian de trasladar las tropas del grupo de ejércitos de Curlandia desde el Báltico hacia Pomerania. Justificó la decisión asegurando que ello permitía sujetar a las fuerzas rusas, que de otra manera hubieran podido ser empleadas en los combates de Prusia Oriental, Polonia y Silesia.

En otoño de 1944, cuando la situación del frente oriental aún se presentaba favorable a los alemanes, Guderian había propuesto que el grupo de ejércitos de Curlandia avanzara desde el Báltico hasta Prusia Oriental, siguiendo el curso del río Memel. Hitler había rechazado la propuesta, porque creía que las tropas alemanas en el Báltico eran un medio de presión contra Suecia. Hitler consideraba que mientras las fuerzas alemanas permaneciesen en el Báltico, Suecia no claudicaría ante las presiones británicas y continuaría suministrando minerales a Alemania.

Sin embargo, en esta ocasión Guderian no estaba dispuesto a ceder.

Había traído consigo a la reunión informativa al general Gehlen, jefe de la sección de ejércitos extranjeros del este en el alto mando del Ejército de Tierra, contraviniendo todas las normas establecidas. Gehlen era responsable de los servicios de información encargados de observar a las fuerzas armadas de los estados de la Europa oriental, incluida la Unión Soviética y ahora tenía que apoyar ante Hitler la propuesta de Guderian de emplear el grupo de ejércitos de Curlandia. Con la ayuda de datos que su servicio de información había reunido, Gehlen intentó demostrar a Hitler que las tropas destacadas en Curlandia no estaban reteniendo una cantidad significativa de fuerzas rusas. Al contrario, el Ejército Rojo había retirado desde aquel punto una notable proporción de unidades. Estas unidades habían sido localizadas ahora en el área donde combatían las tropas rusas que se dirigían al bajo Oder. Los argumentos de Gehlen provocaron la cólera de Hitler, que gritó que no toleraba aquella manera de proceder del estado mayor general. Prohibió a Guderian que volviera traer a Gehlen en el futuro y mencionar tan sólo la posibilidad de retirar las divisiones del grupo de ejércitos de Curlandia.

—A sus órdenes, *mein Führer* —respondió Guderian y guardó silencio.

Hitler declaró, en referencia a los combates en Prusia Oriental, que toda ciudad, toda aldea y toda casa debía ser transformada en un bastión inexpugnable. Gritando, hasta quedarse sin voz, afirmaba que era el deber de los alemanes luchar de tal manera que el miedo hacia los rusos, existente entre las tropas y la población, acabara por transformarse en miedo de los rusos hacia los alemanes.

El miedo a los rusos era, de hecho, notable. La retirada desordenada de las tropas alemanas provocó el pánico entre la población y arrastró a la gente a una huida en masa hacia el interior de Alemania. Las caravanas de refugiados, ancianos, mujeres y niños se desplazaban por las carreteras y los caminos de Prusia Oriental, y se amontonaban ante las barreras antitanques, que sólo disponían de estrechos y sinuosos pasos. Muchos, sobre todo los niños, murieron congelados en el camino a causa de las severas heladas.

Las tropas soviéticas tomaron las ciudades de Tilsit, Gusev e Insterburg después de fuertes combates. El Ejército Rojo logró romper el sistema defensivo escalonado en profundidad levantado en los lagos de Masuria. En la costa báltica, las tropas alemanas se aglomeraron en una estrecha y arenosa lengua de tierra y en la península de Samland. Su situación allí era desesperada. Hitler reaccionaba siempre con las mismas palabras a los informes que le llegaban al cuartel general:

—¡Hay que resistir y no retroceder!

Cuando las unidades alemanas se vieron aisladas en el istmo de Curlandia y en la península de Samland, Hitler llamó a su ayudante, Johannmeyer, para que se trasladara en avión al frente de Prusia Oriental, a fin de hacer una observación detallada y redactar un memorándum al respecto. Hitler quería verificar las informaciones procedentes de los mandos de los ejércitos alemanes de Prusia Oriental. En primer lugar, porque en general no daba crédito a las malas noticias y, en segundo lugar, porque sospechaba que de manera deliberada se exageraba la situación para poder evitar así los duros enfrentamientos con los rusos.

Johannmeyer confirmó a su vuelta que las tropas de Prusia Oriental se hallaban en una situación muy delicada. Asimismo explicó que los soldados se apiñaban, mezclados con miles de refugiados y ganado, en una estrecha banda de la costa, donde cada disparo de la artillería rusa provocaba un enorme número de víctimas. Hitler le respondió:

—No voy a retirar de allí ni a un solo soldado. Tengo que mantener hasta el final la plaza fuerte de Königsberg. Mientras la ciudad esté en nuestras manos puedo seguir diciéndole al pueblo alemán que Prusia Oriental es nuestra y no de los rusos.

Cuando Johannmeyer aseguró que la población huía en masa de Prusia Oriental, y que ello provocaba la muerte de muchos seres humanos, Hitler exclamó:

—No puedo pararme a considerar este tipo de hechos.

Königsberg quedó rodeada a principios de abril de 1945 por un estrecho cerco ruso. Hitler recibió el parte de que la artillería del Ejército Rojo estaba reduciendo a escombros la ciudad. A pesar de ello, ordenó al comandante de la plaza fuerte de Königsberg, el general Lasch, que resistiera. El 9 de abril, Königsberg fue tomada por las tropas rusas y el general Lasch fue hecho prisionero. Hitler lo hizo condenar a muerte en rebeldía.^[373]

En cambio, ni tan sólo llegó a considerar la posibilidad de exigir responsabilidades al jerarca del Partido, Koch, al que había considerado el alma de la defensa de Königsberg. Al contrario, mientras en la ciudad aún se luchaba ferozmente, Hitler le ofreció la posibilidad de retirarse a la ciudad portuaria de Pillau, para que así pudiera escapar a tiempo de los rusos. Cuando Königsberg ya se hallaba cercada por las tropas rusas, Koch envió un telegrama desde Pillau al *Gauleiter* de Breslau, Karl Hanke, en el que le comunicaba que en ningún caso abandonaría la ciudad a los rusos y que la batalla de Königsberg sería un ejemplo de la lucha que el pueblo alemán llevaba a cabo en su fe ilimitada en el *Führer*. Karl Hanke, otro jerarca que nada tenía que envidiar a Koch, telegrafió de vuelta, sin perder un instante, que tampoco él entregaría Breslau, una ciudad que en aquel momento también se veía asediada por las tropas rusas. Para insuflar valor al pueblo alemán, Goebbels ordenó que se leyeran por radio los telegramas de estos dos «líderes populares», y darlos así a conocer a la población.

Koch y Hanke lograron abandonar los respectivos escenarios bélicos sin sufrir un solo rasguño, mientras que innumerables soldados tuvieron que dar su vida en Königsberg y en Breslau.^[374]

Hitler y Bormann deliberaron desde finales de enero y principios de febrero repetidamente sobre cuál iba a ser el destino del Partido, dada la catastrófica degradación de la situación en el frente oriental. Hitler se mostró de acuerdo con la propuesta de Bormann de retirar de las líneas de batalla a los cuadros jóvenes del Partido nacionalsocialista, en su mayoría militantes de las «Juventudes Hitlerianas» que estaban al mando de unidades del *Volkssturm*, para enviarlos al oeste de Alemania. En primer lugar fueron trasladados hacia el oeste los alumnos de las Ordensburgen (las escuelas para la élite de la oficialidad nacionalsocialista) y de las Escuelas Adolf Hitler de Pomerania y Silesia. Era necesario preparar a estos jóvenes para las futuras tareas de mando en el Partido. Se les quería preservar para que el Partido pudiera continuar existiendo en el futuro. Bormann los instruyó para que pasaran a la clandestinidad, se comportaran lealmente con los angloamericanos y procuraran hacerse con puestos en la Administración. En cuanto al primer punto, debían retirarse al Allgäu, en los Alpes bávaros, al área de Bad Tölz-Lenggries. Entre aquellos que habían de dirigir las organizaciones ilegales de las «Juventudes Hitlerianas» en el oeste de Alemania, estaban el jefe de las Escuelas Adolf Hitler, el

jefe superior administrativo de zona Petter, y el jefe de la formación militar de las «Juventudes Hitlerianas» Schlünder.^[375]

Al mismo tiempo que se trasladaba a los jóvenes cuadros del Partido nacionalsocialista hacia el oeste de Alemania, Hitler ordenó que Koch, Förster y Greiser, *Gauleiter* de Prusia Oriental, Danzig y Poznan (Posen) respectivamente, se retiraran junto con sus estados mayores en la misma dirección.

En una reunión secreta, mantenida en la cancillería del Partido, situada en la *Wilhelmstraße*, y en la cual participaron Petter, Schlünder y los colaboradores más estrechos de Bormann (el secretario de Estado, doctor Klopfer, el *Oberbefehlsleiter*^[376] del Partido nacionalsocialista, Friedrichs, y el consejero de Bormann, Müller), éste declaró en referencia al traslado de los cuadros del Partido hacia el oeste de Alemania:

—Nuestra salvación está en Occidente. Allí nuestro Partido podrá continuar existiendo. La consigna de hacer frente al bolchevismo nos lo garantiza.^[377]

Antes de su partida hacia el oeste de Alemania, el jefe superior administrativo de zona Kurt Petter visitó en marzo de 1945 a Günsche en la cancillería del *Reich*, para despedirse. Günsche era amigo de Petter desde comienzos de los años treinta, cuando ambos coincidieron en las «Juventudes Hitlerianas». Petter recalcó que sólo éstas podían conferir un futuro al Partido, porque las viejas generaciones se habían burocratizado y el pueblo las detestaba. Petter se dirigió a Bad Tölz, pasando por Sonthofen, para asumir la dirección de los grupos de las «Juventudes Hitlerianas» transferidas hacia allí desde el este de Alemania.

En febrero de 1945, mientras en el frente oriental (en Curlandia, Prusia Oriental, Pomerania, Silesia, Bohemia y Hungría) se libraban crueles combates, que devoraban casi todas las reservas alemanas, las tropas angloamericanas avanzaron hacia territorio alemán y entraron en él en la zona comprendida entre Aquisgrán y Tréveris, es decir, en un sector del frente muy debilitado después de que el 6.º ejército acorazado de Sepp Dietrich hubiera tenido que trasladarse.

El fuerte contraste existente entre la guerra en el este y en el oeste se reflejaba asimismo en las conferencias informativas de Hitler. A diferencia de las explicaciones de Jodl acerca del frente occidental, las de Guderian siempre se desarrollaban de manera tormentosa y provocaban una y otra vez la ira de Hitler. Dado que el frente occidental había quedado notablemente debilitado por el traslado de las tropas hacia el este, Hitler no podía sino registrar como inevitables los informes de Jodl sobre el avance de las tropas angloamericanas en suelo alemán. Pero se tranquilizaba con el hecho de que los angloamericanos serían detenidos en el obstáculo natural que

representaba el Rin. Por esta misma razón, reaccionó de manera relajada al comunicado de Jodl, según el cual el traslado de las divisiones al frente oriental había provocado un notable incremento del número de soldados que desertaban hacia las posiciones de los angloamericanos. Las deserciones se explicaban por el terror que provocaba la batalla encarnizada contra el Ejército Rojo. Cuando una división subía a los vagones para ser transferida hacia el este, se daba la circunstancia de que trenes enteros, incluso compañías enteras, decidían optar por la huida y acababan pasándose al enemigo.

Al final de todos los meses, Speer, el ministro de Armamento y Producción Bélica, y Saur, su lugarteniente, informaban a Hitler acerca de la producción de armas y equipos de todo tipo. En ocasiones, estas cifras eran transmitidas a Hitler por teléfono y él las introducía personalmente en unas tablas. La mayoría de las veces, el dictador tenía consigo a un ayudante que seguía las conversaciones mediante unos auriculares y que también tomaba sus notas. A continuación, se contrastaban las cifras y se las comparaba con las que se habían recibido el mes anterior.

Los resúmenes de enero y febrero de 1945 aseguraban que la industria bélica alemana estaba produciendo a toda máquina, con la excepción de las fábricas de la Alta Silesia, ocupada por el Ejército Rojo. Esto se explicaba por el hecho de que los aviones angloamericanos bombardeaban sobre todo las empresas aeronáuticas, las refinerías de petróleo y los aeródromos. Se atacaban desde el aire las fábricas de aviones *Messerschmitt* de Augsburgo, las de *Focke-Wulf* en Bremen-Hemelingen, las de Heinkel en Rostock, las industrias aeronáuticas de Neustadt (Viena), que producían cazas propulsados a reacción, las fábricas de la BMW, donde se fabricaban motores de aviones, las de rodamientos de Schweinfurt y Ratisbona, así como talleres menores que producían aviones enteros o partes de éstos.

En el cuartel general de Hitler se tenía el firme convencimiento de que los angloamericanos pretendían destruir sobre todo la industria aeronáutica germana, porque la *Luftwaffe* representaba una de las armas más poderosas que los alemanes podían emplear contra ellos. Y en cambio, no parecían tener interés alguno en bombardear las industrias donde se fabricaban las armas que los germanos podían emplear en sus combates terrestres en el frente del este.^[378]

También se intensificaron los ataques de los pilotos angloamericanos contra las ciudades alemanas. A Hitler le traía sin cuidado que los bombardeos las redujeran a escombros. En una ocasión declaró:

—Entre las ruinas resulta más fácil hacerse fuerte y defenderse.

En otra ocasión dejó caer:

—Para reemplazar las ciudades destruidas construiré otras muchas, más bellas cuando termine la guerra. En realidad debería agradecer a los angloamericanos el trabajo que me ahorran derrumbando los barrios de las ciudades que yo ya quería reformar.

Respecto a los ataques a Berlín, Hitler comentó en una ocasión:

—¡Espero que bombardeen de una vez el Ayuntamiento de Berlín! Como arquitecto, ese edificio siempre me ha repugnado. Si los anglosajones lo respetan será probablemente porque quieren hacerme rabiar —aseguraba riendo.

En febrero de 1945, Hitler se entrevistó en repetidas ocasiones con Speer. Ambos deliberaban sobre lo que debía hacerse con las industrias del oeste de Alemania en el caso de una ocupación angloamericana. El *Führer*, ante la retirada de las tropas de los territorios alemanes del este, había dado la orden de arrasarlo todo, para que nada quedara en manos de los rusos. En cuanto al oeste, en cambio, exigió preservar las industrias en su totalidad. Las instrucciones de Hitler obligaban a los empresarios a permanecer en sus puestos una vez que se hubiera ocupado el oeste de Alemania. La preservación de todas aquellas empresas, pensaba Hitler, era un buen punto de partida para que los directivos alemanes pudieran restablecer sus tradicionales relaciones amistosas con los magnates de la industria angloamericana. A ello se asociaban unas esperanzas muy determinadas. El *Führer* opinaba que la situación en el frente oriental había de llevar de manera inevitable a un pacto militar entre Alemania, Inglaterra y Estados Unidos para hacer frente a la amenaza bolchevique. En un contexto como aquél, la mediación de los empresarios podía desempeñar un papel decisivo.

A sugerencia de Speer, Hitler forzó a los empresarios de las regiones ocupadas por las tropas angloamericanas a retirar de sus maquinarias los componentes esenciales para su funcionamiento. A la hora de negociar con los angloamericanos, podían volver a colocar dichas piezas, para así demostrarles su buena disposición. Speer viajó aquellos días por las zonas industriales del oeste de Alemania con directivas de ese tipo, dadas por Hitler. Éste recomendó a Speer que se hiciera acompañar por personajes de probada lealtad: el doctor Vögler, el presidente del consejo de dirección del Consorcio del Acero; el doctor Rohland, jefe del comité central de tanques, y Geilenberg, el director general de la industria metalúrgica del *Reich*.

A finales de febrero, las tropas soviéticas habían avanzado en el área de Küstrin-Frankfurt-Goben hasta alcanzar el río Oder, con lo cual se hallaban a tan sólo unos ochenta o noventa kilómetros al este de Berlín. En aquellos combates se

conquistaron, rodearon o cercaron importantes ciudades situadas entre los ríos Vístula y Oder: Torun (Thorn), Pila (Schneidemühl), Bydgoszcz (Bromberg), Poznan y otras más. Estas ciudades se hallaban junto a importantes nudos estratégicos. Los alemanes las habían declarado plazas fuertes. Todas las reservas aún existentes y todas las fuerzas capaces de ofrecer resistencia fueron lanzadas hacia el Oder, con el fin de detener a los rusos.

Hacia allá se dirigieron el ejército de reserva, navíos de guerra y los batallones del *Volkssturm* procedentes de Berlín y de su entorno. Se tomaron medidas especiales para estabilizar el frente. En éste se había abierto una brecha y el alto mando unificado había quedado destruido a consecuencia de la huida precipitada de las tropas alemanas ante las duras embestidas de los rusos. En este contexto, Hitler designó a Himmler comandante en jefe del recientemente formado grupo de ejércitos del Vístula. El *Führer* esperaba que Himmler, con su falta de escrúpulos y su crueldad, lograría restablecer el frente entre el mar Báltico y Silesia.^[379]

En la retaguardia se formaron comandos especiales de las SS, al mando, entre otros, del general de Policía y teniente general de las SS Von dem Bach-Zelewski y Jeckeln, además de Skorzeny, para detener la marea de soldados en fuga. Estos comandos abrían fuego contra los soldados que pretendían huir del frente y los obligaban a volver a las líneas de combate. Si los que huían eran oficiales o funcionarios del Partido que habían sido incorporados al *Volkssturm*, se les colgaba en el acto.

Entre el río Oder y la ciudad de Berlín se levantaron a toda prisa fortificaciones escalonadas en profundidad, con varias líneas de contención y un sinfín de barreras antitanque. En estas tareas se obligó a colaborar a toda la población local, así como a los habitantes de Berlín. La movilización de estos trabajos correspondió a Stürtz, el *Gauleiter* de Brandemburgo.

Al comandante del 6.º ejército acorazado, Sepp Dietrich, se le encargó fingir un intercambio de mensajes de radio ficticios al oeste del Oder, en el área de Fürstenberg-Bad Saarow. Su ejército, que por orden de Hitler marchaba desde el frente occidental hacia Hungría, se hallaba por aquel entonces en el sector meridional del frente oriental. Dietrich organizó este intercambio de falsos mensajes con la ayuda de varios oficiales de su estado mayor. Mediante este envío de órdenes e informes apócrifos desde una unidad a otra del 6.º ejército acorazado se quería dar la impresión de que el ejército estaba localizado junto al río Oder. La treta perseguía un doble fin: engañar a los rusos acerca de la importancia real de las tropas alemanas en el Oder y disimular el traslado del 6.º ejército acorazado hacia Hungría.

A mediados de febrero, Hitler se mudó a su búnker antiaéreo. Le acompañaron Eva Braun y Morell, sin cuyas inyecciones el *Führer* ya no era capaz de pasar un solo día. El conjunto de su estado mayor personal permaneció en la cancillería del *Reich*.

Hitler había ordenado la construcción de aquel refugio antiaéreo en los jardines de la cancillería del *Reich*, el búnker del *Führer*, en 1943.

Su refugio antiaéreo habitual, situado debajo del salón de los diplomáticos de la cancillería del *Reich*, que había utilizado hasta poco antes de que se iniciaran los ataques aéreos contra Berlín, ya no le parecía suficientemente seguro. Hitler quería estar a más profundidad; por ello el nuevo búnker se hundía tres metros más bajo tierra. Desde el búnker antiguo se accedía al nuevo por una escalera de caracol que acababa en una pequeña cámara con una puerta acorazada. Detrás de ésta comenzaba el amplio pasillo del búnker del *Führer*, que se dividía en dos mitades. En la primera de estas mitades, junto a la pared derecha, varios armarios guardaban el equipamiento para la protección antiaérea (trajes antigás, cascos de acero, máscaras antigás, extintores). Una puerta en esta pared llevaba al cuarto de máquinas, donde se hallaba la instalación para la ventilación. Una segunda puerta daba acceso a seis estancias comunicadas entre sí. Se trataba de la centralita para las comunicaciones telefónicas y telegráficas, donde había un telefonista de la guardia personal de Hitler; la habitación de Morell; la estancia de los primeros auxilios, donde se hallaba también el lecho del médico de turno de Hitler, el doctor Stumpfegger; el dormitorio de Linge y el dormitorio para los ordenanzas; finalmente, una sala de descanso. En la pared izquierda de la primera mitad del pasillo había una mesa rectangular con sillones, por encima de la cual colgaba un reloj. Junto a la mesa, se alzaba una cabina telefónica desde la cual el telefonista de turno anunciaba las llamadas que los presentes realizaban al exterior.

Una puerta en la pared izquierda del pasillo llevaba a los servicios, donde también se le había hecho un hueco a *Blondi*. Su apareamiento con el perro de la señora Troost no había dado «resultados». Por esta razón, a finales de enero, *Blondi* fue nuevamente apareada, esta vez con el perro del *Reichsleiter* Alfred Rosenberg, el ideólogo del Partido nacionalsocialista. Hitler mandó instalar un radiador en el rincón reservado a *Blondi*. A principios de abril, por fin, se produjo el tan esperado y jubiloso acontecimiento: el animal dio a luz ocho cachorros, de los cuales sobrevivieron tres. Hitler bautizó al más fuerte de ellos con su propio sobrenombre, *Wolf*. A lo largo de abril de 1945, Hitler podía pasarse horas enteras sentado en un sillón del búnker, jugando con *Wolf*, su perro favorito.

La primera mitad del pasillo estaba separada por otra puerta acorazada de la segunda mitad, la denominada antesala del salón de reuniones. La puerta estaba custodiada por un oficial de la guardia personal de Hitler. La antesala era el lugar donde los asistentes a las sesiones solían esperar la llegada del *Führer*. De las paredes colgaban grandes y valiosos cuadros, en su mayoría paisajes italianos. A lo largo de la pared derecha se alineaban entre doce y dieciséis sillones frente a un banco con almohadones. Delante de éste se había instalado una mesa amplia y rectangular con

varias sillas también con almohadones. A la izquierda y derecha del banco había otras dos puertas acorazadas. La puerta izquierda llevaba a las habitaciones privadas de Hitler y Eva Braun, la derecha daba acceso al salón de reuniones.

Delante de las habitaciones de Hitler había un pequeño vestíbulo. Una mampara colocada detrás de la puerta del vestíbulo impedía que los asistentes a las reuniones pudieran ver el interior de las habitaciones de Hitler y Eva Braun.

Detrás de la doble puerta del vestíbulo se hallaba el despacho de Hitler, tapizado con una gruesa y mullida alfombra. En el despacho, a la derecha de la puerta, había un gran escritorio con un sillón. Sobre la mesa podía verse una gran lámpara de bronce, un juego de escritorio, un teléfono, un atlas y una lupa. Encima del escritorio colgaba un retrato de Federico II, pintado por Menzel, en un marco oval. Hitler sentía un gran aprecio por esta pintura. En la pared de enfrente había un sofá y delante de éste una mesa con tres sillones tapizados con seda estampada. Encima del sofá colgaba un bodegón y a su derecha podía verse una mesita de té y a la izquierda un aparato de radio. En la pared derecha había un cuadro especialmente valioso de Lucas Cranach.

En esta pared se abría una puerta que conducía al dormitorio de Hitler, también cubierto por una alfombra. Esta habitación albergaba una cama con su mesita de noche, un armario ropero, una mesita con ruedas para el té, una caja fuerte, en la cual el *Führer* guardaba documentos secretos, un armario con libros y una bombona de oxígeno. A la izquierda del despacho, una puerta daba acceso al cuarto de baño que compartían Hitler y Eva Braun. Desde allí se llegaba al vestidor de Eva Braun, así como a su sala de estar y dormitorio, que contenía a la derecha una tumbona tapizada de oscuro, una mesita redonda y un sillón. Una lámpara de pie bañaba la estancia con una luz amortiguada. Delante de la pared frontal se hallaba la cama de Eva Braun, un armario para la ropa y un cajón para su perro. El suelo estaba cubierto por una alfombra de estampados oscuros. De las paredes colgaban cuadros con flores. Una segunda puerta conducía al vestíbulo desde el dormitorio de Eva Braun.

En el salón de reuniones se alzaba a la izquierda una mesa de gran tamaño, con lámparas y teléfonos. Encima de ella, un juego de escritorio, un atlas, una lupa, lápices y las gafas de Hitler. Delante de la mesa había varios sillones, además de una tarima acolchada. Un banco igualmente acolchado se extendía a lo largo de las demás paredes. A la derecha de la entrada se veía un receptor de radio y otro teléfono.

La compuerta y la puerta acorazada permitían la salida al vestíbulo. Después de atravesar la compuerta, se llegaba a dos salidas de emergencia que llevaban a los jardines de la cancillería del *Reich*. De la primera salida subía una escalera de caracol revestida de losas. Por encima de esta salida se había construido una torre de forma cúbica y gruesas paredes de hormigón. Un guardia del Servicio de Seguridad vigilaba el acceso al refugio antiaéreo de Hitler desde esta torre. En el exterior, delante de la

entrada, prestaba servicio otro hombre armado, miembro de la guardia personal del *Führer*.

Desde la segunda de las salidas de emergencia se ascendía a la superficie por una escalera de incendios metálica. Esta salida estaba protegida por una torre cilíndrica y cubierta por una cúpula. En ella se habían instalado diversos nidos de ametralladoras y puestos de observación. También esta torre la vigilaban soldados de las SS de la guardia personal de Hitler y una línea telefónica la comunicaba con el búnker.

El suelo, la cubierta y las paredes laterales del búnker del *Führer* estaban contruidos con un hormigón de gran resistencia y de tres metros de espesor. El techo se había reforzado además con gruesas vigas de hierro. Pero, en opinión de Hitler, esto no era suficientemente seguro. Por esta razón mandó cubrir el búnker con una capa de grava de un metro de espesor, en la que se introdujeron unas mallas muy apretadas, hechas de acero. El acceso al búnker desde la cancillería del *Reich* se construyó en forma de zigzag y se aseguró mediante pesadas puertas acorazadas, siguiendo órdenes de Hitler.

El dictador sólo abandonaba el búnker para participar en la sesión informativa del mediodía y para el almuerzo. Cuando a principios de febrero de 1945 una bomba destruyó el jardín de invierno de la antigua cancillería del *Reich*, los encuentros con los generales se trasladaron al despacho de Hitler en la nueva cancillería del *Reich*. El *Führer* llegaba hasta allí atravesando los jardines. Si alguna de estas reuniones coincidía con alguna alarma aérea sobre Berlín, entonces la mantenían en el búnker. La sesión informativa de la noche se producía siempre en el búnker.

Hitler comía en compañía de Eva Braun y de sus secretarias desde que había vuelto de Bad Nauheim el 12 de enero de 1945. Ya no se invitaba a otras personas.

Por aquel entonces las relaciones entre Hitler y Göring se enfriaron de manera visible. Esta circunstancia se ponía de manifiesto en el curso de las conferencias para evaluar la situación militar. Fue Hitler el que propició este distanciamiento. Le reprochaba a Göring con frecuencia creciente (y en ocasiones en voz alta) que la *Luftwaffe* no estaba cumpliendo con sus tareas. En ocasiones, Hitler podía llegar a ser grosero: «¡La *Luftwaffe* está repleta de bocazas!», «¡La *Luftwaffe* debería morir de vergüenza! ¡Los aviones enemigos se pasean por Alemania como si estuvieran en su casa!», «Si la *Luftwaffe* no es capaz de luchar en el aire, que al menos luche en tierra», «Las informaciones acerca del número de aviones enemigos derribados son falsas», «Muchos de mis pilotos no se merecen las condecoraciones que les he otorgado».

Göring guardaba silencio frente a estos reproches. Su única reacción consistió en dejar de llevar sus condecoraciones, al menos durante algún tiempo. Cuando durante las reuniones se hablaba de las operaciones de la aviación militar, Göring se alejaba con gesto ostensible de la mesa o abandonaba la estancia.

En cierta ocasión, un Hitler rojo de rabia presentó a Göring un artículo de prensa en el que se aseguraba que este último pasaba todo el tiempo en la Schorfheide, cazando jabalíes. Hitler le dijo a gritos que, si ya no tenía otra cosa que hacer que dedicarse a cazar jabalíes, al menos se preocupara de que esto no apareciera en los periódicos.

El *Führer* relevó a Göring de la responsabilidad de construir los aviones de reacción y encomendó este cometido a Himmler. Éste transfirió la dirección de la producción al ingeniero y teniente general de las SS Kammler, que desde otoño de 1944 era el responsable de la producción de cohetes y comandaba una unidad especial dotada con misiles balísticos V-1 y V-2.^[380]

En la misma medida en que Hitler se distanció de Göring, se acercó a Goebbels. Pronto se entabló entre ambos una relación muy estrecha. Goebbels no participaba en las conferencias informativas, pero Hitler le hacía venir todos los días y deliberaba con él durante horas sobre todos los asuntos. En los últimos meses de la guerra, Goebbels logró convertirse en el asesor más próximo a Hitler.

A finales de febrero de 1945, el profesor Von Eicken, un especialista otorrinolaringólogo, operó al *Führer* de sus cuerdas vocales. Eicken había detectado una fístula, provocada por lo mucho que gritaba Hitler.^[381] La intervención transcurrió sin complicaciones. Hitler, sin embargo, tuvo que guardar silencio durante una semana, pues de lo contrario corría el riesgo de perder la voz de manera definitiva. Durante aquellos días, fueron los ayudantes los que acudían al búnker y le presentaban la situación en el frente. El *Führer* escribía sus indicaciones y órdenes en las hojas de un cuaderno de notas.

En el área del grupo de ejércitos del Vístula, en Pomerania, el Ejército Rojo avanzaba a lo largo y ancho del frente en dirección al curso inferior del Oder. En ese mismo momento, unas veinte divisiones alemanas se hallaban en la franja costera que separaba Danzig de Stettin, de entre cincuenta y cien kilómetros de extensión.

En una reunión informativa de comienzos de marzo, Hitler hizo una evaluación de la situación en el frente. También a él la situación a lo largo del Oder y en Pomerania le parecía crítica en extremo, pero concluyó que se había presentado la posibilidad de asestar un golpe a los rusos. Hitler explicó:

—Los rusos no continuarán su ofensiva más allá del río Oder en dirección a Berlín, porque su flanco derecho se halla muy amenazado por las tropas alemanas concentradas en Pomerania. Mientras esta amenaza no haya sido anulada, no hay por qué temer un ataque a Berlín. Esto quiere decir que importantes fuerzas rusas estarán sujetas en Pomerania durante algún tiempo. Eso nos da la posibilidad de abrir una brecha en las líneas rusas destacadas en el área al sur de Stettin y de atacar seguidamente la retaguardia enemiga en el

curso inferior del Oder. Esta operación abrirá a las tropas alemanas en Pomerania un espacio que les permitirá atacar las posiciones rusas al sur de Danzig, romper las líneas enemigas y avanzar a continuación en dirección a Schneidemühl y Poznan.

Guderian se opuso al plan de Hitler. Explicó que el Ejército Rojo había alcanzado el curso inferior del río Oder y que estaba a 90 kilómetros de Berlín. Por ello intentarían con toda seguridad conquistar la capital del *Reich* lo antes posible. El plan del *Führer*, por lo tanto, estaba condenado a fracasar desde un principio. Había que concentrar todas las fuerzas en el Oder y resistir allí. Hitler se puso fuera de sí por esta réplica y se dejó arrastrar por un ataque de furia. Era la primera vez que amonestaba a Guderian:

—¡Guderian, guarde silencio! —vociferó—. Los rusos no serán tan tontos como lo fuimos nosotros cuando estábamos frente a Moscú y queríamos conquistarla de inmediato. Recuerde que fue usted, Guderian, el que pretendió entrar el primero en Moscú con su ejército. ¡Usted debería saber mejor que nadie cómo acabó aquel asunto!

Guderian empalideció. Himmler, que según el plan de Hitler, debía dirigir la operación, apoyó a Guderian. Se hizo entonces un silencio sepulcral. Sólo se oía la respiración pesada del dictador. Después de una breve pausa, éste dijo que su evaluación de la situación era la única correcta y que sólo un diletante o un principiante podía llegar a una conclusión diferente. Ordenó que se retiraran las tropas del curso inferior del Oder y que se formaran dos grupos de choque. Éstos debían atacar avanzando, respectivamente, desde el área al sur de Stettin y desde la cabeza de puente en el margen oriental del Oder, entre Küstrin y Frankfurt. A continuación, les correspondía romper el frente y hacer retroceder a las tropas soviéticas. El golpe principal lo debía llevar a cabo el grupo que avanzaría desde Stettin.

En las conferencias que siguieron, Guderian advirtió una y otra vez de que los datos proporcionados por los servicios de información alemanes indicaban que los rusos estaban concentrando un gran número de fuerzas en el curso inferior del río Oder. Este hecho sugería que tenían la voluntad de seguir adelante con la ofensiva contra Berlín.

Hitler insistió en que se llevara adelante su plan.

El contraataque de las tropas alemanas, emprendido desde el área de Stettin, tal como lo había ordenado el *Führer*, quedó detenido en los primeros días, incapaz de hacer frente al fuego de la artillería enemiga.

Hitler sufrió un nuevo ataque de cólera. En presencia de todos los asistentes abroncó a Guderian como si se tratara de un colegial. A grito limpio lo acusó de haber hecho fracasar el ataque de manera premeditada. También le echó en cara a Himmler que se hubiera dejado convencer por Guderian.

Hitler se puso aún más furioso cuando, en los días siguientes, las tropas rusas avanzaron contra las unidades alemanas en Pomerania en lugar de dirigirse a Berlín. Insistía en que tenía razón y que él era el único capaz de adivinar las intenciones del enemigo. Para probarlo, hizo traer las actas de las reuniones en las que se había debatido sobre las intenciones de los rusos. Hitler se las entregó a Goebbels para que éste las estudiase. Goebbels se las llevó consigo y las devolvió más tarde acompañadas de una nota manuscrita: «*Mein Führer*, ¿por qué no destituye usted a estos generales tan incompetentes?».

La relación entre Hitler y Guderian quedó en entredicho desde aquellos días. Himmler fue relevado del mando supremo del grupo de ejércitos del Vístula y sustituido por el capitán general Heinrici.^[382] Enfurecido y dolido, Himmler se retiró a Hohenlychen, un sanatorio de las SS que dirigía el general de división de las SS Gebhardt. Le comunicó a Hitler que estaba indispuerto. El teniente general de las SS Kaltenbrunner, el jefe del Servicio de Seguridad y de la oficina central de seguridad del *Reich*, asistiría desde entonces y de manera permanente a las reuniones con los generales. Sin embargo, Kaltenbrunner no decía palabra y se limitaba a escuchar en silencio.

Hitler no dedicó ni un comentario a esta presencia de Kaltenbrunner en las sesiones informativas. En su entorno se sospechaba que Hitler, que se sentía cada vez más inseguro, pretendía con ello transmitir una advertencia a los demás participantes de aquellas sesiones.

A mediados de marzo de 1945, en la antesala del despacho de Hitler en la nueva cancillería del *Reich* se habían reunido los habituales de la sesión informativa del mediodía. Esperaban a que Hitler hiciera su aparición. Los ordenanzas de las SS servían bebidas alcohólicas y un refrigerio. Guderian tomaba un coñac tras otro. Se diría que, ante la perspectiva de la reunión, bebía para darse ánimos.

Mientras tanto, el *Führer*, acompañado por Linge, se dirigía desde el búnker a su despacho, atravesando los jardines de la cancillería. Hitler ordenó a Linge que hiciera pasar a los reunidos. Los soldados de las SS de su guardia personal abrieron las puertas del despacho de par en par. Göring fue el primero en entrar. Le siguieron Dönitz, Keitel, Jodl, Guderian, Kaltenbrunner y los demás. Hitler se hallaba de pie junto a la gran mesa de mármol y le estrechó la mano a cada uno de ellos.

Guderian dijo algo a Hitler, mientras los ayudantes, Johannmeyer y Günsche, así como el adjunto de Guderian, Von Freytag-Loringhoven, extendían los mapas del frente oriental sobre la mesa. Hitler, con toda probabilidad, percibió el aliento a

alcohol de Guderian y retrocedió un paso. Sin responderle, tomó asiento junto a la mesa de los mapas. Guderian, que a causa del coñac no estaba en condiciones de guardar el equilibrio, tuvo que aferrarse a la mesa.

Con la lengua algo pesada, Guderian informó sobre la situación en el frente oriental, comenzando por el grupo de ejércitos del sur. Algunos de los asistentes sonreían maliciosamente a hurtadillas, dándose codazos mientras escuchaban al general. De sus palabras se deducía que el contraataque del grupo de ejércitos del sur contra las cabezas de puente rusas de los ríos Danubio y Drava, al sur del lago Balatón, avanzaba muy lentamente. Guderian comunicó además que los potentes ataques de los rusos en Silesia y Bohemia contra el grupo de ejércitos del centro habían sido rechazados, con la excepción de algunas irrupciones. En esta área se estaban desarrollando unos combates encarnizados y ambos bandos estaban sufriendo un alto número de bajas. En el área del grupo de ejércitos del Vístula, el Ejército Rojo, avanzando desde Koszalin (Köslin) a Kolobrzeg (Kolberg), había roto el frente en dirección al Báltico, con lo que habían dividido en dos las unidades alemanas en Pomerania. Guderian añadió que las bajas eran muy numerosas y que todos los reservistas habían sido enviados al campo de batalla.

—Sería oportuno trasladar al grupo de ejércitos de Curlandia hacia el Oder —opinó.

Hitler se levantó de un salto en cuanto oyó estas palabras. Su cara estaba muy roja. Arrojó los mapas al suelo, golpeó la mesa con sus puños y gritó que Guderian se equivocaba desde hacía tiempo en su valoración de la situación en el frente oriental.

—¡Usted no supo valorar la situación ante Moscú durante el invierno de 1941! —gritó Hitler—. ¡Usted no supo interpretar la situación a lo largo del río Vístula, junto a Varsovia, en enero de 1945! ¡Usted hizo construir fortificaciones entre el Vístula y el Oder, reteniendo con ello a decenas de miles de soldados, en lugar de enviarlos al frente! ¡Y, por último, tampoco sabe usted interpretar correctamente la situación en el frente del Oder!

La cara de Guderian adquirió la palidez de un cadáver. Intentó tomar aire y se llevó la mano al pecho. Con la voz descompuesta comenzó:

—*Mein Führer*, usted no puede hablarme de este modo. Nadie se ha esforzado más que yo por detener a los rusos, suponiendo que...

Hitler dio por terminada la reunión. Todos abandonaron la sala. Guderian se

quedó solo.

Desde aquel día, Guderian no volvió a aparecer ante Hitler. Había sido destituido como jefe del estado mayor general del ejército.^[383] Ocupó su puesto el general Krebs, que pocas semanas atrás había reemplazado al general Wenck como jefe de la sección de operaciones del alto mando del Ejército de Tierra, después de que éste hubiera resultado herido en un accidente. Con anterioridad, Krebs había sido jefe del estado mayor del mariscal de campo Model, al que se parecía mucho en su dinamismo y sus gestos vivaces. Krebs mantenía una estrecha amistad con Burgdorf y también con Goebbels y Bormann.

CAPÍTULO 14

MARZO DE 1945

En los primeros días de marzo de 1945, Hitler ordenó reunir bajo el mando del general Wöhler una gran cantidad de fuerzas en el área del grupo de ejércitos del sur, incluyendo al 6.º ejército acorazado de Sepp Dietrich. Hitler preparaba una contraofensiva en el área del lago Balatón.

El objetivo estratégico era destruir la gran cabeza de puente que los rusos habían establecido entre los ríos Danubio y Drava, al sudoeste de Budapest, para luego empujar a las tropas rusas hacia la otra orilla del Danubio y reconquistar la ciudad de Budapest.

Mediante esta operación, Hitler pretendía alejar la amenaza rusa de la Alemania meridional y de los campos de petróleo del Balatón. Aquí se hallaban las últimas reservas de crudo de las que aún disponía el *Reich*, dejando al margen las modestas reservas existentes en Austria y Alemania.^[384]

Hitler ordenó preparar con esmero la operación del Balatón.

Para ello mandó presentarse a Sepp Dietrich, cuyo 6.º ejército acorazado incluía divisiones de élite de las SS como las *Leibstandarte Adolf Hitler*, *Das Reich*, *Totenkopf*, *Viking*, *Hohenstaufen*, *Fruntsberg*, *Hitler Jugend* y otras.^[385] Hitler ordenó que el ejército acorazado de Dietrich llevara a cabo la operación empleando todas sus fuerzas y la culminara de manera victoriosa, costara lo que costase.

La contraofensiva del lago Balatón fracasó. Tras los primeros días del inicio del ataque, los rusos, asestando duros golpes a los flancos, obligaron a las tropas alemanas a detenerse y a replegarse hacia sus posiciones de partida e incluso las obligaron a retroceder, con enormes pérdidas, en dirección noreste, hacia la frontera austro-húngara.^[386]

Hitler sustituyó de inmediato al general Wöhler y lo reemplazó por el general Rendulic, un austríaco que había servido en las fuerzas armadas de su país con anterioridad al *Anschluss*.^[387] Hitler lo había distinguido con la insignia de oro del Partido por su lealtad ilimitada.

El fracaso de la contraofensiva del Balatón conmovió profundamente al *Führer*. Las esperanzas que había puesto en sus divisiones de las SS se habían frustrado. Hitler se pasaba las sesiones informativas sentado a la mesa con la cabeza gacha y una mirada de incredulidad. Mientras tanto, Krebs, el recién nombrado jefe del estado mayor general, presentaba sus primeros informes y daba cuenta de la retirada del ejército de Sepp Dietrich.

Durante una reunión posterior se supo de un informe de Sepp Dietrich en el que

éste afirmaba que, en el curso de los sangrientos enfrentamientos, su ejército estaba sufriendo un enorme número de pérdidas en soldados y carros de combate. Hitler se levantó y gritó:

—¡Mis divisiones de las SS se han olvidado de combatir! ¡Se han convertido en unos cobardes!

Luego se dejó caer en el asiento con la mirada perdida. Su cara temblaba. Tenía que culpar de cobardía precisamente a sus divisiones de las SS, a las que había puesto como ejemplo para toda la *Wehrmacht* y a las que había honrado con su nombre.

Al término de la reunión, llamó a Günsche a su despacho y le preguntó si Sepp Dietrich había hablado con él de la contraofensiva del Balatón. Günsche respondió afirmativamente. Informó a Hitler de que Sepp Dietrich había expresado su confianza acerca de la futura operación. Sólo lamentaba que su ejército tuviera que luchar en Hungría y no en Pomerania. Dietrich no quería luchar por Hungría sino por Alemania. Hitler refunfuñó:

—Eso se lo ha metido en la cabeza Guderian. Ya me lo imagino.

A continuación le preguntó a Günsche lo que sabía de los comandantes de la división de Sepp Dietrich y de los regimientos del *Leibstandarte Adolf Hitler*. En su respuesta, Günsche quiso recalcar que Peiper, el comandante del regimiento de blindados del *Leibstandarte*; Hansen, el comandante del 1.^{er} regimiento de infantería motorizada, y Sandig, el comandante del 2.^o regimiento de infantería motorizada, servían los tres desde 1933 en el *Leibstandarte*, que los tres combatían desde el comienzo de la guerra en el frente y que los tres habían sido distinguidos con altas condecoraciones.

Hitler interrumpió a Günsche:

—Bien, bien. Déjeme solo.

Cuando el fracaso de la contraofensiva del Balatón se hizo evidente, Hitler hizo venir a Günsche y le ordenó redactar una directiva para el comandante del 6.^o ejército acorazado, Sepp Dietrich. La orden decía que el *Leibstandarte* ya no era digno de llevar el nombre de *Adolf Hitler*. Günsche, él mismo miembro del *Leibstandarte*, se dejó caer abatido en la silla delante del escritorio de Hitler y comenzó de mala gana a redactar la orden. El *Führer* iba de un lado a otro de la habitación. Después de haber tachado y recomenzado varias veces el texto, al final la hoja incluía las siguientes

frases: «Dispongo: considerando que el *Leibstandarte* no ha cumplido con la tarea que le había asignado y que no ha mostrado el espíritu combativo que yo esperaba de él, que no es digno de llevar el nombre de *Adolf Hitler*».

Hitler, que había percibido las vacilaciones de Günse, se acercó a éste y le dijo:

—Déjelo. Ya hablaré yo mismo con Himmler.

Himmler, que no había podido superar su relevo como comandante en jefe del grupo de ejércitos del Vístula, se encontraba aún en Hohenlychen, en el sanatorio de las SS.

Siguiendo órdenes de Hitler, Himmler volvió a participar al día siguiente en las reuniones. Durante la primera, el dictador dio rienda suelta a su ira contra Sepp Dietrich y su ejército. Hitler deliraba:

—¡El *Leibstandarte* ya no existe! ¡No merece llevar mi nombre! ¡Himmler, usted personalmente irá al encuentro de Sepp Dietrich! Retiro a todas las divisiones sus nombres. ¡Fuera los galones! También los de Dietrich. ¡Comuníqueme a Dietrich que si las divisiones de las SS vuelven a retroceder, les quitaré todas las banderas! ¡A los oficiales y soldados les arrancaré todas sus condecoraciones!

Himmler respondió con voz queda:

—A sus órdenes, *mein Führer*.^[388]

Con toda cautela, Göring intentó que Hitler reconsiderara su decisión. Su opinión era que un castigo semejante resultaba demasiado duro para unas divisiones de las SS que habían derramado su sangre en el frente oriental desde el inicio de la guerra. Pero sólo consiguió avivar la irritación de Hitler. Comparó su destino con el de Federico II, que también había castigado a varios regimientos por la cobardía que mostraron durante la guerra de los Siete Años.

—¡Federico el Grande le retiró a sus regimientos el nombre, la bandera y las condecoraciones! Además, no vacilaré en ejecutar a los soldados de las SS si continúan retrocediendo.

A comienzos de abril, dos oficiales de Sepp Dietrich se presentaron ante Günse, con la intención de recoger su estandarte de combate. Günse lo había guardado

para ellos en el búnker de la cancillería del *Reich* dada la amenaza de Hitler de retirar las banderas a las divisiones de las SS. El estandarte sólo se exhibía en los desfiles militares. Günsche se lo entregó a los oficiales sin que Hitler se enterara y éstos se lo llevaron a Sepp Dietrich, cuyo estado mayor se hallaba por entonces en las cercanías de Viena.

En las escaramuzas que se produjeron a partir de ese momento en el sector meridional del frente oriental, el grupo de ejércitos del sur, al que pertenecían las divisiones de las SS del 6.º ejército acorazado, fue obligado a retroceder hacia Austria. En Viena, la ciudad que según órdenes de Hitler debía ser defendida hasta el último hombre, estalló un levantamiento de la población contra las autoridades alemanas.^[389] El *Führer* llamó al austríaco Kaltenbrunner, que había sido el jefe de la Policía de Viena antes de que aquél le nombrara jefe de la oficina de seguridad, y le ordenó que acudiera de inmediato a Viena y que aplastara sin miramientos la insurrección. No obstante, el 13 de abril las tropas rusas entraron en Viena y, de esta manera, salvaron de Kaltenbrunner, el carnicero de Hitler, a la población. Se había dirigido a Viena para ejecutar la orden de Hitler, pero luego no volvió a Berlín. Simplemente desapareció. Más tarde llegó a saberse que había preferido huir hacia el oeste, donde estaban los angloamericanos.

Hitler comenzó a preocuparse realmente por su seguridad en la cancillería cuando las tropas rusas del área de Küstrin y Frankfurt alcanzaron el río Oder y con ello las puertas de Berlín. Temía sobre todo posibles disturbios o incluso una rebelión de la población berlinesa. Por esta razón ordenó instituir un comandante de batalla de la cancillería del *Reich*, que debía encargarse de organizar la ya reforzada protección del edificio y de todo el distrito gubernamental. En un primer momento, y a propuesta de Burgdorf, Hitler nombró para este puesto al teniente coronel Pick. Pero tres semanas más tarde, y a petición de Hitler, éste fue sustituido por Günsche. Como comandante de batalla de la cancillería del *Reich* y del distrito gubernamental, Günsche estaba personalmente subordinado a Hitler.

El distrito gubernamental comprendía por aquel entonces, además de la cancillería del *Reich*, las siguientes calles: *Unter den Linden*, la *Wilhelmstraße*, la *Behrenstraße*, la *Mauerstraße*, la *Wilhelmplatz*, la *Vossstraße* y la *Hermann-Göring-Straße* hasta la Puerta de Brandemburgo.

La vigilancia de la cancillería del *Reich*, ahora responsabilidad de Günsche, se había encomendado al batallón de guardia del *Leibstandarte*, al regimiento de guardia de Berlín, perteneciente a la división acorazada *Grossdeutschland*, al regimiento *Feldherrnhalle* de las SA, así como a las unidades de la Policía de Seguridad y del Servicio de Seguridad. Además, estaban subordinadas a Günsche varias compañías del *Volkssturm* y la compañía de escolta del *Führer*, al mando del teniente de las SS Drobe.^[390] Esta compañía había estado destacada en el cuartel del batallón de guardia

del *Leibstandarte* en el berlinés *Lichterfelde*, pero fue trasladada más tarde hacia la cancillería del *Reich*. Sus integrantes se instalaron en el salón de los diplomáticos y en otras dependencias de la nueva cancillería.

Cumpliendo órdenes dictadas por Günsche, se levantó un anillo defensivo alrededor del distrito gubernamental consistente en posiciones artilleras fuertemente fortificadas. El paso por la Puerta de Brandeburgo fue cerrado. Sobre la puerta y debajo de la cuadriga se apostaron ametralladoras. Se hicieron aspilleras en los muros que rodeaban el jardín de la mansión de Goebbels, en la *Hermann-Göring-Straße*, y se situaron allí mismo nidos de ametralladoras. Asimismo, se levantó una poderosa posición artillera hecha de planchas de cemento y dotada de portillos para ametralladoras en los muros exteriores de los jardines del Ministerio de Asuntos Exteriores, en la misma calle. Los accesos desde la *Hermann-Göring-Straße* a los jardines y a los garajes de la cancillería fueron asegurados mediante nidos de ametralladoras. Las ruinas de los bombardeados almacenes AWAG,^[391] situados al frente de la nueva cancillería, se hicieron intransitables mediante alambradas y minas. En todas las calles que desembocaban en la *Wilhelmplatz* había cortafuegos y barreras antitanque, con lo que, si era necesario, se podía cerrar el acceso a la plaza de manera inmediata. También en las ruinas de las casas destruidas en los cruces de *Behrenstraße* con *Mauerstraße* y de *Unter den Linden* con *Wilhelmstraße* se hallaban posiciones artilleras fortificadas. En los techos de los ministerios se instalaron nidos de ametralladoras. La cancillería del *Reich* se fortificó con especial diligencia. El balcón que daba a la *Wilhelmplatz*, donde en los días de «gloria» el *Führer* había recibido las ovaciones de los nacionalsocialistas berlineses, servía ahora como un puesto de metralletas. Desde allí era posible abrir fuego contra cualquier punto de la *Wilhelmplatz* y de la *Wilhelmstraße*.

En la *Vossstraße*, delante de las dos entradas principales a la nueva cancillería, se habían depositado sacos de arena y barreras para bloquearlas de inmediato. Las ventanas del edificio ya habían sido obstruidas. Desde ellas apuntaban una multitud de ametralladoras. En los jardines de la cancillería había lanzagranadas y numerosas reservas de municiones. En los jardines del vecino Ministerio de Asuntos Exteriores se instaló un campo de tiro para Eva Braun y las secretarias de Hitler. Allí podían practicar, por si tenían que enfrentarse con la población de Berlín. El número de guardias destinados a la cancillería se triplicó. En cada una de las entradas y salidas se apostaron soldados de manera permanente.

Günsche debía rendir cuenta a Hitler de todas las medidas que se tomaban. El dictador se mostraba muy satisfecho, pero daba constantemente nuevas instrucciones. En una ocasión, sin embargo, hizo llamar a Günsche y se dirigió a él en un tono irritado:

—Mis damas [las secretarias] se han quejado de las muchas vueltas que tienen que dar cuando van al búnker a tomar el té. También se quejan de que en su trayecto tienen que detenerse en un montón de puestos.

Günsche intentó explicar que al atardecer las guardias eran reforzadas por razones de seguridad. Pero Hitler lo interrumpió enfadado:

—Haga lo que haga, a mí nadie me puede proteger. A mí sólo me protege la providencia.

A pesar de esta «protección de la providencia», Hitler dejó todo como estaba y no ordenó ninguna reducción de las medidas de seguridad.

En aquellos días se trabajaba febrilmente en la fortificación de la capital, al tiempo que se instalaban incontables puntos de resistencia entre el Oder y Berlín. En toda la ciudad se levantaron barricadas, se instalaron barreras antitanque y se excavaron trincheras. La población berlinesa fue obligada a participar en estos trabajos.^[392] El mando general fue encomendado a Goebbels, en cuanto comisario para la defensa de Berlín, y a Schach, en cuanto *Gauleiter* adjunto del Partido nacionalsocialista en la capital. En casi todas las calles se levantaron barreras con las piedras procedentes de las casas bombardeadas. El eje Este-Oeste, entre la Puerta de Brandemburgo y la *Siegessäule* se había acondicionado como pista de aterrizaje para aviones, y a fin de que alcanzara una anchura de 50 metros, se retiraron las farolas a ambos lados de la avenida. En la Puerta de Brandemburgo y la *Siegessäule* se instalaron luces de posición para los aviones. Largas columnas de soldados y miembros de las «Juventudes Hitlerianas» y del *Volkssturm* marchaban hacia los barrios periféricos de la ciudad para ocupar sus puestos de defensa.

Mientras la capital se disponía activamente a su defensa, el régimen hitleriano preparaba su huida. Bormann dio la señal de partida para la evacuación de los más altos cargos del Partido y del Estado. Largas columnas de grandes vehículos negros los condujeron a alojamientos preparados en el área de Salzburgo-Berchtesgaden-Bad Reichenhall, en el sur de Alemania.

Las instituciones gubernamentales habían recibido instrucciones de dejar en Berlín un número reducido de altos cargos, entre diez y quince, que pudieran ser evacuados de la capital por avión en cualquier momento. Mientras se evacuaban las autoridades del *Reich*, Hitler ordenó a su administrador, Arthur Kannenberg, poner a buen recaudo todos los objetos de valor de la cancillería del *Reich* y de su propiedad personal. Se llevaron al castillo de Moritzburg, construido en lo alto de una montaña a 15 kilómetros de Dresde, valiosos muebles, tapices, alfombras y cuadros. Walter Erhardt, teniente coronel de las SS en la guardia personal del *Führer*, se llevó

consigo, a un lugar próximo a Stuttgart, esculturas y estatuas que habían sido traídas en su día de Italia. Linge, siguiendo instrucciones de Hitler, hizo transportar en tren la biblioteca personal del *Führer* hasta Bad Aussee, junto a Salzburgo, donde se habían construido sólidos refugios. Allí mismo, Bormann mandó ocultar el archivo del servicio exterior de la cancillería del Partido, que había estado instalado en la «Casa Parda de Múnich».^[393] La biblioteca fue escoltada a Bad Aussee por el teniente general de las SS Adolf Dirr, de la guardia personal de Hitler. Kannenberg en persona se encargó de llevar a Bayreuth la porcelana que se había utilizado en las recepciones gubernamentales y valorada en millones de marcos. Kannenberg no volvió a Berlín.

En la segunda quincena de marzo de 1945 los rusos aplastaron a las unidades alemanas de Pomerania. Conquistaron las ciudades portuarias de Danzig y Gdingen, ambas importantes puertos de submarinos y bases de abastecimiento en el mar Báltico. Sólo en la península de Hela, la estrecha lengua de tierra frente a la bahía de Danzig, se mantenían aún algunas unidades alemanas. El frente germano-soviético transcurría por aquel entonces siguiendo la línea Stettin-Küstrin-Frankfurt-Guben. Hitler repetía en las sesiones evaluativas, a la vista de esta situación:

—Todo depende de nuestra capacidad de mantener el frente del Oder.

Burgdorf sugirió que Hitler se desplazara al frente del Oder para insuflar ánimos a las tropas alemanas. El *Führer* dudó. En su búnker se sentía más seguro. A finales de marzo se decidió finalmente a acudir al Oder, pero no con los soldados de las primeras líneas. Según un plan elaborado por Burgdorf, visitaría primero el estado mayor del comandante del 9.º ejército, el general Busse, cuñado de Burgdorf, en el área de Küstrin-Frankfurt. Luego visitaría el estado mayor del general Huebner, que estaba al mando de una división de granaderos del pueblo^[394] integrada en el 9.º ejército de Busse. La visita de Hitler tenía que explotarse a fondo para la propaganda y el lema que se utilizó fue: «¡El *Führer* en persona visita el frente del Oder!». Frenz, el reportero gráfico en el cuartel general de Hitler, y los fotógrafos de Hoffmann se encargarían de las fotos y las películas correspondientes.

La salida de Hitler se produjo el 27 de marzo por la mañana, a una hora en la que no había que temer ataques aéreos sobre Berlín.^[395] El *Führer* abandonó su búnker con aire cansado y paso inseguro. Su rostro estaba pálido y se le notaban las arrugas. Bajo los ojos tenía grandes bolsas. La mano izquierda le temblaba más de lo habitual. Las derrotas infligidas por el Ejército Rojo en el frente oriental desde el comienzo de la ofensiva del Vístula el 12 de enero de 1945 le habían afectado mucho. Ahora parecía un anciano carente de fuerzas. La columna de seis grandes vehículos todoterreno estaba preparada. Junto a los vehículos esperaban Bormann, Burgdorf, Fegelein, Morell, Stumpfegger, Hewel, Lorenz y los ayudantes de Hitler. Éste se

acercó a ellos arrastrando los pies y les dio un flojo apretón de manos. A continuación, Linge le ayudó a subirse a su gran y cómodo todoterreno. Solo, ya no habría podido hacerlo. Junto a él subieron al vehículo Bormann, Burgdorf, Fegelein y Linge.

Bormann, Burgdorf y Fegelein mantenían una estrecha amistad y últimamente eran inseparables. Por ello, en el estado mayor de Hitler les llamaban «el trébol». La columna se puso en marcha cuando Linge tomó asiento detrás de Hitler. La salida se mantuvo rigurosamente en secreto. El día previo, el ayudante de Hitler, el coronel Johannmeyer, había inspeccionado la ruta que iban a seguir. A Busse y Huebner se les había anunciado la visita de Hitler bajo estricto secreto.

La capota del vehículo estaba cerrada. Atrás quedaban los tiempos en los que Hitler se desplazaba triunfalmente por Berlín, de pie en el coche descubierto y a la vista de su pueblo. Ahora se había subido el cuello del abrigo de cuero forrado y se había acercado lo más posible al conductor. El vehículo de Hitler era seguido por otros dos. En uno viajaban los soldados de su escolta personal y en el otro, los ayudantes y Morell. En los otros automóviles iban Stumpfegger, Hewel y Lorenz, que tenía que escribir para la prensa el reportaje sobre «la visita de Hitler al frente». Cerraba la columna un vehículo de recambio. El nerviosismo del *Führer* fue en aumento a medida que la columna dobló por Unter den Linden, cruzó la *Alexanderplatz* y se dirigió por la *Frankfurter Allee* hacia los barrios obreros del nordeste de Berlín. Desasosegado, se removía en su asiento. Los músculos de su cara temblaban. En el coche se hizo un silencio sepulcral. Los ataques de cólera de Hitler eran temidos. De repente lanzó sus guantes de seda grises a Linge, sentado en el asiento trasero y le espetó:

—¡Deme unos guantes más cómodos, por favor! ¡Éstos aprietan y me cortan la circulación!

Linge le alcanzó otro par de guantes del mismo tamaño. Hitler se los puso y consideró que le sentaban bien.

—¿Por qué no me dio primero éstos? —regañó a Linge.

Entonces volvió a hacerse el silencio en el coche. El viaje duraba aproximadamente una hora y media. Linge ayudó a Hitler a bajar del coche cuando la columna se detuvo delante de la gran hacienda en la que estaba instalado el estado mayor del general Busse, el comandante del 9.º ejército. Busse lo saludó al lado de sus colaboradores. Puestos de pie, estiraron el brazo derecho para el saludo fascista. Hitler intentó transmitir una sensación de vitalidad. Los fotógrafos de Hoffmann y

Frenzt dirigieron hacia él sus objetivos. El *Führer* estrechó la mano a cada uno de ellos.

A continuación, Busse lo guió hasta la habitación más grande de la casa, donde lo esperaban varios oficiales del mando. Hitler los saludó con un apretón de manos. Acto seguido, se acercó a una gran mesa sobre la que estaban desplegados los mapas de las operaciones del frente del Oder. Hitler adoptó una pose para los fotógrafos. Apretó el brazo izquierdo contra su cuerpo para que la mano no temblara. El general Busse se puso junto a él para explicarle la situación en su sector del frente. En el lado opuesto se colocaron Bormann, Burgdorf y Fegelein. Los ayudantes de Hitler, sus médicos, Hewel, Lorenz y los soldados de las SS de su guardia personal se agruparon, junto a los oficiales del estado mayor de Busse, alrededor de la mesa. Todo estaba dispuesto para retratar a Hitler «junto a los soldados del frente del Oder».

Busse dio parte a Hitler: las posiciones alemanas en el margen occidental del Oder dominaban todo el margen oriental del río. La profundidad de los dispositivos defensivos oscilaba entre los quince y los veinte kilómetros. El *Führer* preguntó a Busse por la cantidad de municiones que tenía para la artillería y las baterías antiaéreas empleadas en los combates de tierra.

Hitler no quedó satisfecho con la respuesta de Busse. Dijo que se ocuparía de que su ejército recibiera la mayor cantidad posible de municiones. Pasada media hora, el dictador continuó su viaje hacia el estado mayor de Huebner, a veinte minutos en coche, cerca de Wriezen. El general le expuso brevemente la situación en el sector correspondiente a su división. A Hitler, sin embargo, apenas le interesaba lo que decía Huebner. Había ido a visitarlo sobre todo para encargarle que investigara las circunstancias por las que no se había hecho volar el puente de Remagen, que cruzaba el Rin. Este hecho había permitido a los americanos atravesar el río sin problemas. ^[396] Huebner era conocido como un leal seguidor de Hitler, que lo condecoró con la cruz de caballero y permaneció más de una hora en su estado mayor. ^[397] A continuación, regresó a Berlín y hacia las cinco de la tarde estaba otra vez en su búnker.

De este modo transcurrió su visita al frente. Con ella se realizó todo un montaje de propaganda en la prensa y la gran pantalla. Con titulares como «El *Führer*, con sus soldados del frente del Oder» se publicaron fotografías que mostraban a los oficiales del estado mayor de Busse y al jerarca del Partido, Bormann; al zorro de la *Gestapo*, Fegelein; al diplomático Hewel, al charlatán de la *Kurfürstendamm*, Morell, además de los oficiales de las SS y soldados de la guardia personal de Hitler y sus ayudantes.

Hitler había ordenado a Huebner la misión de formar y presidir un «tribunal militar volante». Huebner tenía que trasladarse al frente occidental para averiguar por qué no se había volado el puente de Remagen durante la retirada de las tropas alemanas hacia el margen oriental del Rin y castigar a los responsables. Huebner

debía dar parte sólo a Hitler en persona. En el frente la situación era la siguiente: el 1 de marzo de 1945 los angloamericanos habían alcanzado el Rin al norte y al sur de Düsseldorf. Después de haber atravesado el 15 de marzo el río Mosela, al oeste de Coblenza, avanzaban también entre dicha ciudad y Bonn hacia el Rin. Con el fin de detener el ulterior avance se hicieron saltar por los aires todos los puentes que cruzaban el Rin. Pero el puente de Remagen fue una excepción.

En el curso de una reunión informativa, Jodl informó a Hitler de que aquella construcción había caído en manos de los americanos, lo que les permitió alcanzar el margen oriental sin encontrar resistencia.^[398] Jodl comunicó que el puente había sido preparado para su voladura, sin embargo, en el momento en que los americanos comenzaban a pisarlo, falló el detonador eléctrico. Hitler, que hasta ese momento había estado escuchando a Jodl en calma, al oír las últimas palabras, saltó de su asiento y exclamó a voz en grito:

—Pero ¿no había ordenado yo que se volaran los puentes del Rin a tiempo? ¡El puente de Remagen se dejó a los americanos de manera intencionada! ¡Esto es sabotaje y traición!

Hitler lanzaba miradas furiosas. Era la primera vez que se enfadaba tanto durante uno de los informes de Jodl sobre la situación en el frente occidental. Cuando se levantó del asiento, Keitel, que se hallaba a la izquierda de Hitler, había retrocedido asustado. Dönitz, Bormann, Krebs, Burgdorf, Koller, Christian y los ayudantes rodeaban la mesa en silencio. Jodl quiso responder, pero Hitler se dirigió súbitamente a Keitel y le exigió investigar y determinar quién era el culpable de que el puente de Remagen no hubiera sido destruido. La investigación reveló que el puente seguía en pie porque en el margen occidental todavía se hallaban restos de tropas alemanas que lo necesitaban para su retirada. No obstante, cuando las unidades norteamericanas iniciaron su persecución, falló el detonador eléctrico. El comandante del puente, responsable de su voladura, había caído más tarde en combate. Éste era el resultado de la investigación ordenada por Keitel.

Hitler no se lo creyó. Afirmaba que se estaba descargando toda la culpa en el comandante del puente muerto. Por ello Huebner recibió la misión de realizar una segunda investigación. Se desplazó por tanto al frente occidental y al poco tiempo informó a Hitler de que su investigación había evidenciado, sin ningún género de duda, que los oficiales de las unidades de ingenieros y de las baterías antiaéreas, que se suponía que tenían que defender el puente de Remagen, habían huido al acercarse los americanos y ni tan siquiera habían intentado su voladura. Algunos oficiales incluso habían acabado por pasarse al enemigo. A los restantes (un total de diez), Huebner los había condenado a muerte y los había hecho ejecutar en el acto.^[399]

La caída del puente de Remagen en manos de los norteamericanos tuvo importantes consecuencias para el futuro desarrollo de los combates en el frente occidental. El grupo de ejércitos B, al mando del mariscal de campo Model, tuvo que concentrar la mayor parte de sus fuerzas en la cabeza de puente que los americanos establecieron al este de Remagen. El resultado fue que no quedaron más que fuerzas relativamente reducidas para los demás sectores del frente, en torno a Düsseldorf y a Bonn. Los norteamericanos aprovecharon la debilidad de estos sectores del frente para forzar el cruce del Rin junto a la ciudad de Düsseldorf y en otros puntos. El frente alemán del Rin se venía abajo y los angloamericanos penetraban profundamente en Alemania sin verse envueltos en duros combates. El grupo de ejércitos de Model corría el peligro de quedar aislado. Hitler celebró una reunión extraordinaria con Keitel y Jodl para tratar de este asunto, a la que también asistió Günsche, como ya era habitual. Keitel consideraba urgente una decisión respecto al Ruhr. Jodl mostró, con ayuda del mapa, que el grupo de ejércitos B, que todavía se hallaba junto al Rin, corría el riesgo de verse aislado por las tropas angloamericanas.

—*Mein Führer* —continuó Jodl—, hemos de decidir ahora y sin falta si Model y su grupo de ejércitos han de retirarse al interior del territorio alemán. Ello significaría, no obstante, sacrificar la región del Ruhr.

Hitler vaciló con la respuesta. Entonces ordenó:

—Que Model se retire al Ruhr y que permanezca allí.

La orden dada por Hitler a Model de limitarse a permanecer en el Ruhr sin defenderlo resultaba extraña. El estado mayor personal de Hitler suponía que éste quería llegar a un acuerdo con los angloamericanos y contra los rusos. Por esta razón resultaba importante para Hitler conservar las industrias del Ruhr como sustento de su economía de guerra. Si el grupo de ejércitos de Model hubiera entrado en combate, habría sido imposible evitar graves daños a las industrias de la región.^[400] Además, el *Führer* quería preservar en el oeste el grupo de ejércitos de Model, con sus 300.000 ó 350.000 hombres, para tener así una baza adicional a la hora de entablar negociaciones con los angloamericanos.

Al poco tiempo, a principios de abril de 1945, el grupo de ejércitos de Model quedó, efectivamente, aislado en el Ruhr. El mariscal de campo, que en contra del deseo de Hitler, no quería poner fin a los combates, se disparó un tiro en el momento en que se cerró el cerco.^[400] Las tropas angloamericanas prosiguieron su avance al sur y al norte del Ruhr, cruzaron el río Weser y alcanzaron a mediados de abril el río Oder a la altura de la ciudad de Magdeburgo, sin apenas oposición.

A mediados de marzo de 1945, Hitler comenzó a convocar las juntas con sus generales a las dos o las tres de la madrugada. La medida se debía a que todas las noches se realizaban bombardeos sobre Berlín, que se prolongaban de manera habitual hasta la medianoche. Esto impedía a los consejeros del alto mando del Ejército de Tierra y del alto mando de la *Wehrmacht* estar en las sesiones.

Conforme la situación en el frente se agravaba, la presentación de los informes en las reuniones nocturnas dejó de corresponder a los ayudantes de Hitler y pasó a los oficiales del estado mayor, al mayor Friedel, del alto mando de la *Wehrmacht*, así como al teniente coronel Von Knesebeck y a Hermani, del alto mando del Ejército de Tierra, alternativamente.

El 13 ó el 14 de abril se reunieron hacia las tres de la madrugada en la antesala del salón de juntas del búnker del *Führer* Burgdorf, Zander, Johannmeyer, Günsche, Hermani y Friedel. Había un gran silencio en el búnker, como siempre por las noches. Sólo se escuchaba con nitidez el zumbido de los ventiladores. Hermani y Friedel extendieron los mapas con las operaciones de los frentes occidental y oriental que habían traído consigo. Los otros participantes aún conversaban en la antesala. Minutos más tarde, Hitler salió de sus habitaciones, donde acababa de cenar en compañía de Eva Braun y las secretarias. Intercambió unas palabras con Burgdorf y se dirigió luego al salón de reuniones. Tras saludar a Hermani y Friedel, tomó asiento junto a la mesa donde se extendían los planos.

Hermani comenzó con el parte del frente oriental. Informó acerca de los preparativos para el ataque soviético a lo largo del río Oder, en el área de Küstrin-Frankfurt. Habló de los combates defensivos que se producían en el sector del frente del grupo de ejércitos del centro en Silesia y Bohemia. Finalmente, relató los fuertes enfrentamientos en la región del grupo de ejércitos del sur, al oeste de la línea Viena-Sankt Pölten y junto a Brno, en Checoslovaquia.

El parte del frente occidental corrió a cargo de Friedel, quien informó de que en Turingia los americanos habían continuado avanzando hacia el este y que habían ocupado las ciudades de Weimar y Jena. Hitler, que hasta el momento había estado escuchando en silencio y aparentemente distraído, preguntó de pronto:

—¿Y qué ha sido del campo de Buchenwald?

Buchenwald, uno de los mayores campos de concentración en Alemania, estaba en las proximidades de Weimar. Friedel no pudo responder a esta pregunta. Los otros intercambiaron miradas de complicidad y se encogieron de hombros. Hitler se puso de pie.

—¿Dónde está Fegelein? —preguntó.

Günsche respondió que Fegelein ya se había ido a dormir. Hitler se puso frenético:

—¿Que se ha ido a dormir? Que venga de inmediato. Bueno... —añadió —, déjelo. Hablaré con Himmler. ¡Comuníqueme con él!

Con voz somnolienta, Himmler le preguntó a Günsche:

—¿Qué ha sucedido?

Günsche, sin embargo, ya había pasado el teléfono a Hitler, al tiempo que se colocaba los auriculares.

Con tono preocupado, Hitler repitió la pregunta a Himmler: ¿qué había sido de los prisioneros del campo de Buchenwald? Himmler le respondió que los prisioneros más «destacados» habían sido ejecutados, pero que el resto no había podido ser trasladado por razones técnicas.^[402] Hitler se puso aún más pálido. Soltando un gallo preguntó:

—¿Cómo? ¿No se han trasladado? ¿Técnicamente imposible? ¿Por qué no se les ejecutó en su momento? ¿Se echarán contra los nacionalsocialistas con todas las ganas del mundo! —A lo que añadió—: ¡Himmler, ocúpese de que sus hombres no se pongan sentimentales! ¡Esperaba más de usted!^[403]

A continuación tiró el auricular sobre la mesa y abandonó la habitación.

El día a día de Hitler transcurría durante la primera mitad del mes de abril más o menos de la manera siguiente.

Hacia la una o la una y media del mediodía lo despertaba Linge. El *Führer* se había recluido en su búnker, que ya no pensaba abandonar. La sesión informativa del mediodía ya no se celebraba en la nueva cancillería del *Reich* sino en el búnker del *Führer*. Estas sesiones comenzaban hacia las cuatro de la tarde y se prolongaban hasta las seis o las siete. Las sesiones nocturnas, por su parte, se convocaban hacia las dos o las tres de la madrugada, dependiendo de la duración de los bombardeos aéreos sobre Berlín, y se prolongaban aproximadamente una hora. Antes de que comenzaran, Hitler solía tomar el té en su despacho en compañía de Eva Braun y de las secretarías.

Éstas se turnaban por parejas cada noche, lo que les permitía dormir más horas. Las conversaciones durante el té giraban en torno a chismes diversos. Se hablaba de los ayudantes de Hitler, por ejemplo; de la relación amorosa de Schaub, o del

administrador de Hitler, Kannenberg, al que los bombardeos aéreos provocaban un miedo atroz. Otro tema de conversación eran las recetas de diversos platos y, evidentemente, los perros de Eva Braun y Hitler, *Blondi* y *Wolf*.

Hitler sufría insomnio y esto prolongaba las reuniones hasta las cinco o las seis de la mañana.

Hitler parecía envejecido y agotado. Su cabello se había vuelto gris. Caminaba encorvado y arrastrando los pies. Estaba inusualmente nervioso e intranquilo, se irritaba con más rapidez que de costumbre y tomaba decisiones contradictorias.

A principios de abril se añadió una nueva dolencia al temblor de la mano izquierda. Su ojo derecho comenzó a dolerle. Hitler se hizo tratar por el profesor Löhlein, un conocido oftalmólogo de Berlín. A partir de entonces, todas las mañanas y todas las noches Morell tenía que administrarle una solución de cocaína en el ojo para aliviarle el dolor.^[404] Hitler comentó, con respecto a esta nueva dolencia:

—Ahora soy capaz de ponderar realmente lo que debió de sufrir Federico el Grande cuando, durante la guerra de los Siete Años y bajo el peso de las preocupaciones, se le cayeron los dientes. En mi caso, los que sufren con el peso de la guerra son mi mano izquierda y mi ojo derecho.

Cuando hablaba de la guerra, siempre recalcaba que había que luchar hasta el final. Decía:

—No pienso abandonar el combate cinco minutos antes de las doce. Continuaré luchando.

En cuanto a la eventualidad de que los rusos conquistaran Berlín, comentó:

—En la guerra de los Siete Años los rusos llegaron hasta Berlín. A pesar de ello, Federico el Grande no se rindió.

En el estado mayor de Hitler ya no se hablaba ni de victoria ni de derrota. La situación anímica colectiva podría describirse así: «O ganamos la guerra, y entonces todo estará bien, o la perdemos. Entonces... que venga el diluvio».

Hitler se aferraba a la esperanza de poder mantener el frente a lo largo del río Oder. El intento de reforzar esa línea reclamaba ahora toda su atención. Siguiendo el lema de «Berlín se defiende en el Oder», proclamado por él y por Goebbels, se enviaron al frente las últimas reservas penosamente reunidas. Se retiraron de la defensa de Berlín 120 baterías antiaéreas pesadas y se las trasladó al Oder, donde

debían emplearse en los combates terrestres contra el Ejército Rojo. En su decisión de continuar la lucha hasta las últimas consecuencias, Hitler se sintió respaldado por una declaración de Harry Truman, el presidente de Estados Unidos, con ocasión de la toma de posesión de su cargo. Éste había proclamado que el «escenario bélico de América no estaba en Europa sino en el lejano oriente». Hitler interpretó estas palabras de una manera particular: la América de Truman no lo atacaría por la espalda, siempre que continuara luchando contra el bolchevismo.^[405]

En los primeros días de abril, Hitler había ordenado presentarse a tres *Gauleiter* de Austria: Hofer, de Innsbruck, Uberreither, de Klagenfurt, y Eigruber, de Linz.^[406] Deliberó con ellos en presencia de Bormann. Se trataba de levantar un «bastión alpino» («*Alpenfestung*») en la alta montaña austríaca, como «último baluarte» para la prosecución de la guerra.

El «bastión alpino» debía incluir, además de las montañas austríacas, el área de Salzburgo-Bad Reichenhall-Berchtesgaden. Bormann y Keitel habían realizado los preparativos técnicos para instalar aquí el conjunto del aparato de Gobierno alemán: el cuartel general de Hitler, el alto mando de la *Wehrmacht*, el alto mando del Ejército de Tierra, la cancillería del Partido, todos los ministerios del *Reich* y otras oficinas nacionales. Se construyeron refugios, se tendieron líneas telefónicas y se construyeron depósitos de abastecimiento subterráneos. Una gran parte del parque móvil de Hitler ya había sido desplazada al Obersalzberg. Su tren particular estaba estacionado en una vía muerta en un bosque cercano a Múnich. La escuadrilla de aviones de Hitler, compuesta de quince aparatos *Focke-Wulf* 200 y *Junker* 52,^[407] estaba preparada para despegar en el aeródromo de Gatow, situado a 20 kilómetros al oeste de Berlín. Bormann comenzó a repetir cada vez con mayor frecuencia que el cuartel general de Hitler tenía que ser trasladado lo más rápidamente posible al Obersalzberg. Pero el *Führer* rechazaba todas estas propuestas.

—Mientras se mantenga el frente del Oder, pienso permanecer en Berlín
—aseguraba.

Tras las deliberaciones con los *Gauleiter* austríacos, Hitler se reunió con Ferdinand Schörner, el comandante en jefe del grupo de ejércitos del centro en el frente oriental, para hablar de la construcción del «bastión alpino». Schörner era íntimo amigo de Bormann, Burgdorf y Fegelein, y ciegamente leal al *Führer*. Por ello había recibido la insignia de oro del Partido. Hitler lo llamaba su mejor general y hacía caso de sus consejos. En dicha reunión estuvieron presentes, además de Hitler y Schörner, Burgdorf, Fegelein, Günse y el jefe de la sección de operaciones en el estado mayor de Schörner, el coronel del estado mayor general, Von Trotha. Schörner presentó a Hitler un plan para el rescate de la ciudad de Breslau, en Silesia, que

estaba cercada por los rusos. La propuesta de Schörner levantó el ánimo de Hitler hasta las nubes. Satisfecho y con aprecio, le dio al general unas palmadas en el hombro. A continuación, se entrevistó con él en privado durante otras tres o cuatro horas. En el curso de la entrevista lo ascendió a mariscal general de campo. En el estado mayor de Hitler se llegó a saber que, durante la reunión, Schörner le había expuesto su plan de proseguir la lucha en los Alpes. Hitler le ofreció a Schörner el puesto de comandante de su último baluarte, el «bastión alpino».

En aquellos días se volvió a ver quiénes eran los generales más leales a Hitler: Keitel, Jodl, Krebs, Koller, Greim, Wenck, Busch, Kesselring y Dönitz.

En los círculos dirigentes del Partido, los más próximos a Hitler eran Bormann, Goebbels, Ley y Axmann, el líder de las «Juventudes Hitlerianas».

En la persona de Bormann confluían todos los hilos de la dirección del Partido. Los cargos del Partido, los *Reichsleiter* y *Gauleiter* del partido nazi, estaban personalmente subordinados a Bormann, que mantenía líneas radiofónicas y telegráficas propias con los *Gauleiter* en los territorios de Alemania que ya habían sido ocupados por las tropas angloamericanas. Con los territorios en manos de los soviéticos no se mantenía este tipo de contactos, ya que, como se ha dicho, todos los órganos dirigentes del Partido habían sido previamente trasladados al oeste de Alemania. Gracias a estas comunicaciones, Bormann estaba informado de todos los sucesos políticos y militares. De todos los miembros de la dirección del Partido, le correspondía sólo a él transmitir esta información a Hitler. Algunos reportes que Bormann recibía de los territorios ocupados por los angloamericanos en el oeste de Alemania aseguraban que las autoridades de la ocupación no perseguían a los miembros del partido nazi, sino que incluso dejaban a algunos de éstos en sus cargos. A la hora de comunicar este hecho a Hitler, Bormann subrayaba asimismo lo acertada que había sido la decisión de enviar a los cuadros jóvenes del Partido desde el este hacia el oeste de Alemania, porque allí existía la posibilidad de mantener vivo el Partido.

Bormann hizo cuanto pudo para conservar en sus manos la dirección del Partido nacionalsocialista. Con ello aspiraba a ocupar un lugar destacado en el entorno de Hitler.

Por este motivo, Bormann exigió a los ayudantes del *Führer* que no permitieran que ningún miembro de la dirección del Partido accediera a Hitler sin su consentimiento previo. La medida la justificó indicando que el *Führer* estaba sobrecargado con los asuntos militares. Bormann también era competente para el reclutamiento del *Volkssturm* y para la evacuación de la población de los territorios alemanes del este. Cuando aludía al tema del final de la guerra, siempre insistía en que se llegaría a un acuerdo militar entre Alemania y las potencias occidentales para continuar conjuntamente la guerra contra el bolchevismo.

Goebbels, el máximo propagandista del Partido nacionalsocialista y comisario de la defensa de Berlín, adquirió una enorme influencia sobre Hitler. Sobre todo en los años finales de la guerra, gozaba de plena confianza. Goebbels era el vocero de Hitler en todo lo que se refería al engaño del pueblo alemán. Con palabras mendaces, llamaba a continuar hasta la victoria final una guerra que, de hecho, ya estaba perdida.

Fue precisamente Goebbels quien, en aquellos días y con la amenaza de severas represalias, obligó a la población de Berlín (hombres, mujeres y jóvenes) a participar en la construcción de las instalaciones defensivas. Hizo pública una orden que mandaba fusilar o colgar a todo aquel que izara una bandera roja o blanca cuando un soldado ruso pisara las calles de Berlín. Esta orden la debían ejecutar en el nombre de Hitler los funcionarios del Partido que pertenecían al *Volkssturm*, que en Berlín estaba bajo el mando de Goebbels.^[408]

Entre los hambrientos berlineses, obligados a estos trabajos forzados, circulaba un chiste amargo: «Se ofrece gran retrato de Hitler (*grosses Hitler-Bild*) a cambio de pan pequeño de Wittler» (*kleines Wittler-Brot*) (Wittler era el propietario de una gran panadería de Berlín).^[409]

En aquellos días, Goebbels volvió a ponerse su viejo y andrajoso abrigo de cuero, con el que había caminado por las calles de Berlín antes de la toma del poder de Hitler. Con ello quería presentarse ante la población de la capital como un «hombre del pueblo».

Goebbels apoyó a Hitler en su decisión de continuar la guerra bajo cualquier circunstancia. Para ello llegó a utilizar argumentos ridículos como el que sigue: después de las elecciones presidenciales del año 1933, el partido nazi había perdido muchos votos y se hallaba en una situación crítica, mientras que los comunistas habían ganado un número considerable de votos. A pesar de todo, según Goebbels, el partido había acabado haciéndose con el poder. También en la presente guerra llegaría el milagro y el nacionalsocialismo acabaría obteniendo la victoria.

Estas reflexiones de Goebbels impresionaban a Hitler. También él acabó repitiendo:

—Yo he derrotado el comunismo en Alemania. A los bolcheviques rusos también los aplastaré.

Entre los miembros de la guardia personal de Hitler circulaba a este respecto el siguiente chiste: Zarah Leander es invitada a la cancillería del *Reich* para cantar: *Sé que algún día habrá un milagro...* (en aquellos días interpretaba ese tema en una película romántica alemana).^[410]

Goebbels no retrocedió ante nada para obligar al pueblo alemán a seguir

derramando su sangre en la guerra. Con este fin desempolvó incluso ejemplos de la época napoleónica. El director cinematográfico Veit Harlan tenía que dirigir una película en color que iba a titularse *Kolberg*. El filme trataba de la ocupación napoleónica de Alemania y de cómo las tropas francesas sitiaron durante meses la ciudad de Kolberg (Kolobrzeg), en Pomerania. Sin éxito, porque la guarnición prusiana y la población civil no se rindieron, a pesar de los grandes sacrificios y las privaciones atroces. La película tenía que mostrar a los soldados y a la población berlinesa cómo se luchaba contra las tropas rusas en plena ofensiva.

Kolberg no se exhibió en las salas de cine, porque los rusos lograron romper el frente del Oder y a continuación Alemania capituló. Con todo, Goebbels organizó un preestreno en su mansión de la *Hermann-Göring-Straße* para los oficiales del regimiento de guardia Berlín y los jefes de las «Juventudes Hitlerianas», que comandaban las unidades de la lucha antitanque del *Volkssturm* compuestas por adolescentes. Goebbels invitó también a Axmann, a Günsche, al coronel Streve, el comandante de batalla del estado mayor de Hitler, así como al teniente coronel Bärenfanger, el comandante de uno de los distritos de Berlín. En total, había presentes ochenta personas. Tras la proyección, Goebbels pronunció un discurso sobre los principios. La película, explicó, debía mover a los berlineses a seguir el ejemplo de Kolberg. Aun en el caso de que no quedara en la ciudad piedra sobre piedra, sus habitantes tenían la obligación de defender sus ruinas con uñas y dientes.

Goebbels ofreció una cena para los invitados antes de la proyección. El acto puso de manifiesto toda su hipocresía. Para demostrar que en tiempos de guerra la escasez también afectaba a su persona, todos los invitados debían traer consigo, para poder cenar, los sellos que se pegaban en las cartillas de racionamiento. Como se advertía en las invitaciones, los sellos habían de entregarse en la guardarropía. La cena, como correspondía, constaba de una pequeña cantidad de pan y patatas, además de un reducido pedazo de carne, así como sucedáneo de cerveza, la misma que se obtenía a cambio de los sellos de las cartillas de racionamiento. Pero cuando la mayor parte de los invitados ya se habían marchado y sólo quedaba el séquito más próximo (Axmann, Streve y Günsche), el cuadro cambió por completo. Goebbels abrió la despensa y la bodega de par en par. En presencia de su esposa y de la esposa del escenógrafo del *Reichstheater*, Von Arendt, que se alojaba en la mansión de Goebbels, se sirvieron todo tipo de exquisiteces, champán y cócteles. Goebbels perdió literalmente el sentido de los límites. El aspecto serio que había mostrado como comisario de defensa del *Reich* ante los oficiales invitados se había esfumado. Ahora irradiaba alegría. Ya no se habló más de la guerra.

Comenzó a explicar episodios de su vida antes de la llegada al poder en 1933. Por ejemplo, cuando inmediatamente después de la victoria de Hitler echó a los empleados de una mutua local, todos socialdemócratas, y los hizo sustituir por

matones de las SA. El asunto terminó mal. Los hombres de las SA permanecían sentados en sus mesas de trabajo con grandes cigarros entre los labios, coqueteaban con las secretarias y bebían licor. Todo el trabajo se lo cargaban, con amenazas de palizas, a los pocos empleados antiguos que quedaban. Entre risas, Goebbels explicó que durante un tiempo había tolerado aquella situación, pero que al final se vio obligado a intervenir para evitar la bancarrota de la mutua. Pero no resultó fácil sacar de allí a aquellos tipos de las SA. No estaban dispuestos a retirarse de sus puestos sin presentar antes batalla. Las fuerzas policiales enviadas para echarlos recibieron una paliza horrible. A Goebbels le enviaron una carta de protesta con un ultimátum para que les devolviera su empleo, a no ser que quisiera recibir él mismo una paliza. Si él había llegado a ser ministro, ¿por qué no podían ellos ser empleados en una mutua de seguros? Goebbels añadió, sin dejar de reír, que finalmente logró tranquilizarlos ofreciéndoles otros puestos con buen sueldo y poco trabajo.

En abril de 1945 también Ley trató de hacerse pasar por un gran caudillo. Hizo su aparición en el frente del Oder, visitó la retaguardia, inspeccionó pequeñas fábricas de armamento, apeló a los *Kreisleiter* y a los *Obergruppenleiter*^[411] del Partido nacionalsocialista para que ofrecieran una tenaz resistencia frente a los rusos. Ley enroló a mujeres, muchachas y muchachos pertenecientes a organizaciones nacionalsocialistas en una «tropa» a la que dio el sonoro nombre de cuerpo de voluntarios Adolf Hitler.^[412] Ley llamaba frecuentemente al *Führer*, lo visitaba en el búnker y le relataba el trabajo «titánico» que estaba llevando a cabo para frenar a las fuerzas soviéticas. En una ocasión le dijo incluso que había conocido al inventor de unos «rayos mortales». Tanto esto como las acciones no resultaron ser más que pompas de jabón.^[413]

En realidad, Ley, un hombre de 55 años, pasaba la mayor parte del tiempo en su enorme y lujosa mansión del barrio de Dahlem, en compañía de su amante, una bailarina de 18 años.^[414] Después de sus juegos amorosos, redactaba artículos de prensa, en los que exhortaba al pueblo alemán a seguir a su *Führer*. A los soldados les exigía luchar contra los rusos hasta la última gota de sangre. Estos llamamientos a la población hambrienta y sufriente los redactaba la amante de este alto cargo del Partido y a continuación se publicaban en el *Angriff*, el periódico nacionalsocialista de mayor difusión en Berlín.

Ley era químico de profesión y había trabajado hasta el triunfo electoral de Hitler en el consorcio químico *IG-Farben*, de la ciudad de Leverkusen. Hitler lo nombró líder del Frente del Trabajo Alemán (*Deutsche Arbeitsfront*), que ocupaba el lugar de los sindicatos obreros, suprimidos por los nacionalsocialistas. Le consideraba un auténtico dirigente obrero, aunque todo el mundo sabía que era un borracho y un perverso. Su esposa se divorció de él arguyendo bigamia. Su segunda mujer, con la que Ley tuvo tres hijos, se mató de un tiro en el año 1943 en la hacienda que él poseía

en Waldbröl, cerca de Essen, por culpa de los excesos de su marido.^[415] A pesar de todo, Ley era un protegido de Hitler, quien aseveraba:

—Ley conoce a los obreros y sabe cómo tratarlos.

En marzo y abril de 1945, Hitler estrechó sus relaciones con Artur Axmann, el jefe supremo de las «Juventudes Hitlerianas». Axmann había dirigido la sección berlinesa de esta organización antes de que Hitler alcanzase el poder. En 1940 relevó a Baldur von Schirach en la jefatura. Axmann era amigo de Goebbels y Hitler le tenía mucho aprecio. Durante la guerra había estado en el frente con una división de las SS y había perdido el brazo derecho como consecuencia de una grave herida. También Axmann tenía que haber marchado junto con los otros jóvenes cuadros del partido nazi hacia el oeste de Alemania, la zona ocupada por los americanos e ingleses. Allí le esperaba la tarea de colaborar en el trabajo clandestino de los grupos dispersos de las «Juventudes Hitlerianas» y en la reconstrucción del Partido nacionalsocialista. Pero Axmann, por deseo propio, permaneció en Berlín. Dijo que sólo partiría de allí si Hitler abandonaba la capital alemana.

En los meses de marzo y abril, Axmann dedicó cada vez más esfuerzos a la movilización de las «Juventudes Hitlerianas» para el *Volkssturm* y a la formación de tropas destinadas a luchar contra los blindados rusos. Estas tropas se componían de adolescentes destinados a luchar en el frente del Oder y más tarde también en los combates contra el Ejército Rojo en la ciudad de Berlín. Axmann quería demostrar a Hitler que la juventud estaba con él y que se sentía dispuesta a sacrificarse por su persona. Axmann engañaba a la juventud alemana fingiendo que la locura de continuar la guerra era un servicio a favor del pueblo alemán. Intentaba convencer a los adolescentes de que Hitler y Alemania eran una misma cosa y que dar la vida por Hitler significaba dar la vida por Alemania.

Axmann llevó a muchachos de entre 14 y 16 años a los jardines de la cancillería del *Reich*, donde los presentó a Hitler como «combatientes». Escenificó esta ceremonia como un espectáculo de aires míticos. Hizo presentarse a veinte chicos en formación militar. En el momento en que Hitler salió del búnker, Axmann dio parte en tono brioso: —*Mein Führer*, los muchachos se han presentado.

Como si fuera un desfile militar, Hitler, con el brazo alzado, pasó revista a los adolescentes y exclamó:

—*Heil*, muchachos.

Los chicos respondieron:

—*¡Heil, mein Führer!*

Hitler estrechó la mano de cada uno de los chicos. Pronunció una breve alocución en la que les dio las gracias por su «activa lucha» y en la que recalcó que Alemania triunfaría inevitablemente. Axmann los había dispuesto de tal manera que los más jóvenes habían quedado en el lado izquierdo. Era una imagen espantosa, si se consideraba que estos chicos, de mejillas sonrosadas, iban a ser enviados a combatir contra los carros de combate rusos, ante los que les esperaba una muerte segura. Hitler, con grandes aspavientos, les colgó a los muchachos la cruz de hierro sobre el pecho y al más pequeño le acarició las mejillas. A continuación, los volvió a saludar con el brazo alzado:

—*Heil*, muchachos.

Axmann vociferó:

—A nuestro querido Führer: *Sieg Heil! Sieg Heil! Sieg Heil!*

Axmann le organizó a Hitler este desfile de adolescentes en abril de 1945 en los jardines de la cancillería del *Reich*.^[416] Después de la ceremonia, el *Führer* volvió a retirarse a su búnker y Axmann envió a su «tropa» a sus posiciones en el frente.

Albert Speer, el ministro de Armamento y Producción Bélica, se contaba entre las personas que en aquellos momentos estaban más cercanas a Hitler. El acercamiento entre Hitler y Speer se explicaba sobre todo por la intención del dictador de firmar un pacto militar con Inglaterra y Estados Unidos contra la Unión Soviética, para lo que quería aprovechar las relaciones que mantenían los empresarios alemanes.

Speer también conservaba la amistad con Eva Braun. Él era el único ministro que podía estar presente cuando Hitler mantenía conversaciones íntimas con Eva Braun. En los últimos días de abril, cuando Berlín estaba completamente cercado por las tropas rusas, Speer propuso evacuar a Hitler y a Eva Braun a bordo de un aparato del tipo *Fieseler-Storch*. El 22 de abril, Speer se dirigió en coche a Hamburgo. Desde allí organizó el suministro desde el aire de las tropas sitiadas en Berlín con armas y munición. Los aviones lanzaban su carga sobre diferentes puntos de la capital del *Reich* o aterrizaban en la pista instalada en el eje este-oeste, entre la Puerta de Brandemburgo y la *Siegessäule*.

Las relaciones de Hitler con Himmler empeoraron de forma creciente con el deterioro de la situación en el frente oriental. Todo comenzó con la derrota de Pomerania y se enfriaron todavía más cuando Hitler amonestó a las divisiones de las SS del 6.º ejército acorazado por el fracaso en el Balatón.

Himmler y su puesto de mando de campaña estaban instalados en un tren especial que llevaba el nombre en clave de *Estiria*. Este tren estaba estacionado en una vía

muerta en Hohenlychen, cerca de la ciudad de Mecklemburgo, a cien kilómetros de Berlín. Himmler ya sólo se presentaba si Hitler lo reclamaba. Por iniciativa propia, ya no se dejaba ver. A oídos de Günsche llegó que Himmler mantenía a su disposición, cerca de su cuartel general de campaña y no lejos de Berlín, varias brigadas con piezas de artillería de asalto y diversos regimientos de reserva de unos 15.000 o 20.000 hombres, y que según las órdenes del *Führer* habrían tenido que ser desplazados al frente del río Oder. Günsche se lo comunicó a Hitler, el cual llamó a Himmler y le gritó:

—¡Himmler, no le permito que haga lo que le dé la gana! ¿Para qué quiere usted un ejército privado? ¡Haga el favor de cumplir con mis órdenes!

Después de dejar a Hitler, Himmler llamó a Günsche y le musitó:

—¿Cómo se atreve usted a informar de eso al *Führer*? Tiene suerte de no ser uno de mis subordinados.

A partir de entonces, Hitler dejó de convocar a Himmler. Hasta la conquista de Berlín por el Ejército Rojo, Himmler sólo volvió a aparecer una única vez, con ocasión del cumpleaños de Hitler, el 20 de abril. Tres días antes del suicidio de Hitler, el 27 de abril, se supo que Himmler había entablado, por su propia cuenta, negociaciones con el conde sueco Bernadotte, un hombre al que se consideraba un intermediario de los angloamericanos. En las negociaciones preliminares con Bernadotte, Himmler se había mostrado dispuesto a aceptar las propuestas de los ingleses e iniciar las negociaciones para un tratado de paz por separado, al margen de Hitler. Himmler mantenía tropas a su disposición para eliminar a Hitler en el caso de que las negociaciones con Bernadotte acabaran de manera favorable.^[417] Göring ya sólo aparecía para las conferencias informativas. Hitler ya no lo invitaba a su lado como tiempo atrás.

Una noche de comienzos de abril, Günsche tropezó con Goebbels en el salón comedor de la cancillería del *Reich*. Éste, que acababa de entrevistarse con Hitler y estaba ahora cenando, invitó a Günsche a sentarse con él. Goebbels daba la impresión de estar abatido. Preguntó a Günsche acerca de las medidas de seguridad que había decidido para el distrito gubernamental. Günsche le informó de las diferentes posiciones artilleras, de las barreras antitanque y de los otros obstáculos que había mandado levantar. Goebbels le escuchaba con mucha atención y dijo que había constatado con satisfacción que también su mansión estaba protegida por diversas posiciones artilleras. A continuación, elogió la voluntad de los berlineses de defender su ciudad y declaró con ese patetismo que le era tan propio:

—Defenderé Berlín de la misma manera que lo conquisté en 1933 para el *Führer*.

Goebbels añadió que muchos miembros de la dirección del Partido abandonaban como ratas el barco que naufragaba. Entre ellos, Göring.^[418] A la *Luftwaffe* de éste correspondía la culpa principal en los fracasos de las tropas alemanas. A ello respondió Günsche que la dirección de las «Juventudes Hitlerianas» ya había preguntado en varias ocasiones por qué Hitler no destituía a Göring, quien, según una resolución del *Reichstag*, era el primer sucesor de Hitler. Günsche informó a Goebbels de una carta que Kurt Petter, el jefe superior administrativo de zona de las «Juventudes Hitlerianas», había enviado a Hitler.

Petter dirigía en el Allgäu a los grupos clandestinos de dicha organización juvenil que habían sido evacuados hacia allí desde el este de Alemania. En el nombre de dicha formación, Petter declaraba que no consideraban a Göring el sucesor de Hitler. Expresó esta circunstancia con las siguientes palabras:

—*Mein Führer*, le hablo en nombre de las «Juventudes Hitlerianas» y le declaro con toda solemnidad que esta organización rompe sus relaciones con Göring y que no está dispuesta a reconocerlo como su sucesor.

Günsche le dijo a Goebbels que había entregado la carta de Petter a Hitler, quien a su vez la había leído sin decir nada, limitándose a un gesto de rechazo.

Cuando Günsche guardó silencio, Goebbels replicó que el *Führer* se mostraba demasiado titubeante en el asunto de Göring y que no tomaría medida alguna. Günsche respondió que si Hitler no se decidía a quitar de en medio a Göring, entonces alguien debería tomar la iniciativa con urgencia.

—Doctor —dijo Günsche—, yo creo que se haría un gran servicio al *Führer* si se colocaran unas minas antitanque debajo del coche de Göring y se le hiciera volar por los aires.

Goebbels calló durante unos instantes. Entonces se levantó y respondió en voz baja:

—Señor Günsche, yo no he oído nada. No quiero tener nada que ver con ese asunto.

A continuación, estrechó amigablemente la mano de Günsche y salió a paso lento

y cojeando de la habitación. Era evidente que Goebbels no tenía nada que objetar al asesinato de Göring, pero no quería verse envuelto en el asunto.

También en la relación de Hitler con Ribbentrop se había producido un enfriamiento manifiesto. La razón era la siguiente: Hitler le reprochaba no haber proseguido con la energía necesaria su plan para lograr una paz por separado con ingleses y americanos. Hitler decía con ironía:

—Ribbentrop ya está demasiado cansado. ¡Se ha dormido!

Ribbentrop tenía la costumbre, cuando estaba de pie hablando con alguien, de cerrar los ojos y echar la cabeza hacia atrás, como si flotara en otra esfera. Entonces preguntaba de manera repentina:

—¿Qué es lo que acaba de decir?

Esto hacía que Hitler constatará con enfado:

—Este tipo se duerme de pie.

El reproche de Hitler de que Ribbentrop era incapaz de preparar el terreno para un acuerdo con los angloamericanos también echó por tierra la reputación de su lugarteniente, Hewel. Esto se hizo evidente a partir de la ruptura de las conversaciones de Estocolmo del otoño de 1944, en las que se había negociado con los ingleses una paz por separado.^[419] Desde entonces, Hitler guardó una distancia cada vez mayor con respecto a Hewel. A diferencia del pasado, cuando Hewel se movía en el ambiente más inmediato a Hitler, almorzaba con él y participaba en las tardes del té, ahora sólo acudía a las reuniones informativas. Al margen de estas ocasiones, Hitler ya no permitía que se acercara a su persona.

CAPÍTULO 15

ABRIL - MAYO DE 1945

Hacia las tres y media de la madrugada del 16 de abril de 1945 terminó la reunión informativa nocturna con Hitler. El teniente coronel del estado mayor general, Von Hermani, que había explicado la situación en el frente oriental, se desplazó de la cancillería del *Reich* hacia el cuartel del estado mayor del alto mando del Ejército de Tierra en Zossen, mientras que Friedel, el oficial del estado mayor general, que había dado parte de la situación en el frente occidental, hizo que se le condujera al barrio de Dahlem.

En cuanto a la situación en el frente oriental se constataron fuertes enfrentamientos en el sector del grupo de ejércitos del sur en Austria; una presión especialmente intensa de las tropas soviéticas junto a Sankt Pölten, al oeste de la ciudad de Viena; duros ataques en el sector del frente correspondiente al grupo de ejércitos del centro, junto a Mährisch-Ostrau (Ostrava) y Brno, así como en Silesia. La situación en el frente del Oder fue calificada por Hermani como tranquila. Sólo se habían registrado operaciones de reconocimiento.

Como de costumbre, Hitler acudió después de la reunión informativa de la noche a su despacho a tomar el té vespertino con Eva Braun y las secretarias, la señora Christian y la señora Junge. En el salón de fumadores de la antigua cancillería, Burgdorf, Fegelein y Günsche, bebían vodka y coñac.

Hacia las cinco de la madrugada sonó el teléfono. La centralita de la cancillería del *Reich* comunicaba que Burgdorf era requerido con urgencia por *Maibach*. Éste era el nombre en clave del cuartel del estado mayor del alto mando del Ejército de Tierra en Zossen. Al aparato se hallaba el general Krebs. Una llamada del jefe del estado mayor general a una hora tan intempestiva no era usual. Los músculos faciales de Burgdorf se tensaron y con un movimiento de su mano impuso silencio a Fegelein y Günsche. Garabateó algo sobre una hoja de papel y exclamó de manera entrecortada al auricular:

—¿Dónde? ¿Küstrin? ¡Repítalo otra vez! ¡En todo el frente! Lo comunicaré de inmediato al *Führer*. Si llegas a saber más detalles, llámame enseguida. ¡Gracias! —Burgdorf tuteaba a Krebs.

Burgdorf colgó el teléfono y se dirigió alterado a Fegelein y Günsche:

—Los rusos están atacando en el Oder desde las cuatro. Intenso fuego de

artillería de los rusos a lo largo de todo el frente. La infantería y los tanques avanzan desde hace una media hora.^[420]

Burgdorf levantó otra vez el teléfono. Desde el búnker se le comunicaba que Hitler aún estaba tomando su té. Acompañado de Fegelein y Günsche, Burgdorf se dirigió a pie hasta allí, para dar a conocer a Hitler la comunicación de Krebs. Los vigilantes de la guardia personal de Hitler y del Servicio de Seguridad, que prestaban servicio en el búnker, se quedaron muy sorprendidos al ver aparecer a los tres hombres a una hora tan avanzada de la noche. Burgdorf pidió que se comunicara a Hitler que le traía un parte muy importante. Hitler apareció de inmediato en el vestíbulo donde esperaban Burgdorf, Fegelein y Günsche. Como siempre que recibía una noticia inesperada, miraba desconfiado. Burgdorf transmitió la información:

—*Mein Führer!* Acaba de recibirse una llamada de Krebs. A las cuatro de la madrugada ha dado comienzo la ofensiva de los rusos a lo largo del río Oder.

Hitler se estremeció.

—¿Dónde? —logró articular.

Burgdorf respondió que después de un fuego nutrido de la artillería enemiga, las unidades de blindados y de infantería habían pasado a la ofensiva a lo largo de todo el frente. En algunos puntos estaban intentando cruzar el Oder, aprovechando la protección que les otorgaba la noche. Se estaban produciendo ataques intensos en la cabeza de puente establecida en el margen oeste del río, junto a Küstrin. Hitler se interesó por otros detalles, sobre todo, por si las tropas habían podido ser desplazadas a tiempo fuera del alcance del fuego de la artillería rusa. Burgdorf respondió que Krebs aún no había comunicado detalles. Las manos de Hitler se aferraban al respaldo del asiento. Se esforzaba por ocultar su nerviosismo. Su cara temblaba de manera convulsa. Se mordía los labios, lo que en su caso significaba una tensión máxima. Entonces preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las cinco y veinte —respondió Günsche.

Hitler se dirigió otra vez a Burgdorf:

—Manténgame al tanto de las noticias. Aunque le digan que me he ido a la cama. De todos modos no puedo dormir. Y póngame en contacto ahora mismo con Krebs. Quiero hablar con él en persona.

Dicho esto, Hitler volvió a su despacho, donde todavía seguían sentadas Eva Braun y las secretarias.

De los informes que fueron recibiendo durante la mañana se desprendía que los rusos atacaban en casi todos los puntos del frente, aunque algunas de las brechas de importancia local habían podido ser cerradas.

Hitler se tumbó en la cama, pero no pudo dormirse. En repetidas ocasiones llamó a Linge y le pidió que preguntase a Burgdorf o Johannmeyer si había novedades del frente del Oder. Burgdorf y Johannmeyer, que estaban en contacto permanente con Krebs, respondían que la situación no estaba clara, ya que las comunicaciones con algunos sectores del frente habían sido destruidas por la artillería de los soviéticos y aún no se habían podido restablecer.

El mismo día, el 16 de abril, Hitler convocó una sesión informativa a las dos y media de la tarde. En la antesala del búnker del *Führer* se reunieron Göring, Dönitz, Keitel, Jodl, Krebs, Koller, Burgdorf, Buhle, Winter, Christian, Wagner, Voss, Fegelein, Hewel, Lorenz, los ayudantes de Hitler y una serie de oficiales del estado mayor general. Keitel, al igual que algunos generales que se hallaban en el Oder y dada la proximidad del frente, había hecho quitar de sus pantalones el ribete rojo propio del generalato. Los asistentes habían formado grupos y hablaban en voz alta y de manera acalorada sobre la ofensiva del Ejército Rojo iniciada durante la madrugada. Todos expresaban la esperanza de que el frente del Oder resistiría. Entonces salió Hitler de su despacho, acompañado de Bormann. Todos callaron al instante, adoptaron posición de firmes y alzaron el brazo en señal de saludo. Hitler estrechó como de pasada la mano de Göring, Dönitz, Keitel, Jodl y Krebs.

Hitler le preguntó a Krebs:

—¿Ya tiene usted una idea clara de lo que está sucediendo a lo largo del Oder?

Krebs contestó:

—Sí, *mein Führer*.

A los otros reunidos los saludó con una inclinación de cabeza, para luego dirigirse junto a Krebs al salón de reuniones. Los restantes les siguieron. La ofensiva rusa del Oder había motivado que todos los miembros de la sesión informativa hubieran

acudido. Este hecho hizo que el espacio se hiciera tan reducido que algunos oficiales del estado mayor general y los ayudantes tuvieran que permanecer en la antesala. En el interior, cabían como máximo veinte personas.

Krebs comenzó su informe con un resumen de la situación en el Oder. Anunció que el ataque de los rusos había sido detenido. En el curso de fuertes enfrentamientos, las tropas alemanas y rusas estaban empleando miles de carros de combate y piezas de artillería. Krebs resaltó que el Ejército Rojo recibía, desde la madrugada, un apoyo continuo desde el aire. Además explicó que en algunos sectores del frente los rusos habían logrado introducir cuñas en la defensa alemana. El ataque principal de los soviéticos lo estaba llevando la cabeza de puente en el margen occidental del Oder, al oeste de Küstrin. Las maniobras de las tropas rusas para cruzar el río y establecer unas cabezas de puente estaban siendo obstaculizadas por la artillería.

Hitler dirigió su mirada a Göring, que se inclinaba sobre la mesa y hacía como si buscara un punto sobre el mapa. Era su manera de reaccionar cuando Hitler preguntaba acerca de las operaciones de la *Luftwaffe*. Cuando Christian percibió la mirada de Hitler, se apresuró a informar de que los Stuka alemanes bombardeaban sobre todo las unidades rusas que intentaban cruzar el río Oder. Todavía quiso añadir alguna otra cosa, pero Hitler ya se había vuelto a dirigir a Krebs:

—Continúe usted, Krebs.

Éste señaló el mapa y explicó que los rusos, después de haber vuelto a poner a punto su artillería, reanudaban sus ataques con nuevo empuje y que la situación de las tropas alemanas era muy crítica, sobre todo en el sector del frente al sur de Küstrin. Hitler se levantó y declaró con voz oprimida:

—Hemos de detener los primeros ataques de los rusos, cueste lo que cueste. Si el frente se mueve, todo estará perdido.

El *Führer* ordenó a Krebs que se informara de inmediato del desarrollo de los combates en Küstrin. Krebs abandonó junto a su ayudante, Von Freytag-Loringhoven, el salón de reuniones para telefonar. Loringhoven volvió otra vez solicitando el permiso para llevarse consigo el mapa de operaciones del frente del Oder, con el fin de registrar al instante la nueva situación. Mientras Krebs se comunicaba con el cuartel del estado mayor del alto mando del Ejército de Tierra en Zossen, Göring, Dönitz, Keitel y Jodl aseguraban a Hitler que el ataque de las tropas rusas en el Oder sería rechazado. Hitler volvió a indicar que era muy importante superar los primeros ataques y causar un gran número de bajas entre las tropas rusas. Keitel y Jodl asintieron con fervor. Recordaron hechos de la primera guerra mundial, en las que,

luchando contra un enemigo muy superior en cuanto a la tecnología, éste no lograba avanzar sino algunos metros debido a la fortaleza que mostraban los soldados alemanes. Gracias a esta fortaleza, el enemigo acababa por desangrarse.

Krebs y Loringhoven regresaron tras unos minutos. Hitler los recibió con una mirada esperanzada. Apenas habían extendido los planos, se inclinó sobre éstos con gesto nervioso. Los ataques del enemigo a lo largo de toda la línea del frente estaban señalados con flechas rojas. El Ejército Rojo había penetrado profundamente en las posiciones alemanas cerca de Küstrin. La situación en este sector del frente era crítica. Los restantes sectores del frente se mantenían. Heinrici, comandante en jefe del grupo de ejércitos del Oder, consideró necesario replegarse al sector del frente situado al oeste de Küstrin, para evitar así que se ampliara la brecha abierta en la línea del frente. Los ojos de Hitler se le salían de las órbitas. En su frente la ira hizo que se le hincharan las venas. Aulló:

—¡No! ¡No retrocederemos ni un solo metro! Si no nos mantenemos en el Oder, ¿dónde nos vamos a mantener? ¡Hay que cerrar la brecha de Küstrin de inmediato! ¡Transmita esta orden ahora mismo!

Krebs volvió a abandonar la estancia para hacer llegar la orden al frente.^[421] Hitler estaba escandalizado. Tronaba contra Heinrici, que sólo unos días atrás, justo antes del ataque soviético, había solicitado el permiso para trasladar su puesto de mando desde Prenzlau hacia el oeste, a Neustrelitz, una localidad de Mecklemburgo. Hitler amenazó:

—Mandaré fusilar en el acto a cualquiera que tenga la osadía de solicitar permiso para hacer retroceder o desplazar su puesto de mando.

Tras la reunión informativa, Hitler mandó llamar a la secretaria, la señora Christian, y le dictó una orden destinada a los soldados del frente oriental. La orden estaba escrita en el papel oficial del *Führer*. En la esquina derecha de cada una de las páginas figuraba impresa un águila negra con una cruz gamada, debajo de la cual aparecía escrito en mayúsculas: «EL FÜHRER». El texto de la orden era el siguiente: «¡Orden del *Führer*! ¡A los soldados del frente oriental! ¡El último asalto asiático fracasará!». ^[422]

En la orden mencionada, Hitler escribía: «La presente ofensiva estaba prevista y desde enero de este año se han tomado todas las precauciones para construir un frente poderoso. Una gigantesca artillería hace frente al enemigo. Las pérdidas de nuestra infantería son compensadas por incontables nuevas unidades. Las unidades de alarma, nuevas formaciones y el *Volkssturm* refuerzan nuestro frente. El bolchevique

va a sufrir otra vez el viejo destino de Asia, es decir, desangrarse a las puertas del *Reich*». Y proseguía: «Berlín permanecerá en manos alemanas, Viena volverá a ser alemana y Europa nunca jamás será rusa».

Con estas últimas palabras, Hitler reforzaba su convicción de que la Alemania nazi, Inglaterra y Estados Unidos acabarían por crear un único frente contra la Unión Soviética. Contaba con las tendencias antibolcheviques en los círculos gobernantes ingleses y norteamericanos, que adquirirían peso a medida que el Ejército Rojo avanzaba en Alemania, en los Balcanes, en Checoslovaquia y Austria. Al final de su orden, Hitler escribió: «Ahora que el destino ha eliminado al mayor de los criminales de guerra de todos los tiempos, se producirá un cambio en el curso de esta guerra». Con estas palabras aludía a la muerte del presidente Roosevelt en abril de 1945.^[423] Desde su punto de vista, el principal obstáculo para formar un frente unido contra los rusos había sido Roosevelt. De ahí la convicción de Hitler de que con su muerte «se producirá un cambio en el curso de esta guerra».

En la reunión informativa de la noche del 16 al 17 de abril se anunció que los rusos habían hecho retroceder a las divisiones alemanas hacia el oeste de Küstrin. La contraofensiva ordenada por Hitler para anular la ruptura del frente no había tenido éxito y hubo que repetirla durante la madrugada del 17 de abril. La noche en cuestión Hitler volvió a reunirse hasta las seis de la mañana con Eva Braun y sus secretarias para tomar el té. Explicó que los rusos habían logrado penetrar un poco en las defensas alemanas. Pero que esto sólo representaba un éxito pasajero, una ventaja momentánea de los atacantes.

En las jornadas siguientes, durante los días 17, 18 y 19 de abril, la situación de las tropas germanas en el Oder se hizo cada vez más desesperada. En arduas luchas defensivas, los alemanes se replegaban, obligados por las embestidas cada vez más poderosas de los rusos. Estos pasaron a la ofensiva también más al sur, en Silesia. Además, lograron ampliar la ruptura del frente al oeste de Küstrin. Después de haber abierto brechas en todas las líneas de contención, los rusos comenzaron a acercarse peligrosamente a los suburbios orientales de Berlín.^[424]

El frente alemán del Oder pudo mantenerse aún en torno a las ciudades de Stettin y Frankfurt. Por la noche ya se podía escuchar en las calles de Berlín el tronar de la artillería. Aviones de reconocimiento rusos sobrevolaban la capital alemana.

Toda la culpa de la situación crítica en el Oder había que atribuirla, según Hitler, a Heinrici, el comandante en jefe del grupo de ejércitos. Lo acusó de ser un pedante irresoluto e indeciso, falto del entusiasmo necesario. Cuando los combates se acercaron a Berlín, Hitler lo relevó como comandante en jefe del grupo de ejércitos que aún llevaba el nombre de Vístula, a pesar de que este río hacía ya tiempo que estaba situado muy por detrás de las líneas soviéticas. Sin embargo, no nombró sustituto para Heinrici.^[425] El mando militar de la defensa de Berlín lo pasó a asumir

él mismo. Aunque en aquellos días no había la menor duda de que el frente alemán del Oder había caído y de que resultaba imposible restablecerlo, Hitler ponía todas sus esperanzas en aquellos sectores que aún se mantenían. Dio órdenes de cerrar las brechas del Oder mediante golpes concentrados en los flancos de los rusos.

Krebs explicó en la reunión informativa de la tarde del 19 de abril que las unidades blindadas rusas habían logrado abrir brechas profundas en el frente y que se hallaban ya cerca de Oranienburg, más o menos a treinta kilómetros al norte de Berlín. Esta noticia cayó como una bomba y desequilibró por completo al *Führer*.

Inmediatamente después de la reunión, Hitler hizo venir a Linge. Se quejaba de fuertes dolores de cabeza y de un estancamiento de la sangre en la cabeza. Se llamó a Morell para practicarle una sangría. Esta vez no se recurrió a sanguijuelas, ya que la sangría era urgente. Con la ayuda de Linge, Morell preparó sus instrumentos en el dormitorio de Hitler, sobre la mesa del té. El *Führer* se quitó la chaqueta, se subió la manga izquierda de la camisa y se sentó en el borde de la cama. Con voz débil explicó a Morell que en los últimos días había dormido poco y que se sentía completamente destrozado. Morell ató una cinta de cuero alrededor del brazo de Hitler e introdujo la cánula en la vena. Pero no salió sangre. La sangre de Hitler se coagulaba de inmediato y taponaba la jeringuilla. Morell tuvo que recurrir a una cánula más grande, que sólo con esfuerzo pudo introducir en la vena. Linge sostenía un vaso debajo de la aguja para recoger la sangre que caía en grandes gotas. De pronto, Hitler preguntó a Linge si soportaba la visión de la sangre. Linge respondió:

—Naturalmente, *mein Führer*. Las tropas de las SS están acostumbradas a ver sangre.

Se extrajo más o menos un vaso de sangre, que cuajaba casi de inmediato. Linge, que quiso mostrar a Hitler que aquella visión no le afectaba, dijo bromeando:

—*Mein Führer*, si ahora añadimos algo de sal podemos dedicarnos a vender morcillas del *Führer*.

Hitler sonrió. Por la noche, contó la broma a Eva Braun y a las secretarias.

El ambiente optimista que había reinado en las reuniones en los inicios de la ofensiva rusa en el Oder dio paso muy pronto a un gran nerviosismo. Los asistentes preguntaban a escondidas a los ayudantes de Hitler si éste no había dicho nada acerca de un traslado del cuartel general al Obersalzberg. En la antesala y en el pasillo del búnker, durante las sesiones para evaluar la situación, reinaba una terrible confusión. Los ayudantes personales de Hitler, Schaub, Albert Bormann, Albrecht, sus médicos Morell y Stumpfegger, las secretarias, su piloto Baur, Rattenhuber y los oficiales de

las SS de su guardia personal se informaban permanentemente acerca de la situación en el frente. Von Freytag-Loringhoven, que con frecuencia abandonaba la sala para atender el teléfono, hacer consultas y anotar en el mapa los cambios en el frente, era bombardeado a preguntas:

—¿Hay novedades? ¿Dónde están los rusos?

Ley, el ministro de Economía del *Reich*, Funk, Rosenberg, Speer, Axmann, Ribbentrop y otros, que aún permanecían en Berlín, llamaban por teléfono de manera continua. Las preguntas eran siempre las mismas: «¿Cómo están las cosas en el frente?», «¿Dónde están los rusos?», «¿Se mantiene el frente?», «¿Qué hace el *Führer*?», «¿Cuándo piensa abandonar Berlín?».

Günsche respondía de manera impasible:

—El frente del Oder resiste. Los rusos no llegarán en ningún caso hasta Berlín. El *Führer* no ve razones para abandonar la capital.

Ley, que, con las proclamas redactadas por su amante, había instigado al pueblo para que continuara aquella guerra sin sentido contra los rusos, prefirió escapar hacia el oeste, sin despedirse antes de su «amado» *Führer*. También Rosenberg y Funk siguieron aquellos días la misma dirección, sin informar de ello a Hitler.^[426]

Cuando el Ejército Rojo se acercaba cada vez más a Berlín, Günsche, en su calidad de comandante de batalla de la cancillería del *Reich*, tomó medidas, juntamente con el general de brigada de las SS Wilhelm Mohnke, para reforzar la protección de la cancillería del *Reich* y el distrito gubernamental. Mohnke había dirigido entre agosto de 1944 y principios de marzo de 1945 el *Leibstandarte* y se hallaba por entonces de vacaciones en Berlín. Se ofreció a formar un grupo de batalla de entre tres mil quinientos y cuatro mil hombres con los miembros de las SS que se hallaban en aquellos momentos en Berlín: los batallones de guardia y las compañías de soldados de instrucción o convalecientes. Con este grupo de batalla quería asumir la protección de Hitler. Günsche informó al *Führer* de su propósito y éste dio el visto bueno. Acto seguido, Günsche ordenó incrementar significativamente las reservas de armas y munición en la cancillería. En el búnker de la nueva cancillería se instalaron grandes depósitos de vituallas. Se levantó un hospital de campaña, cuya dirección fue confiada al médico jefe de la clínica universitaria de Berlín, el teniente coronel de las SS y doctor Werner Haase.

El 20 de abril, Hitler cumplió 56 años. Linge recordó el momento, diez años antes, en que asistió por primera vez a un cumpleaños de Hitler. ¡Qué gran diferencia!

En 1935 todo había sido pompa y gloria. Ya desde primera hora de la mañana, las

bandas militares saludaban a su «general en jefe». Los grandes de la industria, del Partido, del Estado y de la *Wehrmacht* se apiñaban en torno a su *Führer* y mendigaban su favor con valiosos regalos. A renglón seguido, el grandioso espectáculo del gigantesco desfile militar en la plaza delante de la Universidad Técnica de Berlín. Allí se pensaba celebrar también, después de la guerra contra la Unión Soviética, el gran «desfile de la victoria». Hitler ya había diseñado el colosal arco de triunfo bajo el cual marcharían las victoriosas tropas alemanas en su entrada a la capital del *Reich*.

Y ahora... El Ejército Rojo estaba a las puertas de Berlín y Adolf Hitler, moral y físicamente hundido, se escondía en su refugio en las entrañas de la tierra.

En la jornada de su 56 cumpleaños, el jefe de su Servicio de Seguridad, Rattenhuber, mostró a Linge un informe procedente de aquel organismo según el cual un ordenanza planeaba asesinar a Hitler en su aniversario. De los datos de aquel organismo se desprendía que el hombre en cuestión vestiría de civil y que aseguraría haber recibido en el frente una herida en el brazo. Linge le respondió que ninguno de los ordenanzas de Hitler vestía de civil y que ninguno estaba herido en el brazo. Rattenhuber le exigió que, de todos modos, estuviera alerta.

En los años anteriores, el estado mayor personal de Hitler solía felicitarle en la medianoche del 19 al 20 de abril. En esta ocasión, el *Führer* ya había anunciado que no aceptaría ninguna congratulación. A pesar de ello, Burgdorf, Fegelein, Schaub, Albrecht, Günsche, Hewel y Lorenz se reunieron hacia las doce de la noche en la antesala con la intención de darle sus parabienes al *Führer*. Éste hizo comunicar a los reunidos que no tenía tiempo. Fegelein fue entonces a buscar a Eva Braun y le pidió que convenciera a Hitler de que recibiera sus felicitaciones. Gracias a su insistencia, pero de mala gana, Hitler salió a la antesala. Le estrechó brevemente la mano a cada uno y volvió a desaparecer, así que apenas pudieron decirle nada. El piloto de Hitler, Hans Baur, el segundo piloto Betz, Rattenhuber, Högl y Schädle se presentaron poco antes de comenzar la reunión informativa de la noche en la antesala del búnker. Querían felicitar a Hitler en el momento en que saliera de su despacho para acudir a la sala de juntas. Hitler les dio la mano al pasar por delante de ellos.

La reunión duró muy poco. Después, Hitler tomó el té a solas con Eva Braun en su despacho.

En la mañana del 20 de abril, Linge lo despertó hacia las nueve de la mañana a petición urgente de Burgdorf, que aseguraba tener que transmitir una importante información llegada del frente. Hitler se levantó, fue a su despacho y preguntó a Burgdorf a través de la puerta cerrada qué era lo que sucedía. Burgdorf informó de que durante la madrugada las tropas rusas habían roto el frente entre Guben y Forst. La brecha abierta no era amplia y se había pasado al contraataque. Además, anunció que el oficial que dirigía la unidad ante la que los rusos habían roto el frente, había

sido ejecutado en el acto por no haber sido capaz de resistir.

Hitler respondió:

—Envíeme a Linge.

Éste, que se encontraba junto a Burgdorf, se presentó:

—¿*Mein Führer*?

—Linge, no he podido dormir nada. Despiérteme dentro de una hora, a las dos de la tarde.

Cuando se hubo levantado y tomado el desayuno en su despacho, Linge le administró unas gotas de cocaína en su ojo derecho. El dolor se calmó un poco y Hitler se dedicó a jugar hasta el momento del almuerzo con *Wolf*, su cachorro favorito. Comió en compañía de Eva Braun y las secretarias.

Hacia las tres de la tarde diversas delegaciones se reunieron en los jardines de la cancillería del *Reich* con la intención de felicitar a Hitler: Axmann, con representantes de las «Juventudes Hitlerianas», Streve, el jefe del estado mayor del grupo de ejércitos del centro, con algunos oficiales,^[427] y el teniente coronel de las SS Doose, el comandante de la compañía de escolta del *Führer*, con algunos miembros de su unidad. Todos se habían colocado en fila justo delante de la entrada del búnker, porque Hitler ya sólo abandonaba su refugio de mala gana. Vestido con un abrigo militar gris y con el cuello subido, salió a los jardines en compañía de Von Puttkammer y Linge. Cuando los reunidos vieron al *Führer*, se pusieron firmes y alzaron sus brazos para el saludo fascista.

En la entrada del salón de música se habían congregado Himmler, Bormann, Burgdorf, Fegelein, Hewel, Lorenz, los médicos de Hitler, Morell y Stumpfegger, los ayudantes Schaub, Albert Bormann, Albrecht, Johannmeyer, Below y Günse. Himmler se acercó a Hitler y le felicitó por su cumpleaños. Hitler le dio la mano con gesto rápido y se alejó al instante para saludar al resto de los presentes. A continuación, acudió ante las delegaciones. Muy inclinado y arrastrando los pies, pasó revista a la fila. Los líderes de las delegaciones dieron un paso al frente y cumplieron a Hitler. El oficial del grupo de ejércitos del centro le hizo entrega de una carta de agasajo firmada por Schörner y presentada en una carpeta de cuero. Axmann le felicitó en nombre de la organización que dirigía.

Los reunidos formaron un semicírculo alrededor de Hitler, después de que hubiese pasado revista. Previamente, había hecho avisar de que no podía alzar la voz. Por esta razón se limitó a decir unas pocas palabras. Repitió una vez más la promesa

de un triunfo final, del que ellos serían los protagonistas. Dicho esto, Hitler levantó el brazo con gesto cansado y se retiró al refugio. Aquel día, Hitler vio la luz del cielo por última vez. Ya no volvió a abandonar el búnker.

Himmler, Bormann, Burgdorf, Fegelein y los ayudantes le siguieron, porque la sesión informativa del mediodía estaba fijada para las cuatro. Veinte minutos antes de su inicio, se presentaron Göring, Ribbentrop, Dönitz, Keitel y Jodl para felicitar a Hitler, que recibió a cada uno de ellos en su despacho. Linge, que anunciaba a cada uno de los visitantes, escuchó cómo Göring y Keitel prometían lealtad inquebrantable al *Führer* y cómo decían querer estar a su lado hasta el final. Todos ellos permanecieron sólo unos instantes con Hitler. Una excepción fue Ribbentrop, que estuvo unos diez minutos en el gabinete. Tras los buenos deseos de cumpleaños, Göring, Dönitz, Keitel y Jodl se mezclaron otra vez con los asistentes a la reunión.

Ribbentrop abandonó la cancillería después de la conversación con Hitler. Unos minutos más tarde, éste salió de su despacho y saludó a los reunidos. Les agradeció a todos las felicitaciones. Entonces se dirigió a Krebs, le preguntó por las últimas noticias del frente del Oder y anduvo con él hasta el salón de reuniones. Los demás les siguieron.

El tema principal de la reunión fue la ruptura del frente entre Guben y Forst. Poderosas unidades acorazadas rusas se acercaban a Berlín y alcanzaban aquel día el Spreewald, al sur de la autopista que iba de Berlín a Frankfurt. Ahora la capital también estaba amenazada desde el sur. En el norte las unidades rusas habían penetrado en Oranienburg y en el este habían alcanzado casi los límites de la ciudad. Por este motivo la ruptura entre Guben y Forst era especialmente peligrosa, ya que ahora los rusos podían cortar los accesos a Berlín desde el sur.

La situación en el frente parecía tan arriesgada, que sin más demora Bormann tomó medidas para trasladar el cuartel general de Berlín al Obersalzberg. Todavía durante la reunión abandonó apresuradamente la habitación y convocó en el búnker al teniente coronel de las SS Kempka.

Kempka era el chófer personal de Hitler y el jefe del servicio de transporte de la cancillería del *Reich*. Él y Bormann formaron una columna de coches que había de llevar a Hitler y su estado mayor personal al Obersalzberg. Para ello se recurrió a quince o veinte grandes todo-terrenos, varios autobuses y unos diez camiones. Para Hitler se preparó una limusina acorazada. Además, Kempka hizo traer dos tanquetas del arsenal de Spandau.

Linge se encargó de guardar las pertenencias personales de Hitler, excepto la ropa de diario. Para el traslado al Obersalzberg se empaquetaron unas cincuenta grandes cajas con documentos que Hitler había recibido durante la guerra del alto mando de la *Wehrmacht*, del alto mando del Ejército de Tierra, de la Marina de Guerra, de la *Luftwaffe* y de Speer. Estas cajas ya habían sido trasladadas desde la «Guarida del

Lobo» hasta la cancillería del *Reich*. Por orden de Bormann, la cocinera de Hitler, Constanze Manziarly, empaquetó los alimentos dietéticos de Hitler, y dejó sólo una reserva para unos pocos días.

Liesl, la doncella de cámara de Eva Braun, preguntaba constantemente a Linge si tenía que hacer las maletas. Al fin y al cabo, Hitler aún estaba en la reunión informativa y Eva Braun no sabía nada al respecto. Linge le recomendó comenzar los preparativos, ya que la partida podría producirse de manera repentina.

La jornada entera estuvo dedicada a los preparativos para el viaje. Tan sólo Göring era partidario de viajar aquel mismo día. Antes de que la reunión terminase, se despidió de Hitler diciéndole que se desplazaba al sur de Alemania para recomponer allí lo que quedaba de las reservas y lanzarlas contra los rusos. Hacia última hora de la tarde, Göring y su estado mayor personal se dirigieron en automóvil al Obersalzberg. Su esposa y su hija, así como el resto de los residentes en el pabellón de caza de *Karinhall*, ya se habían trasladado allí dos semanas atrás en dos trenes especiales.

El 21 de abril Linge despertó a Hitler a las nueve y media de la mañana y le anunció que la artillería soviética estaba disparando contra Berlín. Burgdorf y los demás ayudantes aguardaban en la antesala. Hitler salió diez minutos más tarde, apresuradamente y sin afeitarse. Solía afeitarse él mismo, pues ni tan sólo a su peluquero, August Wollenhaupt, le estaba permitido hacerlo. Decía que no soportaba la idea de que alguien manejara una navaja junto a su garganta.

En la antesala, Burgdorf, Schaub, Below y Günsche ya aguardaban a Hitler.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué son estos disparos? ¿De dónde vienen? — preguntó agitado.

Burgdorf le informó de que el centro de Berlín estaba siendo hostigado por una batería pesada de los rusos, que al parecer disparaba desde el área situada al noreste de Zossen.^[428] Hitler empalideció. Sin voz, balbuceó:

—¿Tan cerca están ya los rusos?

Burgdorf continuó explicando que Krebs acababa de comunicar que entre unos diez y quince blindados rusos estaban atacando Baruth en dirección a Zossen y que se encontraban a unos diez o quince kilómetros del cuartel del estado mayor del alto mando del Ejército de Tierra.

Hitler acudió a la conferencia acompañado de Burgdorf, Below y Günsche y pidió línea telefónica con Krebs, que volvió a repetir que el cuartel del estado mayor del alto mando del Ejército de Tierra estaba directamente amenazado por los carros de

combate rusos. Preguntó si lo podía trasladar a otro lugar.

—¡No! —gritó Hitler al auricular—. No se deje asustar por unos cuantos tanques rusos. ¡El alto mando se queda en Zossen!

Bormann, Fegelein, Johannmeyer y Schaub irrumpieron nerviosos en el salón. Hitler y los demás estaban tratando de adivinar dónde estaba emplazada la batería rusa. Hitler no podía permanecer en su asiento. Una y otra vez se levantaba y ordenaba con voz excitada que tan pronto como se localizara la batería, había que atacarla de manera persistente con los cañones antiaéreos del calibre 12,5 instalados en el *Tiergarten*.^[429] Se suponía que darían con su objetivo, pues eran piezas de artillería muy certeras y estaban dotadas de un largo alcance. Hacia el mediodía las baterías de la artillería antiaérea emplazadas en el *Tiergarten* abrieron fuego en dirección a Zossen. Pero, al margen de breves interrupciones, los proyectiles soviéticos continuaron cayendo a lo largo de toda la jornada.

Durante la comida del mediodía, Burgdorf comunicó a los otros ayudantes que Hitler había ordenado la retirada de las unidades alemanas destinadas en el área de Dresde y Dessau para hacer frente a los americanos, con el fin de enviarlas a combatir contra los rusos. Por orden del *Führer* el cuartel del estado mayor del alto mando del Ejército de Tierra debía ser trasladado aquel mismo día desde Zossen a Potsdam-Eiche.

Hacia las dos y media de la tarde, en la antesala del salón de reuniones del búnker de Hitler se congregaron Dönitz, Keitel, Jodl, Krebs, Bormann, Buhle, Winter, Fegelein, Voss, Christian, Hewel, Koller, los ayudantes de Hitler y varios oficiales del estado mayor. Todos estaban visiblemente agitados. Una y otra vez se preguntaban:

—¿Se queda Hitler en Berlín? ¿Trasladará el cuartel general al Obersalzberg? ¿Por qué sigue aquí?

En el curso de la reunión, Krebs notificó que al sur de Berlín los carros de combate soviéticos habían penetrado hasta el área de Zossen. Al norte de la capital habían arrollado las posiciones alemanas y tomado Oranienburg. En el este se habían aproximado a los suburbios y habían roto en algunos puntos el más exterior de los anillos defensivos de la ciudad. Krebs indicó además que, a pesar de varios contraataques, no se había logrado neutralizar la brecha abierta por las unidades rusas en el Oder. La situación de las tropas alemanas empeoraba con cada hora que pasaba y no había esperanza de poder recomponer el frente. El 9.º ejército corría el riesgo de quedarse aislado.

En vista de esta situación, Krebs propuso que el 9.º ejército del general Busse,

cuyas fuerzas principales aún se hallaban al norte y sur de Frankfurt am Oder, se retirara hacia Berlín y que fuera empleado para la defensa de la capital. Hitler rechazó la propuesta e insistió en que se restableciera el frente del Oder costara lo que costase. Por ello se decidió no trasladar el 9.º ejército a Berlín, sino retirar a la caída de la noche a todas las tropas alemanas entre Dresde y Dessau, para emplearlas en los combates contra las unidades soviéticas que atacaban en el área de Zossen y Baruth. Considerando lo crítico de la situación, Dönitz, Keitel, Jodl y Bormann propusieron a Hitler trasladar el cuartel general desde Berlín al Obersalzberg. Hitler rechazó la propuesta, arguyendo que de momento no veía un peligro inmediato que requiriera una retirada del cuartel general de Berlín.

Después de la reunión, Hitler retuvo a Krebs, que se disponía a dirigirse de inmediato al cuartel del estado mayor del alto mando del Ejército de Tierra, desplazado ahora a Potsdam-Eiche. Hitler le dijo:

—Krebs, a partir de ahora quiero tenerlo permanentemente a mi lado.

Krebs se instaló en una habitación del búnker de la nueva cancillería del *Reich*. Del estado mayor del alto mando del Ejército de Tierra Hitler sólo retuvo a su ayudante Freytag-Loringhoven y al capitán de caballería Boldt, como oficial para tareas especiales.

A continuación, Hitler acudió a la comida del mediodía. A Linge le comentó que había oído rumores que aseguraban que pretendía abandonar Berlín. A Hitler esta posibilidad ni tan sólo se le había pasado por la cabeza. Linge le respondió que los rumores habían sido provocados por los preparativos para la partida a Berchtesgaden que Bormann había ordenado el día anterior. A lo que Hitler replicó:

—Evidentemente han de abandonar Berlín todas las personas prescindibles. Mis objetos personales y el archivo militar deben llevarse ahora mismo hacia el Obersalzberg. Conmigo se quedan tan sólo los más cercanos de mi estado mayor personal.

También indicó a Linge que después de la comida convocaran a Schaub y Below para que recibieran las instrucciones correspondientes. Finalmente le dijo a Linge que, en caso de extrema necesidad, siempre contaba con la posibilidad de subir a bordo de su *Fieseler-Storch* y despegar desde el eje este-oeste.

Durante los días que siguieron todos los miembros de las SS del entorno de Hitler se aferraron a esta esperanza. Pensaban: «Hitler no va a quedarse bajo ninguna circunstancia en Berlín. Si la cosa se pone peligrosa, nos largamos al Obersalzberg».

Aún se estaba celebrando la reunión informativa, cuando Schaub, Below y Hans

Baur, el piloto de Hitler, confeccionaron una lista con las personas que partirían en avión al Obersalzberg. Se las distribuyó en los aviones de la escuadrilla que comandaba Baur. Los aparatos *Condor* y *Junker* de cuatro motores estaban preparados en el aeródromo de Gatow.

De inmediato se produjo un gran tumulto en torno a Schaub y Below. Se sentían todopoderosos, pues decidían quién iba al Obersalzberg y quién se quedaba. Todos querían marchar. A cada momento aparecían personas que tenían que partir hacia el Obersalzberg comoquiera que fuese, porque supuestamente tenían familiares en Baviera o porque procedían de aquellas comarcas, y pretendían contribuir a su defensa o cosas por el estilo. Sin embargo, lo único que les importaba era abandonar Berlín lo antes posible.

El 21 de abril, cuando ya oscurecía, una larga columna de turismos y camiones salió del portal trasero de la cancillería del *Reich* hacia la *Hermann-Göring-Straße* y se dirigió al aeródromo de Gatow. Hacia el Obersalzberg voló un grupo de cerca de cien personas, entre ellas, Albert Bormann, ayudante personal de Hitler; Von Puttkammer, contraalmirante y oficial adjunto de la Marina; Hugo Blaschke, el dentista del *Führer*; el teniente Frenz, reportero gráfico; además de las secretarias Wolf y Schröder y los taquígrafos.

Cuando aquella noche regresaron al aeródromo, los chóferes contaron que la gente, literalmente, se había golpeado por las plazas.

Linge envió dos aviones al Obersalzberg. Uno de ellos transportaba entre treinta y cuarenta cajas con los objetos personales de Hitler y sus alimentos dietéticos, custodiados por el capitán de las SS Wilhelm Arndt, ayuda de cámara de Hitler, y dos ordenanzas. El segundo avión llevaba a bordo entre cuarenta y cincuenta cajas con documentos del archivo militar, procedente de la «Guarida del Lobo». En este avión también viajaron algunos colaboradores del Servicio de Seguridad.^[430]

Durante esa misma noche se comunicó desde el Obersalzberg que todos los aviones habían llegado, excepto el que llevaba los efectos personales de Hitler. Baur averiguó que cazas norteamericanos habían interceptado el avión y que lo habían obligado a aterrizar en las inmediaciones de Colonia.^[431]

Aquel mismo día se produjo una huida generalizada de Berlín. Miles de personas abandonaron la ciudad en dirección oeste, utilizando autobuses, turismos, carros tirados por caballos, bicicletas y cochecitos de bebé. La gran mayoría tuvo que ir a pie. Columnas interminables se arrastraban fuera de la ciudad. Los empleados de los ministerios y de las oficinas estatales que habían permanecido en Berlín también huían, con o sin autorización o con papeles falsos. Incluso los «funcionarios» de la cancillería del *Führer* destruían sus carnets del Partido y otros documentos. Se habían hecho con identificaciones falsas y dieron la espalda a Berlín.

La capital era ahora cañoneada por la artillería rusa. Por ello, Günsche decidió

que Bormann, Burgdorf, Fegelein, Voss, Hewel, Lorenz, Zander, los ayudantes Schaub, Albrecht, Below y Johannmeyer, los pilotos Baur y Betz, y Rattenhuber, Högl y Schädle, el médico de Hitler doctor Stumpfegger, así como las secretarias Christian y Junge, que permanecían en Berlín, se trasladasen desde la antigua y la nueva cancillería hasta el búnker de este último edificio.

Este búnker se había construido en el año 1938 al mismo tiempo que el edificio, cuando Hitler comenzó los preparativos para la guerra. Con sus más de setenta habitaciones, tenía unas dimensiones gigantescas. Se componía de dos partes, separadas una de otra por una despensa subterránea. Allí se almacenaban víveres y carbón. De la despensa partía directamente un gran montacargas para camiones que ascendía hasta la acera de la *Vossstraße*. La escotilla estaba disimulada de tal manera que resultaba imposible advertirla para alguien que no estaba enterado. De la despensa subterránea partía un pasillo de hormigón de unos cien metros de longitud en dirección al búnker de Hitler, que circulaba por debajo de los jardines. En el búnker de la nueva cancillería del *Reich* se habían instalado también la centralita telefónica del cuartel general de Hitler, con el nombre cifrado de *Alt 500*, la estación de radio, la agencia de prensa, el despacho de los ayudantes de Hitler, el hospital de campaña del doctor Haase así como el puesto de mando del grupo de batalla de Mohnke. Allí se hospedaban además entre sesenta y setenta colaboradores del Servicio de Seguridad al mando del dirigente de la Policía Criminal y comandante de las SS Forster, a los que correspondía la vigilancia del búnker y que registraban a toda persona que entraba o salía del búnker.

En la noche del 22 abril, la artillería soviética enmudeció. A cambio, empezó a retumbar la artillería antiaérea alemana. Bombarderos rusos atacaron objetivos militares en Berlín. También cayeron bombas en las cercanías de la cancillería del *Reich*.

El 22 de abril por la mañana la artillería del Ejército Rojo reanudó los ataques, ahora con más intensidad. Se informó de que el centro de Berlín estaba siendo cañoneado por varias baterías pesadas. El número de proyectiles rusos que caían en el *Tiergarten* y también en los jardines de los ministerios en la *Wilhelmstraße* era cada vez mayor. Hitler fue despertado hacia las diez de la mañana por el estruendo de los proyectiles.

Se vistió y preguntó nervioso a Linge:

—¿Con qué calibre se está disparando?

Para tranquilizarlo, Linge respondió que aquello era la artillería antiaérea alemana y algún que otro cañón ruso de largo alcance. Después de haber desayunado en su despacho, Hitler volvió al dormitorio, donde Morell le inyectó su estimulante.

La reunión informativa se había fijado para las doce. Poco antes de comenzar se congregaron en el búnker de Hitler Dönitz, Keitel, Jodl, Krebs, Burgdorf, Buhle, Winter, Christian, Voss, Fegelein, Bormann, Hewel, Lorenz, Below, Günsche, Johannmeyer y John von Freyend und von Freytag-Loringhoven. Aquélla fue la reunión más breve de toda la guerra. Muchos iban de un lado a otro con cara de amargura. A media voz se repetían la misma pregunta:

—¿Por qué el *Führer* no se decide a abandonar Berlín?

Hitler salió de sus estancias, más encorvado que nunca. Después de un saludo parco en palabras se sentó. Krebs dio comienzo a sus explicaciones. Anunció que la situación de las tropas alemanas que defendían Berlín había empeorado aún más. En el sur los rusos habían roto el frente en Zossen y se acercaban a los límites de la capital. En los suburbios del este y oeste se libraban combates feroces. El estado de las unidades alemanas del Oder, al sur de Stettin, era catastrófico. Los rusos habían roto el frente gracias a las embestidas de sus carros de combate y habían penetrado profundamente en las posiciones alemanas.

En ese preciso momento, Hitler se levantó y se inclinó sobre la mesa. Paseó su mano temblorosa sobre el mapa. Se incorporó súbitamente y lanzó los lápices de color. Respiraba pesadamente, su rostro había enrojecido y sus ojos estaban muy abiertos. Se alejó un paso de la mesa y gritó con voz entrecortada:

—¡Algo así no se ha visto nunca! ¡En estas circunstancias no puedo seguir ejerciendo el mando! ¡La guerra está perdida! ¡Pero si ustedes, señores míos, creen que voy a abandonar Berlín, están muy equivocados! ¡Antes prefiero meterme una bala en la cabeza!

Los presentes miraron a Hitler llenos de espanto. Éste sólo pudo levantar débilmente la mano y exclamó:

—¡Les doy las gracias, estimados señores!

A continuación, dio media vuelta y abandonó la estancia.

Todos quedaron allí de pie paralizados. ¿Era aquello el final? Günsche corrió tras de Hitler. Desde la sala de reuniones se pudo escuchar su voz afectada:

—Pero, *mein Führer*...

Lo alcanzó en la puerta del despacho. El *Führer* se detuvo y ordenó:

—¡Comuníqueme de inmediato con Goebbels!

Goebbels se hallaba en el refugio antiaéreo de su mansión de la *Hermann-Göring-Straße*. Mientras Hitler hablaba con él por teléfono, los participantes de la reunión fueron saliendo a la antesala confusos y agitados. Bormann y Keitel se abalanzaron sobre Günsche y le preguntaron:

—¿Dónde está el *Führer*? ¿Ha dicho algo más?

Günsche respondió que el *Führer* había hablado con Goebbels por teléfono. Todos murmuraban de manera confusa. Keitel agitaba los brazos en el aire. Bormann parecía completamente fuera de sí y balbuceaba una y otra vez:

—¡No puede ser que el *Führer* esté pensando seriamente en pegarse un tiro!

Keitel exclamó:

—¡Tenemos que impedir que el *Führer* haga una cosa así!

Reinaba un caos indescriptible. Algunos se tomaron un par de copas de una botella de coñac que había encima de la mesa.

Pocos minutos más tarde, hacia las doce del mediodía, entraba apresuradamente Goebbels. Cojeaba más de lo habitual. Conmocionado, había venido desde su mansión de la *Hermann-Göring-Straße*.

—¿Dónde está el *Führer*? —preguntó.

Se le llevó de inmediato al despacho de Hitler. Allí los dos conversaron durante unos diez minutos.

Cuando Goebbels volvió a salir, Bormann, Keitel, Dönitz y Jodl se acercaron rápidamente a él:

—¿Qué ha dicho el *Führer*?

Lo acosaban de todas partes. Goebbels les anunció que Hitler consideraba que la

situación era desesperada y que se mostraba convencido de que la guerra estaba perdida. Se sentía completamente derrotado. Goebbels nunca lo había visto en un estado semejante. Continuó explicando que la razón por la que se había asustado era que Hitler le había dicho por teléfono, con una voz que desfallecía, que acudiera cuanto antes al búnker junto con su mujer y sus hijos, porque todo había acabado.

Bormann no podía quedarse quieto de los nervios. Imploró a Goebbels, a Dönitz, a Keitel y otra vez a Dönitz que había que convencer a Hitler de un modo u otro para que abandonase Berlín. Goebbels preguntó a Keitel en voz baja:

—Señor mariscal de campo, ¿verdaderamente no ve usted ninguna posibilidad de detener el avance de los rusos?

Keitel respondió que la última posibilidad consistía en retirar de inmediato todas las tropas del Elba, incluida la unidad más poderosa, el 12.º ejército de Wenck, para lanzarlas contra los rusos. La propuesta de Keitel fue recibida con entusiasmo por todos los presentes. Bormann propuso que se informara enseguida a Hitler. El 12.º ejército, llamado simplemente «ejército Wenck», por el apellido del general de blindados que lo dirigía, se había formado por orden de Hitler a principios de abril de 1945 con unidades del Servicio del Trabajo del *Reich* (*Reichsarbeitsdienst*) y cadetes de las escuelas de oficiales y suboficiales. Dicho ejército estaba acantonado en el área de Magdeburgo. Hitler lo había destinado a la reserva del alto mando de la *Wehrmacht* y aún no había entrado en combate. El ejército de Wenck constaba de sólo cuatro divisiones completas, con unos cuarenta mil o cuarenta y cinco mil hombres. La gran mayoría de los soldados estaban deficientemente entrenados y armados. La artillería del ejército de Wenck se componía de algunas baterías de obuses ligeros. No disponía de blindados, sino tan sólo de cureñas motorizadas. Estas tropas estaban en el Elba, frente a frente con los norteamericanos.^[432]

Keitel, Bormann, Goebbels, Burgdorf y Fegelein pidieron a Linge que los anunciara a Hitler. Cuando Linge entró, lo encontró con la chaqueta desabrochada y postrado en la cama. Hitler escuchó a Linge. Luego se levantó con gesto abatido, se abrochó la chaqueta del uniforme, se dirigió al despacho, diciendo con voz apagada:

—Que hagan el favor de pasar.

Linge franqueó la entrada a Keitel, Bormann, Goebbels, Burgdorf y Fegelein al despacho de Hitler. Veinte minutos más tarde volvieron a salir Keitel, Goebbels y Burgdorf, con aire confiado. Los últimos en aparecer fueron Bormann y Fegelein. En la antesala pidieron a Linge que les sirviera un aguardiente, y se lo tomaron allí mismo de un solo trago. Fegelein le dijo a Linge:

—Todo se arreglará. Wenck marcha con su ejército hacia Berlín.

En la antesala, Keitel aún intercambió algunas palabras con Dönitz antes de abandonar el búnker junto a Jodl y su ayudante, John von Freyend.

Poco después, Dönitz pidió a Hitler una entrevista a solas. El *Führer* lo recibió en la sala de juntas y a continuación, Dönitz se dirigió en avión a Flensburg para organizar desde allí el desplazamiento de pilotos suicidas hacia Berlín. Se trataba de oficiales y marineros a los que se había previsto emplear en misiones con minisubmarinos (torpedos tripulados) que al explotar provocaban también de forma inevitable la muerte de su piloto.^[433] Algunos se habían presentado voluntarios para estas misiones, otros habían sido condenados a alistarse en ellas. Además, Dönitz había de conducir personalmente a Berlín a todos los miembros de la Marina de Guerra que se encontraran en el norte de Alemania, para que prestaran su ayuda en la defensa de la capital.^[434]

Después de que todos hubieran partido, Hitler quiso que se presentara ante él de inmediato el mariscal de campo Schörner, el comandante en jefe del grupo de ejércitos del centro, cuyas tropas estaban aquellos días envueltas en fuertes combates defensivos en Silesia y Checoslovaquia. Hacia las seis o las siete, Schörner llegó a Berlín. Su avión aterrizó en Gatow, el único de los aeródromos de la capital que aún no estaba sometido al fuego de la artillería rusa.

El ayudante de Hitler, Johannmeyer, pidió a Linge que anunciara al *Führer* que Schörner había llegado y aguardaba en el búnker. Hitler ordenó que lo acompañaran al salón de reuniones y salió a la antesala para recibirlo. Linge le recordó el bastón de mariscal que anteriormente había mandado traer, porque pretendía entregárselo a Schörner. Pero Hitler hizo un gesto despectivo con la mano y dijo:

—¡Todo esto ya no es más que una tontería!

Sin embargo, cuando Schörner apareció en el búnker de Hitler junto a Burgdorf, Fegelein y Johannmeyer, el *Führer* se dirigió a Linge:

—Bueno, está bien. ¡Lleve el bastón a la sala de juntas!

Hitler saludó a Schörner de manera cordial y le confesó, mientras se encaminaban juntos a la reunión:

—¡Schörner! Lo que más me gustaría es descuartizarlo. Así tendría cuatro Schörner.

A lo que éste respondió con una sonrisa alegre:

—Siempre a sus órdenes, *mein Führer*.

La reunión que Hitler mantuvo con Schörner duró aproximadamente una hora y en ella participaron Bormann, Burgdorf y Fegelein. A continuación, habló con él a solas. Hacia las ocho de la tarde, Schörner, después de dirigir a los ocupantes del búnker unos breves gestos con su bastón de mariscal, se dirigió al aeródromo de Gatow, desde donde un avión lo devolvió a su cuartel del estado mayor.

La visita de Schörner causó impresión en Hitler y en su entorno. El ambiente deprimido que había dominado durante la mañana se había esfumado por la tarde en buena medida. Hitler, en particular, había recobrado el valor. Comenzó otra vez a trazar planes. Las unidades de Schörner destacadas en Silesia debían lanzarse contra los flancos de las tropas rusas que avanzaban desde el sur hacia Berlín y alcanzar seguidamente la capital. A Schörner en persona le había ordenado retirarse con lo principal de sus fuerzas hacia el sur de Alemania, para hacerse cargo del «bastión alpino». Otro de los planes de Hitler preveía restablecer la conexión entre Berlín y las tropas alemanas emplazadas en Mecklemburgo. Con este fin, el comandante del 3.^{er} ejército, el teniente general de las SS Félix Steiner, recibió la orden de atacar el 24 de abril desde el área al norte de Oranienburg y realizar el intento de detener a las tropas soviéticas que penetraban desde el norte en dirección a Berlín.

Fegelein, el enlace de Himmler, era el encargado de llevar esta orden a Steiner en persona. El 23 de abril por la mañana, se puso en marcha.

Cuando Hitler ordenó a Schörner que se retirase con una parte de sus fuerzas al «bastión alpino», surgió en su estado mayor la esperanza de que en el último momento Hitler decidiera abandonar Berlín para continuar la lucha en el «bastión alpino». Esta perspectiva dio ocasión a una borrachera general en el búnker. Bormann, fiel a sí mismo, se instaló con Günsche y las secretarías de Hitler, Junge y Christian, en la antesala, donde todos juntos bebieron coñac. Al mismo tiempo, declamaba peroratas sobre los ejércitos de Wenck y Steiner, así como sobre el «leal nazi» Schörner.

—Sí, Schörner es nuestro hombre —recalcó la secretaria Christian—. Es un devoto nacionalsocialista.

Bormann alzó su copa y brindó con las secretarías:

—Pasado mañana estaremos fuera de peligro. Wenck, Steiner y Schörner no nos dejarán en la estacada. Sus tropas llegarán hasta Berlín.

Al atardecer, Linge se encontró con Ribbentrop en el pasillo. La habitual arrogancia de éste se había esfumado. Con una amabilidad impropia de él, preguntó a Linge acerca de los planes de Hitler. Al contestar éste que, de momento, el *Führer* quería quedarse en Berlín, Ribbentrop se puso visiblemente nervioso y preguntó si podía hablar con él a solas. Linge lo anunció y Hitler lo recibió de inmediato en su despacho. Después de una conversación que duró veinte minutos, Ribbentrop abandonó el búnker y se trasladó a Hamburgo esa misma noche. Esto sucedía con el consentimiento de Hitler, quien tras la marcha de Ribbentrop, le comentó a Linge:

—No quiero volver a tener a ése cerca de mí.

Aquel día se presentó en la cancillería del *Reich* el general de brigada de las SS Mohnke con los 3500 hombres de su tropa de combate. Hitler decretó que se le encomendara la protección de todo el distrito gubernamental. Mohnke, que se sintió halagado, comentó a Günsche:

—El *Führer* ya no quiere saber nada más de su *Leibstandarte* [después de la derrota del Balatón], pero ahora le demostraremos que aún puede contar con él.

Goebbels, con su esposa Magda, y los cinco hijos del matrimonio, Hilde, Holde, Helke, Heike y Heiner, se trasladaron al búnker de la nueva cancillería aquel mismo día.^[435] Con Goebbels permanecieron su secretario de Estado, el general de brigada de las SS Werner Naumann, su ayudante, el capitán de las SS Günther Schwägermann, y su ayuda de cámara, el cabo Ochs.

La mañana del 23 de abril la artillería del Ejército Rojo reanudó el ataque contra el sector gubernamental, que había interrumpido durante la noche. Diversos proyectiles hicieron blanco en unos camiones cisterna y barriles de gasolina que se hallaban en el patio de honor de la cancillería del *Reich*. Varios soldados resultaron muertos o gravemente heridos a causa de estos impactos.

Los aviones rusos rugían sobre el centro de la capital y, volando a baja altura, disparaban contra sus objetivos. De esta manera, quedaron inutilizados el cinturón de Berlín, la autovía que rodea la capital, así como el metro y las líneas de tranvía. En la *Leipziger Straße*, en la *Potsdamer Platz* y en la *Hermann-Göring-Straße* se veían vagones de tranvía abandonados. En casi toda la ciudad se había interrumpido el suministro de luz, gas y agua. Sólo continuaba funcionando la red telefónica.

Hitler fue despertado de nuevo: por el bombardeo cada vez más intenso de la artillería. Se vistió y llamó a Linge para que acudiera a su despacho. Le dijo que casi no había podido dormir durante la noche. Estaba muy pálido. Nervioso, volvió a

preguntar por el calibre de la artillería rusa. A continuación le pidió a Morell su inyección. Cuando el médico hubo salido, Linge le puso a Hitler sus gotas en el ojo derecho. El *Führer* comentó que a Morell le temblaba la mano de miedo. También dijo sentirse feliz de que Linge supiera administrar con tanta habilidad las gotas para los ojos.

Después del desayuno, hacia las doce del mediodía, Hitler se reunió con los suyos. Las conferencias se celebraban ahora varias veces al día y a horas diferentes, dependiendo de los acontecimientos, y ya no duraban más de treinta o cuarenta minutos. El número de participantes se fue reduciendo de manera paulatina durante los días previos a la caída de Berlín.

Keitel, que el día anterior había ido a visitar al ejército de Wenck, aún no había vuelto. Por cautela, había hecho trasladar el cuartel del estado mayor del alto mando de la *Wehrmacht* desde Dahlem a Krampnitz, 20 kilómetros al oeste de la capital del *Reich*. Keitel quería así protegerse del fuego de la artillería soviética. A Jodl y Winter, los encargados de dar parte del frente occidental, Hitler ni tan sólo los invitaba a las reuniones. Ellos mismos preferían no desplazarse al búnker del *Führer*, dado el fuego artillero del enemigo.

Los representantes de la *Luftwaffe*, Koller y Christian, habían trasladado sus estados mayores desde Berlín a cotos de caza en Potsdam. Por este motivo, tampoco ellos hacían ya acto de presencia en las conferencias de evaluación militar. Lo justificaban por la enorme distancia de los desplazamientos. Sus informes los transmitían por teléfono al ayudante de la *Luftwaffe*, Below, que seguidamente anunciaba las novedades a Hitler.

Los generales Bodenschatz, Buhle y Scherff, que sólo tres días antes, durante el cumpleaños de Hitler, habían jurado lealtad hasta el final, abandonaron Berlín y se fueron al sur de Alemania. Göring había sido uno de los primeros en dejar Berlín y tampoco Himmler aparecía por el búnker.

A las reuniones ya tan sólo acudían aquellos que se habían instalado en el búnker de la nueva cancillería del *Reich*: Krebs, Bormann, Burgdorf, Voss, Fegelein, Hewel, Below, Johannmeyer, Günse, Zander, Von Freytag-Loringhoven y Lorenz. Goebbels también asistió en los días finales. Lorenz había sido nombrado poco antes jefe de prensa. Hitler destituyó a Otto Dietrich por «inmovilismo», algo que pareció descubrir repentinamente después de quince años de servicio. También Dietrich se apresuró a viajar junto a su familia, en el sur de Alemania.

Hacia la una del mediodía, Hitler se presentó en la antesala y saludó a los asistentes que se habían reunido allí. No preguntó por los ausentes y se limitó a decirle a Below:

—Below, al parecer es usted ahora el único representante de la *Luftwaffe*.

En compañía de todos, Hitler se dirigió a la sala de juntas y se dejó caer lentamente en el sillón junto a la mesa de los mapas. En lugar de los ocho o diez grandes planos de los frentes oriental y occidental que solía haber, ahora sólo había dos pequeñas hojas: un mapa de Berlín y los alrededores, y otro de toda Alemania. Ya no se extendían mapas del frente occidental. Krebs y su ayudante se encargaban de las anotaciones.

Krebs anunció que la intención de los rusos de levantar un cerco alrededor de Berlín parecía ahora manifiesta. Desde el norte avanzaban en dirección a Oranienburg y en el oeste habían llegado hasta Nauen, a 30 kilómetros de Berlín. El contacto con el mundo exterior sólo se mantenía en el noroeste. Desde el sur y el este, además, se estaba presionando con fuerza sobre la capital. En estos sectores el Ejército Rojo estaba a punto de alcanzar los límites de la ciudad.

Hitler interrumpió a Krebs con la siguiente pregunta:

—¿Qué hay del ejército de Wenck?

Krebs respondió que esta unidad había iniciado su retirada del Elba la noche anterior. Los norteamericanos, sin embargo y por el momento, no se habían decidido a avanzar. El ejército de Wenck estaba concentrándose al sudeste de Magdeburgo.

En el instante en que Krebs se disponía a exponer otros detalles acerca del ejército de Wenck, se abrió la puerta y entraron Keitel y su ayudante John von Freyend. El primero iba sin afeitarse y su uniforme estaba cubierto de polvo. Quería demostrar a Hitler que traía entre manos un asunto que podía decidir la salvación de su *Führer*. Hitler estrechó la mano de Keitel con afecto.

John von Freyend extendió el mapa sobre la mesa. A continuación, Keitel explicó que el ejército de Wenck se había retirado del Elba y que en ese momento estaba reagrupando sus fuerzas.

—He estado conduciendo todo el día y toda la noche para movilizar a las tropas. *Mein Führer!* Wenck le envía reverentes saludos y espera poder estrecharle pronto la mano en la cancillería del *Reich*.

Keitel se puso en posición de firmes y exclamó:

—¡Voy a quedarme con usted, *mein Führer!* No podría mirar a la cara a mi mujer y a mis hijos si lo abandonara en estas circunstancias.

Hitler estaba visiblemente conmovido por esta nueva muestra de lealtad de Keitel. Se levantó del asiento y puso algunas flechas sobre el mapa. Mientras lo hacía,

explicó que el 3.^{er} ejército de Steiner tenía que atacar el 24 de abril desde el norte. El ejército de Wenck, por su parte, avanzaría desde el sur en dirección a Potsdam, como muy tarde el 25 de abril. El objetivo de la operación era, continuó Hitler, frenar el avance ruso hacia Berlín, dirigirse hacia el este, reunirse con el 9.^o ejército y restablecer el frente del Oder.

Ninguno de estos planes delirantes, evidentemente, se hizo realidad.

Antes de acabar la reunión, Keitel pidió a Hitler permiso para desplazarse otra vez hasta el ejército de Wenck. Keitel creía que su presencia allí reforzaría el ardor guerrero de las tropas. Pocos minutos después, Keitel abandonó el búnker para dirigirse allí. De este viaje ya no regresó, a pesar de que acababa de jurar de manera ceremoniosa al *Führer* que jamás lo abandonaría.

Hacia la misma hora, sin haber pedido autorización, el jefe del batallón de transmisiones del *Führer*, el mayor Lohse, también se marchó de la cancillería del *Reich*.^[436]

Mientras Hitler estaba en la reunión, Linge ordenó a la doncella de Eva Braun, Liesl, y al ordenanza de Hitler, el cabo de las SS Wauer, embalar los enseres de la habitación de Hitler. Linge mismo se encargó de ordenar el escritorio del despacho. Sobre la mesa había un mensaje radiotelegráfico de Göring con el siguiente contenido: «¡Mi muy amado *Führer*! En el camino hacia el sur de Alemania he podido constatar que aún hay suficientes fuerzas como para continuar la lucha desde aquí. Por ello le ruego que abandone Berlín y acuda a Berchtesgaden. Su leal Göring». ^[437]

Cuando el despacho estuvo recogido y cerrado, Eva Braun apareció en la puerta de su estancia con un perro. El bombardeo del centro de la ciudad había remitido un poco. Eva Braun, que tenía un aspecto muy pálido, pidió a Linge que la llevara a los jardines, donde pensaba pasear al animal. Linge la acompañó y paseó con ella delante del búnker, de un costado al otro. Eva Braun declaró con aire serio que ahora todo parecía haber acabado, si no se producía un milagro. Linge asintió pero recalcó que el ejército de Wenck traería ese milagro. En la conversación que siguió, Eva Braun comentó con tristeza que la muerte iba a ser la única salida si aquel milagro no se producía. En ese caso deseaba morir como la esposa legítima de Hitler.^[438]

Durante la reunión Bormann llegó a la antesala con los mapas de operaciones del frente germano-soviético y los extendió sobre la mesa. Bormann, Zander y Loringhoven se inclinaron sobre ellos. Linge, que había estado de pie junto a los oficiales de las SS de guardia delante de las estancias de Hitler, se acercó asimismo a la mesa. Loringhoven señaló a Bormann un itinerario que aún estaba libre, en dirección a Dresde, por el que se podía llegar al sur de Alemania. Se trataba de una banda estrecha, de unos quince o veinte kilómetros, que en cualquier momento podía ser cortada por los carros de combate rusos. Bormann ordenó a su consejero Zander

cargar en autobuses y todoterrenos a todos los colaboradores de la cancillería del Partido, incluidos su consejero Müller y sus seis secretarias, para llevarlos de inmediato al Obersalzberg siguiendo aquel itinerario. En Berlín sólo debían permanecer Zander y su secretaria Else Krüger, una mujer de treinta años que era amiga de Eva Braun y a la que Hitler, durante los últimos días y por deseo de ésta, invitaba al té junto con sus propias secretarias.

Justo cuando acababa la reunión se presentó ante Linge un Morell completamente abatido. Preguntó si Hitler podría dedicarle unos minutos. Este, que se había quedado solo en la estancia, le hizo pasar. En presencia del *Führer*, aquel coloso se precipitó en un asiento y comenzó a llorar como una criatura, convertido en un ser lastimoso. Hitler intentó calmarlo, pero el médico no paró de sollozar. Entonces le preguntó con impaciencia:

—Pero, bueno, ¿se puede saber qué es lo que quiere, profesor?

Finalmente, todavía entre sollozos, Morell pudo articular:

—*Mein Führer*, sencillamente ya no soporto esto. ¡Por favor, por favor, por favor, deje que me vaya!

Morell le explicó a Hitler los ataques al corazón que había sufrido en los últimos días. Cuando Linge escuchó aquellas palabras, cerró la puerta con una sensación de repugnancia. Morell salió poco después. Había obtenido de Hitler la autorización para volar al Obersalzberg. A toda prisa le dio unas cuantas instrucciones apenas comprensibles al doctor Stumpfegger, que quedaba encargado de inyectar a Hitler sus estimulantes. Aquella misma tarde, en cuanto hubo oscurecido, Morell abandonó el búnker, entre gemidos y temblores, para dirigirse en automóvil al aeródromo de Gatow. Desde allí, un avión lo llevó al Obersalzberg.

Así partió el que durante tantos años fuera médico personal de Hitler, la persona a la que éste había nombrado catedrático, a la que había distinguido con la insignia de oro del Partido y con la cruz de caballero.

Durante los años de guerra, Morell había comprado grandes fábricas en Hamburgo y en la ciudad checa de Olomouc (Olmütz), donde hacía elaborar sus preparados hormonales, su concentrado vitamínico Vitamultin y los polvos Russla contra piojos que había desarrollado el propio Morell para la *Wehrmacht*. El nombre del preparado evidenciaba una notable «capacidad inventiva»: «Russla» se compone de las primeras sílabas de las palabras alemanas «*russische Laus*» (piojo ruso). Los soldados rechazaban aquel tratamiento porque no servía para nada y además olía mal. Bromeaban diciendo que el preparado multiplicaba los piojos yapestaba tanto que

mataba a los soldados. La *Wehrmacht* se vio obligada a comprar por decreto del *Führer* y esto hizo que Morell ganara millones.^[439]

Morell adquirió una mansión de lujo en Schwanenwerde, junto al Wannsee, en Berlín, y luego otra más en el balneario de Heringsdorf, junto al mar Báltico. En los últimos años se estaba haciendo construir una tercera residencia en Berchtesgaden. En el año 1944, Morell comenzó a desarrollar un explosivo especial con el que creía poder aniquilar al Ejército Rojo. Para su proyecto exigió un microscopio electrónico, pero sólo había dos o tres de aquellas características en toda Alemania y estaban siendo empleados para la investigación atómica. Cuando sus esfuerzos fracasaron, acudió a Hitler, que al instante ordenó que a su «favorito» le fuera proporcionado uno de esos aparatos de tanto valor. Morell instaló el microscopio en un laboratorio que se había construido expresamente con esta finalidad en Berchtesgaden.^[440] Sin embargo, en el momento del hundimiento, este especulador de la guerra huía de ella.

Después de la marcha de Morell, Goebbels se mudó a la habitación que estaba situada frente a la de Hitler. Su esposa se quedó junto con sus hijos en el antiguo búnker de Hitler.

Por la tarde, Hitler mandó a Günsche presentarse en el salón de reuniones. Goebbels y Bormann ya se encontraban allí. Los tres se inclinaban sobre un plano urbano de Berlín extendido sobre la mesa. Hitler tenía una mirada lúgubre. Le explicó a Günsche que acaba de recibirse un parte que decía que la población de los distritos del norte de Berlín, incluido el barrio proletario de Weissensee, estaba colgando banderas rojas y blancas en las ventanas; en algunos puntos, los soldados alemanes retrocedían sin luchar y muchos desertaban. Hitler ordenó a Günsche que enviara un destacamento de soldados de las SS hacia allí y que, en aplicación de la ley marcial, se fusilara a todo aquel que huyera. Goebbels intervino al instante:

—*Mein Führer*, le prometo que las banderas rojas y blancas desaparecerán pronto de las casas. He ordenado que se fusile a los culpables o que se les cuelgue en lugares públicos de la ciudad. Eso será una advertencia para todos.
^[441]

Günsche salió de la estancia de Hitler y sin perder tiempo formó dos pelotones móviles con soldados de las SS de la guardia personal de Hitler y con los chóferes de la cancillería del *Reich*. Estos pelotones fueron enviados a los distritos del norte de Berlín con la orden de hacer volver a las trincheras a los soldados y a los oficiales que huían. El que ofreciera resistencia debía ser llevado a la cancillería del *Reich*. Al poco tiempo, los dos pelotones regresaron con un grupo de oficiales y soldados, a los que colgaron en la estación de *Friedrichstraße*. Sobre el pecho llevaban un letrero donde se leía: «¡Colgado por no cumplir con las órdenes del *Führer*!».

El 24 de abril, a las cinco de la mañana, el fuego de la artillería rusa se hizo considerablemente más intenso. Una serie de potentes granadas hicieron blanco sucesivamente en la cancillería del *Reich* y su entorno.

Una hora más tarde, la situación se volvió a tranquilizar un poco. Hitler se acostó para dormir cuando el bombardeo remitió. Hacia las diez de la mañana, la artillería reanudó los disparos. Varios proyectiles explotaron con estruendo en el techo del búnker de Hitler. La ventilación se interrumpió. El atronador sonido de las granadas volvió a despertar a Hitler, que se vistió a toda prisa y pulsó el timbre para llamar a Linge. Al entrar en el despacho, éste observó que con cada detonación, Hitler se estremecía y se quedaba mirando el techo fijamente y lleno de miedo. Linge intentó tranquilizarlo y le explicó que el estruendo de la explosión probaba justamente la resistencia del cemento armado con el que estaba recubierto el búnker.

Aquella mañana, el doctor Stumpfegger proporcionó a Hitler la inyección con el estimulante. Era la primera vez que lo hacía después de la huida de Morell. La reunión informativa se había convocado para las diez y media.

Cuando Günse llegó al búnker, hacia las once, la reunión ya había comenzado. Además de Hitler sólo asistían Krebs, Burgdorf, Bormann, Goebbels, Johannmeyer, Below y Loringhoven. Krebs informó:

—Las tropas rusas atacan Berlín por el sur y el norte desde la mañana. El cerco está a punto de cerrarse. Berlín sólo está conectada con el mundo exterior a través de un estrecho pasillo al sur de Spandau. Es de esperar que los rusos cierren también este pasillo. El ejército de Steiner no ha logrado aún avanzar más allá del norte de Oranienburg. Carecemos de informaciones precisas de Steiner.^[442]

La cara de Hitler se deformó por la rabia. Profirió insultos contra el ejército de Steiner, calificó al comandante de general fatuo y arrogante. Steiner, que con anterioridad había dirigido la 5.^a división acorazada de las SS, conocida como *Wiking*, y luego el III cuerpo acorazado de las SS, llamado *Germanische*, había gozado hasta el final del favor de Hitler, que le había concedido hacía poco el mando del 3.^{er} ejército. Ahora ordenaba que se le comunicara a Steiner que su ejército, con todas sus fuerzas, debía atacar como muy tarde al día siguiente, el 25 de abril, y restablecer el contacto con Berlín a última hora de la tarde.

Tampoco se sabía nada del ejército de Wenck. La situación de las unidades alemanas emplazadas a lo largo del río Oder se había tornado catastrófica. Las tropas rusas habían ampliado la brecha al sur de Stettin, en el sector correspondiente a la Marina,^[443] y habían avanzado entre cincuenta y sesenta kilómetros hacia el oeste. El 9.^o ejército, que aún seguía junto a Frankfurt del Oder, estaba cercado por las tropas

del Ejército Rojo y era atacado desde todos los flancos. Su comandante, el general Busse, pidió a Hitler en repetidas ocasiones, y por mediación de su cuñado Burgdorf y de Krebs, la autorización para retirar sus tropas hacia Berlín. Hitler rechazó una y otra vez la petición, a pesar de que algunas unidades rusas ya habían penetrado profundamente en la retaguardia del 9.º ejército. Sencillamente no quería renunciar a la idea de reconquistar las posiciones anteriores a lo largo del Oder.

Fegelein, que había sido enviado en busca de Steiner el día anterior, volvió el 24 de abril. Informó a Hitler de que el ejército de Steiner no podía atacar porque sus fuerzas eran demasiado débiles. Steiner quería esperar hasta reunir un número suficiente de soldados de los muchos que estaban desperdigados al haberse quedado sin sus unidades.

La vacilación de Steiner provocó la reacción iracunda de Hitler:

—¡Steiner ha de entrar en acción mañana como muy tarde! —gritó—. ¡Ha de estar en Berlín después del mediodía!

Luego ordenó a Fegelein que partiera nuevamente hacia la posición de Steiner para entregarle personalmente esa orden. Fegelein se puso en marcha el mismo día.

Hitler almorzó en su despacho y en compañía de Eva Braun y sus secretarias, como de costumbre. A continuación, hizo llamar a Schaub. La puerta del dormitorio estaba abierta cuando Linge hizo pasar a éste al despacho.

Hitler, de pie delante de la caja fuerte abierta, le explicó a Schaub y a Linge que todos los documentos que se habían quedado en la cancillería del *Reich* debían ser quemados. Linge recibió la orden de traer maletas. Cuando éste se presentó otra vez en el dormitorio con dos valijas, Hitler comenzó a sacar documentos de la caja fuerte. Se trataba de papeles secretos, que el *Führer* había recibido de Keitel, Jodl, Dönitz o del alto mando del Ejército de Tierra después del traslado de su cuartel general a Berlín. La caja contenía además la correspondencia personal de Hitler y varios fajos de billetes de cincuenta y cien marcos. Linge puso todo esto en cuatro maletas. Schaub, Linge y los ordenanzas que fueron llamados para que ayudasen arrastraron las maletas al parque. Allí se vació el contenido, se formaron varios montones, se roció todo con gasolina y se le prendió fuego. La hoguera ardió a unos diez metros de la salida de emergencia. Linge esperó hasta que todo estuvo completamente quemado.

Entretanto, Schaub se dedicó a vaciar todas las cajas fuertes en las estancias privadas de Hitler de la cancillería vieja. Eran un total de cinco. Contenían papeles y documentos políticos y militares de los años de la guerra y de los años previos, entre los que se incluían los bocetos corregidos personalmente por Hitler de las cartas enviadas durante el conflicto a Mussolini, Antonescu, Pétain y otros, además de sus

respuestas. Schaub, con la ayuda de su ordenanza, el suboficial Mandtal, lo empaquetó todo en grandes maletas, hizo que soldados de las SS de la guardia personal de Hitler las arrastraran al jardín y les prendió fuego. Después de haber quemado todos los documentos que se habían guardado en la cancillería del *Reich*, Schaub, en presencia de Linge, dio parte a Hitler, que ordenó a Schaub que volara de inmediato al Obersalzberg para destruir también las actas que se conservaban en el Berghof. En el palacete había tres cajas fuertes que contenían documentos de los años de la guerra y preguerra. En el búnker del Berghof se apilaban las actas de las reuniones informativas militares. Allí también se hallaba el «archivo militar» trasladado desde la «Guarida del Lobo». Hitler ordenó destruir todos esos papeles y entregó a Schaub las llaves de las cajas fuertes del palacete del Berghof. Hasta entonces jamás se había desprendido de esas llaves. Al atardecer, Schaub se despidió de Hitler. A continuación abandonó el búnker junto al suboficial Mandtal, que le acompañaría. A los que se quedaban les gritó:

—¡En un par de días estaré otra vez de vuelta!

Pero nadie se lo creyó. Schaub despegó del aeródromo de Gatow, que ya estaba siendo bombardeado y que sería ocupado al día siguiente por las tropas rusas. Schaub no regresó a Berlín. Con él abandonaron la capital también los dos taquígrafos que no habían sido evacuados el 21 de abril y que habían redactado las actas hasta el final. A partir de entonces, ya no se les necesitaba.

Al atardecer de aquel día, en la sala de estar del búnker, Goebbels dictó al funcionario del Ministerio de Propaganda que llevaba su correspondencia una proclama dirigida a la población de Berlín. Las alocuciones de Goebbels se publicaban en el diario *Der Bär*.^[444] Este periódico, impreso en los talleres del Ministerio de Propaganda, era el único que, en un formato reducido, se imprimía en la ciudad de Berlín. Cuando Linge pasó por la estancia que llevaba al dormitorio, pudo oír cómo Goebbels, sentado en un banco junto a la mesa, dictaba con su voz monótona:

—¡Berlineses, resistid! ¡Defended vuestra capital! ¡Dentro de las murallas de vuestra ciudad el *Führer* está trabajando por vosotros! ¡El *Führer* ha asumido personalmente la defensa de la capital! ¡Lealtad a cambio de lealtad! ¡Sólo pasando por encima de nuestros cadáveres podrá el enemigo llegar hasta nuestro *Führer*!^[445]

Mientras Goebbels dictaba su proclama, en virtud de la cual exigía nuevos sacrificios a la población de Berlín y afirmaba que el *Führer* sólo vivía para la

defensa de Berlín, éste se hallaba de pie ante su caja fuerte, sacando documentos para lanzarlos al fuego, porque ya no creía en la salvación. Goebbels informó a Hitler, después de dictar su arenga, que Berlín no tenía reservas de alimentos para más de catorce días.^[446]

Hitler estuvo recibiendo informes durante toda la tarde. En éstos se afirmaba que la situación en Berlín y en los alrededores de la capital continuaba deteriorándose. Los ánimos estaban por los suelos entre los ocupantes del búnker.

Al principio se decía: «Los rusos avanzan a ambos lados de la carretera de Zossen a Berlín y han abierto una gran cuña en el anillo defensivo exterior de la capital». A ello siguió otro informe: «Gatow, el último aeródromo de Berlín, está siendo bombardeado por la artillería rusa. Ya no es posible utilizarlo».

Krebs informó:

—Los tanques de los rusos han llegado a la carretera de Berlín a Nauen.

Entonces se supo la noticia:

—Los rusos han cerrado el cerco alrededor de Berlín.

El comunicado cayó como una bomba en el búnker. Incluso los más optimistas, los que habían confiado hasta el último momento en que saldrían de Berlín, se vinieron abajo. El piloto de Hitler, Baur, había rondado durante todo el día alrededor de las habitaciones de Hitler a la espera de la orden de llevarse a Hitler. Muy entrada la noche, abandonó el búnker del *Führer* y se retiró a sus propios aposentos, completamente abatido.

El 25 de abril la artillería rusa comenzó a hostigar a la capital desde las primeras horas de la mañana. Las granadas volvieron a caer en la cancillería del *Reich* y en los ministerios vecinos. En varios puntos se produjeron incendios. Grandes nubes de humo oscurecían el cielo. Hacia las nueve y media se recibió una comunicación radiofónica de Keitel en la que anunciaba que el ejército de Wenck se había puesto en movimiento. Sus avanzadillas habían alcanzado la localidad de Treuenbrietzen, a 40 kilómetros al oeste de Potsdam. La noticia corrió como un reguero de pólvora por todo el búnker: «¡Wenck está a punto de llegar, Wenck ha venido a liberarnos!». Los ánimos volvieron a levantarse. Y lo hicieron más aún cuando se supo que el ejército de Steiner, en el norte, junto a Oranienburg, había salido al combate con el objetivo de romper el asedio de Berlín.

Hacia las diez y media Krebs se presentó ante Hitler para rendir parte acerca de la situación. Hitler ya ni siquiera lo convocaba. Krebs se presentaba cuando le parecía, cuando tenía que comunicar alguna novedad. Los otros asistentes tampoco eran

llamados. No obstante, permanecían el día entero en el búnker y acudían a la sala de juntas cuando veían a Krebs con sus mapas dirigirse al encuentro de Hitler.

Cuando el *Führer* salió de su habitación y entró en el salón de reuniones, pudo encontrarse allí a Krebs, Bormann, Lorenz, Boldt, Loringhoven y Günsche. Algo más tarde también se presentó Goebbels, y a continuación llegaron Below, Hewel, Voss y Burgdorf. El informe era interrumpido una y otra vez, pero Hitler ya no tomaba nota. Se limitaba a levantar brevemente la mirada y volvía a clavar los ojos en la mesa. Krebs empleaba el plano urbano de Berlín como mapa de operaciones, desde que las tropas rusas habían alcanzado los suburbios de la ciudad. Aseguró que no tenía noticias recientes del ejército de Wenck, ni tampoco del ejército de Steiner, que había pasado al ataque aquella misma mañana. Los rusos estaban ejerciendo presión desde el sur, en dirección a Tempelhof, pero también desde el este y el norte. Los depósitos de municiones, que en su mayoría estaban emplazados en los suburbios de la ciudad, se daban por perdidos. La escasez de municiones, especialmente de granadas antitanque, ya se hacía notar.

Krebs continuó informando de los combates en Berlín y comentó que el comandante de la 18.^a división de infantería mecanizada se había disparado un tiro, al verse en una situación difícil combatiendo en la parte meridional de la capital.

—Los nervios han podido con él —comentó Burgdorf.

A lo que Hitler respondió:

—Por fin un general que tiene la valentía de sacar las conclusiones necesarias.

Pero esto era una excepción.^[447] Otros generales y muchos oficiales de las unidades que combatían en Berlín prefirieron ponerse ropa de civil y esconderse en casas particulares. Los comandos móviles de las SS y de las «Juventudes Hitlerianas» descubrieron a muchos de ellos y los fusilaron en el acto.

Hitler, al que la comunicación radiofónica de Keitel había animado algo al principio, volvió a desplomarse. Hablaba con una voz apenas audible. La atmósfera deprimida se contagió también al resto. De vez en cuando, reinaba un silencio sepulcral y todos miraban mudos el plano. Bormann no había dicho aún una sola palabra durante toda la reunión. Caminaba agitado de un extremo al otro de la mesa, salía de la estancia y volvía a entrar. También Goebbels había enmudecido casi por completo. Sólo preguntó por los kilómetros que podía recorrer el ejército de Wenck en una jomada y cuándo se le podía esperar en Berlín.

Hitler se retiró a su despacho tan pronto como Krebs hubo acabado su informe.

Los demás se fueron a sus respectivas habitaciones o se dirigieron al búnker viejo de Hitler.

Hacia las dos y media de la tarde, Bormann, Burgdorf y Krebs llegaron nerviosos al búnker de Hitler. De inmediato irrumpieron en la estancia, en la que justamente en ese momento entraba Hitler. Alterado, Krebs explicó a Hitler que a la altura de Torgau, junto al Elba, las tropas rusas se habían encontrado con las tropas americanas.

Bormann estalló:

—¡*Mein Führer*, ya es hora de que entre usted personalmente en contacto con los americanos!

Hitler movió la cabeza y respondió a Bormann:

—Ya no tengo autoridad para hacer eso. Tendrá que encargarse otro. En lo que concierne a mi persona, he de sacar las conclusiones que me corresponden.

Hitler abandonó la sala en silencio y cruzó el camino hacia su despacho. Bormann, Burgdorf y Krebs salieron del búnker de Hitler, moviendo la cabeza y encogiéndose de hombros. También ellos se dirigieron a sus aposentos.

Hitler hizo venir a Linge después de la comida del mediodía. Cuando éste entró, vio al *Führer* completamente descompuesto, con la cabeza gacha, junto al escritorio, sobre el que se apoyaba pesadamente con ambas manos.

—*Mein Führer*, ¿me ha llamado, usted? —preguntó y Hitler levantó cansadamente los ojos.

Tenía una expresión sombría y estupefacta. Su cara estaba demacrada y tenía un color céreo. Hitler murmuró:

—Linge, me gustaría dejarle ir con su familia...

Linge lo interrumpió:

—*Mein Führer*, permanecí junto a usted en los buenos tiempos y pienso permanecer también junto a usted en los tiempos difíciles.

Hitler se incorporó y lo miró fijamente, como si quisiera averiguar si estaba hablando realmente en serio. A continuación replicó:

—Linge, tengo una misión especial para usted.

La mirada de Hitler era la mirada de la muerte.

—Yo y la señorita Braun nos dispararemos un tiro en la entrada del búnker, en los jardines de la cancillería del *Reich*. No hay otra salida.

Linge quiso hacer alguna objeción, pero Hitler se le adelantó:

—Consiga gasolina para rociar nuestros cadáveres y quemarlos. Bajo ninguna circunstancia debe usted permitir que mi cadáver caiga en manos de los rusos. Estoy seguro de que les gustaría llevarme a Moscú y exhibirme en un gabinete de curiosidades. No quiero que suceda algo así —dijo con énfasis.

Linge sólo pudo responder que ejecutaría la orden dada por Hitler hasta el último detalle.

El *Führer* añadió:

—Destruya todo lo que encuentre en mis habitaciones. Nada aquí ha de recordar a mi persona. Aquel cuadro —señaló un retrato de su amado Federico II que colgaba por encima del escritorio—, sáquelo del marco y entrégueselo a Baur. Y que éste lo lleve a algún lugar seguro en Baviera.

Linge prometió a Hitler ejecutar todo tal como él lo había ordenado, con la ayuda del mayordomo de Hitler, el sargento mayor de las SS, el comandante de su guardia personal, el comandante de las SS Franz Schädle, y el jefe de la unidad policial, el teniente coronel de las SS Peter Högl.

Linge encargó a Kempka, el chófer de Hitler, traer 120 litros de gasolina. Se llenaron seis bidones, que se depositaron a la salida del búnker que daba al jardín. A continuación, Linge llamó a Krüger, Högl y Schädle, y los hizo partícipes del secreto. Los tres quedaban abrumados por la noticia. Pero, al igual que Linge, sabían que no se podía contradecir al *Führer*. Acordaron que Schädle y Linge incinerarían los cadáveres y que Högl y Krüger se encargarían de destruir los objetos personales de Hitler que se hallaban en sus habitaciones. Una vez repartidas las respectivas tareas, Linge pidió a Krüger una botella de aguardiente. Había que pasar el mal rato antes de

que éste se les atragantara.

Por la tarde, el teniente de navío Kuhlmann se presentó en la cancillería del *Reich* ante el vicealmirante Voss. Cumpliendo una petición de Dönitz, Kuhlmann había llegado de Flensburg con varios Ju-52 repletos de «pilotos suicidas» de la Marina de Guerra. Los aviones habían aterrizado a la caída de la tarde en el eje Este-Oeste, entre la Puerta de Brandemburgo y la *Siegessäule*, ya que el aeródromo de Gatow había sido ocupado por los rusos. El aterrizaje se había tenido que realizar bajo el fuego de la artillería rusa. El eje Este-Oeste estaba sembrado de cráteres causados por las granadas. Por esta razón más de un avión acabó destrozado después de haber tomado tierra. Entre los marinos hubo muchos muertos y heridos.^[448]

Voss llevó a Kuhlmann al búnker de Hitler y pidió a Linge que el *Führer* lo recibiera, teniendo en cuenta que éste había logrado llegar a Berlín en condiciones tan adversas. Hitler estaba en su dormitorio, tumbado sobre la cama. Linge le comunicó la petición de Voss. Hitler, sin embargo, la rechazó. Voss pidió a Hitler por segunda vez, y con insistencia, que recibiera a Kuhlmann, que había acudido a Berlín en defensa del *Führer*. Sólo entonces Hitler se dirigió a la antesala. Cuando Kuhlmann vio a Hitler, adoptó un porte militar, levantó el brazo y dio parte de la llegada de su unidad. Hitler le tendió una mano floja y le dijo que Kuhlmann sería asignado al grupo de batalla de Mohnke, encargado de defender el distrito gubernamental. A continuación volvió a desaparecer detrás de la puerta.

Antes de abandonar el búnker de Hitler, Kuhlmann también fue presentado brevemente a Goebbels. Kuhlmann se instaló junto a su unidad en los sótanos del Ministerio de Asuntos Exteriores, situado junto a la cancillería del *Reich*.

Aquella misma tarde, Linge recibió una llamada telefónica de Speer desde Hamburgo. Speer se interesaba por las intenciones de Hitler y Eva Braun. Cuando Linge le expuso que ambos se quedaban en Berlín, Speer respondió que «organizaría» varios *Fieseler-Storch* para enviarlos a Berlín y evacuar al menos a Eva Braun y a las secretarías de Hitler.

Durante toda la tarde y hasta muy entrada la noche se vio a Krebs y a sus ayudantes correr una y otra vez hacia Hitler para llevarle las últimas noticias. La situación en Berlín y sus alrededores se agravaba con cada hora que pasaba. El ataque del 3.^{er} ejército de Steiner había quedado atascado bajo las andanadas de la artillería soviética después de haber logrado algunos éxitos iniciales sin mayor relevancia. Unidades acorazadas rusas habían dejado a un lado Berlín para penetrar profundamente en dirección oeste, conquistando Rathenow. La guarnición de Potsdam, comandada por el general Reymann, había sido asediada y estaba librando una desesperada batalla defensiva. Asimismo ya se combatía en los distritos occidentales de Berlín, en Zehlendorf, Nikolasee y Dahlem. Las tropas rusas habían penetrado en Spandau y avanzaban asimismo a lo largo de la amplia carretera que

llevaba de Zossen a Berlín. Se acercaban ya a los grandes puentes del río Havel, junto a Pichelsdorf. Para defender estos puentes se envió a varios pelotones de las «Juventudes Hitlerianas» al mando de Axmann.

Los ánimos volvieron a desplomarse al empeorar cada vez más la situación en Berlín. En el búnker antiguo se formaban por todas partes pequeños grupos desperdigados. Se bebía aguardiente y se discutía a gritos sobre la posibilidad de frenar a los rusos. Otros hablaban en voz baja e intentaban calcular hasta cuándo podría resistir Berlín y si aún existía alguna posibilidad de abandonar la ciudad.

La inquietud y el nerviosismo de Hitler adquirieron dimensiones amenazadoras. Por las mañanas ya no era necesario despertarlo. Atormentado por sus preocupaciones, se despertaba muy temprano. Además, los impactos sobre el búnker no le dejaban dormir. Hitler vagaba por las estancias del búnker arrastrando los pies después de que Stumpfegger le hubiera proporcionado su inyección y que Linge le hubiera puesto sus gotas. Hitler había encanecido aún más. Parecía un anciano, casi un cadáver andante. Ya no podía permanecer quieto en ningún sitio. Apenas había tomado asiento en la centralita y ya se levantaba para acudir a la sala de máquinas, donde estaban las instalaciones de la ventilación. Nunca se le había visto en aquellas estancias. O bien se arrastraba hasta la caja en la que descansaba *Blondi*, buscaba a su amado *Wolf* e intentaba jugar con él en el pasillo. Hablaba muy poco.

Después de la comida del mediodía, se sentaba sobre el banco acolchado de la antesala del salón de reuniones. En esos momentos lo acompañaban Bormann, Burgdorf, Fegelein, la señora Christian, la señorita Krüger y Eva Braun, que aquellos días bebía grandes cantidades de coñac. Apenas se la oía reír. En las conversaciones, que en la mayoría de los casos iniciaban Bormann, Fegelein o la señora Christian, Eva Braun sólo participaba cuando ya estaba embriagada de aguardiente. Los otros bebían champán, coñac y aguardiente, todo revuelto, sin hacer caso de la presencia de Hitler. Bormann, Burgdorf y Fegelein se repantigaban libremente en los sillones. Sus conversaciones giraban por lo general en torno a la lujosa vida y a los alegres momentos del pasado. Intentaban incorporar a Hitler en aquellas charlas, pero éste seguía sentado allí, apático, con la mirada fija, pasaba la mano por encima de *Wolf* o lo cubría con caricias histéricas.

Durante el té nocturno, al cual asistían Eva Braun, las secretarias Christian y Junge, a veces también su dietista y cocinera Manziarly y la secretaria de Bormann, Else Krüger, Hitler ya sólo hablaba de cuál era la mejor manera de quitarse la vida. También pintaba con los colores más siniestros lo que les sucedería a los demás si caían en manos de los rusos. Con todo detalle discutía si era mejor pegarse un tiro, tomar veneno o cortarse las venas. Estos coloquios nocturnos podían prolongarse hasta las seis o las siete de la mañana y poco a poco llevaron a las secretarias a un estado de verdadera histeria.

La señora Christian, después de tomar el té con Hitler, se presentó en la centralita telefónica, donde estaban sentados los oficiales de las SS de Hitler, y tomó un trago de champán. Una mañana, Linge apareció allí y la señora Christian le lanzó su copa de champán. Más tarde se disculpó y explicó que sus nervios ya no soportaban aquellas maquinaciones de Hitler sobre las diferentes maneras de suicidarse. También el ánimo de los soldados de las SS comenzó a deteriorarse. Intentaron aturdirse bebiendo grandes cantidades de aguardiente y champán. La única esperanza que quedaba era el ejército de Wenck.

Durante la noche del 25 al 26 de abril, los rusos cortaron la última línea telefónica subterránea que unía Berlín con el mundo exterior. Ahora sólo se disponía de comunicación por radio, mantenida por dos aparatos de 100 vatios cada uno. Pero tampoco representaban una gran ayuda, ya que las antenas eran continuamente dañadas por el impacto de las granadas.

El 26 de abril, hacia las siete de la mañana, la artillería rusa castigó el distrito gubernamental con una tormenta de fuego. La cancillería del *Reich* y el búnker de Hitler recibieron una lluvia de proyectiles de gran calibre. La cobertura del pasillo subterráneo que unía la nueva cancillería con el búnker fue perforada en varios puntos. En el suelo del pasillo se formaron grandes charcos sobre los que hubo que colocar tablas de madera. Había que cruzarlos guardando el equilibrio para no caer. A través de los agujeros en el techo se podían ver negras columnas de humo y el fuego que quemaba el techo de la cancillería del *Reich*. La luz mortecina que entraba producía una atmósfera amenazante en el pasillo.

El fuego de la artillería remitió algo hacia las nueve. Günsche se instaló en la centralita. Al poco rato también se presentó Goebbels. En su cara lívida, de color ceniciento, se veían manchas rojas y sus ojos brillaban como los de un animal acosado. Daba la impresión de ser aún más pequeño, enjuto y frágil que de costumbre. Al instante comenzó a hablar sobre la situación en Berlín. Le preguntó a Günsche cómo estimaba él la situación, cuánto tiempo se podría mantener Berlín, si Wenck lograría avanzar hasta la capital, si éste no llegaba ya demasiado tarde. Goebbels ya había planteado estas preguntas en un sinfín de ocasiones a lo largo de los dos días anteriores. Su miedo al final inminente era manifiesto. Con furia echaba pestes de los jefes del Partido nacionalsocialista que habían abandonado a Hitler a su destino:

—Si alguna vez logramos salir de aquí, voy a realizar una limpieza del partido como corresponde. Muchos altos funcionarios se han comportado como unos canallas y unos cobardes.

Goebbels continuó diciendo, dirigiéndose a Günsche, que ya hacía tiempo que la

dirección nazi se había desmoronado y burocratizado, sobre todo desde que había comenzado la guerra. Sus más altos funcionarios se escondían de la guerra en sus haciendas, se iban de caza y llevaban una existencia de parásitos. ¿Cómo pudo Hitler apoyarse en personajes como Ley o los *Gauleiter* Streicher, Koch y Wächtler? Ellos y muchos otros habían causado un gran daño al partido y lo habían arruinado. En la hora más dura de Hitler, éstos mostraban su verdadera faz. Todos lo abandonaban: Göring, Himmler, Ribbentrop, Rosenberg, Ley y Funk.

A las diez de la mañana llegó Krebs para rendir parte. Sólo quedaban Goebbels, Burgdorf, Lorenz, Günsche y Zander. Krebs no pudo dar noticias del ejército de Wenck ni del ataque frustrado de Steiner, dado que las líneas telefónicas habían sido cortadas y las antenas radiofónicas habían sido dañadas por el fuego de artillería y aún no las habían reparado. Krebs explicó que los combates en Berlín habían remitido algo durante la noche, pero que se habían reanudado con renovada vehemencia desde las primeras horas del alba. Los rusos habían penetrado otra vez en las posiciones alemanas. En la parte occidental de Berlín ya habían llegado a los barrios de Zehlendorf-Mitte y Dahlem. Los carros de combate rusos habían alcanzado el Lichterfelde. En los barrios del noreste de Berlín, a ambos lados de la *Frankfurter Allee*, los rusos habían avanzado hasta llegar a la *Alexanderplatz*, y se acercaban peligrosamente al centro de la ciudad.

Estas noticias tuvieron un efecto terrible sobre Hitler. Por momentos, su mirada erraba sin meta, mientras Krebs proseguía su informe.

Hacia las dos del mediodía, el jefe de servicio del batallón de transmisiones de la cancillería del *Reich*, el sargento primero Adam (el mismo que el día del atentado contra Hitler, el 20 de julio de 1944, había sido el primero en denunciar a Stauffenberg), entregó a Günsche un mensaje radiotelegráfico para Hitler. Venía de Göring, del Obersalzberg. El mensaje había tenido que dar un rodeo por varias unidades de la aviación porque ya no existía ninguna línea directa que comunicara con Berlín.

El contenido del mensaje era más o menos el siguiente:

«*Mein Führer*, considerando que el cerco de Berlín no le permite estar en condiciones de ejercer todo el poder y que su margen de actuación es limitado, opino que ha llegado el momento de que yo asuma como su sucesor la responsabilidad de liderar el *Reich* alemán en los asuntos interiores y exteriores, en virtud de la resolución aprobada por el *Reichstag* el 1 de septiembre del año 1939. Si a las 22 horas del día de hoy, es decir, el 26 de abril de 1945, no he recibido una respuesta negativa de su parte, consideraré que da su consentimiento a mi proceder».^[449]

Günsche entró directamente y sin previo anuncio en el despacho de Hitler para llevarle el mensaje de Göring. Hitler estaba sentado junto a Eva Braun en el sofá que se hallaba frente a la puerta. Cuando Günsche le dijo que tenía que hablar

urgentemente con él, Hitler le dirigió una mirada desconfiada. Hizo un gesto con la cabeza a Eva Braun y ésta abandonó la estancia. A una señal de Hitler, Günsche leyó el texto en voz alta. Pero aún no había acabado con la primera frase, cuando Hitler se abalanzó sobre él y le arrancó el mensaje. Con manos temblorosas se puso las gafas. Su cara se hinchó y se puso roja.

—¡Oh, este Göring! —gimió—, ¡la responsabilidad en el interior y en el exterior! ¡Plantearme un ultimátum, a mí!

Hitler arrugó el mensaje, se sentó pesadamente y entre gemidos se tapó la cara con ambas manos. Un minuto más tarde comenzó a vociferar:

—¡Llame de inmediato a Göring! ¡Tome nota! —Hitler comenzó a dictar con voz entrecortada—: Dispongo como siempre de todo el poder y no me siento en absoluto limitado en mi margen de acción. Le prohíbo toda actuación por cuenta propia. Adolf Hitler.^[450] A continuación enmudeció y miró fijamente al frente.

Günsche le dijo a Hitler que él y otros hacía tiempo que sospechaban de Göring. Le recordó la carta que le había enviado tiempo atrás el jefe superior administrativo de zona Petter en relación con Göring. Hitler ordenó agitado:

—Ahora mismo, que venga Bormann.

Günsche abandonó el despacho y dio parte a Bormann del mensaje radiotelegráfico de Göring. Bormann entró en el despacho de Hitler. Günsche se dirigió a la habitación que albergaba la estación de radio y ordenó que se enviara de inmediato el mensaje de Hitler a Göring.

Linge estaba en la antesala cuando Bormann, rojo como un cangrejo, se precipitó por delante de él hacia el despacho de Hitler.

—Ese canalla de Göring —murmuró mientras caminaba.

Bormann atizó aún más la cólera de Hitler y la llevó hasta la incandescencia.

—¡Göring, ese cerdo, sabe perfectamente que no hay modo de que llegue alguna respuesta antes de las diez de la noche! —gritó.

Hitler deliraba de furia. Golpeando con los puños sobre la mesa aullaba:

—¡Bormann, transmítale a la Policía Criminal del Obersalzberg la orden de detener en el acto a Göring! ¡Envíe el mensaje ahora mismo! ¡Si trata de huir, que se le ejecute en el acto!

Bormann salió corriendo. En el instante de pasar por delante de Linge le gritó al oficial de la guardia personal que estaba de servicio que le enviara inmediatamente a Högl. A continuación fue al encuentro de Goebbels. Cuando Högl se presentó en el búnker, Bormann se dirigió con él a la estación de radio para enviar el mensaje de Hitler. La detención de Göring fue encomendada a Frank, el teniente coronel de las SS y comandante del Obersalzberg.

Hitler salió de su despacho para reunirse con Goebbels en cuanto Bormann hubo abandonado el búnker. Goebbels se dirigía en ese preciso momento al encuentro de Hitler por lo que ambos coincidieron en la antesala del salón de reuniones. Goebbels se acercó cojeando a Hitler y le dijo con voz monótona, a pesar de que también él hervía de rabia:

—Esta puñalada, *mein Führer*, se la clava Göring, al que usted había considerado uno de los más leales.

Hitler se dirigió con Goebbels al salón de reuniones, donde ambos permanecieron a solas por un largo rato.

Al poco salió Eva Braun de su habitación y se acercó a la antesala a la que había vuelto Günsche. Ella no sabía nada de los últimos acontecimientos y preguntó a Günsche acerca de lo sucedido. Günsche la informó del mensaje de Göring. Eva Braun comentó que ya había tenido un presentimiento extraño el 20 de abril, el día que Göring partió de Berlín. Ella había hablado con Hitler sobre el asunto:

—Ese renegado de Göring había abandonado entonces al *Führer* porque su intención era traicionarlo. Pobre *Führer*...

En el búnker se debatió con gran irritación la acción de Göring. Pero, poco después, el continuo avance de los rusos volvió a reclamar toda la atención.

El búnker de la nueva cancillería del *Reich* albergaba algunas unidades militares que, presionadas por los rusos, habían retrocedido hacia el centro de Berlín. Junto a las tropas se habían instalado también unos grupos de la Liga de Muchachas Alemanas (*Bund Deutscher Mädchen*) nacionalsocialistas.

Por la tarde Hitler mandó llamar a Linge. Cuando entró en el despacho, encontró

a Hitler y a Eva Braun sentados a la mesa. Articulando con dificultad las palabras, Hitler dijo que Eva Braun había visto en el búnker a muchachas desconocidas. Linge explicó que aquellas jóvenes pertenecían a la Liga de Muchachas Alemanas que habían huido de los rusos. Sus papeles habían sido revisados y se las empleaba en el antiguo búnker para labores diversas. Eva Braun comentó que las había visto en el búnker de Hitler. Linge respondió que las muchachas seguramente habían venido por curiosidad, porque querían ver al *Führer*. Entonces Hitler exclamó:

—Los rusos harán cualquier cosa para capturarme vivo. Utilizarán todos los medios para lograr su objetivo. También pueden disfrazar a muchachas con el uniforme de la *Liga de Muchachas Alemanas* y darles un carnet, para que ellas me adormezcan con alguna sustancia química.

Hitler ordenó a Linge que echara a todas esas jóvenes del búnker.

La misma tarde aterrizó en el eje Este-Oeste el general de aviación, Robert von Greim, a bordo de su *Fieseler-Storch*. Hitler le había ordenado presentarse mediante un mensaje radiotelegráfico, con el fin de nombrarlo comandante en jefe de la *Luftwaffe* en lugar de Göring. El avión era pilotado por la aviadora Hanna Reitsch. El aterrizaje junto a la Puerta de Brandemburgo se realizó bajo un intenso fuego de la artillería rusa. A causa de ello, Greim fue herido de bastante gravedad en una pierna. Se le llevó a la enfermería del búnker, donde fue operado y donde se le puso un vendaje de yeso. Hacia las ocho lo condujeron en camilla al salón de reuniones, donde lo esperaba Hitler. Junto a la camilla iba Hanna Reitsch, una persona sencilla y delgada, que lucía la cruz de hierro de primera clase sobre su vestido azul marino. Una vez depositada la camilla de Greim, Hitler los saludó a ambos, se acercó una silla y pidió que se le dejara a solas con él. Durante la conversación, Hitler transfirió al general el cargo de Göring y lo ascendió al grado de mariscal de campo.

Ya en el otoño de 1944, mientras Hitler aún permanecía en la «Guarida del Lobo», se había designado a Greim comandante en jefe de la *Luftwaffe* en lugar de Göring. En aquellos días, el general de división de la aviación Peltz, el hombre que estaba al frente de las escuadrillas de bombarderos en el frente occidental, había pedido la destitución de Göring invocando su incompetencia. Lo mismo había hecho el teniente coronel Baumbach, uno de los pilotos de bombarderos más reconocidos del arma aérea. La propuesta había sido apoyada por el ayudante de Hitler de la *Luftwaffe*, Below, y por el anterior ayudante de Göring, el teniente coronel del estado mayor general, Boehm-Tettelbach. Este último era el consejero de la *Luftwaffe* en el alto mando de la *Wehrmacht*. En aquel momento, Hitler no se había decidido a dar el paso.

Greim permaneció en la enfermería del búnker de Hitler después de la entrevista.

Hanna Reitsch, su compañera sentimental desde hacía muchos años, estaba a su lado. Desde su lecho, Greim hizo enviar mensajes radiotelegráficos en todas las direcciones y tocó todos los resortes para movilizar los últimos restos de la *Luftwaffe* para la batalla de Berlín. Al anochecer, Hanna Reitsch entonó junto a los hijos de Goebbels canciones infantiles y de cuna junto a la cama del herido.

El 27 de abril, Greim tenía que volar a Rechlin, en el norte de Alemania, para supervisar personalmente la concentración de las fuerzas de la *Luftwaffe* para la batalla de Berlín. Pero el intento de Hanna Reitsch de despegar junto al piloto fracasó debido al intenso bombardeo del eje este-oeste por parte del Ejército Rojo. Hasta el 28 de abril no pudieron despegar y abandonar juntos Berlín.

Hanna Reitsch era la única mujer alemana que había recibido la cruz de hierro de primera clase. Servía en la *Luftwaffe* como instructora y piloto de pruebas. Se ganó una gran fama durante la guerra cuando, a los mandos de un avión a cuyo morro se había ensamblado unos filos cortantes, había roto los cables que sujetaban los globos aerostáticos que servían de observatorio.^[451] Hanna Reitsch era una nacionalsocialista leal, muy apreciada por Hitler, cuya compañía había compartido en diversas ocasiones. La última vez había sido en 1944, cuando visitó a Hitler en el Obersalzberg. A la hora del café, que tomó en compañía de Hitler y Below, la conversación desembocó en Churchill. Hanna Reitsch propuso atentar contra el dirigente británico, en el que ella misma quería participar. Hitler había respondido entre risas:

—No creo que Churchill esté peor protegido que yo.

A medida que los rusos se acercaban a la cancillería del *Reich*, crecía el nerviosismo de Hitler. En ocasiones daba la sensación de estar perdiendo el juicio. Hacia las nueve de la noche hizo llamar a Günsche y se le echó encima:

—¿Dónde están sus tropas?

—¿Qué tropas, *mein Führer*?

Hitler vociferó:

—¡Sus tropas, sus seis mil u ocho mil soldados de las SS!

Günsche respondió que él no disponía de esas tropas, que la defensa del distrito gubernamental la dirigía Mohnke, cuyas tropas de combate contaban con sólo cuatro

mil hombres. Pero Hitler continuó con su delirio:

—¡Guarde usted silencio! ¡Todos me están engañando! ¡Nadie me dice la verdad!

Cuando Günsche abandonó el despacho, le siguió Bormann, que había estado presente en la conversación, y le gritó asimismo:

—¿Cómo se atreve usted a engañar al *Führer*?

También éste parecía estar perdiendo poco a poco el dominio de sí mismo. Günsche le contestó:

—*Reichsleiter*, yo sé lo que le he dicho al *Führer*. ¿Qué quiere decir usted con «engañar»?

Pero Bormann sólo replicó apocado:

—Discúlpeme. Aquí es fácil perder los nervios.

Hacia las once de la noche se presentó en el búnker el general Weidling, el comandante del LVIII cuerpo acorazado. Günsche lo guió hasta Hitler, que lo esperaba en la sala de juntas. Días atrás, Weidling y los restos de su unidad habían sido empujados hacia Berlín por los rusos tras sufrir numerosas bajas. Toda su artillería y los demás equipos se habían perdido.

Dado que el comandante de la ciudad de Berlín había sido gravemente herido el 25 de abril y que no había todavía un sucesor, Burgdorf propuso nombrar a Weidling. ^[452] En la sala de juntas se hallaban, además de Hitler, Goebbels, Bormann, Krebs y Burgdorf cuando Günsche entró con Weidling, cuya cara reflejó enseguida el escaso entusiasmo que le producía asumir el mando de Berlín en aquella situación desesperada. Weidling declaró que era consciente de la gravedad de la tarea y que asumía la responsabilidad con la condición de que sólo él daría órdenes a la guarnición y que nadie se entrometería en sus asuntos. Hitler se lo prometió, pero intervino sin consideración alguna en sus competencias cuando Weidling apenas llevaba dos horas en su puesto de mando en la *Bendlerstraße*. Esto sucedió de la siguiente manera: hacia la una y media de la madrugada apareció en el búnker el comandante de uno de los distritos de Berlín, el teniente coronel Bärenfänger, cuyas tropas luchaban en la *Alexanderplatz* y en la *Frankfurter Allee*. Respondía a una

invitación de Goebbels, y fue recibido por Hitler en presencia de éste y de Günsche. Su uniforme estaba cubierto de aceite y suciedad. Estaba sin afeitarse y negro por el hollín. Venía directamente del campo de batalla, de su puesto de combate en el túnel del metro de la *Alexanderplatz*.

Bärenfänger relató a Hitler las feroces escaramuzas que se estaban desarrollando en las calles de Berlín. Los combates se desplazaban cada vez más hacia los sótanos y los túneles del metro. Las escenas que se podían presenciar allí eran horribles, porque una parte importante de la población civil había buscado refugio en aquellos lugares.

Hitler interrumpió a Bärenfänger y le preguntó si se estaba empleando gas detonante en los túneles del metro y en los otros conductos subterráneos. El empleo de gas detonante contra la población había dado excelentes resultados cuando se aplastó el levantamiento de Varsovia, en el curso del cual se había luchado sobre todo en los sótanos.^[453] Los efectos habían sido extremadamente devastadores. Bärenfänger respondió que no disponía de aquel armamento. Además, se quejó de su superior inmediato, un general de división, que le había dado la estúpida orden de atenerse a las reglas de la guerra. Al escuchar estas palabras, Goebbels exclamó:

—*Mein Führer!* ¡Tiene que deponer de inmediato a ese general!^[454]

—¡Está depuesto! Y usted, Bärenfänger, ocupará su lugar. ¡Lo asciendo a general de división! —declaró Hitler.

Luego estrechó la mano del joven oficial al que acababa de promover y se retiró a su despacho. Allí tomó el té con Eva Braun y las secretarias; también volvió a deliberar sobre la mejor manera de suicidarse.

Fegelein volvió aquel día de su visita al ejército de Steiner. Con un *Fieseler-Storch* aterrizó en el eje este-oeste. Informó a Hitler de que el ataque del 3.^{er} ejército de Steiner había fracasado definitivamente. En su parte resaltó que personalmente lo había intentado todo para que el ataque tuviera éxito, y que también Steiner había hecho lo humanamente posible. Hitler no dejó que Fegelein acabara de hablar y gruñó:

—Steiner no quiere atacar. Ésa es la cuestión.

Después de transmitir el parte a Hitler, Fegelein le confió a Günsche, que a la vuelta de su visita a Steiner había visitado a Himmler, cuyo tren especial aún seguía al oeste de Hohenlychen, en Mecklemburgo y se había entrevistado con él. Con la promesa de guardar el secreto, Fegelein le comunicó a Günsche que el ataque del

ejército de Steiner había sido impedido por Himmler. Con esta medida, quería lograr que Hitler abandonara la esperanza de que el cerco a Berlín aún podía ser roto y se decidiera a dejar por fin la capital. El general de las SS Steiner gozaba desde hacía tiempo de la protección de Himmler y le era sumiso. Günse ocultó a Hitler lo que Fegelein le había comunicado, porque él mismo no deseaba otra cosa con mayor ansiedad que Hitler abandonase Berlín.

Pero Fegelein había mentido a Günse. El verdadero motivo por el que Himmler había impedido el ataque del ejército de Steiner se hizo manifiesto al día siguiente.

En la mañana del 27 de abril, la cancillería del *Reich* fue otra vez objeto de intensos bombardeos. Los obuses estallaron uno tras otro sobre el techo del búnker. Después de los primeros impactos, Hitler pulsó el timbre para llamar a Linge. Éste se encontró a Hitler vestido en el despacho. Al zumbido acostumbrado de los ventiladores se había sumado otro ruido nuevo. Hitler miró a Linge con irritación y le preguntó qué significaba aquel ruido. El mecánico Hans Hentschel explicó a Linge que los fuegos que ardían en los jardines habían reforzado las corrientes de aire, lo que daba origen a esos ruidos en los ventiladores. Los barracones de los chóferes y los ordenanzas estaban ardiendo. Estas construcciones se habían levantado en los jardines cuando el cuartel general fue trasladado a la cancillería del *Reich*.

Cuando la lluvia de bombas remitió, Hitler le dijo a Linge que quería salir a los jardines para ver el aspecto que tenían ahora. Con paso lento, la mano fuertemente agarrada al pasamanos, Hitler se arrastró escaleras arriba, hacia la salida de emergencia. Linge se mantenía cerca, tras él, porque temía que, muy debilitado últimamente, pudiera caer de espaldas. Llegados a los últimos peldaños, Linge pasó delante de Hitler para abrir la puerta acorazada que daba a los jardines. En ese momento explotó una granada justo en los aledaños del búnker. Cuando Linge se volvió hacia donde había estado Hitler, éste ya había dado media vuelta e intentaba regresar lo más rápidamente posible a sus habitaciones. Una vez allí, cayó sin fuerzas en un asiento. En sus ojos se leía el miedo puro. Respirando con dificultad le dijo a Linge:

—He cambiado de idea. Yo y la señorita Braun nos pegaremos un tiro en el búnker, no en los jardines. Prepare usted unas mantas para envolver nuestros cadáveres, llevarlos a los jardines y quemarlos allí.

Acto seguido, Linge dispuso unas mantas en la antesala y en el dormitorio de Hitler.

Entre las diez y las once se recibió un mensaje de Wenck. El general comunicaba que las unidades avanzadas de su ejército habían alcanzado Ferch, junto al Schwielowsee, a unos diez o doce kilómetros al oeste de Potsdam. La noticia corrió

como un reguero de pólvora por el búnker. En todas partes se podían escuchar risas y voces alegres. Se sacaron mapas y planos urbanos de Berlín para averiguar la distancia que separaba Potsdam de la capital del *Reich*. La gente se daba amistosas palmadas en los hombros. Todos esperaban que el ejército de Wenck se uniera al mediodía en Potsdam con el cuerpo de ejército de Reymann. De allí a Berlín había 20 kilómetros.

Cada uno decía lo que el resto quería oír, como suele suceder en situaciones semejantes:

—Wenck estará en Berlín al atardecer.

Se hacían apuestas sobre si Wenck llegaría a la cancillería del *Reich* antes del anochecer. En esta ocasión el aguardiente corrió con alegría.

Goebbels salió del despacho de Hitler y se dirigió a toda prisa a su estancia, donde lo aguardaba Naumann:

—El ejército de Wenck se acerca y nos liberará. ¡Tengo que anunciar esto a todo el mundo! —le gritó Goebbels a Naumann, y comenzó a redactar de inmediato el texto para una octavilla.

El periódico *Der Bär* ya no se publicaba. La octavilla tenía que reproducir de manera literal el mensaje de Wenck y se acompañaría de su firma. Todo iría adornado con los «añadidos» de Goebbels. Con palabras mendaces y vacías exhortaba a los habitantes de Berlín a resistir. Goebbels escribía que el ejército de Wenck ya estaba a las puertas de la ciudad. Se acercaba la hora de la liberación de la capital del *Reich*.

Llenos de impaciencia, los habitantes del búnker, entre ellos el propio Hitler, se dispusieron a esperar nuevas noticias de Wenck. Hitler iba de un lado a otro y ordenaba cada par de minutos que se preguntara a Krebs la situación del ejército de Wenck. En la antesala se sentaban en aquellos momentos Below, Günse y Johannmeyer, intentando valorar la situación de una manera sobria.

En el frente oriental los rusos habían infligido a las tropas alemanas una derrota tras otra. A pesar de haber concentrado allí unas enormes reservas y casi la totalidad de los efectivos germanos, a pesar de haber levantado imponentes dispositivos defensivos a lo largo del Dniéper, junto al Vístula, en las fronteras de Prusia Oriental, a lo largo de los ríos Narew y Oder, a pesar de todo ello, las embestidas de los rusos obligaron a las tropas alemanas a retroceder cada vez más hacia el oeste. ¡Y ahora se pretendía que el ejército de Wenck detuviera aquel alud!

Sólo se pudieron recibir informes fragmentarios de Wenck, porque aquel día las comunicaciones radiotelefónicas se interrumpían una y otra vez. Hasta el atardecer no

se aclaró algo la situación. El ataque de Wenck se había encallado. Su ejército estaba detenido al noroeste de Potsdam.

El Ejército Rojo estaba atacando al ejército de Wenck, avanzaba desde el área de Michendorf y Beelitz contra sus flancos, lo obligaban a adoptar posiciones defensivas y en algunos sectores habían logrado hacerlo retroceder.

A las doce y media del mediodía se congregaron en el salón de reuniones Krebs, Burgdorf, Weidling, Johannmeyer, Loringhoven y Günsche. Minutos después se presentó Hitler, seguido de Bormann. Todos los días decaía más. Al caminar ya sólo movía las piernas haciendo un gran esfuerzo. Ni tan sólo advertía ya que se fumaba en su presencia. Su apretón de mano era flácido. Mientras el dictador tomaba asiento, llegaron Lorenz y, tras él, Goebbels y Naumann, que ahora también asistían a las conferencias informativas.

Krebs no podía aportar novedades acerca de Wenck. Pidió la autorización de Hitler para que el 9.º ejército de Busse, envuelto al oeste de Frankfurt del Oder en fuertes combates defensivos contra los rusos, avanzara hacia Berlín. En lugar de ello, Hitler dio la orden de que el 9.º ejército se uniera al ejército de Wenck para romper conjuntamente el cerco alrededor de Berlín. Los presentes intercambiaron miradas de sorpresa. ¡El 9.º ejército, que llevaba cercado por las tropas rusas más de una semana y que no había recibido ningún tipo de suministro, debía avanzar hacia el ejército de Wenck! Si los soldados aún estaban en condiciones de salir del asedio, sería al precio de abandonar todo el utillaje pesado y sus equipos, con lo que su valor militar se reducía a cero. ¡Y con estos soldados quería Hitler reforzar el ataque del ejército de Wenck!

A Weidling le llegó el turno después de Krebs. Explicó la desesperada situación de la ciudad de Berlín. Las tropas rusas ocupaban ya las afueras y todos los suburbios de la capital. La defensa exterior había sido empujada en muchos enclaves hacia el anillo defensivo interior.

Como parte de los preparativos para la defensa se habían instalado dos anillos defensivos. El exterior transcurría por la periferia urbana y el interior rodeaba el centro de la ciudad. Se habían emplazado posiciones artilleras fuertemente fortificadas en el *Tiergarten*, en el Humboldthain y en el Friedrichshain. Además, se habían colocado baterías antiaéreas en la torre Schell, junto al Tirpitzufer. Éstas desempeñaban un importante papel en la defensa del anillo defensivo interior y se utilizaban exclusivamente en los combates terrestres.

Weidling informó además de que en el noreste de la ciudad las tropas rusas habían avanzado hasta llegar a la *Alexanderplatz*. En el norte habían avanzado hasta la estación de cercanías de Wedding y en el oeste habían ocupado Lichterfelde y Zehlendorf, para dirigirse luego hacia los barrios de Steglitz, Wilmersdorf, Friedenau y Halensee. A continuación Weidling relató la ferocidad de los combates que se

estaban produciendo en Berlín. En el cielo de la capital, en las calles, en los túneles del metro y en los sótanos de las casas se desarrollaba una lucha salvaje. Soldados, policías, *Volkssturm*, «Juventudes Hitlerianas», todo era lanzado a la batalla. Como los enfrentamientos ya habían llegado al centro de la ciudad, las tropas rusas tenían la posibilidad de penetrar en los túneles del metro para poder atacar a las unidades alemanas por la espalda. Se producían de este modo situaciones ciertamente críticas.

Hitler, que había estado escuchando el informe de Weidling en calma, ordenó con aire impasible que se abrieran las compuertas del río Spree y se inundaran los túneles del metro con el fin de hacerlos intransitables. Se le objetó a Hitler que en los túneles había miles de berlineses y soldados heridos que habían encontrado allí refugio y que éstos se ahogarían si se abrían las compuertas. Esto no impresionó a Hitler en absoluto.^[455]

Hitler mandó llamar a Mohnke después de que Weidling se hubiera marchado. El anillo defensivo alrededor del distrito gubernamental, encargado a las tropas de combate de Mohnke, estaba siendo hostigado por los blindados rusos en varios puntos. Los rusos empujaban sobre todo hacia los puentes que cruzaban el Spree, en el *Tirpitzufer* y en la *Potsdamer Straße*, junto a la *Hallesche Tor* y el *Lustgarten*. Hitler ordenó a Mohnke que hiciera volar los puentes sobre el río Spree.

Axmann se presentó ante Hitler después del almuerzo. Los rusos habían cercado las unidades de las «Juventudes Hitlerianas» que luchaban en los puentes de Pichelsdorf a ambos lados de la *Heerstraße*, y junto al estadio olímpico. Por este motivo Axmann, que visitaba a Hitler todos los días, se había instalado en el búnker de la cancillería del partido en la *Wilhelmstraße*. En esta ocasión trajo consigo a un muchacho enjuto de 13 años y explicó a Hitler que el pequeño había abatido un blindado T-34 ruso con un *bazuca* en una emboscada. El muchacho llevaba un uniforme del *Afrika-Korps* alemán que le iba demasiado grande. Hitler lo recibió como a un general con méritos y le colocó con gesto ampuloso la cruz de hierro sobre el pecho. Axmann exclamó con tono patético:

—¡*Mein Führer*, puede usted confiar en sus muchachos!

Hitler saludó alzando el brazo y envió a aquella criatura, casi un niño, de vuelta al infierno del campo de batalla, donde se esperaba que siguiera luchando con la misma bravura. A continuación, Hitler volvió arrastrando los pies a su habitación.

Hacia las nueve Weidling se presentó de nuevo para informar acerca de la situación en Berlín. En la antesala explicó a Burgdorf, Krebs, Johannmeyer y Günsche que para llegar desde su puesto de mando en la *Bendlerstraße* a la cancillería del *Reich* había tardado una media hora en coche, para un trayecto que normalmente se cubría en tres o cuatro minutos. Las calles estaban cubiertas de

ruinas y sembradas de cráteres causados por las bombas. De las alturas colgaban los cables del tranvía.

A este cuadro había que añadir el fuego continuo de la artillería rusa y los ataques de los bombarderos.

Hitler apareció en la antesala, apretando los labios. Le siguieron Bormann y Goebbels. El *Führer* saludó a Weidling y entró en la sala de juntas. Algo más tarde aparecieron Naumann, Axmann y el *Gauleiter* adjunto de Berlín, Schach, quienes también participaron en los encuentros de los últimos días. En esta ocasión sólo informó Weidling. Nuevamente dio parte de los fuertes combates que se libraban en todos los distritos de Berlín. Seguidamente, describió la horrible situación de los habitantes de la ciudad. Los berlineses no se podían mover de los sótanos y las estaciones de metro desde hacía una semana. La población no tenía ni agua ni comida. Las enfermerías y los hospitales estaban colapsados con miles de militares y civiles. Sólo había víveres para uno o dos días, ya que los rusos habían ocupado tanto el muelle oriental como el occidental del río Spree, los puertos donde se hallaban los más importantes depósitos de alimentos destinados a la población.

Krebs comunicó que los rusos habían rechazado definitivamente el ataque del ejército de Wenck. Ya no cabía confiar en un rescate de la ciudad. La caída de Berlín era, por lo tanto, sólo una cuestión de días. Weidling rogó a Hitler que se decidiera a romper el cerco con los restos de la guarnición de Berlín hacia el sudoeste, en dirección a Potsdam, donde estaba el ejército de Wenck.

—*Mein Führer*, le prometo que lo sacaré de Berlín sano y salvo. ¡De esta manera podríamos evitar que la población de la capital del *Reich* sea aniquilada!

En la estancia se hizo un silencio sepulcral. Todos miraban llenos de esperanza a Hitler, quien, sin embargo, se limitó a mascullar entre dientes:

—¡No!

Weidling intentó por segunda vez convencer a Hitler, explicándole su plan para romper el cerco. Propuso sentar a Hitler en un blindado pesado del tipo *Tiger*, que, acompañado por otros carros de combate, lo sacaría de Berlín. Pero Hitler le respondió:

—Weidling, mi decisión es firme. Me quedo en Berlín.

Dicho esto, abandonó la estancia.

Aquella tarde dos ordenanzas de las SS contrajeron sendos matrimonios en el viejo búnker. Estas bodas se celebraron hacia las siete de la tarde en la sala de estar del viejo búnker, donde estaba instalada la guardia personal de Hitler. Las ceremonias fueron oficiadas por el secretario de Estado del Ministerio de Propaganda, el general de brigada Werner Naumann. Linge y Schädle hicieron de testigos. Ambos llevaban el casco de acero y la pistola al cinto. Como invitados a la boda asistían los ayudantes de Hitler, los oficiales de su guardia personal y de su servicio de seguridad, así como los ordenanzas de las SS. Naumann, que también llevaba el casco, declaró con aire ceremonioso que los matrimonios se celebraban en un momento memorable, bajo la lluvia de las bombas rusas, en medio de la lucha por Berlín. Pero el rescate de la ciudad estaba cerca y las jóvenes parejas tendrían ante sí muchos años de felicidad que nada alteraría.

Después de la ceremonia, Linge ofreció a los recién casados una comida en el viejo búnker.

Krebs, Bormann y Burgdorf se dirigieron a toda prisa al búnker de Hitler y atravesaron el pasillo del viejo búnker, donde estaban sentados a la mesa los invitados. Volvieron a los veinte minutos con las mismas prisas. Gracias a ellos se supo que los rusos habían rechazado definitivamente al ejército de Wenck. Se extendió entonces una desesperación general. Linge volvió a toda prisa al búnker de Hitler para ver qué hacía el *Führer*. Vio cómo éste caminaba perdido por el pasillo, con la cabeza gacha y mirando fijamente al suelo. Hitler no advirtió la presencia de Linge hasta que éste se dirigió a él y le informó de que en el viejo búnker dos ordenanzas estaban celebrando sus respectivas bodas. Linge le preguntó a Hitler si no quería dar la enhorabuena a las dos parejas. El *Führer* asintió con la cabeza y el oficial dio media vuelta y fue a buscar a las dos parejas, así como a la madre de uno de los novios, para llevarla hasta el pasillo que unía el búnker viejo con el nuevo. Hitler ya los esperaba allí. Saludó a los recién casados con un apretón cansino de la mano y declaró:

—Os deseo lo mejor, hijos míos —una vez dicho esto, se retiró.

Los huéspedes se deprimieron aún más después de estas felicitaciones. Sobre todo las mujeres se mostraron consternadas por el aspecto que ofrecía Hitler. Estaban silenciosas y pensativas. Linge hizo traer champán y coñac. La boda acabó convertida en una borrachera. El alcohol volvió a elevar los ánimos y la celebración y los bailes duraron hasta la mañana siguiente.

Aquel día se interceptó una noticia de una emisora de radio extranjera, posiblemente sueca. La emisora anunciaba que Himmler, por mediación del conde sueco Bernadotte, había entablado negociaciones con los ingleses y los

norteamericanos para llegar a una paz por separado. Lorenz transmitió el comunicado a Hitler, que hizo llamar de inmediato a Bormann y Hewel. Ese mismo día se conocieron en el búnker los detalles de las negociaciones: Hitler iba a ser depuesto; Himmler lo reemplazaría y la lucha contra la Unión Soviética se continuaría con el apoyo de Inglaterra y Estados Unidos. Himmler quería deponer a Hitler por la fuerza. Esto explicaba por qué había detenido el ataque del ejército de Steiner. Lo quería mantener en la reserva para el caso de negociar una paz por separado con los angloamericanos. En los días previos a la caída de Berlín, y bajo la presión de las tropas rusas, el ejército de Steiner se había retirado al oeste, y terminó por entregarse finalmente a los angloamericanos.

La noticia de las negociaciones de Himmler con Bernadotte provocó un terrible ataque de cólera en Hitler, que vociferó:

—¡No permitiré que se deshagan tan fácilmente de mí!

Hitler destituyó en el acto a Himmler de todos sus cargos y lo expulsó del partido. Bormann, que había mantenido durante años una amistad con Himmler y al que tuteaba le confesó con voz llorosa a Günsche:

—El destino no le ahorra nada al *Führer*. Primero Göring y ahora Himmler.

Transcurrido un tiempo, Hitler llamó a Fegelein. Pero éste no podía ser localizado, ni en el búnker de la nueva cancillería del *Reich* ni en el de Hitler. Entre los pocos que aún aguantaban junto a Hitler surgió de inmediato la sospecha de que Fegelein pudiera haber abandonado Berlín sin autorización. Bormann y Burgdorf, ambos buenos amigos del desaparecido, corrieron al encuentro de Günsche y le preguntaron si Fegelein le había dicho algo acerca de sus planes. Günsche respondió que no.

El *Fieseler-Storch* con el que Fegelein había volado a Berlín el día anterior, había sido alcanzado de lleno en el eje Este-Oeste. No podía, por lo tanto, haber abandonado Berlín con el avión. En ese momento, Günsche recordó que Fegelein tenía una casa en la *Bleibtreustraße*, cerca de la *Kurfürstendamm*. Al atardecer se envió a dicha dirección un comando de la guardia personal de Hitler, al mando del teniente coronel de las SS Helmuth Frick. Llegados allí, encontraron a Fegelein. Vestía de civil y estaba tumbado en la cama, completamente ebrio. Había ocultado su uniforme detrás de la estufa. Además, se encontraba en la casa el teniente coronel de las SS de la división de caballería *Florian Geyer*, que tiempo atrás había estado a las órdenes de Fegelein. Este oficial también estaba completamente ebrio y se presentó

como un militar encargado de los asuntos especiales de Fegelein.

En la vivienda se halló una maleta llena de relojes de oro y otros objetos de valor. La tarde anterior Fegelein había mostrado esta maleta a Linge y a otros oficiales de las SS en el búnker, explicándoles que se la había encontrado al jefe de la «Liga de Médicos del Reich» (*Reichärztebund*), el médico y teniente general de las SS Grawitz,^[456] que había matado a su familia y se había disparado un tiro en su residencia ante la inminente irrupción de los soldados rusos.

Fegelein y el oficial fueron llevados esa misma noche al refugio de la nueva cancillería por orden de Hitler. Durante el interrogatorio, el oficial confesó sin dilaciones que Fegelein había tenido la intención de huir de Berlín. Éste había querido aguardar a que los tanques rusos hubieran dejado atrás la *Bleibtreustraße* para escapar a continuación en dirección al oeste.

Hitler quiso castigar a Fegelein y lo destinó a la tropa de combate de Mohnke, donde «lucharía para probar así su lealtad». Bormann le comunicó a Günsche la orden de Hitler y la petición que había recibido de entregárselo. Günsche estaba estupefacto: Hitler castigaba al desertor Fegelein con una pena que sólo lo condenaba a servir en el frente. Unos días atrás, había ordenado que los desertores fueran colgados y que sobre su pecho se pusiera un letrero que rezara: ¡COLGADO POR NO CUMPLIR LAS ÓRDENES DEL FÜHRER!^[457] Ahora, sin embargo, dejaba que Fegelein, su cuñado, se escabullera con una condena muy leve. Günsche respondió a Bormann que no ejecutaría esta orden hasta que no hubiera hablado previamente con el *Führer*. A continuación, entró en la estancia de éste.

Hitler estaba sentado en su despacho junto a Eva Braun, que sollozaba con fuerza mientras él hacía todo lo posible por tranquilizarla. Al entrar Günsche al despacho, ésta se marchó a su habitación. Günsche explicó a Hitler que, aunque se enviase a Fegelein con Mohnke, aquél acabaría huyendo de todas maneras. Günsche intentó convencer a Hitler de que no asignara a Fegelein a la tropa de Mohnke, sino que, como desertor que era, lo pusiera a disposición de un tribunal militar. Hitler guardó silencio por unos instantes. Se notaba con claridad que estaba indeciso y que quería perdonar a Fegelein por consideración a Eva Braun. Pero entonces exclamó disgustado:

—Que se degrade a Fegelein y que sea entregado a un tribunal. Lo presidirá Mohnke.

Günsche transmitió esta orden de manera inmediata a Mohnke, quien se dirigió con varios oficiales de las SS en busca de Fegelein. Éste había vuelto a vestir su uniforme de las SS después de la detención. Mohnke le arrancó las hombreras. Fegelein no llevaba condecoraciones.

El 28 de abril los lanzacohetes rusos del tipo *Katyusha*^[458] comenzaron a disparar sus proyectiles sobre el distrito gubernamental y el búnker. El exterior era un verdadero infierno. Hitler saltó de la cama y pulsó el timbre para llamar a Linge. Al entrar éste, se encontró a Hitler agachado junto a la mesa de su despacho, mirando el techo fijamente y con los ojos muy abiertos. Hitler preguntó de nuevo:

—¿Qué calibre es ése?

—Es el órgano de Stalin.

Con este nombre habían bautizado los soldados alemanes los temidos lanzacohetes rusos *Katyusha*. Durante las conferencias se había hablado en muchas ocasiones de estos «órganos de Stalin». Repetidas veces y de manera detallada se había informado a Hitler sobre estos lanzacohetes. En todas esas ocasiones se resaltó el poder destructor de los proyectiles, que eran capaces de cubrir una enorme superficie y que provocaban el pánico de los soldados alemanes. El emplazamiento de los lanzacohetes resultaba siempre difícil de determinar, ya que estaban montados sobre camiones, lo que les permitía cambiar rápidamente de posición y abrir fuego desde diferentes puntos.

Cuando Linge hizo referencia a los órganos de Stalin, Hitler lo miró intrigado y le preguntó:

—¿A qué se refiere usted con eso del órgano de Stalin? ¿A la columnata de la nueva cancillería?

Por lo visto, ya todo se mezclaba en la mente de Hitler. Evidentemente sabía lo que eran los órganos de Stalin. Además, su segunda pregunta no tenía nada que ver con la primera, acerca del calibre de los proyectiles. Linge intentó explicarle otra vez el significado de aquella expresión. Hitler se mantuvo en silencio.

Hacia las nueve, Mohnke llamó a Günsche por teléfono. Con la voz atropellada por la agitación, le anunció que las tropas rusas habían pasado a la ofensiva en el área de la *Hallesche Tor*. Combates feroces se estaban dirimiendo en la *Belle-Alliance-Platz* y en la esquina de la *Wilhelmstraße*. Mohnke añadió que se había interrumpido la comunicación telefónica entre su puesto y los regimientos de su grupo de batalla. Había enviado a Melder y esperaba tener pronto una idea más clara de la situación.

Günsche transmitió a Hitler el parte de Mohnke y le mostró sobre el plano urbano los enlaces donde se estaban produciendo en ese preciso momento los enfrentamientos. Hitler se estremeció cuando oyó que el Ejército Rojo se aproximaba a la *Wilhelmstraße*. Su mirada absorbía literalmente el plano urbano. Desde allí hasta

la cancillería del *Reich* no había más que 1.200 ó 1.300 metros. En un estado de gran nerviosismo, Hitler preguntó si los rusos ya habían logrado llegar a la *Wilhelmstraße* y sobre las fuerzas de las que aún disponía Mohnke en la *Belle-Alliance-Platz*. Caminó de una esquina a otra de la estancia, hasta sentarse finalmente y ordenar que se llamara a Mohnke. Éste no tardó en presentarse y explicó a Hitler que se había logrado detener el asalto de las tropas rusas en la esquina de la *Belle-Alliance-Platz* con la *Wilhelmstraße*. Los rusos avanzaban ahora en dirección del Gleisdreieck y de la estación Anhalter.

La noticia de la proximidad de las tropas rusas se difundió rápidamente por el búnker. En todos los rincones, los habitantes del refugio formaban pequeños grupos en los que se hablaba sin control. Goebbels iba de un grupo a otro y hacía preguntas. También interrogó a Linge:

—Dígame, ¿es realmente tan preocupante la situación?

Aquella mañana se presentó en el despacho de Hitler el doctor Stumpfegger para pedirle una firma. Linge estaba de pie junto a Stumpfegger cuando puso la hoja sobre el escritorio. Se trataba de una orden dirigida al hospital militar del búnker de la nueva cancillería del *Reich*, para que le fueran enviadas a Stumpfegger doce ampollas de cianuro. Hitler firmó con mano temblorosa. Las ampollas de cianuro estaban destinadas a envenenar a Eva Braun, las secretarias de Hitler, Christian y Junge, la dietista Manziarly, la secretaria de Bormann, Krüger, la doncella de Eva Braun, Liesl, los hijos de Goebbels y *Blondi*, la perra pastor alemán de Hitler.

Durante el almuerzo se comunicó a Hitler que las reservas de alimentos dietéticos se habían agotado. A partir de aquel momento sólo se le podrían preparar sopas de verduras, a no ser que quisiera comer lo mismo que los demás.

Hitler respondió:

—Pronto ya no será necesario comer nada más. Tráigame usted la sopa.

Por la tarde se informó de que la situación empeoraba también en los otros distritos de la ciudad de Berlín. Weidling ya sólo venía una vez al día desde su puesto de mando en la *Bendlerstraße* para dar su parte, pues el distrito gubernamental estaba siendo bombardeado con intensidad. Entre una visita y la siguiente, le comunicaba a Krebs por teléfono las noticias que le llegaban, y éste, por su parte, se las transmitía a Hitler. En diversas ocasiones también se presentó Mohnke para exponer a Hitler la situación en el distrito gubernamental. La amenaza más inmediata a la cancillería del *Reich* procedía ahora de la *Belle-Alliance-Platz* y de la *Hallesche Tor*. En estos dos puntos los rusos habían logrado los avances más importantes. La segunda de las

amenazas procedía del *Tiergarten* y del jardín zoológico.

Weidling informó de que blindados rusos habían avanzado por ambos márgenes de la *Heerstraße* hasta la *Straße am Knie*,^[459] con lo que habían alcanzado el eje Este-Oeste. Charlottenburg estaba ocupado por el ejército soviético. El cerco en torno al distrito gubernamental se estrechaba cada vez más. En el búnker ya nadie se acordaba del ejército de Wenck.

«¿Hasta cuándo podremos resistir?», «¿Existe aún alguna posibilidad de salir de Berlín?», éstas eran las preguntas que todo el mundo se hacía.

Hacia las seis de la tarde apareció Axmann. En presencia de Bormann y Günse, explicó a Hitler que disponía de doscientos integrantes seleccionados de la unidad que él dirigía y que conocían Berlín como la palma de su mano. Con la ayuda de éstos le sería posible sacar a Hitler de la ciudad sano y salvo. También él, como berlinés de nacimiento, conocía cada rincón de la capital y se encargaría de dirigir los diversos grupos. Hitler rechazó la propuesta de Axmann de la misma manera que había rechazado la de Weidling el día anterior. Le estrechó la mano y le agradeció su lealtad.

A última hora de la tarde, Bormann le comunicó a Linge la noticia, del todo inesperada, de que Hitler y Eva Braun querían contraer matrimonio. La ceremonia se celebraría en el salón de reuniones. En aquella estancia se había hablado hasta entonces sólo de las feroces y sangrientas luchas en los alrededores y en las calles de Berlín. Allí mismo, Hitler había dado la orden de abrir las compuertas del río Spree, lo que habría supuesto la muerte de miles de civiles y soldados. Allí mismo había ordenado ahorcar a los habitantes de Berlín que hubiesen colgado en sus ventanas banderas rojas y blancas ante la inminente llegada del Ejército Rojo. Justamente ese recinto iba a ser ahora el lugar donde Hitler y Eva Braun se casaran.

Bormann indicó a Linge que cambiara de sitio algunos muebles. La mesa, donde se extendían habitualmente los mapas de operaciones, se desplazó al centro de la sala. Delante de la misma se dispusieron cuatro sillones: los dos de la primera línea para Hitler y Eva Braun; los dos de la segunda línea para Goebbels y Bormann, que habían sido designados testigos de la boda. Goebbels hizo llamar a un funcionario del Ministerio de Propaganda para que certificase el acto de manera oficial. Su lugar estaba junto a la mesa. Bormann anunció a Hitler, que aguardaba sentado en su despacho, que todo estaba preparado para el acto.

Hitler y Eva Braun salieron de sus habitaciones cogidos de la mano y se dirigieron a la sala donde iba a producirse el enlace. A Hitler le costaba un gran esfuerzo caminar. Su semblante estaba lívido, su mirada erraba de un lugar a otro. Llevaba puesto el traje arrugado con el que se tumbó en la cama durante el día. Lucía la insignia de oro del Partido, la cruz de hierro de primera clase y la insignia de los heridos de la primera guerra mundial.

Eva Braun, también pálida por las noches de insomnio, vestía un traje azul marino y se cubría la cabeza con una gorra de piel de color gris.

En la antesala les esperaban Goebbels y Bormann. Este último se había puesto su uniforme gris de teniente general de las SS. Goebbels llevaba el uniforme de color pardo del Partido. Una vez en el salón de reuniones, Hitler y Eva Braun saludaron al funcionario que les aguardaba junto a la mesa. A continuación, ambos tomaron asiento en los sillones de la primera fila. Bormann y Goebbels se dirigieron asimismo a los lugares que se les habían asignado. Se cerró la puerta. La ceremonia no duró más de diez minutos. Bormann volvió a abrir la puerta en el momento en que Hitler y Eva Braun firmaban el certificado de matrimonio. Hitler besó la mano de Eva Braun, que ahora se había convertido en su esposa.

Hitler ordenó preparar en su despacho la mesa para ofrecer un té, al que fueron invitados Goebbels y su esposa, Bormann y las secretarías Christian y Junge.

Mientras Hitler contraía matrimonio con Eva Braun, se desarrollaba en la nueva cancillería del *Reich* otro acto: el consejo de guerra contra Hermann Fegelein, el cuñado de Hitler, general de división de las SS y enlace permanente de Himmler en el cuartel general del *Führer*. El juicio fue presidido por Mohnke. Como vocales ejercieron los oficiales de su grupo de batalla, el teniente coronel de las SS Krause, el capitán de las SS Kaschula y otros. Mohnke y sus oficiales condenaron a Fegelein a muerte.

Aquella misma noche lo sacaron del búnker de la nueva cancillería del *Reich*, con la excusa de que Hitler quería verlo. Por el camino, un colaborador del Servicio de Seguridad lo mató de un disparo por la espalda.

Cuando acabó el té para celebrar la boda, durante la noche del 28 al 29 de abril, Hitler mandó llamar a la secretaria, la señora Junge, a su despacho y le dictó su testamento. Ella lo pasó a máquina junto a la secretaria de Bormann, la señora Krüger, en la sala de estar del búnker. Hitler lo rehízo varias veces hasta que se logró fijar el texto definitivo en tres ejemplares.

En su testamento, el *Führer* afirmaba que en ningún momento había querido la guerra y que había entregado toda su vida al pueblo alemán. Asimismo, estableció la composición del nuevo Gobierno alemán. Como sucesor suyo (no como *Führer*, sino como Presidente) designaba al gran almirante Dönitz. Goebbels era nombrado canciller del *Reich*; el conde Schwerin von Krosigk pasaba a ser ministro de Exteriores; Giesler, el *Gauleiter* de Baviera, se convirtió en ministro del Interior, y a Schörner lo nombró comandante en jefe de la *Wehrmacht*. Bormann debía seguir ocupando el cargo de *Reichsleiter* del Partido, cargo al que se atribuyó rango ministerial.^[460]

Hitler mandó que su ayudante del Ejército de Tierra, Johannmeyer, llevara uno de los ejemplares de su testamento a Checoslovaquia y lo entregara a Schörner. El

teniente coronel de las SS Lorenz debía llevar un segundo ejemplar a Schleswig-Holstein, para entregarlo a Dönitz.

Y el consejero de Bormann, el coronel de las SS Zander, debía entregar el tercer ejemplar a Giesler, que se hallaba en el *Tegemsee*, en la Alta Baviera. Johannmeyer, Lorenz y Zander se despidieron de Hitler aquella misma noche. Éste les comunicó que recibirían el testamento de manos de Bormann la mañana del 29 de abril.

Aquel día, a las cuatro de la madrugada, Johannmeyer, Lorenz y Zander se presentaron ante Bormann, que los recibió junto a Günsche en la antesala del salón de reuniones del búnker de Hitler. Los tres llevaban uniforme de camuflaje y casco de acero e iban armados con metralletas. Bormann entregó a cada uno de ellos un sobre con el sello del *Führer* que contenía el testamento de Hitler. Los tres tenían que atravesar las líneas rusas. Mohnke y Weidling —el comandante de Berlín— recibieron órdenes para que se les permitiera pasar sin impedimentos a través de las posiciones alemanas.

A las cinco de la madrugada se hizo el silencio en el búnker. Sólo se oía el ruido monótono de los ventiladores y el zumbido del generador diésel. Günsche tomó asiento. Sin embargo, la calma duró poco. Con gran estruendo, entraron Bormann, Burgdorf y, un poco después, también Krebs. Los tres habían bebido más de la cuenta. Bormann agitaba una botella de coñac y no tardó en servir varios vasos. Con un fuerte ataque de hipo le dijo a Burgdorf:

—Tengo mi cápsula, para el caso de que los rusos me cojan vivo...

Con un gesto inquieto sacó de su bolsillo un tubito de unos tres o cuatro centímetros, desenroscó la tapa y mostró a Burgdorf una ampolla que contenía cianuro de color verdoso.^[461] Entre lamentos, los tres se dejaron caer en los sillones y al poco comenzaron roncar a pleno pulmón.

A las seis de la mañana, la artillería rusa y los lanzaminas volvieron a desatar una tormenta de fuego sobre el distrito gubernamental. proyectiles de todos los calibres caían sobre la cancillería del *Reich* y explotaban con estruendo sobre la cobertura del búnker.

Hitler se levantó de inmediato y fue rápidamente a reunirse con Goebbels. Allí se encontró también con la esposa de éste, que acababa de llegar del refugio antiguo, donde estaba instalada con los niños. La señora Goebbels sollozaba fuertemente y apenas se podía mantener en pie.

Pocos minutos más tarde se presentó ante Linge el oficial de servicio de la guardia personal de Hitler y le comunicó la orden del *Führer* de llevarle su insignia de oro del partido a la estancia de Goebbels. Linge quitó la insignia de la chaqueta de Hitler y se la llevó. El *Führer* entregó su propia insignia a la señora Goebbels,

diciéndole que la condecoraba por su «valiente comportamiento».

Hacia las diez de la mañana, el fuego de los rusos se desplazó en dirección al área de *Friedrichstraße-Unter den Linden*. Mohnke llamó a Günsche y le informó de que los carros de combate rusos continuaban avanzando en la *Wilhelmstraße* y la estación Anhalter.

Günsche dio parte a Hitler, que estaba sentado con Eva Braun, Goebbels y Bormann en el banco de la antesala. La conversación se extinguió. Todos se miraban en silencio. Hitler ordenó que se presentara Mohnke, pero no le dejó decir una palabra. Le preguntó al instante cuánto tiempo pensaba que sería capaz de resistir. Mohnke respondió después de titubear durante unos momentos que aún era capaz de resistir algunos días. Todavía no había abandonado el búnker, cuando ya llegaron nuevas y terribles noticias:

—Los rusos han pasado al ataque en los dos márgenes del eje Este-Oeste.

Y al poco rato:

—¡Los tanques rusos están delante de la Universidad Técnica!

Hitler se tumbó vestido en la cama, pero no pudo calmarse. Una y otra vez salía de su estancia, preguntaba por las novedades, hacía venir a Mohnke, hablaba con Krebs y Burgdorf y volvía a retirarse. Por la tarde llegó otra novedad.

—Los rusos intentan llegar hasta la cancillería del *Reich* avanzando por los túneles del metro.

Hitler, Eva Braun, Goebbels, Bormann y las secretarias se habían congregado en la antesala. Hitler jugueteaba con *Wolf* para disimular su nerviosismo. Bormann bebía aguardiente. Goebbels, que en aquellos días había encanecido completamente, fumaba sin parar y miraba fijamente al frente. Eva Braun murmuraba de vez en cuando alguna palabra con las secretarias.

De repente se oyó un grito espantoso que venía del pasillo:

—¡Los rusos disparan con metralletas sobre la puerta de la salida de emergencia!

—¡Francotiradores rusos han tomado posiciones en los tejados de los ministerios de alrededor!

Todos se incorporaron de un salto. Los soldados de las SS de la guardia personal de Hitler y los integrantes del Servicio de Seguridad, con sus cascos puestos, atravesaron corriendo la antesala del salón de reuniones y se dirigieron a la salida de emergencia.

El nerviosismo en el búnker alcanzó niveles de paroxismo. Sólo hacia última hora de la tarde los ánimos se calmaron un poco. A las ocho aparecieron Weidling y Mohnke para dar sus partes. Éstos eran muy breves porque las acciones bélicas en Berlín se limitaban a un área reducida y porque las líneas alemanas se reducían a sólo unos pocos kilómetros.

Weidling y Mohnke se marcharon después de la reunión y Hitler mandó convocar a Axmann. Éste se había trasladado aquel mismo día al búnker de la nueva cancillería del *Reich*. En presencia de Bormann, Goebbels y Günsche, Hitler otorgó a Axmann la orden alemana de segunda clase, que sólo se concedía a los más altos funcionarios del Partido nacionalsocialista y en contadas ocasiones. Además lo condecoró con la cruz de hierro de primera clase.^[462] En esa ocasión Hitler le dijo a Axmann que era uno de los pocos que aún le guardaban fidelidad.

A las doce de la noche, el *Führer* se dirigió por el pasillo subterráneo hacia el búnker antiguo. Allí Mohnke y Günsche habían puesto en fila a las secretarias y mecanógrafas del cuerpo de ayudantes de Hitler y del puesto de mando de Mohnke. Hitler estrechó la mano de cada una y les dijo con voz baja:

—Os doy las gracias, hijas mías.

Voces ebrias salían de las estancias vecinas. Günsche explicó a Hitler que Rattenhuber (el jefe del Servicio de Seguridad) estaba celebrando su cumpleaños. En ese preciso instante, éste salió y se abalanzó sobre Hitler, le agarró de las manos y comenzó a besarlas. Hitler felicitó a Rattenhuber con palabras escuetas y se arrastró otra vez de vuelta a su habitación.

La noche transcurrió a la espera de los rusos. En todas partes la gente se entregaba a la bebida. El bombardeo remitió algo hacia la medianoche.

En el pasillo del búnker estaban el profesor Haase y el adiestrador de perros de Hitler, el sargento primero Tornow. Haase sujetaba en su mano una ampolla de cianuro y unos alicates. Hitler le había pedido que envenenara a *Blondi*. Quería probar los efectos del veneno con su perra. A medianoche, envenenaron al animal en los retretes. Tornow le abrió el hocico para que Haase introdujera la ampolla de cianuro y la partiera con la ayuda de los alicates. El tóxico tuvo unos efectos fulminantes. Al poco, Hitler se presentó en los retretes para comprobar que *Blondi* estaba efectivamente muerta. No pronunció una sola palabra. Tampoco su cara expresó ningún tipo de sentimiento. Un minuto más tarde volvió a retirarse a su

despacho.

Mohnke y Günsche estaban sentados en la centralita telefónica mientras estos hechos tenían lugar. Estaban callados, bebían café fuerte que habían mezclado con coñac y se abismaron en sus pensamientos.

Los rusos, entretanto, habían avanzado desde el zoo en dirección al *Tiergarten*. Blindados rusos habían alcanzado el *Reichstag*. En la *Prinz-Albrecht-Straße*, entre la estación Anhalter y la *Potsdamer Platz*, sus posiciones estaban situadas a unos trescientos metros de la cancillería del *Reich*. Se estaba combatiendo en la *Friedrichstraße*, en la *Prinzenstraße* y junto al *Spitelmarkt*. Éste era el panorama que se ofrecía la noche del 29 al 30 de abril. Al día siguiente, todo iba a decidirse.

«¿A qué está esperando Hitler?», se preguntaba una y otra vez Günsche. Entonces le vinieron a la memoria las palabras que el *Führer* había dirigido hacía un año y medio a sus mariscales de campo y generales: «¡Cuando llegue la hora de que Alemania esté amenazada, espero verles a ustedes, mis mariscales de campo, de pie en las barricadas, a mi lado, con la espada desenvainada!». ^[463]

No había sido más que palabrería. Hitler ni tan sólo tenía la valentía para mirar hacia el exterior del búnker. Se aferró a las últimas horas que el destino aún le estaba otorgando, siempre atenazado por el miedo a que los rusos pudieran penetrar en cualquier momento en su refugio.

Hitler y sus generales estaban desamparados por igual, a la vista de su fracaso en el frente oriental. Los generales hicieron cuanto pudieron para conservar el favor de Hitler durante toda la guerra y hasta el final. Reverencias y lisonjas, sólo noticias positivas sobre la situación en los frentes, ninguna objeción. Un día sí y otro también la misma cantinela: «¡En efecto, *mein Führer!*», «¡Por supuesto, *mein Führer!*», «¡A sus órdenes, *mein Führer!*», «Puede usted confiar en mí, *mein Führer!*».

Gozosos y agradecidos recibían de la mano de Hitler condecoraciones y obsequios. Pero no fueron capaces de ofrecerle a cambio la victoria sobre los rusos.

El mariscal de campo Manstein, el mismo que después del discurso de Hitler había exclamado «¡Hitler, ordena, nosotros te seguiremos!», no tuvo ningún reparo en aceptar la más alta de las condecoraciones militares, la cruz de caballero con hojas de roble y espadas, además de un aumento de sus emolumentos diarios en 4.000 marcos. ^[464] Manstein, en compañía de su familia, se retiró a una vida relajada en su hacienda, después de que Hitler lo hubiera destituido como comandante en jefe del grupo de ejércitos del sur en el verano de 1944 a causa de los tremendos fracasos en Ucrania y en Crimea.

En la puerta de la centralita telefónica apareció la enjuta figura de Goebbels. Lentamente y cojeando mucho se acercó a Mohnke y Günsche y les ofreció cigarrillos. Se había vuelto muy silencioso y ya apenas hablaba. Pocos días atrás había mentido a los berlineses, cuando les llamó a continuar una resistencia sin

sentido. Ahora preguntó con voz baja y aturdida:

—¿Qué piensan ustedes, señores míos, podré dormir tranquilo esta noche?
¿O llegarán los rusos?

Ni siquiera la noche del 29 al 30 de abril renunció Hitler a la costumbre de prolongar el té vespertino hasta altas horas de la madrugada. Aquella noche le hicieron compañía Eva Braun, ahora señora Hitler, la señora Christian, la señora Junge y la señorita Manziarly. Fue el último té nocturno de Hitler. Hacia las cinco de la madrugada, las secretarias y la señorita Manziarly abandonaron el despacho de Hitler cariacontecidas. La señora Junge explicó a Günsche que Hitler quería pegarse un tiro aquel mismo día, porque los soldados rusos podían presentarse en el búnker de un momento a otro.

Hitler se había despedido de ellas. También Eva Braun lo había hecho, porque tenía asimismo la intención de quitarse la vida. La señora Junge explicó que Eva Braun le había regalado varios objetos de valor: vestidos y la prenda de piel que había llevado con ocasión de su casamiento. Además, le había dado una pequeña pistola que Eva Braun había recibido de Hitler tiempo atrás. La señora Junge entregó la pistola a Günsche.

El resto de la noche discurrió a la espera de los rusos. La premonición de la muerte cercana inundó el ambiente. Bormann, Burgdorf, Krebs, Hewel y Voss estaban recostados en los sofás. Las secretarias dormían sobre unos colchones dispuestos en el salón de reuniones. Los demás se echaron vestidos sobre las camas, cada uno con su pistola cargada.

El 30 de abril, a las ocho de la mañana, en su despacho, Hitler dictó a Bormann la orden dirigida al grupo de batalla de Mohnke para que abandonara el distrito gubernamental. Después del suicidio de Hitler, esta unidad debía abandonar Berlín en pequeños grupos, para sumarse a las tropas alemanas que aún seguían combatiendo. La orden la pasó a máquina la secretaria de Bormann, la señorita Krüger, y fue escrita sobre los «folios del *Führer*» y firmada por Hitler. Hacia las once de la mañana, el *Führer* hizo venir a Mohnke. Cuando éste volvió a salir del despacho, le mostró a Linge la orden firmada, al tiempo que ponía una cara radiante de alegría.

Durante la madrugada se había reanudado el fuego infernal de la artillería rusa sobre la cancillería del *Reich*. El bombardeo se prolongó toda la jornada y parecía un trueno pesado que se repetía sin cesar.

Bormann, pálido y confuso, salió del despacho de Hitler a la antesala del salón de reuniones hacia las dos del mediodía. Fue a buscar a Günsche y con nerviosismo le susurró al oído:

—Celebro encontrarle aquí. Ahora mismo quería hacer que lo llamaran.

Casi sin voz le dijo que Hitler y Eva Braun querían poner fin a sus vidas aquel mismo día. Sus cadáveres debían ser rociados con gasolina y quemados en los jardines de la cancillería del *Reich*. Ésa era la orden categórica de Hitler. Bajo ninguna circunstancia su cadáver debía caer en manos de los rusos.

Aquello era, por lo visto, el final, pensó Günsche con un escalofrío: rociar al *Führer* con gasolina y quemarlo. En todo caso, lo que le dijo Bormann en realidad ya no podía impresionarlo demasiado. Tenía que acabar de aquella manera. Hitler no tenía ni la valentía ni la fuerza para morir como los oficiales y soldados alemanes, o incluso las mujeres o los niños, tal y como él les había exigido a todos éstos hasta el último momento. Detrás de los gruesos muros de su refugio se empeñaba de manera lastimera en aplazar en lo posible la sentencia que le había impuesto el destino. Tan sólo cuando los rusos alcanzaron los umbrales de la cancillería del *Reich*, quiso suicidarse de forma ignominiosa, y no sin antes ordenar la quema de su cadáver.

Bormann pidió a Günsche que se encargara de que la gasolina para quemar los cadáveres estuviera preparada en el peldaño superior de la escalera que daba a la salida de emergencia.

—Nosotros, los leales al *Führer*, que hemos permanecido junto a él hasta el final, le prestaremos también este último servicio —declaró con hipocresía.

Arrastrando sus pies abandonó la antesala. Günsche se quedó a solas. De inmediato llamó a Mohnke y le pidió que se presentara en el búnker de Hitler. Unos minutos más tarde irrumpieron en la antesala Rattenhuber, Baur y Betz, muy alterados y descompuestos. Acababan de encontrarse con Bormann y habían sabido por éste que Hitler quería suicidarse. Ahora acosaban a Günsche con preguntas. Günsche estaba a punto de responder, cuando se abrió la puerta y Hitler hizo su entrada. Rattenhuber, Baur, Günsche y Betz saludaron alzando el brazo. Hitler no reaccionó. Tan sólo les pidió con voz abatida que se acercaran un poco. Betz se mantuvo un poco al margen. Hitler se dirigió a él:

—Acérquese usted también. Ya puede usted enterarse de lo que vamos a decir.

Los ojos de Hitler, que antaño habían despedido fuego, estaban ahora apagados. Su cara tenía un color terroso. Bajo los ojos tenía oscuras ojeras. El temblor de su mano izquierda parecía haberse extendido a la cabeza y a todo el cuerpo. Las palabras salían casi sin voz de su boca:

—He ordenado que se me queme después de mi muerte. Encárguense ustedes de que mis instrucciones se cumplan con exactitud. No quiero que mi cadáver sea llevado a Moscú y exhibido en un gabinete de curiosidades.

Con gran esfuerzo, intentó algo parecido a un gesto de despedida y dio media vuelta. Baur y Rattenhuber lanzaron un grito. Rattenhuber quiso agarrar la mano de Hitler, pero éste lo esquivó y desapareció detrás de la puerta de su despacho.

Con gestos mecánicos, pero a toda prisa, Günsche se dedicó a la tarea de ejecutar la orden impartida por Hitler y Bormann en cuanto a la quema de los cadáveres de Hitler y Eva Braun. Llamó por teléfono al chófer de Hitler, Kempka. Éste estaba instalado en el búnker situado al lado de la cochera de la cancillería del *Reich*, junto a la *Hermann-Göring-Straße*. Günsche le ordenó a Kempka que trajera de inmediato diez bidones con gasolina al búnker del *Führer* y que los dejara preparados junto a la salida de emergencia que daba a los jardines.

Cuando esto estuvo hecho, Günsche explicó a Kempka la intención de Hitler de matarse. A continuación, ordenó a los soldados de las SS de la guardia personal y del Servicio de Seguridad, que ocupaban la pequeña estancia junto a la salida de emergencia, que la evacuaran de inmediato y que se mudaran a otra parte. También a los guardias que estaban delante de la puerta acorazada que daba a la escalera de la salida de emergencia les ordenó que volvieran al interior del búnker. Sólo dejó delante de la salida de emergencia a un único hombre, el subteniente de las SS Hofbeck, con la orden de que no permitiese la entrada a persona alguna. Günsche se dirigió seguidamente al pasillo del búnker y tomó posición junto a la puerta de la antesala del salón de reuniones, para esperar el fatídico disparo. Las agujas del reloj señalaban las tres de la tarde y diez minutos.

Al poco rato salió a la antesala Eva Braun procedente del despacho de Hitler. Con aire triste dio la mano a Linge al tiempo que le decía:

—Hasta luego, Linge. Le deseo que pueda usted salir de Berlín. Si llega usted a encontrarse con mi hermana Gretl, no le diga usted nada acerca del final que tuvo su marido.

A continuación, fue a ver a la señora Goebbels, que se encontraba en la habitación de su marido. Unos minutos más tarde Eva Braun salió de la habitación de Goebbels y se dirigió a la centralita telefónica, donde se hallaba Günsche. Ella le pidió:

—Hágale saber al *Führer*, por favor, que la señora Goebbels le ruega que la venga a ver otra vez.

Günsche fue hasta el despacho de Hitler. Como en ese momento Linge no estaba por allí, Günsche llamó él mismo a la puerta y entró. Hitler estaba de pie junto a la mesa y se estremeció al ver a Günsche de forma tan inesperada.

—¿Y ahora qué pasa? —gruñó enfurruñado.

Günsche le informó:

—*Mein Führer*, su esposa quiere que sepa que la señora Goebbels le quiere ver una vez más. La señora está junto a su esposa, en la habitación de aquélla.

Hitler estuvo meditando durante unos instantes y luego se dirigió a la habitación de Goebbels. A las 03:40 horas, Linge acudió a la centralita telefónica. Allí se hallaba Krüger, el criado de Hitler, acompañado por un guardia. Al lado, en la sala de estar que había ante el dormitorio de Goebbels, Hitler y Goebbels hablaban de pie. Éste debía de estar intentando convencer por última vez a Hitler para que abandonara Berlín.

Pero Hitler respondió con tono histérico:

—¡No, doctor! ¡Usted sabe cuál es mi decisión! ¡Es una decisión inamovible!

Luego se dirigió al dormitorio de Goebbels, donde se hallaban la señora Goebbels y Eva Braun, y se despidió de aquélla. A continuación volvió a sus habitaciones. Linge y Krüger lo siguieron. En la puerta del despacho, Linge pidió poder despedirse de Hitler, que le respondió agotado y con indiferencia:

—He dado órdenes de que se vayan de aquí. Intente usted reunir a un pequeño grupo y abrirse camino hacia el oeste.

Linge preguntó:

—*Mein Führer*, ¿en el nombre de quién vamos a abrirnos camino?

Hitler se dirigió a Linge, lo miró un momento en silencio y proclamó entonces empleando un tono patético:

—¡En el nombre de aquel que ha de venir!

El *Führer* se despidió de Linge y de Krüger con un blando apretón de manos y alzando el brazo derecho. Linge y Krüger se pusieron en posición de firmes y alzaron el brazo para rendir a Hitler el último saludo. Entonces cerraron la puerta y cruzaron juntos el camino que llevaba al antiguo búnker.

—¡No ver nada, no oír nada, sólo eso! —le gritó Linge a Krüger mientras caminaban.

Eva Braun dejó pasar dos o tres minutos antes de abandonar la habitación de Goebbels. Con paso lento se dirigió al despacho de Hitler. Pocos minutos más tarde salió Goebbels y se dirigió al salón de reuniones, donde entretanto se habían reunido Bormann, Krebs, Burgdorf, Naumann, Rattenhuber y Axmann.

Sólo habían transcurrido unos cuantos minutos, cuando Linge volvió a presentarse en el refugio de Hitler. Delante de la puerta acorazada abierta que daba a la antesala del salón de reuniones estaban de pie Günsche y el teniente de las SS de servicio, Frick. Faltaban unos pocos minutos para que dieran las cuatro de la tarde. Cuando Linge pasó por delante de Günsche comentó:

—Creo que ahora ya ha acabado todo. —Y entró apresuradamente en el vestíbulo.

Una vez en el interior, pudo oler un tufo de pólvora, como suele haber cuando se efectúa un disparo. Linge volvió a dirigirse a la antesala del salón de reuniones, donde se encontró inesperadamente con Bormann. Éste, con la cabeza gacha, estaba de pie junto a la puerta que daba a la estancia y se apoyaba con el brazo en la mesa. Linge informó a Bormann de que en el vestíbulo de Hitler olía a pólvora. Bormann se incorporó y, junto a Linge, acudió de prisa al despacho de Hitler. Linge empujó la puerta y entró junto a Bormann. A los dos se les ofreció el panorama siguiente: a la izquierda del sofá aparecía Hitler, sentado. Muerto. A su lado se veía, también muerta, a Eva Braun. En la sien derecha de Hitler se podía observar una herida del tamaño de una pequeña moneda y sobre su mejilla corrían dos hilos de sangre. En la alfombra, junto al sofá, se había formado un charco del tamaño de un plato. La pared y el sofá también estaban salpicados con chorros de sangre. La mano derecha de Hitler descansaba sobre la rodilla, con la palma mirando hacia arriba. La mano izquierda colgaba inerte. Junto al pie derecho de Hitler había una pistola del tipo *Walther*, calibre 7,65 mm. Al lado del pie izquierdo, otra del mismo modelo, pero de calibre 6,35 mm. Hitler vestía su uniforme militar gris y llevaba puestas la insignia de

oro del Partido, la cruz de hierro de primera clase y la insignia de los heridos de la primera guerra mundial (condecoraciones que había llevado habitualmente en los últimos días). Además llevaba puesta una camisa blanca con una corbata negra, un pantalón de color negro, calcetines y zapatos negros de cuero.

Eva Braun estaba sentada en el sofá con las piernas encogidas. Sus zapatos claros con tacones altos estaban en el suelo. Sus labios estaban apretados. Se había envenenado con cianuro.

Bormann salió a la antesala para llamar a los soldados de las SS que debían llevar los dos cuerpos sin vida al jardín. Linge trajo de la antesala las mantas que allí había dispuesto para envolver a Hitler. Una de éstas la extendió en el suelo del despacho. Con la ayuda de Bormann, que ya había vuelto, Linge colocó el cuerpo aún caliente de Hitler en el suelo y lo envolvió con la manta.

Günsche corrió a la sala de juntas. Abrió la puerta de manera tan abrupta que hizo estremecerse a Goebbels, Krebs, Burgdorf, Axmann, Naumann y Rattenhuber, que se hallaban de pie alrededor de la mesa. Günsche exclamó:

—¡El *Führer* ha muerto!

Todos se abalanzaron hacia la antesala.

Linge salía del despacho en ese preciso momento, cargando el cadáver de Hitler. Le seguían los soldados de las SS Lindloff y Reisser. Por debajo de la manta asomaban los pies de Hitler con sus calcetines negros y sus zapatos. El cadáver fue trasladado, pasando por la antesala del salón de reuniones, hacia la salida de emergencia y los jardines. Goebbels, Burgdorf, Krebs, Axmann, Naumann, Günsche y Rattenhuber, que aún continuaban de pie en la antesala, levantaron el brazo para el saludo.

A continuación, salieron del despacho de Hitler Bormann y detrás de él Kempka, llevando en sus brazos el cuerpo de Eva Braun. Goebbels, Axmann, Naumann, Rattenhuber, Krebs y Burgdorf siguieron el cadáver de Hitler hacia la salida de emergencia. Günsche se acercó a Kempka, recogió el cadáver de Eva Braun, que seguía sin haber sido envuelto en ninguna manta, y lo llevó hacia la salida de emergencia. Eva Braun desprendía un penetrante olor a cianuro. Günsche se apresuró a subir las escaleras, pasando por delante de Goebbels, Axmann, Naumann, Burgdorf, Krebs y Rattenhuber, que se habían detenido en el último peldaño.

No salieron al jardín a causa del intenso bombardeo de la artillería. El cadáver de Hitler, envuelto en la manta, estaba ahora tumbado en el suelo, a dos metros de la entrada del búnker. Günsche depositó a Eva Braun a la derecha de Hitler. Bormann se inclinó sobre Hitler, lo volvió a descubrir y lo observó durante algunos segundos. A continuación, volvió a cubrirlo con la manta.

Las granadas caían ululando sobre el jardín y el refugio de la cancillería del *Reich*. Por encima de los árboles destrozados del jardín se desplazaban gruesas columnas de humo. El fuego devoraba la cancillería del *Reich* y los edificios que lo rodeaban.

Bormann, Günsche, Linge, Lindloff, Kempka, Schädle y Reisser fueron a buscar los bidones y vaciaron los doscientos litros de gasolina sobre los cadáveres de Hitler y Eva Braun. Durante un buen rato no pudieron prender la gasolina. Los fuertes vientos que provocaban los incendios apagaban una y otra vez las cerillas. Günsche decidió finalmente recurrir a una de las granadas de mano que estaban abandonadas en la entrada. Pretendía de esta forma prender fuego a la gasolina. Pero, antes de que pudiera intentarlo, Linge lanzó un trozo de papel ardiendo sobre los cadáveres. La gasolina se inflamó y los restos de Hitler y Eva Braun pronto estuvieron envueltos en llamas. Hubo que cerrar la puerta del refugio apresuradamente, porque las llamas penetraban por el resquicio. Bormann, Goebbels, Axmann, Naumann, Krebs, Burgdorf, Günsche, Linge, Kempka, Reisser y Lindloff permanecieron aún unos momentos en los peldaños superiores, hasta que volvieron a descender en silencio al refugio.

Günsche se dirigió al despacho de Hitler. Allí todo seguía tal como lo habían dejado. En el suelo, junto al charco de sangre, estaban las dos pistolas. Günsche las recogió y las descargó. Mientras lo hacía, descubrió que el tiro mortal había salido del arma de 7,65 mm. La otra arma también estaba cargada y sin seguro. Günsche se guardó ambas en el bolsillo y las entregó, más tarde, al ayudante de Axmann, el alférez Hamann. A éste le entregó asimismo las fustas que Hitler usaba para los perros. Hamann quería conservar ambos artefactos como reliquias de las «Juventudes Hitlerianas».

Günsche se dirigió a continuación al salón de reuniones. Allí se habían vuelto a reunir Bormann, Goebbels, Axmann, Burgdorf, Krebs, Mohnke y Naumann. Había llegado la hora de decidir un plan de actuación. Bormann, Axmann, Mohnke y Günsche insistían en intentar romper el cerco. Goebbels se oponía. Con gesto teatral explicó:

—Voy a salir a la *Wilhelmplatz* ahora mismo. ¡A ver si me alcanza una bala!

Bormann estaba tan agitado que no era capaz de parar quieto. Una y otra vez exclamaba:

—¿Es que nadie me puede conseguir un *Storch*? Tengo que encontrarme con Dönitz cueste lo que cueste. Es un asunto muy importante.

En la mirada de Bormann se podía ver el pánico. Salir de aquel infierno, éste era su único pensamiento y su deseo más vehemente. Nadie se acordaba ya de Hitler. Sólo había una preocupación: «¿Cómo vamos a salir de aquí?».

Goebbels, finalmente, y como nuevo «canciller del *Reich*», propuso tomar contacto con el alto mando ruso e intentar lograr un alto al fuego, al menos por algunas horas. Estaba claro que Goebbels quería retrasar el final un par de horas, porque era imposible que creyera que tal propuesta tuviera alguna posibilidad de éxito. Krebs propuso esperar a que se presentara el general Weidling en el búnker, que había anunciado su llegada a las cinco y media para rendir parte a Hitler.

Günsche se dirigió a la centralita telefónica. Desde el dormitorio de Goebbels, con la puerta entreabierta, se podían oír los sollozos de la esposa de éste.

—¿Qué será ahora de los niños y de nosotros? El *Führer* no debería habernos hecho algo así...

Entretanto, Linge había dado orden a Krüger y a los ordenanzas de retirar del despacho de Hitler la alfombra salpicada de sangre. Los tres buscaban el casquillo que tuvo que haber saltado al dispararse el arma. Pero no lograron dar con él. Arrastraron la alfombra hacia el exterior y le prendieron fuego en los jardines. El mismo Linge quemó todos los papeles que se hallaban sobre el escritorio, entre ellos los comunicados de la Oficina Alemana de Noticias. En las estancias de Hitler ahora sólo quedaban los muebles vacíos. Linge sacó del marco el retrato del rey Federico II, que había colgado sobre el escritorio, y lo entregó, como había querido Hitler, al piloto Baur, quien se lo guardó debajo de la chaqueta.

El adiestrador de los perros de Hitler, el sargento Tornow, vagaba por el búnker de la nueva cancillería del *Reich* totalmente borracho y exclamaba:

—¡El *Führer* ha muerto, sálvese quien pueda!

El pánico estalló entre los habitantes del refugio, sobre todo entre los heridos. Más tarde se supo que en los jardines Tornow había matado de un disparo a los cachorros de *Blondi*, entre ellos a *Wolf*. También había matado a los perros de Eva Braun y de la señora Christian, así como a su propio perro. Tornow fue detenido.

Weidling apareció en el búnker hacia las cinco y media de la tarde. Goebbels le informó de la muerte de Hitler y de la composición del nuevo Gobierno. En la reunión informativa que siguió participaron Bormann, Goebbels, Axmann, Krebs, Burgdorf, Weidling, Mohnke, Günsche y Naumann. Durante ésta se discutió un plan para evadirse de la cancillería del *Reich* o para pedir a los rusos una tregua de las acciones bélicas. Después de un largo tira y afloja, se aprobó el segundo de los

planes. Se decidió enviar al coronel Dufving, el jefe de la sección de operaciones del estado mayor de Weidling, para parlamentar con el estado mayor ruso más cercano.

Dufving abandonó el búnker hacia las siete y media de la tarde y, atravesando las posiciones alemanas de los alrededores de la cancillería del *Reich*, se dirigió hacia las líneas rusas. Regresó alrededor de las once. Explicó que los rusos no habían querido escucharle porque era un subordinado. Esa misma noche, Goebbels y Bormann enviaron a Krebs al alto mando ruso, donde, en su calidad de jefe del estado mayor general, tenía la misión de iniciar las negociaciones con los rusos. Todos aguardaban con impaciencia su retorno.^[465]

La mañana del 1 de mayo, al salir de su estancia, Linge se encontró con Goebbels en la antesala del salón de reuniones del búnker. Después de los saludos, Goebbels preguntó a Linge con voz queda:

—Dígame, Linge, ¿no pudo usted haber convencido al *Führer* de que no se suicidara?

Linge le respondió:

—Doctor, si ni siquiera usted pudo convencerlo, ¿cómo quiere que lo consiguiera yo?

Goebbels prosiguió:

—He pasado una noche horrible. También yo he decidido acabar con mi vida. Pero se trata de un momento muy difícil. He luchado mucho conmigo mismo, pero me falta valor.

Krebs volvió hacia el mediodía con la noticia de que el alto mando ruso exigía la capitulación incondicional.

A las seis de la tarde Burgdorf hizo que Mohnke y Günsche se presentaran en el búnker de la nueva cancillería del *Reich*. Con él se encontraban Weidling y Dufving. En el momento en que se presentaron Mohnke y Günsche, Weidling extraía una nota del bolsillo de su chaqueta y decía a Dufving:

—Antes de que se me olvide. El *Führer* lo ha ascendido a coronel. Reciba usted mis felicitaciones.

Weidling extendió sobre una mesita un plano urbano de Berlín y le explicó a

Mohnke y Günsche que esa noche, a las diez, los restos de la guarnición de la capital del *Reich* intentarían abrir una brecha en las líneas rusas y salir de la ciudad. Tras demorarse todavía con otros detalles, interrogó a Mohnke acerca de la dirección que pensaba tomar con su grupo de batalla. Mohnke le señaló sobre el mapa la ruta prevista. Ésta se dirigía hacia el noroeste, pasando por el barrio de Tegel. Con ello se dio por concluida la reunión. Mohnke y Günsche abandonaron la habitación. En la sala de enfrente se oyeron fuertes golpes de martillo. Allí, los soldados responsables de las comunicaciones estaban destrozando los equipos de la estación de radio y de la centralita telefónica del cuartel general del *Führer*, tal como les había sido ordenado.

Mohnke volvió a su puesto de mando para redactar las instrucciones de la evasión. Günsche informó a Linge, Schädle, Högl y Kempka de que la guarnición intentaría aquella noche romper el cerco ruso. A Bormann, Voss, Hewel y Stumpfegger les dijo que tenían que prepararse para la partida. La decisión fue comunicada también a las mujeres: Christian, Junge, Krüger y Manziarly. Incapaces de seguir el consejo del *Führer*, no se habían quitado la vida y querían sumarse al grupo de los hombres.

Günsche, Linge, Schädle y Kempka se dirigieron hacia las ocho de la tarde al puesto de mando de Mohnke. Los soldados del grupo de batalla estaban acampados en los corredores, pasillos y estancias del búnker, sentados sobre cajas, bancos o en el suelo mismo. Agotados por los duros combates que habían librado sin tregua, dormían en cualquier postura, el casco y el arma junto a ellos. En medio de ellos se desparramaban los heridos.

Los breves instantes en que el fuego de los rusos remitía un tanto se aprovechaban para llevar a los heridos en camillas al sótano del *Adlon Unter den Linden*, el hotel semiderruido donde se había instalado un hospital de campaña. Los heridos que morían en el búnker eran enterrados en los jardines de la cancillería del *Reich*. El flujo de heridos era inacabable. Las estancias se llenaban de gemidos y alaridos de dolor. El aire estancado y nauseabundo se mezclaba con el olor de humo de tabaco y con el vapor de azufre y el hedor procedente de los retretes desbordados.

En el puesto de mando de Mohnke se habían presentado Axmann, Naumann, Albrecht, Rattenhuber y varios oficiales del grupo de batalla. Mohnke leyó la orden de evasión, que fijaba asimismo los turnos para abandonar el edificio. La evasión se llevaría a cabo formando varios grupos. Al primero, que quería comandar el propio Mohnke, pertenecían Günsche, Hewel, Voss, la señora Christian, la señora Junge, la señorita Krüger, la señorita Manziarly, así como la escolta personal de Hitler, al mando del teniente de las SS Doose. El segundo grupo, al mando de Naumann, lo integraban Bormann, Schach, los funcionarios de la dirección berlinesa del Partido nacionalsocialista y un batallón del *Volkssturm* del Ministerio de Propaganda. El tercer grupo, que lideraba Kempka, estaba compuesto por Linge, los ordenanzas, los

guardias personales de Hitler y los chóferes de la cancillería del *Reich*. Un cuarto grupo, que era comandado por el ayudante personal de Hitler, el general de brigada Albrecht, lo componían los colaboradores de la ayudantía de Hitler. El quinto grupo, comandado por Rattenhuber, lo formaban Baur, Betz, Högl y los colaboradores del Servicio de Seguridad. El sexto grupo, dirigido por Axmann, se componía de doscientos adolescentes berlineses que aquél había traído al refugio unos días atrás para sacar a Hitler de la ciudad de Berlín. Ante la negativa de Hitler, Axmann los retuvo consigo para disponer de ellos según su propio criterio.

La huida del asedio se llevaría a cabo según el plan siguiente: desde la cancillería del *Reich* se recorrería, en un primer momento, el trayecto del túnel del metro hasta llegar a la estación de Kaiserhof. A partir de allí, se avanzaría lo más lejos posible en dirección al barrio de Wedding. En grupos reducidos se seguiría por las calles laterales, pasando por la estación de Stettin y Tegel, para dirigirse a continuación en dirección noroeste, donde tratarían de alcanzar a las unidades alemanas que allí combatían.

Günsche abandonó el puesto de mando de Mohnke para comunicar los detalles del plan a Linge, Schädle, Kempka y Högl. A las diez de la noche, se despidió de Burgdorf, el ayudante personal de Hitler, y de Krebs, el jefe del estado mayor general del Ejército de Tierra, quienes no querían participar en el intento de fuga. Preferían pegarse un tiro en el patio de honor en el instante en que los soldados rusos se presentaran en la cancillería del *Reich*. Burgdorf le aclaró:

—Yo viví en 1918 la derrota de Alemania en la primera guerra mundial cuando era un joven oficial. Entonces tenía fuerzas, pero ahora soy un hombre viejo y desilusionado.

A continuación, Günsche dijo adiós al jefe de la *Gestapo*, el general de división de las SS Müller, quien le aseguró que se mataría de un balazo, pues por nada del mundo quería caer en manos de los rusos.

Hacia las diez de la noche Günsche fue a ver a Goebbels, para despedirse de él y de su esposa. La señora Goebbels estaba sentada en un sillón, desesperada. En silencio, estrechó la mano de Günsche y se retiró al dormitorio. La cara de Goebbels tenía un color ceniciento. Con voz apenas audible comentó:

—Yo y mi esposa nos pegaremos un tiro aquí en el búnker. Le deseo que pueda salir de Berlín sano y salvo.

Goebbels encendió un cigarrillo, dio un apretón de manos a Günsche y desapareció asimismo en su dormitorio.

Seguidamente, Günsche cruzó el camino hacia el búnker de la nueva cancillería del *Reich*. Allí, desde las nueve y media ya se estaban formando los grupos para la huida. A las diez llegaron, procedentes del búnker de Hitler, el ayudante de Goebbels, Schwägermann, y el ayuda de cámara, Ochs, para sumarse a su respectiva formación. Los dos explicaron a Linge los hechos siguientes: Goebbels y su esposa acababan de pegarse un tiro en el búnker de Hitler. Naumann, Schwägermann, Ochs y otros rociaron los dos cadáveres con gasolina y en el interior mismo del dormitorio de Goebbels les prendieron fuego.^[466] Seguidamente tuvieron muchas dificultades para salir del refugio, ya que la fuerte corriente de aire provocada por las llamas había cerrado las puertas de acero de un golpe.

El médico personal de Hitler, Stumpfegger, a petición de Goebbels, había envenenado a los cinco hijos de éste pocas horas antes, hacia las cuatro de la tarde, mientras Linge aún seguía en el búnker. El veneno lo había mezclado con el café. La señora Goebbels se quedó esperando a Stumpfegger detrás de la puerta de la estancia. Al salir, Stumpfegger le hizo un gesto con la cabeza, para señalarle que los niños habían muerto.^[467] La mujer cayó desmayada y dos soldados de las SS de la guardia personal de Hitler cargaron con ella hasta el dormitorio de su esposo.

Unas dos mil personas abandonaron la cancillería del *Reich*. La mayoría iban armadas con metralletas, pistolas y bazucas. A éstas se sumaba el grupo de batalla de Mohnke, unos tres mil hombres con varios tanques *Tiger*, cureñas motorizadas, y equipados con cañones antitanque, lanzaminas y ametralladoras.

El hospital militar permaneció en el búnker de la nueva cancillería del *Reich*, bajo la dirección del profesor Haase.

El primer grupo, al mando de Mohnke, abandonó el refugio pocos minutos después de las diez de la noche. En él iban, además de un centenar de soldados, Günsche, Hewel, Voss, las secretarias Christian, Junge y Krüger, la cocinera dietista Manziarly y varios oficiales del grupo de batalla de Mohnke. En pequeños grupos cruzaron el patio de honor de la nueva cancillería del *Reich*, salieron por el gran portal de la *Wilhelmplatz* y caminaron hasta la parada de metro de Kaiserhof. Desde allí prosiguieron el camino por el túnel del suburbano hasta llegar a la estación de *Friedrichstraße*. En los túneles y sobre todo en las estaciones se amontonaban los soldados, los civiles, las mujeres y niños. En todas partes había criaturas que lloraban, mujeres que gritaban histéricas y soldados que daban órdenes o despotricaban. La situación era especialmente desastrosa en la parada de metro de *Friedrichstraße*. En este punto se habían levantado barricadas, por lo que era imposible seguir avanzando. Sólo se podía salir en pequeños grupos, pues la artillería rusa disparaba contra los accesos.

Algunos integrantes del grupo de Mohnke se perdieron entre el gentío. Finalmente, Mohnke logró salir del metro con una parte de su séquito y cruzar el

puente *Weidammer* hacia el otro margen del río Spree. Desde allí atravesó los patios de la *Charité* y, a través de los sótanos comunicados de la *Chauseestraße* y pasando delante del cuartel de Maikäfer, llegó a la estación de metro de Wedding. Su grupo se había reducido a unas veinticinco personas, entre las que se contaban el propio Mohnke, Günsche, Hewel, así como las cuatro mujeres, Christian, Junge, Krüger y Manziarly. No se veía un alma en las calles. Muchas casas ardían. Este barrio de la ciudad no había sufrido bombardeos muy intensos. De manera inesperada, la avanzadilla se topó con dos carros de combate T-34 que vigilaban un cruce de calles y que abrieron fuego con sus ametralladoras. Se vieron obligados a retirarse. Intentaron avanzar por las calles laterales. Pero todo era en balde. El pequeño grupo se iba deshaciendo cada vez más. Al final sólo quedaban Mohnke, Günsche, Hewel y las cuatro mujeres.

Lograron alcanzar un refugio antiaéreo junto a la cervecería de la Schönhauser Allee antes del mediodía del 2 de mayo. Allí se escondían varios centenares de soldados alemanes de todas las armas. En este sótano se había instalado el puesto de mando del comandante de la división, el general de división Rauch, y del comandante de una división de paracaidistas, el coronel Herrmann. Mohnke y Günsche, junto con Rauch, Herrmann y otros oficiales, intentaron agrupar otra vez a los soldados y reanudar la marcha. Poco a poco fueron llegando otros oficiales y soldados del grupo de batalla de Mohnke. A ellos se sumaron oficiales de las SS de la guardia personal de Hitler y del Servicio de Seguridad, así como diversos colaboradores del estado mayor personal de Hitler que habían formado parte de los otros grupos. Entre ellos figuraba Rattenhuber, el jefe del Servicio de Seguridad, herido levemente en una pierna.

Hacia las tres de la tarde se acercaron al refugio antiaéreo de la Schönhauser Allee unas unidades rusas.

Al puesto de mando de Rauch y Hermann llegaron oficiales del Ejército Rojo y explicaron que la guarnición de Berlín ya había capitulado la noche anterior.^[468] Para evitar más derramamiento de sangre, exigieron a los alemanes que depusieran las armas y se rindiesen. Se ofrecieron para llevar a Rauch y Mohnke al estado mayor ruso más cercano. Allí se les confirmaría la capitulación de Berlín.

Günsche propuso a las secretarias de Hitler y a la señora Manziarly salir del refugio antiaéreo y continuar por sí mismas. Ellas se mostraron de acuerdo. Mohnke entregó a la señora Christian un saquito que contenía unos brillantes. Burgdorf había custodiado aquellas piedras, destinadas a adornar las más altas condecoraciones. Luego, Burgdorf se las había entregado a Mohnke en el momento de abandonar la cancillería del *Reich*.

Hacia las cuatro de la tarde, Mohnke, Rauch y Günsche, acompañados por uno de los oficiales rusos, se dirigieron en coche al estado mayor del Ejército ruso. Una vez

allí, un general soviético les informó de que el comandante de Berlín, el general Weidling, había capitulado durante la noche del 1 al 2 de mayo.

El general declaró:

—Por fin se ha acabado esta horrible guerra. Todos deberíamos felicitarnos por ello.

Mohnke, Rauch y Günsche volvieron al refugio antiaéreo de la *Schönhauser Allee* en compañía del mismo oficial. Entretanto, habían dado ya casi las diez de la noche. Los soldados y oficiales habían caído en manos de los rusos. El refugio antiaéreo y los espacios vecinos habían sido ocupados por las tropas del Ejército Rojo. Cuando llegaron Mohnke, Rauch y Günsche, se encontraron con Hewel, el profesor y coronel de las SS Schenck, un teniente coronel y varios oficiales más jóvenes, que se habían ocultado del enemigo en el interior de una pequeña cámara. Mohnke les explicó a éstos que todo había acabado. Entraron entonces unos oficiales rusos y les exigieron que depusieran las armas y que les siguieran. En ese momento, Hewel sacó su pistola y con ella se pegó un tiro. Los demás entregaron sus armas y siguieron a los oficiales soviéticos.

El tercer grupo, el de Kempka y Linge, no abandonó el búnker de la nueva cancillería del *Reich* hasta las diez y media de la noche aproximadamente. A él pertenecían también otros miembros de las SS de la guardia personal de Hitler así como los chóferes y los ordenanzas.

Cuando Linge, Kempka y el resto del grupo salieron a la *Vossstraße*, el distrito gubernamental aún seguía bajo el fuego permanente de la artillería rusa. En la oscuridad sólo se podían reconocer ruinas. Por todas partes se levantaban hacia el cielo las fachadas medio derruidas de las casas. De las ventanas salían gruesas columnas de humo. En las calles perforadas por las bombas y granadas se amontonaban vigas, restos de las fachadas y ladrillos. El cielo se iluminaba por el reflejo de los innumerables incendios. Linge, Kempka y los demás se encaminaron a la estación de metro de *Wilhelmplatz* pasando por delante de las ruinas. Luego siguieron por un túnel hasta llegar a la estación de *Stadtmitte*. De allí se dirigieron caminando por la destrozada *Friedrichstraße*, hasta la estación del mismo nombre. En el otro extremo del puente de *Weidendammer*, los soldados del grupo de Mohnke se enfrentaban a tiros con los rusos, que los tenían bajo fuego de barrera desde las casas de la *Chausseestraße*. Los soldados alemanes intentaban abrir una brecha con la ayuda de sus blindados. Pero no lo lograban.

Linge pudo ver desde su lado del puente cómo Bormann y Naumann saltaban encima de un tanque alemán que pasaba por delante de ellos, para intentar atravesar de esta manera las líneas rusas. También vio que se lanzaba una granada contra el

carro de combate. En aquellos mismos instantes cayeron en el puente de Weidendammer Albrecht, Högl y muchos otros colaboradores del servicio personal de Hitler. Linge, que en la confusión había perdido a Kempka, se sumó con los restos de su grupo a un pelotón del grupo de batalla de Mohnke. Éste, junto a centenares de civiles, logró llegar desde la *Friedrichstraße* hasta la *Seestraße* atravesando los túneles del metro. Entre ellos estaba también Schach, el *Gauleiter* adjunto de Berlín.

La mañana del 2 de mayo, los soldados rusos comunicaron a los integrantes de este grupo que en el transcurso de la noche Berlín había capitulado. Les exigieron que se rindiesen. En vista de ello, Schach se suicidó de un disparo.^[469] Linge y los restantes integrantes del grupo partieron al cautiverio.

El 8 de mayo de 1945, Alemania capituló. Así acabó el «Tercer *Reich*», que según Hitler estaba destinado a durar mil años. A su llegada al poder, el *Führer* había prometido al pueblo alemán:

—Cuando lleve diez años en el poder, nadie será capaz de reconocer a Alemania.^[470]

Y en efecto, Alemania era irreconocible después de haber tenido que padecer a Hitler: un país en ruinas y reducido a escombros. Hasta Hitler se había quitado la vida con sus propias manos por temor a los rusos.

EPÍLOGO DE LOS EDITORES

El «Informe Hitler» se elaboró en los años 1948 y 1949. Desde entonces se han publicado más de mil biografías acerca de Hitler y más de diez mil textos escritos sobre el régimen nacionalsocialista, el genocidio de los judíos europeos y la segunda guerra mundial. Con la minuciosa biografía de Ian Kershaw dedicada al dictador alemán, las investigaciones acerca de la persona de Hitler alcanzaron en 1998 una cumbre provisional.^[471] También se han dedicado numerosas biografías al autócrata soviético.^[472] Alan Bullock comparó ambas vidas.^[473] Anton Joachimsthaler demostró que aún podían desvelarse nuevos detalles de la vida de Hitler, y lo hizo en varios libros.^[474] Las posteriores investigaciones realizadas en los archivos rusos, que no sólo conservan las actas de las instancias administrativas soviéticas, los servicios secretos y la *Wehrmacht*, sino también gran cantidad de piezas de archivo alemanas incautadas, han dado pie a nuevos descubrimientos.

El acceso a los archivos es, sin embargo, restringido: los historiadores occidentales suelen quejarse de que en la actualidad sigue sin estarles permitido realizar investigaciones independientes. En 1999, en su libro *Hitlers Ende* [El final de Hitler], Joachimsthaler manifestó que los resultados de las investigaciones soviéticas de 1945-1946 «hoy en día permanecen en secreto».^[475] Recientemente se han llegado a conocer detalles de estas pesquisas, pero no son accesibles en alemán.

Por ello, en la primera parte de este Epílogo se citan numerosos materiales de estas actas y publicaciones, pues fueron las investigaciones de los servicios secretos soviéticos en los años 1945 y 1946 las que propiciaron la elaboración del texto del NKVD, el «Informe Hitler», destinado a Stalin.

En la segunda parte se reproducen las declaraciones más importantes que acompañan las actas relativas al «Informe Hitler» a fin de documentar la historia de cómo surgió este texto.

La tercera parte del Epílogo aspira a insertar el documento en el contexto histórico y a aportar sugerencias para la interpretación. El «Informe Hitler» no sólo describe la vida del dictador alemán y su política, sino que también proporciona informaciones hasta ahora desconocidas así como nuevas perspectivas. Y las lagunas del documento permiten establecer conclusiones sobre la política soviética de los años 1939 a 1949, y por tanto dedicamos a ellos la cuarta parte del Epílogo.

¿Dónde está Hitler? Testimonios confusos e informes de investigaciones deficientes

Adolf Hitler, *Führer* y canciller del *Reich* alemán, se suicidó el 30 de abril de

1945, aproximadamente a las tres y media de la tarde, de un disparo en la sien derecha.^[476] Josif Visarionovich Stalin, secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética, presidente del Comité Estatal de la Defensa y presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo, recibió la noticia del suicidio de Hitler unas trece horas después, en la mañana del 1 de mayo de 1945. A las cinco de la mañana y cinco minutos, según el horario moscovita, su secretario personal, Alexandr N. Poskrebyshe, grabó el siguiente mensaje:

MÁXIMA URGENCIA, MÁXIMA CONFIDENCIALIDAD. DEL CAMARADA ZHUKOV. AL CAMARADA STALIN. ANTE EL MANDO DEL 8.º EJÉRCITO DE LA GUARDIA APARECE EL JEFE DEL ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO, GENERAL DE INFANTERÍA KREPS, QUE MANIFIESTA: EL 30 DE ABRIL DE 1945 HACIA LAS 15:50 HORAS, HORA DE BERLÍN, HITLER HA PUESTO FIN A SU VIDA SUICIDÁNDOSE.^[477]

Cinco horas después de esta primera comunicación, el mariscal Georgi Zhukov envió más detalles y propuestas del nuevo canciller del *Reich* Joseph Goebbels para iniciar conversaciones de paz. Stalin las rechazó por insuficientes y exigió la rendición incondicional. Parece que Stalin comentó la muerte de su enemigo con las siguientes palabras: «De modo que esto se ha acabado. Es una lástima que no lo hayamos cazado vivo. ¿Dónde está el cadáver?». ^[478] Cuatro días más tarde Stalin recibió informaciones más concretas. El GRU, el espionaje militar soviético, había hecho apresar e interrogar a los últimos comandantes de la batalla de Berlín, el general Helmuth Weidling; el oficial de enlace de Hitler con la Marina, vicealmirante Hans-Erich Voss, y el piloto de Hitler, Hans Baur. Los tres confirmaron la muerte de Hitler y su incineración en el jardín de la cancillería del *Reich*.

El jefe del servicio de información militar, mariscal Fiódor F. Kusnezov, transmitió enseguida a Stalin un escrito de cinco páginas «sobre el destino de Hitler, Goebbels, Himmler, Göring». Hitler, según las declaraciones de los cautivos, se habría envenenado junto a Eva Braun y simultáneamente se disparó un tiro. Después, los cadáveres de ambos fueron quemados en el jardín de la cancillería. Los cadáveres de Goebbels, su mujer y sus seis hijos fueron también identificados por el vicealmirante Voss. Sus restos estaban en manos del xxxix cuerpo de cazadores. Acerca del destino de Himmler y Göring no se tenían datos. Kusnezov transmitió a Stalin las conversaciones de paz con los aliados occidentales y su expulsión del Partido Nacionalsocialista. Göring, según el informe de los servicios secretos, habría intentado arrebatar el poder a Hitler. El dictador alemán habría reaccionado con medidas aún no precisables contra él.^[479]

Aquel mismo día, miembros de otro servicio secreto soviético exhumaron de los jardines de la cancillería del *Reich* los cadáveres del Hitler y su esposa. Los soldados del *Smersh* (departamento de espionaje militar)^[480] del LXXIX cuerpo de artillería del 3.^{er} ejército de choque ya habían descubierto ambos cuerpos el día anterior. Pero supusieron que los restos de Hitler y Eva Braun debían de estar todavía en la cancillería del *Reich*, por lo que volvieron a enterrarlos nuevamente. En la mañana del 5 de mayo de 1945, los miembros del servicio de espionaje descubrieron el error y, en un cráter causado por una bomba, a unos tres metros de la salida de emergencia del búnker antiaéreo situado bajo la cancillería, desenterraron precipitadamente «dos cadáveres carbonizados» y los restos de dos perros. Todos ellos fueron envueltos en mantas y depositados en dos cajones de munición.^[481] En secreto, los miembros del *Smersh* trasladaron aquellos restos mortales a su nuevo cuartel general en el barrio berlinés de Buch, pues el 5.^o ejército había asumido ahora la vigilancia de la cancillería del *Reich* y en modo alguno habría renunciado a esos preciosos trofeos.^[482]

Tres días antes, el 2 de mayo de 1945, el Ejército Rojo había capturado en Berlín a otros miembros del entorno más inmediato de Hitler. El oficial de las SS Otto Günse, ayudante personal del *Führer* desde febrero de 1944, se entregó a las tropas soviéticas en los locales de la cervecería *Schultheiss*, en el *Prenzlauer Berg*.^[483] Al principio, este miembro de las SS se hizo pasar por ayudante del ex comandante de la cancillería del *Reich*, el general de división de las SS Wilhelm Mohnke. A los pocos días se descubrió la verdad. El 6 de mayo de 1945, los oficiales soviéticos desentrañaron su verdadera identidad y lo separaron en el acto de los otros prisioneros.^[484] Sin demora, los miembros del Servicio de Investigaciones Militares (GRU) comenzaron los primeros interrogatorios. Tan sólo dos días después, el jefe del GRU, Kusnezov, envió al jefe de los servicios secretos Lavrenti Beria un primer informe provisional acerca de los interrogatorios.^[485]

Aquel mismo día, en el Hospital Militar Quirúrgico nº 496 del barrio berlinés de Buch, una comisión médica bajo la dirección del forense jefe del 1.^{er} frente bielorruso, teniente coronel Faust I. Shkarauski, realizó la autopsia de un total de once cadáveres humanos y de los dos perros: entre ellos los del general Krebs, Goebbels, su mujer y sus seis hijos, ya perfectamente identificados, así como los supuestos restos mortales de Adolf Hitler y de Eva Braun. En sus informes, los forenses registraron como causa probable de todas las muertes: «envenenamiento con una combinación de cianuro». Sólo los animales presentaban claras huellas de disparos de bala, si bien en uno de ellos se encontraron restos de cianuro potásico.^[486]

Sin embargo, los oficiales de los servicios secretos del *Smersh* vacilaron en comunicar los resultados de las investigaciones forenses a la dirección política

soviética. La autopsia, las circunstancias del hallazgo de los cadáveres y las declaraciones de los testigos se contradecían entre sí, pues en su mayor parte éstos afirmaban que Hitler se había disparado una bala. Por ello, los oficiales del espionaje interrogaron a otros testigos. Su mayor problema consistía en que todas las personas a las que habían podido capturar hasta el momento y que formaban parte del entorno más cercano a Hitler, conocían los hechos sólo de oídas. El *Smersh* no podía presentar verdaderos «testigos» del suicidio.^[487]

Mientras tanto, aguardaban los resultados de los análisis practicados en las mandíbulas de los dos cadáveres aún no identificados. El 11 de mayo de 1945, el odontólogo Hugo Blaschke y la mecánica dentista Käthe Heusermann afirmaron que los cuerpos en cuestión eran los de Adolf Hitler y Eva Braun. El jefe del departamento de espionaje militar del 1.^{er} frente bielorruso, teniente general Alexandr A. Wadis, informó a Stalin el 27 de mayo de 1945 acerca del resultado de las autopsias practicadas el 8 de mayo de 1945. Según anunció el *Smersh* al dictador soviético, Hitler y Eva Braun se habían suicidado «ingiriendo una combinación de cianuro».^[488]

No deja de ser llamativo el hecho de que Beria transmitiera a Stalin la carta que Wadis le había dirigido, sin adjuntar ningún escrito para el dictador soviético. Sin duda, el jefe del servicio de espionaje temía ser vinculado a los resultados de la investigación del *Smersh*, dirigido por su rival Víctor S. Abakumov, respecto a la muerte de Hitler.^[489] Eran demasiado notorias las contradicciones entre los informes de la autopsia, las conclusiones de la comisión forense y las declaraciones de los testigos. La posibilidad de una muerte por disparo de bala ni siquiera se mencionaba.

Cuando el 16 de junio de 1945 Stalin recibió por fin los informes de las autopsias y los análisis forenses de las pruebas realizadas a los órganos extraídos, Beria se decidió a intervenir, con graves consecuencias en el material investigado.^[490] A fin de no llamar la atención del dictador soviético sobre las contradicciones existentes, sustrajo del dossier dos análisis que habían sido elaborados en junio de 1945 por el laboratorio de medicina epidemiológica nº 291. Sus químicos habían examinado un total de treinta órganos y once muestras de sangre para comprobar la presencia de cianuro y de alcaloides en las autopsias efectuadas el 8 de mayo de 1945 en Buch.

Mientras que las autopsias numeradas del uno al once, es decir, las correspondientes a la familia Goebbels, al general Krebs y a los dos perros, revelaron la presencia de entre 9,72 y 12,9 miligramos de ácido prúsico por kilogramo de material orgánico, en «el material de las autopsias n.ºs 12 y 13 no se hallaron compuestos de cianuro».^[491] Supuestamente, estos números correspondían a Adolf Hitler y a su esposa. Para poder mantener la versión —hasta entonces aceptada— de la muerte de Hitler por envenenamiento con cianuro potásico los documentos que contradecían tal teoría, por el momento, no se entregaron a Stalin. El dictador se dio

por satisfecho con los resultados de la investigación del *Smersh*.^[492]

Por entonces, Günsche ya había sido entregado al departamento de prisioneros de guerra e internos del NKVD. Los primeros en interrogarle, a mediados de mayo de 1945, fueron el subjefe de la Administración Central de Prisioneros de Guerra e Internos (GUPVI), teniente general Amajak S. Kobulov y su director del departamento operativo, el teniente general Fiódor K. Parparov. Las declaraciones de Günsche y del ex director del Servicio de Seguridad de Hitler, el teniente general de las SS Johann Rattenhuber, interrogado al mismo tiempo, se transmitieron de inmediato al jefe de los servicios secretos, Beria. Como estas informaciones todavía no estaban plenamente confirmadas, Beria vaciló en hacerlas llegar a Stalin.^[493]

El 18 y el 19 de mayo de 1945 Kobulov y Parparov prosiguieron los interrogatorios. También ahora lo único que les interesaba eran las cuestiones relativas a la muerte de Hitler: «¿Cuándo se decidió a morir?», «¿quién comprobó su muerte?», «¿quién esparció la gasolina sobre el cadáver?, ¿quién encendió el fuego?». Poco tiempo más tarde, Günsche fue trasladado en avión a Moscú, donde lo encerraron en las dependencias para interrogatorios de la cárcel del NKVD, la Butyrka.

El director del servicio personal de Hitler, el teniente coronel de las SS Heinz Linge, también había llegado a Moscú. En la noche del 1 al 2 de mayo de 1945, las tropas soviéticas lo habían detenido en la estación de metro de *Seestraße*, después de que hubiera escapado de la cancillería del *Reich*. Lo llevaron —aún sin reconocerlo— a un campo de prisioneros de guerra cerca de Poznan, en donde se descubrió su verdadera identidad. Al poco tiempo, el NKVD lo trasladó a la *Lubianka*, en donde, en noviembre de 1945, comenzaron los interrogatorios. Como en el caso de Günsche, los agentes de los servicios secretos se interesaron en exclusiva por los detalles concernientes a la muerte de Hitler.^[494]

Ya hacía un mes que habían comenzado a aflorar las primeras dudas en la dirección del espionaje soviético acerca de la versión vigente sobre el suicidio del dictador alemán. Los servicios de información ingleses y norteamericanos habían hecho llegar a mediados de noviembre de 1945 al representante del NKVD en la zona de ocupación soviética de Alemania, el capitán general Iván A. Serov, materiales de investigación que hacían pensar que el suicidio se había producido mediante un disparo de bala.^[495] Al mismo tiempo, los aliados solicitaban poder analizar los resultados de las investigaciones soviéticas.

Mientras que el jefe de los servicios secretos, Beria, y sus ayudantes Sergéi N. Kruglov, Vsevolod N. Merkulov y Bogdan S. Kobulov estuvieron de acuerdo en permitir el acceso de norteamericanos y británicos al material secreto, el jefe del *Smersh*, Abakumov, presentó numerosas objeciones y solicitó una conversación personal con el jefe del NKVD. Abakumov comprendió que los aliados occidentales

iban a advertir los puntos débiles de las investigaciones, en gran parte realizadas por él, y que la versión acerca del suicidio del dictador alemán que había entregado a Stalin iba a despertar muchos reparos. Por tanto, se negó a entregar las actas. Beria vio entonces una oportunidad para poner en dificultades a su rival ante Stalin. En diciembre de 1945, el jefe del NKVD ordenó iniciar una nueva investigación sobre las circunstancias exactas que rodearon la muerte de Hitler.^[496]

A finales de 1945 comenzaron en Moscú nuevos interrogatorios relacionados con el final del *Führer*. En esta ocasión, Hans Baur, el antiguo piloto del dictador alemán, también tuvo que responder a las preguntas del NKVD.^[497] Beria quería establecer la verdad acerca de todo aquel asunto, pues insistentes rumores hacían temer que Hitler había escapado en el último momento de las manos del Ejército Rojo y que estaba oculto en el extranjero. Al mismo tiempo, Beria pretendía desentrañar cómo se había suicidado realmente Hitler. Los interrogatorios de Linge y Baur, así como la comparación de sus declaraciones con las de las personas más cercanas a Hitler y ahora prisioneras del *Smersh*, movieron a la jefatura del NKVD a iniciar a comienzos de 1946 una operación que recibió el nombre de Mito. Su finalidad era realizar una «escrupulosa y estricta comprobación de todos los factores» relacionados con el suicidio de Hitler el 30 de abril de 1945.^[498]

Beria confió la puesta en marcha de esta operación a la Administración Central de Prisioneros de Guerra e Internos. A mediados de febrero de 1946 éstos entregaron un «plan de medidas de la agencia de investigación para el esclarecimiento de la desaparición de Hitler». Este plan preveía, además de la formación de una comisión especial de cinco personas al mando del teniente general Julius K. Klausen, trasladar a la prisión de la Butyrka a todos los prisioneros del NKVD que habían formado parte del entorno más próximo al *Führer*. Esto supuso trasladar a Linge, Baur y sus acompañantes, como el ex telefonista de la cancillería del *Reich*, el cabo Rochus Misch, desde la *Lubianka* al centro de investigación de detenidos del NKVD.^[499]

El propósito de estas medidas era compulsar la totalidad de los interrogatorios y declaraciones de los arrestados, dado que los servicios secretos habían descubierto una serie de contradicciones en el relato de la muerte de Hitler. Los prisioneros eran rigurosamente aislados y su interrogatorio constituía tan sólo una parte del plan, pues, asimismo, la Administración Central de Prisioneros de Guerra e Internos había propuesto «atribuir a cada uno de los prisioneros interrogados una célula propia de investigación en la respectiva celda».^[500]

Esta barroca denominación de la burocracia del espionaje soviético no designaba otra cosa que un espía común y corriente. Para no tener que confiar sólo en las simples declaraciones, se instalaron en cada celda aparatos de escucha electrónicos. Los diferentes departamentos de la Administración Central de Prisioneros de Guerra e Internos recibieron también la orden de entregar a la comisión especial el conjunto

de todas las actas recogidas hasta entonces sobre el suicidio de Hitler. Asimismo, los campos de prisioneros de guerra del área circundante a Moscú recibieron instrucciones de encontrar entre sus internos a más prisioneros que hubieran pertenecido a la guarnición del refugio antiaéreo del *Führer* en los últimos días del Tercer Reich.

En el campo de prisioneros de guerra nº 297, en Moshaisk, se descubrió la presencia de los alféreces de las SS Hans Hofbeck y Josef Henschel, antiguos colaboradores del Servicio de Seguridad del Reich y que habían pertenecido a la guardia de la cancillería del Reich. Ambos fueron llevados sin demora a la Butyrka.^[501] Pero la búsqueda de otros testigos en los campos de la Administración Central de Prisioneros de Guerra e Internos resultó infructuosa.^[502]

Llama la atención que el NKVD no hiciera ningún intento para entrar en contacto con sus rivales, el *Smersh* o el espionaje militar del GRU. La Administración Central de Prisioneros de Guerra e Internos no solicitó al Comisariado del Pueblo la autorización para interrogar a los testigos allí presos, por ejemplo a Hans Rattenhuber, ni tampoco pidió la entrega o la copia de las actas conservadas en el GRU acerca del final de Hitler.

Aquí se manifiestan dos características que más tarde adquirirán una enorme importancia en el «Informe Hitler». La primera es el estricto secretismo en todo lo relativo a las investigaciones. Además de Beria, jefe de los servicios secretos, los únicos que tenían conocimiento de la operación Mito eran el ministro del Interior, Kruglov, el jefe de los servicios secretos soviéticos en la zona de ocupación soviética, capitán general Iván A. Serov, el director de la Administración Central de Prisioneros de Guerra e Internos, teniente general Mijaíl S. Krivenko, su ayudante Amayak Kobulov, y el director de la administración operativa del GUPVI, teniente general Víctor A. Drosdov. La segunda es la estricta separación y rivalidad de las instituciones de la dictadura estalinista. Interesado en mantener una estructura de poder compartimentada, Stalin se aseguró de que sus servicios secretos evitaran cualquier contacto mutuo y de que la práctica totalidad de la información se concentrara por completo en su persona.

Para conservar el secreto de la operación Mito, los nuevos prisioneros de la Butyrka recibieron nombres en clave. El NKVD bautizó a Baur como Isvostschik, que en ruso significa «trillador»; a Linge le otorgaron una denominación bastante explícita: Lacayo. Rochus Misch aparecía en las actas con el calificativo de Telefonista; Han Hofbeck era el Gendarme; Josef Henschel, el Guardia y a Erich Rings, un radiotelefonista de la cancillería del Reich que había transmitido el testamento del Hitler lo llamaban el Teletransmisor.^[503]

Los interrogatorios del NKVD comenzaron a mediados de febrero de 1946 y, acompañados de las torturas habituales —golpes, privación del sueño y alimentos,

amenazas de represalias contra los familiares y simultáneos ofrecimientos de recompensas en caso de colaboración—, enseguida dieron los resultados esperados. La resistencia inicial de los testigos se quebró muy deprisa. Un medio notablemente efectivo fue, asimismo, la privación, a los interrogados, de la categoría de prisioneros de guerra decretada el 27 de febrero de 1946 y su consiguiente degradación a la de criminales de guerra.

Muchos de ellos se desmoronaron anímicamente cuando se les despojó de sus uniformes y se les hizo vestir con la indumentaria propia del presidio, o cuando sus raciones de comida se redujeron a los niveles soviéticos usuales.^[504] No menos efectivo se reveló el espionaje hecho por los «compañeros de celda». Éstos suministraron a los interrogadores del NKVD las informaciones esperadas con la consabida eficiencia alemana. Por lo general las «citas» con sus superiores soviéticos tenían lugar simultáneamente con los interrogatorios. Con ello, los agentes no se limitaban a comprobar las posibles contradicciones con las declaraciones realizadas o con confesiones espontáneas de los prisioneros. De modo extraordinariamente preciso, observaban a la vez el efecto que tenían los métodos de amedrentamiento empleados por los interrogadores.

Por ejemplo, el 20 de febrero de 1946 el agente B-III aportó la siguiente información sobre Baur: «Teme mucho las represalias y ser maltratado en los interrogatorios. También le preocupa la herida de su pierna, la suerte de su familia y el tiempo que tendrá que permanecer todavía en presidio. Cuando piensa en las torturas lamenta no haberse suicidado».^[505] No es de extrañar que, efectivamente, a los pocos días, el oficial que le hacía las preguntas golpease a Baur.

El espía adjudicado a Linge, «Bohemio», aventuraba incluso una interpretación psicológica: «Linge tiene buena memoria, su enfermedad nerviosa y su inocencia son fingidas. Durante las sesiones no es sincero y pretende dar a entender que sus declaraciones no pueden ser sometidas a ningún examen, porque la única persona que puede confirmar sus palabras es Bormann».^[506] Al día siguiente, este espía instó al oficial interrogador a que se empleara con mayor dureza, pues eso iba a dar resultados: «Linge empieza a tener pánico y si se lo interroga unos días más sin contemplaciones dirá la verdad».^[507]

Sólo en el caso de Günsche el espía fue incapaz de ganarse la confianza del prisionero. El oficial de las SS desconfió tanto de su «compañero de celda» que éste no pudo sonsacarle ninguna información de valor.^[508]

Como ya sucediera con anterioridad, en los interrogatorios realizados desde mediados de febrero hasta finales de marzo de 1946, los agentes de los servicios secretos se interesaron ante todo por las circunstancias exactas que rodearon el suicidio de Hitler y por los detalles de su vida personal y su estilo al frente del poder. Apenas concedieron importancia a las víctimas políticas del régimen

nacionalsocialista, a la conducción de la guerra al margen del derecho internacional o al asesinato sistemático de los judíos. No preguntaron por la industria bélica alemana, no se interesaron por el desarrollo de cohetes ni por las investigaciones germanas acerca de la bomba atómica.^[509] En su lugar, los oficiales del espionaje subrayaron en los protocolos de los interrogatorios e informes de los espías las revelaciones en que se afirmaba que «Hitler tenía muchos amigos extranjeros, por ejemplo en Argentina», o que «las mujeres desempeñaban una función importante en su vida y que el dictador había dado instrucciones a sus íntimos para que incineraran su cadáver».^[510]

En un principio, los interrogatorios parecieron confirmar la versión de que Hitler se había suicidado de un disparo de pistola, a lo que se había añadido la ingestión de veneno. Para obtener una certeza definitiva, se dispuso un viaje a Berlín a comienzos del verano de 1946 para realizar una inspección en el lugar de los hechos. Al mismo tiempo, los oficiales de la operación Mito pidieron una nueva autopsia del cadáver que había encontrado el *Smersh*. Y para verificar las declaraciones hechas en Moscú, los internos de la Butyrka también viajaron a la ciudad alemana.^[511]

En mayo de 1946 llegaron a la antigua capital del *Reich* los miembros de la operación Mito. Los prisioneros fueron encerrados en el presidio del NKVD en el distrito Lichtenberg, donde los sometieron a nuevas sesiones de preguntas, mientras una comisión especial volvía a examinar el sótano de la cancillería del *Reich* y el jardín. Junto a Klausen, formaban parte de ella el coronel de la milicia N. S. Osipov y el médico forense Piotr S. Semenovski.^[512] Los dos últimos fueron los responsables de que por primera vez se hiciese una investigación criminal técnica de las circunstancias de la «desaparición» de Hitler. De modo particularmente minucioso, el criminalista y el médico forense examinaron los restos de sangre hallados en el despacho del dictador en el búnker de la cancillería del *Reich*, así como en la escalera que conducía al jardín.

Su análisis fue categórico:

«El elevado número de salpicaduras y regueros de sangre sobre el sofá llevan a pensar que la herida estuvo acompañada de un profuso derramamiento de sangre, que obliga a considerarla mortal. En el momento de la lesión, el sujeto debía de estar sentado en el extremo derecho del sofá, junto a uno de los brazos [...]. La distribución de las salpicaduras y regueros de sangre en el sofá, así como su aspecto característico, testimonian que la lesión estaba ubicada en la cabeza y no en el pecho o en el vientre [...]. Esta herida en la cabeza fue causada por un disparo de bala y no por un golpe con algún objeto contundente. Prueba de ello es que ni en el respaldo del sofá ni sobre éste ni tampoco en la orilla de su respaldo aparecen salpicaduras de sangre. Después de la herida, la víctima perdió la conciencia y permaneció un tiempo inmóvil, sentada con la cabeza inclinada hacia el brazo derecho del sofá».^[513]

Los hallazgos efectuados en unas excavaciones posteriores que se realizaron en el jardín de la cancillería del *Reich* el 30 de mayo de 1946 confirmaron este informe. En el mismo lugar en el que, un año antes, los colaboradores del *Smersh* habían desenterrado los cadáveres de Hitler y Eva Braun, un médico forense descubrió ahora dos fragmentos de un cráneo masculino: se trataba de unos pedazos del hueso parietal derecho e izquierdo. El hueso parietal izquierdo presentaba un deterioro que según el forense Semenovski correspondía a un balazo. Más tarde constató que «la trayectoria que siguió la bala fue de abajo hacia arriba, de derecha a izquierda, hacia atrás». Hitler se había disparado él mismo, tal como lo testimoniaban las declaraciones de Linge y Günsche.^[514]

Para verificar de forma concluyente la tesis de la ingestión simultánea de cianuro potásico habría sido precisa una nueva autopsia de los cadáveres. Pero el *Smersh* negó el permiso. A pesar de los intensos esfuerzos, la comisión especial de la operación Mito fue incapaz de persuadir a los servicios del espionaje militar para que entregase los cuerpos de Adolf Hitler y Eva Braun, unos cuerpos que ya habían sido examinados. Por ello los oficiales del NKVD no quisieron dar por establecido un informe definitivo y renunciaron también a informar a Stalin sobre los resultados de sus investigaciones posteriores.^[515] Con ello quedaban abiertas las puertas para nuevas especulaciones y para los rumores que circularon más adelante y que hablaban de un «suicidio provocado únicamente por envenenamiento» o de un «tiro de gracia» (según se optara por Linge o por Günsche), aunque en realidad se trataba de maniobras conscientes para desorientar a la opinión pública.

En los años inmediatos al final de la guerra, la Unión Soviética presentó diferentes versiones de la muerte de Hitler en función de sus necesidades políticas tácticas; incluso se llegó a afirmar que Hitler no había muerto, sino que, tras haber conseguido huir, se encontraba bajo custodia de los ex aliados.^[516] Lev Besymenski, el principal promotor de las versiones del envenenamiento y del tiro de gracia, publicó en 1968 y 1982 unos libros de gran éxito dedicados a la muerte de Hitler,^[517] pero en 1995 tuvo que pedir excusas por haber difundido «mentiras deliberadas». Aunque el historiador ruso pretendía hacer un «acto de contrición», también repartía responsabilidades: en la Unión Soviética el acceso a los archivos estaba políticamente controlado y los agentes de la KGB le habrían dictado sus textos.^[518]

En cualquier caso, los historiadores más competentes de Gran Bretaña, Estados Unidos y la República Federal de Alemania no habían concedido credibilidad a las tesis de Besymenski.^[519] También el «Informe Hitler», redactado para Stalin, se basaba en las investigaciones del año 1946. ¿Por qué habrían tenido que mentir los redactores de las declaraciones de Linge y Günsche en un texto destinado al dirigente soviético?

Informaciones para Stalin. La génesis del «Informe Hitler»

Terminada la operación Mito en el verano de 1946, hubo que esperar a marzo de 1948 para que el asunto se reanudara. En ese mes, Amajak Kobulov recibió la noticia de que el oficial alemán Gerhard Boldt había publicado un libro titulado *Die letzten Tage der Reichskanzlei* [Los últimos días de la cancillería del *Reich*], en el que describía los últimos diez días del Gobierno de Hitler.^[520] Kobulov exigió al teniente general Klausen que terminara de sistematizar el material de la operación Mito y lo entregara al KI (tras esta abreviatura se ocultaba el comité de información, que desde 1947 coordinaba el servicio de espionaje soviético. Al mismo tiempo el subjefe de la Administración Central de Prisioneros de Guerra e Internos indicaba que era importante «recluir a Baur, Günsche y Linge en una celda y proponerles que escribiesen un extenso documento sobre los últimos días de Hitler».^[521]

Acababa de nacer la idea del «Informe Hitler», pero los oficiales del NKVD no podían estar seguros de que esta iniciativa iba a encontrar acogida en el Politburó del Partido Comunista, el único destinatario posible de un proyecto de esta envergadura. El 27 de abril de 1948 lanzaron un primer globo sonda. Stalin, Molotov, Beria, Zhdanov, Malenkov, Mikoyan, Kaganovich, Voznesenski y Bulganin, es decir, el núcleo dirigente de la Unión Soviética, recibieron un documento elaborado por Günsche sobre la ofensiva de las Ardenas y los intentos alemanes de acordar un tratado de paz por separado con los ex aliados. El dictador soviético debió de leer el documento con interés, pues no lo remitió al archivo del Partido sino que lo depositó en su archivo personal en el Kremlin.^[522]

Enseguida se decidió retirar a Baur del «plan de redacción» y contar sólo con Linge y Günsche para la elaboración del informe.^[523] Como lo demuestran las memorias de Baur, publicadas en 1956 en la República Federal de Alemania, éste no podía aportar gran cosa sobre la desaparición de Adolf Hitler y Eva Braun. Además, tampoco tenía muchos conocimientos que añadir a una descripción adecuada de la política de Hitler.^[524]

Para su participación en el «Informe Hitler», al principio trasladaron a Günsche y a Linge a una sección especial del hospital penitenciario de la Butyrka. Más adelante, en agosto de 1948, se los trasladó, por razones de seguridad, al «puesto especial del MVD», una villa próxima a Moscú, en donde debían continuar su «actividad de escritores». En este «puesto especial» del espionaje soviético, los dos antiguos oficiales de las SS dieron informes orales y escritos a lo largo de meses: al comienzo, sobre los últimos días de Hitler; luego, y de forma creciente, sobre su vida privada, y por último, también sobre sus decisiones políticas y militares. Los interrogadores trabajaron desde 1945 hacia 1935, el año en que Linge había ingresado en la escolta personal del *Führer*. Al final se completó el conjunto con los acontecimientos

políticos de los años 1933 y 1934, pese a que ni Linge ni Günsche disponían de datos de primera mano. El resultado de todo ello fue una detallada biografía de Hitler que, en opinión de los oficiales del NKVD, respondía a las expectativas de Stalin.^[525]

Los responsables de la redacción fueron los oficiales del NKVD —ahora convertido en MVD—, el teniente general Fiódor Parparov y el mayor Igor Saleyev. Vigilaban el desarrollo del trabajo, proponían las cuestiones principales y agregaban explicaciones o informaciones complementarias contextuales.^[526] Como se ha dicho más arriba, ya habían efectuado los interrogatorios de 1945 y 1946, hablaban perfectamente alemán y traducían las declaraciones de los prisioneros al ruso. Al final, se hicieron cargo de la elaboración y la simplificación del texto para facilitar su lectura.^[527]

Los oficiales de los servicios secretos contaron especialmente con la colaboración de Linge. Aunque en sus memorias éste afirmó más tarde que no había sido particularmente cooperativo,^[528] las anotaciones soviéticas sugieren algo distinto: «Durante el trabajo, Linge se comporta de forma positiva y declara voluntariamente». Revisiones subsiguientes permitieron comprobar que Linge quería disminuir su responsabilidad en el entorno del servicio personal de Hitler y alcanzar así una rápida liberación. Linge consideraba sus notas como «su salvación».^[529]

Por el contrario, Günsche se mostró más reservado: «Günsche se comporta de modo extraordinariamente negativo. Elude hacer declaraciones verídicas, intenta influir sobre Linge en este sentido y no duda en amenazarlo». Según el juicio final de Parparov y Saleyev, «Günsche es un hitleriano convencido y un enemigo potencial de la democracia y de la Unión Soviética».^[530]

Los trabajos en la biografía de Hitler a cargo del NKVD-MVD duraron más de año y medio, en gran medida porque interrogadores e interrogados no se ponían de acuerdo en la descripción de determinadas cuestiones; por ejemplo, la colaboración entre el *Reich* alemán y la Unión Soviética desde 1939 hasta 1941. Además, los antiguos oficiales de las SS no tenían respuesta para todas las preguntas. Al final, los interrogadores optaron por cambiar la estructura del libro.

Al principio, los oficiales del NKVD pensaron ofrecer una relación completa de la política y la conducción de la guerra alemana titulada «Castillos en las nubes». A ojos de los soviéticos, esta expresión era una metáfora adecuada de las ambiciones del régimen de Hitler, los «castillos en las nubes» rusos no son otra cosa que los «castillos en el aire» alemanes [o españoles]. Pero dadas las pomposas residencias en las que había habitado el dictador alemán, en realidad el título se ajustaba muy bien al hecho de que el Berghof, con toda la infraestructura renovada, tenía dimensiones propias de un castillo, y lo mismo cabía decir de la cancillería del *Reich*. En última instancia, no obstante, el título pareció demasiado lírico; y en realidad, el resultado final no pretendía ser una visión de conjunto de la política alemana sino un texto

sobre Hitler.

Aquel texto era, de hecho, una biografía del dictador alemán desde 1933 hasta 1945. Estilísticamente tenía el carácter de un dossier, la forma externa correspondía a unas actas y estaba encuadernado como un libro. Stalin recibió el «Informe Hitler» — que a lo largo de sus 413 páginas contenía la vida del *Führer*— el 29 de diciembre de 1949, de manos de su ministro del Interior, Sergéi Kruglov. Se trataba de un ejemplar único, y los otros miembros del Politburó no tuvieron acceso a él,^[531] aunque Stalin permitió a algunos de ellos leer el documento. Tras la lectura, derivó el «Informe Hitler» a su archivo personal.^[532]

Pese a que el dictador soviético no escribió ninguna anotación en sus páginas, y a que tampoco se permitió ninguna nota marginal,^[533] a partir de otras fuentes cabe reconstruir lo que pudo interesarle de forma especial. Stalin, que desconfiaba profundamente de su entorno, había subrayado en el libro de notas de Bormann, cuya traducción había llegado a sus manos el 22 de junio de 1945, todos aquellos pasajes concernientes a la expulsión de antiguos camaradas del partido y colaboradores íntimos de Hitler: «El 29 de marzo [...] Guderian es relevado del mando», «¡el 30 de marzo [...] el doctor Dietrich despedido por el *Führer*!», «¡El 25 de abril Göring es expulsado del partido!», «el 28 de abril [...] Fegelein degradado», «el 29 de abril [...] matrimonio de Adolf Hitler con Eva Braun [...], los traidores Jodl, Himmler y generales]», «el primero de mayo: intento de evasión».^[534]

Terminado el informe, Linge y Günsche continuaron detenidos en el «puesto especial nº 5», a disposición de nuevos interrogatorios. Una vez que la seguridad del Estado ya no les necesitó, un tribunal militar del MVD de la región de Ivanovo los condenó, el 15 de mayo de 1950, a veinticinco años de trabajos forzados por participación en crímenes de guerra. Como primer día de cumplimiento de la pena se fijó el 6 de abril de 1950, en el momento de su traslado al centro de detenidos nº 48, en Ivanovo, cerca de Moscú.^[535] Poco tiempo después el MVD trasladó a Linge al penal nº 476 de Sverdlovsk y el 8 de octubre de 1955 fue entregado a la República Federal de Alemania.^[536] Günsche estuvo recluido en el mismo penal. Sin embargo, se había comportado de modo mucho más agresivo que Linge y durante su reclusión, en numerosas ocasiones fue condenado a penas adicionales por propaganda antisoviética y por negarse a ejecutar trabajos.^[537] Por último, en diciembre de 1955, el MVD entregó a Günsche al Ministerio del Interior de la República Democrática Alemana, y dio plena libertad a los funcionarios germano-orientales para que procedieran con él según su criterio.^[538]

Hechos e interpretaciones. Sobre el contenido del «Informe Hitler»

Los oficiales del NKVD habían sido formados en la ideología marxista-leninista y tenían una idea estricta de cómo había que interpretar la historia. La redacción del «Informe Hitler» se apoyaba en las declaraciones de personas cuya ideología no compartían. Además, estaban obligados a satisfacer el voyeurismo de su jefe, Stalin. Pese a esta visión triplemente sesgada de la dictadura nacionalsocialista y de la segunda guerra mundial, es indudable que los autores —todos ellos miembros de los servicios de la seguridad del Estado soviético— trataron de registrar la historia tal como aconteció en realidad. Pues el acercamiento marxista a la historia o el uso de fuentes ideológicamente sesgadas no impide necesariamente la búsqueda de la verdad histórica.^[539]

Tampoco el interés especial en determinadas cuestiones se oponía por completo a la búsqueda de la verdad, ni tampoco la selección de los temas llamados a suscitar la atención del destinatario colisionan con los intereses del lector actual. Sólo gracias a que Stalin quiso acumular compulsivamente datos personales sobre su rival,^[540] disponemos hoy de estas informaciones. La mirada al hombre Hitler era también indispensable porque coincidía con la visión de la historia centrada en la personalidad que caracterizaba a Stalin.^[541] Sólo la ciencia histórica marxista-leninista de la era posestalinista rompió los vínculos entre la persona de Hitler y la dictadura nacionalsocialista.^[542] En 1948 y 1949, cuando se estaba elaborando el «Informe Hitler», se tenía por significativa la relación entre la vida del dictador y las épocas de su dictadura. Ascenso, culminación y decadencia: en estas fases era posible articular tanto la vida de Hitler como la dictadura nacionalsocialista.

A la hora de considerar a Hitler como persona privada, los autores destacaban tres aspectos. Sus hábitos con respecto a la comida y la bebida, las enfermedades y la vida en común con Eva Braun. Lo que les importaba no eran las descripciones imparciales, sino dejar constancia de su creciente hundimiento corporal y mental. Hitler no sólo no filmaba, sino que detestaba el humo de tabaco en su presencia.^[543] Esto se menciona por primera vez al relatar una escena en el búnker berlinés, en un momento en que Hitler daba la impresión de estar psíquicamente ausente e incluso desorientado. Tampoco se alude explícitamente en el «Informe Hitler» a la extrema sobriedad de Hitler respecto al alcohol. Lo cierto es que antes de 1931, en las reuniones del partido, Hitler bebía cerveza en abundancia, hasta siete jarras, pero habitualmente, uno o dos vasos en la cena. Como bebida digestiva, tomaba de forma ocasional coñac o algún aguardiente de fruta. Los autores del «Informe Hitler» aluden a esta sobriedad sólo cuando Hitler la abandona. Citan una declaración de Linge según la cual, después de la batalla de Stalingrado, «en cada almuerzo y cena» Hitler bebía «una considerable cantidad de licores o de coñac», pero silenciaban que la bebida nunca le hizo perder el control y que enseguida podía dejar de beber.^[544]

Sólo marginalmente se alude en el texto a la dieta vegetariana de Hitler,^[545]

aunque en ésta cabía descubrir una de las causas de sus frecuentes enfermedades, que por otra parte eran de enorme interés para el NKVD y para Stalin. En cualquier caso, los oficiales soviéticos registraron los bruscos cambios entre la abstinencia y la gula en los hábitos alimentarios de Hitler, algo en lo que también repararon otros testigos. Friedelind Wagner relataba que en Bayreuth, Hitler comía sopa de fideos todos los días, y a veces cenaba el mismo plato, pero que también se comía hasta un kilo de bombones al día.^[546] Ernst Hanfstaengel, que estuvo a su lado durante muchos años, calificaba de «incomprensible» el «vegetarianismo culinario y la gula» de Hitler.^[547] En el «Informe Hitler» se describe al dictador como alguien que, sometido a una gran tensión nerviosa, consumía grandes cantidades de hidratos de carbono («bombones por decenas»).

Las revelaciones de Linge describen los desmayos y trastornos de Hitler. Los oficiales del NKVD relatan minuciosas impresiones que dan cuenta de su creciente deterioro físico. Hitler aparece como un hombre desgastado, decrepito. Sólo en una ocasión mencionan el humor negro con el cual alude al declive físico. En este contexto se hace también una referencia al médico de cabecera de Hitler, Theodor Morell, a quien los oficiales del NKVD califican sin ambages de «charlatán» y del cual únicamente cabe decir lo peor.^[548] Si tenemos en cuenta los numerosos casos de mal uso de medicamentos que aparecen consignados en el «Informe Hitler», esta opinión no parece desencaminada.

La prescripción de gotas oftalmológicas con un contenido de cocaína no puede considerarse un error de tratamiento o un abuso en el consumo de droga, como se sugiere en el «Informe Hitler».^[549] Pero el caso de las «inyecciones estimulantes» que le suministraba es distinto. Morell le inyectaba un medicamento que él mismo preparaba: Vitamultin, que contenía dosis extremadamente elevadas de pervitina y de cafeína.^[550] Está justificado hablar de dependencia, pues Hitler consumía este estimulante de forma regular, y al día podía recibir hasta cuatro inyecciones de Vitamultin. La decadencia física y mental, extraordinariamente rápida entre 1942 y 1945, puede atribuirse a este abuso de medicamentos.^[551] Sin embargo, el médico de las SS Ernst Günther Schenck, quien en los días finales trabajó en el hospital militar de la cancillería del *Reich* y después escribió una biografía médica de Hitler, expuso la tesis de que el deterioro de Hitler «no era consecuencia de una dependencia de la pervitina, sino la expresión de un desgaste absoluto y del agotamiento humano». Schenck añade, además, que Hitler sufrió el fatal desarrollo de un síndrome de Parkinson, enfermedad que puede atribuirse a la arterioesclerosis, aunque no se descarte como causa la ingesta de psicofármacos y anfetaminas (en el caso de Hitler, la pervitina).^[552] También el psiquiatra Frederick (Fritz) Redlich, huido de Viena en 1938 y más adelante profesor en la Universidad de Yale, en su biografía médica de Hitler habla «inequívocamente» de síndrome de Parkinson, pero no lo atribuye al

consumo de psicofármacos. Redlich analizó con sumo detalle las consecuencias psíquicas y físicas del abuso de la pervitina y llegó a la conclusión de que esta sustancia fortaleció la agresividad de Hitler, aunque la adicción no fue la causa de su política criminal.^[553]

Morell, el médico de cabecera del dictador, no aceptó la evidencia del diagnóstico hasta comienzos de 1945. La falta de cooperación de Hitler a lo largo de los años sólo sirvió para reforzar los errores en el diagnóstico en que incurrió repetidamente Morell. Hasta ese momento el dictador no aceptó tomar medicamentos que retardaran su decadencia física y mental. No obstante, es probable que con la prescripción de anfetaminas Morell tuviese la esperanza de reducir los temblores corporales de Hitler.^[554] Redlich, que no pudo conocer ni las declaraciones de los prisioneros en manos de los soviéticos ni, por descontado, el «Informe Hitler», determinó, en su diagnóstico a distancia, que hasta el final de la guerra ni la inteligencia ni la memoria de Hitler sufrieron menoscabo.^[555] El biógrafo Werner Maser determinó, basándose en las manifestaciones de distintos testigos, que Hitler mantuvo «hasta el final de sus días la claridad y coordinación de su mente».^[556] Esta tesis ha mantenido su vigencia hasta el presente, sobre todo porque con ella se explica la incondicional lealtad del entorno de Hitler.^[557] A fin de cuentas, esta versión de una inquebrantable salud mental abría el terreno para las elevadas especulaciones de toda una serie de ensayos que exponían la nostalgia del pueblo por el «crepúsculo».^[558]

La aparición de nuevas fuentes obliga a replantearse otra vez la cuestión de las enfermedades de Hitler. Las declaraciones de Linge y Günsche son, en este aspecto, coincidentes: a menudo hablan de las ausencias mentales del dictador, incluso de desorientación y de absoluta indiferencia por cuanto le rodeaba. Según el «Informe Hitler», algunas de sus supuestas explosiones de cólera jamás ocurrieron y pertenecen al reino de la fantasía.

Episodios de este tipo han dado pie a espectaculares escenas cinematográficas, como mostró de forma indiscutible el largometraje del productor alemán Bernd Eichinger *El hundimiento*, filme del año 2005 nominado al Oscar. Un ejemplo elocuente de ello lo representa el ataque de delirio que le provocó la traición de Fegelein. El espectador escucha los gritos de un Hitler desahogado: «¡Traición!», «¡Fegelein!, ¡Fegelein!, ¡Fegelein!». Y el guión prosigue: «Hitler golpea la mesa con el puño. Su rostro enrojece, a punto de reventar».^[559] Lo cierto es que, en realidad, el comandante de batalla del barrio gubernamental tuvo que obligar a Hitler a llevar a su cuñado ante un consejo de guerra. Otras escenas de la película también son inventadas, o están basadas en testimonios sin contrastar y poco seguros. El encuentro en el que Speer se despidió de Hitler fue a todas luces menos emotivo de lo que la película da a entender. A la secretaria Traudl Junge no la salvó ningún joven, como también se narra en el filme, sino que la violaron repetidas veces, y a lo largo

de varios meses fue la «prisionera personal» de un oficial de alto rango de los servicios secretos soviéticos. Tampoco la cronología de la película, que debería respetar la exactitud histórica, se corresponde con la realidad. Hitler aparece una y otra vez como el motor de los acontecimientos, pero no fue Hitler quien exigió los ejércitos de Steiner y Wenck, sino que lo hicieron Keitel, Krebs y Burgdorf. Quienes dirigieron la guerra durante los últimos días fueron los generales de Hitler, no el propio Hitler.^[560]

Pero a los interrogadores soviéticos les interesaba muy especialmente no sólo el estado de salud de Hitler. Ya en el otoño de 1945, habían preguntado a los prisioneros por la conducta sexual de Hitler. Linge fue presionado con intensidad para que hiciese revelaciones al respecto. Pero también el piloto de aviación Baur y Günsche tuvieron que informar sobre este punto. Los oficiales del NKVD no tardaron en abordar las relaciones de Hitler con Eva Braun. En las actas de los interrogatorios, como también más tarde en el «Informe Hitler», la denominan abiertamente «amante» o «compañera de lecho» del *Führer*, algo que más tarde confirman las gráficas descripciones de Linge sobre agradables tardes con champán, bombones y afrodisiacos. También les resultó plausible a los oficiales soviéticos que Hitler mantuviera en secreto sus relaciones por razones políticas. Su boda con Eva Braun al final de sus días confirmaba para ellos este hecho. Las especulaciones sobre la idiosincrasia de las relaciones de la pareja resultaban superfluas.

Desde el punto de vista soviético, las despreciativas observaciones de Hitler sobre los homosexuales en las SA eran un indicio de que sus inclinaciones eran «normales», a lo que podía sumarse la descripción del informal trato mutuo en el Berghof o los cotilleos referidos a la sobrina de Hitler, Angela. Se tenía en cuenta que muchas de estas descripciones se basaban en testimonios de oídas, como ilustra el empleo erróneo del apelativo cariñoso Nicki, en lugar de Geli, para Angela Raubal. En el informe destinado a Stalin no se incluyó, en cambio, una información basada en el «informe de espionaje» del agente infiltrado en la celda de Baur, «Cazador». El 25 de diciembre de 1945, en las actas, éste aseguró a su superior que «hacia el final de la guerra, Eva esperaba un hijo de Hitler».^[561]

Los defensores de la tesis de la homosexualidad de Hitler —reprimida o latente— no van a dejarse convencer de lo contrario por este dato conservado en los archivos soviéticos.^[562] Antes ya habían rechazado el testimonio de ex amantes del dictador por no considerarlos dignos de credibilidad,^[563] y habían puesto en duda las investigaciones de diversos biógrafos de Hitler.^[564] Por otra parte, la afirmación de Baur acerca del embarazo de Eva Braun tampoco puede ser valorada como una demostración inequívoca de una relación sexual con Hitler o de su libido, pues el historiador Anton Joachimsthaler, que investigó detalladamente el entorno personal de Hitler, considera no sólo posible sino incluso probable que Eva Braun mantuviera

relaciones con su cuñado, el oficial de las SS Hermann Fegelein.^[565] Pero las conclusiones de la historiografía alemana y de las fuentes contemporáneas tanto alemanas como soviéticas permiten asegurar que la conducta sexual de Hitler era más bien moderada;^[566] también hablan de una reducción de su libido,^[567] pero muy poco de una tendencia homosexual.

Aunque Stalin y el aparato de seguridad soviético se interesaron por la vida privada de Hitler, pusieron claramente el acento sobre sus técnicas a la hora de ejercer el poder político. Pese a todo, los oficiales del NKVD se prohibieron a sí mismos nombrar explícitamente unas diferencias que saltaban a la vista. Con respecto a su entorno más próximo, también Stalin procedía según el principio de que «las convicciones cambian, pero el miedo permanece».^[568] Hitler puso en práctica este principio con los pueblos sobre los que se impuso, pero a su entorno personal lo tenía por fiel, o al menos leal. Por esta razón, los oficiales del NKVD tenían mucho interés en mostrar que al final la confianza de Hitler fue decepcionada. En el informe se dedica mucho espacio a los pasajes sobre la supuesta «traición» de los generales de la *Wehrmacht* y de la dirección de las SS.

Especialmente incompresible era, desde el punto de vista de los redactores soviéticos, la magnanimidad con que Hitler trataba a los altos mandos del Ejército de Tierra. «Hitler mantuvo siempre que los únicos culpables de sus derrotas eran los generales», escriben, «pero nunca obligó a ninguno a rendir cuentas.» Los oficiales del NKVD no podían entender que les diera de baja y les concediera después altas condecoraciones. Por el contrario, durante las purgas de 1937-1938, Stalin hizo ejecutar a miles de oficiales de alta graduación y reforzó de este modo la lealtad. Incluso durante la guerra, hizo ejecutar a generales que, en su opinión, habían fracasado.^[569]

Su informal estilo de gobierno también tenía mucho que ver con la técnica hitleriana de poder. Quitó protagonismo al consejo de ministros y preparaba todas las decisiones importantes en diálogos personales con los ministros, para acabar tomando por sí solo las decisiones finales. En esta gestión tuvo el apoyo de la cancillería del *Reich*, dirigida con eficacia por el ministro Lammers, y la no menos eficiente cancillería del Partido, presidida por los dirigentes del Partido Nacionalsocialista Hess y Bormann.^[570] Además, Hitler aprovechó las emergentes rivalidades de la doble estructura de partido y poder ejecutivo, a fin de aumentar la eficiencia de ambos y asegurar el control recíproco. Este antagonismo en las funciones del poder se resolvía sólo en el puesto clave que ocupaba el «*Führer*», de hecho, omnipotente.^[571] En el «Informe Hitler», esta posición de poder se aborda singularmente en la relación que mantuvo con los mariscales de campo y con los generales. Los otros dignatarios con funciones en el aparato del Estado aparecen sólo como receptores de órdenes, aunque tampoco se las describa como carentes de responsabilidad personal.

Y se describe adecuadamente la forma que tenía Hitler de encomendar tareas a terceros.

El punto de vista específicamente soviético se refleja en la frecuente alusión a los patrocinadores del partido nazi. El hecho de atribuir a diversos industriales una gran relevancia no parece, mirando las cosas retrospectivamente, erróneo en modo alguno. La selección de los personajes —Krupp, Kirdorf, Poensgen, Schroeder, etcétera— tampoco era, en absoluto, equivocada.^[572] Su calificación de «monopolistas» correspondía a la ideología marxista-leninista impuesta y usada por los oficiales del NKVD y Stalin, según la cual las empresas industriales y financieras unificadas en monopolios «penetran todos los ámbitos de la vida pública».^[573] Los autores del NKVD renunciaron, sin embargo, a precipitar este modo de ver las cosas al conjunto del «Informe Hitler» y se ajustaron, más bien, a los hechos históricos. El ministro de Armamento, Albert Speer, subrayó en varias ocasiones que los grandes industriales nunca llegaron a dominar el Estado, y retrospectivamente juzgó: «Algunos de ellos lo ayudaron, pero nunca fueron más que ayudantes».^[574]

Esta función subordinada de los industriales se mostró también por el hecho de que ninguno de ellos formó parte del entorno íntimo de Hitler, así como tampoco ningún militar de alto rango ni funcionario. En los cuarteles centrales del *Führer* o en el Berghof era posible encontrar con frecuencia a Albert Speer, Heinrich Himmler o a los generales comandantes en jefe, pero con la excepción de Speer, los contactos se limitaban a relaciones de trabajo. Al círculo informal pertenecían únicamente antiguos miembros del Partido, los ayudantes de las respectivas armas de la *Wehrmacht*, las secretarías y los directores de la cancillería del Partido, Hess y, más tarde, Bormann.

Es destacable el hecho de que las personas que habían estado junto a Hitler antes de 1933 fueron paulatinamente reemplazadas. Con el tiempo, el dictador se rodeó de personas intelectualmente inferiores a él y que no tenían posiciones de responsabilidad. En el «Informe Hitler», el Berghof aparece ante todo como un lugar de fiestas privadas, no como sede del Gobierno. Los irregulares horarios de trabajo de Hitler refuerzan esta impresión, pero pese a su «naturaleza bohemia», el dictador subordinaba sus días disciplinadamente a las tareas diarias de administración, a veces hasta caer en el agotamiento más extremo.^[575]

Hitler aprovechaba las comidas en grupo para relajarse, pero a menudo también ensayaba en ellas ciertas alocuciones retóricas. En los años previos a la guerra, solía escuchar a sus interlocutores y los interrogaba con cuestiones precisas. Más tarde, el único que hacía monólogos era él. A las personas que lo rodeaban, esos monólogos les parecían dignos de pasar a la posteridad.^[576] Consideradas retrospectivamente, estas exteriorizaciones no son sino testimonios notables de la visión del mundo del dictador. Es obvio que intentaba impresionar a sus oyentes, aunque su educación era

bastante precaria y fue más bien el fruto de lecturas personales. Su excelente capacidad receptiva^[577] le servía de mucho, no carecía de originalidad, pero a menudo sus manifestaciones y observaciones carecían de la estructura que sólo una educación sistemática puede proporcionar.^[578]

Para el «Informe Hitler», los oficiales soviéticos escogieron —entre las anotaciones de Linge y Günsche— declaraciones políticas características del Hitler. Por ejemplo, presentaron a Stalin la reacción de Hitler al tratado naval anglo-alemán de 1935, sus reflexiones sobre la posibilidad de romper la alianza de Francia e Inglaterra en 1940 y las opiniones del dictador sobre otros jefes de Estado. La selección de estas declaraciones se ajustaba, por lo demás, a la decisiva coyuntura política de 1948-1949.

Sin duda, a Stalin le interesaban ante todo aquellos países en los cuales la Unión Soviética actuaba ofensivamente, como Hungría y Rumanía, o los estados con respecto a los cuales no estaba decidido el curso a seguir, por ejemplo, Italia.^[579] En el trasfondo de la incipiente guerra fría, adquirieron importancia las apreciaciones sobre la política británica de apaciguamiento. Stalin observaba con sarcasmo la retirada de los antiguos aliados. En consecuencia, los autores concedieron gran importancia a los episodios que apuntaban a la posibilidad de una acción conjunta de Gran Bretaña y Alemania, o a una conducción tibia de la guerra por parte de los británicos.

Entre estos temas no sólo destacaban el pacto de Múnich para el reparto de Checoslovaquia en 1938 o la fracasada invasión británica de Noruega, sino también las negociaciones de Himmler con una delegación inglesa para una paz por separado y la «traición» del grupo de ejércitos dirigido por el teniente coronel Félix Steiner, al parecer, vinculada con esas negociaciones.

Particularmente detallado es el relato de la reacción de Hitler ante el vuelo de Rudolf Hess a Escocia, que además contradice la versión que Linge ofreció más tarde. En las memorias que éste publicó en la Alemania Federal, escribió que Hitler, después de escuchar que alguien llamaba a su puerta, la abrió rápidamente, ya vestido y afeitado.^[580] Esta descripción encontró acogida en la literatura científica especializada.^[581] En el «Informe Hitler», Linge había descrito la situación de modo diferente: el *Führer* respondió con «voz adormilada» y habría estado «sin afeitarse». El hecho de estar vestido explica que necesitara sólo «unos minutos» para abandonar el despacho, que estaba ubicado junto al dormitorio. La tesis de que Hitler estaba al corriente del supuesto «recado» de Hess pierde así uno de sus fundamentos más importantes.

Los interrogadores se interesaron asimismo por la tensa relación entre Hitler y sus generales. Después del interrogatorio de Linge y Günsche, llegaron a las mismas tesis que defienden los historiadores militares de Occidente.^[582] Los oficiales soviéticos

observaron que el pacto entre el régimen nacionalsocialista y el cuerpo de oficiales de formación prusiana se iba tornando más frágil después de cada derrota.^[583] Interpretaron el atentado contra Hitler del 20 de julio de 1944 como una prueba inequívoca de su creciente deslealtad.^[584] Los interrogadores de la seguridad del Estado —como supervivientes de las purgas estalinistas— quisieron reconstruir en su texto la magnitud de la conspiración. Una y otra vez preguntaban a Linge y Günsche quién era entonces leal a Hitler y quién había intervenido en la preparación del atentado. Y no les sorprendió que en la conjura estuviesen implicados los más altos oficiales. En la Unión Soviética, incluso determinados miembros del Politburó del Partido Comunista habían sido declarados «enemigos del pueblo» y ejecutados.

El texto entregado a Stalin sugiere un claro desprecio hacia Hitler por no haber realizado una «purga» completa entre la oficialidad. Los miembros del NKVD no renunciaron a reproducir la expresión de Hitler, según la cual la «providencia» lo había salvado.^[585]

Pese a que la selección de escenas pertenecientes a la segunda guerra mundial parece artificial desde el punto de vista contemporáneo, el «Informe Hitler» brinda una vívida imagen del dictador como caudillo militar. Hay en sus páginas una detallada evocación de sus reacciones ante ciertos acontecimientos de la guerra. Las batallas de Stalingrado, Kursk y el Oder se describen con exactitud. Y puesto que no se ha conservado casi ninguna de las actas de las reuniones informativas sobre el curso de la guerra que se reproducen en este documento, los informes de Günsche representan una fuente única.^[586] Sin embargo, ante la intensa y continua investigación de más de cincuenta años dedicada a todos los aspectos de la segunda guerra mundial, sería erróneo afirmar que el «Informe Hitler» obliga a una revisión completa de los conocimientos actuales sobre la materia.^[587]

La consideración de Hitler como jefe militar nos lleva a replantear determinados acontecimientos y decisiones. Por ejemplo, resulta sorprendente la ligereza con la que Hitler —en una situación estratégica muy incierta— declara la guerra a Estados Unidos. No menos asombrosa es la actitud irreflexiva ante la invasión aliada en Normandía así como sus magníficas relaciones con el comandante supremo de la *Luftwaffe*, Göring, que se mantuvieron intactas hasta los últimos días de la guerra. En contraste con esta indiferencia, se describen frecuentes cambios de humor después de las victorias o derrotas en el frente oriental, lo cual pone de manifiesto que Hitler no estaba en condiciones de dirigir aquella campaña bélica como exigían las difíciles circunstancias del momento. El «Informe Hitler» muestra que, tras la derrota de Stalingrado como muy tarde, perdió la mirada objetiva sobre los problemas estratégicos y puso el éxito táctico por encima de todo.

El texto también refleja, retrospectivamente, una sorprendente carencia de realismo. Hitler creía, por ejemplo, que los batallones, regimientos y divisiones,

cuyos movimientos seguía en los mapas del estado mayor, disponían de la misma fuerza de combate que al comienzo de la guerra.^[588] Atribuía el fracaso de los ataques, contraataques y maniobras de tenaza a la incompetencia de los comandantes y oficiales del estado mayor. A menudo les reprochaba falta de diligencia o cobardía, incluso a veces los culpaba de sabotaje. El relevo de los jefes militares se sucedía, por tanto, en intervalos de tiempo cada vez más cortos; a veces incluso iban unidos a violentos arranques de cólera por parte de Hitler. Algunas de estas diferencias entre Hitler y los militares de alto rango se describen memorablemente en el «Informe Hitler», como las que antecedieron al relevo de Guderian como jefe del estado mayor.

Los abundantes libros de memorias escritos por altos oficiales coinciden en esta imagen: Hitler se veía intelectualmente sobrepasado por el mando supremo de la *Wehrmacht*. El escritor militar británico Basil Liddel Hart opinaba en 1948, es decir, en la misma época del «Informe Hitler», que el dictador alemán tenía «el sentimiento natural que caracteriza al genio, pero al mismo tiempo una tendencia a cometer errores elementales».^[589] Uno de estos errores elementales fue sin duda la orden de detener la ofensiva el 24 de mayo de 1940, que permitió la retirada de Francia de las unidades británicas. Por otro lado, ni los generales aliados ni tampoco Hitler habían contado con el notable éxito operativo del Corte de Hoz, el atrevido plan Manstein para cruzar el Mosa hasta la costa del canal.^[590]

Otro de los errores que decidieron la guerra fue la negativa a invadir Inglaterra. Hitler pospuso en varias ocasiones la operación Lobo de Mar porque no quería correr el riesgo de un fracaso.^[591] Pero resulta imposible saber si la conquista de las islas británicas era realmente imposible o si el *Führer* temía, por razones de política interna, un alto número de bajas.

También la jefatura militar alemana cometió errores fatales en la conducción de la guerra contra la Unión Soviética. Hay que considerar como una de las causas de la derrota de Stalingrado la dispersión de las fuerzas en los grupos de ejércitos A y B para el ataque simultáneo en el Volga y el Cáucaso.^[592] La dirección de la ofensiva alemana en el verano de 1942 al Cáucaso estuvo dictada por la escasez de materias primas. Sin la conquista de los campos petrolíferos de esa región, a Hitler le parecía imposible continuar la guerra.^[593]

Pero también los aliados cayeron en faltas de apreciación que tuvieron como resultado derrotas graves. Francia renunció en septiembre de 1939 a lanzar una ofensiva contra el *Reich* alemán pese a que ya le había declarado la guerra. En 1940 no se bombardeó a las tropas alemanas que avanzaban en las Ardenas.^[594] En 1941, la disposición ofensiva de las tropas soviéticas en el límite fronterizo acordado en 1939 causó la pérdida de más de tres millones de soldados. El descalabro militar de la Unión Soviética parecía sólo una cuestión de tiempo.^[595] Por su parte, los aliados occidentales acometieron en 1943 y 1944 varios intentos de desembarcos terrestres en

Italia, el sur de Francia y Normandía, en los que diferentes errores pusieron en peligro el éxito de estas operaciones.^[596]

La victoria de la coalición contra Hitler se basó, en último término, en la superioridad económica de Estados Unidos y la Unión Soviética. Cuanto más se prolongaba la guerra tanto mayor se hizo la pujanza de sus industrias bélicas. En cualquier caso, la investigación histórica ha llegado a esta constatación a finales del siglo xx y no es extraño que el «Informe Hitler» no la contemple.

La afirmación de que la campaña de bombardeos de los aliados occidentales tuvo un efecto decisivo en la guerra estaba vedada en 1948 y 1949 por motivos de actualidad política: desde el punto de vista de Stalin y los oficiales soviéticos, este reconocimiento habría disminuido los méritos de la victoria del Ejército soviético. Pero resulta incuestionable la influencia de los bombardeos sobre la industria bélica alemana, pese a que entre enero de 1942 y mayo de 1943 su producción aumentó más del doble y disminuyó notoriamente en el último cuarto de 1944.^[597] Algunos sectores, como la industria aeronáutica, ya habían sido atacados con anterioridad de forma muy efectiva por los bombarderos aliados. Desde 1943 apenas eran posibles las operaciones combinadas aeroterrestres de las fuerzas alemanas. La *Wehrmacht* era tan incapaz de vencer en la batalla de Normandía como en la ofensiva de las Ardenas debido a la superioridad de la fuerza aérea aliada.

Los autores del «Informe Hitler» no se equivocaron al poner el acento en la guerra germano-soviética. También los historiadores alemanes han llegado en sus análisis a la conclusión de que la segunda guerra mundial se resolvió en el frente oriental. Andreas Hillgruber escribía en 1965:

«La gran invasión de los aliados occidentales en 1944 no llegó hasta que el destino de vastas zonas del centro, el este y el sudeste de Europa ya estaba sellado. Políticamente, llegó por lo menos con dos años de retraso; militarmente, cuando la *Wehrmacht* ya estaba decisivamente debilitada y paralizada en su libertad de movimiento».^[598]

Uno de los factores esenciales que acentúan la importancia de los acontecimientos en el frente oriental es sin duda el del número de víctimas.^[599] Las cifras que manejan los investigadores rusos más recientes hablan de 11,27 millones de bajas militares por el lado soviético.^[600] De los 4,2 millones de soldados alemanes muertos antes del 31 de enero de 1945, 1,83 millones perecieron en el frente germano-soviético. Desde entonces hasta el 9 de mayo de 1945, desaparecieron 1,4 millones de miembros de la *Wehrmacht* y las SS en los enfrentamientos con tropas soviéticas.^[601] Otros 3,1 millones de alemanes acabaron prisioneros de las tropas soviéticas entre 1941 y 1945.^[602]

Estas cifras revelan la crueldad de la guerra germano-soviética. Aunque el texto se centra en las personas, el «Informe Hitler» también da cuenta de esta circunstancia.

Pero sólo en pocos pasajes se insinúa que la campaña contra la Unión Soviética era una guerra de exterminio fundada en motivos racistas y que provocó 18,4 millones de víctimas civiles.^[603] Esta guerra de exterminio fue dirigida ante todo por las SS, pero también por una *Wehrmacht* políticamente adoctrinada.

Ya el 13 de marzo de 1941, en la directriz nº 21 de la operación *Barbarroja* las SS recibieron atribuciones especiales «para la preparación de la administración política», que se fundamentaban en «la lucha definitiva entre dos sistemas políticos antagónicos». A los oficiales de la *Wehrmacht* Hitler les impuso la tarea de asegurar «el empleo del país» para «las exigencias de la economía alemana». La *Wehrmacht* y las SS tenían que coordinar sus acciones, lo que significa que las SS no estaban supeditadas a la *Wehrmacht* sino que constituían un poder paralelo.^[604] Como en muchos otros casos, Hitler había creado estructuras dobles que estimulaban las rivalidades y que al mismo tiempo eximían a las instituciones de asumir responsabilidades.^[605] Pero los procesos políticos del Partido Comunista de la Unión Soviética, es decir, de Stalin, también contribuyeron a la radicalización de la guerra.^[606]

La propaganda alemana utilizó las agresiones cometidas contra los soldados alemanes y la población civil^[607] en los últimos meses de la guerra para promover una movilización efectiva de todas las reservas. El 28 de febrero de 1945, en un discurso radiado, el ministro de Propaganda Joseph Goebbels llamó a luchar contra «un enemigo sediento de sangre y vengativo».^[608] Y a comienzos de 1945 el *Gauleiter* Paul Giesler exigía en el periódico *Münchener Feldpost* que un «odio» hasta entonces desconocido penetrara en cada corazón alemán: «Hay que abrir todas las compuertas al odio. Nuestros sentimientos llenos de desprecio han de golpear al enemigo como una oleada de fuego que lo abrase».^[609] En el «Informe Hitler» esta propaganda aparece desfigurada, pero en lo esencial, se ajusta a la realidad.

El *Panzerbar*, «el órgano de lucha para los defensores del Gran Berlín», impreso en el Ministerio de Propaganda, publicaba sobre todo llamamientos a la resistencia y mentiras sobre la situación real de la guerra. «Berlín es el rompeolas del torrente rojo», proclamaba el *Panzerbar* del 25 de abril de 1945. Simultáneamente tenía que aceptar que en el Oder, con la ayuda de una colosal concentración de material, los bolcheviques habían podido abrir unas pocas franjas de territorio «el frente Oder-Neisse». «Resistimos con firmeza», titulaban el 25 de abril.

En la primera página, impreso en letras gruesas, el lector, bajo el titular UN FÉRREO llamamiento, se encontraba con una cita de Ulrich von Hutten: «Quizá yo muera, pero jamás seré un siervo ni veré a Alemania en la servidumbre».^[610] La reducción de la obra poética de Ulrich von Hutten a esta divisa sería sólo un detalle marginal si no fuera porque una división de los granaderos del pueblo también había sido bautizada pocos días antes con el nombre del humanista. Junto a estas unidades

formadas apresuradamente, combatían en los últimos meses no sólo las tropas regulares de la *Wehrmacht* y las SS, sino también las unidades del *Volkssturm*, creadas el 26 de septiembre de 1944 por orden de Martin Bormann. En provincias, el mando de esta milicia recaía en los *Gauleiter* del partido nazi; mientras que la dirección suprema estaba en manos de Bormann y Heinrich Himmler, en su función de comandante del ejército de reserva. Todos los varones entre los 16 y los 60 años de edad fueron alistados; de ellos, aproximadamente doscientos mil murieron o se cuentan como desaparecidos.^[611] El «Informe Hitler» censura moralmente el *Volkssturm*. Con la perspectiva del tiempo, esta última forma de resistencia alemana aparece como un puro sinsentido militar.

Pese a su mísero armamento, estas unidades, destinadas a la muerte, retrasaron algunas semanas la victoria del Ejército Rojo. Aunque por breve tiempo, frenaron el avance del «enemigo rojo del mundo», o «el asalto mongol», como expresó Goebbels en su alocución a los berlineses del 24 de abril de 1945. Las fuerzas armadas soviéticas lograron sitiar Berlín hacia finales de abril, pero no pudieron ocupar la totalidad del territorio alemán que les correspondía según los acuerdos de la Conferencia de Yalta. Fueron los miembros de las Juventudes Hitlerianas, como aquellos muchachos a los que Hitler condecoró con la cruz de hierro el 20 de marzo de 1945 en el jardín de la cancillería del *Reich*, los que alentaron la voluntad de resistencia que Goebbels había proclamado. Un gran número de ellos no ponían en cuestión ni la verdad de la propaganda ni la capacidad de liderazgo de Hitler.^[612]

Pero también los soldados más veteranos continuaron luchando hasta el suicidio de Hitler, aun estando desilusionados y convencidos de que la guerra estaba perdida.^[613] Habían caído en la trampa moral de un patriotismo desaforado que asumió como divisa dos versos del poema «Despedida de un soldado», que Heinrich Lersch escribiera en 1914. Su mensaje central, «Alemania vivirá, aunque nosotros tengamos que morir», podía leerse en numerosos monumentos en honor de los caídos en la primera guerra mundial; todos los escolares aprendían y analizaban la frase en las clases de lengua alemana.^[614] Para la generación que participó en la primera guerra mundial, la certeza de la inferioridad del individuo respecto de la sociedad era tan evidente como la voluntad de morir por conceptos abstractos como «pueblo», «Alemania», «pabellón» u «honor».^[615]

El general Ernst Udet, uno de los pilotos de guerra más celebrados de dicha contienda, amigo de Göring y de Leni Riefenstahl, había escrito en 1935 en sus memorias que su vida «se ha transformado en algo secundario», dentro del «torrente de nuestro destino común». Y vinculaba su fascinación por la muerte con una profesión de fe hacia Adolf Hitler: «Habíamos tenido que guardar nuestros pabellones. El *Führer* nos los devolvió. Para los antiguos soldados la vida ha recuperado su valor».^[616]

Por eso carece de importancia saber si los protagonistas del «Informe Hitler» realmente sentían repugnancia por los esfuerzos insensatos de la defensa final que se describe en el texto. En 1961, el historiador Percy Ernst Schramm, coautor y posterior editor del *Kriegstagebuchs des Oberkommandos der Wehrmacht* [Diario de guerra del alto mando de la *Wehrmacht*], expresó el veredicto de la historia, que coincide con el veredicto de los supervivientes: «Hitler supo antes que nadie que la guerra estaba perdida [...], echó sobre sus espaldas la imperdonable responsabilidad de haber prolongado ese conflicto».^[617]

Decenios más tarde, más de uno de aquellos promotores de esa lucha desesperada seguía pensando que las incontables víctimas estaban justificadas. No se trataba tan sólo de prolongar tres días más la vida de Adolf Hitler, explicó cínicamente el antiguo dirigente de las Juventudes Hitlerianas, Artur Axmann, sino de que «la lealtad no desapareciera de la faz de la tierra».^[618]

Omisiones. Los errores de motivación política en el «Informe Hitler»

Hitler sabía usar con mucha habilidad los esquemas mentales del pueblo alemán y movilizaba grandes masas aludiendo a problemas políticos reales o de supuesta candente actualidad.^[619] Como orador poseía capacidad de sugestión, tanto en conversaciones privadas como en reuniones de masas. Su voz tocaba directamente los centros de percepción emocional y proporcionaba un espectáculo de carácter único en una época en que los medios de comunicación de masas eran rudimentarios.^[620]

A Friedelind Wagner, la única crítica de Hitler entre la familia Wagner, sus discursos, al margen de la «voz desentonada» y «afectivamente exagerada», le parecían una «tempestad que deja sin aliento, que sume a los seres humanos en el aturdimiento y la excitación».^[621] Ya en 1931, la revista norteamericana *Vanity Fair*, especializada en el arte teatral, lo había incluido entre los mejores oradores de la época. Y ese mismo año, el *Berliner Illustrierte*, un periódico muy popular y de enorme influencia, lo consideró uno de los «tribunos del momento presente», junto a Mussolini, Stalin y el Mahatma Ghandi.^[622]

En el «Informe Hitler» se alude a que el dictador ensayaba sus discursos y al deleite que le provocaba contemplar su figura «ante el espejo, como un pavo real».^[623] A pesar de la relevancia que tuvieron para su éxito, las páginas del informe no mencionan sus dotes retóricas.

Por otra parte, Hitler supo formar un partido que se reveló como un instrumento adecuado para la construcción de su poder personal. El Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores de Alemania, que en 1933 ya contaba con más de un millón de militantes, era, desde el punto de vista sociológico, un «partido popular de protesta».

[624] Después de 1933 se transformó en un partido de Estado y, con ello, en el dueño del poder ejecutivo.[625] En su particular uso del poder, Hitler unía ideología y terror con elementos carismáticos, pero renunció a una revolución social.[626]

Stalin, por el contrario, carecía de carisma personal y sólo pudo conseguir éste mediante un sistemático culto de la personalidad.[627] Asumió el poder tras luchas internas del partido, y como dictador era un virtuoso en el manejo de la burocracia y de los aparatos del terror. Dio forma a una revolución que hizo realidad el sistema mundial del comunismo.

Con el fin de no resaltar demasiado las diferencias entre ambos dictadores, los autores recortaron los textos de Linge y Günsche de tal manera que el talento de Hitler para el caudillaje de las masas apenas se hizo visible. Los incontables y multitudinarios mítines del partido nazi sólo se citan de pasada y no se habla de los efectos sobre el auditorio. En cambio, se concede un amplio espacio a las apariciones de Hitler en privado, pero el documento lo muestra muy escasamente como un anfitrión agradable. La mayoría de las veces se destacan sus sarcasmos, su cinismo, su tendencia a alegrarse ante la desgracia ajena y sus expresiones perversas.

Comoquiera que sea los redactores soviéticos asumieron los pasajes dedicados al *Leibstandarte* Adolf Hitler y, que, obviamente, fueron escritos por Günsche. Su lealtad incondicional para con su «*Führer*», resuena con toda claridad incluso después de que Hitler hubiera retirado al *Leibstandarte* su nombre a finales de marzo de 1945, tras la fracasada ofensiva del lago Balatón.[628] Resulta notable la porfiada reacción de Wilhelm Mohnke, el último comandante del barrio gubernamental, quien en abril de 1945 manifestó a Günsche: «El *Führer* ya no quiere saber nada más de su *Leibstandarte*, pero ahora le demostraremos que todavía puede contar con él». Los oficiales del NKVD no investigaron cómo pudo generar Hitler semejante grado de fidelidad.[629]

Mientras que estas deficiencias del Informe Hitler son comprensibles e incluso tolerables, resulta escandaloso que los interrogadores del NKVD no hicieran ni el menor esfuerzo por explicar las causas del genocidio judío en territorio alemán. Pues sólo en los territorios de la Unión Soviética ocupados por la *Wehrmacht* entre los años 1941 y 1945 se asesinó a 2,1 millones de judíos. Está además fuera de toda duda que el número de víctimas judías del régimen nacionalsocialista supera con mucho los cinco millones. Si se cuentan también los muertos en guetos y en campos de concentración a causa del hambre y la falta de higiene, la cifra de víctimas del Holocausto supera, con toda seguridad, del límite de los seis millones.[630]

Sin embargo, los agentes soviéticos no intentaron ni reconstruir las órdenes de Hitler para ejecutar el asesinato de los judíos, ni tampoco describir su visión antisemita del mundo. Tanto Linge como Günsche habrían podido ofrecer datos al respecto. Sólo en un pasaje se vincula a Hitler con la construcción de cámaras de gas.

En el «Informe Hitler» se afirma que el dictador se habría interesado «personalmente» en su desarrollo. Incluso habría opinado sobre modelos y proyectos que le presentó Himmler y habría ordenado que a los constructores «se les prestase el máximo apoyo». Las investigaciones históricas habían sostenido, hasta el presente, que Hitler había confiado a las SS la ejecución del genocidio y que él quiso involucrarse lo menos posible en los detalles.^[631]

El biógrafo de Himmler, Richard Breitmann, se refiere en estos términos al empleo de camiones y cámaras de gas: «No sabemos con cuánta celeridad Himmler informó al *Führer* sobre las nuevas posibilidades de exterminar a seres humanos en el este».^[632] Que Hitler tuvo que estar al corriente de las cámaras de gas y de la capacidad de las nuevas instalaciones para el exterminio, se deduce de la instrucción de Himmler del 18 de septiembre de 1941. Hitler desea, como se asegura en la carta del comandante supremo de las SS, que la deportación de los judíos del *Reich* alemán y del Gobierno General de los Territorios Polacos Ocupados sea lo más rápida posible. Durante dos días Hitler y Himmler habían hablado al respecto durante horas en la *Guarida del Lobo*.^[633]

Pero es fácil explicarse el silencio ante el Holocausto en el «Informe Hitler». Antes y durante la segunda guerra mundial, los órganos de la seguridad del Estado habían asesinado a numerosos judíos o los habían hecho ejecutar después de juicios ficticios como enemigos políticos. La cifra debe de alcanzar las decenas de miles de víctimas, pero no ha sido precisada.^[634] A partir de 1947 aumentaron la intensidad y el volumen de las persecuciones, que se habían interrumpido durante algún tiempo. Además, no tenían una motivación política, sino que adquirieron un decidido carácter antisemita.

El responsable de las represalias era el MVD, el organismo que sucedió al NKVD. Los oficiales de la Seguridad del Estado se encargaron de reunir los cargos contra «sionistas» y «cosmopolitas», a los que también ejecutaban sin juicio previo, tan sólo por orden directa de Stalin o Beria.^[635] La elaboración del «Informe Hitler» coincidió con la época más intensa de la política antijudía de la Unión Soviética. Ante el manifiesto antisemitismo de Stalin, no era recomendable explicar con mucho detalle el asesinato de los judíos.^[636]

Otro tabú lo constituía el pacto germano-soviético de los años 1939-1941. En el «Informe Hitler» se alude sólo a una parte de este acuerdo, el pacto de no agresión. No se describen ni su nacimiento ni las consecuencias. Y en el relato de la invasión alemana de Polonia, los redactores soviéticos ni siquiera recuerdan que su país también atacó a los polacos. El plan de trabajo del «Informe Hitler» contemplaba originalmente la posibilidad de ocuparse de este tema.^[637] Pero los oficiales del NKVD responsables del libro, el teniente general Parparov y el mayor Saleyev, rechazaron la idea. Demasiado bien sabían los dos agentes de los servicios secretos,

en parte gracias a su propia experiencia en la represión durante las purgas estalinistas, lo que era políticamente oportuno para el núcleo de la dirección política soviética. [638]

Probablemente no era el «reparto de la presa» con Hitler lo que había que silenciar, pues la Unión Soviética obtuvo partes de Polonia y Rumanía así como la entrada a los estados bálticos y a Finlandia. El mando soviético podía estar seguro de tener las manos libres para el caso de una guerra contra Japón en toda la frontera de Mongolia y Manchuria. [639] Un análisis del pacto de no agresión en el «Informe Hitler» habría despertado el recuerdo de alguno de los más graves errores de cálculo de los dirigentes soviéticos.

En principio, la aceptación de las propuestas alemanas para el reparto de Europa pareció racional. En la lucha por conquistar los favores de la Unión Soviética, Hitler había ofrecido a Stalin mucho más que a las potencias occidentales. Para el Politburó resultaba obvio que aquello sólo podía tratarse de una alianza a corto plazo. Nikita Jruschov, sucesor de Stalin, recordó después las palabras de éste: «En realidad, todo esto es un juego, el de quién sorprende y engaña a quién». [640]

Con el pacto, el *Reich* alemán obtuvo ventajas imprevistas. Momentáneamente, pudo limitar su voluntad de autarquía, sin tener que realizar por ello un cambio en los planes económicos. El comercio a gran escala de petróleo y metales no ferruginos resultaba vital para la industria armamentística germana. Gracias a los suministros de petróleo, evitó la reducción de combustibles fruto de la campaña de Francia. [641] Pero los jerarcas alemanes eludieron una dependencia demasiado grande de la Unión Soviética y evitaron cualquier forma de chantaje. [642]

Stalin se equivocó también en la apreciación del inevitable estallido inmediato de una guerra entre las potencias «imperialistas» de Alemania, Francia e Inglaterra. Contaba con un debilitamiento, no con un fortalecimiento del potencial militar alemán, y esperaba poder aprovecharse de las disputas. Contempló con grandes reservas los nuevos sondeos de Gran Bretaña para establecer un pacto militar. [643]

También el ataque alemán contra la Unión Soviética se vio precedido por una serie de decisiones equivocadas de Stalin. En consecuencia, los acontecimientos del verano de 1941 fueron tratados de modo muy sucinto en el «Informe Hitler». En cualquier caso, los miembros de la seguridad del Estado renunciaron a reproducir la fórmula propagandística del «asalto traidor». Los oficiales del servicio de espionaje sabían mejor que nadie que Stalin ya conocía la fecha de invasión a comienzos del verano de 1941. El dictador ruso rechazó, denigró con observaciones obscenas y calificó como desinformaciones las noticias al respecto que le transmitieron sus servicios de espionaje. [644] Sobrevalorando las posibilidades propias e infravalorando al mismo tiempo al enemigo alemán, la dirección soviética diseñó planes propios para una ofensiva. A causa de esto, se ha discutido extensamente si, desde el punto de

vista alemán, el ataque fue más bien una contraofensiva. La idea ha cosechado tanta aceptación como rechazo.^[645]

Lo cierto es que en los límites del territorio definido en 1939 se encontraban frente a frente dos potencias mundiales extraordinariamente bien armadas, y cuyos intereses imperiales resultaban antagónicos. Tanto la Unión Soviética como el *Reich* alemán eran estados ideológicamente estructurados, totalitarios, que en los últimos años habían iniciado una serie de guerras de agresión y que consideraban inevitable el enfrentamiento militar. Ambos estados habían desarrollado minuciosos planes de ataque e intentaban anticiparse a sus rivales. El concepto de guerra preventiva parece tener motivaciones políticas y resulta por tanto una caracterización inadecuada de la guerra germano-soviética.^[646]

La conquista de la Rusia europea para la creación de un imperio colonial era una aspiración natural de Hitler desde 1933, al margen de todos los virajes tácticos. En su concepción del mundo, la conquista de «espacio vital en el este» ocupaba un lugar central. Ya en 1927, en *Mi lucha*, calificaba a Rusia como una futura región colonial, pues el régimen bolchevique estaba a todas luces «maduro para el desastre».^[647] El enfrentamiento contra la Unión Soviética, pese a ser una necesidad estratégica determinada por el curso que adquirieron los acontecimientos bélicos, fue, en última instancia, una guerra de conquista.^[648]

Sin embargo, Hitler adoptó la decisión del ataque de modo intuitivo. Como han demostrado estudiosos actuales, los oficiales del estado mayor alemán no conocían con exactitud ni la fuerza del enemigo ni tampoco su posición. Tampoco existía una valoración estimativa de la capacidad combativa del Ejército Rojo.^[649]

Los redactores soviéticos no sólo «abreviaron» las declaraciones de Linge y Günsche referidas al comienzo de las hostilidades, sino que también guardaron silencio sobre los éxitos iniciales de la *Wehrmacht* contra las fuerzas armadas de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Pese a que las tropas soviéticas eran superiores en número y estaban bien equipadas, hacia finales de 1941 más de 3,8 millones de sus soldados habían caído prisioneros de los alemanes.^[650]

En el «Informe Hitler» no aparecen descripciones muy exactas acerca del desarrollo de la guerra y de la actuación de Hitler como comandante supremo de la *Wehrmacht* hasta el momento en que la ofensiva alemana se atascó. Sus reacciones ante la derrota a las puertas de Moscú y el infructuoso bloqueo de Leningrado se reproducen de forma muy gráfica. Las descripciones subsiguientes dan la impresión de que una y otra vez se eliminan pasajes completos acerca de los éxitos de los ejércitos alemanes. Hasta el momento de la batalla de Stalingrado el texto semeja una colección de episodios sueltos.

Pero con independencia de las interpretaciones que hoy pueden calificarse de erróneas o de las omisiones motivadas por la política, el «Informe Hitler»

proporciona un elocuente retrato del dictador alemán. Ofrece una descripción de su actividad política y militar notablemente detallada. Su absoluta carencia de escrúpulos y su voluntad exterminadora sin límites se reflejan sin ambages. El capítulo dedicado a los últimos días en el búnker del *Führer* es estremecedor. Narra la voluntad de Hitler de prolongar su vida hasta el último momento, aunque ello suponía conducir al pueblo alemán a la catástrofe. Que el «Informe Hitler» se redactara específicamente para el dictador soviético, Stalin, no disminuye en absoluto su fuerza.



HENRIK EBERLE (Alemania, 1970). Es doctor en historia por la universidad alemana de Halle. Desde 1996 hasta 1998 fue investigador en la facultad de Historia Contemporánea de la Universidad Martin Luther de Halle-Wittenberg. Ha trabajado como editor y periodista en TIME, *Die Zeit* y *Bild*, y para la segunda cadena de televisión alemana ZDF. Desde 1999 se dedica a la escritura.

Es autor de libros sobre la historia alemana moderna y el nacional socialismo, y es bien conocido por el libro *El informe Hitler*, escrito junto a Matthias Uhl.



MATTHIAS UHL. (Alemania, 1970). Estudió Historia y Ciencias Políticas desde 1990 a 1995 en Halle/Saale y Moscú. Desde 1996 hasta 2000 fue investigador en la facultad de Historia de Europa Oriental en la Universidad Martin Luther de Halle-Wittenberg, donde acabó su doctorado. Desde 2001 trabaja en el Institut für Zeitgeschichte de Munich y Berlín.

Notas

[1] Prólogo traducido del inglés por Jordi Beltrán Ferrer. (N. del E.) <<

[2] J. Stalin, *Works*, 13 vols., *Foreign Languages Publishing House*, Moscú, 1952-1955, vol. XIII, pág. 118, «*Talk with the German author Emil Ludwig*», 13 de diciembre de 1931. <<

[3] V. M. Berezhkov, *At Stalin's Side: Memoirs of an Interpreter*, Carol Publishing Corp., Nueva York, 1994, pág. 10. <<

[4] Citado en R. H. McNeal, *Stalin: Man and Ruler*, Macmillan Press, Londres, 1988, pág. 237. <<

[5] F. Genoud (ed.), *The Testament of Adolf Hitler*, Cassell, Londres, 1960, pág. 100, anotación del 26 de febrero de 1945. <<

[6] Véase R. J. Overy, *Interrogations: The Nazi Elite in Allied Hands*, Allen Lane, Londres, 2001, págs. 215-284, para la larga crónica de Speer sobre la personalidad de Hitler [trad, esp.: *Interrogatorios. El Tercer Reich en el banquillo*, Tusquets Editores, col. Tiempo de Memoria 31, Barcelona, 2006, págs. 240-241]. Speer recicló gran parte del material en sus propias memorias, *Inside the Third Reich*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1970 [trad, esp.: *Memorias*, El Acantilado, Barcelona, 2002]; véase también U. Schlie, *Albert Speer: Alles was ich weiss*, Herbig, Múnich, 1999. <<

[7] W. C. Langer, *The Mind of Adolf Hitler*, Basic Books, Nueva York, 1972. <<

[8] K. Heiden, *Der Fuehrer*, Houghton Mifflin, Nueva York, 1944, reeditado con el título de *The Führer*, Constable, Londres, 1999. Véase también K. Heiden, *One Man against Europe*, Penguin, Londres, 1939. <<

[9] Véase D. Rayfield, *Stalin and His Hangmen*, Viking, Londres, 2004, págs. 15-24.

<<

[10] A. Resis (ed.), *Molotov Remembers: Inside Kremlin Politics*, Ivan R. Dee, Chicago, 1993, pág. 180. <<

[11] G. K. Zhukov, *Reminiscences and Reflections*, 2 vols., Progress Publishers, Moscú, 1985, vol. II, pág. 226. <<

[12] Véanse J. Harris y M. J. Trow, *Hess: The British Conspiracy*, André Deutsch, Londres, 1999; M. Allen, *The Hitler/Hess Deception*, Harper Collins, Londres, 2003.

<<

[13] Sobre las actitudes soviéticas ante el Holocausto, Z. Gitelman (ed.), *Bitter Legacy: Confronting the Holocaust in the USSR*, Indiana University Press, Bloomington, Indiana, 1997; Dobroszycki y J. Gurock, eds., *The Holocaust in the Soviet Union: Studies and Sources on the Destruction of the Jews in Nazi-Occupied Territories of the USSR 1941-1945*, M. E. Sharpe, Nueva York, 1993. <

[14] A. Joachimsthaler, *Hitler's Ende: Legende und Dokumente*, Weltbild, Múnich, 1999; T. Junge, *Until the Final Hour: Hitler's Last Secretary*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 2003; J. Fest, *Inside Hitler's Bunker*, Macmillan, Londres, 2004. Sobre las versiones soviéticas de los últimos días de Hitler, véanse L. Bezymenski, *The Death of Adolf Hitler: Unknown Documents from the Soviet Archives*, Michael Joseph, Londres, 1968, y A. Petrova y P. Watson, *The Death of Hitler: The Final Words from Russia's Secret Archives*, Richard Cohen, Londres, 1995. <<

[15] Zhukov, *Reminiscences and Reflections*, vol. II, pág. 390. <<

[16] Alan Bullock, Hitler. *Eine Studie über Tyrannei*, edición alemana revisada, Düsseldorf, 1989; *ibid.*, *Hitler und Stalin. Parallele Leben*, Berlin, 1991 [trad. esp.: *Hitler y Stalin. Vidas paralelas*, Plaza y Janés, Barcelona, 1994]. <<

[17] Véase Hermann Graml, *Europas Weg in den Krieg. Hitler und die Mächte*, 1939, Múnich, 1990. También: Horst Möller, *Europa Zwischen den Weltkriege*, 2.^a ed., Múnich, 2000, con más bibliografía. <<

[18] *Schutz Staffel*, o escuadrón de protección. (N. de los T.) <<

[19] Por ejemplo, el reciente estudio de conjunto, de Rolf Dieter Müller, *Der Zweite Weltkrieg 1939 bis 1945*, Stuttgart, 2004, págs. 70 y sigs., contiene la bibliografía más actualizada. <<

[20] El príncipe Rüdiger von Starhemberg había participado en el golpe de Estado de Hitler del 9 de noviembre de 1923, pero más tarde se pasó a los austrofascistas y emigró en 1938. <<

[21] Doctor Henry Picker, *Hitlers Tischgespräche im Führershauptquartier 1941-1942*; nueva edición de Percy Ernst Schramm en colaboración con Andreas Hillgruber y Martin Vogt, 2.^a ed., Stuttgart, 1965, pág. 139. <<

[22] Ibid., pág. 200. <<

[23] Ibid., pág. 270.<<

[24] Ibid., págs. 376 y 465. <<

[25] Ibid., págs. 464 y sigs. <<

[26] Ibid., pág. 468. <<

[27] 27 de julio de 1942, *ibid.*, pág. 487.<<

[28] Oswald Spengler, *Preussentum und Sozialismus*, Múnich, 1920. Véase Horst Möller, «Oswald Spengler. Geschichte im Dienste der Zeitkritik», en *Spengler heute. Sechs Essays mit einem Vorwort von Hermann Lübbe*, Peter Christian Ludz (ed.), Múnich, 1980, págs. 49-73, en especial, págs. 56 y sigs. <<

[29] Oswald Spengler, *Neubau des Deutschen Reiches*, Múnich, 1924, págs. 28, 104

<<

[30] Véase Ernst Nolte, *Der europäische Bürgerkrieg 1917-1945. Nationalsozialismus und Bolschewismus*, Frankfurt del Meno-Berlin, 1987. <<

[31] Hannah Arendt, *Elemente und Ursprünge totaler Herrschaft*, edición original inglesa, Nueva York, 1953; traducción alemana, 1955 [trad. esp.: *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza Editorial, Madrid, 2006]. <<

[32] 25 de julio de 1944. En *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, editados por Elke Fröhlich (ed.), 2.^a parte, vol. 13, Múnich, 1995, pág. 162. <<

[33] Helmut Altrichter, *Kleine Geschichte der Sowjetunion 1917-1991*, 2.^a ed. corregida. Las «pérdidas en la población» —incluidos los aproximadamente ocho millones de muertos por inanición desde 1927 a 1939—, oscilan entre los diez y los doce millones de seres humanos. <<

[34] Véase sobre todo: Martin Broszat, *Der Staat Hitlers*, 1969, varias reediciones. <<

[35] Véase Horst Möller, «*Diktatur- und Demokratieforschung im 20. Jahrhundert*», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 51 (2003), págs. 29-50. <<

[36] Véase *Darkness at Noon*, 1940. Traducido al alemán en 1948 con el título de *Sonnenfinsternis*[trad. esp.: *El cero y el infinito*, Destino, Barcelona, 1986]. <<

[37] Edición original en francés, 1995; traducción alemana, Múnich, 1996. <<

[38] Edición original en francés, 1997; traducción alemana, Múnich, 1998; Véase Horst Möller (ed.), *Der «rote» Holocaust und die Deutschen. Die Debatte um das «Schwarzbuch des Kommunismus»*, Múnich, 1999. Helmut Altricher, «Offene Grossbausteilel Russland. Reflexionen über das “Schwarzbuch des Kommunismus”», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 47 (1999), págs. 321-361. <<

[39] Véase Karl Dieter Bracher, *Die deutsche Diktatur*, 1969 (7.^a ed., 1997). <<

[40] Véase H. Möller «*Diktatur- und Demokratieforschung*», op. cit., págs. 35 y sigs. Del mismo autor, *Europa zwischen den Weltkriegen*, págs. 137 y sigs. Karl Dietrich Bracher, *Zeitgeschichtliche Kontroversen*, Múnich, 1976. Del mismo autor, *Die totalitäre Erfahrung*, Múnich, 1987. Bruno Seidel y Siegfried Jenkner (eds.), *Wege der Totalitarismus-Forschung*, Darmstadt, 1968. Eckhard Jesse (ed.), *Totalitarismus in 20. Jahrhundert. Eine Bilanz der internationalen Forschung*, 2.^a ed. aumentada, Bonn, 1999. Detlef Schmiechen-Ackermann, *Diktaturen im Vergleich*, Darmstadt, 2002. <<

[41] Véase la introducción y el comentario de Matthias Uhl y Henrik Eberle a este volumen. <<

[42] 2.^a ed., Viena, 1988. <<

[43] 1938. 2.^a ed. con un prólogo de Golo Mann, Zúrich, 1964. <<

[44] Sobre el valor de las fuentes: Theodor Schieder, Hermann Rauschnings «*Gespräche mit Hitler*» als *Geschichtsquelle*, Opladen, 1972. Martin Broszat, «*Enthüllung? Die Raushning-Kontroverse (1985)*», en *Nach Hitler. Der Schwierige Umgang mit unserer Geschichte*, contribución de Martin Broszat, Hermann Graml y Klaus-Dietmar Henke (eds.), Múnich, 1986, págs. 249 y sigs. <<

[45] Véase la bibliografía en Gerhard Schreiber, *Hitler Interpretationen 1923-1983*, 2.^a ed. corregida y aumentada, Darmstadt, 1988, págs. 337 y sigs. Ian Kershaw, *Der NS-Staat. Geschichtsinterpretationen und Kontroversen im Überblick*, 2.^a ed., Reinbeck-Hamburgo, 2001. Klaus Hildebrand, *Das Dritte Reich*, 6.^a ed. revisada, Múnich, 2003, págs. 152 y sigs., 166 y sigs. <<

[46] Véase K. Heiden, *Hitler*, vol. II, *Ein Mann gegen Europa*, págs. 237, 239 y sigs.

<<

[47] Ibid., pág. 190. <<

[48] Edición original estadounidense, 1940; traducción alemana, Frankfurt del Meno, 1974. <<

[49] Edición original estadounidense, 1942, traducción alemana, 1977. <<

[50] Nombre de las fuerzas armadas alemanas entre 1935 y 1945. Comprendía el *Heer* [Ejército de Tierra], la *Luftwaffe* [Fuerza Aérea], la *Kriegsmarine* [Marina de Guerra] y las *Waffen-SS*. (N. de los T.) <<

[51] Tropa armada, al principio compuesta por 120 hombres, creada el 17 de marzo de 1933. Ante todo, se encargaba de velar por la seguridad de Hitler y también asumía tareas de representación. En 1938, tras la unificación con la *Verfügungstruppe* de las SS —un piquete especial de carácter preventivo—, obtuvo el rango de regimiento de infantería motorizada. Estaba acuartelado en el barrio berlinés de Lichterfelde. Tras la campaña de Polonia se integró en las *Waffen-SS*; en 1940 se convirtió en brigada, y en 1941, en división. En octubre de 1943 se transformó en la 1.^a división acorazada de las SS y participó en numerosos crímenes de guerra. En marzo de 1945, tras la fracasada ofensiva de Balatón, se retiró a Austria, donde se entregó a comienzos de mayo de 1945 a las fuerzas aliadas. <<

[52] Antiguos apellidos bávaros que suelen aparecer en chistes y anécdotas. (Nota de los redactores soviéticos.) <<

[53] La oficina central de la *Gestapo* [*Geheime Staatspolizei* o Policía Secreta del Estado] se encontraba en los edificios de la antigua Escuela de Artes Aplicadas (*Prinz-Albrecht-Straße*, 8). El hotel Prinz Albrecht (en *Prinz-Albert-Straße*, 9) fue a partir de finales de 1934 sede de la dirección de las SS. La *Gestapo*, creada en 1933, funcionó hasta 1945 como policía del *Reich*, y ejerció como elemento organizador, central y no militar del poder y la seguridad interior nacionalsocialista. Al comienzo estuvo al mando de Hermann Göring y a partir de 1934, de Heinrich Himmler. A partir de 1939 este cuerpo fue además corresponsable del terror sistemático desplegado en los territorios ocupados por Alemania. <<

[54] La Ley de Plenos Poderes o Ley para la Reparación de la Pobreza del Pueblo y del Reich (*Ermächtigungsgesetz; Gesetz zur Behebung der Not von Volk und Reich*) entró en vigor el 24 de marzo de 1933. Permitía al Gobierno del Reich, por un plazo de cuatro años, promulgar leyes para reformar la Constitución sin la participación del Reichstag ni la del Consejo del Reich. Este plazo fue prorrogado varias veces; con ello el estado de excepción impuesto de hecho siguió siendo una realidad constitucional hasta mayo de 1945. Dachau (20 de marzo de 1933) y Oranienburg (21 de marzo de 1933) fueron los primeros campos de concentración regulares creados tras el incendio del Reichstag en marzo de 1933. El campo de concentración de Buchenwald se abrió el 15 de julio de 1937. <<

[55] Hitler en persona ordenó muy pocas veces el internamiento de alguien en un campo de concentración. Pero algunos testigos recuerdan que a menudo amenazaba con enviar a alguna de sus víctimas a uno de esos centros. <<

[56] La penitenciaría militar situada en la esquina de *Columbiadamm* y *Golssener Straße* se construyó en el siglo XIX. Transformada en cárcel y luego en fábrica, a partir de 1933 se utilizó como lugar de concentración. La *Columbiahaus*, tristemente célebre como centro de tortura, fue clausurada en 1936 y demolida en 1938. En los tres años en que fue utilizada por las SA y las SS, se encarceló entre sus muros a unas ocho mil personas aproximadamente. <<

[57] «Casa Parda» (*Braunes Haus*) era la denominación del palacio de Múnich donde residía la jefatura del partido nazi. (Nota de los redactores soviéticos.) <<

[58] Röhm no imploró perdón. Cuando el jefe de las SA se negó a suicidarse, dos oficiales de las SS dispararon sobre él. Sus últimas palabras fueron: «*¡Mein Führer, mein Führer!*». <<

[59] En la acción criminal equívocamente designada como «el golpe de Röhm» se fusiló por lo menos a 85 altos oficiales de las SA y otros prominentes adversarios del partido nazi. Entre el 30 de junio y el 2 de julio murieron varios centenares, tal vez hasta mil personas. El 3 de julio de 1934 se dictó la Ley de Medidas para la Protección del Estado (*Gesetz über Massnahmen der Staatsnotwehr*), destinada a legitimar el crimen a posteriori. <<

[60] En Lichterfelde, soldados del *Leibstandarte Adolf Hitler* de las SS fusilaron a catorce personas, entre ellos los jefes de las SA de Berlín y Brandemburgo, con sus oficiales adjuntos. <<

[61] Fuerzas armadas del *Reich*. Denominación de los ejércitos alemanes desde 1919 hasta 1935, cuando pasaron a denominarse *Wehrmacht*. (N. de los T.) <<

[62] No fue la hija de Schleicher quien abrió la puerta a la *Gestapo*, sino la mujer del servicio doméstico. Ésta sobrevivió al atentado contra el general Von Schleicher y su esposa. Según su testimonio, el general no llegó a empuñar su arma, y solamente respondió a la pregunta de los funcionarios de la *Gestapo* de «si él era el general Von Schleicher» con un «en efecto», a lo cual ellos abrieron fuego. El general fue eliminado porque en 1932 había intentado, junto con otros políticos derechistas, dividir el Partido Nacionalsocialista para alejar a Hitler del poder. <<

[63] El presidente del *Reich* y mariscal de campo Paul von Beneckendorff und von Hindenburg murió el 2 de agosto de 1934 en su casa señorial de Neudeck. El ministro de la Guerra, Blomberg, ordenó inmediatamente el juramento del *Reichswehr* al «*Führer* del *Reich* y el pueblo alemán, Adolf Hitler». <<

[64] Hitler ya había renunciado en febrero de 1933 al sueldo de canciller del *Reich*, de 47.200 marcos anuales. Sin embargo, cuando el 12 de marzo de 1935 terminó oficialmente su vida como contribuyente alemán, se asignó, junto al sueldo de canciller del *Reich*, el de presidente del *Reich*. <<

[65] De su libro *Mi lucha* se vendieron en 1930, 54.000 ejemplares; en 1931, 50.808; en 1932, 90.351, y en 1933, 854.127. Ante Hacienda, Hitler declaró en 1933 unos ingresos de 1.232.335 marcos. El resto intentó que constara como gastos debidos al ejercicio de su profesión. En los años siguientes, la editorial *Eher-Verlag* pagó por *Mi lucha* entre uno y dos millones de marcos en concepto de derechos de autor, que Hitler sin embargo no quiso hacer efectivos en su integridad. En 1944, la fortuna procedente de la editorial ascendía a 5.525.811 marcos. *Mi lucha* era «lectura obligada», de hecho, para todos los miembros del partido, aunque también se les obsequiaba a los recién casados como regalo de bodas. <<

[66] En 1944, las editoriales *Standarte* y *Herold Verlag*, a las cuales también pertenecía la *Eher Verlag-Zentralverlag*, del Partido Nacionalsocialista, y sus sociedades subsidiarias, controlaban aproximadamente el 90 por ciento de toda la prensa alemana y una gran parte del comercio de libros. Hitler había financiado la compra del *Völkischer Beobachter* con donaciones y al principio figuraba como propietario. Desde mediados de los años veinte, su amigo íntimo Max Amann controlaba la editorial Zentralverlag, del partido nazi. <<

[67] Hitler invirtió el dinero principalmente en la financiación del aparato del Partido y el trabajo político. El enriquecimiento personal que aquí se sugiere no era la finalidad de la actividad económica del partido nazi; los gigantescos proyectos de construcción —como el Berghof y la cancillería del *Reich*— fueron ejecutados con fondos públicos. <<

[68] Con la definición en 1933 del Partido Nacionalsocialista como una corporación de derecho público, esta organización se garantizó el acceso a los recursos estatales. Hitler disponía así libremente no sólo de la caja del partido, sino además de todos los recursos fiscales. <<

[69] Se alude así a los títulos presupuestarios «A disposición del canciller del *Reich* para fines generales» y «Concesiones generales» del presidente del *Reich*. A partir de 1935 ya no se efectuó ningún control económico por parte del tribunal de cuentas. Hitler utilizaba este dinero sobre todo para donaciones a funcionarios «meritorios» o militares, y con ello, para la corrupción de las élites del Estado. <<

[70] Entre 1933 y 1937 el Partido Nacionalsocialista compró en el Obersalzberg cincuenta y cuatro terrenos con una superficie total que rondaba los 2.900.000 metros cuadrados. Hitler adquirió por su cuenta 80.000 metros cuadrados y la Administración Forestal de Baviera cedió 6.700.000 metros cuadrados. Para llevar a cabo la construcción se demolieron cincuenta casas. Al principio se recompensó generosamente a los propietarios, pero después aumentó la presión para obligarles a vender. Algunos fueron amenazados por los representantes del partido nazi con su internamiento en campos de concentración. <<

[71] El coste de las construcciones en la superficie total trabajada no puede ser determinado. <<

[72] En la construcción del Obersalzberg trabajaron hasta seis mil obreros. Al comienzo eran alemanes, pero tras el inicio de la guerra trabajaron sobre todo obreros especializados checos e italianos, nunca obreros de trabajo forzado. Se alojaban en barracas y estaban sometidos a una estricta disciplina de trabajo. En caso de infracciones, existía una escala de castigos: multas en dinero, privación de alimentos, retirada de las cartillas de tabaco y el arresto. Durante los trabajos en el Obersalzberg y en la región de Kehlstein murieron a causa de accidentes catorce trabajadores. <<

[73] Desde 1939, el director de la Galería de Pinturas de Dresde, professor Heinz Posse, estaba encargado, como jefe de la Misión Especial Linz, de la selección de cuadros para las residencias de Hitler y para el museo que éste proyectaba en Linz. Un comité especial saqueó con este fin los museos de los países ocupados y adquirió a través de intermediarios cuadros y esculturas en poder de ciudadanos judíos a cambio de una ínfima parte de su valor real. <<

[74] Se trata del cuadro *Venus y Amor*, de Paris Bordone, que Hitler compró a Haberstock por 90.000 marcos. La obra se pagó con fondos del Partido Nacionalsozialista, desviados al Partido por la tesorería del *Reich*. <<

[75] El coste total de la construcción de la *Kehlsteinhaus* fue de 29,6 millones de marcos. <<

[76] Aquí se trata de una abreviación motivada por la ideología de los redactores soviéticos. Probablemente Hitler también se pronunció con rotundidad acerca de la necesidad de los alemanes de rearmarse el 16 de marzo de 1935, el 4 de abril 1935, el 21 de mayo de 1935 y el 16 de septiembre de 1935, el «Día de la *Wehrmacht*». <<

[77] El *Reichsleiter* («gobernador del *Reich*») era el segundo cargo en importancia del Partido Nacionalsocialista, sólo por debajo del *Führer*. (N. de los T.) <<

[78] Mediante el tratado naval del 18 de junio de 1935, el *Reich* alemán y Gran Bretaña acordaron un nuevo límite superior para el volumen de los efectivos de la Marina de Guerra alemana (hasta el 35 por ciento del tonelaje total de la Marina inglesa y la *Commonwealth*). Mientras que Gran Bretaña contemplaba este convenio naval como el preludio de nuevas negociaciones para limitar el armamento, Hitler celebró el tratado como un éxito de su política de revisión de los resultados de la primera guerra mundial, puesto que eliminaba de facto las limitaciones de armamento del tratado de Versalles en el ámbito marítimo. <<

[79] Hitler alude aquí manifiestamente a los acuerdos marítimos de Washington (1922) y Londres (1930), que fijaban entre otras cosas el máximo de tonelaje y calibre para los diversos tipos de buques de guerra. Por ejemplo, el crucero pesado *Admiral Hipper*, que entró en servicio en 1939, tenía un desplazamiento de 18.200 toneladas mientras que sólo se autorizaban 17.500. <<

[80] Goebbels se había enamorado de la actriz Lida Baaerova. Su esposa Magda abandonó el hogar familiar y viajó a Dresde para someterse a un tratamiento médico. Sólo la intervención de Hitler reunió nuevamente a la pareja. <<

[81] La popular canción *Yo tenía diez negritos* era materia para toda una serie de versos satíricos. <<

[82] Robert Ley era el jefe del Frente Laboral Alemán nacionalsocialista. (Nota de los redactores soviéticos.) <<

[83] Además murieron cuatro miembros de la Policía del *Land*. <<

[84] Linge y Günsche conocieron a través de terceras personas la historia de la relación entre Angela («Geli») Raubal y Hitler. Pero al parecer no sabían nada del apelativo cariñoso. Lo interesante es que ambos consideraron absolutamente verosímil una relación sexual entre Hitler y su sobrina. <<

[85] Orden de la sangre del Partido Nacionalsocialista: instituida en marzo de 1934, que se entregaba a quienes el 9 de noviembre de 1923 participaron en acciones armadas o fueron movilizadas para ello. <<

[86] Los nazis que ya eran miembros del Partido antes de la toma del poder en 1933 se denominaban «viejos combatientes». (Nota de los redactores soviéticos.) <<

[87] Streicher no había sido condenado a penas de presidio por violador, sino por haber participado en el golpe y por «maledicencia». <<

[88] Se trataba de dos panteones ubicados en el sector oriental de la *Königsplatz* que habían sido diseñados por Paul Ludwig Troost. <<

[89] De acuerdo con el tratado de Versalles, Renania había sido desmilitarizada. Las disposiciones del acuerdo prohibían al *Reich* alemán instalar fortificaciones o acantonar tropas en la orilla izquierda del Rin, así como en una franja de cincuenta kilómetros en la orilla derecha. <<

[90] El tratado acordado el 16 de octubre de 1925 entre Bélgica, Alemania, Francia, Gran Bretaña, Italia, Polonia y Checoslovaquia. Incluía el pacto de garantía del Rin, por el cual Alemania reconocía los límites alemanes occidentales establecidos en el tratado de Versalles y la desmilitarización de una franja de cincuenta kilómetros del territorio a la derecha del Rin, así como diversos tratados y contratos de arbitraje. <<

[91] La primera de estas conversaciones sobre la ocupación de los territorios de Renania se celebró el 12 de febrero de 1936. El 2 de marzo de 1936 se dieron las correspondientes órdenes militares. <<

[92] Junto a los mandos militares, también los representantes del Ministerio de Asuntos Exteriores temían consecuencias diplomáticas negativas. Goebbels los tildó de «cobardes» en una conversación del 6 de marzo de 1936. <<

[93] El Gobierno del centrista Pierre-Étienne Flandin firmó el tratado de ayuda franco-soviético el 2 de mayo de 1935. El ministro de Exteriores Pierre Laval —presidente desde el 5 de junio de 1935— vio en dicho pacto, ante todo, una garantía para negociar un acuerdo franco-alemán. <<

[94] El 7 de marzo de 1936 no fue domingo sino sábado. <<

[95] La remilitarización de Renania comenzó una mañana de domingo. (Nota de los redactores soviéticos.) <<

[96] Se trata de Truman Smith, desde 1935 hasta 1939 agregado militar de Estados Unidos en Berlín y desde 1939 hasta 1945, especialista en Alemania en el servicio de información militar y consejero personal del general George C. Marshall. <<

[97] La Renania desmilitarizada, antes de la entrada de la *Wehrmacht*, ya contaba con dos brigadas de la Policía del *Land* que provenían de compañías acuarteladas de la Policía de Seguridad. El 8 de marzo de 1936 fueron oficialmente integradas en la *Wehrmacht*. <<

[98] En 1935, Hitler comisionó al fotógrafo Hoffmann para que adquiriese la casa de *Wasserburger Straße* 12, por 35.000 marcos. Eva Braun se trasladó a ella en 1936. En 1937 ó 1938 fue registrada a su nombre. <<

[99] Una calle elegante en el oeste de Berlín. (Nota de los redactores soviéticos.) <<

[100] Morell era dermatólogo. No existen testimonios escritos acerca de que, como aquí se sugiere, hubiese recetado a Hitler estimulantes sexuales. <<

[101] El 30 de mayo de 1937 Hitler inauguró en Múnich una exposición del departamento de nutrición del *Reich*. <<

[102] En mayo de 1937, el alférez de fragata Karl-Jesko Otto von Puttkammer era el oficial adjunto de la Marina de Hitler; el alférez de fragata Alwin-Broder Albrecht no ocupó ese cargo hasta junio de 1938. <<

[103] El 29 de mayo de 1937 dos aviones de la fuerza aérea de la República Española bombardearon el acorazado de bolsillo *Deutschland* —fondeado en el puerto de Ibiza y que operaba en aguas españolas—, después de que éste hubiera disparado contra los aviones. En el ataque aéreo perdieron la vida treinta y un marineros y setenta y cinco resultaron heridos. <<

[104] El *Deutschland* estaba al mando del capitán de navio Paul Fanger. En septiembre de 1937, éste fue relevado del cargo y designado comandante de las fortificaciones de Frisia Oriental. <<

[105] El 31 de mayo de 1937, el acorazado *Admiral Scheer* y cuatro torpederas de la Marina de Guerra alemana bombardearon el puerto de Almería. La agresión, contraria a las normas del derecho internacional, provocó la muerte de veintiún habitantes de la ciudad y otros cincuenta y cinco resultaron heridos. <<

[106] El conde Johannes von Welczeck fue nombrado en 1926 embajador en España, y en abril de 1936 se trasladó a París. El hijo de Welczeck, Johannes Bernhard, estaba casado con Sigrid von Laffert, que pertenecía al círculo más íntimo de Hitler. En 1941-1942 trabajó como agregado militar en la legación alemana en Madrid. <<

[107] La *Luftwaffe* se creó en 1935. Hasta ese momento había operado disfrazada como empresa aérea civil. <<

[108] El primer encuentro del recién creado departamento de la oficina del general Wilberg se celebró el 27 de julio de 1936 para discutir los detalles del apoyo a los militares españoles rebeldes. De ella surgió el estado mayor especial «W». <<

[109] Según las disposiciones del tratado de Versalles, a Alemania le estaba prohibido poseer aviones, tanques, armas de defensa antiaérea y artillería pesada. En el marco de la colaboración entre la *Reichswehr* y el Ejército Rojo, Alemania ensayó todas estas armas en la Unión Soviética desde 1925 hasta 1933. <<

[110] Las maniobras de la *Wehrmacht* se desarrollaron del 19 al 30 de septiembre de 1937. Por primera vez participaron en ella las tres armas de la *Wehrmacht*. Los ejercicios militares carecieron de divisa. <<

[111] En lugar de Montgomery-Massingberd, las maniobras de otoño alemanas fueron observadas por el jefe del estado mayor, mariscal de campo Cyril John Deverell. <<

[112] La visita a las maniobras de las tropas se produjo el 26 de septiembre de 1937; allí se exhibió ante los observadores un ataque general de dos brigadas acorazadas apoyadas por varias escuadrillas de bombarderos. <<

[113] La visita de Edward Wood (Lord Halifax) en el Obersalzberg no fue el 14 de noviembre, sino el 19 de noviembre de 1937. Además, en ese momento Edward Wood ya no era Lord del Sello Privado [suerte de ministro sin cartera] sino presidente del consejo privado en el gabinete británico. <<

[114] Durante su retorno de Berlín a Calais, Halifax anotó el 21 de noviembre de 1937, acerca de sus impresiones tras el encuentro con Hitler y su voluntad de entendimiento con Inglaterra: «Si no ando errado del todo, los alemanes, desde Hitler hasta el hombre de la calle en general, quieren mantener relaciones amistosas con Gran Bretaña». <<

[115] El encuentro con Schuschnigg, que estuvo acompañado de altos funcionarios y del embajador alemán en Viena, Franz von Pappen, no se celebró el 11, sino el 12 de febrero de 1938, en el Obersalzberg. <<

[116] La causa de la destitución de Blomberg fue su matrimonio con una prostituta con antecedentes penales. <<

[117] En Checoslovaquia, constituida después de la primera guerra mundial, vivían alrededor de tres millones y medio de alemanes. A partir de 1933, se acrecentaron las tensiones entre la minoría alemana y el Estado checoslovaco, lo que sirvió a Hitler de excusa para exigir la renuncia de los Sudetes en favor del *Reich* alemán. <<

[118] Hitler dijo textualmente: «... exijo que termine la opresión de los tres millones y medio de alemanes en Checoslovaquia, y que en su lugar empiece a regir el derecho».

<<

[119] La línea Maginot era un cinturón defensivo de 150 kilómetros de longitud que discurría a lo largo de la frontera franco-alemana, llamada así en recuerdo del ministro francés de la Guerra, André Maginot. Constaba de treinta y nueve fortificaciones, setenta refugios, quinientos enclaves de artillería e infantería, así como quinientas casamatas, refugios a prueba de bombas y puestos de observación.

Construida entre 1929 y 1932, la línea Maginot, considerada inexpugnable, supuso para Francia una falsa y fatal valoración de la situación militar y la estrategia defensiva, lo que en último término condujo a la derrota militar a inicios de 1940. <<

[120] Acompañaron a Chamberlain, que voló hasta Múnich y de allí se dirigió en tren hasta Berchtesgaden, su consejero económico y el director de la sección de Europa central del *Foreign Office*. Neville Henderson, embajador británico en Berlín, también estaba presente. <<

[121] Sin duda, los redactores han cometido un error, como se puede inferir del ulterior contexto del documento. La delegación británica retornó el 22 de septiembre de 1938.

<<

[122] Tras ser liberado del presidio en 1925, Fritz Dreesen facilitó a Hitler una estancia gratuita de descanso en un hotel propiedad de su familia. A partir de entonces, el partido nazi utilizó a veces esta casa, admirablemente bien situada, para reuniones y recepciones oficiales. Dreesen no era el presidente de la Asociación de Hoteles y Restaurantes de Alemania, pero formó parte de varios gremios. <<

[123] Gran Bretaña y Francia apoyaron a Checoslovaquia en esta actitud. Chamberlain amenazó a Hitler con «medidas ofensivas» y dispuso la flota para el ataque. Francia llamó a los reservistas. <<

[124] Mussolini respondió a una petición de Chamberlain con su ofrecimiento de mediación. <<

[125] El embajador italiano Bernardo Attolico solicitó varias veces audiencia a la cancillería del *Reich*, no el 27 sino el 28 de septiembre de 1938, para entregar la propuesta de Mussolini de convocar una reunión. A las tres de la tarde se le comunicó por teléfono la aceptación de Hitler. El acuerdo para la convocatoria de la Conferencia de Múnich se anunció oficialmente el 28 de septiembre de 1938 a las 19:40 horas. Hitler preparó su partida a Múnich, en consecuencia, ya avanzada la tarde del 28 de septiembre. <<

[126] La conferencia se celebró en el llamado *Führerbau* [Edificio del *Führer*], un inmueble del Partido Nacionalsocialista construido en 1937 en Múnich para tareas de representación. En los siguientes pasajes del texto ruso, la denominación es correcta.

<<

[127] Las negociaciones duraron trece horas. El pacto de Múnich se firmó en realidad el 30 de septiembre de 1938, a las dos y media de la noche. <<

[128]Entre 1936 y 1938, Checoslovaquia había construido, con ayuda francesa, una línea defensiva en el límite con el *Reich* alemán y Polonia. <<

[129] Ya el 21 de octubre de 1938 Hitler había dado instrucciones para preparar la «liquidación del resto de Checoslovaquia» y la «ocupación de los territorios del Memel». <<

[130] La cancillería del *Reich* se inauguró oficialmente el 12 de enero de 1939, con una recepción de Año Nuevo para el cuerpo diplomático. <<

[131] La galería de los espejos del palacio de Versalles mide, incluidos los dos vestíbulos, 86 metros de largo. La galería de mármol de la nueva cancillería del *Reich* medía 146 metros. <<

[132] El despacho medía 27 metros de longitud, 14,5 de anchura y 9,75 metros de altura. <<

[133] El coste de la construcción de la nueva cancillería del *Reich* ascendió a 88,9 millones de marcos. <<

[134] Según los recuerdos del arquitecto Albert Speer, Hitler había planeado utilizar la cancillería del *Reich* durante diez o doce años. Después, pensaba trasladarse al proyectado palacio del *Führer*, cuyas dimensiones iban a ser aún más gigantescas. <<

[135] El 13 de marzo de 1939, Hitler había presionado al presidente eslovaco, Tiso, para que proclamase al día siguiente la independencia de Eslovaquia. <<

El 2 de octubre de 1938, día de la invasión alemana de los Sudetes, las tropas polacas penetraron en el territorio checo de Teschen. El 14 de marzo de 1939, unidades húngaras iniciaron la ocupación de la Ucrania *carpática*, que hasta entonces pertenecía a Checoslovaquia. <<

[137] Hácha había llegado a Berlín por la tarde y se alojó en el hotel *Adlon*. Hitler, que puso en marcha su acostumbrada táctica de desmoralización, hizo esperar al jefe de Gobierno checoslovaco hasta la una, antes de recibirlo en la nueva cancillería del *Reich*. <<

[138] Probablemente se trataba de August Körber, miembro de la escolta personal del *Führer* desde 1933. <<

[139] Karl Hermann Frank era *SS-Gruppenführer*. <<

[140] En la noche del 22 al 23 de marzo de 1939 los ministros de Asuntos Exteriores del *Reich* alemán y de Lituania firmaron en Berlín un tratado de renuncia de la región de Memel en favor de Alemania. Hitler se encontraba en ese momento a bordo del acorazado de bolsillo *Deutschland*, que navegaba hacia Memel, adonde arribó el 23 de marzo por la tarde. <<

[141] La región de Memel había pertenecido hasta 1919 al *Reich* alemán. En 1921, una consulta popular en la que participó el 90 por ciento de la población aprobó la formación de una república según el modelo de Danzig. Lituania ocupó el territorio en 1923. Las desavenencias y conflictos entre la mayoritaria población alemana y el gobernador lituano fueron constantes. <<

[142] La orden alemana carecía de la correspondiente divisa. <<

[143] En virtud del tratado de Versalles, Danzig fue declarada ciudad libre en 1919, bajo control y vigilancia constitucional de la Liga de Naciones. La región se consideraba territorio aduanero polaco y exteriormente la representaba Polonia. A fin de abrir a este país una salida al mar, recibió una parte de Prusia Occidental, el llamado «corredor polaco». <<

[144] A partir de marzo de 1939, Gran Bretaña y Francia negociaron con la Unión Soviética la concertación de un pacto de ayuda. <<

[145] Este himno de la Alemania hitleriana recibió el nombre del proxeneta y soldado de las SA Horst Wessel, conocido por asesinar comunistas. Poco antes del ascenso de Hitler al poder, unos obreros del barrio berlinés de Wedding lo mataron. (Nota de los redactores soviéticos.)

La compañera del fanático nacionalsocialista se prostituía por necesidad económica, Wessel no era su proxeneta, sino que recibía de ella apoyo económico para financiar sus estudios. Murió a manos del antiguo proxeneta de la mujer, indignado, tras salir de la cárcel, porque ella se hubiese enamorado de Wessel. Este antiguo proxeneta era miembro de la Alianza de Soldados Rojos, lo que dio la posibilidad, tanto a los comunistas como a los nacionalsocialistas, de interpretar políticamente el asesinato. Fue condenado a prisión por el crimen y en 1933 los nacionalsocialistas lo asesinaron. (Nota del editor alemán.) <<

[146] Se trata de un error, ya que la única condecoración española que le fue concedida a Göring fue la Gran Orden Imperial del Yugo y las Flechas. <<

[147] Nombre aliado para el denominado *Westwall* o Muralla del Oeste. Este frente fortificado, construido entre 1938 y 1939 a lo largo de 630 kilómetros de la frontera occidental alemana, constaba de 14.000 refugios, instalaciones de combate y dependencias. Su construcción costó alrededor de 3.500 millones de marcos. <<

[148] El color del palio era gris claro, casi blanco. Sus esquinas se adornaban con flecos dorados y diferentes símbolos del Partido y el Estado (águilas, cruces esvásticas, cruces de hierro). <<

[149] Durante el desfile, los soldados, con excepción de los paracaidistas que aparecían por primera vez, vestían el uniforme de revista. <<

[150] En 1938 la Marina de Guerra disponía de dos compañías de tropas de asalto como infantería de Marina. Las unidades que participaron en la parada eran, sin embargo, miembros de las unidades flotantes de la Marina de Guerra. <<

[151] Anton Joachimsthaler, el mejor conocedor del entorno personal que rodeaba a Hitler, parte de la base de que la hermana de Hitler tenía diferencias con la nueva amante, Eva Braun, y que por ello tuvo que abandonar en 1936 su trabajo como ama de casa en el Berghof. No se ha comprobado la intervención de Angela Raubal en favor de una víctima del golpe de Röhm. <<

[152] Hitler no viajó al Berghof hasta el 3 de mayo de 1939. <<

[153] Hitler utilizó sólo automóviles de la marca Mercedes Benz. Para sus viajes al frente y a sus cuarteles generales, utilizaba el todoterreno 770 G4 W31.

La supuesta utilización de vehículos todoterreno de la marca Krupp mostraba, en opinión de los redactores soviéticos, su estrecha vinculación con el capital monopolista. <<

[154] El embajador británico, Neville Henderson, fue recibido por Hitler en persona el 29 de agosto de 1939, hacia las siete de la tarde, en la cancillería del *Reich*. Hitler le entregó una nota para el Gobierno británico que de hecho representaba un ultimátum a Polonia. A esto siguió un diálogo particularmente violento en el que Henderson gritó aún con más fuerza que Hitler. Acerca de esto, el embajador británico escribió a Halifax: «Tuve la sensación de que hay que enfrentarse a Hitler con sus mismos medios... Por eso comencé a gritar con más violencia que él. Le dije que yo no aceptaba que nadie, ni él ni ningún otro, me hablase con ese lenguaje...». <<

[155] El 1 de septiembre de 1939, a las 04:45 horas, el acorazado *Schleswig-Holstein*, anclado en el puerto de Danzig, abrió fuego contra el flanco occidental polaco. Este momento se ha considerado durante mucho tiempo como el comienzo oficial de la segunda guerra mundial. Sin embargo, cinco minutos antes, cazabombarderos alemanes ya habían atacado la pequeña ciudad polaca de Wielun, a cien kilómetros al este de Breslau, y la destruyeron en un 60 por ciento. A consecuencia de este ataque aéreo perdieron la vida mil doscientos civiles. Había estado precedido por otro incidente armado: un comando eslovaco-alemán había ocupado el paso de Jablonka el 26 de agosto de 1938. Habían olvidado informar al comandante acerca del cambio en la fecha del inicio del ataque. <<

[156] Las sesiones del Parlamento se realizaban en la ópera Kroll desde que los nacionalsocialistas incendiaron el edificio del *Reichstag* en 1933 con el propósito provocador de difamar al Partido Comunista de Alemania. En este contexto se escenificó en Leipzig el proceso contra Dimitroff. (Nota de los redactores soviéticos.)

Pese a que numerosos historiadores de las antiguas República Federal de Alemania y República Democrática se han esforzado por demostrar la culpabilidad de los nacionalsocialistas en el incendio del *Reichstag*, hasta ahora no se ha descubierto ninguna prueba fehaciente. De hecho, debe considerarse como autor individual al comunista holandés y perturbado mental Marinus Van der Lubbe. (Nota del editor alemán.) <<

[157] *Ultraseptyl* no era un narcótico, sino un medicamento antiinflamatorio de uso normal. Morell recetó con frecuencia este compuesto a base de sulfamidas, contra la recomendación de administrarlo en dosis reducidas. <<

[158] La declaración inglesa de guerra fue entregada hacia las nueve de la mañana, no a Ribbentrop sino al intérprete jefe del Ministerio de Asuntos Exteriores, Paul Schmidt, pues el ministro de Asuntos Exteriores alegó una excusa. Ribbentrop recibió la declaración de guerra francesa a las doce y veinte minutos del mediodía. <<

[159] El «tren especial del *Führer*» fue usado durante la campaña de Polonia como cuartel general del *Führer* debido a que Hitler esperaba el ataque de Francia para mediados de septiembre y quería estar preparado para un traslado del centro de operaciones. <<

[160] La zona de entrenamiento de tropas de Gross Bom se hallaba a 50 kilómetros al norte de Schneidermühl. <<

[161] El plan de operaciones *Weiss* (Blanco), diseñado para la ocupación de Polonia, lo elaboró, en su esencia, Franz Halder, bajo la dirección de Walther von Brauchitschs.

<<

[162] A mediados de 1939, las tropas alemanas habían aniquilado a un Ejército polaco en inferioridad de condiciones. El 17 de septiembre de 1939, dos frentes soviéticos atacaron desde el este y ocuparon, en virtud del protocolo secreto del pacto germano-soviético de no agresión, los territorios que Rusia había tenido que entregar a Polonia entre 1918 y 1920. Durante la campaña, hasta el 6 de octubre de 1939, el Ejército polaco perdió a 70.000 soldados, 133.000 resultaron heridos y 917.000 fueron hechos prisioneros. Las bajas de la *Wehrmacht* ascendieron a 10.572 muertos, 3.407 desaparecidos y 30.322 heridos. El Ejército soviético contabilizó 973 muertos y 2.002 heridos. <<

[163] El Gobierno polaco huyó el 17 de septiembre de 1939 a Rumanía. El 30 de septiembre se instituyó en París un Gobierno polaco en el exilio con la presidencia del general Wladislaw Sikorski, que en el verano de 1940, tras la invasión alemana a Francia, se trasladó a Londres. <<

[164] La llamada «guerra sedentaria» (*Sitzkrieg*), o a veces «guerra ficticia» en el frente occidental de Alemania transcurrió desde el 3 de septiembre de 1939 hasta el ataque alemán en el oeste del 10 de mayo de 1940 y supuso una fase bélica casi sin combates. Las batallas en la Muralla del Oeste consistieron en ese tiempo sobre todo en ataques de reconocimiento y duelos de artillería así como lanzamientos de octavillas. <<

[165] El acto comenzó una media hora antes, a las ocho de la tarde. Como el tren de Hitler tenía que salir de Múnich a las nueve y media, éste acortó su discurso y abandonó la cervecería a las nueve y siete minutos. La bomba que Georg Elser había colocado estalló a las nueve y veinte de la noche. <<

[166] Elser había colocado la bomba en una columna junto al púlpito del orador. El derrumbamiento del techo causó la muerte de ocho personas y más de sesenta resultaron gravemente heridas. <<

[167] Elser ya había sido arrestado antes del estallido de la bomba, cuando intentaba cruzar ilegalmente la frontera a la altura de Constanza. Los aduaneros encontraron entre sus pertenencias una tarjeta postal con una vista de la cervecería, notas acerca de la preparación de explosivos y varias piezas metálicas de aspecto extraño. Cuando se difundió la noticia del atentado, se estableció el vínculo con Elser. <<

[168] Las comunicaciones radiofónicas del departamento de asuntos exteriores del Servicio de Seguridad con el agente del MI6 en Holanda comenzaron en octubre de 1939, a fin de poner a prueba la salida ilegal de informaciones referidas a los propósitos agresivos que Alemania tenía previstos en el oeste. Se hizo creer al MI6 que podían entrar en comunicación con la oposición militar alemana. Al día siguiente del atentado, en un punto de encuentro próximo a la frontera, los agentes británicos Sigismund Payne Best y Richard Stevens fueron apresados y llevados desde la neutral Holanda a Alemania para poder presentarlos como inspiradores del atentado. El secuestro pasó a la historia como el incidente Venlo. <<

[169] Best y Stevens permanecieron internados en el campo de concentración de Sachsenhausen hasta el final de la guerra. Por su parte, al principio, Elser estuvo detenido asimismo en Sachsenhausen, aunque a finales de 1944 o comienzos de 1945 fue transferido al campo de Dachau. En su encierro, Elser construyó, por encargo del Servicio de Seguridad del *Reich*, un modelo de su bomba, pero no trabajó para los agentes. El 5 de abril de 1945, el comandante del campo de Dachau recibió la orden de liquidar discretamente a Elser, lo que cumplió el 9 de abril. <<

[170] Hitler residió desde el 20 hasta el 22 de diciembre de 1939 en el Berghof. <<

[171] Bormann era en esta época secretario personal y jefe de la cancillería general del representante del *Führer*, Rudolf Hess. <<>

[172] Se trata de la línea Maginot. (*Nota de los redactores soviéticos.*) El redactor soviético comete un error: Hitler se refería en realidad a la Muralla del Oeste. (*Nota del editor alemán.*) <<

[173] Entre el 31 de diciembre de 1939 y el 5 de enero de 1940 Hitler vivió en el Berghof. <<

[174] Hitler ya había firmado el 1 de marzo de 1940 sus instrucciones para la operación *Weserübung*, la ocupación de Dinamarca y Noruega. El 5 de marzo de 1940 concretó los detalles de la operación con los comandantes en jefe de las tres armas de la *Wehrmacht*. El 26 de marzo, el comandante en jefe de la Marina de Guerra, gran almirante Erich Raeder, informó a Hitler acerca del estado de los preparativos de la invasión. El 1 de abril de 1940, el general Nikolaus von Falkenhorst, encargado de la dirección del operativo, informó a Hitler y a continuación se celebró una reunión con los comandantes que participaban en el operativo. Al día siguiente, en una sesión con Göring, Falkenhorst y Raeder, Hitler fijó el 9 de abril de 1940 como fecha de ataque. <<

[175] En la primera guerra mundial la flota alemana de alta mar, con excepción de la batalla de Skagerrak, prácticamente no entró en acción. El centro de gravedad de las operaciones navales recayó en la guerra submarina. <<

[176] Se trata del doctor Kurt Diesing, miembro del servicio meteorológico del *Reich*.

<<

[177] Mientras que la ocupación de Dinamarca transcurrió casi sin resistencia, los noruegos, pese a disponer de fuerzas muy inferiores, lucharon con fuerza contra la invasión. El 9 de julio de 1940, el rey Haakon VII ordenó el cese de los combates. <<

[178] Entre el 14 y el 20 de abril de 1940 tropas inglesas, francesas y polacas aterrizaron en Andalsnes, Harstadt, Namsos y Narvik. Las fuerzas que tomaron tierra en Andalsnes y Namsos tenían que avanzar en un movimiento de tenaza hasta Trondheim. Pero la ofensiva fracasó y las tropas aliadas fueron evacuadas a comienzos de mayo. En cambio, el ataque a Narvik tuvo éxito y la ciudad fue ocupada el 28 de abril, pero a comienzos de junio los soldados tuvieron que ser retirados debido a la crítica situación en Francia. <<

[179] La instalación Nido de las Águilas (*Adlerhorst*), concebida originalmente como cuartel general en Bad Nauheim, todavía no estaba terminada. El Nido en las Rocas se erigía en un monte próximo a la aldea de Rodert, cerca de Bad Münstereifel, a doce kilómetros de Euskirchen. <<

[180] El Corte de Hoz (*Sichelschnitt*), la ofensiva alemana de unidades acorazadas a través de las supuestamente infranqueables Ardenas hasta la costa del canal de la Mancha, consistía en invertir una versión modificada del plan Schlieffen, que el estado mayor general había propuesto en octubre de 1939. Las divisiones de tanques del grupo de ejércitos A avanzaron en seis días 250 kilómetros y aislaron a 42 divisiones de los aliados en Bélgica y en el noroeste de Francia. Las tropas del grupo de ejércitos B avanzaron en el norte, las del grupo de ejércitos C lo hicieron hacia la Muralla del Oeste y el frente del Alto Rin. La violación de la neutralidad belga generó masivas objeciones por parte de militares de alto rango, pero Hitler y los autores del plan Corte de Hoz las despreciaron. <<

[181] En conjunto, los ataques aéreos alemanes en Dunkerque quedaron muy por debajo de las expectativas que habían suscitado. Aunque Göring había anunciado con grandilocuencia que iba a impedir la evacuación desde el aire, las pérdidas aliadas — 7.000 muertos y 72 barcos hundidos— fueron relativamente reducidas. <<

[182] En el programa de la operación *Dinamo* —nombre en clave de la evacuación de las tropas aliadas de Dunkerque—, se logró trasladar desde Dunkerque hasta Inglaterra a 338.000 soldados, entre ellos 123.000 franceses. Con ello, la jefatura militar inglesa puso a salvo el núcleo de su fuerza expedicionaria e impidió la capitulación de Gran Bretaña. La evacuación se vio favorecida por una orden de Hitler, quien el 25 de mayo de 1940 exigió que las divisiones de tanques alemanes estacionados a 18 kilómetros de Dunkerque interrumpieran su avance de inmediato. Esto dio pie a especulaciones sobre si pretendía obtener así un acuerdo con Gran Bretaña, pero esta circunstancia no se ha confirmado. Otras posibles causas de la orden fueron los temores ante un ataque lateral del Ejército francés, los problemas de coordinación o la promesa de Göring de que el resto de las fuerzas enemigas iban a ser «liquidadas» por la aviación. Y otra razón añadida puede ser la desconfianza del estado mayor de la *Wehrmacht* acerca del potencial real del arma acorazada. <<

[183] El cuerpo expedicionario inglés en Francia estaba al mando del mariscal de campo John Standish Gort. El mariscal de campo Archibald Wavell era en ese momento comandante en jefe de todas las fuerzas de tierra británicas en el próximo oriente. <<

[184] El ingreso en la orden, fundada en 1399, preveía un baño ritual de iniciación. Gort recibió la gran cruz de caballero de la orden de Bath el 2 de junio de 1940. <<

[185] El 1 y el 2 de junio de 1940 Hitler visitó la zona del frente en el sur de Bélgica y el norte de Francia. La visita incluyó, entre otros lugares, Bruselas, Gante, Ypres, Langermarck, Lille, Lens, Arras y Cambrai. Además, el 26 de junio de 1940 visitó Dunkerque. <<

[186] La carta de Mussolini a Hitler la entregó el embajador Alfieri el 30 de mayo de 1940. <<

[187] Hitler entregó su respuesta a Mussolini el 31 de mayo de 1940. <<

[188] Italia declaró la guerra a Francia y Gran Bretaña el 10 de junio de 1940. La ofensiva en la Alta Saboya, iniciada de inmediato, sólo aportó conquistas territoriales poco significativas pese al empleo de 32 divisiones. <<

[189] Víctor Manuel es el rey de Italia. (*Nota de los redactores soviéticos.*) <<

[190] El traslado se efectuó el 6 de junio de 1940. <<

[191] El chófer de Himmler, el *SS-Obersturmbannführer* (teniente coronel) Hans Bastian, se suicidó el 14 de junio de 1940. Fue el primer muerto en el cuartel general del *Führer* <<

[192] El 18.º regimiento de infantería de reserva bávaro se había formado en septiembre de 1914 mediante la fusión de batallones de campaña. Tras la muerte de su comandante, el coronel Julius List, caído el 31 de octubre de 1914, recibió el nombre de regimiento List. Hitler prestó servicio desde el 16 de agosto de 1914 hasta el 14 de octubre de 1918 en el regimiento List, en el que sirvió preferentemente como correo. <<

[193] La visita a los campos de batalla de la primera guerra mundial se produjo el 26 de junio de 1940. <<

[194] Las negociaciones para un cese del fuego en el frente franco-alemán comenzaron el 7 de noviembre de 1918 en el bosque de Compiègne; el armisticio se acordó el 11 de noviembre de 1918. <<

[195] Hitler y Franco se encontraron el 23 de octubre de 1940 en Hendaya. <<

[196] Mientras que el plan Félix preveía la ocupación española de Gibraltar con apoyo de tropas alemanas, la operación Isabella debía efectuarse en el caso de que tropas británicas invadieran la península ibérica. La meta era la expulsión de las tropas inglesas del continente europeo por parte de las fuerzas alemanas y la ocupación de los puertos atlánticos de España y Portugal. <<

[197] Keitel se refería al 12 V, una pieza de artillería de 21 cm de calibre, transportable por ferrocarril, fabricada por la firma Krupp y que costaba 1,5 millones de marcos imperiales. El cañón, de 33 metros de largo, disparaba granadas de 107,5 kilos y su alcance era de 115 kilómetros. Su desventaja era la escasa resistencia del tubo del cañón, que sólo permitía noventa disparos. En el transcurso de la guerra tan sólo se dispararon 72 granadas sobre la costa inglesa del Canal. <<

[198] Franco rechazó el plan *Félix*. Aunque pensaba que era realizable, el resultado político habría supuesto vincularse muy estrechamente con el *Reich* alemán y la consiguiente invasión de la península ibérica por parte de Gran Bretaña. Lo más probable es que el proyecto *Isabella* no le convenciese. <<

[199] Después de la entrevista con Franco, el 18 de diciembre de 1940 Hitler dispuso la orden nº 21, clave de la operación *Barbarroja*, que comienza con estas palabras: «La *Wehrmacht* debe estar preparada, cuando termine la guerra contra Inglaterra, para someter a la Unión Soviética mediante una campaña rápida». Los preparativos para el ataque contra la Unión Soviética tenían que estar listos el 15 de mayo de 1941. <<

[200] Hasta mediados de septiembre de 1940 la Marina de Guerra había reunido en el canal de la Mancha 168 transportes de tropas, 1975 lanchas, 100 motonaves costeras, 420 remolcadores y 1600 motonaves. El plan era transporter con ellas a las islas británicas, en el curso de tres oleadas, a 260.400 hombres, 34.200 aviones y 61.983 caballos. El 12 de octubre de 1940, la operación *León Marino* (*Seelöwe*) se aplazó, primero hasta 1941, y el 10 de enero de 1941, se suspendió definitivamente. <<

[201] El 1 de agosto de 1940, la *Luftwaffe* recibió la orden de abatir «con todos los medios disponibles» a las fuerzas aéreas británicas. El 13 de agosto comenzó, con el Día del Aguila (*Adlertag*), la batalla aérea de Inglaterra. No se logró debilitar de modo significativo la defensa antiaérea británica, por lo cual la *Luftwaffe*, debido al alto número de bajas, a partir de inicios de 1940 comenzó a bombardear las ciudades inglesas. En mayo de 1941, las batallas en los Balcanes y el inminente ataque a la Unión Soviética obligaron a interrumpir la agresión aérea a las islas. <<

²⁰² El encuentro de Hitler con Pétain y Laval se produjo en Montoire-sur-le-Loire el 24 de octubre de 1940. <<

²⁰³ A comienzos de 1941 la ofensiva italiana contra Grecia, iniciada en octubre de 1940, estaba a punto de fracasar, de modo que Hitler ordenó un ataque contra el sudeste de Europa a fin de evitar una derrota de su aliado. En la campaña de los Balcanes, las tropas alemanas conquistaron Yugoslavia y Grecia entre abril y junio de 1941. <<

[204] Desde el 4 al 25 de abril de 1941, Hitler residió en el cuartel general del *Führer*, el *Asalto de Primavera (Frühlingssturm)*, en Mönichkirchen. Desde su tren especial *Amerika*, dirigía la campaña de los Balcanes. Tras una breve estancia en Berlín, el 10 de mayo de 1941 llegó al Berghof. <<

[205] La orden para construir la *Guarida del Lobo* se dictó inmediatamente después de la visita del ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética Viacheslav M. Molotov en noviembre de 1940. Las obras no terminaron hasta abril de 1941. Durante su visita, el ministro soviético elaboró un catálogo de exigencias territoriales, que puso en evidencia para la dirección política alemana el carácter inevitable de un futuro conflicto. Entre otras cosas, Molotov reclamó los canales marítimos turcos y los Balcanes como esfera de influencia soviética, lo cual habría dificultado, incluso imposibilitado, el acceso alemán al petróleo rumano, que era una condición decisiva para la movilización bélica alemana.<<

[206] Es falso que los dirigentes soviéticos estuvieran «completamente desprevenidos». Su servicio de espionaje ya había hecho numerosas advertencias acerca de la futura invasión.<<

[207] Mussolini llegó a la Guarida del Lobo el 15 de agosto de 1941.<<

[208] El vuelo a Uman se realizó el 28 de agosto de 1941.<<

[209] El Focke-Wulf 200 : avión de reconocimiento de gran autonomía de vuelo (4.400 kilómetros). En 1937 se estrenó como transporte de pasajeros; ese mismo año, la escuadrilla del Gobierno adquirió un aparato, el denominado *Immelmann III*, el «avión del *Führer*». A éste se sumaron posteriormente otras doce unidades.<<

[210] Las fuerzas del *Corpo di Spedizioni Italiani in Russia* desfilaron ante Hitler y Mussolini. Este cuerpo constaba de dos divisiones de infantería y una división móvil, y contaba con cerca de 62.000 hombres. En 1942 se transformó en el 8.º ejército italiano, que había sido aumentado y constaba de diez divisiones. La mayor parte de sus integrantes fueron diezmados en el Don durante la ofensiva soviética del invierno de 1942-1943.<<

[211] El general Kleist dirigía el grupo de tanques que más tarde fue bautizado con su nombre, y que el 25 de octubre de 1941 fue denominado 1.^{er} grupo de tanques. La división de las SS conocida como *Leibstandarte Adolf Hitler* estuvo primero a las órdenes del XIV cuerpo motorizado y, poco después, del cuerpo motorizado o del grupo de tanques Kleist.<<

[212] El apelativo de «guardia» se concedió a las primeras unidades soviéticas el 18 de septiembre de 1941. Con ello, la dirección militar soviética distinguía a las tropas que se habían destacado especialmente en sus enfrentamientos con la *Wehrmacht*. Las unidades de guardia obtuvieron una mayor dotación de personal y de material que las unidades regulares del Ejército Rojo. Los combates de Rovno se produjeron a comienzos de julio de 1941, y por tanto el *Leibstandarte* no pudo haber luchado contra las unidades de guardia.<<

[213] Guderian era el comandante del 2.º ejército de tanques.<<

[214] El 19 de diciembre de 1941 Hitler relevó al mariscal general Walther von Brauchitsch del mando supremo del Ejército de Tierra.<<

[215] Guderian fue relevado del mando el 25 de diciembre de 1941. El 8 de enero de 1942 Hitler expulsó de la *Wehrmacht* al mariscal de campo Hoepner, comandante del 4.º ejército acorazado. El jefe del grupo de ejércitos del norte, mariscal de campo Wilhelm Leeb, fue relevado de su cargo por haber tomado individualmente iniciativas correctivas en el frente.<<

[216] Hitler declaró la guerra a Estados Unidos el 11 de diciembre de 1941, sin haber ordenado antes estudios sobre las consecuencias de la incorporación norteamericana al conflicto.<<

[217] Hitler voló el 2 de diciembre de 1941 a Mariupol. Desde allí viajó, junto al comandante del *Leibstandarte Adolf Hitler*, Sepp Dietrich, hasta el mando del grupo de ejércitos del sur en Taganrog.<<

[218] Heinkel He-III: bombardero bimotor de la *Luftwaffe* con una autonomía de vuelo de 1.950 kilómetros. <<

[219] Fritz Todt murió el 8 de febrero de 1942. <<

[220] El 6 de mayo de 1942 se instituyó, bajo la presidencia de Speer, un Consejo de Rearme, al cual, además de militares de las armas de la *Wehrmacht*, también pertenecían diferentes industriales. Hitler los recibió el 18 de mayo de 1942 en la Guarida del Lobo. <<

[221] Las consultas con el mariscal Ion Antonescu en la *Guarida del Lobo* se desarrollaron el 11 de febrero de 1942. <<

[222] En total, en 1942 Rumanía envió al frente oriental 27 divisiones, integradas en los ejércitos rumanos 3.º y 4.º, y empleadas en el grupo de ejércitos B. <<

[223] Con el segundo arbitraje de Viena, el 30 de agosto de 1942 Rumanía fue obligada por Alemania e Italia a ceder las regiones de Transilvania y Szekler-Zipfel a Hungría. Rumanía perdió 43.500 kilómetros cuadrados y 2,5 millones de habitantes. Al mismo tiempo Alemania e Italia se comprometieron a dar garantías sobre el territorio rumano sobrante. Tras el final de la segunda guerra mundial, la Unión Soviética inició un nuevo cambio en las fronteras. Como compensación por la cesión de Moldavia, Rumanía recuperó Transilvania. <<

[224] Hitler llegó el 16 de julio de 1942 al cuartel general del *Lobo Armado*, en Vinnitsa. <<

[225] Originalmente se llamaba *Eichenhain* [robleal]. <<

[226] Para las obras del *Lobo Armado* se emplearon, entre noviembre de 1941 y septiembre de 1942, hasta 8.000 miembros de la Organización Todt y mil trabajadores forzados de la Unión Soviética. No se han documentado ejecuciones de esta magnitud. <<

[227] Se trataba del batallón de escolta del *Führer*, formado en febrero de 1941, que en febrero de 1943 se amplió a brigada de asalto; en octubre de 1943 se transformó en la 16.^a división de granaderos blindados de las SS; en Italia entró en acción contra los partisanos y perpetró numerosos crímenes de guerra. <<

[228] Sauckel fue nombrado el 21 de marzo de 1943 plenipotenciario general para la asignación de fuerzas de trabajo. En los meses siguientes su sección recibió paulatinamente ulteriores prerrogativas, referentes, por ejemplo, al empleo de trabajadores de los territorios ocupados en el este. Weissruthenien designaba en la terminología nacionalsocialista a Bielorrusia; el Comisariado de los Territorios del Este del *Reich* incluía hasta el pacto germano-soviético los estados independientes bálticos. <<

[229] El 21 de agosto de 1942 los cazadores de montaña del *Reich* de la 1.^a división izaron la bandera de guerra del *Reich* en el Elbruz, la montaña más alta del Cáucaso. La ascensión no tenía mayor significación militar, pero se usó propagandísticamente en Alemania. <<

[230] El mariscal de campo Wilhelm List fue relevado del mando por Hitler el 9 de septiembre de 1942. <<

[231] Hitler destituyó al capitán general Franz Halder como jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra el 24 de septiembre de 1942. <<

[232] Las discusiones sobre el estado de la situación se registraron en actas a partir del 12 de septiembre de 1942. <<

[233] La propaganda alemana designaba las instalaciones de defensa en el canal de la Mancha y en la costa atlántica francesa como Muralla del Atlántico. Pese a los 12.000 búnkeres, casamatas y refugios a prueba de bombas, la fortaleza costera era defectuosa y no pudo impedir la invasión aliada en junio de 1944. <<

[234] Hitler abandonó las instalaciones del *Lobo Armado* el 31 de octubre y el 1 de noviembre llegó a la *Guarida del Lobo*. <<

[235] Hitler lo formuló el 8 de noviembre de 1942: «Resistiremos con tanta fuerza en las posiciones que hemos conquistado, que nadie podrá reconquistarlas en esta guerra». <<

[236] Karl Brandt fue, con interrupciones, médico de cabecera de Hitler desde 1934.

<<

[237] El 24 de noviembre de 1942 Goring había asegurado a Hitler el abastecimiento desde el aire para el 6.º ejército, destacado en Stalingrado. Según los cálculos de la jefatura del Ejército de Tierra, para ello se necesitaba diariamente al menos 700 toneladas de avituallamiento. Mientras Göring le garantizaba a Hitler 500 toneladas diarias, el mando de la *Luftwaffe* creía poder transportar 350 toneladas diarias. Hasta el 19 de diciembre de 1942 pudieron llevarse apenas 295 toneladas a las zonas asediadas. En total, la media de abastecimientos entregados hasta la capitulación del 6.º ejército nunca superó las cien toneladas diarias. <<

[238] El emperador Guillermo II había transformado la finca de Rominten, en Prusia Oriental, en un pabellón de caza. Göring la utilizó profusamente. <<

[239] Durante el abastecimiento de Stalingrado la *Luftwaffe* perdió 488 aviones de transporte, casi dos tercios del contingente total del transporte aéreo. <<

[240] Paulus relevó en el mando al general Walther von Seydlitz-Kurzbach el 26 de enero de 1943, después de que éste solicitara varias veces al estado mayor de su ejército la capitulación y de que al final concediera a las unidades bajo su mando el derecho de deponer las armas según su propio criterio. <<

[241] En este momento Paulus ya había capitulado; el comandante del 6.º ejército se entregó en la tarde del 31 de enero de 1943 junto con su estado mayor al 64.º ejército soviético. <<

[242] Pese a su aguerrida declaración, el general de infantería Karl Strecker no se inmoló con dinamita, sino que se entregó el 2 de febrero de 1943 a las autoridades soviéticas. <<

[243] El ascenso de Paulus a mariscal de campo se produjo en la noche del 30 al 31 de enero de 1943. <<

[244] El 30 de enero de 1943, la Oficina Alemana de Noticias del jefe del departamento de prensa del *Reich* Otto Dietrich ya había sido informada del ascenso de Paulus a mariscal de campo. <<

[245] En la mañana del 2 de febrero de 1943 capitularon con el XI cuerpo de ejército las últimas unidades del 6.º ejército, sitiado en Stalingrado. Según cálculos actuales, entre 90.000 y 130.000 soldados alemanes y rumanos fueron apresados, de los que sólo regresaron a sus países 6.000. Además, durante el cerco cayeron o murieron por enfermedades, hambre y frío unos 146.000 soldados alemanes. Las pérdidas soviéticas durante toda la batalla de Stalingrado ascendieron a 474.871 muertos y 974.734 heridos. Las víctimas civiles en la zona de Stalingrado no se han cuantificado. <<

[246] Los espasmos intestinales de Hitler eran consecuencia de su alimentación vegetariana y de su falta de movimiento. A ello se sumó la destrucción de la flora intestinal por el abuso del Ultraseptyl. Morell logró restablecerla con Mutaflor, un preparado a base de bacterias. Le inyectaba un concentrado multivitamínico, que combinaba con inyecciones de glucosa, y Hitler agregaba probablemente pervitina. En 1943 se inyectó seis dosis de Eudokal, un tranquilizante derivado del opio, y el antiespasmódico Eupaverin. En la segunda mitad de 1942, en cambio, no tomó ninguno de estos productos. <<

[247] El 2 de febrero de 1943 el Ejército Rojo en el Don inició las ofensivas «Estrella» y «Salto». El objetivo de la primera era penetrar hasta Minsk y el de la segunda, la conquista de Jarkov. <<

[248] El 16 de febrero de 1943 Hitler impartió la orden nº 4. En ella se estipulaba la obligación de que, en caso de retirada, «había que destruir o quemar todas las instalaciones, edificios, etcétera, valiosos o de inmediata utilidad para el enemigo». Hitler ordenó además apresar y transportar a la masa de la población civil a fin de utilizarla como fuerza de trabajo. Las aldeas que se abandonaban «debían ser arrasadas». <<

[249] El mariscal de campo Maximilian von Weichs fue general en jefe del grupo de ejércitos B hasta el 14 de febrero de 1943. Tras la derrota de Stalingrado y el desastre del grupo de ejércitos B, sus restos así como el grupo de ejércitos del Don fueron agrupados en el nuevo grupo de ejércitos del sur bajo la jefatura del mariscal de campo Erich von Manstein. Weichs y su estado mayor permanecieron en el frente oriental hasta julio de 1943, después fue trasladado a la reserva de oficiales, pero al poco tiempo se reincorporó al servicio. <<

[250] El 17 de febrero de 1943 Hitler voló hasta Zaporozhie. Partió a las dos de la mañana desde el aeródromo de la *Guarida del Lobo* en Wilhermsdorf y llegó a las seis al cuartel general del grupo de ejércitos B. <<

[251] Tropas para la construcción y las obras de ingeniería constituidas en 1938 y llamadas de este modo según el nombre de su director, Todt, que estaba encargado de la construcción de instalaciones militares. Desde el inicio de la guerra utilizó para la realización de sus proyectos de construcción a trabajadores forzados, prisioneros de campos de concentración y prisioneros de guerra. <<

[252] Está comprobado que, en Zaporozhie, Hitler se reunió a lo largo de tres días con el nuevo comandante en jefe del grupo de ejércitos del sur, Von Manstein, y con el recientemente nombrado jefe de la 4.^a flota aérea, mariscal Wolfram von Richthofen. No se sabe con certeza si Weichs también estuvo presente. <<

[253] Hitler voló de regreso el 19 de febrero de 1943. Ese día, las unidades del Primer Ejército de guardias soviético estaban acantonadas a unos sesenta kilómetros de Zaporozhie. <<

[254] El mariscal de campo Von Weichs recibió la cruz de caballero con hojas de roble el 5 de febrero de 1945. <<

[255] Von Richthofen ya había sido ascendido a mariscal el 31 de enero de 1942 junto con Weichs, Paulus y Kleist. <<

[256] La conversación con el mariscal de campo Erwin Rommel se produjo el 10 de marzo de 1943. Un día después Hitler concedió a Rommel la cruz de caballero con hojas de roble, espadas y brillantes, la más alta distinción bélica alemana y lo envió a una cura de reposo. En mayo de 1943, Rommel obtuvo la misión de organizar la defensa de Italia, al principio como general en jefe del grupo de ejércitos B; el 1 de diciembre de 1943 asumió la dirección de los preparativos para la defensa ante una invasión aliada en Francia. <<

[257] En marzo de 1943 el grupo de ejércitos del sur, bajo la dirección del mariscal Von Manstein, logró recuperar Jarkov y estabilizar el frente alemán en el sur de la Unión Soviética. <<

[258] La conferencia de Wernher von Braun, que acompañaba al general Walter Dornberger, jefe de sección de la oficina de armamento del Ejército de Tierra, se impartió el 7 de marzo de 1943. Allí se exhibió, además de fotografías, una película sobre el primer lanzamiento exitoso de la bomba V-2 el 3 de octubre de 1942. <<

[259] En el verano de 1940, un comando de las SS empleó por primera vez camiones transformados en cámaras de gas para asesinar a pacientes de sanatorios en la zona de Poznan. El monóxido de carbono era introducido en botellas. A partir de septiembre de 1941, los comandos del Servicio de Seguridad utilizaron en las regiones conquistadas a los soviéticos vehículos cuyo humo procedente del escape se dispersaba en el interior del compartimento cerrado. Los primeros casos comprobados de su utilización datan de noviembre de 1941 en Poltava y al mes siguiente en Jarkov. <<

[260] Las primeras cámaras de gas fueron instaladas siguiendo el programa de la llamada Campaña Eutanasia, para exterminar a enfermos mentales, a partir de enero de 1940, en seis clínicas psiquiátricas en el *Reich* alemán. Entre marzo y octubre de 1942, miembros del Servicio de Seguridad instalaron cámaras de gas, al comienzo en los campos de exterminio de Belzec, Sobibor y Treblinka (Gobierno General de los Territorios Polacos Ocupados), más tarde también en otros campos de concentración y exterminio. En la zona soviética conquistada no hubo cámaras de gas. <<

[261] El capitán general Hans Jeschonnek se suicidó en la noche del 18 al 19 de agosto de 1943 en el cuartel general de la *Luftwaffe* en Goldap (Prusia Oriental). Esa noche la *Royal Air Force* había bombardeado numerosas ciudades de Alemania occidental, prácticamente sin contraataques antiaéreos de la *Luftwaffe*. <<

[262] Meier es un apellido muy corriente en Alemania. (Nota de los redactores soviéticos.) <<

[263] El capitán general Ernst Udet, que ocupaba el puesto de director de producción aeronáutica, se suicidó de un disparo el 17 de noviembre de 1941, no durante un vuelo, sino en su casa berlinesa. Después de la derrota en la batalla aérea contra Gran Bretaña y el fracaso de la *Luftwaffe* en el frente oriental, Göring y Hitler le habían retirado su confianza. <<

[264] Hitler llegó allí con su séquito tras una corta estancia en Berlín, en donde participó en las festividades del Día de Conmemoración de los Héroes y donde fracasó un atentado contra su persona el 22 de marzo de 1943. <<

[265] Rattenhuber dirigía la oficina independiente del Servicio de Seguridad del *Reich*, dedicada a la protección de los más altos dignatarios del *Reich*. Estaba subordinada al departamento de la Policía Secreta del Estado y no al Servicio de Seguridad. <<

[266] La amante permanente de Bormann era la actriz Manja Behrens. <<

[267] El teniente general Edgar Feuchtinger, en 1943 y 1944 comandante de la 21.^a división acorazada, fue arrestado el 5 de enero de 1945 acusado de corrupción y alejamiento ilícito del servicio (el 6 de junio de 1944, mientras se iniciaba la invasión aliada de París, estaba con su amante). Fue encarcelado, degradado y condenado a muerte. Hitler lo indultó el 2 de marzo de 1945 y lo trasladó como artillero a la 20.^a división acorazada. No obstante, antes de incorporarse a su unidad, Feuchtinger se rindió y se entregó en una prisión militar inglesa. <<

[268] A instancias de Stalin, el 13 de julio de 1943 y el 12 de septiembre de 1943, soldados y oficiales cautivos, además de comunistas exiliados, fundaron el Comité Nacional de la Alemania Libre y la Unión de Oficiales Alemanes. Sirvieron como propagandistas, aunque perdieron importancia a medida que la guerra se desarrollaba a favor de los aliados. Su influencia sobre las tropas alemanas en el frente oriental fue, en general, escasa. <<

[269] Así, el jefe de la Unión de Oficiales Alemanes, general Walther von Seydlitz-Kurzbach, fue juzgado en rebeldía por un consejo de guerra del *Reich* en Torgau y condenado a muerte el 26 de abril de 1944. Después del 20 de julio de 1944, el Servicio de Seguridad del *Reich* arrestó a cincuenta y tres miembros del Comité Nacional de la Alemania Libre y los trasladó a Schierlichmühle, en las montañas de los Gigantes. <<

[270] En septiembre de 1943 el general Von Seydlitz-Kurzbach propuso «formar un ejército pequeño y muy efectivo con prisioneros de guerra, que podría emplearse para la conquista del poder con un nuevo Gobierno en Alemania». Los soviéticos nunca tuvieron auténtico interés en la constitución de unidades militares alemanas para la lucha contra la Alemania nacionalsocialista. Stalin también desestimó otras iniciativas de militares alemanes prisioneros para formar grupos propios para la lucha contra el Reich alemán o constituir un gobierno en el exilio, pues podrían haber sido interpretadas como la demostración de la existencia de una Alemania «antifascista».

<<

[271] Antonescu llegó el 12 de abril de 1943 al castillo de Klessheim; con anterioridad, Hitler ya había recibido a Mussolini. <<

[272] Mussolini había sido recibido antes que Antonescu en el castillo de Klessheim. Sus conversaciones con Hitler se prolongaron desde el 7 hasta el 10 de abril de 1943.

<<

[273] En su entrevista con Hitler, Horthy se opuso a las exigencias con respecto a la discriminación de los judíos en la sociedad húngara y a su proyecto de genocidio. Hitler habría exclamado, según afirma Horthy en sus memorias: «Los judíos tienen que ser exterminados o encerrados en campos de concentración». <<

[274] Las conversaciones entre Hitler y el presidente de Estado eslovaco, Josef Tiso, se desarrollaron el 23 de abril de 1943. <<

[275] El general Italo Gariboldi comandaba en Stalingrado el 8.º ejército italiano, mientras que la Rumanía aliada aportaba su 3.º ejército. La cruz de caballero le fue otorgada al oficial italiano el 1 de abril de 1943. <<

[276] Turquía exportaba metales no ferruginos, en especial vanadio, a todos los países participantes en la guerra. <<

[277] Carro de artillería pesada acorazada con propulsión eléctrica diésel, armado con un cañón de 8,8 cm. El Ferdinand resultó una construcción fallida. Técnicamente poco desarrollado, con fallos frecuentes, muy vulnerable en el combate de proximidad y carente de cualquier medio de defensa. Una versión perfeccionada de este cazatanques recibió más tarde el nombre de *Elefant*. <<

[278] T-34, tanque soviético de tamaño medio. De 30 toneladas de peso, estaba dotado con un cañón de 7,6 cm (a partir de 1944, de 8,8 cm); alcanzaba los 50 kilómetros por hora de velocidad y su autonomía estaba entre los 300 y los 450 kilómetros. Este modelo de tanque soviético, del cual se construyeron 40.000 unidades, demostró ser un acierto, muy superior a los carros de combate alemanes hasta 1943. <<

[279] Ya el 1 de abril de 1943, el agente del espionaje militar soviético, Sándor Radó («Dora») había informado a Moscú de los primeros detalles de los planes operativos para el ataque alemán en Kursk. Más tarde, comunicó al espionaje militar soviético (GRU) los cambios de fecha del ataque. <<

[280] La *Wehrmacht* disponía de 2.700 tanques para la batalla de Kursk. La Unión Soviética, de 3.300. <<

[281] *Tiger*: carro de combate pesado alemán. El tanque, de 55 toneladas, estaba armado con un cañón de 8,8 cm. Entró en combate por primera vez en el otoño de 1942. <<

[282] La delegación militar turca había llegado a Berlín el 24 de junio de 1943, y fue recibida por Hitler el 6 de julio de 1943 en la *Guarida del Lobo*. <<

[283] Batería Fritz Todt: compuesta por cuatro cañones de 38 cm de calibre, con un alcance de 54 kilómetros, e instalada en 1940, como batería *Siegfried*, en el cabo Gris-Nez. Tras la muerte de Fritz Todt se cambió su denominación en 1942. <<

[284] La ofensiva alemana en Kursk se detuvo definitivamente el 17 de julio de 1943. Entre el 11 de julio y el 31 de agosto de 1943, la Wehrmacht contó en Kursk 30.043 muertos, 119.109 heridos y 22.508 desaparecidos. En el Ejército Rojo hubo en ese mismo periodo 141.941 muertos y 991.472 heridos. <<

[285] Hitler voló al Obersalzberg el 18 de julio de 1943. <<

[286] El encuentro con Mussolini se celebró el 19 de julio de 1943 en la *Villa Gaggia*, en Feltre, cerca de Beluno, en el norte de Italia. <<

[284] El teniente general Mario Roatta había sido nombrado el 1 de junio de 1943 jefe del estado mayor del Ejército italiano. <<

[288] Pese a todo, el 9 de septiembre de 1943 Hitler hizo constituir en el territorio gobernado por Alessandro Pavolini bajo dominio germano un contragobierno italo-fascista. <<

[289] Mussolini fue arrestado por el nuevo Gobierno italiano en un hotel del Gran Sasso, en los Abruzzos. <<

[290] Originalmente, la sección de asuntos exteriores del Servicio de Seguridad había planificado en agosto de 1943, en el marco de la denominada operación Alarico, arrestar a todas las personas implicadas en el derrocamiento de Mussolini. Este plan se abandonó en septiembre. El 9 del mismo mes fracasó la parte más importante del proyecto, una operación de comandos contra la jefatura militar italiana. <<

[291] En el norte de Italia y el sur de Francia fueron internados 330.000 soldados italianos de un total de 480.000; gran parte de ellos fueron deportados a Alemania como trabajadores forzados. En el centro y el sur de Italia, unidades alemanas desarmaron a 300.000 hombres e internaron a dos mil de ellos. En los Balcanes y en el Egeo fueron desarmados e internados 380.000 italianos. <<

[292] Panther: tanque de combate alemán de tamaño mediano, diseñado como contrapartida al T-34 soviético. Construido en serie desde noviembre de 1942, pesaba 45,5 toneladas y estaba dotado de un cañón de 7,5 cm de calibre. <<

[293] Del Panzer IV, el tanque propiamente estándar de la *Wehrmacht*, se fabricaron ocho mil unidades. Disponía de un cañón de 7,5 cm y pesaba unas 25 toneladas. Hasta 1940 demostró su superioridad ante todos los tanques enemigos. Durante la guerra contra la Unión Soviética, el T-34 le infligió grandes daños. <<

[294] La operación de comando para liberar a Mussolini se realizó el 12 de septiembre de 1943. <<

[295] *Fieseler-Storch*: avión alemán de despegue corto del tipo *Fieseler 156*, empleado sobre todo como avión de comunicación y reconocimiento de poca autonomía de vuelo. Lograba despegar en sólo 65 metros, y en el aterrizaje necesitaba apenas veinte metros para detenerse. <<

[296] Mussolini asumió las tareas de Gobierno el 15 de septiembre de 1943. Su República Social italiana fue sólo un gobierno títere alemán. <<

[297] En la noche del 16 al 17 de agosto de 1943 finalizó la evacuación de la isla. Las tropas alemanas, unos cien mil hombres aproximadamente, se retiraron al territorio italiano continental. <<

[298] El 3 de septiembre de 1943 las tropas británicas desembarcaron en el extremo sur de Calabria. El día de la capitulación italiana, desembarcó además el 5.º ejército norteamericano en el golfo de Salerno y, simultáneamente, las fuerzas británicas lo hicieron en Tarento. <<

[299] La flota italiana se entregó a los aliados el 9 de septiembre de 1943. En su ruta a Malta, aviones alemanes atacaron a los acorazados Italia y Roma; éste último se hundió con 1.500 hombres a bordo. <<

[300] Gustav Krupp no se preocupaba sólo por la situación en el frente. También le interesaba transformar la constitución de la empresa, de sociedad por acciones a sociedad unipersonal, con el fin de disponer la sucesión en la dirección de la firma según sus intereses. Hitler aceptó la propuesta reconociendo sus «extraordinarios méritos, únicos en su especie, en pro de la fuerza bélica del pueblo alemán». Su decreto del 12 de noviembre de 1943 eximió a la empresa *Krupp* de las disposiciones vigentes del código de derecho civil. <<

[301] Schacht no hace alusión a esta carta en sus memorias. Su última conversación con Hitler se produjo en febrero de 1941. Hitler lo interrogó acerca de la futura posición de Estados Unidos en un conflicto con la Unión Soviética. En agosto de 1943 Schacht se dirigió a Lammers con la solicitud de que le fuese permitido hacerle llegar una opinión por escrito sobre la situación política. Esta solicitud fue rechazada. No obstante, Schacht escribió la carta. La *Gestapo* lo arrestó el 23 de julio de 1944 porque se le atribuían contactos con los conspiradores del atentado contra Hitler. Puesto que las acusaciones en su contra no fueron suficientes para condenarle, lo internaron en el campo de concentración de Sachsenhausen, donde recibió un trato especial. <<

[302] Hitler pronunció el discurso ante la jefatura militar del frente oriental el 27 de enero de 1944. <<

[303] Las tropas alemanas tuvieron que retirarse de la zona minera de Nikopol el 8 de febrero de 1944. <<

[304] El 28 de enero de 1944, las tropas soviéticas sitiaron en Cherkassi a unos cien mil soldados del 8.º ejército del general Otto Wöhler y del 1.º ejército acorazado, a las órdenes del general Hans Hube. El 17 de febrero de 1944, 30.000 soldados lograron romper el cerco hacia sus líneas propias. Este asedio provocó 55.000 muertos y 18.000 heridos. En total, las fuerzas armadas soviéticas perdieron en las batallas del oeste de Ucrania a 270.200 soldados mientras que 839.330 resultaron heridos. <<

[305] Nombre encubierto para el cuartel general del mando supremo de la *Luftwaffe* en Bartenstein (Prusia Oriental). A comienzos de 1945 el tren militar del jefe de la *Luftwaffe*, Hermann Göring, recibió ese nombre como camuflaje. <<

[306] El 25 de abril de 1945, un bombardeo británico destruyó el Berghof y los edificios adyacentes de la administración. <<

[307] La manufactura de porcelana *Allach*, sociedad limitada, con sede en Dachau, era una filial del Consorcio Alemán de Empresas Económicas, propiedad de las SS. <<

[308] El 18 de febrero de 1943 el ministro de Propaganda Joseph Goebbels declaró la «guerra total», y la sociedad civil del Reich alemán, mediante una serie de transformaciones radicales, tuvo que adaptarse a una situación bélica sin concesiones. En lo que llegó a conocerse como «programa de desenredo» (Ausdmmungsaktionen), se llamó a filas a los varones de mayor edad ocupados en sectores improductivos. Los nacidos en 1926 y 1927 fueron incorporados primero como ayudantes de artillería antiaérea, y más tarde se integraron en las divisiones de los granaderos del pueblo o en las milicias del *Volkssturm*. De esta forma, hasta julio de 1944, la *Wehrmacht* sumó 600.000 hombres. <<

[309] A finales del verano de 1944, Hitler ordenó transferir a unos 200.000 soldados desde la *Luftwaffe* —supuestamente con un exceso de personal— al Ejército de Tierra. Göring sorteó el problema con la creación en un plazo muy breve de veintiuna divisiones terrestres de la *Luftwaffe*. Cuando estas tropas, carentes de toda experiencia en la lucha en tierra, entraron en acción, padecieron considerables pérdidas. De las veintiuna divisiones, en marzo de 1945 quedaban tan sólo cinco. <<

[310] La ofensiva contra el 1.^{er} y el 4.^o ejércitos blindados del grupo de ejércitos del sur en el oeste de Ucrania abrió el primer frente ucraniano el 4 de marzo de 1944. <<

[311] El 6.º ejército había sido reconstituido en el sur de Rusia el 6 de marzo de 1945 a partir del batallón Hollidt y había sufrido a comienzos de 1944 graves pérdidas durante su retirada del Dniéper al Dniéster. En agosto de 1944 el 6.º ejército fue nuevamente sitiado y aniquilado durante la ofensiva soviética contra el grupo de ejércitos del sur de Ucrania en Kischiniov. <<

[312] Monte Cassino era el corazón de la línea *Gustav* alemana. Según los planes del alto mando de la *Wehrmacht*, aquí debía detenerse el avance aliado en Italia. Los aliados se habían propuesto romper la línea *Gustav* en octubre de 1943, pero las dificultades meteorológicas, y de abastecimiento, los accidentes del terreno y la furiosa resistencia alemana retrasaron la conquista de las posiciones germanas hasta enero de 1944. Después de cuatro batallas para conquistar Monte Cassino, los aliados consiguieron romper el frente enemigo; los efectivos alemanes se retiraron a la línea Gótica. Los combates supusieron la muerte de 12.000 soldados aliados, mientras que los alemanes sufrieron 20.000 bajas entre muertos, heridos o prisioneros. <<

[313] Este ejército de voluntarios polacos había sido formado hacia finales de 1940 en la Unión Soviética y puesto al mando del general Wladyslaw Anders. Los primeros 70.000 hombres fueron trasladados a mediados de 1942 a Irak y a partir de 1943 combatieron en el norte de África y en Italia, donde asaltaron Monte Cassino. En febrero de 1945 Anders recibió el mando de las tropas polacas en el oeste, cuyos efectivos ascendían a casi doscientos mil hombres. Más del 80 por ciento de ellos se negaron más tarde a ser repatriados a la Polonia comunista. <<

[314] Hitler, que responsabilizó a Von Kleist, como comandante en jefe del grupo de ejércitos A, de la pérdida de Crimea, relevó al mariscal el 30 de marzo de 1944. El mismo día, por diferencias con Hitler sobre la dirección militar, el mariscal Von Manstein fue relevado de su cargo como jefe del grupo de ejércitos del sur. <<

[315] Zeitzler se desmayó el 9 de junio de 1944. Heusinger asumió el cargo desde el 10 de junio hasta el 21 de julio de 1944; después, Guderian se responsabilizó de los asuntos del estado mayor general. <<

[316] Hermann Fegelein y Margarete Braun contrajeron matrimonio el 3 de junio de 1944. Fegelein fue ascendido a general de división de las SS el 21 de julio de 1944.

<<

[317] Joachim Sthaler sugiere en un resumen de sus investigaciones que Eva Braun y Hermann Fegelein mantuvieron relaciones sexuales. <<

[318] Este congreso —organizado por Albert Speer y en el que se reunieron aproximadamente doscientos empresarios de la industria bélica— se desarrolló el 4 de julio de 1944. <<

[319] La operación Bagration —nombre de la gran ofensiva contra el grupo de ejércitos intermedio— comenzó el 22 de junio de 1944, el día del tercer aniversario del ataque alemán a la Unión Soviética. Hasta el 8 de julio de 1944, al final de la operación, las tropas del Ejército Rojo aniquilaron 28 divisiones alemanas, un total de 350.000 hombres. <<

[320] Sistema de defensa alemán que estaba formado por las denominadas «plazas fuertes», por lo general, ciudades grandes. Las tropas aquí estacionadas debían dejarse sitiar para inmovilizar de este modo a importantes fuerzas enemigas. Esta «táctica rompeolas» estaba condenada al fracaso dada la desigualdad de fuerzas, y limitó considerablemente las ya escasas posibilidades operativas germanas. En fuentes alemanas, este sistema de posiciones fortificadas también se conoce como línea Dniéper. <<

[321] Hitler llegó a la Guarida del Lobo, con su estado mayor, el 9 de julio de 1944. <<

[322] El mariscal de campo Ernst Busch fue relevado el 28 de junio de 1944 de su cargo de comandante del grupo de ejércitos intermedio y reemplazado por el mariscal de campo Walter Model. En agosto de 1944 el teniente coronel Georg-Hans Reinhardt reemplazó a Model, a quien Hitler había designado comandante en jefe del grupo de ejércitos B, que operaba en el oeste. <<

[323] Hitler llegó otra vez a la Guarida del Lobo el 16 de julio de 1944. <<

[324] También estaban presentes los estenógrafos Heinz Buchholz y Heinrich Berger.

<<

[325] Sistema de defensa muy escalonado en el territorio ocupado por el 1.^{er} ejército acorazado del grupo de ejércitos del norte de Ucrania. Lugares como Lvov, Brody y Stanislav habían sido convertidos en poderosos puntos de apoyo para detener la ofensiva soviética. <<

[326] El capitán general Friedrich Fromm había sido arrestado por el coronel Claus Schenk von Stauffenberg. El correspondiente telegrama para los comandantes regionales de la *Wehrmacht* y los comandantes en jefe de las regions ocupadas lo había redactado el mariscal de campo Erwin von Witzleben, como nuevo mando supremo de la *Wehrmacht*. <<

[327] El capitán general Ludwig Beck, que se resistió a ser apresado, intentó, infructuosamente, quitarse la vida con su pistola dos veces. Fromm, que había sido liberado en la tarde del 20 de julio de 1944 por oficiales leales al régimen, ordenó a un oficial que le pegara un tiro a Beck de inmediato. Como éste se negó a hacerlo, un sargento acabó con él en una habitación contigua. <<

[328] También el teniente general Adolf Heusinger conocía y aprobaba el plan del atentado para el 20 de julio de 1944, pero no participó en su ejecución. Agentes de la *Gestapo* arrestaron a Heusinger en el mismo hospital. Pero no pudo probarse su participación en el atentado y fue puesto en libertad a los dos meses y trasladado a la reserva. <<

[329] Se trata del Tribunal de Justicia del Pueblo (*Volksgerechtshof*). Freisler ya no era entonces secretario de Estado, sino presidente del Tribunal de Justicia del Pueblo y juez presidente de su primer senado. <<

[330] El llamado Tribunal de Honor (*Ehrenhof*) se reunió el 4 de agosto de 1944. El capitán general Heinz Reinhardt no formaba parte de éste. Se trataba del general de división Hermann Reinecke. <<

[331] Las ejecuciones se llevaron a cabo en el presidio berlinés de Plötzensee. <<

[332] En relación con el intento de golpe de Estado, la *Gestapo* arrestó a más de siete mil personas, de las cuales fueron ejecutadas en los meses siguientes 4.980. Sesenta oficiales del alto mando de la *Wehrmacht*, del alto mando del Ejército de Tierra y del estado mayor general fueron condenados a la pena de muerte. A raíz del atentado contra Hitler fueron ejecutados 20 generales, los consejos de guerra dictaron penas de muerte contra otros 36 generales por oponerse al régimen y 49 generales se quitaron la vida para escapar al arresto y la acusación. Se arrestó a numerosos miembros de los círculos cercanos a la *Wehrmacht*, de los cuales los tribunales militares condenaron a setecientos aproximadamente a la pena capital. <<

[333] El Tribunal de Justicia del Pueblo juzgó al capitán general Friedrich Fromm el 7 de marzo de 1945, «por cobardía», y lo condenó a muerte. La sentencia contra el militar se cumplió el 12 de marzo de 1945 en la prisión de Brandemburgo. <<

[334] Dirigente territorial del Partido Nacionalsocialista. Su zona de jurisdicción, un condado, era inferior a la del *Gauleiter*. (N. de los T.) <<

[335] El mariscal Erwin Rommel había sido herido el 17 de julio de 1944 en el curso de un ataque aéreo mientras viajaba en su automóvil en las cercanías de Livarot (Francia). Sufrió una grave fractura en el cráneo, dos lesiones en las sienes y una rotura de los huesos de la mejilla. Pasó la convalecencia en su casa de Herrlingen, cerca de Ulm. <<

[336] No fue el general Hans Krebs, sino el general Wilhelm Burgdorf quien cumplió la orden de proponer el suicidio a Rommel. El 14 de octubre de 1944 visitó al mariscal en Herrlingen. Después de que Rommel rechazara su proposición de poner él mismo fin a su vida, Burgdorf viajó con él a una cantera cercana, donde le entregó una cápsula de cianuro potásico. Unos minutos más tarde Rommel había muerto. Burgdorf trasladó el cadáver a un hospital militar de Ulm, donde anunció que probablemente Rommel había sufrido un ataque cardiaco. Como causa de la muerte se hizo constar: «Ataque cardiaco a consecuencia de un accidente estando de servicio en el frente occidental». <<

[337] La conferencia de Hitler ante los dirigentes nacionalsocialistas se produjo el 3 de agosto de 1944 en la *Guarida del Lobo*; la reunión con los *Reichsleiter* y *Gauleiter* tuvo lugar al día siguiente. <<

[338] Hitler había designado al capitán general Heinz Guderian el 21 de julio de 1944 general en jefe del Ejército de Tierra. El mismo día asumió el teniente general Walther Wenck su cargo de jefe de la sección de operaciones del alto mando del Ejército de Tierra. El general Burgdorf recibió el cargo de ayudante jefe de la *Wehrmacht* ante el *Führer* el 12 de octubre de 1944. El general Karl Koller inició su actividad como jefe de estado mayor de la *Luftwaffe* a partir del 12 de noviembre de 1944. <<

[339] La ofensiva soviética contra el grupo de ejércitos del norte de Ucrania comenzó el 13 de julio de 1944. Hasta mediados de agosto de 1944, el Ejército Rojo derrotó a 32 de las 56 divisiones del grupo de ejércitos, y aniquiló completamente a otras ocho. Sus bajas propias fueron de 65.000 muertos y 224.295 heridos. <<

[340] El 29 y el 30 de julio de 1944 las tropas soviéticas forzaron el Vístula en la zona de Sandomierz y erigieron una cabeza de puente en el sector oeste. El 1 de agosto de 1944 el Ejército de la resistencia polaca (*Armia Krajowa*) inició la sublevación de Varsovia, pero por instrucciones de Stalin, careció del apoyo soviético. Las tropas alemanas y las SS atacaron salvajemente a los miembros del Ejército de los patriotas polacos y a la población civil. El 2 de octubre las fuerzas polacas tuvieron que rendirse, pero consiguieron el reconocimiento de prisioneros de guerra. En el curso de las batallas, la *Armia Krajowa* perdió a 16.000 hombres y 6.000 resultaron heridos. En el lado alemán, hubo 2.000 muertos y 9.000 heridos. 166.000 habitantes de la ciudad perecieron durante la rebelión y 70.000 fueron condenados a trabajos forzados en campos de concentración. Hitler ordenó arrasar completamente la ciudad.

<<

[341] Hitler sufrió en este tiempo un leve ataque de ictericia que, tras un adecuado tratamiento, no tardó en desaparecer. El médico otorrinolaringólogo Geising, que revisó el tímpano de Hitler, diagnosticó un envenenamiento con estriknina, pues durante el tratamiento, en realidad había estado siguiendo las instrucciones de un medicamento para otra enfermedad (las Tabletas del Doctor Köster), lo que alarmó a los cirujanos Hasselbach y Brandt. No obstante, Hitler debería haber tomado cerca de 150 de esas tabletas (que servían para estimular la flora intestinal) para manifestar realmente síntomas de envenenamiento. <<

[342] El 23 de septiembre de 1940, Himmler había ordenado a los dentistas de las SS de los campos de concentración que arrancaran los dientes de oro a los prisioneros asesinados y que extrajeran «los dientes de oro no reparables» a los que aún seguían con vida. <<

[343] La conversación con el mariscal de campo Model y con el *Gauleiter* Koch se celebró el 15 de agosto de 1944. <<

[344] Instalación de defensa construida en 1918 y modernizada en la segunda guerra mundial en la zona de Königsberg, entre los ríos Alle y Passarge. <<

[345] Un informe secreto del Partido Nacionalsocialista del 7 de agosto de 1943 anunció para Prusia Oriental «los esfuerzos para trasladar lo antes posible a la población de la zona y a los berlineses allí evacuados (debido a la guerra aérea) hacia el interior del *Reich* y para poner a buen recaudo sus bienes (evacuación en desbandada de las zonas limítrofes, trenes repletos, retirada masiva de dinero de los bancos y cajas de ahorro, envío de paquetes)». <<

[346] El 23 de agosto de 1944, el rey rumano Miguel II hizo arrestar al mariscal Antonescu y formó un nuevo Gobierno. Éste declaró la guerra a Alemania el 28 de agosto de 1944, mientras que Antonescu, ya el 2 de junio de 1942, había concertado con la Unión Soviética un acuerdo secreto en Estocolmo para sacar a Rumanía de la guerra. <<

[347] Bulgaria, pese a su alianza con el *Reich* alemán, había evitado participar en la campaña contra la Unión Soviética. El 5 de septiembre de 1944, la Unión Soviética declaró la guerra a Bulgaria y penetró en su territorio. <<

[348] El 17 de enero de 1944, *Pravda*, el órgano del Comité Central del Partido Comunista soviético, hizo circular el rumor de que Ribbentrop iba a concertar una paz por separado con Gran Bretaña, aunque de ello no existen documentos. Es un hecho, por otra parte, que Gran Bretaña, Estados Unidos y también la Unión Soviética mantuvieron contactos con el *Reich* alemán mediante canales diplomáticos y los servicios de información. <<

[349] La Guardia de Hierro, fundada en 1927 como legión del arcángel Miguel, una organización paramilitar, místico-cristiana, antijudía, fue disuelta en 1937. A partir de 1935 desplegó, con diferentes nombres camuflados, numerosas acciones terroristas, entre ellas un atentado que acabó con la vida del presidente rumano. El caudillo de la Guardia de Hierro, Comeliu Codreanu, fue asesinado en 1938; su sucesor, Horia Sima, promovió en 1941 un golpe de Estado que fracasó. Sima, que había sido trasladado por el Servicio de Seguridad a Alemania, fue juzgado y condenado a muerte en rebeldía. La SS lo internó en el campo de Berkenbrück, del cual escapó. Apresado de nuevo, fue enviado al campo de concentración de Buchenwald, donde recibió un trato especial. El gobierno títere de su país comenzó sus actividades el 24 de agosto de 1944. <<

[350] No hay certeza de que Antonescu padeciera sífilis; se trata tan solo de una difamación más. En *Mi lucha*, Hitler escribió que semejante enfermedad manifestaba la carencia de «nobleza del alma» del paciente. Para él las enfermedades venéreas eran una consecuencia de la «judaización» del impulso sexual y de su transformación en el nuevo becerro de oro. <<

[351] El 10 de octubre de 1944 el 1.^{er} frente báltico alcanzó, en ambas riberas del Memel, el mar Báltico, y aisló a 33 divisiones del grupo de ejércitos del norte. Las tropas sitiadas no fueron transportadas por mar, porque Hitler creía que con ellas podría amenazar el flanco soviético. El conjunto de tropas que desde el 26 de enero de 1945 se llamó grupo de ejércitos de Curlandia capituló el 10 de mayo de 1945, después de seis asaltos infructuosos. Tras la rendición, 208.000 hombres acabaron en los campos soviéticos de prisioneros de guerra. <<

[352] La milicia del *Volkssturm* [ofensiva del pueblo], constituida por orden de Hitler el 25 de septiembre de 1944, agrupó a todos los varones entre 16 y 60 años que aún no habían sido llamados a filas. La formación y el mando debían ser asumidos por los *Gauleiter*. La organización militar, entrenamiento y armamento estaba bajo el mando de Himmler como comandante supremo del ejército de reclutas. Los miembros del *Volkssturm* eran soldados a todos los efectos y estaban sometidos por tanto a la jurisdicción militar. Alrededor de seis millones de hombres representaron esta última apuesta militar del *Reich* alemán, mal entrenada e insuficientemente armada. Trasladadas al frente oriental, las unidades del *Volkssturm* sufrieron enormes pérdidas en combates contra el Ejército Rojo. Más de ciento setenta y cinco mil soldados constan como desaparecidos desde el final de la guerra, y el número de muertos sigue siendo desconocido. <<

[353] La brigada de escolta del *Führer*, organizada en junio de 1944 a partir del batallón de escolta del *Führer*, se amplió el 26 de enero de 1945 a división de escolta del *Führer*. La brigada de escolta del *Führer* se incorporó como unidad regular en el Ejército de Tierra y participó en la ofensiva de las Ardenas. <<

[354] A partir del verano de 1944 fueron evacuados a Alemania grupos de alemanes nacidos en el extranjero (*Volksdeutsche*) de los territorios de Europa oriental amenazados. Los movimientos de evacuación y fuga en Prusia Oriental terminaron cuando se estabilizó el frente y como consecuencia de las órdenes de mantener las posiciones que el mando nacionalsocialista emitió en el otoño de 1944. La inmensa retirada de millones de seres humanos de Prusia Oriental, la región de Warthe y Silesia comenzó cuando el Ejército Rojo rompió el frente en enero de 1945. <<

[355] El 30 de julio de 1944 el 3.^{er} ejército norteamericano logró cercar a las tropas alemanas en la península de Cotentin mediante la conquista de la ciudad costera en la bahía del Mont Saint-Michel. La conquista del importante puerto de Cherburgo quedaba al alcance de la mano. Los días 6 y 7 de agosto de 1944, el fuego aliado detuvo un contraataque del 5.^o ejército acorazado alemán, con lo que los aliados habían ganado la batalla de la invasión. <<

[356] El mariscal de campo Hans Günther von Kluge se envenenó el 18 de agosto de 1944 en Metz. <<

[357] La visita de Kluge al frente del 15 al 16 de agosto de 1944 está comprobada, igual que el hecho de que durante un día entero estuvo ilocalizable. Resulta cuestionable que Kluge realmente quisiera entrar en contacto con los aliados, pero el 20 de Julio de 1944 se negó a apoyar el golpe de Estado, cuando supo que Hitler aún estaba vivo. <<

[358] A mediados de agosto las tropas aliadas concentraron en Falaise a unos ciento veinte mil hombres de los ejércitos blindados 7.º y 5.º en un espacio muy reducido. A causa de errores tácticos y de falta de coordinación en el mando supremo aliado, hasta el 20 de agosto de 1944 no se pudo completar el cerco. Hasta este momento habían escapado 50.000 hombres mientras que otros 5.000 pudieron huir del cerco a través de brechas. Hubo unos 50.000 prisioneros y 10.000 muertos. Tras este episodio, la defensa alemana de Normandía quedó definitivamente aniquilada. <<

[359] Hasta septiembre de 1944 la *Wehrmacht* perdió en las violentas batallas en el frente occidental a más de 414.802 hombres, entre muertos, heridos, desaparecidos y prisioneros. Las bajas aliadas hasta el 11 de septiembre de 1944 ascendieron a 40.000 muertos, 164.000 heridos y 20.000 desaparecidos. <<

[360] Solamente en la fracasada operación *Market-Garden*, la última operación de invasión aérea aliada, con la que se pretendía atravesar el Rin en Holanda, los aliados perdieron a finales de septiembre de 1944 aproximadamente a 17.000 hombres. Los combates por la apertura de la desembocadura del Schelde fueron también extraordinariamente violentos, el ejército canadiense perdió entre octubre y noviembre a unos trece mil soldados. En la zona de Aquisgrán también se combatió encarnizadamente. <<

[361] Jodl recibió la orden de elaborar un proyecto para una ofensiva en las Ardenas el 25 de septiembre de 1944. El 12 de octubre entregó un primer plan para la operación *Guardia del Rin*. <<

[362] Hitler llegó el 10 de diciembre de 1944 al *Nido de las Águilas*, su cuartel general situado a diez kilómetros al oeste de Bad Nauheim. <<

[363] El teniente coronel de las SS Otto Skorzeny dirigía la sección S (sabotajes) en el 6.º departamento (departamento de asuntos exteriores del Servicio de Seguridad) de la oficina central de seguridad del Reich (*Reichssicherheitshauptamt*). <<

[364] La unidad de espionaje constituida por Skorzeny a finales de 1944 recibió el nombre en clave de 150.^a brigada acorazada. Fue dotada de armamento y uniformes norteamericanos, pero sus éxitos fueron muy escasos. Como los alemanes, a diferencia de los norteamericanos, se sentaban en los *jeeps* en formaciones de a cuatro o conducían con coberturas defensivas en los faros de carretera (como la *Wehrmacht*), eran rápidamente identificados y fusilados conforme al derecho internacional público, en su calidad de miembros de una unidad no regular. <<

[365] Hitler habló el 11 y el 12 de diciembre de 1944 ante los comandantes de las divisiones y cuerpos de ejército integrados en el grupo de ejércitos B, preparado para la ofensiva de las Ardenas. <<

[366] El 1 de septiembre de 1939 la gran cruz fue instituida como la de más alto rango en la categoría de la cruz de hierro. Göring fue el único general alemán de la segunda guerra mundial que la recibió, el 19 de julio de 1940, simultáneamente con su designación como mariscal del *Reich*. <<

[367] Las posiciones iniciales del grupo de ejércitos B para la ofensiva en las Ardenas se ubicaban entre Tréveris y Monschau. Las puntas de lanza de la ofensiva alemana fueron paralizadas en Dinant, a unos diez kilómetros al este del río Mosa. Tampoco tuvieron oportunidad de acercarse a Lüttich. <<

[368] En este momento la batalla de las Ardenas ya estaba perdida para Alemania; la retirada del 6.º ejército acorazado de las SS no tuvo ninguna influencia en el desarrollo de los combates. Ante la furiosa resistencia de los aliados y su enorme superioridad aérea, el comandante del grupo de ejércitos B, mariscal Model, el 28 de diciembre de 1944 reconocía: «El primer objetivo [Amberes] debe darse por perdido... La capacidad ofensiva del grupo de ejércitos no alcanza ya para conseguir el objetivo propuesto». Durante la ofensiva de las Ardenas, perecieron 17.200 soldados de la *Wehrmacht*, 34.439 resultaron heridos y 16.000 fueron hechos prisioneros. Las bajas del Ejército norteamericano fueron de 29.751 muertos y desaparecidos y 47.129 heridos. <<

[369] Saint-Vith, ubicado en el sector de Malmedy, perteneció durante la Edad Media a Luxemburgo; en 1919 pasó a pertenecer a Bélgica; en 1940, al *Reich* alemán y en la actualidad forma parte del reino de Bélgica. <<

[370] El enramado dorado de la esvástica imitaba una corona de hojas de roble; dos de las cuatro águilas sostenían en sus garras también coronas de hojas de roble. <<

[371] Eva Braun no había «recibido la orden» de Hitler; éste incluso le había rogado que permaneciese en el Berghof. <<

[372] Para el Ejército Rojo la conquista de la capital de Polonia el 17 de enero de 1945 fue un importante éxito propagandístico. <<

[373] *Königsberg* capituló el 10 de abril de 1945. Hitler condenó a muerte a *Lasch* aquel mismo día y la familia del general de infantería fue arrestada. <<

[374] Dos ejércitos del 1.^{er} frente ucraniano sitiaron Breslau el 15 de febrero de 1945. La ciudad, que había sido convertida en una plaza fuerte, se rindió sin embargo el 6 de mayo de 1945. En las batallas de defensa se destruyó el 68 por ciento de los edificios; se desconoce el número de víctimas. <<

[375] Mientras Petter cumplió esta tarea, Schündler permaneció en Berlín. Él dirigió las últimas reservas de las Juventudes Hitlerianas en el puente del Havel cercano a Pichelsdorf, al oeste de Berlín. <<

[376] Rango equivalente al de teniente general. (N. de los T.) <<

[377] En esta sesión se diseñaron los planes de evacuación de los funcionarios establecidos en Berlín. El 12 de abril de 1945 se les dio el nombre clave de *Thusnelda*. <<

[378] Los bombardeos aliados destruyeron todo tipo de fábricas de armamentos, como las empresas *Krupp* en Essen, las fábricas de Auto-Union en Sajonia, las fábricas de combustible en Leuna y Zeitz. Los ataques a las instalaciones mineras del Ruhr redujeron a la mitad la producción de carbón mineral. El alto nivel productivo de la industria de armamento hasta el final de 1944 y comienzos de 1945 se explica por el sistemático traslado de grandes complejos industriales a refugios subterráneos. <<

[379] Himmler asumió el mando supremo del grupo de ejércitos del Vístula el 23 de enero de 1945. <<

[380] El teniente general de las SS Hans Kammler recibió el 27 de marzo de 1945 el mando supremo y todas las atribuciones para el desarrollo, pruebas y fabricación de aviones de reacción. Desde el 8 de agosto de 1944 Kammler asumió plenos poderes para la fabricación y puesta en marcha de la V-2. A partir de enero de 1945 él ordenó también el lanzamiento de la V-1. Kammler dirigía además el programa de bombas atómicas alemanas. En su libro *Hitlers Bombe*, Rainer Karlsch revela que en marzo de 1945 se realizaron pruebas de armas nucleares tácticas. <<

[381] Aquí se equivocan Linge, Günsche y el redactor soviético. Se trató de la extirpación de un pólipo. <<

[382] Heinrici reemplazó a Himmler como comandante en jefe del grupo de ejércitos del Vístula el 22 de marzo de 1945. <<

[383] Guderian fue relevado el 28 de marzo de 1945. <<

[384] La zona petrolífera cercana a Nagykanisza fue conquistada por el Ejército Rojo el 2 de abril de 1945. <<

[385] Al 6.º ejército acorazado de las SS quedaron subordinadas en marzo de 1945 la 1.ª división acorazada del *Leibstandarte Adolf Hitler*, la 2.ª división acorazada, *Das Reich*, de las SS, la 9.ª división acorazada de las SS, la *Hohenstaufen*, y la 12.ª división acorazada de las SS, la *Hitler Jugend*. Las divisiones acorazadas de las SS *Totenkopf* y *Viking* estaban subordinadas en el marco de la ofensiva del Balatón al 6.º ejército del grupo de ejércitos de Balck. La 10.ª división acorazada *Fruntsberg*, de las SS, por el contrario, fue subordinada en marzo de 1945 al 9.º ejército y entró en combate en el Vístula. <<

[386] La operación *Solsticio*, con la cual se pretendía avanzar desde el lago Balatón hasta el Danubio, comenzó el 6 de marzo de 1945. Las tropas alemanas avanzaron entre 20 y 30 kilómetros con muy elevadas pérdidas, pero luego la encarnizada resistencia soviética las detuvo por completo. El 17 de marzo de 1945 el Ejército Rojo pasó al contraataque y desbarató la última ofensiva alemana. <<

[387] Rendulic recibió el mando supremo del grupo de ejércitos sur el 25 de marzo de 1945. <<

[388] Himmler voló el 28 de marzo de 1945 a Hungría para cumplir personalmente la orden de Hitler. El 2 de abril de 1945 Dietrich fue designado comandante de las fuerzas de Viena. Allí, en una conversación, expresó su indignación por haber perdido la distinción honorífica «*Leibstandarte "Adolf Hitler"*»: «Hitler nos llama cobardes. Dos tercios de mis hombres yacen bajo tierra y él nos llama cobardes». <<

[389] Una rebelión planificada por oficiales fracasó a causa de una traición. El 8 de abril de 1945 fueron ahorcados públicamente tres de ellos. <<

[390] Probablemente se trata de Heinrich Doose. <<

[391] Se trata de los grandes almacenes *Wertheim*, en la *Leipzigerstraße*. Con la «arianización», el establecimiento pasó a denominarse AWAG: *Allgemeine Warenhandels Gesellschaft* [sociedad general de comercio de productos]. <<

[392] La orden de la construcción de posiciones fortificadas en y alrededor de la capital del *Reich* se emitió el 9 de marzo de 1945 por el comandante del Sector de la Defensa de Berlín, teniente general Hellmuth Reymann. En esa orden, Reymann dispuso que la batalla de Berlín no se librara como un enfrentamiento en terreno abierto sino que había que luchar calle por calle y casa por casa. De esta manera, se daba por supuesto —y se aceptaba— un elevado número de bajas entre la población civil. <<

[393] La cancillería del Partido estaba situada desde 1941 en los edificios administrativos del Partido Nacionalsocialista construidos en 1937 detrás de la *Königsplatz*. <<

[394] Huebner comandaba la división *Döberitz* (303.^a división de infantería), una división de infantería constituida como unidad de alarma (*Alarmeinheit*) el 30 de enero de 1945 en la zona de entrenamiento de tropas del mismo nombre. Las divisiones de granaderos del pueblo se constituyeron a partir de octubre de 1944. Tenían que servir ante todo para la defensa y se compusieron apresuradamente con partes del ejército de reserva, restos de divisiones derrotadas, personal terrestre de la *Luftwaffe* y en permiso temporal. En cuanto a personal y armamento, estaban abastecidas con más precariedad que las divisiones de infantería, materialmente sin embargo estaban bien dotadas, por ejemplo, con cañones de asalto, fusiles automáticos, etcétera. En los combates estas divisiones sufrieron grandes pérdidas debido a su insuficiente formación militar. <<

[395] El viaje de Hitler al frente de Küstrin no se produjo el 27 de marzo de 1945 sino, según las anotaciones en el diario de Martin Bormann, el 3 de marzo de 1945. La razón de este dato equivocado no está clara. <<

[396] Huebner presidió realmente el tribunal militar volante oeste; la cabeza de puente cerca de Remagen se formó de hecho el 7 de marzo, es decir, cuatro días después de la visita a las tropas de Huebner. Huebner llegó el 9 de marzo al búnker antiaéreo del *Führer* y éste lo nombró jefe del tribunal militar. <<

[397] Huebner recibió la orden de caballero no durante la visita a las tropas, sino el 9 de marzo de 1945. <<

[398] El puente Ludendorff, de Remagen, quedó en manos del ejército norteamericano a mediodía del 7 de marzo de 1945, tras un ataque de reconocimiento. En veinticuatro horas, 8.000 soldados norteamericanos formaron una cabeza de puente indestructible en la ribera oeste del Rin. Todos los intentos de los alemanes para destruir el puente fracasaron. Quedó dañado por un bombardeo, y el 17 de marzo de 1945 se rompió por el uso permanente de hasta cuatro divisiones aliadas. La operación de cruzar el Rin a la altura de Remagen aceleró en varias semanas el avance de los aliados occidentales. <<

[399] El 16 de marzo, Huebner condenó a muerte a cinco personas, un teniente coronel, tres mayores y un capitán, porque no habían dinamitado el puente. El Tribunal Supremo de Coblenza revocó las condenas en 1966. Huebner fue condenado a cuatro años de cárcel por estas ejecuciones. <<

[400] Las instalaciones industriales de la zona del Ruhr, así como la fundición de acero de la fábrica *Krupp*, ya habían sido destruidas en los bombardeos. <<

[401] El 9.º ejército de Estados Unidos, que procedía del norte, y el 1.º ejército norteamericano, que atacaba desde el sur, se reunieron el 31 de marzo en Lippstadt y sitiaron a las tropas del grupo de ejércitos B en el Ruhr. El 14 de abril, los aliados consiguieron dividir el cerco en dos partes. El menor capituló el 16 de abril de 1945, el mayor, lo hizo al día siguiente. 325.000 soldados alemanes cayeron prisioneros. El mariscal de campo Model se suicidó el 21 de abril de 1945 en un bosque cercano a Duisburg, después de haber ordenado la disolución del grupo de ejércitos B. <<

[402] Al campo de concentración de Buchenwald llegaron desde el verano de 1944 transportes de otros campos de concentración. Las SS intentaron evacuar el campo a partir del 4 de abril de 1945. Pero no lograron agrupar a los 6.000 judíos destinados al primer convoy de la muerte. La evacuación de Buchenwald comenzó el 7 de abril de 1945. Más de 28.000 prisioneros formaron parte de los transportes de la muerte, en los cuales fueron asesinados aproximadamente 15.000 seres humanos, entre ellos 11.000 judíos. La organización clandestina de prisioneros retrasaba una y otra vez los transportes, y gracias a ella unos 21.000 pudieron permanecer en el campo. La 6.^a división acorazada de Estados Unidos liberó el campo de concentración de Buchenwald el 11 de abril de 1945. <<

[403] El 14 de abril de 1945 Himmler emitió una orden para los comandantes de los campos de concentración que aún seguían en pie: «No se contempla la entrega de prisioneros... Ningún prisionero debe caer vivo en manos del enemigo». A los pocos días, después de las primeras negociaciones con el diplomático sueco Bernadotte, Himmler revisó la orden. <<

[404] Löhlein había recetado Pagenstecher, un ungüento para los ojos que no contenía cocaína. Morell, por el contrario, trató las inflamaciones de la retina de Hitler con una solución que contenía un uno por ciento de cocaína. Sus anotaciones revelan que estas gotas fueron prescritas tres veces: el 14 de julio de 1944, el 8 de octubre de 1944 y el 22 de marzo de 1945. En dos ocasiones se trató de una conjuntivitis causada por factores extrínsecos (loción para el cabello, polvo). El 8 de octubre se le reventó una arteria. No hay constancia documental de que hubiera seguido algún tratamiento regular que incluyera cocaína. Tampoco la hay de que padeciera algún tipo de adicción, aunque es probable una dependencia de la pervitina. <<

[405] Mientras que Estados Unidos pudo movilizar poderosas fuerzas terrestres en el continente, en el frente de guerra del Pacífico realizó operaciones aéreas y navales combinadas. Truman persistió en la estrategia de conseguir primero la victoria definitiva en Europa. <<

[406] La discusión con los *Gauleiter* mencionados, así como con el general Ferdinand Schörner, se produjo el 5 de abril de 1945. <<

[407] Junkers 52: avión de transporte regular de la *Luftwaffe*. Este trimotor podía transportar cuatro toneladas de carga hasta una distancia de 1.200 kilómetros. Hacia el final de la guerra, la escuadrilla de Hitler constaba de cuarenta aparatos de los tipos Fieseler 156, Focke-Wulf 200, Heinkel III, Junkers 52, Junkers 290 y Siebel 240. <<

[408] El 3 de abril de 1945 Himmler emitió una orden que promulgaba el fusilamiento de todos los habitantes masculinos de las casas donde se viera ondear una bandera blanca. <<

[409] El pan de Wittler: los hermanos Heinrich y August Wittler abrieron su gran panadería en 1898. Durante la segunda guerra mundial la empresa abasteció preferentemente a la *Wehrmacht*. En 1945, pese a haber sufrido graves destrozos, reanudó la producción en el barrio berlinés de Wedding. En 1982 se declaró en quiebra. <<

[410] Zarah Leander cantó la canción en el filme de la UFA *El gran amor*, del año 1942. <<

[411] Dirigente nacionalsocialista de una sede local. (N. de los T.) <<

[412] El cuerpo de voluntarios *Adolf Hitler* reunía desde abril de 1945 unidades compuestas por funcionarios fanatizados del Partido Nacionalsocialista y el Frente del Trabajo Alemán, cuyo número no ha podido establecerse con certeza. Algunas unidades entraron en acción integradas en el 12.º ejército durante la batalla de Berlín. En la región de Múnich, miembros de estas milicias fusilaron y ahorcaron a varias docenas de personas después del frustrado alzamiento del grupo de la resistencia *Freiheitsaktion Bayern* el 28 y 29 de abril de 1945. <<

[413] Estados Unidos, Gran Bretaña, la Unión Soviética y el *Reich* alemán trataron de producir «rayos de la muerte». Se hicieron ensayos con radiación, ondas de luz y sonido. En el Tirol, los ingenieros experimentaron por ejemplo con un «cañón de presión sonora» diseñado para matar a una distancia de hasta 60 metros. <<

[414] Ley mantenía relaciones en esa época con la bailarina y cantante estonia Madeleine Wanderer. <<

[415] Se trata de la finca Rottland, cerca de Waldbröl, ocupada por un hogar de convalecencia de la comunidad evangélica de Colonia. En 1935, Ley adquirió la finca por 135.000 marcos. Reconstruyó las instalaciones como una casa de campo modélica. Los vecinos fueron expropiados, las casas circundantes demolidas y reemplazadas por nuevas construcciones monumentales. En 1945 hizo que las SS destruyeran el pabellón central. <<

[416] La ceremonia de honor se realizó el 20 de marzo de 1945. En ella participaron en total unos veinte miembros de las Juventudes Hitlerianas. El más joven de ellos tenía apenas 12 años. La escena fue filmada para el noticiario semanal. <<

[417] La eliminación física de Hitler no se discutió en las conversaciones de Himmler con Bernadotte. En los primeros dos encuentros, en marzo y comienzos de abril, el conde sueco logró la liberación de varios cientos de prisioneros de campos de concentración. El 21 de abril Himmler no hizo ninguna concesión y no se refirió a las exigencias de Bernadotte de que se realizasen reformas políticas. El 23 de abril Himmler comunicó al sueco que probablemente Hitler ya estaba muerto y le propuso una oferta de capitulación con la petición de que después fuera entregada al comandante en jefe norteamericano Eisenhower, quien rechazó la propuesta y logró que mediante indiscreciones bien calculadas la «traición» de Himmler a Hitler se hiciera pública. <<

[418] Göring había abandonado la capital del *Reich* el 20 de abril de 1945 en dirección al Obersalzberg, adonde llegó el 21 de abril de 1945. <<

[419] A comienzos de 1945, los encargados del Ministerio de Asuntos Exteriores dieron a conocer, vía Estocolmo, Berna y Madrid, una serie de propuestas de acuerdos de paz por separado a los aliados occidentales y a la Unión Soviética. Ribbentrop había acordado estas iniciativas con Hitler, que las consideraba muy poco prometedoras. <<

[420] La ofensiva soviética en el Oder, que dio inicio a la batalla final de Berlín, comenzó a las tres horas del 16 de abril de 1945, con una descarga de artillería a la que siguió el ataque. En la batalla se enfrentaron 2,1 millones de soldados soviéticos —que disponían de 41.600 piezas de artillería, 6.250 tanques y 7.500 aviones de combate— contra un millón de soldados alemanes. Éstos contaban con 10.400 piezas de artillería, 1.500 tanques y 3.300 aviones. En el transcurso de la batalla perdieron la vida, según los datos más recientes de historiadores militares rusos, más de 80.000 soldados del Ejército Rojo, y 280.000 fueron heridos. El número de bajas alemanas en la batalla de Berlín sigue sin conocerse. <<

[421] El texto de la orden ya había sido comunicado por Hitler a los grupos de ejércitos del frente oriental el 14 de abril de 1945 mediante un telegrama. Allí fue leído inmediatamente a todas las compañías. El 17 de abril de 1945 lo publicaron el *Völkische Beobachter* y otros periódicos alemanes. <<

[422] En esta orden decía: «La presente ofensiva estaba prevista y desde enero de este año se han tomado todas las precauciones para construir un frente poderoso. Una gigantesca artillería hace frente al enemigo. Las pérdidas de nuestra infantería son compensadas por incontables nuevas unidades. Las unidades de alarma, nuevas formaciones y el *Volkssturm* refuerzan nuestro frente. El bolchevique va a sufrir otra vez el viejo destino de Asia, es decir, desangrarse ante las puertas del *Reich*». <<

[423] Roosevelt murió inesperadamente el 12 de abril de 1945, a consecuencia de un derrame cerebral. Hitler comparó este acontecimiento con la salvación de Prusia en la guerra de los Siete Años por la muerte de la zarina Isabel en 1762 y el cambio de alianzas de su sucesor. <<

[424] Después de que el 18 de abril de 1945 el Ejército Rojo atravesara las posiciones defensivas alemanas en Seelow, los tanques soviéticos llegaron a las puertas de Strausberg al día siguiente. El 20 de abril de 1945 el 1.^{er} frente bielorruso alcanzó la línea Bernau-Strausberg-Fürstenwalde. El 3.^{er} Ejército acorazado de la guardia del 1.^{er} frente ucraniano llegó al margen sur de Berlín en la noche del 21 de abril de 1945. <<

[425] El capitán general Gotthardt Heinrici fue reemplazado el 28 de abril de 1945 como comandante en jefe del grupo de ejércitos del Vístula por el general Kurt von Trippelskirch, y éste, un día más tarde, lo fue por el mariscal de campo Kurt Student.

<<

[426] Funk y Rosenberg abandonaron Berlín después del 21 de abril de 1945. <<

[427] El jefe del estado mayor del grupo de ejércitos intermedio era en ese momento el teniente general Oldwig von Natzmer. <<

[428] Hacia el mediodía del 20 de abril de 1945 la 136.^a brigada de artillería del LXXIX cuerpo de artillería, emplazada en el límite norte de la ciudad, inició el ataque soviético sobre Berlín. En la mañana del 21 de abril de 1945, el XXXII cuerpo de artillería de Marzahn comenzó a disparar sobre la cancillería del *Reich*. <<

[429] En Berlín, la *Luftwaffe* poseía en total seis torres con baterías de defensa antiaérea: dos en el *Tiergarten*, dos en Humboldthain y dos en Friedrichshain. Estas torres, de 40 metros de altura, construidas en 1940, disponían cada una de cuatro baterías gemelas de defensa antiaérea. Además, las torres de defensa antiaérea, que disponían de instalaciones para el autoabastecimiento, contaban con refugios antiaéreos para casi quince mil personas. <<

[430] El avión con las actas de las conferencias sobre el estado de la situación —que comprendían un total de más de cien mil páginas— llegó el 23 de abril de 1945 a las seis de la mañana a Reim, en las cercanías de Múnich. Los documentos fueron depositados en el Berghof y el 25 de abril se incineraron por orden del colaborador personal de Bormann, Heinrich Müller. El historiador militar Scherff, que también había viajado en el avión, aprobó la destrucción porque, en los siguientes decenios, ya no iba a ser posible escribir ninguna historiografía objetiva. Los documentos que, por azar, no fueron incinerados, o sólo lo fueron parcialmente, e incluso algunos restos carbonizados se publicaron en 1962 en la República Federal de Alemania. <<

[431] En realidad, el avión se había precipitado a tierra en la noche del 22 al 23 de abril de 1945 cerca de Börnesdorf, en Sajonia. <<

[432] El 12.º ejército, denominado ejército Wenck, había sido reconstituido a comienzos de abril de 1945. En principio, tenían que formarlo diez divisiones con un total de 150.000 hombres. En realidad, no llegó a disponer en ningún momento de más de seis divisiones, integradas por aspirantes improvisados y reclutas del Servicio del Trabajo del *Reich*. Apenas disponían de tanques y artillería. <<

[433] Submarinos monoplazas especiales portatorpedos llamados Torpedos Negros por el nombre de su constructor, Richard Mohr [«Negro»], y que incluían un segundo torpedo como arma. Los primeros fueron empleados sin éxito en abril de 1944 con ocasión del desembarco aliado en Anzio. En un segundo intento se pudo destruir un acorazado británico y otros buques de guerra en la bahía del Sena en el verano de 1944. Debido al elevado número de pérdidas por fallos técnicos, los Negros dejaron de emplearse. Otros modelos prestaron servicio en el frente de invasión de Normandía, pero sin éxito. <<

[434] Ya en marzo de 1945 había sido trasladada al frente del Oder una división de la Marina. El 25 de abril el comandante en jefe de la Marina de Guerra, el gran almirante Karl Dönitz, recibió de Hitler la orden de trasladar por avión a Berlín un contingente de la Marina, y por mar o tierra, transportarlo a los frentes de batalla próximos a Berlín. <<

[435] La familia de Goebbels se trasladó, con los seis hijos, al búnker. Los niños se llamaban Helga, Hilde, Hellmut, Holde, Hedda y Heide. <<

[436] Con ello se alude a la sección de transmisiones del *Führer*, constituida en 1944, que había sido formada a partir de la compañía de transmisiones del estado mayor. La sección de transmisiones del *Führer*, compuesta por 520 hombres, se encargaba de la seguridad de las comunicaciones del cuartel general del *Führer* con los centros de mando de la *Wehrmacht* y el Gobierno del *Reich*. <<

[437] El texto de este cable no se ha conservado. <<

[438] Los colaboradores de Hitler que fueron apresados declararon que Eva Braun estaba embarazada y que no había querido dar a luz a su criatura en prisión. Los redactores de los interrogatorios a Linge y a Günsche no incluyeron esta suposición en el *Informe Hitler*. <<

[439] Los polvos Russla incluían como ingrediente activo xantogenato; se trataba de la recomposición de un jabón ruso para combatir los piojos. El producto se fabricaba en unas instalaciones de Olmütz (en la actual República Checa) que pertenecían a Morell. <<

[440] En 1945 existían en Alemania al menos treinta microscopios electrónicos; seis de ellos habían sido contruidos por la empresa AEG y en su mayor parte se trataba de creaciones individuales para sus propias investigaciones. La firma *Siemens* había comenzado a producir microscopios electrónicos en serie e incluso a exportarlos. Morell recibió en 1944 un microscopio electrónico *Siemens* destinado en realidad a una academia militar de medicina. <<

[441] Goebbels, el comisario de defensa de Berlín del *Reich*, impartió el 22 de abril la siguiente orden: «Se actuará de inmediato y con todos los medios contra cualquier provocador y elemento criminal que mediante el izamiento de banderas blancas u otras actitudes cobardes siembre la inquietud y paralice la resistencia de la población en la firme resistencia de la capital». El 23 de abril de 1945, bajo el titular ¡TENEDLO EN CUENTA!, el *Panzerbar* publicó la siguiente «terminante advertencia del *Führer*»: «¡Todo aquel que propague o apruebe medidas que debiliten nuestra resistencia es un cobarde! ¡Será fusilado o ahorcado en el acto! Esto rige también cuando dichas medidas parezcan proceder del *Gauleiter*, del ministro del *Reich* doctor Goebbels o del mismísimo *Führer*». <<

[442] El 23 de abril de 1945, en el sudoeste de Berlín todavía existía una zona de 40 kilómetros de ancho que permitía la comunicación con el oeste, pero el 24 de abril, la anchura de este corredor se había reducido ya a diez kilómetros. El punto central lo constituían los puentes Havelbrücken y Charlottenburg. Las unidades de las *Juventudes Hitlerianas* a las que se encargó su defensa fueron diezmadas, sin que ello provocara el menor escrúpulo en el mando de la *Wehrmacht*. <<

[443] En el sector de Stettin la jefatura de la Marina de Guerra hizo entrar en acción a la 1.^a división de artillería de Marina, formada con el personal sobrante de la Marina. No se trataba de un cuerpo autónomo, sino de una unidad subordinada al XLVI cuerpo de ejército. <<

[444] Se trata del periódico *Der Panzerbar*, publicado desde el 22 de abril de 1945 hasta el 29 de abril de 1945. <<

[445] En *Der Panzerbar* del 28 de abril de 1945 se lee: «Hoy el bolchevismo arremete contra el odiado Berlín. Pretende golpear mortalmente la cabeza del orden alemán, del orden europeo. Nosotros nos unimos a esta lucha. Por ello el *Führer* está en Berlín. Sobrelleva con nosotros todo el peso del combate por la capital en lucha. Está con nosotros en esta dura batalla. Desde Berlín continúan llegando sus órdenes para luchar por la libertad, que forman parte de la historia de la humanidad... Él sigue firme allí donde se libra la más encarnizada batalla que conoce la historia. Junto a él se agrupan los soldados más entusiastas que imaginarse pueda...». <<

[446] El *Panzerbar* del 23 de abril de 1945 anunció que el abastecimiento de víveres de Berlín se mantendría «en medida perfectamente suficiente» durante las doce semanas siguientes. <<

[447] El comandante de la 18.^a división acorazada, el general de división Josef Rauch, no se suicidó. En cambio sí se quitó la vida el general de división Georg Scholze, comandante de la 20.^a división de granaderos acorazados, que también actuó en Berlín. <<

[448] De acuerdo con las órdenes impartidas por Hitler el 25 de abril de 1943 a Dönitz, aquella noche se hizo venir por vía aérea a un batallón de cazadores de Marina comandado por Von Kuhlmann, que fue puesto inmediatamente al mando de comandante responsable de la cancillería del *Reich*. A la noche siguiente debían llegar, asimismo en avión, efectivos de infantería del grupo de unidades menores de la Marina. Pero la intensidad de los disparos de artillería hizo imposible su aterrizaje en el eje Este-Oeste. <<

[449] Göring había enviado este escrito a Hitler el 23 de abril de 1945, tras el radiograma en que nuevamente proclamaba su lealtad. Después del segundo radiograma, Hitler lo hizo arrestar por las SS. Textualmente, el telegrama a Hitler tenía el siguiente contenido: «¡Mi *Führer*!: dada su decisión de permanecer en la fortaleza de Berlín y de acuerdo con su decreto del 29 de junio de 1941, ¿acepta usted que yo asuma de inmediato como su sucesor la dirección general del *Reich* con plenos poderes en el interior y el exterior? En caso de no obtener ninguna respuesta antes de las diez de la noche, daré por cierto que se le ha privado de su libertad de acción. Consideraré entonces cumplidas las condiciones de su decreto y actuaré por el bien del pueblo y la patria. Lo que yo siento por usted en esta hora, la más difícil de mi vida, usted lo sabe y no puedo expresarlo con palabras. Dios lo proteja y permita llegar aquí lo antes posible. Su fiel Hermann Göring». <<

[450] La respuesta de Hitler del 23 de abril de 1945 decía: «El decreto del *Führer* del 29 de junio de 1941 queda derogado. Su conducta y sus decisiones constituyen una traición a mi persona y por lo tanto a la causa nacionalsocialista. Me encuentro en plena posesión de mi libertad de acción y prohíbo cualquier decisión ulterior». <<

[451] En 1940 y 1941 Hanna Reitsch emprendió vuelos con los bombarderos Heinkel-III y Dornier-17 en los que trató de averiguar si los cables de acero de los globos ingleses podían cortarse con un aparato instalado en la proa del avión. Hitler la condecoró por ello con la cruz de hierro pese a que los experimentos sólo tuvieron un éxito parcial. <<

[452] El general Helmuth Weidling ya había sido designado comandante de la batalla de Berlín el 24 de abril de 1945; desde el 23 de abril era responsable de los sectores este y sudeste de las zonas de defensa de la capital del *Reich*. <<

[453] Durante la batalla contra la sublevación del gueto de Varsovia en 1943 y también en la lucha contra el ejército polaco en agosto de 1944, las SS y la *Wehrmacht* emplearon intensamente lanzallamas y cohetes fumígenos en los combates mantenidos en los sótanos y refugios antiaéreos. Además, rociaron desinfectante *Kreosot*, que en grandes concentraciones provoca la asfixia. <<

[454] El oficial destituido era el general de división Werner Mummert, comandante de la división acorazada *Müncheberg*. <<

[455] Las esclusas de los túneles del metro subterráneo no llegaron a abrirse. Se produjeron inundaciones aisladas a causa de la explosión de granadas o bombas. <<

[456] El teniente general de las SS Ernst Grawitz era médico del *Reich*. Como jefe de la Liga de Médicos del *Reich* ejercía Leonardo Conti. En realidad, la maleta pertenecía a Grawitz. <<

[457] Según cálculos actuales, los tribunales ordinarios y especiales hicieron ejecutar en 1945 a diez mil personas consideradas desertoras. <<

[458] *Katyusha*: lanzacohetes de la artillería soviética cuyo alcance de tiro oscilaba entre 2.500 y 8.400 metros. La imprecisión en la puntería se compensaba con el empleo masivo, velocidad de los disparos, la capacidad para cubrir vastas zonas y el efecto desmoralizador que provocaban. A causa de los gemidos que emitían los disparos, los soldados alemanes llamaban a los *Katyusha* «el órgano de Stalin». <<

[459] Hoy es la *Ernst-Reuter-Platz*. <<

[460] En su testamento político Hitler nombró a los siguientes miembros del gabinete: presidente del *Reich*: Dönitz; canciller del *Reich*: Goebbels; ministro del Partido: Bormann; Asuntos Exteriores: Seyss-Inquart; Interior: Giesler; Guerra: Dönitz; comandante en jefe de la Marina: Dönitz; comandante en jefe de la *Luftwaffe*: Greim; jefe supremo del *Reich* de las SS y jefe de la policía alemana: Hanke; Economía: Funk; Agricultura: Backe; Justicia: Thierack; Cultura: Scheel. Schwerin von Krosigk fue luego ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno provisional de Dönitz en Flensburg. <<

[461] El cianuro potásico es incoloro. El tono verdoso podría haber sido causado por el recubrimiento graso de las ampollas. <<

[462] El jefe de las Juventudes del *Reich* Artur Axmann recibió el 28 de abril de 1945 la cruz de oro de la orden de Alemania. <<

[463] Véase la cita de Hitler en el capítulo 10, cambiada por el redactor soviético. <<

[464] Un mariscal de campo recibía mensualmente, además de un sueldo de 2.000 marcos, una compensación especial de 4.000 marcos; a ello se agregaba un complemento de 400 marcos. <<

[465] El general Krebs negoció el 1 de mayo de 1945, a partir de las cuatro de la mañana, con el comandante del 8.º ejército de guardias soviético, general Vassili Chuikov, sobre un posible alto el fuego. Chuikov informó telefónicamente al mariscal Georgi Zhukov sobre las negociaciones, y éste se lo comunicó a Stalin. Krebs no disponía de plenos poderes para aceptar una capitulación incondicional y las negociaciones para una tregua no dieron resultado. El general regresó hacia las doce del mediodía al refugio antiaéreo de la cancillería del *Reich*. <<

[466] Otros testigos declararon después que Joseph y Magda Goebbels se habrían suicidado disparándose un tiro en el jardín de la cancillería del *Reich*. Esta versión la confirman las actas de los servicios de espionaje soviético. <<

[467] Sobre la muerte de los hijos de Goebbels también hay testimonios divergentes: Stumpfegger habría adormecido a los niños con un somnífero y a continuación los habría envenenado, al mismo tiempo que a Magda Goebbels. <<

[468] En Berlín el fuego cesó en la madrugada del 2 de mayo de 1945. Pocas horas más tarde el general *Weidling* firmó una orden disponiendo la capitulación incondicional de las tropas alemanas en Berlín. <<

[469] *Schach* no se suicidó, fue hecho prisionero por los soviéticos. Después de su liberación vivió en la Baja Sajonia. <<

[470] Los redactores soviéticos parafrasean aquí una sentencia de Hitler que ha sido muy citada y alterada. El 1 de febrero de 1933 había proclamado en un discurso por radio: «Pueblo alemán, concédenos cuatro años de plazo y después júzganos». <<

[471] En adelante, se cita de acuerdo con la edición de bolsillo: Ian Kershaw, *Hitler*, Múnich, 2002, 3 vols. [trad. esp.: Hitler, Península, Barcelona, 1999]. Citaremos las ediciones especiales, ediciones de bolsillo y semejantes según el año de aparición. <<

[472] Véanse entre otros: Isaac Deutscher, *Stalin. Eine politische Biographie*, Berlín, 1990; Dimitri Wolkogonow, *Stalin, Triumph und Tragödie*, Düsseldorf, 1990. <<

[473] Véase Alan Bullock, *Hitler und Stalin. Parallele Leben*, Berlín, 1991. <<

[474] Entre otros: Anton Joachimsthaler, *Hitler Liste. Ein Dokument persönlicher Beziehungen*, Múnich, 2003; Anton Joachimsthaler, *Hitlers Ende. Legenden und Dokumente*, Múnich, 2004 (edición actualizada). <<

[475] Véase Joachimsthaler, *Hitlers Ende*, op. cit., pág. 7. <<

[476] El juzgado de primera instancia de Berchtesgaden determinó el momento de la muerte después de un proceso de cuatro años en el que se interrogó a 42 testigos y tras el análisis de numerosos informes. El especialista en Hitler Anton Joachimsthaler complementó las investigaciones de las instancias públicas con extensos estudios personales y corrigió numerosas leyendas y mitos sobre la muerte de Hitler. Véase Joachimsthaler, *Hitler's Ende*, 1999, facsímiles, pág. 16. <<

[477] Citado según Lev Besymenski, *Operazija «Mif» ili skol'ko ras ChoronUi Gitlera* [La operación Mito, o cuántas veces fue enterrado Hitler], Moscú, 1995, pág. 105. El secretario de Hitler recibió la comunicación mediante el sistema WT, la red gubernamental secreta de comunicaciones. Cometió un error al copiarla y escribió «Kreps» en lugar de Krebs. El documento original se encuentra en el Archivo de la Presidencia de la Federación Rusa (AP RF): Telefonograma de Zhukov a Stalin del 1 de mayo de 1945, AP RF; 3/58/531, BI 6. <<

[478] Anthony Beevor, *Berlin 1945. Das Ende*, Múnich, 2002, pág. 401 [trad. esp.: *Berlín. La caída 1945*, Crítica, Barcelona, 2003]; Georgi Zhukov, *Erinnerungen und Gedanken*, Stuttgart, 1969, págs. 604 y sigs. <<

[479] Véase Ulrich Völkelin (ed.), *Hitlers Tod Die letzten Tage im Führerbunker*, Gotinga, 1998, págs. 54-59; Besymenski, *Operazija «Mif»*, op. cit, pág. 107. Acerca de la muerte de Goebbels y de su esposa, Beria, el jefe de los servicios secretos del Smersh, ya informó el 3 de mayo de 1945. Sus cadáveres habían sido hallados por oficiales del espionaje del 5.º ejército de choque el 2 de mayo de 1942 hacia las cuatro de la tarde en el jardín de la cancillería del *Reich* cerca de la entrada al refugio antiaéreo. Véase al respecto el telegrama del representante del Smersh en el 1.º frente bielorruso, general de división Sidnew, a Beria del 3 de mayo de 1945, reproducido en *Smersch, istoritscheskie otscherki i archiwnye dokumenty* [Smersh. Informes históricos y documentos de archivo], Moscú, 2003, pág. 95. <<

[480] El *Smersh* estaba subordinado al Comisariado del Pueblo de la Seguridad del Estado. La denominación *Smersh* procede de la unión de las palabras rusas *Smert'schpionam*: «muerte al espía». <<

[481] Véase el informe del cabo de sección del batallón de información del LXXIX cuerpo de fusileros, teniente coronel Passanov, del 5 de mayo de 1945, publicado en Lev Besymenski: *Der Tod des Adolf Hitler. Unbekannte Dokumente aus Moskauer Archiven*, Hamburgo, 1968, págs. 17 y sigs. <<

[482] Véase E. M. Rshvkaia, *Berlin, maj 1945* [Berlín, mayo de 1945], pág. 167. <<

[483] Véase Beevor, *Berlín 1945*, op. cit., pág. 423. <<

[484] Véase Joachimsthaler, *Hitlers Ende*, 2004, op. cit., págs. 406 y sigs. <<

[485] Véase Vladímir A. Koslov, «Gde Gitler?» *Powtomoe rassledowanie NKVD MVD SSSR obstojatel'stw istschesnowenija Adolfa Gitlera 1945-1949* [«¿Dónde está Hitler?». *La nueva investigación del NKVD-MVD de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas sobre las circunstancias de la desaparición de Adolf Hitler. 1945-1949*], Moscú, 2003, pág. 48. El 17 de mayo de 1945 el GRU transmitió el texto de las declaraciones de Günsche a Moscú. Publicado en *Agonija i smert Adolfa Gitlera* [Agonía y muerte de Adolf Hitler], Moscú, 2000, págs. 157-165. <<

[486] Las actas de la investigación forense han sido reproducidas en Lev Besymenski: *Der Tod des Adolf Hitler. Der sowjetische Beitrag über das Ende des Dritten Reiches und seines Diktators*, Múnich, 1982, págs. <<

[487] Véase el extracto del acta del interrogatorio del oficial de enlace de Hitler en la Marina, vicealmirante Hans-Erich Voss, del 7 de mayo de 1945, y el testimonio del general de brigada de las SS Wilhelm Mohnke ante el Smersh en CD-ROM: *Unknown Pages of the History of World War II: Hitler, Documents from KGB Secret Archives*, Moscú, 1995. Ambos dejan constancia de que Hitler se suicidó de un disparo de pistola. Voss agregó que Günsche le había informado en la tarde del 30 de abril de 1945 de que «había tenido que ejecutar la orden más difícil que el *Führer* le había dado en toda su vida». Los historiadores soviéticos divulgaron después la versión de que fue Günsche, y no Linge, quien diera el tiro de gracia a Hitler. <<

[488] Véase el escrito del general de división Wadis a Stalin del 27 de mayo de 1945, GARF, 9401/2/96, págs. 175-182. El texto completo está publicado en Besymenski: *Operazija «Mif»*, op. cit., págs. 110-116. <<

[489] Véase Vladimir A. Koslov, «Délo “MiP”: rassledovanie NKVD-MVD SSSR obstoiate'stv istschesnovenija Gitlera (Nojabr'1945-1949 god)» [El informe «Mito»: la investigación del NKVD-MDV de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas sobre las circunstancias de la desaparición de Adolf Hider (noviembre 1945-1949)], en *Oteschestwennaja istorija*, 1996, n.º 1, págs. 129 y sigs. <<

[490] Véase *Archiv novejschej istorii Rossii, Tom I: «Osobaja papka» I. V. Stalina: Is materialov Sekretariata NKVD-MVD 1944-1953 gg Katalog dokumentov* [Archivo de la Nueva Historia de Rusia, tomo I, «Carpeta Especial» de I. Stalin: De los materiales del secretariado del NKVD-MVD de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas 1944-1953. Catálogos de documentos], Moscú, 1994, pág. 118. <<

[491] Véase Besymesnki, *Operazija «Mif»*, op. cit., págs. 171 y sigs. Los originales de los todavía inéditos resultados de los análisis de los órganos y de la sangre durante las autopsias se encuentran según Besymenski en el Archivo del estado mayor del Ministerio de Defensa de la Federación Rusa. <<

[492] Véase Koslov, «*Délo “Mif”*», op. cit., pág. 131. <<

[493] Actas del interrogatorio de Otto Günsche, 18-19 de diciembre de GARF, 9401/2/551, págs. 49-61; declaraciones testimoniales del teniente general de las SS Johann Rattenhuber encarcelado por el Smersh el 20 de mayo de 1945; en CD ROM: *Unknown Pages of the History of World War II: Hitler Documents from KGB secret archives*, Moscú, 1995. Durante su interrogatorio, Rattenhuber declaró que Linge le habría confesado en la tarde del 30 de abril de 1945 que «hoy él [Linge] ha cumplido con la orden más difícil de su vida». Rattenhuber dedujo que, por las manchas de sangre en el despacho de Hitler, cabía pensar que Linge le había dado «el tiro de gracia» a Hitler. Esta versión fue adoptada más tarde por la propaganda soviética. Véase por ejemplo Besymenski: *Der Tod des Adolf Hitler* (1968), op. cit., pág. 94; Besymenski: *Der Tod des Adolf Hitler* (1982), op. cit., págs. 225-236; en ello se basa la versión construida por los historiadores militares de la República Democrática de Alemania, *Deutschland im zweiten Weltkrieg*, vol. 6, 2.a edición, Berlín, 1988, pág. 727. <<

[494] Véase el extracto de las declaraciones en prisión de Linge del 22 de noviembre y el 17 y 18 de diciembre de 1945, sin fecha, GARF, 9401/2/550, págs. 110 y sigs.; *Heinz Linge, Bis zum Ende. Als Chef des persönlichen Dienstes bei Hitler*, Werner Maser (ed.), Múnich, 1980, págs. 302 y sigs. <<

[495] Véase el escrito del mariscal Iván A. Serov a Beria del 20 de noviembre de 1945, GARF, 9401/2/552, pág. 1; material sobre el suicidio de Hitler, reunido por el jefe del 1.^{er} departamento de la administración operativa del GUPVI, teniente coronel Fiódor K. Parparov, sin fecha (diciembre de 1945), GARF, 9401/2/550, págs. 59-67; Ella Maximova, «“Mif”: tak nasyvalas ’operazija NKVD porassledowaniju subdy Gitlera» [*«Mito»: nombre de una operación del NKVD para aclarar el destino de Hitler*], *Izvestia*, 19 de febrero de 1993, pág. 7. <<

[496] Véase el informe escrito a Beria del 26 de noviembre de 1945, GARF, 9401/2/551, pág. 3; Koslov: «*Gde Gitler?*», op. cit., págs. 79-84. <<

[497] Véanse las actas de los interrogatorios de Hans Baur en diciembre de 1945, GARF, 9401/2/550, págs. 123-138; extractos de las declaraciones en la cárcel de Hans Baur del 19 y el 20 de diciembre de 1945, GARF, 9401/2/550, pág. 106; así como Besymenski, *Operazija «Mif»*, op. cit., págs. 147-150. <<

[498] Informe escrito del 19 de enero de 1946 del representante del GUP-VI, teniente general Amajak S. Kobulov, a la administración operativa del GUPVI, del *Smersh*, así como al espionaje británico y norteamericano acerca de la versión del suicidio de Hitler del 30 de abril de 1945, GARF, 9401/2/550, pág. 58. <<

[499] Baur estaba gravemente herido en ambas piernas; Misch fue enviado en su ayuda. <<

[500] Plan de las medidas tomadas por la agencia investigadora de las circunstancias de la desaparición de Hitler, 13 de febrero de 1946, GARF, 9401/2/551, pág. 122. <<

[501] Véase el escrito del representante del GUPVI, teniente general Amajak S. Kobulov al jefe administrativo del NKVD de la zona de Moscú, teniente general Mijaíl I. Schuralev del 18 de febrero de 1946, GARF 9401/2/550, pág. 8. <<

[502] Véase el escrito del jefe del 1.^{er} departamento de la administración operativa del GUPVI, teniente general Julius K. Klausen al director del negociado I del 1.^{er} departamento del GUPVI del 15 de febrero de 1946, GARF, 9401/2/550, pág. 51. <<

[503] Véanse los extractos de las declaraciones en las celdas de los prisioneros Baur, Linge, *Misch*, Hofbeck, Henschel y Rings del 13 de diciembre de 1945 al 13 de marzo de 1946, GARF, 9401/2/550, págs. 104-121. <<

[504] Véase el escrito del representante del GUPVI, teniente general Amajak S. Kobulov al director de la cárcel *Butyrka* del NKVD, coronel Pustynski del 25 y el 26 de febrero de 1946, GARF, 9401/2/550, págs. 9 y sigs.; informe del agente instalado en la celda «Bohemio», del 27 de febrero de 1946, GARF, 9401/2/550, pág. 188; *Hans Baur, Ich flog die Mächtigen der Welt*, Kemplen, 1956, págs. 292-296; Linge, *Bis zum Ende*, op. cit., págs. 303 y sigs. <<

[505] Informe escrito del jefe de investigaciones en el caso Baur, mayor Igor M. Saleyev sobre interrogatorios del 19 y el 20 de febrero de 1946, GARF, 9401/2/550, pág. 84. <<

[506] Informe escrito del jefe de investigaciones en el caso Linge, teniente coronel Jan W. Schweizer sobre el interrogatorio del 21/22 de febrero de 1946, GARF, 9401/2/550, pág. 100. <<

[507] Informe escrito del jefe de investigaciones en el caso Linge, teniente coronel W. Schweizer sobre el interrogatorio del 23 de febrero de 1946, GARF, 9401/2/550, pág. 101. <<

[508] Informe nº 1 del jefe de administración operativa del GUPWI, teniente general Drosdov, sobre el material de investigaciones de los agentes de la operación «Mito» del 19 de febrero de 1946, GARF, 9401/2/550, págs. 72 y sigs.; memorándum del 6 de marzo de 1946, con declaraciones del agente *Siegfried*, encerrado en la celda, GARF, 9401/2/551, págs. 188-195; Koslov, «*Gde Gitler?*», op. cit., págs. 134 y sigs.

<<

[509] Véase el informe del agente de la celda «B-III» del 19 de febrero de 1946, GARF, 9401/2/550, pág. 147; informe del agente *Cazador*, compañero de celda, del 21 de diciembre de 1945, GARF, 9401/2/550, pág. 135. Aquí Baur es citado de la siguiente manera: «También los datos sobre las cámaras de gas son exagerados. En Alemania sólo había tres millones de judíos. Muchos de ellos emigraron. El número de personas exterminadas no superó los dos millones. A esto debe agregarse que asfixiar con gas es un método de eliminación más humano que otros procedimientos». <<

[510] Véase el informe del agente de la celda *Cazador* del 30 de diciembre de 1945, GARF, 9401/2/550, pág. 138; informe del agente «B-III» del 19 de febrero de 1945, GARF, 9401/2/550, pág. 147. <<

[511] Véase Koslov, «*Gde Gitler?*», op. cit., págs. 156 y sigs.; informe escrito del representante del GUPWI, teniente general Amajak S. Kobulov acerca del material de la administración operativa del GUPWI, del Smersh y de los servicios de espionaje británicos y norteamericano sobre la versión del suicidio de Hitler del 30 de abril de 1945, 19 de enero de 1946, GARF, 9401/2/550, pág. 52. En el informe anotó el 28 de marzo de 1946: «Apoyo la propuesta. Es conveniente enviar a Berlín todo el material y a los prisioneros junto con colaboradores cualificados. Si esto no se realiza, los cadáveres se descompondrán enteramente». <<

[512] Plan de las medidas operativas para aclarar las circunstancias de la desaparición de Hitler del 16 de mayo de 1946, GARF, 9401/2/550, págs. 194-196; Maximova, «Mif», *Izvestia* del 20 de febrero de 1993, págs. 10. <<

[513] Acta de la visita del refugio antiaéreo de la cancillería del Reich del 14 de junio de 1946, GARF, 9401/2/552, págs. 207 y sigs. <<

[514] Acta informativa referida a los huesos encontrados el 30 de mayo en el jardín de la cancillería del *Reich* del 31 de mayo de 1946, GARF, 9401/2/552, pág. 242; véase también Völklein, *Hitlers Tod*, op. cit., págs. 182-189. <<

[515] Véase el informe escrito de Klausen para la entrega de dos cajones con cadáveres provenientes de Magdeburgo del 30 de abril de 1946, GARF, 9401/2/550, pág. 37; conclusiones respecto al material investigado proveniente de Berlín del 26 de junio de 1946, GARF, 9401/2/552, págs. 297-307; Vladimir A. Koslov, «Délo “Mif”:
rassledovanier NKVD-MVD SSSR obstojate’stv istschesnovenija Gitlera (Nojabr’1945-1949 god)» [El acta «Mito»: la investigación del NKVD-MVD de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas sobre las circunstancias de la desaparición de Adolf Hitler (noviembre 1945-1949)], en *Oteschestvennaja istorija*, 1996, nº 2, págs. 94-98. <<

[516] Para reafirmar esta variante los funcionarios soviéticos presentaron incluso un supuesto doble de Hitler, véase Maser, *Adolf Hitler*, op. cit., págs. 528-540 [trad. esp.: *Hitler*, Acervo, Barcelona, 1995]. <<

[517] Según Besymenski, Hitler debería haber muerto de un disparo, «como un perro». Véase Besymenski: *Der Tod des Adolf Hitler* (1968) y, considerablemente cambiada pero en sustancia idéntica, *Der Tod des Adolf Hitler* (1982); con una crítica al respecto: Joachimsthaler, *Hitlers Ende*, op. cit., pág. 266. <<

[518] Véase Besymenski, *Operazija «Mif»*, op. cit., págs. 140 y sigs. <<

[519] Werner Maser también se pronunció críticamente respecto a las tesis de Besymenski. Véase Maser, *Adolf Hitler. Legende, Mythos, Wirklichkeit*, Esslingen, 1993. El biógrafo de Hitler, Ian Kershaw, que examinó la versión de Joachimsthaler, determinó que su «investigación, extraordinariamente cuidadosa», elimina toda «incertidumbre acerca de la causa de la muerte». Véase Kershaw, *Hitler*, tomo 2, op. cit., págs. 1290 y sigs. <<

[520] Véase Gerhard Boldt, *Die letzten Tage der Reichskanzlei*, Emst A. Hepp (ed.), Hamburgo, Stuttgart, 1947. <<

[521] Véase el comunicado del GRU de Varsovia y la nota agregada por el teniente general Amajak S. Kobulov del 3 de marzo de 1948, GARF, 9401/2/550, págs. 236 y sigs.; Alexandr Kolpadikin-Dimitri P. Prochorov, Vneschanaja rassvedkaRossii [El espionaje ruso en el extranjero], San Petersburgo, Moscú, 2001, págs. 52 y sigs. <<

[522] Véase el escrito de Kruglov a Stalin del 27 de abril de 1948, GARF, 9401/2/199, págs. 494-516. En el Archivo de la Presidencia de la Federación Rusa el documento se encuentra bajo la signatura 3/58/530, págs. 69-78. Los editores agradecen al profesor Vladímir N. Zhaustov esta información. <<

[523] Véase el escrito del representante del GUPVI, teniente general Amajak S. Kobulov al jefe de la cárcel de *Butyrka* del MVD, teniente general Mijaíl I. Schurales del 3 de junio de 1948, GARF, 9401/2/550, pág. 240. <<

[524] Las verdaderas causas son en todo caso inciertas. Baur se negó a hacer más declaraciones y comenzó una huelga de hambre. Además, ya se había revelado como fuente de «segunda categoría». A partir de 1948 pasó por varios campos de internamiento, condenado a 25 años de presidio, y en 1955 fue entregado a la República Federal de Alemania. Véase Baur, *Mit Mächtigen*, op. cit. <<

[525] Véase el escrito del representante del GUPWI, teniente general Amajak S. Kobulov al jefe del servicio de espionaje del MVD, general de división Alexéi N. Asmolov del 6 de agosto de 1948, GARF, 9401/2/550, pág. 248; borrador del manuscrito *Über Hitler*, 1948, GARF, 9401/2/553, págs. 1-170. <<

[526] Además de Parparov, que hablaba alemán perfectamente y que tenía experiencia en el trabajo de suministro de informaciones, al grupo pertenecían Saleyev, doctor en sociología que había permanecido en Alemania, el teniente coronel estonio Julius Karlovitsch Klausen, el letonio Jan W. Schweizer, desde 1925 miembro de los órganos de la seguridad del Estado soviético, el historiador Wolf Salomonovich Stern, más tarde director del *Militärhistorisches Institut* de la República Democrática de Alemania, así como el teniente Nikolái Mijailovich Smirnov, que no hablaba alemán, y una traductora-intérprete de Leningrado. <<

[527] Véase el borrador del manuscrito *Über Hitler*, 1949, GARF, 94/2/554, págs. 1-291; Koslov, «*Gde Gitler?*», op. cit., págs. 168-176; Besymenski, *Operazija «Mif»*, op. cit., págs. 184 y sigs. <<

[528] Véase Linge, *Bis zum Ende*, op. cit., págs. 307 y sigs. <<

[529] Informe escrito del teniente general Amajak S. Kobulov referido a Heinz Linge de noviembre de 1949, GARF, 9401/2/555, págs. 382 y sigs. <<

[530] Informe escrito del teniente general Amajak S. Kobulov referido a Otto Günsche de noviembre de 1949, GARF, 9401/2/555, págs. 384 y sigs. <<

[531] Véase el escrito de Kruglov a Stalin del 29 de diciembre de 1949, GARF, 9401/2/236, págs. 231 y sigs. <<

[532] Escrito nº 5910-K a Stalin del 29 de diciembre de 1949, AP RF, 3/58/533, págs. 1-415. Los editores agradecen al profesor Vladímir N. Zhaustov esta información. <<

[533] Esto no debe sorprender, pues Stalin solía agregar notas marginales y subrayados sólo a documentos de carácter operativo, es decir, documentos destinados a encarcelar a determinadas personas, interrogarlas y torturarlas. Véase *Lubianka: Stalin i glavnoc upravlenie gosbesopasnosti NKVD, Archiv Stalina Dokumenty vyschich organovpartijnoj igodudarstvennoj vlasti, 1937-1938* [*Lubianka: Stalin y la Administración Central de la Seguridad del Estado del NKVD. Archivo Stalin, Documentos de los órganos superiores del Partido y el Estado, 1937-1938*], Moscú, 2004. En marzo de 1938 el dictador ordenó personalmente que torturasen a Urizki, jefe del GRU, para probar su culpabilidad como miembro de un grupo social revolucionario de izquierda. Véanse las órdenes de J. V. Stalin sobre interrogatorios del 13 de marzo de 1938 en op. cit., pág. 499. <<

[534] Escrito de Beria a Stalin del 22 de junio de 1945, GARF, 9401/2/97, págs. 32-48; escrito de Beria a Stalin del 22 de junio 1945, AP RF 3/58/532, págs. 1-17. Los editores agradecen al profesor Vladímir N. Zhaustov esta información. Una copia original alemana se encuentra en Lev Besymenski, *Die letzten Notizen von Martin Bormann. Ein Dokument und sein Verfasser*, Stuttgart, 1974. <<

[535] Véase la sentencia contra Otto Günsche del 15 de mayo de 1950, RGVA 460-1878, 2-40, pág. 7; sentencia contra Heinz Linge del 15 de mayo de 1950, RGVA 460-1871, 5-7, pág. 7. <<

[536] Véase el informe escrito del jefe del campo de prisioneros n.º 476, teniente general Skornjakov sobre la liberación de Heinz Linge del 15 de mayo de 1950, RGVA 460-1871, 5-7, pág. 30. <<

[537] Véase el acuerdo de la dirección del campo de prisioneros n.º 476 del 13 de julio de 1954 sobre la condena a un año de cárcel del 20 de julio 1954, RGVA 460-1871, 5-7, págs. 38 y sigs. <<

[538] Véase el expediente escrito sobre el *Informe Hitler* del 20 de abril de 1959, (RGANI), 5/30/462a, pág. 1. <<

[539] Véase acerca de esto la concepción de Marx de la religión como «conciencia invertida del mundo», algo que a su vez puede aplicarse al marxismo-leninismo ya convertido en ideología. Marx escribía en 1844 en su crítica de la filosofía hegeliana del derecho: «Es deber de la historia [es decir, de la ciencia histórica (acotación del editor alemán)], cuando haya desaparecido el más allá de la verdad, restablecer la verdad fáctica». Por su parte, Engels introdujo en el pensamiento marxista, a partir de la concepción ingenua de Marx, el concepto de «verdad relativa», que, por un acercamiento sistemático al hombre, la historia y la naturaleza, cada vez se acercó más al concepto de «verdad absoluta». <<

[540] Lo hizo, en gran medida, para poner los cimientos de las acusaciones por las «depuraciones». Pero también la acumulación de informaciones acerca de las personas que dependían de él se basaba en su técnica del poder. Con el paso del tiempo el cálculo político se transformó en una paranoia descontrolada. Véase Bullock, *Hitler und Stalin*, op. cit., especialmente págs. 619, 639 y 1236 y sigs.; más detallado pero, en parte, sin fundamentos, describe los mecanismos de la depuración Donald Ray Field, *Stalin und seine Henker*, Múnich, 2004, págs. 342-370. <<

[541] Esta concepción de la historia contradecía la doctrina marxista clásica del desarrollo de la sociedad, pero se revelaba como una base ideológica especialmente apta para el estalinismo. La práctica del culto a la personalidad adaptaba al presente las tradicionales expectativas de la Iglesia ortodoxa rusa relativas a la santificación y la salvación. Un caso célebre se refleja en la oración fúnebre de Lenin pronunciada por Stalin el 26 de enero de 1924, es decir, a los pocos días de su muerte. Véase *J. V. Stalin Werke*, Berlín, 1950, tomo 6, págs. 41 y sigs. <<

[542] Sin olvidar, no obstante, a Gueorgui Dimitrov y su concepto de fascismo en el Séptimo Congreso Mundial de la Internacional Comunista de 1935. El «Fascismo» es una manifestación del capitalismo monopolista de Estado, a saber, «la dictadura abierta y terrorista de los más reaccionarios, más chauvinistas y más imperialistas elementos del capital financiero». <<

[543] Hitler había dejado el tabaco ya en su juventud, ante todo por razones económicas. Sólo más tarde, presionado por los fallecimientos de algunos de sus amigos y por la divulgación de ideas científico-populares, desarrolló un rechazo absoluto al hecho de fumar. Lo prohibió cerca de él, apoyó las campañas contra su consumo y las investigaciones médicas sobre este «veneno», pero no lo prohibió, por razones políticas. Los datos de testigos contemporáneos y de las investigaciones biográficas tempranas han sido cuestionados por el antiguo médico de las SS Ernst Günther Schenk. Véase Ernst Günther Schenk, *Patient Hitler. Eine medizinische Biographie*, Augsburg, 2000, pág. 32. <<

[544] Véase Schenck, *Patient Hitler*, op. cit., pág. 32, también Maser, *Adolf Hitler*, op. cit. <<

[545] En relación con esto, Schenck y Maser dan mucha información. Hitler no dedicaba especial atención a la comida o a la bebida. Comía lo que tenía a su disposición. A partir de 1931, año de la muerte de su sobrina Geli Raubal, se hizo vegetariano. Tras varios cólicos intestinales, confeccionaron para él un programa de dieta especial. <<

[546] Véase Friedelind Wagner, *Nacht über Bayreuth*, Múnich, 2000, pág. 121. <<

[547] Citado según Schenck, *Patient Hitler*, op. cit., pág. 38. <<

[548] Muchos otros testigos contemporáneos eran de esta opinión, aunque Morell no actuó de forma realmente incompetente. Véase al respecto, Schenck, *Patient Hitler*, op. cit., págs. 161-267. <<

[549] Las gotas oftalmológicas de Morell contenían una solución de un uno por ciento de cocaína, una cantidad que no es suficiente para provocar la adicción. Las anotaciones de Morell dejan constancia de tres aplicaciones de estas gotas: el 14 de julio de 1944, el 8 de octubre de 1944 y el 22 de marzo de 1945. Siguiendo las observaciones de Linge, parece tratarse del comienzo de un tratamiento prolongado. Véase Schenck, *Patient Hitler*, op. cit., pág. 202. Maser informa de que en una ocasión el otorrinolaringólogo Erwin Giesing aplicó con un pincel una solución con un diez por ciento de cocaína en la nariz de Hitler. Éste le pidió repetir esta aplicación porque con ella había sentido «libre» su cabeza. Véase Maser, *Adolf Hitler*, op. cit., pág. 411. <<

[550] Según Maser, que se apoya en un análisis ordenado por Schenck en el laboratorio de la Academia Militar de Medicina de Berlín. Sobre el compuesto estimulante véase también Helmut Weissenstein, *Über Steigerung Körperlicher Leistungsfähigkeit durch Perutin*, Berlín, 1941. <<

[551] Hay que tomar en consideración además las consecuencias del atentado del 20 de julio de 1944 en el que Hitler fue herido más gravemente de lo que quiso hacer creer la propaganda del régimen. Véase Peter Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat. Der Kampf der Opposition gegen Hitler*, Múnich, 1969, pág. 476; con correcciones: Kershaw, Hitler, op. cit., tomo 2, pág. 907. <<

[552] Véase Schenck, *Patient Hitler*, pág. 203; Informe del doctor en medicina W. Schweitzer (Frankfurt), abril de 2005. <<

[553] Con este inequívoco diagnóstico Redlich rechaza explicaciones revisionistas de corte psicoanalítico. También enjuicia críticamente el «furor por diagnosticar», del psiquiatra norteamericano y llama la atención sobre la limitada fuerza testimonial de explicaciones semejantes. Véase Frederick Redlich, *Hitler: Diagnosis of a destructive Prophet*, Oxford, 1988; edición alemana, págs. 290, 403 y sigs. <<

[554] Fritz Redlich, *Hitler: Diagnose des destruktiven Propheten*, Viena, 2002, pág. 278; Frederick Redlich, *Hitler: Diagnosis of a Destructive Prophet*, Oxford, 1988; indicación de Hans W. Schweitzer. <<

[555] Redlich, ed. alemana, págs. 326 y sigs. <<

[556] Véase Maser, *Adolf Hitler*, pág. 485. Como soldado de la *Wehrmacht*, Maser estuvo destinado brevemente en la *Guarida del Lobo*. En 1945 no estuvo en contacto con Hitler. <<

[557] Bullock no reconoce que consideraba limitada la capacidad de trabajo mental de Hitler. Véase Bullock, *Hitler und Stalin*, págs. 1152-1160. Kershaw califica a Hitler de «histérico», «cansado» y «exhausto», aunque lo describe como activo en su modo de proceder. Véase Kershaw, *Hitler*, vol. 2, págs. 1025-1064. <<

[558] Véase Joachim Fest, Bernd Eichinger, *Der Untergang. Das Filmbuch*, Berlin, 2004, pág. 13 [trad. esp.: *El hundimiento. Hitler y el final del Tercer Reich*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2005]. <<

[559] Véase Joachim Fest, Bernd Eichinger, op. cit., pág. 332. <<

[560] Ya la base sobre la que se apoyó la película *El hundimiento*, el ensayo del escritor conservador Joachim Fest, contiene numerosos errores. Fest actualizó sólo en algunos casos el esbozo aparecido tiempo atrás y se desentendió asimismo de la recepción de las investigaciones de Joachimsthaler, así como —debido a las carencias en el conocimiento de la lengua— de las investigaciones en los archivos rusos. En 2005, en el libro de la película *El hundimiento*, Fest afirmó que el material de las comisiones de investigación soviéticas y de los interrogatorios del NKVD —es decir, las actas de la operación Mito y el Informe Hitler— son desestimables. Véase Fest, Eichinger, *Der Untergang* pág. 186. <<

[561] Véase el informe de «Cazador», uno de los agentes instalados en las celdas, del 23 de diciembre de 1945, GARF, 9401/2/550, pág. 136 RS. <<

[562] Los argumentos, ampliamente discutidos, aunque de forma improductiva, los resumió Lothar Machtan (2001). Su libro no tiene sin embargo el nivel científico suficiente. También es falsa su afirmación de que toda la investigación sobre Hitler hasta el presente no ha tomado en consideración ciertas fuentes que él dio a conocer. En la segunda edición, reprocha arbitrariedad a los críticos de su libro, en especial un «no querer saber» y una «renuencia a saber». Véase Lothar Machtan, *Hitlers Geheimnis. Das Doppelleben eines Diktators*, Frankfurt am Main, 2003 (edición de bolsillo actualizada). <<

[563] Así, la de Maria «Mizzi» Reiter, por la que Hitler se sintió atraído en 1927 y que, tras la separación de su marido en 1931 se reunió con él en Múnich. Véase Anna Maria Siegmund, *Maria Reiter. Hitlers Mizzi «Die unbekante Geliebte»* en Anna Maria Siegmund, *Die Frauen der Nazis*, tomo 3, Múnich, 2002, págs. 28-48. <<

[564] Werner Maser insiste en su exposición de las numerosas falsificaciones históricas sobre Hitler y Stalin, en la predisposición heterosexual de Hitler y nombra a varias mujeres con las cuales éste mantuvo relaciones sexuales. Califica la descripción de Machtan de «absurdo producto de la fantasía». Véase Werner Maser, *Fälschung, Dichtung und Wahrheit über Hitler und Stalin*, Múnich, 2004, págs. 167-182. Anton Joachimsthaler se sintió obligado a afirmar: «He investigado con exactitud durante largos años. No he encontrado ninguna prueba de relaciones homosexuales o de una reconocible inclinación homoerótica en Adolf Hitler». Véase Joachimsthaler, *Hitlers Liste*, op. cit., pág. 39. <<

[565] Joachimsthaler, *Hitlers Liste*, op. cit., págs. 475-482. <<

[566] Explícitamente, véase también Maser, *Adolf Hitler*, op. cit., así como Anna Maria Siegmund, *Die Frauen der Nazis*, tomo 1-3, Viena, 1998-2002 y Henriette von Schirach, *Frauen um Hitler*, Múnich, 1983. <<

[567] Schenck, *Patient Hitler*, op. cit., págs. 122-130. <<

[568] Citado según Bullock, *Hitler y Stalin*, op. cit., pág. 1236. Stalin hizo encarcelar también a las esposas de sus cercanos colaboradores Kalinin y Molotov, a fin de asegurarse su fidelidad. Véase Larissa Vassilieva, *Die Kremlin-Frauen. Erinnerungen, Dokumente, Legenden*, Zúrich, 1994. <<

[569] Véase explícitamente Oleg E. Suvenirov, *Tragedija RKKA 1937-1938*, Moscú, 1998; Ray Field, *Stalin und seine Henker*, op. cit., págs. 472 y sigs., así como Anthony Beevor, *Stalingrad*, Múnich, 2001, págs. 110-128 [trad. esp.: *Stalingrado*, Crítica, Barcelona, 2004]. <<

[570] Véase la apología en favor de Lammers en Georg Franz Willing, *Die Reichskanzlei 1933-1945. Rolle und Bedeutung unter der Regierung Hitler*, Tubinga, Buenos Aires, Montevideo, 1984, págs. 132-144. Acentuando el papel de Bormann: Jochen von Lang y Claus Sybill, *Der Sekretär: Martin Bormann. Der Mann der Hitler beherrschte*, Múnich, Berlin, 1987; con numerosas correcciones a la figura vigente hasta hoy del representante de Hitler: Kurt Pätzold y Manfred Weissbecker, *Rudolf Hess. Der Mann an Hitlers Seite*. <<

[571] Se ha discutido la cuestión de las influencias de este sistema «policrático», entre otros por Klaus Hildebrand, «*Monokratie Oder Polykratie? Hitlers Herrschaft und das Dritte Reich*», en Karl Dietrich Bracher, Manfred Funke y Hans Adolf Jacobsen, *Nationalsozialistische Diktatur 1933-1945. Eine Bilanz*, Bonn, 1986, págs. 73-96. <<

[572] Acerca del apoyo financiero a Hitler, no decisivo pero a todas luces existente, véase Henry Ashby Turner jr., *Die Grossunternehmer und der Aufstieg Hitlers*, Berlin, 1985. <<

[573] Vladímir I. Lenin, «*Der Imperialismus als höchster Stadium des Kapitalismus*», en *ibid.*, *Ausgewählte Werke in 6 Bänden*, Berlin, 1983, tomo 2, pág. 698. <<

[574] Véase Albert Speer, *Spandauer Tagebücher*, Frankfurt am Main, Berlín, Viena, 1975, pág. 122. Sobre la organización de la industria de armamentos véase Walter Naasner, *Neu Machtzentren in der deutschen Kriegswirtschaft 1942-1945. Die Wirtschaftsorganisation der SS, das Amt des generalbevollmächtigten für den Arbeitseinsatz und das Reichsministerium für Bewaffnung und Munition-Reichsministerium für Rüstung und Kriegsproduktion im nationalsozialistischen Herrschafts system*, Boppard, 1994. Acerca de la concepción económica para una guerra relámpago, véase Willi A. Boelcke, *Die deutsche Wirtschaft 1930-1945. Interna des Reichwirtschaftsministeriums*, Düsseldorf, 1983, págs. 233-274. Acerca de los espacios libres en una empresa industrial es ejemplar Werner Abelshauser, «*Rüstungsschmiede der Nation?*», en Lothar Gail (ed.), *Krupp im 20. Jahrhundert. Die Geschichte des Unternehmens von Ersten Weltkrieg bis zur Gründung der Stiftung*, Berlin, 2002, págs. 328-445. <<

[575] Véase Maser, *Adolf Hitler*, op. cit., pág. 465. <<

[576] Véase Werner Jochmann (ed.), Adolf Hitler, *Monologe im Führerhauptquartier 1941-1944. Aufgezeichnet von Heinrich Heim*, Múnich, 2000, y Henry Picher, *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier*, Frankfurt am Main, Berlin, 1993. <<

[577] Resulta ejemplar una experiencia de Hans Baur. Ernst Hanfstaengel había compuesto una marcha y la interpretó delante de Hitler, quien a continuación la tocó de memoria al piano y propuso algunos cambios. Véase Baur, *Mit Mächtigen*, op. cit., pág. 100. Maser reunió numerosas pruebas de la extraordinaria cantidad de libros que Hitler conocía así como de su sensibilidad. Véase Maser, *Hitler*, op. cit., págs. 187-295. <<

[578] La sistemática imagen del mundo de Hitler es el producto de una proyección al pasado de los historiadores y escritores. Para las conclusiones que se derivan de este hecho: Rainer Zitelmann, *Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs*, Múnich, 1998. <<

[579] Hungría y Rumanía, desde el punto de vista soviético, habían iniciado la transición a la sociedad socialista, en Italia el Partido Comunista formaba todavía parte del poder ejecutivo. La Bulgaria de Gueorgui Dimitrov era una sólida aliada de la Unión Soviética, la Yugoslavia de Tito tendía a la confrontación con la Unión Soviética. Por lo tanto ni Yugoslavia ni Bulgaria eran siquiera aludidas en el *Informe Hitler*. <<

[580] Véase Linge, *Ende*, op. cit., págs. 142 y sigs. No está claro si fue el redactor Werner Maser quien motivó esta declaración. <<

[581] Véase Rainer F. Schmidt, Rudolf Hess, «*Botengang eines Toren?*». Der Flug nach Grossbritannien vom 10 Mai 1941, Múnich, 2000, págs. 186 y sigs. <<

[582] Véase Basil H. Liddell Hart, *Geschichte des Zweiten Weltkrieges*, Wiesbaden, 1985. <<

[583] Véase Thomas Vogel (ed.), *Aufstand des Gewissens. Militärischer Widerstand gegen Hitler und das NS-Regime 1933-1945*, Hamburgo, Berlin, Bonn, 2000; Gerhard Ritter, *Carl Goerdeler und die deutsche Widerstandsbewegung*, Stuttgart, 1954; Christian Müller, *Stauffenberg. Eine Biographie*, Düsseldorf, 2003. <<

[584] La idea de que al margen de la resistencia militar hubo continuamente proyectos de matar al dictador carece de todo fundamento. También en 1944 el número de aquéllos que, por responsabilidad ante el pueblo alemán, habrían estado dispuestos a sacrificarse era mínimo. Ni siquiera el ejecutor del atentado, Schenck von Stauffenberg, confiaba en sus colaboradores. Optó por sobrevivir porque se consideraba indispensable para la formación de un nuevo Gobierno. El hecho de que después del atentado fuesen ejecutadas o asesinadas más de siete mil personas se debe al delirio persecutorio del Partido Nacionalsocialista y no al tamaño y el compromiso de la resistencia. Véase Hoffmann, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat*, op. cit., especialmente págs. 606-618. <<

[585] Séneca ya comentaba con cinismo la influencia de la «providencia» sobre los dirigentes políticos y militares: «La fortuna desciende también sobre la masa y las naturalezas inferiores, pero vencer la desgracia y el espanto es lo propio de un gran hombre». Véase Séneca, *De Providentia*, 4, 1 en *De otio. De providentia*, Gerhard Krüger (ed.), Stuttgart, 1996, pág. 45. <<

[586] Helmut Heiber, *Hitlers Lagebesprechungen. Die Protokollfragmente seiner militärischen Konferenzen*, Stuttgart, 1962. <<

[587] Como base de las fuentes sigue siendo decisivo Percy Ernst Schram (ed.), *Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht (Wehrmacht führungsstab) 1940-1945. Studienausgabe in 8 Bänden*, Bonn, sin fecha (1.^a edición, 1961-1965).

<<

[588] La situación del mediodía del 10 de enero de 1945 resulta ejemplar. Véase Heiber, *Lagebesprechungen*, op. cit., págs. 793-820. <<

[589] Véase Basil H. Liddell Hart, *Jetzt dürfen sie reden. Hitlers generale berichten*, Stuttgart, Hamburgo, 1950, págs. 571 y sigs. <<

[590] Véase *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 2, *Die Errichtung der Hegemonie auf dem europäischen Kontinent*, Stuttgart, 1979, págs. 238-259; Karl-Heinz Frieser, *Blitzkrieg-Legende: Der Westfeldzug 1940*, Múnich, 1995, págs. 364-393. Frieser piensa que Dunkerque fue el punto de inflexión decisivo de la guerra, pues con su intromisión en la dirección de la batalla, Hitler degradó al estado mayor de «cerebro militar de excelente funcionamiento» a simple transmisor de sus decisiones personales. <<

[591] Véase Andreas Hillgruber, *Hitlers Strategie. Politik und Kriegsführung 1940-41*, Múnich, 1982, págs. 166-178. <<

[592] Magenheimer argumenta en su análisis del viraje de la guerra en Stalingrado que los limitados recursos militares sólo permitían alcanzar una de las dos metas: o Stalingrado o el Cáucaso. Hitler y el estado mayor habrían omitido definir la prioridad de una u otra meta principal en la campaña. Véase Heinz Magenheimer, *Die Militärstrategie Deutschlands 1940-1945. Führungsentschlüsse, Hintergründe, Alternativen*, Múnich, 1997, págs. 175-181. <<

[593] Véase Rainer Karlsch y Raymond G. Stokes, «Faktor Öld» *Die Mineralölwirtschaft in Deutschland 1859-1974*, Múnich, 2003, págs. 213 y sigs. <<

[594] Al tercer día de la ofensiva alemana, los vehículos del grupo de ejércitos A quedaron estancados en una extensión de 250 kilómetros, desde el Mosa hasta el Rin, en territorio francés, luxemburgués y alemán. El mando supremo francés decidió, sin embargo, trasladar a la retaguardia la mayor parte de los aviones para operaciones ulteriores. Véase Karl-Heinz Frieser, «*Die deutschen Blitzsiege. Operativer Triumph-Strategische Tragödie*», en Rolf-Dieter Müller y Hans-Erich Volkmann (eds.), *Die Wehrmacht. Mythos und Realität*, Múnich, 1999, pág. 188. <<

[595] Véase Magenheimer, *Militärstrategie Deutschlands*, op. cit., págs. 101-109. <<

[596] Véase Basil H. Liddell Hart, *Geschichte des Zweiten Weltkrieges*, Wiesbaden, 1985, págs. 689 y sigs. Así como *Militärgeschichtliches Forschungsamt (ed.), Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg, vol. 7, Das Deutsche Reich in der Defensive: Strategischer Luftkrieg in Europa, Krieg im Westen und in Ostasien 1943-1944/45*, Múnich, 2001; sobre la batalla en Normandía, págs. 536-565; sobre el desembarco en el sur de Francia, págs. 581-605; sobre la cabeza de Puente en Anzio véase *Deutschland im Zweiten Weltkrieg, vol. 5, Der Zusammenbruch der Defensivstrategie des Hitler faschismus an allen Fronten (Januar bis August 1944)*, Berlin, 1986, págs. 129-137. <<

[597] Acerca de la importancia de los bombardeos en la guerra, véase Richard Overy, *Die Wurzeln des Krieges. Warum die Alliierten den Zweiten Weltkrieg gewannen*, Reinbeck beim Hamburg, 2002, págs. 163-174 [trad. esp. *Por qué ganaron los aliados*, Tusquets Editores, col. Tiempo de Memoria 46, Barcelona, 2004]. Sobre la industria de armamentos, véase Naasner, *Machtzentren*, op. cit., pág. 175. <<

[598] Véase Hillgruber, *Strategie*, op. cit., pág. 557. <<

[599] Rüdiger Overmanns señala la falta de fiabilidad de los siguientes datos estadísticos: «*Die Toten des Zweiten Weltkriegs in Deutschland. Bilanz der Forschung Unter besonderer Berücksichtigung der Wehrmachts-und Vertreibungsverluste*», en Wolfgang Michalka (ed.), *Der Zweite Weltkrieg. Analysen, Grundzüge, Forschungsbilanz*, Munich, 1997 (1.^a edición, 1989), págs. 858-873. <<

[600] De ellos 8,38 millones eran soldados; 1,98 millones, suboficiales y más de 898.000, oficiales. Véase *Rossija i SSSR V Vojnach XX Veka, Statistitschesckoe issledovanie [Rusia y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en las guerras del siglo xx. Investigaciones estadísticas]*, Moscú, 2001, pág. 252. Hasta ahora la investigación partía de 8,53 millones de militares muertos en el bando soviético. Véase Magenheimer, *Deutschlands Militärstrategie*, op. cit., págs. 315 y sigs. <<

[601] Véase *Rossija i SSR: Statistitscheskoe issledovanie*, op. cit., pág. 514. <<

[602] De los aproximadamente once millones de prisioneros de guerra alemanes, más de 3,1 millones cayeron en manos soviéticas. De ellos, entre 1941 y 1945 murieron unos 550.000; entre mayo de 1945 y junio de 1950 perecieron alrededor de 542.000. El paradero de unos 260.000 prisioneros de Guerra es incierto. Cerca de 5,7 millones de soldados soviéticos fueron hechos prisioneros por las tropas alemanas, de los que 3,3 millones fueron sistemáticamente aniquilados por inanición. Véase Gunnar Heinsohn, *Lexikon der Völkermorde*, Reinbeck beim Hamburg 1998, págs. 117 y 294.

<<

[603] Véase Magenheimer, *Deutschlands Militärstrategie*, op. cit., pág. 315. <<

[604] Elaborado por el estado mayor de la *Wehrmacht* en el alto mando de la *Wehrmacht*. Véase Walther Hubatsch, *Hitler Weisungen für die Kriegsführung 1939-1945. Dokumente des Oberkommandos der Wehrmacht*, Bonn, 1982, pág. 89. <<

[605] Pese a algunas valoraciones en parte exageradas, en el debate sobre el papel de la *Wehrmacht* su responsabilidad quedó demostrada de modo contundente. Véase Hannes Heer y Klaus Naumann (eds.), *Vernichtungskrieg, Verbrechen der Wehrmacht 1941-1944*, Hamburgo, 1995. Sobre la discusión véase Hans-Ulrich Thamer, «Vom Tabubruch zur Historisierung? Die Auseinandersetzung um die “Wehrmachtsausstellung”», en Martin Sabrow, Ralph Jessen y Klaus Grosse Kracht (eds.), *Zeitgeschichte. Grosse Kontroversen nach 1945*, Múnich, 2003, págs. 171-186. <<

[606] Véase Bogdan Musial, «*Konterrevolutionäre Elemente sind zu erschiessem. Die Brutalisierung des deutsch-sowjetischen Krieges im Sommer 1941*», Berlin, 2001; Joachim Hoffmann, *Stalins Vernichtungskrieg 1941-1945, Planung, Ausführung, Dokumentation*, Múnich, 1999. <<

[607] Véase entre otros Franz W. Seidler, *Verbrechen an der Wehrmacht. Kriegsgreuel der Roten Armee 1941/42; Amtliches Material zum Massenmord von Winniza-Im Aufträge des Reichsministers für die besetzten Ostgebiete aufgrund urkundlichen Beweismaterials zusammengestellt, bearbeitet und herausgegeben*, Berlin, 1944; al respecto, críticamente: Henrik Eberle, *Die Martin-Luther Universität in die Zeit des Nationalsozialismus 1933-1945*, Halle, 2002, págs. 125 y sigs. <<

[608] Véase Helmut Heiber (ed.), *Goebbels Reden, bd. 2: 1939-1945*, Bindlach, 1991, pág. 432. <<

[609] Véase Leon Poliakov y Josef Wulf, *Das Dritte Reich und seine Diener*; Berlin, 1956, pág. 444. <<

[610] Véase *Der Panzerbär* del 25 de abril de 1945, pág. 1. <<

[611] El decreto de Hitler está fechado el 25 de septiembre de 1944. Acerca de la elaboración del proyecto, la distribución de las atribuciones y el número de las víctimas, véase Franz W. Seidler, «*Deutscher Volkssturm*». *Das letzte Aufgebot 1944-1945*, Augsburg, 1999, págs. 44-54 y 374. <<

[612] Uno de los condecorados escribió en sus memorias: «En aquella época yo siempre estuve a favor del *Führer*, la gran figura orientadora. Mi fe en él seguía intacta». Véase Armin D. Lehmann, *Der letzte Befehl. Als Hitlers Botenjunge im Führerbunker*, Bergisch Gladbach, 2003, pág. 305. <<

[613] Las investigaciones norteamericanas de los años posteriores a la guerra suponían que el 71 por ciento de los alemanes daban por perdida la guerra en 1944; no obstante, el 29 por ciento quería seguir luchando hasta el final. Cabe albergar dudas acerca de la exactitud de esta investigación sociológica retrospectiva, pero es útil para obtener una idea del grado de desmoralización. Véase Overy, *Wurzeln*, op. cit., pág. 397. <<

[614] Heinrich Lersch, *Das dichterische Werk*, Stuttgart, Berlín, 1934, págs. 275 y sigs. Hans Sarcovicz y Alf Mentzer, *Literatur in Nazi-Deutschland*, Hamburgo, Viena, 2000, págs. 270 y sigs. <<

[615] Véase Stefan Breuer, *Grundpositionen der deutschen Rechten 1871-1945*, Tubinga, 1999; Axel Schmidt, *Konservatismus in Deutschland. Von den Anfängen im 18. Jahrhundert bis zur Gegenwart*, Múnich, 1998; de modo especial, Oswald Spengler, *Preussentum und Sozialismus*, Múnich, 1920. <<

[616] Ernst Udet, *Mein Fliegerleben*, Berlin, 1935, págs. 176 y sigs. <<

[617] Véase Schramm (ed.), *Kriegstagebuch*, vol. 7, op. cit., págs. 73 y sigs. <<

[618] Artur Axmann, «*Das kann doch nicht das Ende sein*». *Hitler letzter Reichsjugendführer erinnert sich*, Coblenza, 1995, pág. 560. Con sus consignas anticomunistas, Axmann precipitó a una muerte absurda a miles de miembros de las *Juventudes Hitlerianas*. Más adelante fundó una empresa que hizo abundantes negocios en el comercio con la República Democrática de Alemania y la Unión Soviética. <<

[619] Véase Kershaw, *Hitler*, vol. 1, op. cit.; Bullock, *Parallele Leben*, op. cit., así como Werner Maser, *Adolf Hitler. Das Ende der Führer-Legende*, Düsseldorf, Viena, 1980. <<

[620] Véase Josef Kopperschmidt y Johannes G. Pankau (eds.), *Hitler der Redner*, Múnich, 2003, págs. 11-24. <<

[621] Friedelind Wagner, *Nacht über Bayreuth. Die Geschichte der Enkelin Richard Wagners*, Múnich, 2002, pág. 105. <<

[622] Véase Werner Maser (ed.), Paul Devrient: *Mein Schüler Adolf Hitler. Das Tagebuch seines Lehrers*, Múnich, 2003, pág. 8. <<

[623] Véase el Informe Hitler, pág. 98. En realidad Hitler recibió enseñanza teatral, ensayó gestos y formas de expresión facial. Su maestro Paul Devrient, uno de los cantantes de ópera más exitosos durante la República de Weimar, quedó muy satisfecho con los progresos de su alumno. Devrient le enseñó las técnicas imprescindibles para actuar en escena y también educó su voz. Antes de sus ejercicios teatrales, Hitler solía quedarse afónico después de sus discursos, dudaba del éxito de sus arengas y terminaba agotado tras sus intervenciones públicas. Según revelaciones de su otorrinolaringólogo, corría peligro de sufrir parálisis en sus cuerdas vocales. Después de cada aparición en público, solía interrogar a sus secuaces sobre cómo había estado. Devrient eliminó todos estos problemas. En su Diario anotó: «Debo confesar que realmente es un buen actor». Véase op. cit., págs. 16 y 24. <<

[624] Véase Jürgen Falter, *Hitler Wähler*, Múnich, 1991, págs. 365-374. <<

[625] Michael Burleigh, *Die Zeit des Nationalsozialismus. Eine Gesamtdarstellung*, Frankfurt am Main, 2000; Ian Kershaw, *Hitlers Macht*, München, 2000. <<

[626] Véase Hannah Arendt, *Elemente und Ursprünge totaler Herrschaft. Antisemitismus, Imperialismus, Totalitarismus*, Múnich, Zürich, 2000, págs. 814-839 [trad. esp.: *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza, Madrid, 2005]; Max Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft, Grundriss der verstehenden Soziologie*, Colonia, Berlin, 1964, págs. 38-87 [trad. esp.: *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 2002]. <<

[627] Véase Hans-Peter Schwarz, *Das Gesicht des Jahrhunderts. Monster, Retter und Mediokritäten*, Berlin 1998, págs. 305 y sigs. <<

[628] Sepp Dietrich, durante muchos años jefe del *Leibstandarte Adolf Hitler*, veía en éste nada menos que al «padre» de los hombres que estaban a sus órdenes. Véase Baur, *Mit Mächtigen*, op. cit., pág. 144. <<

[629] La sugerencia que hacía Hitler de que existía una lealtad mutua podría explicar la fidelidad del conjunto de las SS, no sólo de su *Leibstandarte*. Cuando en 1932 fueron prohibidas las SA y las SS, él formuló un llamamiento en el que afirmaba: «Mientras yo viva, os pertenezco y vosotros me pertenecéis a mí». Citado según el *Völkischer Beobachter* del 15 de abril de 1932, pág. 1. <<

[630] Véase Gert Robel, «Sowjetunion», en Wolfgang Benz, *Dimension des Völkermordes. Die Zahl der jüdischen Opfer des Nationalsozialismus*, Múnich, 1991, pág. 560. <<

[631] Kershaw supone que en las conversaciones entre Hitler y Himmler en diciembre de 1940 se trató acerca de su «acuerdo general» para la planificación del Holocausto. Véase Kershaw, *Hitler* vol. 2, op. cit., pág. 470; en la agenda de Himmler no se encuentran datos sobre si trató detalles del asesinato masivo. Véase, entre otros, Peter Witte, *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers 1941/42*, Hamburgo, 1999, especialmente págs. 71; 205 y sigs.; 228-231. <<

[632] Véase Richard Breitmann, *Heinrich Himmler. Der Architekt der «Endlösung»*, Zürich, 2000, pág. 291. <<

[633] Véase Kershaw, *Hitler*, vol. 2, op. cit., pág. 638. <<

[634] Robel, «Sowjetunion», en Benz, *Dimension des Völkermordes*, op. cit., pág. 560.

<<

[635] Véase Rayfeld, *Stalin und seine Henker*, op. cit., págs. 515-523; con referencias también a otras acciones persecutorias: Amo Lustiger, *Rotbuch: Stalin und die Juden. Die tragische Geschichte des Jüdischen Antifaschistischen Komitees und der sowjetischen Juden*, Berlin, 1998. <<

[636] Véase Matthias Uhl, «Und deshalb besteht die Aufgabe darin, die Aufklärung wieder auf die Füsse zu Stellen Zuden Grossen Säuberungen in der sowjetischen Militäraufklärung 1937/38», *Jahrbuch für historische Kommunismus Forschung*, Berlin, 2004, págs. 87-92. <<

[637] Véase el plan para el libro *Wolkenschlösser*, sin fecha, GARF, 9401/2/553, págs. I-III; borrador del manuscrito *Über Hitler*, 1949, GARF, 9401/2/554, págs. 89 y sigs.

<<

[638] Para una biografía de Parparov véase Kolpakidi y Prochov, *Vneschnaja rassvedka Rossii*, op. cit., págs. 318 y sigs.; Helmut Röwer, Stefan Schäfer, Matthias Uhl, *Lexikon der Geheimdienste im 20. Jahrhundert*, Múnich, 2003, pág. 341. <<

[639] Donald O'Sullivan, *Stalins «Cordon Sanitaire» Die Sowjetische Osteuropa politik und die Reaktionen 1939-1949*, Paderborn, 2003, págs. 74 y sigs. <<

[640] Citado según *ibid.*, pág. 78. Acerca de la flexibilidad de Stalin en lo ideológico, véanse sus lecciones en la Universidad de Sverdlov en 1924: «En lo esencial, la estrategia [...] permanece [...] durante todo el tiempo de la etapa sin alteraciones... La táctica es la determinación de la línea de acción del proletariado para el periodo relativamente breve de flujo o reflujo del movimiento, del alza o el descenso de la revolución; es la lucha por la puesta en marcha de esta línea mediante el reemplazo de las antiguas formas de lucha y organización por otras nuevas». Véase J. Stalin, «*Acerca de los fundamentos del Leninismo*», en *Cuestiones del leninismo*, Berlín, 1956, pág. 78. <<

[641] Véase Karlsch-Stokes: «*Faktor ÖI*», op. cit., pág. 208. <<

[642] Rolf-Dieter Müller, *Das Tor Zur Weltmacht. Die Bedeutung der Sowjetunion für die deutsche Wirtschafts- und Rüstungspolitik zwischen den Weltkriegen*, Boppard am Rhein, 1984, págs. 322-329. <<

[643] Véase O'Sullivan: *Stalins «Cordon Sanitaire»*, op. cit., págs. 125 y sigs. <<

[644] Después de la lectura de la advertencia de Harro Schulze-Boysen («*Choro*»), del 16 de junio de 1941, Stalin recomendó enviar a este informante de vuelta a «la puta de su madre». Desestimó los informes de Victor Sorge desde Tokio porque los consideraba productos de la fantasía de un «hijo de puta mentiroso». A uno de los agentes emplazados en Berlín, Stalin quiso hacerlo castigar porque éste le había enviado «provocaciones inglesas». Véase Helmut Roewer, *Skrupellos. Die Machenschaften der Geheimdienste in Russland und Deutschland 1914-1941*, Leipzig, 2004, pág. 650. <<

[645] Véase entre otros: Hillgruber, *Strategie*, op. cit.; Magenheimer, *Militärstrategie Deutschlands*, op. cit.; Hoffmann, *Stalins Vernichtungskrieg*, op. cit.; Bianka Peitrow-Ennker (ed.), *Präventiv Krieg? Der deutsche Angriff auf die Sowjetunion*, Frankfurt am Main, 2000; Werner Maser, *Der Wortbruch. Hitler, Stalin und der Zweite Weltkrieg*, München, 1994. <<

[646] La caracterización que propone Magenheimer de una «guerra de dos agresores» que se habrían preparado simultáneamente para un ataque sirve para la descripción de los acontecimientos, pero encubre los motivos ideológicos de Hitler. <<

[647] Véase Adolf Hitler, *Mein Kampf*. Aquí citado según la edición nº 548-552, Múnich, 1940, pág. 743. <<

[648] Pueden leerse muchos detalles en Hillgruber, *Strategie*, op. cit., págs. 516-535.

<<

[649] Helmut Roewer, ex director de un servicio de información alemán, investigó por primera vez el servicio secreto de los años 1939 hasta 1941 de modo sistemático y llegó a la siguiente conclusión: «La situación objetiva sobre la que trabajó Hitler era una mezcla revuelta de conocimientos erróneos y teorías falsas». Ningún análisis alemán de la época resiste el «menor control serio». Véase Roewer, *Skrupellos*, op. cit., pág. 620. <<

[650] Véase Hoffmann, *Stalins Vernichtungskrieg*, op. cit., pág. 98. <<